

ALVARO BERMEJO

EL AMANTE DE NEFERTITI

LA REINA FARAÓN

Lectulandia

¿Quién era en realidad Nefertiti, la misteriosa Reina Faraón? ¿Qué papel jugó en la Guerra de dioses que convulsionó Egipto y propició la primera religión monoteísta? Desde finales de los años veinte, en los que ya se presagiaba la II Guerra Mundial, sendas expediciones tratarán de responder a estas y otras preguntas: un grupo tan singular como excéntrico del que forman parte la joven novelista Agatha Christie y su marido el arqueólogo Max Mallowan, el escritor maldito D.H. Lawrence, el imprevisible barón d'Adelswärd-Fersen o el diabólico Aleister Crowley.

Con una sabiduría narrativa poco común, *El amante de Nefertiti* es una novela histórica, pero también una novela romántica en el sentido más genuino del término, llena de aventuras y misterio. Un viaje a lo más recóndito del Antiguo Egipto que, por muy exótico que resulte, acaba siendo un viaje al interior de nosotros mismos.

Lectulandia

Álvaro Bermejo

El amante de Nefertiti

La Reina Faraón

ePub r1.0

Arnaut 24.03.14

Álvaro Bermejo, 2012
Retoque de portada: Redna G.

Editor digital: Arnaut
Colaboradora: Nefertiti
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Nefertiti,
la Reina de las reinas

ZHN e NMZ



*Clara de rostro
Felizmente ataviada con la doble pluma
Soberana de felicidad,
Dotada de todas las virtudes
Tiene la voz de quien se regocija
Señora de gracia, grande de amor,
Sus sentimientos regocijan
Al Señor de los Dos Países...
La gran y muy amada esposa del rey
Señora de los Dos Países (cuyo nombre es)
“Bellas-son-las-bellezas-de-Atón”
“La-bella-ha-venido
Viva por siempre”.*

Texto grabado sobre una de las estelas fronterizas de Amarna

INTRODUCCIÓN

EL EXPEDIENTE NEFERTITI

EN el departamento de objetos perdidos de la historia hay un lugar de honor para las tres tumbas más buscadas de todos los tiempos —excluyendo la de Jesucristo—. La de Alejandro Magno, la de Gengis Khan, y aquella que reúna los cuerpos de Akenatón y Nefertiti. ¿Quién fue en realidad esta misteriosa Reina Faraón que desafió a su destino, y en cuyo silencio podrían contenerse todas las claves de la Guerra de los dioses que convulsionó Egipto y fundó la primera gran religión monoteísta de la humanidad?

Su nombre casi sugiere un código genético. Se escribe así: NFR.U.ITN. O así: NFRT.Y.TY. En el primer caso se traduce como «belleza de Atón». En el segundo significa «La Bella ha llegado». Aquello que es «nefer» ha alcanzado la armonía suprema. Y, en efecto, la belleza de Nefertiti fue legendaria. Basta contemplar el soberbio busto policromado que se conserva en el museo arqueológico de Berlín, tocado por un alto y estilizado birrete. Todo el mundo conoce ese rostro de rasgos perfectos y expresión regia, a quien se comparó en vida con una estrella radiante. Lo que nos parece una obra maestra no es, sin embargo, otra cosa que un trabajo inacabado, un modelo de escultor. Aun así, transmite algo que está por encima de su exquisita belleza: una experiencia espiritual absoluta, la de un ser que vive en el corazón de la luz porque sabe que ha conquistado la eternidad.

Nefertiti ejerció como la verdadera reina del mundo hace tres mil años, en ese Egipto que era el «eje» del universo conocido. Hizo el amor pero también la guerra, encarnó el alma viva de su reino, fue representada en un plano de igualdad junto a Akenatón, con la doble corona y los dos cartuchos reales. La Bella fue sin duda una mujer fascinante de una inteligencia singular, cuya trascendencia en la revolución espiritual —y política— que protagonizó Akenatón resulta comparable a la del llamado faraón místico, si no fue ella misma su inspiradora.

Se trataba de un desafío sin precedentes en la historia. Un joven monarca de apenas diecisiete años periclitó el sistema corrupto establecido por la poderosa casta sacerdotal de Tebas, suprimió el politeísmo y fundó una religión nueva centrada en el culto a Atón. Pero, junto con eso, también restauró el orden social de la edad dorada de Egipto presentándose a sí mismo como modelo, tanto en lo físico como en lo metafísico. El nuevo faraón renunció a que se le representara como un dios, mostró de una manera desnuda su dimensión humana, y predicó la fuerza revolucionaria del amor y de la compasión entre los hombres. No se lo consintieron. Su reinado apenas pudo mantenerse diecisiete años y es muy posible que su final se precipitara a consecuencia de una conspiración que acabó con la vida del gran transgresor. De hecho, inmediatamente después, sus sucesores demolieron hasta sus cimientos la

nueva capital erigida por él en Amarna —Aketatón, la ciudad del horizonte de Atón—, arrancaron su nombre a martillazos de todas las estelas y pilonos en los que había sido grabado. En lo sucesivo, toda alusión a su persona quedó consignada bajo la fórmula «Kheru» —«el Caído» o «el Maldito»—, como si Akenatón no hubiera existido jamás.

No obstante, dos años antes de que se consumara el presunto magnicidio, Nefertiti desapareció misteriosamente. ¿Por qué razón? Tres milenios después esta pregunta sigue abierta, y alimenta las conjeturas más dispares.

¿Fue su incapacidad para concebir un heredero varón que consolidara la dinastía lo que forzó a Akenatón a repudiarla y a emparejarse con una esposa secundaria, quien acabaría dándole ese ansiado hijo que años después subiría al trono con el nombre de Tutankamón? Durante el interregno que precedió a la coronación de este encontramos un faraón tan efímero como enigmático, llamado Smenjkara. Hay quien sostiene que Smenjkara fue un hombre de paja entronizado por los conspiradores palaciegos que acabaron con la vida de Akenatón. Junto a esta, ha prosperado otra hipótesis según la cual, bajo la máscara de Smenjkara, se ocultaría la propia Nefertiti. Entonces, ¿cabría la posibilidad de que fuera la gran despechada quien urdió la intriga contra su esposo? Si no fue así, y realmente jugó un papel decisivo en el Cisma de Amarna, también resulta verosímil que la conjura contra Akenatón comenzara precisamente por la eliminación de la Bella. Nada sabemos a ciencia cierta. ¿Qué sucedió en realidad?

Miles de profesionales y cincuenta misiones arqueológicas internacionales trabajan sobre el terreno en el país del Nilo, y en los laboratorios, museos y bibliotecas de todo el mundo, buscando una respuesta a esta cadena de enigmas.

Desde los inicios de la egiptomanía, surgida a partir de la expedición de Napoleón, en 1798, la búsqueda de la momia de la Señora de las Dos Tierras se focalizó en el valle de las Reinas, también conocido como el Ta Set Neferu —«El lugar de la belleza»—. Fue aquí, en 1829, donde Champollion y Rosellini encontraron las de Sat-Ra, la esposa de Ramsés I, y también la de Nefertary Meritamunt, la favorita de Ramsés II. Pero, sobre todo, este lugar contenía los restos de los jóvenes príncipes tebanos, y los investigadores acabaron descartando que pudiera resolver el «Expediente Nefertiti». Las pesquisas se centraron entonces en Amarna —la ciudad fundada por Akenatón—, pero, ya lo hemos dicho, tras la muerte del faraón apóstata su capital fue literalmente borrada del mapa. Si algún día estuvieron allí, ¿qué sucedió con las tumbas de Akenatón y Nefertiti?

Gastón Maspero creyó que la incógnita estaba cerca de resolverse cuando, ya en 1881, un saqueador de tumbas acabó confesando que había descubierto un escondite de momias en Deir el Bahari. Nadie podía imaginar lo que les esperaba. En un estrecho corredor oculto entre los riscos aparecieron los sarcófagos de más de treinta

faraones de capital importancia. Quienes los ocultaron allá lo hicieron con una intención evidente: evitar que fueran profanados por aquellos que, ya en su tiempo, expoliaban los hipogeos del valle de los Reyes. Bien pudiera ser este el enclave donde sus adeptos trasladaron los restos de Akenatón y Nefertiti. Pero no: ninguno de los sarcófagos acreditaba que su inquilino fuera o pudiera ser uno de los visionarios de Amarna.

No obstante, junto con las momias de los grandes faraones, en el escondite de Deir el Bahari apareció una bien inquietante. La habían sepultado en un ataúd blanco, sin ninguna inscripción que identificara a su dueño. ¿Un castigo para que no pudiera regresar a la vida? Al abrirlo se encontraron con un cadáver que despedía un olor nauseabundo envuelto en una ensangrentada piel de oveja. La oveja era considerada un animal impuro en el Antiguo Egipto. Emplearla como mortaja suponía mancillar la memoria del difunto por toda la eternidad. Pero había más. El rostro del cadáver aparecía desfigurado en una mueca horrenda, su boca se veía abierta, con la lengua fuera, estremecida en un grito de espanto. Igualmente su cuerpo se retorció en una contracción brutal, como si se debatiera por liberarse de las vendas que lo apresaban. Se impuso una evidencia aterradora: aquel hombre había sido momificado vivo, ya que todos sus órganos permanecían intactos en el interior de su abdomen. Pero, al carecer de la menor certeza acerca de su identidad, lo trasladaron a los sótanos del museo de El Cairo, donde permanece todavía a la espera de que un milagro resuelva la truculenta incógnita.

Entre tanto, las pesquisas regresaron al valle de los Reyes y, en concreto, a tres sepulcros conocidos como KV63, KV64 y KV35. En el año 2000 los británicos Geoffrey Martin y Nicholas Reeves detectaron por medio de radares y entre las dos primeras, una cámara oculta que se conectaba con la tumba de Tutankamón, lo que les llevó a conjeturar que estaban cerca de la de Akenatón y Nefertiti. Pero, al poco de iniciar las excavaciones Zahi Hawass, el todopoderoso director del Consejo Superior de Antigüedades de Egipto, decidió retirarles el permiso para seguir trabajando. ¿Por qué? Hay quien lo atribuye al ansia de protagonismo de Hawass, obsesionado por capitalizar la repercusión mediática de este descubrimiento. No obstante, han corrido doce largos años, y el silencio persiste.

Con la KV35 ha sucedido algo semejante. En 2004 la doctora británica Joann Fletcher emprendió una indagación en esta tumba descubierta en 1898 por el francés Victor Loret. Encontró tres momias más, anónimas y desnudas. La técnica utilizada para su momificación sugiere que pertenecían a la XVIII dinastía. La posición del cuerpo de una de ellas, con el brazo derecho recogido sobre el pecho, indicaba que se trataba de una reina. Una reconstrucción de su cráneo por ordenador evidenció un parecido extraordinario con el busto de Nefertiti que se conserva en Berlín. Pero había algo más: al igual que la momia de Deir el Bahari, esta había sufrido un castigo

espeluznante. Bajo el brazo que protegía su corazón aparecieron las huellas de una daga que solo podía pertenecer a alguien de rango elevado. La tesis de Fletcher apuntaba a una venganza de los sacerdotes de Amón. Los que tanto la odiaron en vida se conjuraron para que tampoco tuviera aliento en el reino de los muertos. Tal vez Zahi Hawass fue uno de ellos. Antes de que se emitiera el reportaje de Discovery Channel que contaba esta historia, desacreditó su investigación afirmando que carecía de todo rigor científico y expulsó a la doctora Fletcher del país, prohibiéndole la entrada en Egipto.

¿A qué obedecen estas batallas entre arqueólogos, tanta obstinación en la búsqueda y, sobre todo, la voluntad oficial de mantener selladas las tumbas que podrían resolver el enigma de la Reina Faraón? Más allá de la dificultad de obtener ADN fiable de momias, que si han sido objeto de pillaje suelen estar muy contaminadas, la peripecia de la reina más buscada de Egipto se ha convertido en un verdadero «thriller arqueológico» donde todas las pistas se cruzan tejiendo un desafío tan inquietante como apasionante.

Hasta este momento hemos citado las cuatro líneas de investigación más conocidas. Ahora vamos a abordar una más. Aquella que permanece enterrada bajo las arenas de la historia, pese a que en su momento generó una considerable expectación mundial.

A comienzos del siglo pasado, en 1903, desembarcó en Alejandría la célebre Misión Arqueológica Italia. La dirigía el prestigioso profesor Ernesto Schiaparelli, director del museo egipcio de Turín, pero le acompañaban unos cuantos personajes singulares, entre los que destacaba un tal Alessandro de Caltagirone, un aventurero de fortuna y dudosa reputación, con fama de visionario.

En sus diarios, Caltagirone cuenta cómo un día, mientras vagaba por una cantera cerca de Hermópolis, un destello solar le condujo hasta un objeto sorprendente. Se trataba de una estela del tiempo de los faraones, pero lo que se plasmaba en ella resultaba muy extraño. Los personajes que la ilustraban tenían el cuerpo y el rostro deformados, sus facciones aparecían muy dilatadas, sus ojos se veían rasgados, sus orejas resultaban enormes, la nariz larguísima, la barbilla y los labios muy gruesos. Más aún, el cuerpo del rey presentaba particularidades insólitas: senos, caderas y pelvis femeninos, y carecía de sexo. La reina, por el contrario, aparecía como una gran sacerdotisa y llevaba en sus manos los sistros de la diosa Hator, con quien se identificó a Nefertiti. Por alguna razón que nunca conoceremos, Caltagirone no reveló a Schiaparelli su descubrimiento. A partir de ese día emprendió una excavación clandestina y obsesiva, en un paraje agreste que describe así: «imposible imaginar una desolación más profunda». La Misión Italia regresó sin él y nada más se supo de sus prospecciones. Pero catorce años después, en 1917, Caltagirone reapareció en Nápoles y brindó a la prensa un titular sensacional: las momias de

Akenatón y Nefertiti no estaban en Egipto, sino en el sur de Italia y, más concretamente, ¡en la isla de Capri!

Podéis sonreír tanto como queráis. Al fin y al cabo, esa fue la respuesta unánime ante las declaraciones de aquel alucinado que se postulaba heredero de Cagliostro. Naturalmente, ningún arqueólogo sensato confirió la menor credibilidad a sus palabras y la «noticia sensacional» se diluyó por sí misma, sin que nadie volviera a interesarse por ella fuera del círculo de aristócratas extravagantes entre los que se movía. Pero, en adelante, una extraña agitación comenzó a apoderarse de la isla de Capri, que viviría una espiral de sucesos muy desconcertantes, comenzando por el asesinato del propio Caltagirone...

Lo que sigue es un relato que, si bien está fundado en una trama de personajes y hechos reales, no pretende ser otra cosa que literatura. Con una salvedad: cuando un enigma como el del «Expediente Nefertiti» continúa desafiando todas las respuestas, y generando más y más preguntas, ¿qué mejor herramienta que una ficción literaria para adentrarnos en esa dimensión invisible de la realidad donde la fuerza del mito se confunde con los laberintos del alma humana?

La historia misma siempre ha sido una construcción en gran medida literaria, un relato confeccionado entre imposturas, tergiversaciones e interpretaciones selectivas, a las que el caprichoso curso de los siglos acaba confiriendo rango de autenticidad. Tanto es así que, a medida que nos remontamos hacia el pasado las líneas divisorias entre historia y leyenda se diluyen hasta desaparecer. Cuando la memoria se desvanece, solo queda el misterio. Y es al misterio mismo a quien hemos de interrogar.

Es posible que este mismo año, o el próximo, de nuevo Martin y Reeves, una segunda Joann Fletcher, o el mismo Zahi Hawass irruman en la actualidad asegurando que al fin han descubierto la verdadera momia de Nefertiti. No les creáis. Mis personajes y yo tenemos razones fundadas para sospechar que ninguna expedición científica ni ningún arqueólogo llegarán a encontrarla jamás. Si queréis saber por qué, dejadme que os invite a compartir esta aventura.

El largo viaje apenas acaba de comenzar.



1

DESDE finales del siglo XVIII el *Grand Tour* de los *milores* puso de moda el viaje al sur de Italia. Aristócratas *byronianos*, artistas y escritores ávidos de exotismo, emprendían esta peregrinación romántica que llegaba hasta Capri. Nada les fascinaba más que aquella isla prodigiosa anclada en un mar azul cobalto frente a la bahía de Nápoles sobre la que se alzan las ruinas de las villas del emperador Tiberio, quien pasó aquí la última década de su vida en un destierro elegido por él mismo. Otra de las razones tenía que ver con las presuntas propiedades curativas del clima mediterráneo. La misma convicción que llevó a Roma a un Keats moribundo comenzó a salpicar la costa amalfitana de sanatorios para tuberculosos exquisitos, y Capri no fue una excepción. El hotel más elegante de la isla, el Quisisana, debe su nombre a una expresión literal: «Aquí se sana». Pero, a decir verdad, no era solo esa ambición de salubridad lo que fue convirtiendo sus espectaculares farallones en la puerta de entrada de un cosmopolitismo exultante, donde los príncipes de las casas reales europeas se cotejaban con banqueros suizos e industriales alemanes como el fabricante de armas Krupp —cuya pasión por Capri acabaría llevándole al suicidio—, y todos ellos con exiliados rusos tan pintorescos como Maxim Gorki, que se estableció en una casita de la Marina Piccola, en 1906. La misma, donde dos años después, Lenin acabaría sentando sobre sus rodillas a la hija del jardinero, una niña con evidentes aptitudes capitalistas, para enseñarle las expresiones rusas más solicitadas en la isla: *¿Cuánto cuesta?* y *Hoy no hacemos descuentos*.

Entre tanto, la Policía Secreta enviada conspicuamente desde Roma para vigilar a los revolucionarios tenía que hacer milagros para no colisionar con las escoltas de los príncipes de Prusia y Suecia, mientras a su alrededor fluctuaban las abigarradas mareas de turistas de la agencia Cook y todo el alboroto propio de las gentes del lugar, que se abrían paso cargando cestas rebosantes de verduras y pescados sobre sus cabezas, y hablando a gritos en su bronco dialecto *caprese*. Allá, en la *piazzetta* del Orologio —la placita del Reloj—, la clientela de los cafés elegantes, vestida a la última moda de París, podía ponerse en pie y aplaudir al semental que subía a cubrir a las vacas de la colina tiberiana. El *spumante* lo reservaban para celebrar a las esculturales bañistas francesas que regresaban con sus *maillots* muy pegados al cuerpo tras zambullirse en las aguas de la Gruta Azul.

Inmune a las convulsiones de la Gran Guerra, preservada como un oasis donde no había ningún Palacio de Invierno que tomar al asalto, Capri constituía a comienzos del siglo xx un microcosmos perfecto de la Europa de su tiempo, incluidos sus más señalados demonios. Junto con las bañistas francesas, los aristócratas ingleses, los expatriados rusos y los tuberculosos austrohúngaros, no tardaron en aparecer, todavía en su fase larvaria, los fascistas de Mussolini. Su emergencia fue algo así como la versión siniestra del célebre *ballet Parade*, gestado durante ese viaje trascendental para las artes que trajo aquí a tres gigantes de la talla de Massine, Cocteau y Picasso. Con ellos llegaba la vanguardia, la creatividad salvaje, la extravagancia absoluta. Nada cambió. La naturaleza de la isla seguía imponiéndose a todo y a todos, preservando su magia particular con el sello de lo infinito.

Esta no es más que una manera poética de contar cómo en el Capri de 1920 el siglo nuevo ya era muy viejo, pues, sucediera lo que sucediese, allá nadie se asombraba de nada. Los paisanos, felices con la prosperidad que emanaba de los visitantes, hacían su vida, poco curiosos en algunos asuntos —en otros, implacables—, mientras que la colonia extranjera perseveraba en esa mezcla de «dignidad romana e indulgencia griega» que definía su atmósfera desde los tiempos del poeta Estacio. Todos los que llegaban a la isla de las Sirenas sedientos de placer, libertad y nuevas experiencias, no hacían sino aportar su propia biografía al engrandecimiento del mito.

La llegada de Kenneth Conway no tuvo nada de romántica, menos aún de mitológica. Tras desembarcar en la Marina Grande, una mañana de mayo de 1920, apareció en la *piazzetta* del Orologio a lomos de uno de esos burritos —los *ciucci*—, que desde tiempo inmemorial han acarreado cargas y pasajeros desde el puerto a la parte alta de la isla. La estampa resultaba un tanto chocante, pues, a causa de su altura, los zapatos del escocés casi rozaban el suelo. Cuando intentó desmontar, el burrito comenzó a girar sobre sí mismo impidiéndole hacer pie. *Caravaggio*, que así se llamaba el *ciucci*, acabó derribando a Conway sobre una de las mesas del café Vittoria. Por suerte, cayó sentado. Desde la mesa contigua, un par de residentes alzaron sus copas en su honor. Un brindis por su heroica manera de mantener el equilibrio. El escocés esbozó una sonrisa esquinada y se pinzó el ala de su polvoriento sombrero. Su figura, que hubiera parecido estafalaria en cualquier otro paraje, resultaba de lo más discreta en aquel escenario. Chambergo de corte colonial, un largo gabán del mismo color antracita, y un sorprendente cabello rojizo que destacaba la palidez de su rostro y sus penetrantes ojos verdes. Su mirada, sin embargo, resultaba un tanto oblicua, como si fuera la de un estudiante distraído o un miope. Pese a que frisaba la cuarentena, Kenneth Conway transmitía la sensación de ser uno de esos adolescentes que parecen estar siempre desplazados. Entonces, estaba claro, Capri era su lugar natural en el mundo.

Tan pronto como acomodó sus maletas, sacó de su gabán un cuaderno de tapas flexibles y comenzó a escribir, sin levantar la cabeza, salvo cuando el camarero vino a cantarle el menú del día.

—Tre piatti, vino a volontà, prezzo cinque lire.

¿No sabía que aquel *caciocavallo* era el mejor queso de Italia? Conway volvió a sonreír mientras mordisqueaba una porción. Enseguida, ya tenía delante una botella de vino amarillo de Trágara —sulfuroso como la resina— y una ración de pulpos en miniatura, de un púrpura tan virulento que parecían cocidos en la misma tinta empleada para redactar la carta. Frente a él se alzaba la hermosa iglesia barroca de Santo Sefano, y, entre dos calles, se le ofrecía una vista espectacular del escenario que se extiende entre el cono volcánico del Vesubio y la isla vecina, Ischia, con la ciudad de Nápoles extendida a sus pies como un gran lagarto verde tendido al sol.

Aunque Conway tenía bastante con eso, mientras comía le resultaba imposible no oír el coloquio de los dos caballeros que habían brindado por él, en la mesa contigua. La voz del que llevaba la conversación no era ciertamente alta, pero resultaba incisiva cuando recitaba un texto literario. Aquel personaje de melena y mostacho becquerianos, rostro altivo y expresión de *condottiero*, era nada menos que Ezra Pound^[1], el nuevo príncipe de la colonia de poetas trasterrados y residentes en Capri. Conway no lo reconoció. Aún faltaba mucho para que el gran excéntrico de la Generación Perdida se convirtiera en una celebridad mundial. Erudito, disidente y provocador, enamorado de la poesía oriental y del opio negro que se destilaba en el círculo del barón Fersen —de quien hablaremos enseguida—, Pound contaba sus libros por escándalos. Le bastaban dos tragos de Corvo —su vino favorito— para ponerse a declamar cualquier obscenidad capaz de sofocar a los empantallados puritanos y a las encorsetadas damas que compartían la terraza del Vittoria. Pero aquella vez solo intentaba recordar un poema de Robert Browning, *La amante perdida*, que comienza así: «Entonces, si todo ha terminado, qué amarga suena la verdad». El pasaje que le interesaba llega bastantes versos después: «¿Nos encontraremos mañana, como siempre, amada mía...?».

—«¿...Y podré coger tu mano entre las mías?» —exclamó Pound buscando la complicidad de su acompañante.

Este, un tipo de aspecto meridional, calvo y atezado, cuyo rostro rebosaba sentimientos irreverentes, se limitó a chasquear su lengua. Pound continuó recitando, pero no podía recordar el último verso.

—«Diré lo que dicen aquellos que son simplemente amigos...».

Al llegar a ese punto se quedaba en suspenso y volvía a comenzar. Lo intentó varias veces, luchando en vano con su memoria. Conway aguardó a terminar su *espresso*, pagó la cuenta, recogió sus maletas y, cuando ya se iba, se volvió hacia él.

—El último verso dice: «¿O tal vez retendré tu mano en la mía un instante más,

solo un instante más?».

Pound abrió la boca levemente, y la volvió a cerrar; su acompañante acarició la gardenia blanca que llevaba en el ojal, como un brujo poseedor de un hechizo. El escocés se alejaba hacia el hotel San Felice, al otro lado de la plaza y, enseguida, se interpuso entre ellos el cortejo fúnebre que descendía por las escalinatas de la iglesia de Santo Stefano con la banda por delante, discordante y atronadora, destrozando el *Requiem* de Verdi, y un caballo negro empenachado y sin montura cerrando la comitiva.

El difunto era Alessandro de Caltagirone, aquel aventurero visionario que había formado parte de la Misión Arqueológica Italia, el mismo que regresó asegurando que la momia de Nefertiti se hallaba en Capri, sin que jamás pudiera demostrarlo. ¿Tenía su muerte alguna relación con ese misterio? Diez años atrás, Conway había coincidido con Caltagirone en Egipto, pero entonces no podía imaginar que estaba viendo pasar su cadáver. Tampoco sabía que su anfitrión, aquel que le había invitado a la isla, fue uno de los mecenas de aquella expedición. Y menos aún que Ezra Pound también formaría parte del enigma. Cuatro de los protagonistas vivos y muertos de esta historia se conocieron así, sin reconocerse, mientras se cruzaban bajo la sombra del reloj de la *piazza* Umberto I. El barón Fersen al frente de la comitiva fúnebre de Caltagirone, Conway empujando ya la giratoria de su hotel, y Pound apurando un trago de vino, diciéndose, tal vez, que aquel episodio podía ser el comienzo de una extraña novela. Sobre todo por lo que sucedió después.



2

EN lo alto de un espolón rocoso azotado por todos los vientos, en la cumbre oriental de Capri, aparecen dos residencias cargadas de historia. Villa Jovis, el formidable palacio erigido por el emperador Tiberio, en el siglo I de nuestra era, constituye la metáfora perfecta de un autócrata asediado por todos sus fantasmas, a quien Plinio el Viejo llamó «el más triste de los hombres». De todo lo que fue su última morada no queda más que un laberinto de ruinas circundadas por un *ambulatio* donde el egregio ermitaño paseaba solo para reflexionar sobre los asuntos de Estado, la vida y la muerte, protegido por muros inexpugnables y rodeado por uno de los panoramas más bellos del mundo. Pero, posiblemente la belleza no fuera un consuelo suficiente para quienes eran conducidos hasta la escarpa que cae a pico a unos trescientos metros sobre el mar, conocida como el Salto de Tiberio, donde, según Suetonio, aquellos que le habían traicionado, desagradado, o halagado en exceso, eran arrojados a la muerte sin más dilación que un simple ademán esbozado por el emperador.

Jacques d'Adelsward Fersen —más conocido como el barón Fersen—, hubiera sido sin duda uno de ellos de haber coincidido en su tiempo. Llegó a Capri desde Paris, en 1904, donde había padecido una pena de seis meses de prisión por atentar contra la moral pública. Tras declararse admirador incondicional del César, compró un terreno bajo las ruinas de Villa Jovis y se aplicó a edificar una residencia no menos fastuosa, a la que llamó Villa Lysis, en honor a un muchacho a quien Sócrates interrogó sobre la naturaleza de las pasiones humanas. Un frontispicio alzado sobre cuatro columnas dóricas sostiene una inscripción —*Dolori et Amori Sacrum*—, que se traduce como «Consagrada al amor y al dolor». Toda una declaración de intenciones por parte de su propietario, quien no tardó en hacer de Villa Lysis el santuario de todos los excesos.

Recorrer Villa Lysis supone adentrarse en una utopía estética donde los elementos clásicos, como la exedra del vestíbulo, se alternan con propuestas vanguardistas que recuerdan la *sezession* vienesa o el más puro *art nouveau*. Bajo su planta noble y al borde de un precipicio frente al mar se abre un recinto inquietante, una cueva de techo bajo semejante a un ninfeo romano conocida como La Grotelle. Fersen escenificaba en ella sus inenarrables bacanales, siempre veladas por las exhalaciones del opio y blanqueadas por ríos de cocaína y champaña, hacia los que convergía

puntualmente lo más selecto del Capri intelectual y artístico.

No obstante, la joya de la corona de Villa Lysis era su salón egipcio. Una estancia penumbrosa como el corazón de una pirámide, presidida por una estatua de basalto del dios Horus. Frente al amplio ventanal que recibía el pleno impacto de las espectaculares tormentas de Capri, le acompañaba una cabeza mutilada de Akenatón. A un lado, Osiris, juez de las almas. Junto a él, Anubis, el guardián de la tumba. Y entre ambos Isis y Neftis, señoras de la noche, la muerte y la resurrección.

Este era el lugar donde el barón Fersen había citado a (Kenneth) Conway, a las doce del mediodía de aquel quince de mayo de 1920 pues, digámoslo de una vez, el escocés pasaba por ser toda una autoridad en la ciencia de los faraones desde que participó en las primeras prospecciones del alemán Ludwig Borchard en Amarna. Cuando Fersen le envió un cablegrama invitándole a autenticar su colección egipcia a cambio de una suma disparatada no se lo pensó. El barón, su leyenda y su patrimonio le traían sin cuidado, pero necesitaba fondos para regresar a sus excavaciones.

Durante el desayuno en el San Felice solo cometió un error: confesar el objeto de su viaje al *maître*, que ejercía, además, como empresario de pompas fúnebres en su despacho de la vía del Babbuino. Al oírle, el atildado *signore* Cornacchia dio un paso atrás de una manera tan espasmódica que estuvo a punto de salpicarle con la cafetera.

—*Grande jettatore!*^[2] —exclamó abriendo mucho los ojos y desviando una mirada a su espalda, para añadir en un susurro—. Tenga cuidado, el barón Fersen ya ha echado el mal de ojo a unos cuantos... Es un *jettatore*, no le quepa duda, y su palacio oculta una caverna donde está enterrado el *Tesoro di Timberio*.

Los lugareños de Capri llamaban así «Timberio» al emperador Tiberio, y todo aquello de cierto valor que se encontraba bajo su suelo, fuera una moneda, un busto romano, o un maleficio, pertenecía al legendario tesoro que se llevó a su destierro. Conway esperó a encender su primer pitillo antes de preguntar.

—¿...Y usted, conoce Villa Lysis?

—Dios me guarde... Una noche, cuando la estaban levantando, vi con estos ojos que se han de comer los gusanos un monje siniestro asomado a uno de sus parapetos. Una comitiva de marineros subía lentamente las escaleras a la luz de las antorchas. El monje era el condenado espíritu de Timberio, el mismo que crucificó a Jesucristo. Desde entonces vaga como un alma en pena por sus dominios, con su cara leprosa y sus ojos de fuego...

—Por favor, no me diga que el barón Fersen tiene firmado un pacto con el diablo —ironizó Conway.

—... Y con toda su corte satánica, señor. No tiene más que preguntar por las orgías que celebra en su *fumatorio* —insistió Cornacchia, bajando su voz hasta rozar su oído con sus labios—. Ese degenerado organiza verdaderas misas negras en las

que invoca a «Timberio» para que le revele sus últimos secretos.

—¿El lugar donde ocultó su tesoro?

—... Y mucho más, *signore*. Yo que usted me cogía el vapor que sale dentro de un rato para Nápoles. Eso es lo que tenía que haber hecho el último arqueólogo que paró aquí, el loco de Caltagirone. ¿Vio ayer el entierro? Si lo vio, era un aviso.

En un instante Conway unió todos los cabos, pero contuvo su desconcierto.

—¿Se sabe de qué murió?

—Ya se lo puede imaginar... De cualquier cosa menos de muerte natural. El año pasado Caltagirone regresó de Egipto con un montón de papiros que Fersen y él estuvieron desentrañando en Villa Lysis, justo debajo de la esfinge.

—¿La esfinge? ¿Qué esfinge?

—... La que encontraron durante los trabajos de cimentación de la villa. Una cosa espantosa del tamaño de un caballo con garras de león, aunque tenía la misma cabeza que nuestra santa *Madonna Egiziaca* —añadió el *maître*, tras hacer una pausa para santiguarse—. Pero allá donde la encontraron apareció también una gran serpiente negra, la guardiana del *Tesoro di Timberio*. ¡Váyase, váyase antes de que sea demasiado tarde!

Cornacchia no tuvo tiempo de decir más. Un flamante Delahaye blanco descapotable barrió la grava de la explanada frente al comedor del San Felice, y de él se apeó un personaje singular. Se trataba del caballero que acompañaba a Ezra Pound el día anterior, en el café Vittoria. Un italiano de edad incierta, con la cara marcada por la viruela y ojos profundos que ardían como brasas bajo sus tupidas cejas. Llevaba el mismo traje claro con una gardenia en el ojal y, aunque cojeaba ostensiblemente —Conway se fijó en sus zapatos ortopédicos—, apenas se apoyaba en su bastón. Al advertirle, se quitó el panamá y su rostro se convirtió en una maraña de pliegues que convergían hacia dos labios contraídos en una suave sonrisa.

—... *Peccato!* —exclamó, dándose una palmada en la frente, como si se reprochase no haber caído en la cuenta— ...O sea que el profesor escocés era usted —y mientras le tendía la mano, añadió—. Debí suponerlo. Al fin y al cabo, estábamos esperándole. Pero claro...

—... No se imaginaba que aparecería a lomos de un burro, ¿no es así?

Los dos volvieron a sonreír, sobraban las explicaciones. Al incorporarse la cabeza de Conway se alzó dos palmos por encima de la del italiano, que se quedó mirándole con una extraña luz en sus ojos hundidos.

—¿Sabe lo que dijo mi amigo cuando usted se fue? «Me alegro de haber olvidado aquel verso de Browning». Sabía que tarde o temprano nos encontraríamos.

—Pero, entonces... —Se inquietó el escocés, que no acababa de dominar la situación.

—Permítame que me presente. Me llamo Baldassare Messori, soy doctor en

Medicina, aunque ejerzo como secretario personal del barón Fersen, que ya está esperándonos. Pound, el gran poeta americano, también forma parte de nuestro círculo.

—Ah, o sea que también hay un círculo.

—Bueno, ya lo iré conociendo. Pero ahora, si tiene la amabilidad de acompañarme...

El Delahaye abordó con un potente rugido las empinadas rampas que suben hasta la punta nororiental de Capri. Con una mirada casi distraída Conway examinó el interior del coche. Desde el revestimiento interior en caoba hasta el tapizado, todo en él denotaba que su dueño era un hombre rico. ¿De dónde procedía el patrimonio del barón Fersen? Sin ningún fundamento, encontró extraño que no hubiera nada que acreditara la fuente de tanta opulencia.

—¿Ve esa roca? —exclamó Messori señalando un promontorio a un lado de la carretera, por la parte de la isla que mira a Positano—. En tiempos del emperador Tiberio allí había un templo dedicado a Isis.

El escocés no disimuló su sorpresa.

—¿Un templo dedicado a Isis, en Capri? ¿Qué fue de él?

—Ya se lo puede imaginar: lo destruyeron con la misma furia con que intentaron arrasar su memoria. Ahora la llaman la Roca de la Sirena. Porque según la leyenda, fue aquí donde murió Leucosia, una de las sirenas que intentaron seducir a Ulises. Pero la sirena de verdad era la diosa Isis, la gran maga de los egipcios.

—Me lo creo. Tiberio era un gran supersticioso, vivía rodeado de astrólogos.

—Exactamente...

—A veces me pregunto cómo pudo vivir en un paraje tan maravilloso y ser tan cruel. ¿Cómo podía ser tan negra su alma, incluso bajo esta luz y este cielo?

—Bah, todo eso son infundios. —Prosiguió Messori sin retirar la mirada de la carretera—. Yo también he leído esas crónicas que lo describen como un psicópata que arrojaba a sus víctimas desde el Salto, mientras estrangulaba a los efebos que le servían en la Gruta Azul. Me parece ridículo. Como el cuento del pescador al que le destrozó la cara restregándosela con las pinzas de una langosta solo porque no había sido lo suficientemente complaciente.

—¿Qué le hace pensar que no fue así?

—Adoraba a Isis, ya se lo he dicho, pero para mí eso iba más allá de una superstición. Los antiguos egipcios eran un pueblo puro, probablemente la civilización más compleja y sofisticada que ha pasado por este planeta. Una persona que se identifica con ellos no puede ser un bárbaro ni un carnicero.

—¿Lo dice también por el barón Fersen?

Messori lanzó al escocés una mirada relampagueante.

—Me ha leído el pensamiento, amigo mío. Le aconsejo que use mucha

diplomacia con él. Se traga los cumplidos como un caballo el azúcar. Un día yo le llamé «rey sin corona», y al día siguiente me envió una caja de caviar. Pero enseguida va a tener la oportunidad de juzgar por sí mismo. Ya estamos llegando.



3

EL ruinoso faro que coronaba la mansión de Tiberio fue emergiendo gradualmente sobre los macizos de retama que cerraban la carretera, y, sobre la última curva, entre huertos y viñedos, se abrió la desviación que conducía a Villa Lysis. Veredas que se entrelazaban unas con otras, algunas pavimentadas con ladrillos color rosa viejo, marcaban el sendero, como en el sueño de un niño, hacia la oscura puerta de entrada de la casa. La esfinge estaba allá. Una mole de granito rojo alzada sobre un pedestal, en un extremo del jardín, mirando al mar. Verdaderamente, se trataba de un buen lugar para rendir culto a los dioses del Nilo, retirado, inviolable: un refugio dentro de otro refugio, y todo ello dentro de una isla.

Messori aparcó su Delahaye frente a la exedra e invitó a Conway a precederle. El escocés se detuvo para leer la inscripción que presidía su imposta.

—Consagrada al amor y al dolor —repitió para sí.

—... Pero sobre todo a mis amigos. Bienvenido a Capri, míster Conway, estaba deseando conocerle.

Fue así como apareció el barón Fersen en lo alto de la balaustrada. Un tipo nórdico muy bronceado, vestido de una manera informal, con una camisa blanca, abierta, pantalones de algodón y un par de alpargatas. Avanzó hacia su invitado con paso decidido y, nada más tenerlo frente a él, estrechó su mano efusivamente. Ezra Pound utilizó una vez, en elogio de este personaje, la palabra «inhumano». Sí, Fersen tenía algo en común con la esfinge que presidía su jardín. Una cierta cualidad animal no desprovista de astucia y, en última instancia, inaccesible. Su propio cuerpo resultaba paradójico. Pequeño y compacto, pero cargado de una vitalidad que parecía agrandarlo, fulminaba a quien tuviera delante con el fuego azul de sus ojos. Constituían la clave de su magnetismo y él lo sabía, pero no podían salvar ese rostro herido, magullado por sus pasiones, como si tuviera una espina de hielo clavada en el corazón. Enseguida, cogió al visitante del brazo para conducirlo hasta la esfinge.

—Me pregunto si podrá leer esta inscripción tan fácilmente como la otra. No es que le esté poniendo a prueba, solo es mi carácter...

Conway deslizó sus dedos sobre los jeroglíficos. Su respuesta no se hizo esperar.

—«Guardo el tránsito de la gran esposa real, Señora de las Dos Tierras, en su viaje a la Casa de Millones de Años». —Y tras descifrar la primera tirada como si

leyera el periódico del día, el escocés concluyó en tono desapasionado—. La esfinge habla de la reina Sat-Ra, esposa de Ramsés I, la que caminaba entre leopardos.

Fersen se quedó estupefacto. Caltagirone había necesitado un día entero para descifrar la leyenda.

—*C'est incroyable!* —exclamó—. Había oído contar maravillas de usted, pero esto... Esto supera todas mis expectativas.

Aún no había acabado de decirlo y ya se lo estaba llevando hacia el interior de su mansión con su paso enérgico, remontando de dos en dos los peldaños de la escalera que subía del jardín al gran salón. La fastuosa estancia merecía ser contemplada con detenimiento. Fersen no se detuvo en esta ni en ninguna de las que fue atravesando, a cada cual más delirante, como arrastrado por la envolvente melodía que resonaba por toda la casa —¿algo de Cole Porter?—, hasta que llegaron a la vasta sala oval que albergaba su colección egipcia. El silencio regresó en cuanto Fersen cerró la puerta. Un silencio de sacralidad que parecía dimanar de los objetos reunidos en aquel espacio. La imponente estatua del dios Horus guardaba el lugar en torno a la cual se ordenaban centenares de piezas expuestas en vitrinas. Conway fue derecho hacia la peana que sostenía la efigie mutilada de Akenatón. Tomó la cabeza entre sus manos y la giró para observar su parte posterior.

—Justo lo que esperaba —dijo, con un entusiasmo que no había mostrado hasta entonces—. Aquí está, Nefertiti velando el sueño del faraón. ¡Qué maravilla!

—Veo que esta pareja le interesa tanto como a mí —articuló Fersen sin dejar de mirarle.

—Sí, me interesa mucho.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Ni yo mismo lo sé —repuso Conway mientras depositaba la cabeza sobre su muñeca—. Pero a quienes me lo preguntan, siempre les digo que es un secreto.

—Me gustan los hombres que tienen secretos.

—Y a mí los que saben preservarlos.

Fersen dejó escapar una sonrisa tensa y se acomodó en una de las butacas.

—Pues mire, le voy a revelar uno de los míos. Siéntese, por favor...

Mientras el escocés ocupaba la butaca contigua su anfitrión oprimió un timbre y siguió hablando.

—Antes, cuando le he mostrado la esfinge del jardín usted ha dado por hecho que la trajo aquí la Misión Italia, y yo no le he corregido. —Conway guardó silencio, ya lo sabía: el *maître* del San Felice le había contado la historia. Solo quería ponerle a prueba—. De acuerdo, esa es la versión oficial —prosiguió el barón—. La real es otra: la esfinge no la trajo de Egipto mi amigo Caltagirone, a quien usted sin duda conoció...

—Ayer vi pasar su féretro saliendo de la iglesia de Santo Stefano —repuso el

escocés lacónicamente—. No podía imaginar que...

—Lo entiendo... Fue un desgraciado accidente —se lamentó Fersen, aunque sin ninguna intención de dar más explicaciones—. Pero la esfinge no la trajo él. Ni la esfinge, ni el Horus de basalto, ni tampoco la cabeza de Akenatón. El pobre solo pudo sacar de allá una maleta llena de papiros, y nada más.

—¿Entonces?

—Estas tres piezas aparecieron aquí, sí, aquí mismo, mientras procedíamos a la cimentación de Villa Lysis. ¿De dónde vinieron? Justo de donde está pensando. Villa Jovis, la residencia del emperador Tiberio, queda en la vertical de la mía. Fue a él a quien pertenecieron todos estos tesoros. Cuento con usted para que me ayude a encontrar el más valioso.

—¿A qué se refiere?

Fersen ya iba a responder cuando se abrió una puerta en el otro extremo de la sala y apareció un sirviente empujando un carrito de bebidas.

—¿Le apetece un Fernet-Branca?

—Preferiría un malta con mucho hielo.

—¡Un escocés que bebe *whisky* con hielo! Pero eso, ¿no es una aberración entre las gentes de las Highlands?

—Puede que lo sea. Yo también soy un hereje.

«Me gusta este hombre», se dijo Fersen para sí, mientras paladeaba el primer trago. Una vez que se retiró el sirviente, volvió a hundir su fría mirada en los ojos de Conway con una pregunta desconcertante.

—¿Qué es para usted el universo?

El escocés agitó su *whisky* antes de responder.

—Un enigma.

—¿Pero qué forma tiene para usted?

—La forma de la inmensidad. Una inmensidad resonante.

—Perfecto, así es como lo describe ese científico judío que dice dialogar con las galaxias. ¿Cómo se llama...? Ah, sí, Albert Einstein.

—Perdone que le interrumpa, pero, ¿el universo tiene alguna relación con lo que estamos hablando?

—*Bien sûr, mon ami...* Usted sabe mejor que yo que la civilización egipcia se construyó a imagen y semejanza del cielo. Su eje geográfico, el Nilo, estaba regulado por el curso paralelo de la Vía Láctea, y también por las tres estrellas del cinturón de Orión que se alinean con las pirámides de Gizah. Lo dice el gran Flinders Petrie^[3]. ¿Conoce sus teorías? —Un cabeceo displicente por parte de escocés le animó a continuar—. Según parece, Egipto fue un templo del universo regido por un complejo orden cósmico sobre el que acompasaron toda su estructura social, política y religiosa. Cuando la casta sacerdotal de Tebas pervirtió ese equilibrio comenzó la

decadencia. Entonces apareció Akenatón. Su revolución no buscaba otra cosa que restaurar aquel orden ideal. Puso por encima de los tres mil dioses tebanos al principio divino por antonomasia, Atón, y señaló su bendición dibujando un rayo^[4] tan recto como una flecha dirigida al corazón de los hombres. ¿No le parece algo extraordinario? La recta no existe en la naturaleza, es un invento del hombre superior, la expresión de la soberanía de su espíritu y de la determinación de su voluntad. La misma que nos ha reunido a usted y a mí, aquí y ahora.

—No le entiendo...

Había algo en los ojos de Fersen que no parecía de este mundo. Su interlocutor pudo comprobarlo cuando volvió a mirarle mientras decía, marcando cada palabra, como si las estuviera escribiendo en el aire.

—Quiero entrar en contacto con él, directamente, y sé que está aquí. Muy cerca de nosotros.

Esta vez Conway no sonrió.

—¿Se refiere a Akenatón?

—Exactamente, amigo mío... Sé lo que está pensando, y puedo entenderlo. Pero no, no soy un demente alucinado. Los papiros de Caltagirone son concluyentes.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que cuentan?

—Uno de ellos describe el viaje de Nefertiti hacia el lejano Occidente. Sí, sí, ya sé que entre los egipcios Occidente era el país de los muertos. Pero en este caso no se trata de un viaje metafórico. Se refiere a un desplazamiento físico de la momia de la reina Sol, y seguramente también de la de Akenatón, pues eran inseparables. ¿Hacia dónde? El papiro de Caltagirone nos ofrece una pista: una imagen de Amón con dos cuernos de carnero. La misma que verá en la base de este escarabeo —concluyó, indicándole un escarabajo de diorita que presidía la mesa—. Échele un vistazo...

—Bueno, este dios puede ser tanto Amón como Khnum, el guardián de las fuentes del Nilo —articuló el escocés, y, después de girarlo, añadió—. También lo representaban con cuerpo humano y cabeza de carnero...

—Me valen los dos —le cortó el barón—, porque los dos remiten al misterio de Capri. La cabra que sale del mar es el emblema de nuestra isla. Hay quien sostiene que la bautizaron así en honor al empezuñado dios Pan, otros apelan a la constelación de Capricornio, y aun al mismo emperador Tiberio, cuya lujuria le hacía semejante a un macho cabrío en celo. Para mí Capri, Tiberio y Amón, o Khnum si lo prefiere, son la misma cosa. Los sucesores del faraón místico eligieron un destino para preservar su memoria al otro lado del mar de los Muertos, y ese lugar fue la isla del Carnero.

Conway le escuchó mientras ordenaba sus ideas.

—Discúlpeme, señor Fersen, pero no me parece una evidencia muy sólida —exclamó, manifestando sus dudas antes de añadir—. Aunque, a decir verdad, esta unión de Khnum y Jepri, el escarabajo, resulta inquietante. Khnum no solo era el

guardián de las aguas, también manejaba un torno de alfarero con el que moldeó al primer hombre. Si aparece junto a Jepri nos está hablando de un ritual de resurrección.

—¡De eso se trata! ¡La resurrección de Akenatón, aquí, en Capri!

—¿Por qué en Capri? —volvió a objetar el escocés, inmune a su entusiasmo—. Este escarabeo con la imagen de Khnum viene de Egipto.

—Pero nos trae un mensaje. Al igual que la esfinge y la imagen de Akenatón, ¡también lo encontramos entre las ruinas de Villa Jovis!

Conway encendió un cigarrillo para disimular su estupor. Aquello le parecía una locura, y sin embargo...

—Entonces, ¿quiere decirme que, según su teoría, el emperador Tiberio fue el último depositario de la momia de Akenatón?

—Estoy convencido de ello.

—... Y me ha traído aquí para que la encuentre, ¿no es eso? ¿Pero por qué? —continuó Conway—. Si está tan seguro, y usted mismo ya ha realizado sus prospecciones, ¿para qué me necesita?

—¿Sabe cuantas villas edificó Tiberio sobre la isla?

—¿Más de tres?

—Una docena, *m'sieur*. Y todas ellas fueron emplazadas sobre parajes sagrados. Una sobre la cueva de Matromania, donde se celebraba un ancestral culto a Mitra, otra cerca de Damecuta, consagrada a los ritos de la *Magna Mater*, y así sucesivamente. La isla oculta un inmenso laberinto subterráneo que conecta unas villas con otras.

—Entiendo: sería como buscar una aguja en un pajar.

—No tanto, porque todo está en los papiros de Caltagirone. Quedan tres por descifrar, los más importantes. Fue él mismo quien sugirió su nombre para ayudarle en esta tarea. *Malhereusement*, ya no está con nosotros. Eso acrecienta su responsabilidad. —Y tras apurar un trago, Fersen, aquel hombre que amaba la línea recta, pasó a proponerle directamente las condiciones de su contrato—. Estoy dispuesto a pagarle la suma que me pida, tendrá *carte blanche* para excavar allá donde considere oportuno, podrá alojarse en mi casa o en el hotel que elija. Yo correré con todos sus gastos.

Conway parecía vacilar. La historia que acababa de contarle le parecía absolutamente increíble. Fersen guardó silencio durante unos segundos mientras le contemplaba con el gesto del buen pastor que se dirige a una oveja descarriada.

—Dígame, Conway, ¿se considera usted un hombre con suerte?

—¿Suerte?

—Es una cualidad muy infravalorada en la vida. Yo creo que existe. Lo mismo que la inteligencia, o la clarividencia. Se tiene o no se tiene. Ya sabe lo que decían de

Napoleón. Siempre que le recomendaban a un general, el astuto corso preguntaba: «Sí, pero..., ¿tiene suerte?».

El escocés comprendió que solo en ese momento comenzaba a conocer al verdadero Fersen. Desvió una mirada pensativa hacia el escarabeo que presidía la mesa.

—... No sé si tengo suerte, pero sí creo que quiero saber cómo termina esta historia.

Al oír aquello, su sonrisa dulzona volvió a florecer en los labios del barón, brillante como una rosa después de la tormenta.

—Perfecto, me basta con eso —exclamó, inclinándose hacia él y poniendo su mano sobre su brazo—. Si no quiere ser mi amigo, permítame que le invite a ser mi cómplice.

El escocés seguía pensando que se encontraba ante un loco, pero necesitaba su dinero. En unos meses regresaría a Egipto, donde tenía proyectos cien veces más consistentes y bastante más apasionantes. Tomada la decisión, alzó su vaso como si se dispusiera a sellar su pacto con un brindis cuando, de pronto, la puerta a la espalda de Fersen volvió a abrirse. El magnate se giró con un rictus de fastidio —¿quién se atrevía a perturbarle?—, que se dulcificó al instante.

—Ah, eres tú, Leticia...

Una mujer de unos treinta años, alta y esbelta, avanzaba hacia ellos con paso decidido. El vaporoso vestido que la cubría dejaba entrever un traje de baño del mismo color que su pelo, teñido de un azul casi metálico. Una belleza indolente con unos ojos tan negros y profundos como suspiros.

—O sea que era usted quien estaba escuchando a Cole Porter —exclamó Conway poniéndose en pie.

—Y usted quien viene a buscar el sarcófago de Akenatón... Vaya, pero si parece usted su vivo retrato.

La recién llegada tenía razón. Con su cuerpo alto y desgarbado, su cara larga y sus pómulos salientes, Kenneth Conway recordaba la silueta del faraón que revolucionó el Antiguo Egipto. Su réplica no resultó menos desconcertante.

—¿Sabía usted que las reinas de Egipto cubrían su cabeza con pelucas azules?

—No tenía ni idea, pero le aseguro que este es mi pelo natural —repuso la joven en un alarde de frivolidad—. Y el azul de las egipcias, ¿era por el Nilo o solo para seducir a sus faraones?

—No precisamente: pensaban que ese era el color del pelo de los dioses, aunque también se empleaba para la corona de guerra del faraón.

—Ah, qué interesante. ¿Me está diciendo que me ve perfecta para hacer la guerra o quizá más para que me adoren?

Conway no tuvo tiempo de responder. Fersen se le adelantó cogiendo la mano de

la joven.

—Le presento a Leticia Cerio, la hija de un gran amigo mío que, además, resolverá todos los problemas que puedan ir surgiendo con las excavaciones.

—No esperes tanto de mi padre, Jacques —repuso ella con fingida indiferencia—. Aunque tú lo creas, te aseguro que él no es un dios.

—Es mucho más que eso —intervino entonces el doctor Messori, que acababa de entrar en la estancia—. Ignacio Cerio es el dueño de la isla, un déspota benévolo con ambiciones dinásticas.

Leticia y Fersen sonrieron con sorna mientras *il Dottore* se servía una copa. Se había cansado de esperar, y cuando sucedía eso podía soltar cualquier intemperancia.

—A propósito de dioses: mientras subíamos para aquí, he visto pasar el Bugatti de Malaparte. Parecía dirigirse a Villa Jovis.

—Es natural —convino Fersen—, los fascistas sueñan con restituir Italia a los tiempos del Imperio.

Leticia se sacudió la cabellera y dio unos pasos hacia el jardín.

—No me gusta lo que hacen, ni lo que piensan, y cada vez son más.

—No te preocupes, querida —objetó *il Dottore*—, nuestro amigo el poeta, Pound, ya saben, me asegura que son inofensivos.

El silencio se espesó con esas palabras. Nadie dijo nada hasta que Leticia se volvió desde el umbral, dirigiéndose al escocés.

—¿Ha visitado ya la Gruta Azul? —Y sin esperar a que respondiera, pasó a proponérselo sin ambages—. He reservado una mesa para cuatro en La Rondinella. Si se atreve a acompañarnos le desafío a descubrirla con la puesta de sol, a la hora de las sirenas.

—¿Cree que aparecerá alguna?

—Atrévase, y seguro que aparecerán. En la vida todo es atreverse.

Conway apuró su último trago y salió al jardín, pero Fersen se quedó dentro. Sus ojos brillaban cuando se hundió en su sillón y abrió una petaca de plata de la que extrajo un par de cigarrillos liados con hachís. Ofreció uno a su secretario y prendió los dos con su encendedor.

—Un acierto, *Dottore*

—Sí, todo un acierto.



4

TAL vez por lo que había oído acerca de sus hábitos excéntricos, acaso por guardar las distancias, o quizá más por su propio carácter, Kenneth Conway no aceptó ninguna de las dos invitaciones de aquella noche: ni la de Leticia Cerio para visitar la Gruta Azul, ni la de Fersen para instalarse en su mansión. *Il Dottore* consiguió que le acondicionaran en la planta alta del San Felice un *salotto* un tanto decrepito pero bien aireado, amueblado con estanterías, sillas tapizadas, una gran mesa de olivo inglés y un polvoriento piano de cola olvidado por algún virtuoso. Fue allí donde comenzó a descifrar los papiros de Caltagirone en busca de alguna clave que le indicara por dónde comenzar las excavaciones. Los textos aludían, en efecto, al último viaje de Nefertiti pero, como era de esperar, resultaban tan vagos como imprecisos. El escriba tolemaico que los había transcrito, más de mil años después de la muerte del faraón apóstata, afectaba a la tradición egipcia: vivía fuera del tiempo^[5].

Conway sabía que su trabajo sería arduo, no se desesperaba. Permanecía en su *salotto* hasta última hora de la mañana, luego bajaba al comedor del San Felice, y tras el café emprendía un paseo de reconocimiento de la isla. Si el calor no apretaba demasiado trepaba por su espinazo hasta Anacapri. Cada vez que lo hacía se quedaba impresionado contemplando a las mujeres que remontaban los setecientos setenta y siete peldaños de la Escala Fenicia llevando sus cargas encima de la cabeza. Regresaba a lomos de un *ciucci* que se sabía de memoria el camino hasta los acantilados del Arco Natural. Le encantaba zambullirse en esas aguas profundas y transparentes donde no era raro cruzarse con una bandada de delfines. Si aún le quedaba tiempo, acababa su periplo visitando las ruinas de las villas tiberianas. Tarde o temprano acometería una excavación en cualquiera de ellas. No esperaba encontrar nada de todo aquello con lo que soñaba el barón Fersen. Pero acaso entre sus vestigios le estaba esperando el indicio definitivo, la clave oculta del enigma cifrado en los papiros de Caltagirone.

Uno de esos días, mientras nadaba, se vio sorprendido por un velero que solo desvió su proa cuando ya estaba a menos de veinte metros de su cabeza. Lo timoneaba una mujer: Leticia Cerio.

—Estoy cansada de navegar sola —exclamó, lanzándole un cabo—, pero me muero por darme un baño en los *Faraglioni*. Venga, suba a bordo. Esta vez no puede

decirme que no.

Conway la contempló desde el agua. Se trataba de una mujer espléndida... y bien perseverante. Una de esas para las que una negativa se traduce en un estímulo. Le encantaba jugar, aunque él no acabara de ver claro exactamente a qué.

—¿Por qué ir tan lejos? El mar es el mismo aquí que allá...

—No, no es el mismo. Este es el refugio de las sirenas, pero en los farallones duermen los dioses.

—Muy poético pero no me convence.

—¿Le convenceré si le prometo que a medio camino visitaremos la cueva de Matromania? —insistió la joven elevando su mentón—. Aunque las mujeres no le interese en absoluto, allá encontrará un montón de pedruscos fascinantes.

Conway no pudo resistirse. Poco después el *Albatros* bordeaba los imponentes acantilados de la isla, una verdadera muralla de roca coronada por agujas tan altas como los arbotantes de una catedral.

—Todo esto tiene que tener un significado. ¿No lo siente? —sugirió Leticia—. Estos precipicios ocultan un misterio, una historia trágica congelada en el panorama. Si pudieran hablar, ¿sabe lo que dirían? Pregúntalos por qué os fascina el vértigo.

—Buena respuesta, el viejo mito romántico de la fascinación por los abismos.

—Y usted, ¿también los tiene?

La segunda pregunta de Leticia desconcertó al escocés.

—¿Misterios o abismos?

Ella continuó bogando sin alterar el compás.

—Me da igual cualquiera de los dos. Adelante, cuénteme su historia.

—Lo siento, pero soy un tipo muy aburrido: un historiador sin historia.

—No me lo creo. Todos los que vienen a Capri tienen una historia, y por lo general es bastante turbia.

Conway no respondió a eso. Aunque su tono era evidentemente desenfadado, aquella mujer le confundía, y prefirió mantener su reserva.

—Mire, ahí está la gruta de Matromania —convino ella sin molestarse por su silencio—. Adelante, enfile el *Albatros* hacia esas rompientes y le regalaré un misterio más.

El escocés tomó la barra preguntándose por qué se la entregaba. Su inexperiencia al timón era absoluta, pero bueno, tampoco parecía muy difícil gobernarlo. Leticia se zambulló en el azul radiante. Lo hizo tan rápido que Conway pensó que lo había hecho sin quitarse el vestido. Al lanzar el ancla observó que estaba desnuda.

—¿No me acompaña hasta la gruta? ¡Hummm, el agua está deliciosa!

Su insinuación no podía ser más explícita pero Conway, un victoriano al fin y al cabo, apenas se atrevía a mirarla. Tendió la escalerilla y se limitó a trepar por la pendiente sin volver la vista atrás. Llegó enseguida a la cueva. Los romanos del

tiempo de Augusto la habían transformado en un ninfeo donde celebraban los cultos de la *Magna Mater*. Una gran sala rectangular con ábsides que aún conservaban restos de estucos y mosaicos, conducía a un manantial que brotaba de la roca. De una manera extraña, le vino a la memoria el día en que penetró en la Gran Pirámide. Habían transcurrido cinco mil años, tiempos, culturas, civilizaciones, pero la pirámide permanecía allí, desafiando las edades, erigida hacia la luz. Con aquella cueva le estaba sucediendo algo semejante. De pronto, sintió que había penetrado en un espacio fuera del tiempo, un espacio que abolía el tiempo mismo. ¿Tenía verdaderamente cuarenta y tres años? No, en un instante había retrocedido treinta siglos, miles de años. Entonces sintió que algo le rozaba suavemente el cuello. ¿Las manos de Leticia?

Se volvió, no había nadie, solo aquella oscuridad resonante. Un escalofrío le recorrió la espalda. Tenía la seguridad de que alguien o algo se había deslizado sobre su piel. Avanzó un poco más, hacia la escalinata bajo el manantial. Los peldaños se veían cubiertos de musgo resbaladizo. Sus largos filamentos colgaban sobre el borde de los escalones como una mata de pelo verde. Se sentó sobre una roca, cerró los ojos. Era todo lo que necesitaba para serenarse. En el silencio, bruscamente, escuchó un zumbido que parecía cortar el aire. Empezó encima de su cabeza, se extinguió, regresó otra vez. ¿Qué estaba sucediendo? En eso, cayó entre sus manos un objeto negruzco, como una piedra. Pero la piedra se movía. Se trataba de un escarabajo volador. ¿Era este insecto quien le había rozado el cuello un momento antes? Se quedó mirándolo. Era idéntico al escarabeo que le había mostrado Fersen, el mismo tamaño, la misma forma... ¿También las mismas inscripciones?

Ya iba a darle la vuelta cuando le llegó la voz de Leticia distorsionada por las irregularidades de la cueva.

—Dígame que ha descubierto al mismo Osiris en ese antro. Si no, no voy a perdonarle que me haya dejado sola tanto tiempo.

¿Tanto tiempo? La sensación de Conway era que no había pasado allá dentro más de un cuarto de hora. Al salir, el sol declinaba y la joven le esperaba a bordo del velero, afortunadamente vestida, y peligrosamente enfurruñada.

—... Me perdonará si le muestro esto —exclamó el escocés abriendo su mano.

—¿Qué bicho tan repugnante! Me recuerda a usted, señor escarabajo pelotero.

—No es un escarabajo —ironizó—. Se trata del divino Jepri, aquel que renace por sí mismo, el que favorece el despertar en el más allá.

Leticia se le quedó mirando tal como estaba, en pie frente a ella, con la mano extendida sosteniendo el insecto sobre su palma.

—O sea que es verdad que está tan pirado como Caltagirone, como Fersen, *il Dottore* y todos los demás... —exclamó, cruzándose de brazos—. Pues sepa que no le perdono.

El escarabajo no aguardó a más para desplegar sus élitros y salir volando.

—¿Por qué dice que están locos? —continuó Conway, una vez a bordo.

—A ellos no les basta con que encuentre la tumba de Akenatón. Quieren más, mucho más...

—Me temo que han contratado al hombre equivocado.

—Dígame, señor Conway, en los papiros que está descifrando, ¿ha encontrado algún pasaje que se refiera a un ritual de resurrección?

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Por el escarabajo...?

—... O por la galerna —replicó la italiana alzando su cabeza hacia las velas, que habían comenzado a agitarse—. No es el mejor viento, pero hay que cazarlo. Vamos, ayúdeme con esa botavara. Esta noche los dos estamos invitados a cenar en La Grotelle, y ya vamos tarde.

—Ah, vaya, no lo sabía... —exclamó el escocés, un poco sobrepasado—. Y en cuanto a la botavara, perdóneme, pero no sé de qué me habla.

—¡Qué hombre más inútil! La botavara es esa percha suelta que se nos está cayendo. Tire de la escota y amárrela ahí para que la vela coja fuerza.

El escocés descifró el jeroglífico a duras penas. Amarró la verga como pudo, vigilado por la mirada sardónica de Leticia.

—Muy bien, acabaré haciendo de usted todo un lobo de mar —exclamó, mientras el *Albatros* afirmaba su rumbo—. Pero aún no me ha respondido a lo de los rituales de resurrección.

—De acuerdo, le voy a responder, aunque solo sea para que no me tire por la borda: sí, he encontrado dos rollos que aluden a eso, pero es lo habitual. En cada tumba egipcia de cierta importancia, escrita en la pared o en papiro, siempre aparece alguna página del *Libro de lo que vive en el más allá*.

—Y usted, ¿qué piensa?

—Pienso lo que piensa todo el mundo: que solo son leyendas.

Leticia marcó una pausa en el viento, como si estuviera midiendo las palabras que pronunció al fin, hundiéndole una mirada fulgurante hasta el fondo de sus ojos.

—Entonces es usted quien ha venido a la isla equivocada.



5

EL atardecer de aquel día de junio resultó excepcionalmente caluroso, más aún cuando comenzó a imponerse el siroco. Hasta entonces Conway lo había imaginado como esa lánguida brisa que inspiraba las voluptuosas escenas de Lawrence Alma-Tadema, cuyas pinturas «romanas» siempre tienen como escenario la bahía de Nápoles. Esa noche comprendió la realidad de ese viento espeso, deplorado por Dante, que arrastra el polvo rojo de las arenas de África y una sofocante humedad oceánica, impregnándolo todo con su enfermiza melancolía. Los invitados del barón Fersen afectaban su influjo y lo combatían trasegando una copa tras otra, atacados de los nervios. Leticia y Conway llegaron juntos en el Hispano-Suiza que el multimillonario Ignacio Cerio había regalado a su hija por su aniversario. La joven se había cambiado para la cena y venía en su pose de *grande dame*, con un atrevido conjunto rosa fuego de Elsa Schiaparelli^[6]. Kenneth también lo hizo, pero su repertorio de trajes se reducía a un terno oscuro y otro color siena, de lino egipcio, que se arrugaba en cuanto lo descolgaba de la percha y le quedaba corto de mangas. Desde el jardín de Villa Lysis se veía la ingente puesta de sol inflamando el cielo y el mar con una conflagración de naranjas y violetas ante las que solo un poeta en el mundo era capaz de no hacer ningún comentario. Y ese poeta era Ezra Pound.

—¿Conocen la noticia? —exclamó avanzando hacia ellos con dos combinados rebosantes de hielo picado.

Leticia y el escocés se cruzaron una mirada absorta. Pound continuó.

—¡El gran Wystan Auden^[7] acaba de instalarse allá enfrente! —dijo, señalando el cono volcánico de Ischia—. ¡Y viene sin su insoportable esposa, Erika, la Gótica!

Il Dottore esbozó una mueca sarcástica sin levantarse.

—... Se refiere a la hija de Thomas Mann. Un matrimonio de conveniencia. Todo el mundo sabe que Auden es homosexual, incluido el padre de la novia, por supuesto.

—¿Y qué habría de malo en ello? —objetó Pound, en su habitual tono provocador—. Yo también me he casado con la hija de Shakespear^[8], pero adoro a Catulo.

Leticia, que no había olvidado el incidente del baño, le dio una palmadita a su acompañante. A Conway le pareció ridículo justificarse. Más aún cuando Pound se puso a declamar con su voz rota un poema satírico de Auden.

*Salidos del gélido norte, los pálidos hijos
De una cultura culpable, de patata, cerveza o whisky
Venimos hacia el sur, a esta cultura quemada por el sol.
A estos pueblos femeninos, de hombres duros
Unos creyendo que el amore
Es mejor en el sur y más barato
(Lo cual es dudoso)
Otros persuadidos de que exponerse
A la fuerte luz del sol es mortal para sus gérmenes
(Lo cual es evidentemente falso)
Y otros, como yo,
En la edad madura, esperando comprender...*

Y en ese punto se quedó en suspenso, elevando su copa hacia el arqueólogo. Todas las miradas convergieron en él. Pero esta vez Conway no acertó a darle la réplica. Fue el propio Fersen quien lo hizo, como quien canta una derrota.

—«... Esperando comprender, por lo que no somos, lo que podemos llegar a ser. Una pregunta que nunca parece formularse en el sur».

«¡Bravo!» exclamó Messori rompiendo a aplaudir y arrastrando al resto de los invitados. Un criado vino a anunciar que la cena ya estaba dispuesta y hacia allá se encaminaron todos, siguiendo el sombrero del barón, arrebatado por un golpe de viento.

La visión del *fumatorio* —La Grotelle, como lo llamaban los íntimos—, dejó a Conway sin palabras. Una gruta natural decorada en el más fastuoso estilo *art-decò*, sobre la que se había dispuesto una mesa digna de un rey. Servicio de plata, grandes búcaros rebosantes de flores, y todo ello iluminado por un bosque de candelabros. La cena estuvo a la altura del escenario. Hablaron de todo y de nada, y solo cuando retiraron los postres y comenzaron a servirse las copas y los cafés —también los cigarrillos de hachís que eran la debilidad del barón—, pareció comenzar el tiempo de la desinhibición total. Por lo visto el tema del día era escarnecer a las mujeres, algo a lo que Leticia ya estaba acostumbrada y que encontraba sumamente divertido. También para ella las mujeres estaban en el origen de todos los males del mundo.

—... No te quepa duda, querida —apostilló *il Dottore*—. No hay más que verte esta noche para concluir que has renovado tu pacto con el diablo.

La joven entornó sus párpados agradeciendo el cumplido y giró una mirada hacia Fersen, quien, sin dejar de observar las volutas de su cigarrillo, interpeló al escocés.

—Parece usted un hombre duro, Conway. ¿Nunca ha querido a nadie? Adelante, háganos aunque sea de su primer amor...

Era un envite directo. Un momento antes Pound había confesado que se enamoró

de un caballero, «bello como Endymion», a los quince años. Messori alegó que «en el sur» el amor comenzaba todavía más temprano. Conway examinó a los comensales, ¿inventar una mentira o decir la verdad?

—Vamos, no sea tan reservado —le animó Fersen—, estamos entre amigos.

Leticia volvió a castigarle con otro sarcasmo.

—Será que sigue sujeto a las normas de la Iglesia presbiteriana. Salta a la vista que nuestro ilustre invitado es asimismo un notorio puritano.

Conway se llevó su *espresso* a los labios, bebió un sorbo, y lo dijo.

—Mi primer amor fue Nefertiti, la reina del Nilo. —El silencio que impusieron sus palabras le obligaba a continuar—. Yo tendría diecisiete o dieciocho años, no más, cuando cayó en mis manos un ejemplar del *Times* donde se mostraba el busto que hoy se encuentra en el museo de Berlín. Me pareció la mujer más bella del mundo.

Leticia exhaló una vaharada de hachís y esbozó una sonrisa despectiva.

—Por favor, ¿cómo es posible? Un adolescente enamorándose de una muerta. Ustedes los egiptólogos son una pandilla de necrófilos.

—¿Por qué Nefertiti? —preguntó Fersen, sin ninguna ironía en su voz—. Cleopatra tiene mucho más morbo. Su romance con Marco Antonio, su vida y hasta su muerte, no sé... Cleopatra es la verdadera *femme fatale*, la más fascinante.

—No se lo niego, pero la que me cautivó a mí fue Nefertiti.

—Ahora entiendo por qué fue derecho hacia la cabeza de Akenatón de mi colección egipcia. Yo le traigo aquí para que encuentre la momia del faraón hereje, y usted... ¡Usted viene a ponerme los cuernos con su mujer! —graznó, celebrando su propio ingenio—. ¡Por el príncipe Eduardo y toda su corte de amantes, qué aberración!

Conway encendió uno de sus cigarrillos y se recogió sobre sí mismo.

—Dudo que encontremos aquí a ninguno de los dos, señor. Solo me quedan por descifrar tres de los papiros de Caltagirone. Y he de confesarle que los anteriores apenas dicen nada que pueda servir a su propósito.

El rostro de Fersen se crispó por un instante. No estaba acostumbrado a que se le negaran sus deseos, jamás había renunciado ni a uno solo de sus sueños.

—... Entonces iremos a Egipto a buscarlos. Me sobran fondos para eso y para más, y cuento con usted para todo, amigo mío. —Tras decir esto desvió una mirada meditativa hacia el mar, y cambió de tono—. ¿Qué será lo que nos empuja hacia esa tierra misteriosa que parece contener todas las claves de la humanidad...?

Conway dejó su pregunta en el aire.

—Aún no he acabado de contarle por qué me fascinó Nefertiti —exclamó, y Fersen respondió con un cabeceo, como pidiendo disculpas—. Verá, junto con aquella cabeza perfecta, ese ejemplar del *Times* reproducía un jeroglífico que me

conmocionó.

—¿Y qué decía, si puede saberse? —intervino Leticia.

—«Ella es la que vive siempre» —repuso Conway, con una voz que nadie le había conocido hasta entonces—. «Nefertiti ha nacido en el firmamento, el cielo la ha engendrado. Reina entre los hombres, y, sin embargo, nadie la conoce».

—Bellísimo —aprobó Pound, rompiendo su silencio—. Verdaderamente, cuando se descubren cosas así entiendo que la imaginación se inflame. Bueno, la imaginación o quizá algo más profundo. ¿Conocen las teorías de Carl Gustav Jung? —Todos lo conocían. El psicoanálisis vivía en 1920 su tiempo de esplendor—. Asegura que en nuestra mente se incubaba una especie de memoria hereditaria.

—Una manera como cualquier otra de hablar de la reencarnación —puntualizó *il Dottore*, siempre sarcástico—. Ya solo falta que alguno de ustedes afirme tajantemente que se siente Tiberio redivivo, o algo peor. El perro de Mesalina, por ejemplo.

Fersen le fulminó con su mirada.

—Era Tiberio quien se postulaba como hijo de Júpiter. Pero cuando Sejano le reveló la historia de Akenatón, despertó en él una pasión egipcia de la que bien poco se sabe, sobre todo porque la mantuvo oculta hasta su muerte. Por eso se trajo a su retiro de Capri todas las piezas que hoy viven en Villa Lysis: su poderosa esfinge, el Horus monumental, y esa cabeza del faraón apóstata que me llevaré a la tumba.

—¿Pero qué estás diciendo, Jacques? —se indignó Leticia—. No me digas que piensas enterrarte con ese pedrusco...

—¿Preferirías que lo hiciera contigo, querida?

La italiana dio un respingo, *il Dottore* aprovechó la oportunidad para verter una nueva dosis de vitriolo.

—*Ebbene...* Confiemos entonces en que nuestro invitado no encuentre el sarcófago de Akenatón. Me temo que, si lo localiza, nuestro munificente anfitrión sería muy capaz de inhumarse abrazado a su repugnante momia.

—¡Te prohíbo que hables así en mi presencia, Baldassare! —bramó el barón, apuntándole con la cucharilla de su café como si fuera un arma—. Te lo prohíbo pero lo pienso, sí, sueño con ello —añadió, variando de la cólera al éxtasis—. Incluiría de buen grado a esa momia en mi panteón. Seguro que el mismo Akenatón surgiría entonces desde el otro lado de la noche para conducirme a los Campos de Juncos^[9].

—No sería nada extraño —apuntó Conway—, para los egipcios la momificación no era un mero ritual, tenía un sentido explícito: transformar el cuerpo mortal en inmortal. Sus tumbas no solo son moradas para la eternidad. Ellos las entendían como puertas vivas hacia el otro mundo. Sucede lo mismo con su religión. No consistía en un decálogo de dogmas, sino en una herramienta de conocimiento, una ciencia del ser. Para acceder a la inmortalidad es más importante conocer que creer. Por eso nos

siguen fascinando: espiritualmente estaban mucho más evolucionados que nosotros.

—Pero, dígame —intervino nuevamente Pound— todo eso que rodea al misterio de Akenatón y Nefertiti... ¿Quiénes fueron realmente? ¿Dos seres de una inteligencia y una sensibilidad excepcionales que revolucionaron su mundo con ideas que sobrepasaban la comprensión de la época, o solo un par de alucinados cuyo psiquismo se expresaba en visiones místicas?

—Sobre ellos se ha dicho de todo y, sin duda, se escribirá mucho más, pues su misterio no deja de crecer y de fascinarnos. —Conway hablaba con una extraña autoridad. No era la del egiptólogo que conoce su trabajo. Parecía un contemporáneo hablando de sus hermanos—. Resulta muy curioso que, desde el día mismo de su coronación, Akenatón se presenta como un faraón femenino, mientras que Nefertiti encarna la correspondencia exacta como reina masculina, la reina Sol.

—Por Dios, ¿qué pretende decirnos? —contraatacó *il Dottore*—. ¿Qué fundaron el primer *cabaret* místico de monarcas homosexuales?

—El faraón es un ser cósmico, en él se unen lo masculino y lo femenino.

—¿Entonces?

—Akenatón y Nefertiti se entendían como una unidad absoluta, cada uno de ellos bebía la esencia del otro. Concibieron un principio superior a las divinidades: Atón, que no es un dios, sino una fuente de energía incesante, una estrella tan grande como mil soles irradiando una forma de amor universal, exento de pasiones. Los problemas comenzaron cuando Akenatón suprimió el culto a Amón, la divinidad suprema de sus predecesores, al tiempo que relegaba al poderoso clero de Tebas a una función subalterna. No se lo perdonaron jamás.

—¿Y qué sucedió al final de su reinado? —adujo Pound—. Tengo entendido que, de pronto, la reina desapareció y ya nunca más volvió a mostrarse en compañía del faraón, aunque por lo visto seguía viva...

—Cierto, así fue —repuso el escocés lacónicamente.

—Hasta donde yo conozco su historia, y usted me corregirá si me equivoco —prosiguió Fersen—, su distanciamiento se produjo a causa de la incapacidad de la Bella para darle un heredero. Tuvo seis hijas, pero ningún varón. Según me contó su colega, Caltagirone, poco después Akenatón se emparejó con una tal Kya, que llegó a ostentar el título de esposa real.

—Está usted muy bien informado...

Leticia se revolvió en su asiento, manifestando su disconformidad, sin darse cuenta de que estaba siendo atrapada por su historia.

—Pero, y eso, ¿no dinamita el teatro de la «unión cósmica» entre esos dos chalados, y toda su parafernalia de amor y felicidad eterna?

—Muchos faraones tuvieron esposas subalternas y eso no quebró la unión con sus elegidas. Hay otra explicación para ese enigma. Bueno, en realidad hay dos

explicaciones.

—Cuéntenos —le animó Pound, sirviéndose otra copa—, a mí también me fascina ese mundo. Detesto el actual. Nuestra civilización acabó cuando los usureros profanaron el culto al amor puro y sentaron a sus putas en el altar de Eleusis.

El escocés aguardó a que bebiera para continuar.

—A medida que se descubren nuevas estelas se confirma la sospecha de que Nefertiti fue la verdadera inspiradora de la revolución de Atón. Cuando los sacerdotes de Tebas acabaron por doblegar a Akenatón, que era un hombre débil, es muy posible que Nefertiti se retirase del trono para preservar su fe en el disco creador, esa fe que seguía siendo la única razón de su vida.

—¿...Y la otra teoría?

—Sostiene justamente lo contrario. En sus últimos años Akenatón sucumbió a su locura mística y descuidó su reino. Entonces sus enemigos tradicionales, los hititas, comenzaron a invadir sus fronteras sin que ningún ejército egipcio se alzara contra ellos. Los generales se rebelaron ante la pasividad del faraón y el clero de Tebas acabó ganando a Nefertiti para su causa. La reina preparó la sucesión de su heredero, un adolescente que pasaría a la historia con el nombre de Tutankamón.

—¿Pero no acaba de decir que no tuvo hijos varones? —le interpeló Leticia.

—No recuerdo haber dicho que Tutankamón fuera hijo suyo —repuso Conway, impasible—. Probablemente su madre fue esa tal Kya, algo que no tendría nada de extraño. Al fin y al cabo, Nefertiti tampoco era de sangre real, aunque sí fue una mujer extraordinariamente inteligente.

—¿Y usted qué cree? —*il Dottore* volvió a buscarle con su mirada felina—. ¿Fue Nefertiti la traidora o más bien la traicionada? Eso me interesa.

—Hay una leyenda más, demasiado novelesca a mi juicio, pero la avala el papiro de Pendlebury, toda una autoridad en la materia...

—Por favor —se impacientó Pound—, me muero por conocerla.

—En la corte del enfermizo Akenatón prosperaron unos cuantos personajes bien fuertes. Meri-Ta, que ejercía como gran sacerdote de Atón, Ahmosis, el portador del sello real, Perennefer, el copero de su majestad, y, por supuesto, el general Horemheb, a quien se le atribuye la conspiración final contra el faraón. Según Pendlebury todos estos se aliaron para derrocar a Akenatón y acabaron asesinandole, pero no se contentaron con eso. Tras sacarle los ojos, arrancarle la lengua y cortarle las manos, descuartizaron su cadáver y lo hicieron desaparecer, para que no pudiera encontrar su camino hacia el más allá.

—¡Eso no puede ser! ¡Caltagirone se mostraba terminante en ese aspecto! —Fersen se puso en pie enérgicamente—. ¡La momia de Akenatón está aquí, en Capri! ¡El cónsul Sejano se la trajo al emperador Tiberio y nosotros vamos a encontrarla!

—Ojalá sea así, pero la autoridad de Pendlebury está por encima de la de su

amigo, y yo, de momento, no he encontrado ni una palabra que justifique esa hipótesis.

—¡No es una cuestión de hipótesis, sino de evidencias! —sentenció Fersen—. ¡Yo lo he visto, y sé que está aquí, entre nosotros!

Para entonces, él y sus invitados ya habían fumado la suficiente cantidad de cannabis como para poder ver cualquier cosa. Conway prefirió guardar silencio mientras el barón se entregaba a una especie de delirio alucinatorio.

—... Volví a verlo hace apenas unas semanas. Era una noche de tormenta. En eso, entre los truenos, comencé a escuchar una música suave, como de arpas y sistros. Entonces vi unas manos muy blancas, casi descarnadas, avanzando desde la oscuridad hacia mi cama. Aquellas manos espectrales me traían una copa de alabastro llena de una esencia perfumada con mirra. Y yo bebí... Y a medida que bebía, su rostro se fue corporeizando en la tiniebla. Vi sus ojos como dos topacios de fuego, su boca entreabierta segregó unas palabras que no pude entender. Cuando intenté tocarle caí desvanecido. Aquello no fue un sueño, amigos. Fue una presencia real la que me vistió aquella noche. Y su nombre era Akenatón.

Unos aplausos desganados rubricaron la intervención del barón. Naturalmente se trataba de *il Dottore*. Pound aprovechó la pausa para volver a dirigirse a Conway.

—¿Y qué sucedió cuando Nefertiti descubrió el asesinato de su marido? Algo me dice que esta historia no acabó ahí...

—En efecto, no acabó ahí —continuó el escocés—. Una vez que los conspiradores asentaron en el trono a su hombre de paja, un tal Smenjker, la reina depuesta convocó a todos los jefes que habían participado en el asesinato de Akenatón en una sala subterránea de su palacio, donde les sirvió un gran festín. A la mitad del banquete Nefertiti dijo sentirse mal y fue conducida al exterior. Sus invitados apenas advirtieron su ausencia, pues tras la copiosa comida había dispuesto que fueran agasajados por sus concubinas. Pues bien, en el mejor momento de la fiesta todas las puertas de la cripta quedaron selladas y se abrió una esclusa en la parte alta de la sala. El agua del Nilo comenzó a manar a raudales, y acabó con todos ellos. No hubo supervivientes^[10]. Ni siquiera la propia reina.

—¿Pero no acaba de decir que ella salió a mitad del banquete?

—Un carro la estaba esperando para conducirla hasta el gran templo de Atón en Heliópolis, la ciudad del sol, donde había celebrado sus bodas con Akenatón. Se encerró en la cámara nupcial que unió sus cuerpos por primera vez, pronunció el conjuro del amor eterno... y apuró la copa de la muerte ritual. El veneno oscuro que le conduciría hasta el lugar donde le estaba esperando el alma viva de su faraón, al que volvió a abrazarse ya para siempre, por toda la eternidad.

—Es una historia preciosa —masculló Leticia, emocionada aun a su pesar—. Sí, terrible, pero preciosa.

—¡Entonces, qué diablos, a la salud de Nefertiti! —exclamó Pound levantando su copa—. ¡Ahogó a aquellos miserables como ratas y se cobró su venganza en nombre del amor! ¡Les confieso que moriría con gusto esta noche, solo para reunirme con ella!



6

LAS agujas doradas del carrillón que se alza en la *piazzetta* Umberto I marcaron la hora del adiós. El lánguido verano tocaba a su fin. Día tras día, los ómnibus de la agencia Cook bajaban al puerto esas exasperantes bandadas de ociosos que habían acudido a Capri sedientos de baños de mar y diversiones, y que regresaban ahora —a París, a Londres, a Berlín—, posiblemente saciados, aunque sin poder disimular la corrosión del tedio que enmohecía sus rostros. No era raro ver a los rezagados, caballeros con palco familiar en la ópera Garnier o el Covent Garden, grandes damas enfundadas en sus vestidos de tarde —*dernière création Worth*—, bajando a lomos de un *ciucci* infestado de garrapatas hacia la Marina Grande, donde les esperaba el último, el vapor de Nápoles. La procesión de los veraneantes desfilaba ante el impávido rostro de Ezra Pound, el eterno maldito, sentado para siempre en una silla de respaldo alto, en el café Vittoria, apurando una *absenta* tras otra mientras se peleaba con un poema que revoloteaba sobre él como un gigantesco murciélago hechizado por la luz del atardecer.

Kenneth Conway hubiera podido regalarle unas cuantas palabras que sonaban como una vieja canción de un mundo perdido. *Giallo antico, verde pavonezatto, mármole africano, stucco rosso*. Se trataba de los nombres de las losas que había comenzado a levantar por la ladera noroeste de Villa Jovis, donde inició al fin sus excavaciones. Cornacchia, el *maître* del San Felice, le había recomendado a unos cuantos parientes. Un adusto calabrés a quien todos llamaban *mastro* Vincenzo gobernaba una corvea de aldeanos que trabajaban de sol a sol, abriendo profundos surcos entre los senderos ondulantes. El pie del viejo emperador Tiberio había pisado esas losas que *mastro* Vincenzo arrojaba por encima del muro escupiéndolo —*Roba di Timberio!*^[11]—, como si se quitara de encima un maleficio. Conway no les había dicho ni una palabra acerca del objeto de su búsqueda. Dijera lo que dijera, no le hubieran creído. Todos los campesinos de la isla soñaban con encontrar el fabuloso *Tesoro de Timberio*. Lo demás les traía sin cuidado. El escocés tenía que mantenerse alerta y vigilar constantemente los nichos abiertos. A veces, en la profundidad de las ruinas, aparecía un mosaico maravilloso habitado por faunos y ninfas coronadas de pámpanos. Si no se daba prisa, los peones de *mastro* Vincenzo lo tiraban abajo, escandalizados ante esa orgía de cuerpos desnudos que bailaban al compás de flautas

y pífanos con las manos rebosantes de racimos.

Duro lavoro, se excusaba Gaetano, el sobrino de Cornacchia, mostrándole sus manos encallecidas, porque toda la quinta estaba llena de *Roba di Timberio*, columnas, arcos, galerías, fragmentos de estatuas y testas de cristianos, y había que cavar a fondo para levantar todo eso y seguir buscando. Cuando las campanas de la Certosa de San Giacomo doblaban el Ángelus, esos hombres que habían estado trabajando bajo un sol abrasador desde las cinco de la mañana se hacían la señal de la cruz, soltaban las azadas y se sentaban en una mesa corrida sobre la que nunca faltaba una enorme fuente de ensalada de tomate, cazuelas rebosantes de *cianfotta*, los prescriptivos *ravioli capresi*, y un gran *piretto* de ese vino amarillo que semejaba un rayo de sol líquido y que tenía el sabor del néctar de los dioses. La cuñada de Cornacchia, una mujer baja y rechoncha, con un pañuelo de colores sobre su cabeza, el vivo retrato de la *massaia* de Capri, oficiaba el ágape ayudada por media docena de muchachas de ojos negros y risueños que bromeaban a gritos con los obreros, hasta que llegaba la hora de volver al trabajo. Al caer la tarde aparecía Fersen a bordo del Delahaye de *il Dottore*. El barón recorría las ruinas seguido por la expectación de los peones, que se descubrían al verlo pasar señalando las piezas que le interesaban, y Messori las anotaba con su letra de insecto en una agenda flexible: columnas de mármol estriado para decorar las estancias de Villa Lysis, alguna cabeza no demasiado mutilada y solo los mosaicos que se pudiesen restaurar sin demasiado trabajo. Poco después llegaba el carromato donde cargarían los hallazgos del día y, mientras lo hacían, Fersen se llevaba a Conway hasta el corredor porticado sobre el mar para que le pusiera al tanto de sus avances.

El escocés no parecía nada satisfecho con su trabajo. Sí, el último papiro de Caltagirone sugería un emplazamiento: «... Y el bendecido por Atón descansará en la isla de Khnum y sus rayos de oro azul penetrarán en el corazón de La Muy Verde, para despertar a la Bella». Ciertamente, la isla de Khnum, el dios carnero, podía ser Capri. Y La Muy Verde era sin duda la imagen con que los egipcios visualizaban el mar. ¿Pero, bastaba con eso?

—No se desanime... —le respondía Fersen—. ¿Acaso no le parece un indicio alentador eso que encontró anteayer?

—Lo siento pero no, esa pequeña escultura de Isis no me dice nada. Su culto estaba extendido por todo el Mediterráneo. Además, las tallas de ese estilo helenizante son propias de la XXVI dinastía. De Akenatón a Psamético vuelan más de mil años.

—¿Y hoy, tampoco han encontrado nada?

—Hoy hemos tenido un poco más de suerte.

—Ah, vaya... ¿Y me lo dice ahora?

—*Mastro* Vincenzo ha descubierto una tumba con el esqueleto de un hombre.

Tenía una moneda egipcia en su boca. —Y diciendo esto, se llevó la mano al bolsillo superior de su chaleco y le entregó una pieza cuadrada—. ¿Sabe lo que pone?

Fersen se había quedado mirándola como hipnotizado.

—Por supuesto que no. Léamela, por favor.

—Nebunefer, sí, justamente eso: Nebunefer.

—¡... Cómo Nefertiti! ¡Eso quiere decir que ya estamos cerca!

Conway le dejó respirar su codicia, luego segregó una sonrisa triste para concluir.

—No, de eso nada. *Nefer* significa «puro», y *nebu* «oro». Solo quiere dejar constancia de que se trata de oro puro. No tiene nada que ver con Akenatón. Es una acuñación del tiempo de Nectanebo II, el faraón adivino... del tiempo de Alejandro Magno.

—Es igual, usted persevere —exclamó el barón sin reprimir un gesto de fastidio—. Yo le pago para eso. Y confío absolutamente en mi intuición.

—¿Ha tenido más sueños?

—Siempre es el mismo —articuló el barón apretando la moneda como un talismán—. El rostro de Akenatón emerge de la negrura y me susurra al oído: «Búscame y me encontrarás. Estoy sobre tu cabeza y bajo tus pies».

—¿No le parece un jeroglífico demasiado ambiguo?

—Al contrario, a mí me parece un mensaje absolutamente explícito. ¿Qué hay sobre mi cabeza mientras duermo? La vertical de esta villa, la villa del emperador Tiberio. ¿Y qué hay ahora bajo mis pies? Sin duda, el camino que nos llevará a descubrir el sarcófago de Akenatón.

El escocés descartó la ironía para castigar la pueril credulidad del barón.

—He pensado una cosa...

—Dígame, qué propone.

—Dejar aquí a *mastro* Vincenzo con la mitad de su gente y llevarme a la otra para iniciar una nueva prospección en otra parte.

—¿Dónde?

—... A los pies del monte Solaro.

—¿Y eso, por qué?

—Como sabe, Tiberio alzó sobre esta isla doce villas que se correspondían con los doce dioses del panteón greco-romano, que son, a su vez, una traslación del egipcio.

—¡Ya sé lo que me va a contar! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? —le cortó Fersen, mirándole con sus ojos centelleantes y pasando, como solía, del abatimiento al entusiasmo—. A los pies del monte Solaro se encuentra Villa Helios, la villa del sol... ¡Lo que traducido al egipcio sería la morada de Atón!

—Bueno, lo mío ni siquiera es una intuición. Se trata de una mera deducción lógica: si nos repartimos el trabajo aumentarán las posibilidades de que encontremos

algo.

—¡Magnífico! ¡Magnífico! —bramó el barón echándosele encima para abrazarle —. ¿A qué espera para iniciar esa segunda cata? ¡Quiero verle mañana mismo allá! ¡Lo celebraremos con una gran cena en La Grotelle!

—Mejor si dejamos eso para cuando tengamos algo que celebrar.

—¡Celebro haberle conocido, amigo mío! ¡Celebro que usted esté aquí! ¡Celebro su clarividencia! ¿Le parecen motivos suficientes?

Más que decírselo, el barón se lo iba gritando mientras remontaba la escalinata que le conduciría hasta la explanada donde le esperaba *il Dottore*, ya con el motor de su Delahaye en marcha.

Conway lo vio desaparecer como quien asiste a la extinción de un fuego fatuo. Ese día ya no trabajó más. Se desvió desde la logia sobre el acantilado hasta las cisternas donde cavaba la gente de *mastro* Vincenzo, estuvo un rato explicándole sus planes, y cuando las campanas de San Giacomo volvieron a doblar selló el acuerdo con un apretón de manos. Los peones se retiraban ya. Estaba acostumbrado a que todos ellos le buscaran para despedirse dejando en el aire un *buon riposo, eccellenza*. Era el protocolo previo antes de que bajara al mar por la parte del faro, donde se daba un buen baño antes de regresar al San Felice para la cena.

Desde aquel encuentro furtivo en las aguas del Arco Natural y aunque estaba muy al tanto de sus costumbres, Leticia, dándole por imposible, no había vuelto a buscarle. Se cruzaron algún domingo en la *piazzetta* del Orologio, a la hora del aperitivo, pero ni ella ni él se levantaron de su mesa. La bella italiana siempre se mostraba rodeada de gente de su nivel, una corte de petimetres sin más inquietudes que la de elegir un conjunto para el baile de esa noche o para la excursión pompeyana del día siguiente. Conway bebía apartado de todos, su velador era siempre el más solitario del café Vittoria, pues hasta Ezra Pound se había habituado a compartir sus absentas con el ilustre Wystan Auden. El pulcro aspecto de este último, siempre tan atildado como si fuera el príncipe de Gales, con sus mismas orejas salientes enmarcadas por su pelo bien cortado, su rostro afeitado y masajeador con su intensa loción Perkins, contrastaba sobremanera con el aire bohemio del americano. No obstante, cuando alcanzaban el punto justo de ebriedad los dos poetas competían por ver quién se mostraba más procaz, declamando versos clásicos a cada cual más obsceno. Algo que escandalizaba sobremanera a los fascistas que ya se atrevían a lucir sus camisas negras hasta en la misa mayor, en Santo Stefano, sin que nadie se atreviera a reconvenirles por entrar en el templo con sus corrajes, y alguno también con su pistola.

Dentro o fuera, hasta un ciego hubiera podido advertir que la isla frente al Vesubio se estaba convirtiendo en un volcán donde se condensaban las mismas tensiones que afectaban a Italia y a Europa entera. En Capri aquel magma soterrado

emergía de una manera demencial. Allá estaban Auden y Pound, celebrando los excesos libertinos de Lesbia y Clodia, ajenos al paso marcial de los fascistas que entonaban el *Canto degli Arditi*. Se lo perdonaban porque sabían que Pound simpatizaba con su doctrina. Su aversión por el «mundo sin alma de la usura» le había llevado a enaltecer el fascismo como la única alternativa para vencer a la banca internacional y a los banqueros judíos. Entonces aquel joven airado y provocador no podía imaginar los infiernos que acabarían orquestando su marcha triunfal. Pero si él brindaba al paso de los camisas negras con la inconsciencia de un suicida, tarde o temprano, desde las mesas de los vividores comenzaba a alzarse un atronador *Forse che sì, forse che no*, «Puede que sí, puede que no», una canción satírica que los hacía desaparecer como cuervos en un maizal.

De tanto oírla, Conway acabó por aprenderse de memoria esta melodía que se ajustaba como un guante a la prospección recién iniciada en Villa Helios. También él canturreaba a veces, *Forse che si, forse che no*, al compás de las palas que se hundían una y otra vez en aquel semillero de ruinas. Un día, Gaetano, el sobrino de Cornacchia, descubrió una galería que avanzaba en dirección al mar. Cuando Conway ya se disponía a abordarla, le detuvo agarrándole por el hombro.

—*Guardi, signore...!* —exclamó, mostrando una gran serpiente que comenzaba a desenroscar sus negros anillos bajo las losas—. ¡Es el alma condenada de *Timberio!*

Había alzado su pala, decidido a machacarla, el escocés le detuvo.

—No, no la mates, se trata de un animal sagrado.

—¿Pero qué dice, *signore?* ¡La serpiente es mala, *molto cattiva!*

—Ni la toques. Déjala que se vaya.

El aldeano le miró como se mira a un loco. No entendía nada, pero contuvo el gesto mientras el reptil se deslizaba hacia el interior de la galería con un silbido amenazador. ¿Se trataría verdaderamente del espíritu del tétrico emperador, que vagaba como un alma en pena por sus dominios? Las campanas de San Giacomo dejaron la pregunta en el aire. Había llegado la hora de retirarse. La partida de peones no esperó a más para soltar picos y palas y emprender el camino de Anacapri. Gaetano vaciló antes de seguirles, no se fiaba de su patrón.

—No se meta ahí dentro solo, *signore* —le previno, yéndose ya—. Espere a mañana. Traeremos cuerdas, y linternas de carburo. Y también vendrá don Dionisio, el párroco, con su hisopo bien hervido de agua bendita. Créame, *questa é la bocca del inferno!*

Conway se lo agradeció con una sonrisa y una palmada, pero su respuesta fue encender un cigarrillo y sentarse a esperar hasta que desaparecieran. Poco después, improvisó una antorcha con un asta de madera untada en alquitrán, y se introdujo en la galería siguiendo el rastro de la serpiente.



7

ENSEGUIDA la negrura se hizo absoluta, el descenso comenzó a complicarse. Conway tenía sobrada experiencia. En Abydos, en Medinet-Abu, y, por supuesto, en la mítica Amarna de Akenatón, se había sepultado en agujeros cien veces más siniestros. Por tramos tenía que gatear, en otros apenas cabía su cuerpo, el corredor se estrechaba cada vez más, pero la llama de la antorcha, aún vacilante, le mostraba el camino. Habría recorrido más de quinientos metros bajo tierra, siempre en un plano descendente, cuando se le vino encima una bandada de murciélagos atraídos por la luz. Agitó la antorcha, sintió sus alas viscosas rozándole la cabeza. Gritó: «¡Al infierno!», y le asombró el sonido de su propia voz. No emitía eco alguno, las paredes la absorbían como el agua bajo la arena. Eso quería decir que aquella galería se prolongaba, y su antorcha no resistiría más de media hora. La idea de dar media vuelta le resultaba insostenible. Quizá no le faltaba tanto para alcanzar la salida. Si no la encontraba, siempre podría regresar aunque fuera a tientas. Continuó descendiendo. Cien metros más adelante apareció ante él una puerta sellada por un lienzo de adobe. No parecía muy consistente, podría derribarlo si encontraba una piedra lo suficientemente compacta. La encontró. El muro se vino abajo dejando en el aire una nube de polvo en suspensión. Conway se cubrió la boca con su pañuelo, empuñó su antorcha y cruzó el umbral. Su atrevimiento tuvo una recompensa inmediata. A medida que la polvareda se fue disipando, apareció ante él una especie de antecámara donde se alzaban tres estatuas inequívocamente egipcias labradas en bloques de basalto policromado, hieráticas, expectantes, sobrecogedoras.

El corazón del arqueólogo rompió a latir a golpes. Allí estaba Hator, la diosa del amor, de la alegría y la danza, pero también la que prepara para la muerte, coronada con un disco solar sostenido entre sus cuernos. En el otro extremo el viejo dios de cabeza de halcón, Montu, el antecesor de Horus, el elevado, el distante. Y, entre ambos, los restos de un cuerpo al que le faltaba la cabeza. Tenía la complexión de un hombre, pero sus formas eran femeninas. ¿No era así como se hizo representar Akenatón? Tragó saliva sin poder apartar los ojos de lo que veía, estaba absolutamente conmocionado. En eso, le pareció que había alguien más a su espalda, una presencia viva. Se volvió bruscamente, solo escuchó los latidos de su corazón. Pero, enseguida, comenzó a escuchar algo más. Aquel zumbido era el mismo que le

asaltó en la gruta de Matromania. El escarabajo azul estaba allá. Giró la antorcha a su alrededor, su resplandor trazó un círculo de fuego sobre las tenebrosas paredes de la galería, los ojos abismales de los dioses de piedra parecieron cobrar vida. Sintió las patas del escarabajo sobre su nuca, dos pinzas aceradas se hundieron en su carne hasta hacerle sangre. Eso acabó de desquiciarle. Profirió un juramento, la antorcha se le cayó de las manos. Y él cayó con ella.

¿Qué había sucedido? En un instante sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Con el impacto perdió el conocimiento. Cuando despertó, la oscuridad era total. Las tinieblas se imponían tan compactas como aquellas en las que se debate un ciego. Se palpó su cabeza, solo tenía un corte superficial. Tanteó el suelo buscando su antorcha. Encontró un objeto que parecía madera. Su mano lo rozó con prevención, pero sus dedos ya habían entrado en los agujeros de sus cuencas. Se trataba de un cráneo, un cráneo humano, y había muchos más. Había caído en un osario, estaba rodeado de muertos y él podía ser uno más si no conseguía salir de aquel pozo. Notó que le faltaba el aire, se asfixiaba. Intentó ponerse en pie apoyándose sobre el montón de esqueletos, los huesos crujían, se partían bajo su peso. El sol de Capri, las fiestas de Fersen y todo su pasado, parecían a millares de leguas de distancia. La misma que le separaba del brocal del pozo. Quizá solo le faltaba un palmo, pero sus manos no lo alcanzaban. Entonces sucedió algo que no olvidaría mientras viviera.

En aquella oscuridad mineral, mientras alargaba sus manos buscando un punto de apoyo, sintió que otras dos manos le cogían por las muñecas. Se trataba de unas manos femeninas que, sin embargo, lo alzaron a pulso, como si no tuviera peso.

Primero fue el aura, un aura de luz dorada que parecía irradiar de quienquiera que estuviera allá arriba. Cuando sus ojos alcanzaron la superficie, lo que vio le dejó sin aliento. En el centro de la estancia, ante las tres estatuas de basalto, se destacaba la imagen etérea de una mujer inconfundible. Cinco capas de trenzas tan negras como el ébano conformaban su peluca nubia. En la frente, el doble *ureus* que indicaba su soberanía sobre las dos tierras y los dos mundos. Sus ojos, dos esmeraldas de un fuego verde que se extendía sobre sus párpados. Sus labios sostenían un gesto impasible, sin expresión, idéntico al de las estatuas. Un soberbio collar de ágatas pendía de su cuello, largo y esbelto. La fina túnica que la cubría transparentaba sus senos y su sexo, marcando las formas de un cuerpo tan blanco como una talla de marfil, el cuerpo de una diosa.

Sin duda era ella. La divina Nefertiti estaba allá, en Capri, bajo el monte del sol. La locura de Caltagirone se había convertido en una evidencia. Por un instante sintió que no sobreviviría a esa revelación. Tal vez también él había cruzado el tenue umbral que separa los dos mundos y los dos reinos. Apenas acertó a articular tres palabras.

—Nefertiti, eres tú...

La presencia no respondió. Le miraba con sus ojos hipnóticos, sus labios permanecían entreabiertos, pero de ellos no salió ningún sonido. Cuando intentó avanzar, ella alzó su mano como diciéndole que no intentara tocarla. Una suave corriente de aire acarició su rostro. En un vislumbre, entrevió a lo lejos, en el punto de fuga del túnel, algo parecido a una masa de agua. La luz que parecía irradiar de los ojos de la diosa le detuvo en ese umbral que ya no parecía de este mundo, sino una nueva dimensión más allá del tiempo y el espacio. Sentía manar la sangre desde la brecha abierta en cabeza, su corazón latía grávidamente, la angustia comenzó a atenazarle. Entonces Nefertiti hizo oír su voz. Le envolvió como una caricia, como un espíritu que murmurara en sus oídos.

—Akenatón, mi señor, ya estás conmigo.

Conway, paralizado, apenas acertó a balbucir.

—No, yo no soy Akenatón...

—Eres el que siempre ha sido, el elegido de Atón ha renacido en ti, pues te has alzado de entre los muertos, amado mío. Has abierto las puertas de la noche para que yo regrese a la vida contigo. ¿Lo ves? Siéntelo —continuó la diosa, tomando su mano y poniéndosela sobre su pecho—. Mi corazón vuelve a latir con el tuyo. Tanto me querías que los dioses han levantado tu frente. Te aman. Nos aman, divino hijo de Atón. Este es el tiempo, ahora hemos de regresar.

Aquella voz, lenta, profunda, susurrante, le sumió en una especie de trance alucinatorio. Ya no era él, sino aquel a quien ella invocaba.

—¿Regresar? —preguntó, atónito, sin poder apartar sus ojos de los suyos—. ¿A dónde, mi reina?

—Hemos de regresar a nuestra ciudad, al corazón de nuestro sueño, en la dorada Amarna.

—Pero, ¿cómo...?

—Pronto lo descubrirás, ya estás cerca, muy cerca... He permanecido miles de años esperándote aquí, en la isla de Khnum, donde los rayos de oro y azul.

«Los rayos de oro y azul», ¿dónde había leído esa frase? Se preguntó para responderse de inmediato: Claro, en los papiros de Caltagirone. O sea que la clave estaba en esos «rayos de oro y azul». ¿Pero qué significan exactamente...?

—Ahora ya sabes dónde estoy —continuó la diosa—. Cuando despiertes encontrarás mi cuerpo, lo liberarás de las tinieblas, y me llevarás contigo allá donde el sol vive y la muerte no existe. Recuerda: ni yo sin ti, ni tú sin mí.

Conway repitió esas palabras como un conjuro —«ni yo sin ti, ni tú sin mí»—. Y, mientras lo hacía, sintió la presión de unos labios perfumados sobre sus manos, sobre su pecho, sobre su boca. La tensión se le hizo insoportable. Entonces sintió que unos dedos fríos le cerraban los párpados y se desvaneció de nuevo.



8

AL día siguiente, cuando Gaetano y su cuadrilla llegaron al pie de las obras de Villa Helios, se encontraron al escocés sentado sobre un basamento del pórtico. En apariencia se trataba del mismo Kenneth Conway. Una segunda mirada hubiera advertido el leve temblor de sus manos, que disimulaba sosteniendo un cigarrillo, y en sus ojos un brillo de locura. Los aldeanos solo repararon en la brecha de su frente, que se había vendado con una tira de lienzo.

—¿Pero qué demonios ha hecho, *signore*? —le abordó Gaetano—. No, a mí no me va a engañar. Mi tío ya me ha dicho que no ha aparecido por el San Felice en toda la noche. O sea, que se ha quedado aquí, dale que dale al azadón y a la ronda de los muertos. *Dio, quanto impazzimento, la folia de satanasso!*

Conway segregó una sonrisa extraviada, asintiendo. En efecto, eso era lo que había hecho. Pero el pobre Gaetano nunca podría imaginar hasta qué extremo.

Al despertar tras su desvanecimiento el escocés se encontró tendido sobre el osario de la segunda galería. Ya no había nadie más, ninguna presencia, ningún espectro, pero él sabía que aquella aparición no había sido un sueño. Su cabeza le daba vueltas en un frenesí de delirio. Un pensamiento obsesivo ocupaba su mente. Preservar ese santuario donde había sentido sobre sus labios el beso de hielo de Nefertiti. Se puso en pie apoyándose en las paredes goteantes. Esa humedad le recordó lo último que había visto antes de caer: el mar al final de la galería. La recorrió a tientas, pero a medida que avanzaba la oscuridad se fue diluyendo en una suave penumbra, y enseguida tuvo que cubrirse los ojos cegado por un haz de luz. Procedía de una estrecha abertura, al final del corredor. Nada más cruzarla, se encontró ante un espacio maravilloso. Una caverna tan grande como una catedral tomada por el mar. «Rayos de oro y azul», se dijo, contemplando aquella luz prodigiosa que reverberaba sobre la bóveda de roca. Había llegado a la mítica Gruta Azul que se abre en la punta noroeste de Capri.

El corredor subterráneo de Villa Helios se prolongaba bajo el espinazo de la isla, de sur a norte, hasta allá. Pero esa salida oculta, inapreciable desde la dársena de la Gruta Azul, arrancaba del desvío donde había encontrado las estatuas de Hator y Montu, y a la misma Nefertiti esperándole al cabo de un sueño de tres milenios. Sin reparar en ello, le sobrevino la misma sensación que había llevado a la locura a

Alessandro de Caltagirone. Él era el único destinatario de su mensaje, el único que debía conocer su secreto. Como si le fuera la vida en ello, retrocedió sobre sus pasos hasta la galería principal. Reconstruyó a toda prisa el muro de adobe, cubrió la puerta con una masa de tierra húmeda para borrar sus huellas, y regresó a la superficie de la villa. Llegó apenas media hora antes de que aparecieran Gaetano y sus peones, tan exhausto que no le quedaban fuerzas ni para encender ese cigarrillo que ahora sostenía desmayado entre sus dedos.

—Tenías toda la razón, Gaetano, allá abajo no hay nada... Nada más que las cloacas de Villa Helios.

—Lo que le dije, *signore*. Si no hay más que asomar las narices, ese agujero huele a *merda di morto*. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Buscamos otra villa de *Timberio* para abrirle las tripas?

Conway le restituyó una mirada casi beatífica.

—Me has leído el pensamiento, muchacho. Tú, ¿para dónde tirarías?

El aldeano giró su cabeza alrededor, escupió a contraviento, y al fin lo dijo.

—¿Conoce el castello di Barbarossa?

Conway asintió con un gesto. Se trataba de una fortaleza cuyas ruinas se alzaban sobre las laderas de Anacapri. Su nombre se debía a la incursión más brutal que padeció la isla, en 1535, por parte del corsario argelino Kair-el-Din, más conocido como Barbarroja. Naturalmente, Gaetano tenía una versión de primera mano.

—... Cuando llegó el *sarrazino* había una cartuja, degolló a todos los monjes y se llevó a todas las mujeres que se habían refugiado dentro. Bueno, a todas no, ya se lo puede imaginar, *signore* —precisó el aldeano con un guiño—. Solo a las que levantaban la grupa *alla puttanesca*. Pero, muchos años antes de eso, debajo de la cartuja había un antro pagano con mucho que rascar. —Y diciendo esto, se volvió hacia la corvea y llamó a gritos a uno de sus parientes—. *Gesualdo, presto, vieni qua!*

Al punto se destacó del grupo un tipo curtido y cojitranco, de unos cincuenta años, que se cubría con una pelliza de pastor. Sus ojos ardían como brasas bajo su hirsuto entrecejo, y era de los que miran fijamente.

—Cuéntale al *signore* lo que te pasó cuando fuiste a buscar el *Tesoro di Timberio* en el *castello*...

—Yo subí por el mar —comenzó a contar el pastor—. Sabía que abajo del castillo se abría una gruta donde habían aparecido *zecci e zecchini*, todas de *Timberio*.

—*Zecci* quiere decir monedas —le cortó Gaetano, dándoselas de ilustrado.

—Según mi primo Pacciale —continuó Gesualdo—, ahí vivió en tiempos un hombre con cabeza de lobo...

—... Como los dioses *egiziacos* —volvió a cortarle Gaetano.

Conway visualizó la imagen del dios Anubis, el señor de la Necrópolis, el que guía los espíritus de los muertos al otro mundo. Gesualdo continuó.

—... Un demonio que devoraría a todo cristiano que se acercase a su cueva.

—Pero tú no tuviste miedo, y bien que subiste —siguió Gaetano—. ¿Y por qué lo hiciste?

Los dos aldeanos se cruzaron una mirada recelosa, como vacilando si contar o no el resto. Un empujón de Gaetano acabó de soltar la lengua de Gesualdo.

—¿Por qué lo hice? Pues porque *il porco* de Pacciale subió primero, subió pobre y bajó rico. Desde entonces tiene una renta de veinticinco mil liras, y el dinero le crece hasta cuando duerme.

—O sea que fue tu primo quien encontró el Tesoro de Tiberio...

—Tanto como eso no, *signore*, pero allá hay algo.

—¿Y tú, no lo encontraste?

—No, porque me cayó encima la *iettatura* —continuó, llevándose la mano a su pierna maltrecha—. Según estaba subiendo, alguna bruja debió escupir sobre mi sombra y caí hasta abajo, con todos los huesos rotos, pero vivo, vivo por la gracia de la Madonna.

—¿No regresaste?

—Ni muerto, *signore*. Puse siete velas en el *convento delle Sepolte Vive* —concluyó santiguándose—, y las renuevo cada año en su fecha, que es la de mi segundo nacimiento. Por eso todos los de mi pueblo me llaman Renato, porque he nacido dos veces...

Conway se felicitó en su fuero interno. Era justo lo que necesitaba. Un paraje apartado cargado con una leyenda poderosa para avivar la codicia de los jornaleros, y un hombre dispuesto a no subir allá ni por todo el oro del mundo.

—Pues muy bien, Gaetano —exclamó—, ya te estás llevando a tus hombres al *castello di Barbarossa*. Pero tú, Gesualdo —añadió volviéndose al pastor—, tú te puedes quedar aquí, si quieres. Necesitaré un hombre que vigile este lugar. Ya sabes cómo es la gente. Basta que vean un agujero abierto para que vengan a husmear, y eso al señor Fersen no le gustaría nada. ¿Comprendes?

—*Capito, signore*. Ahora mismo bajo al pueblo a por mi *luppara*^[12], y aquí que me quedo montando guardia, hasta que se ponga el sol.

—No te pido tanto. Cuando alcemos el campamento allá arriba puedes venirte a comer.

—De eso nada, *signore*. Mándeme a uno de estos con la pitanza, que esa es la hora en que aparece el diablo.

No hizo falta más para que Gaetano se llevara dos dedos a la boca y lanzara uno de esos silbidos que te rompen los tímpanos. Al poco toda la comitiva se encaminó hacia el castillo de Barbarroja, y el diablo se fue con ellos. Conway ya no se quedó en las excavaciones. Durante aquella noche en vela su cabeza no había dejado de trabajar. Ahora tenía un plan, un plan muy diferente al que la había traído a Capri.

Tras visitar a Fersen para ponerle al tanto de su tercera cata —algo que el barón volvió a celebrar efusivamente—, envió un mensaje muy desconcertante a Leticia Cerio: «Si todavía te acuerdas de mí, me encantaría invitarte a cenar esta noche. ¿Qué tal en La Rondinella?». En cuanto el mozo salió con la nota volvió a sumergirse en los papiros de Caltagirone. Ahora, a la luz de su descubrimiento, todo cuadraba: ... y *el bendecido por Atón descansará en la isla del Carnero* —leyó, deslizando la yema de sus dedos, jeroglífico por jeroglífico— ...y *sus rayos de oro y azul penetrarán en el corazón de La Muy Verde, para despertar a la Bella*.

La clave estaba ahí, en esos rayos de oro y azul, el sol dormido bajo el agua, muy cerca del mar. ¿Qué otra cosa podían indicar sino el hipogeo subterráneo que comunicaba Villa Helios con la Gruta Azul? El escriba que acompañó el viaje de la momia de Nefertiti hasta Capri había descrito así, en su lenguaje de símbolos, aquel pasaje secreto, el que eligió tal vez el propio emperador Tiberio para el descanso eterno de la reina Sol. Si le quedaba alguna duda, ahora tenía la certeza de que su visión no había sido un sueño ni un delirio. Pero Kenneth Conway aún estaba lejos de imaginar que el delirio comenzaría precisamente a partir de esa noche.



9

LA respuesta de Leticia se hizo esperar. Mujer al fin, necesitaba vengarse por el tiempo en que la había ignorado, y su mensaje no llegó al San Felice hasta el mediodía. Un mensaje tan incorregiblemente temperamental que le hizo sonreír: «En efecto, ya te había olvidado. No mereces otra cosa. Ni siquiera La Rondinella. Nos veremos en Il Rosaio, la *trattoria* más indecente de la isla. A las ocho en punto».

La luz de poniente incendiaba las velas de las barcas amarradas al embarcadero de Trágara, llameaba en las ventanas y arrancaba destellos en los delgados tallos de las copas prolongando sus sombras sobre la mantelería de las mesas de Il Rosaio. Todas se veían desiertas salvo una, aquella en la que Conway entretenía su espera apurando un Campari tras otro. Verdaderamente, se trataba de un antro indecente. Un lugar de luces tenues, lleno de espejos con marcos de terciopelo encarnado y lampazos de mugre por todas partes. El reloj dobló las ocho treinta y, al cabo de una eternidad, también las nueve. Il Rosaio se fue engastando de rosas bastante decadentes, mujeres con pinta de busconas y tipos patibularios. El verde esmeralda del mar se transformó en azul oscuro; el azul, en ojo de pavo real, en negro pantera. La aparición de Leticia tuvo algo de todo eso. Venía enfundada en un vestido color frambuesa muy ajustado, con un tajo que le subía por el muslo. Piel dorada, melena azul, y una mirada estudiadamente displicente en el óvalo perfecto de su rostro, no demasiado maquillado. Le saludó con un beso seco, apenas un roce de carmín impregnado en su perfume, denso y profundo, como la noche misma.

—... Vaya, al fin puedo decir que la espera ha merecido la pena —exclamó el escocés—. Llega la reina del baile.

El cumplido, forzado, casi sonó como un sarcasmo. Bastaba echar un vistazo al aspecto de la clientela, o al propio Conway. Se incorporó para acomodar a Leticia pero ella se le adelantó sentándose decididamente y quitándole un trago a su copa.

—¿Y tú de qué baile vienes, con esa cara? —Se vengó, incidiendo en la palidez terrosa de su semblante—. Mucho trabajo, ¿no?

—Demasiado. No sé cuántos días llevo excavando. Y al llegar al hotel, ya te lo puedes imaginar, vivo sepultado entre una montaña de papiros.

—Pobrecito, te has olvidado de vivir. No sabes cuánta pena me das. —La italiana le echó a la cara la primera vaharada de su cigarrillo—. Y bien, ¿qué me quieres

contar? ¿Habéis encontrado algo, o me vas a hacer una propuesta de momificación para resarcirte?

Conway segregó una sonrisa incierta.

—¿Resarcirme, de qué? Dime, Leticia, qué es lo que no me perdonas.

El único movimiento que el escocés advirtió en ella fue el de las comisuras de sus labios. Su rostro era bello y vacío. Lo bastante bello para atraer a cualquier hombre y lo bastante vacío para perder a todos.

—Eres un perverso —articuló al fin la italiana sin inmutarse—. No te perdono que vivas entre tumbas. Mira el cielo. Nunca verás un cielo con tantas estrellas.

Tenía razón. Fuera, más allá de la humareda de los cigarrillos y de las conversaciones estridentes, se alzaba un cielo arbolado de constelaciones. Una estrella fugaz cruzó las ventanas de Il Rosaio precisamente en ese instante. El arqueólogo siguió su estela mientras le pasaba la carta.

—¿Sabías que en el Antiguo Egipto cada uno tenía una estrella que aparecía en el momento de su nacimiento y que moría con él? A lo mejor esa es tu estrella.

—O la tuya. Una estrella fugaz.

—No, esa brilla demasiado para mí, te la regalo.

—Es un detalle por tu parte —repuso Leticia chasqueando la lengua—. ¿Con qué podré corresponderte? —se preguntó en tono meditativo para responder de inmediato—. Ah, ya sé: considérate invitado a mi boda con Jacques. Nos casamos en noviembre.

—... No lo sabía —articuló el escocés, desconcertado, y no solo por la evidencia de que Fersen fuera un homosexual público y notorio—. ¿Debo darte mi enhorabuena?

Leticia acababa de encender otro cigarrillo. Se detuvo con la cerilla encendida en su mano. Sus dedos estaban clavados en la llama.

—Por supuesto que sí —dijo, arrojando el fósforo al cenicero con un ademán desganado—. Quiero mucho a Jacques y no voy a consentir que nadie se burle de él, aunque se trate de un matrimonio de conveniencia. Al fin y al cabo es lo que viene haciendo toda la buena sociedad de esta isla desde que tiene uso de razón. ¿Sabes por qué en Italia se canta tanto al *amore*? Porque aquí nadie lo conoce.

Y con la misma naturalidad con que lo dijo, sin variar su tono de voz, le dictó sus platos al camarero, que escuchaba impasible, con su libreta en la mano.

—Cacciotte, ravioli..., y un peccato di gioia para dos.

Conway no habló hasta que volvieron a quedarse a solas.

—*Peccato de gioia*... ¿Desde cuándo la alegría es un pecado en Capri?

—Desde siempre, pero ahora más que nunca. En Roma Mussolini se prepara para asaltar el poder y hace nueve días, mientras tú escarbabas en busca de tus momias, los fascistas han nombrado *gran podestá* de la isla a Mario Pagano, un charcutero

impresentable. Si me caso es por eso. Los Cerio somos de ascendencia judía, solo Jacques puede salvarnos a mí y a mi padre. ¿Sabes qué me ha propuesto el barón como contrapartida a mi sacrificio?

—Cualquier locura...

—Desde luego, una locura —y tras decir esto, sentenció secamente—. Que te tome a ti por amante... para guardar las formas. Él sabe que soy una mujer ardiente, y no quiere que le ponga los cuernos con cualquiera. Por eso he venido. Pensaba que lo sabías.

Aquello no podía ser una broma. El vértigo de aquellos alocados años, pero sobre todo la vieja doble moral de las clases altas, se manifestaba de una manera desnuda en aquella proposición que ella asumía con una docilidad inquietante. Conway la miró despacio. Leticia jamás llegaría a imaginar por qué oscura razón se había propuesto seducirla esa noche, ni él —amante evidentemente inexperto— sabía cómo iba a hacerlo. Pero, de pronto, también en esto, la fortuna venía a ponerse de su parte.

—Y tú, ¿qué es lo que piensas...? —preguntó, incapaz de tocar el plato que acababan de ponerle sobre la mesa.

—Bueno, los franceses que perfeccionaron el coche sin caballos, también son expertos en el matrimonio sin sexo —repuso ella hundiendo su tenedor en la pasta humeante—. Y en cuanto a lo otro te voy a decir una cosa, Kenneth: conmigo puedes jugar, pero con el amor no se juega.

—Perdóname, pero... —farfulló el escocés, luchando por mostrarse digno.

—Vamos, no me digas que venías a esta cena con la más honesta de las intenciones y todo eso. Conozco a los hombres y sé lo que valgo. Si me equivoco, me voy ahora mismo. Pero si no es así, y quieres conocerme de verdad, por cada mentira te voy a cortar un pedazo de carne hasta que lleguemos a la parte verdadera, a la parte que no miente.

Las palabras de la italiana vibraban en el cerebro del escocés. Sentía su voz como el filo de un puñal de seda que se deslizara suavemente sobre su garganta.

—Entonces, ¿aceptas el *mènage* o te vuelves a la tumba?

—Solo debo cuidar de no enamorarme y dejarme llevar, ¿no es eso? —repuso al fin, consciente de que pisaba un terreno peligroso donde, sin embargo, ya no cabía retroceder—. ¿Pero qué sucederá si nos enamoramos?

—No debe sucedernos.

—Pero supongamos que suceda... ¿Qué ocurrirá entonces?

—Entonces romperemos nuestro pacto, y nada de justificaciones. ¿Estás de acuerdo?

—Solo en una cosa.

—¿En qué?

—Tenemos mucho que aprender el uno del otro.

Leticia entrechocó su copa con la suya en el mismo instante en que el camarero les servía su *peccato di gioia*. Imperceptiblemente, mientras mantenían aquella conversación, el restaurante se había ido llenando de gente. Ellos no oían las voces, solo reaccionaron cuando comenzó la música. Se trataba de un grupo descabalado de cantantes pertrechados con instrumentos que ya lo decían todo con sus nombres. Allá estaba el obsceno *tricaballaco* y el *scetavajesse* —literalmente, «el que despierta a la puta»—, arrancando las risas de todos con su desafinado gemido, al compás del acordeonista ciego que dirigía la banda. Tras la canción burlesca, los metales dieron paso a las mandolinas, y las voces entonaron una vieja canción napolitana.

«*Quanno sponta la luna a Marechiare*
—*Cuando la luna viene a Marechiare*—
Pure li pisce fanno a l'amore,
—*Hasta los peces hacen el amor*—».

Algunas parejas salieron a bailar. Conway puso su mano sobre la de Leticia. El brillo de sus ojos indicaba que ya estaba un poco borracho.

—¿Te vas a atrever a bailar esta cosa tan dulce, tú...?

—Tampoco sé bailar —sonrió el escocés—. Pero si es por complacer a Fersen, bailaré un *fox macabre*... para afilarme las garras contigo.

—Monstruo —sonrió también ella, una leve sonrisa, mordiéndose el labio—. En el fondo me tienes miedo.

Él prefería las conquistas lentas, ella se moría por un contacto fuerte y directo. Pero la única frontera que mediaba entre ellos había quedado abolida. Por diferentes razones, uno y otro iban a sucumbir a su más oscura ambición. Leticia desde la vanidad, Conway desde la codicia. Eso era lo que les cegaba. Un paso más y ya ninguno de los dos podría distinguir dónde acabaría el juego de las mentiras ni hasta qué punto estaban cerca de la verdad esos besos donde la palabra amor había sido proscrita.

Se dirigieron al hotel en el Hispano-Suiza de Leticia, sin hablar apenas. Las calles vacías ensanchaban ese silencio que se prolongó hasta que accedieron a su habitación. Nada más cerrar la puerta, Conway la besó con la torpeza de un principiante, la ansiedad le secaba la boca. Leticia ni respondía ni se sustraía. No había excitación en ella, ni rendimiento, solo una amarga complacencia que convirtió su primer abrazo en la seca conjunción de dos maniqués de carne y hueso. Él buscó a tientas el interruptor de la lámpara. No quiso encenderse. Prendió entonces una vela que había en un platillo sobre la mesa de noche. Leticia empezó a desvestirse prenda por prenda, dejándolas caer a su alrededor sobre la raída alfombra. ¿Era así como debía comenzar el juego, la ficción, el simulacro? Cuando se tendieron sobre la cama

Conway se limitó a acariciarla fríamente. Tenía su mente en otro lugar, en un lugar perdido entre dos desiertos, y el sexo de Leticia era uno de ellos.

—¡Oh, Dios! ¿Pero qué te pasa? —Se revolvió la italiana—. ¿Es que no quieres...?

—No es eso, Leticia. Es que, no sé...

—¿Qué es lo que no sabes? ¿No sabes hacer el amor a una mujer? Por favor, ya solo me faltaba esto.

La italiana se recostó sobre el cabezal y encendió un cigarrillo con un gesto desabrido. El cabello le cayó sobre la cara. Él le rozó la piel del hombro y dijo, patéticamente, compadeciéndose de los dos:

—Ni tú ni yo nos merecemos esto.

—Desde luego que no —repuso ella, arrastrando sus palabras con el humo de su primera vaharada—. Pero tu problema no soy yo. Es tu corazón, está completamente seco. Mucho más seco que el de Fersen —y añadió con una formidable fuerza inconsciente de veracidad—. Él todavía puede amar.

Conway sintió como una bofetada en la boca, la vela parpadeó.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó, cogiéndole el cigarrillo para quitarle una calada.

—Lo veo en tus ojos, maldito escocés del demonio.

—¿Y qué más ves?

Leticia se echó el cabello hacia atrás y volvió sus ojos hacia él.

—Apaga esa vela y te lo diré.

Fue lo que hizo, sin añadir una palabra más. Esta vez fue ella quien comenzó a besarle. Pero mientras lo hacía, como un relámpago en la noche, su mente se iluminó con la aparición del espectro de Nefertiti en la cripta de Villa Helios. Entonces sintió que Leticia apretaba su mano contra su mejilla, suavemente, como se oprime una herida y, enseguida, el deslizamiento de su cuerpo sobre el suyo. *Baise-moi*, le dijo al oído. Se lo susurró una vez más, y luego otra, y otra más, excitada por esa palabra que despertaba su sensualidad. Primero le ofreció su cuello, luego sus pechos, luego su sexo. Cada ofrecimiento implicaba un desafío. Quería hacerlo así, que abusara de ella, como si estuviera indefensa, como una virgen hambrienta por ser corrompida. Cuando Conway buscó su boca, la italiana le mordió los labios, entregada a los impulsos de una pasión que era, a la vez, un elaborado deseo de ser lo que ella imaginaba que él quería que fuera: una mujer misteriosa, febril, tensa como un animal salvaje que solo admite ser domado con fuerza y en silencio. Y así hicieron el amor, en carne viva, como dos almas perdidas que se hubieran estado buscando desde una vida anterior y al fin se encontraran y se reconocieran, hasta que cayeron rendidos uno junto a otro. Cerca del alba, Leticia se deslizó fuera de la cama y comenzó a recoger su ropa.

—Es tiempo de que me vaya...

—¿Tan pronto...? Me dijiste que me ibas a contar lo que habías visto en mí y aún no me lo has contado.

Solo lo dijo para retenerla un poco más a su lado, Leticia no se volvió.

—Todos los espejos mienten, Kenneth, y tus ojos también, como los de todos los hombres.

—Ya, supongo que ahora vas a decirme que las mujeres sois diferentes.

—El alma de las mujeres, escocés..., eso solo lo conoce el diablo.

La aurora rompía tras la ventana. Con un súbito impulso, Conway se dirigió al cuarto de baño y abrió el grifo. El agua salió casi hirviendo, borbotando dentro de la bañera con un chistido de vapor.

—¿Te apetece un baño juntos para empezar el día?

No era una mala idea. El agua purifica, y ellos habían pecado a conciencia aquella noche. ¿Por qué no le respondía?

—¿Leticia? —llamó de nuevo.

Pero ella ya se había ido.



10

DURANTE los días que siguieron Kenneth Conway se entregó a una actividad frenética que, en apariencia, no tenía mucho que ver con la arqueología. Comenzó por demorar sus visitas a las excavaciones. Si antes subía a las ruinas al amanecer, ahora solo se dejaba caer por el castillo de Barbarroja sobre el mediodía. Las cuadrillas de *mastro* Vincenzo y Gaetano habían aprendido a trabajar según sus pautas, se bastaban ellos solos para trazar las nuevas catas. Encontraron más estatuas romanas y fenicias, un espléndido jarrón de pórfido lleno de monedas señaladas con la divisa «Divus Augustus Pater» —al fin *Il Tesoro di Timberio*, aunque la efigie labrada en los denarios fuera la de Augusto—, y también un pasaje subterráneo a través del cual, según la leyenda, el viejo emperador descendía a la gruta bajo su palacio para sodomizar a sus efebos antes de estrangularlos.

Fersen se mostraba entusiasmado. Aunque no hubieran vuelto a aparecer vestigios egipcios, confiaba absolutamente en su arqueólogo y le colmaba de atenciones entre las que figuraba —de una manera tácita—, su licencia para que se divirtiera con su futura esposa en las fiestas incesantes que entretenían el lánguido otoño de la isla. Conway interpretaba su solicitud de una manera literal. Todas las tardes, tan pronto como concluía su comida junto a *mastro* Vincenzo y los peones, bajaba al puerto de la Marina Grande donde le esperaba Leticia. El carrusel de disipación comenzaba con un baño al pie de los farallones y continuaba con una vuelta a la isla a bordo del *Albatros*. En un par de semanas la italiana le enseñó a gobernarlo, a manejar el sextante y hasta a leer las cartas de navegación más complicadas. Conway ponía un interés extraordinario, sobre todo cuando enfilaban su proa a mar abierto. Pero Leticia se aburría enseguida, el mar no era su elemento. Siempre tenía una cita pendiente en cada una de las celebraciones que tuvieran lugar en las villas de moda.

Tras la llegada de Auden y su joven amante, causó sensación el desembarco de D.H. Lawrence, exiliado voluntario de la opresiva sociedad victoriana que nunca toleró el escándalo suscitado tras la publicación de su provocadora *Mujeres enamoradas*. En Inglaterra se abrió contra él una causa por obscenidad y en Italia, por supuesto, la venta y hasta la traducción del libro estaban prohibidas. Uno de los íntimos del círculo de Fersen le ofreció una de sus residencias a la que Ezra Pound había bautizado con el elocuente nombre de Nepenthe —del griego, *ne*, «no», y

penthe, «dolor»—, una droga mencionada en *La Odisea*, que rimaba perfectamente con las turbulentas fiestas del opio que seguían celebrando en Villa Lysis. Ambientadas entre junglas de orquídeas y perfumes orientales, y amuebladas, literalmente, con maletas llenas de opio^[13], en estas veladas frecuentadas por toda la alta sociedad se escenificaban cuadros vivientes donde los sucesivos amantes de Fersen posaban desnudos representando a Venus y Adonis como preámbulo a una serie de juegos eróticos que escandalizaban a toda la isla. Señaladamente, a los fascistas enardecidos por las soflamas «antidecadentes» de un joven escritor de origen alemán llamado Kurz Eric Suckert, que pasaría a la historia con el sobrenombre de Curzio Malaparte^[14].

Por ese tiempo, Fersen fumaba entre treinta y cuarenta pipas de opio al día. Leticia prefería la cocaína. Conway se dejaba llevar, pero solo hasta el límite de ebriedad que se había marcado desde el inicio de sus relaciones con ella. Sobre la medianoche, cuando se incendiaba la bacanal, desaparecía silenciosamente, y ya nadie volvía a saber de él hasta el día siguiente. ¿A dónde iba?

El *signore* Cornacchia había recibido una generosa propina para que dijera a quien preguntara por él que se encontraba durmiendo en sus habitaciones del San Felice. La realidad era bien distinta. Desde que experimentó aquella visión en el hipogeo de Villa Helios, una idea obsesiva ocupaba su mente y en orden a ella había trazado toda una estrategia. Cuanto hacía a la luz del día —la visita a las excavaciones, su romance con Leticia, su presencia en las fiestas de Fersen—, no era más que un encubrimiento para borrar las huellas de aquello que absorbía todas sus noches. Y esto no era otra cosa que una excavación secreta y solitaria, cuya puerta se abría sobre esa grieta alta de la Gruta Azul, donde buscaba incesantemente el lugar señalado por los astrólogos de Tiberio para sepultar el sarcófago de Nefertiti.

Tras aquel encuentro fantasmático, la fascinación que ejercía sobre él la mítica reina Sol había despertado un vértigo absoluto, una verdadera locura. Cada una de esas noches, mientras su esquife se adentraba en la Gruta Azul, se sentía otro hombre. El arqueólogo se había transmutado en un jugador que arriesga el último resto de su fortuna en un solo golpe desesperado. Y, con cada golpe de pico en la galería, presentía la cercanía del prodigio. Había comenzado a excavar bajo las estatuas de los tres dioses que presidían el hipogeo. Reptando a gatas tras su linterna de carburo se deslizó hasta una profundidad de setenta metros. Fueron cuatro noches de trabajos forzados sumergido en aquella sima, tentando una abertura por ínfima que fuera, apenas un resquicio que le abriera las puertas del misterio. Nada parecía delatar la existencia de una segunda cámara que pudiera contener los sarcófagos que buscaba, pero él seguía raspando las paredes centímetro a centímetro, con esa persistencia enajenada que solo un visionario o un loco pueden sostener en su punto de máxima tensión. En ningún momento le pasó por la cabeza rendirse, hubiera permanecido

sepultado en ese agujero siniestro hasta que lo sacaran con los pies por delante. Sin embargo la quinta noche, cuando su mano perfiló un resalte de roca casi al término del pasadizo, de pronto, este comenzó a desmoronarse bajo la presión de sus dedos.

Allá, setenta metros bajo tierra, en la diagonal de la Gruta Azul, encontró al fin la segunda cámara: una cámara mortuoria decorada con pinturas policromadas que representaban la creación del mundo tal como la había concebido el faraón apóstata tres mil años atrás. Atón, el espíritu primigenio, emergía de los mares celestes para hacer nacer al sol. Una soberbia imagen de un dios con cabeza de ibis, Thot, el maestro del conocimiento, contaba la historia en jeroglíficos que parecían recién trazados sobre la roca: «Construí esta tumba para guardar el descanso de los grandes espíritus que aquí están, para que se pronuncie el nombre de mi padre y el de mi hermana. Un hombre es revivido cuando su nombre es pronunciado...».

Sí, «Un hombre es revivido cuando su nombre es pronunciado». Conway desgranó la fórmula ritual girando el halo de su linterna sobre las cuatro paredes, buscando algo más. Sin duda, aquello era una tumba, un *speo* clásico construido según las pautas de la XVIII dinastía, pero no había ningún sarcófago dentro. El símbolo Tiet, semejante a la cruz de Ankh^[15], pero con un rectángulo en su centro, enfrentaba un sólido pilar Djed, la columna que sostiene el mundo. Y eso era todo. Pero bastaba con eso para multiplicar su excitación hasta el infinito. La conjunción del símbolo Tiet y del pilar Djed no tenía nada de accidental. Para los egipcios esos dos emblemas podían generar un poderoso campo de fuerza. Más aún cuando aparecían pintados de ese rojo bermellón que significaba la sangre del sol. Aún no sabía dónde, pero tenía la certeza de que, al otro lado de esas cuatro paredes, muy cerca, tenía que localizarse la tercera y definitiva cámara, la verdadera cámara sepulcral que albergaría la tumba de un rey. Akenatón o Nefertiti, quizá ambos juntos, o quién sabe qué más.

Durante su segunda incursión en Egipto, cinco años atrás, había trabajado con el alemán Ludwig Borchard, el descubridor del célebre busto de Nefertiti que asombraría al mundo. Excavaron directamente bajo el palacio de Akenatón, en Amarna. Borchard localizó dos hipogeos reales pero tampoco había ni un solo sarcófago en su interior. ¿Qué pudo suceder con los reyes que fueron sepultados en ellos? Las preguntas sin respuesta le extenuaban tanto o más que el trabajo de zapa. Se recostó sobre el pilar Djed, encendió un cigarrillo, cerró los ojos. No necesitó más para remontarse hasta el Egipto de los grandes faraones.

Bajo la luz oblicua de Atón las primeras avanzadas fangosas de la crecida cercaban la avenida de esfinges que conducía a un gran palacio. La multitud se aglomeraba expectante, a duras penas contenida por dos hileras de soldados que transpiraban agobiados bajo sus armaduras formadas por placas de cuero. Dentro del templo, los sacerdotes y los escribas que se movían entre el bosque de columnas,

parecían hormigas a la sombra de sus enormes fustes pétreos. Al fin se abrió el portón de doble hoja reforzado con clavos de bronce, los soldados liberaron el paso hasta el río sagrado. Una procesión de príncipes comenzó a descender por la rampa de la Casa de la Vida. Un canto ceremonial surgido del templo pautaba su paso ceremonial. Sobre la piel del Nilo se deslizaba una embarcación de quilla plana recargada de colgaduras y ornamentos, con un gran catafalco en su proa. Las velas habían sido arriadas y los esclavos hundían enérgicamente sus remos en las aguas. Se trataba de la barca solar que conducía el cadáver de su reina hacia los Campos de Ialú, el lugar donde aguardaría la resurrección en compañía de aquellos a los que había amado. Por primera vez, Kenneth Conway reconoció su propio rostro entre ellos. Sí, estaba allí, esperando su llegada al pie de un trono vacío, el trono de su reina. Revestido con los atributos de su dignidad, cubría su afeitado cráneo con el *nemes*, la tela blanca y roja reservada a los faraones. La muchedumbre había vuelto sus ojos hacia aquel hombre al que veneraban como el enviado de su dios. El gran chambelán se arrodilló a sus pies y fue imitado por todos los presentes. Los cortesanos retomaron la vieja letanía de aquel mundo extinguido que, sin embargo, seguía viviendo en su imaginación. El sumo sacerdote comenzó a desgranar las fórmulas sagradas: «Oh, tú, Vida, Salud y Fuerza, guardián de los secretos del universo...». Le siguió el gran chambelán: «Nuestra vida te pertenece. Ante ti no somos más que polvo del Nilo...». De nuevo llegaba el turno del sumo sacerdote. Debía invocar el poder de Atón para que su reina traspasara el umbral y se convirtiera en la igual a los dioses. Pero, entonces, fue otra voz la que se impuso. Una voz que parecía surgir del otro lado del cielo, de la profundidad del Nilo, del viento y del desierto. Y era ella, la misma Nefertiti quien le hablaba: «¡Amado mío, al fin has venido! No esperes más. ¡Levanta mi cuerpo de entre los muertos!».

Conway sintió una punzada en el corazón, abrió los ojos, le aterraba sucumbir a un nuevo delirio. Pero no, esta vez no había nadie allí. Solo aquellas pinturas que parecían palpar animadas por el halo de su linterna y nada más. Sin embargo, como si surgiera del otro lado de las paredes de roca, aquella voz grave volvió a resonar en la lúgubre estancia: «¡Akenatón, mi rey, mi señor, sácame de aquí y llévame allá donde nace el sol, a la tierra donde fuimos felices!».

Se cubrió los oídos con las manos, el pánico acabó por romperle los nervios. Se ahogaba. Sintió la imperiosa necesidad de respirar, regresar al mundo de los vivos. Fue lo que hizo. Salió precipitadamente de la cámara, como un muerto que escapara de una tumba. La subida a través de la galería subterránea se le hizo interminable. Pero, al fin, sintió la luz del amanecer que llegaba hasta él, cada vez más intensa, reverberante, proyectada por las aguas de la Gruta Azul. Nada más llegar a la boca de la cueva, se zambulló en el mar buscando en esa profundidad líquida algo parecido a una respuesta.



11

AL llegar a su habitación en el San Felice no pudo conciliar el sueño. Permaneció tendido sobre su cama en un estado febril, sudando copiosamente, muerto de miedo. Temía que, en cualquier momento, en esa estancia, se corporeizase ante él la fascinante y terrorífica Nefertiti suplicándole que la alzara de su tumba. No temía menos que Fersen o Leticia acabasen descubriendo su doble juego. Pero, sobre todo, lo temía todo de sí mismo. ¿Para qué he venido aquí? —se preguntaba, sofocado por la angustia—. ¿Para profanar el último secreto de una diosa que me llama con la voz de un demonio? Sí, aquello era un infierno, un infierno de locura. ¿Qué podía hacer? ¿Continuar con su excavación hasta encontrarla, o quizá lo más prudente sería abandonarlo todo ese mismo día, cuando todavía estaba a tiempo, no regresar jamás a la Gruta Azul y huir de Capri para salvar su vida?

No, serenidad —se dijo—, ya más calmado. Sus alucinaciones se debían al opio, eso era todo, nada más que eso. Durante las fiestas en el fumatorio de Villa Lysis resultaba imposible no respirar esa neblina resinosa. Una noche Fersen le tendió una de sus pipas. No pudo negarse, y le gustó. Bocanada tras bocanada, sus miembros fueron rindiéndose a una deliciosa laxitud. Aquella fue la primera vez que el Antiguo Egipto apareció ante él nimbado por un aura deslumbrante. Sumergido en la bruma narcótica, como una proyección evanescente sobre los arabescos de La Grotelle, pudo ver sus templos y sus palacios tal como esplendían en su edad de oro. Escribas, príncipes y sacerdotes, los adustos dignatarios de la corte de Akenatón se deslizaban impasibles entre los invitados del barón sin que ninguno de ellos pudiera verlos. Nadie salvo él, el elegido por la diosa. Fersen recitaba los poemas del libro que estaba escribiendo, *Hei Hsiang. Le parfum noir*, la droga sagrada que presidía todas las iniciaciones del mundo antiguo, la que abre las puertas de la percepción. En los últimos tiempos había abusado de esa sustancia, bastaría con que redujese sus dosis para que todo volviera a su ser y pudiese continuar con su trabajo.

Las campanas de Santo Stefano acababan de doblar las once de la mañana. Se dio una ducha fría, bajó al restaurante del hotel. Llegaría tarde a su cita con *mastro* Vincenzo, pero necesitaba tomar algo antes de subir a las excavaciones. A un par de mesas de distancia, dos comensales con aspecto de expatriados conversaban entre susurros que fueron subiendo de tono. No pudo evitar escucharles.

—... Miles de hombres, ingleses, franceses, holandeses, todos metidos en agujeros, ¿y para qué? Solo en la batalla del Marne cayeron ochocientos mil, ochocientos mil velas apagadas de golpe en un soplo gigantesco, el soplo de la muerte —decía el que parecía llevar la conversación. Un tipo de mediana edad, con una larga cicatriz que le bajaba de la sien a la mandíbula—. Si existe el infierno, allí estaba. Ni llamas ni horcas. Solo un lugar donde no es posible la razón, como en Neuve Chapelle, aquel día... Que me llamen desertor. Cuando callaron las ametralladoras lanzaron sobre nosotros una nube de gas nervioso. Conocía sus efectos. El día anterior vi a cientos de hombres cegados por el gas, avanzando con la mano sobre el hombro del que le precedía en una espantosa hilera de condenados, un ejército de ciegos de camino al infierno.

—Pero, ¿tú crees que eso puede repetirse? —le interpeló el otro, un joven que parecía inglés, con expresión preocupada—. La Gran Guerra ha terminado.

—Este tiempo de paz no es más que una tregua. Las mismas fábricas que abastecían de fosgeno a los estados mayores de Prusia y Francia están funcionando a pleno rendimiento. Tú eso no lo conoces, claro, tuviste la suerte de vivir la guerra desde la retaguardia.

—No sé si fue una suerte, Henry. Estuve en Bélgica en el 1917, con Kitchener. Utilizaban el matadero como prisión, porque la prisión se había convertido en un matadero.

—A mí me tocó el frente, Duncan, con el regimiento de los Cameronians. La nube verde se nos vino encima nada más salir de las trincheras, en veinte minutos cayeron todos los oficiales y tres cuartas partes de los soldados. Todavía los veo en mis pesadillas, atrapados como insectos en las alambradas. Veo los charcos de sangre entre el barro, los cráteres abiertos por las bombas, los huesos que asomaban por entre la carne, el hedor de los intestinos reventados, pero lo peor era el gas...

—Te creo. A los que llegaban a nuestro hospital no los podíamos ni tocar. Los cubríamos con tiendas para ocultarlos de los demás. Las quemaduras internas debían ser atroces porque gritaban como demonios. Los rostros abrasados, los tejidos blandos convertidos en una pulpa terrosa, hasta los genitales. Entre los espasmos del ahogamiento vomitaban un líquido amarillo que les salía de los pulmones. Los que morían en un par de días podían considerarse afortunados.

—Y después de tanta locura, ¿dónde estamos ahora? Eh, ¿dónde estamos ahora? —su interlocutor repitió la pregunta acompañándola con un golpe seco sobre la mesa—. ¡Hemos regresado al maldito punto de partida! Hubiera sido mil veces mejor que Inglaterra acabara siendo una colonia prusiana...

—No digas eso, Henry.

—Te lo digo y te lo repito, Duncan: los malditos traficantes de fosgeno ya se están frotando las manos porque se avecina un gran negocio. Y el peor de todos esos

canallas se oculta aquí, en Capri.

Conway, que hasta ese instante seguía la conversación a su pesar, estuvo tentado de abordarles. Al fin y al cabo, se trataba de dos compatriotas. Pero Leticia apareció justo entonces, como una superviviente de otra guerra. Una guerra personal que apenas había librado su primera batalla. Por su manera de besarle ya le dijo que venía en armas. Todas las noches le abandonaba en lo mejor de la fiesta, se estaba cansando, quería saber por qué lo hacía. El escocés tuvo que hacer un esfuerzo para ponerse en situación. Después de lo que acababa de escuchar, las protestas de Leticia, su incorregible frivolidad, casi le hicieron sonreír.

—... Sé que no duermes aquí —insistió la italiana con un tono que negaba cualquier justificación—. Si me estás engañando con otra tienes que decírmelo. Me lo debes. Recuerda nuestro pacto: nada de mentiras.

—Cálmate un poco, por favor. Puedo explicártelo todo, si me dejas.

—Está bien, te escucho.

Don Giuseppe, el *maître*, le cruzó una mirada y bajó los ojos cuando la dama respondió que no quería nada. El escocés aguardó a que se retirara.

—Nunca te he mentado, Leticia. No hay otra mujer: es el opio...

—¿El opio?

—Me altera demasiado, no me deja dormir. Veo cosas...

—¿Y qué haces? ¿Te pones a levitar y pierdes la noción del tiempo?

Conway diluyó su sarcasmo en un sorbo de café.

—Subo a las ruinas... —continuó—. A las ruinas de Villa Jovis. Y me quedo mirando el mar hasta que se me pasa el efecto. Pero no me gusta: no quiero convertirme en un adicto.

—Bah, no te preocupes —exclamó ella, al fin apaciguada, creyendo que eso era todo—. Es muy fácil dejarlo.

—No lo dirás por Fersen y sus amigos... ¿Conoces la historia de Günter Dreyer, el descubridor de la tumba del rey Escorpión?

Leticia negó con la cabeza mientras encendía un cigarrillo.

—Uno de sus guías en Egipto le inició en lo que allá se conoce como «el veneno tebano». Decía que las visiones del opio le mostrarían el camino, pero se convirtió en un adicto. Dreyer lo dejó y sufrió. Volvió a fumar y volvió a sufrir. Hoy es un hombre destrozado.

—Entonces sigue el consejo del doctor Freud^[16] y haz como yo —resolvió Leticia, sin ninguna ironía en su voz—. Pásate a la cocaína. La dispensan en todas las farmacias de Nápoles.

Esa inflexión era justo lo que esperaba Conway para acabar de ganársela.

—Me basta contigo, tú me curas de todo.

Leticia ya era otra. Sus ojos destellaban un malicioso deleite cuando deslizó sus

labios hasta su oído para susurrarle.

—Así me gusta.

Esas tres palabras mágicas accionaron la llave del motor del Hispano-Suiza. Enseguida, los dos amantes abordaron las serpenteantes rampas de la vía Krupp con destino al castillo de Barbarroja. A Leticia le gustaba conducir deprisa, y lo hacía sin inmutarse ante los acantilados de vértigo que se abrían sobre cada una de esas curvas imposibles cortadas a pico sobre el mar. El clima de Capri, que pasa sin transición de unos días muy cálidos a otros muy lluviosos, anunciaba un atardecer sofocante, parecía que no se iba a acabar nunca aquel húmedo día de septiembre. Y, de hecho, no acabaría nunca, aunque todavía no es el momento de contar por qué. El Hispano-Suiza atravesó como una exhalación el nido de águilas de Santa María Cetrella. Ante ellos se abría uno de los más bellos paisajes del mundo, las gaviotas se deslizaban de un azul a otro, reinas de la inmensidad, cruzando chillidos sobre sus cabezas. Era el escenario perfecto para sondearla sobre aquel otro tema que había comenzado a inquietarle.

—... Mientras estaba desayunando he sido testigo de una conversación muy sorprendente, Leticia.

—Vaya, o sea que el ilustre arqueólogo también es un ilustre chismoso. Dime, ¿hablaban de mí? —Una sonrisa entreabrió los labios de la italiana—. ¿Barbaridades quizá?

—No, no hablaban de ti... Hablaban de la guerra.

—¿La guerra, ahora? Vamos, eso sucedió en una vida anterior.

—No te creas... ¿Sabes qué es el fosgeno?

La pregunta le sorprendió, Leticia le lanzó una mirada rápida y directa, la mirada de su verdadera personalidad, antes de volver a fijar sus ojos en la carretera.

—Un gas nervioso, ¿no?

—La muerte más horrible que ha inventado el hombre. El infierno químico.

—Muy bien, me doy por enterada, ¿pero qué tiene que ver eso con nosotros? ¿Acaso estás pensando gasearme?

—Por lo visto el gran negocio del fosgeno está aquí, en Capri.

—¡Anda ya... eso es imposible! —replicó ella, para agregar en el más elaborado tono ingenuo—. ¿Qué sentido podría tener traficar con fosgeno? ¿Para qué...?

—Para la guerra que se prepara... Lo decían esos tipos que estaban desayunando junto a mí, en el San Felice.

—Bah, seguro que se trataba de dos de esos bolcheviques apocalípticos de la Scuola Rivoluzionaria^[17]. Después de lo que han hecho en Rusia se pasan el día soñando con el fin de los tiempos. —Hasta entonces, solo ella dentro del círculo de Fersen había mantenido que esa amenaza era bien real. Su cambio de opinión no pudo ser más desconcertante—. Además, ¿qué nos importa a nosotros?

—A mí sí me importa.

El tono de Leticia se volvió más cauteloso.

—Te preocupas por cosas que no te incumben, Kenneth. Yo digo siempre que no hay que levantar demasiadas piedras. Nunca sabes lo que encontrarás debajo.

—Mi trabajo consiste precisamente en levantar piedras.

—Entonces levanta las que te tienen sepultado, «señor misterioso». Y cambiemos de tema. Nunca me hablas de ti. ¿Por qué? ¿Te sigo dando miedo?

—Por supuesto que no, Leticia.

—Cuéntame, ¿has vivido siempre solo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quiero saberlo.

—No —repuso el escocés—. No siempre. Pero durante los últimos diez años sí.

—¿Y antes de eso?

A Conway le costó decirlo, pero al fin pronunció las palabras.

—Antes de eso estuve casado... Cinco años. Y fui muy feliz.

Leticia se volvió hacia él con los ojos muy abiertos.

—¡Vaya! Y yo que pensaba que tú nunca habías tenido relaciones con una mujer... salvo con tu adorada Nefertiti.

Lo dijo con una sonrisa, pero ahora era él quien se encontraba incómodo ante sus preguntas. Necesitaba un trago, recurrió a un cigarrillo.

Estuviste casado, eras feliz —continuó ella—. ¿Eso es todo?

Conway no podía contárselo. Habían vuelto los viejos demonios, su incapacidad para olvidar y para adaptarse, para ser fuerte de verdad y vivir una vida plena fuera de ese abismo frío donde yacía su corazón.

—Vale, no me cuentes más si no quieres. Desde que te vi sabía que eras alguien especial, solitario de un modo especial, sí, una de esas personas que siempre están buscando algo. No me importa qué. ¿Es que no te das cuenta de lo bien que me siento contigo? —Leticia tomó aire y lanzó un suspiro antes de decírselo—. Cuando estoy contigo me convierto en otra persona, Kenneth, en una mujer distinta, la mujer que nunca he sido cuando he estado con otros. Me convierto en una persona distinta porque no he conocido en toda mi vida a nadie como tú.

—¿Me estás haciendo una declaración de amor? —le cortó Conway—. Te recuerdo que dentro de cinco semanas te vas a casar con Fersen. Y harás muy bien. A mí no me conoces, no sabes quién soy.

—Te conozco perfectamente, Kenneth, mejor que tú a ti mismo. ¿Quieres saber qué tipo de persona eres? Escucha: en primer lugar no te da miedo nada ni nadie, yo incluida. En segundo lugar no amas a nadie, yo incluida, porque no quieres volver a enamorarte. Y, en tercer lugar...

—No sigas, te estás equivocando. Yo no soy lo que crees. Si me vieras por dentro

descubrirías un personaje bastante intratable, y algo peor. Sí, te lo voy a decir — continuó con un tono en el que vibraba la ansiedad—. Verías a un hombre acabado. No me gusta esta vida ni la gente, no sé por qué me dedico a lo que me dedico, no sé por qué estoy contigo, ni hasta cuándo estaré...

—Dime solo una cosa, Kenneth: ¿Me dejas que te quiera?

—Siempre que no te enamores. Recuerda, ese era el pacto. Lo propusiste tú misma. Esto solo es un juego.

Leticia había detenido su automóvil a un lado de la carretera. Sin una pregunta más, cogió su mano y la besó mirándole al fondo de los ojos.

—Calla, no contestes. Si tú lo quieres, ¡así será! —exclamó girando una mirada sobre la panorámica del golfo de Sorrento, un mar de calma a las puertas del paraíso—. Es como si todo el mundo me perteneciese, todo menos tú. Pero está bien, lo acepto.

El Hispano-Suiza arrancó de nuevo, ya faltaba poco para llegar al *castello di Barbarossa*. Leticia solo volvió a sonreír cuando Conway puso su mano sobre su vestido dando por zanjado aquel cruce de confesiones.

—¿Te has preguntado alguna vez qué rostro tendrías tú misma hace mil años?

—¿A qué viene eso ahora?

—A veces pienso que en cada época le gente tiene una cara. Los rostros cambian. Es posible que mil años atrás la gente se pareciera más a nosotros que hace cien.

—Tú, desde luego, no tienes una cara muy corriente. Cuando te vi por primera vez me recordaste la estatua de Akenatón que tiene Jacques en Villa Lysis —comentó Leticia, y de nuevo su rostro se dulcificó—. Eres su vivo retrato.

—¿Lo dices por mi cara de caballo? —repuso Conway sin inmutarse—. Tengo un amigo en Edimburgo. Esa cara sí que te impresionaría. Si pudieras verle... Es imposible ver esa cara y no echarse a reír. ¿Sabes por qué? Porque este sí que tiene una cara de caballo que asusta, pero él no tiene ni idea.

Y en efecto, Leticia segregó una media sonrisa, tal como él esperaba.

—Bueno —continuó—, la verdad es que tiene hasta una teoría: solo le gusta la gente que le recuerda a los caballos. Son más nobles.

—¿Pero es que él mismo no se ve?

—No.

—¿Dónde están esas personas?

—Él las busca, y claro, así me encontró a mí. En cierta ocasión acarició la idea de formar una sociedad secreta de caras de caballo.

Entonces la sonrisa de Leticia estalló en una carcajada, ya no dejó de reír hasta que avistaron las murallas del *castello*. Un hombre venía corriendo hacia ellos. Se trataba de Gaetano. Leticia detuvo su coche, el pescador se veía demudado. Cuando llegó a su altura, todavía jadeante, puso sus manos sobre el capó, gritando.

—¡Han matado a Gesualdo, *signore!* ¡Lo han matado! —Conway solo vio sus ojos extraviados. Leticia advirtió que sus manos estaban empapadas de sangre—. ¡Un crimen espantoso, *la maldición de los faraones!*



12

PROFUSAMENTE difundida por la literatura y el cine de los años posteriores al descubrimiento de la tumba de Tutankamón, la Maldición de los Faraones constituye un lugar común en nuestro imaginario. Todos recordamos el célebre relato de Arthur Conan Doyle, el padre de Sherlock Holmes —también uno de los más famosos médiums de su época—, donde narra la cadena de muertes misteriosas que siguieron a este hallazgo. Apenas cinco meses después de abrir la tumba, *lord Carnavon*, el patrocinador de la expedición, enfermó gravemente a causa de un corte que se había producido mientras se afeitaba, al sajarse una picadura de mosquito, y murió poco después en El Cairo. Su hermano *Audrey*, que estuvo presente en la apertura de la cámara real, falleció de forma repentina nada más regresar a Londres. Le siguieron *Arthur Mace*, el hombre que dio el último golpe al muro, *sir Pound Reid* —quien radiografió la momia—, *Richard Bethel*, el secretario personal de *Howard Carter*, de un ataque al corazón que llevó a su padre al suicidio al enterarse de la noticia, y hasta el propio director del Servicio de Antigüedades, *Arthur Weigall*, quien previno a *Carter* y a *Carnavon*, pidiéndoles que se abstuvieran de abrir su sarcófago. Según la leyenda, pocos días antes *Carter* había encontrado una tablilla con una inscripción que decía: «La muerte golpeará con su biello a aquel que turbe el reposo del faraón». Verdaderamente, aunque el propio *Howard Carter* desautorizó estas interpretaciones fantasiosas —y aunque él mismo falleció dieciséis años después y de muerte natural—, resulta innegable que trece de las veinte personas que asistieron a la apertura oficial de aquella cámara fallecieron poco tiempo después y en extrañas circunstancias. No obstante, en el año en que transcurre este relato —1920—, aún restaban tres más para que *Carter* descubriera la tumba de Tutankamón. ¿Entonces? ¿En qué fundamento se basaba la aterrada afirmación de *Gaetano*? En un incidente no menos portentoso sucedido ocho años antes, en aguas del Atlántico Norte.

La noche del 14 de abril de 1912, el transatlántico más fastuoso que ha conocido nuestro mundo, el *Titanic*, chocaba contra un gigantesco iceberg y se hundía sin remedio en apenas un par de horas. Llevaba a bordo dos mil quinientos pasajeros y uno más, muy especial: el cuerpo embalsamado de una pitonisa egipcia que ejerció su oficio, precisamente, en la corte de *Akenatón*.

La momia, propiedad de uno de los pasajeros más ilustres y de nombre no menos

novelesco —*lord* Canterville, quien también pereció en el naufragio—, no viajaba en la bodega sino detrás del puente de mando, junto al timón. ¿Por qué la emplazaron ahí? No hay respuesta. Solo sabemos que la misteriosa pitonisa llevaba sobre su cabeza un amuleto con la imagen de Osiris, en cuyo reverso se leía esta inscripción: «El rayo de tus ojos aniquilará a todos aquellos que quieran adueñarse de ti». Según testigos presenciales, el primer «cegado» fue el capitán del *Titanic*, Edgard John Smith. La noche de autos, y sin razón conocida, declinó su obligación de apostar vigías con el fin de divisar los icebergs que bajaban desde el mar de Terranova. A las 23.30 el piloto avistó una montaña de hielo apenas a quinientos metros. Ya era tarde para reaccionar. Pero el capitán Smith tardó una eternidad en implementar su plan de salvamento. Su inexplicable demora llevó a la muerte a mil quinientas personas.

Otra leyenda del mar asegura que un superviviente consiguió salvar la momia. Al llegar a Estados Unidos, horrorizado por lo que contaban los periódicos, decidió devolverla a su país de origen. La facturó en el *Empress of Ireland*, el transatlántico gemelo del *Titanic*. Inexplicablemente, también este navío se fue a pique, pero la momia consiguió salvarse por segunda vez y fue restituida a su propietario quien, con más razones, perseveró en su intención de deshacerse de ella. Ya en 1915, la embarcó en el buque insignia de la Cunard Line, el *Lusitania*. Pues bien, cuando ya tenía a la vista las costas irlandesas, fue torpedeado por un submarino alemán, causando la muerte a mil doscientos pasajeros, muchos de ellos norteamericanos, lo que decidió la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial.

Por supuesto, Gaetano Cornacchia desconocía esta cadena de hechos históricos. Jamás había oído el nombre del faraón apóstata, menos aún el de su inquietante pitonisa, ni sabía a ciencia cierta qué buscaban Fersen y Conway. Al igual que sus compañeros de corvea, solo gobernaba una evidencia. Cuando llegaba el carromato del barón a lo alto de la colina tenía órdenes de tratar con un cuidado especial todas las ruinas *egizacas* que apareciesen. No tardó en correr entre ellos el rumor de que allá abajo les esperaba un tesoro más grande que el de *Timberio*, y este solo podía ser el de los *faraoni* que mataban a la gente solo con respirar el aire de sus tumbas. Así lo contaba el folletín más leído en la Italia de aquel tiempo, *Il Messaggero di Fantástico*, al que estaba suscrito su tío, el *signore* Cornacchia. Cada noche de viernes, en la trastienda de su funeraria en la vía del Babbuino, entre féretros y hachones de velorio, don Giuseppe leía las puntuales entregas del folletín a su extensa parentela de analfabetos. Los efectos fueron devastadores. *La maledizione di faraoni* se extendió como una plaga entre los aldeanos que trabajaban en las excavaciones. La víspera había aparecido una pequeña estatua de Anubis, el dios con cabeza de chacal, bajo las cisternas de *il castello*. Se generó un clima de expectación larvada del que podía esperarse cualquier cosa.

El cadáver de Gesualdo, sin embargo, no pertenecía a ninguna ficción literaria.

Estaba allá, tendido sobre los mosaicos de Villa Helios, su puesto de vigilancia solitaria, donde lo habían encontrado cuando bajaron a recogerlo para subir todos juntos a comer, al poco de que doblaran las campanas del Ángelus. Conway nunca había visto nada tan espeluznante. Leticia, que caminaba tras él, se cubrió los ojos con las manos. Gaetano acababa de levantar el saco de arpillera con que lo habían cubierto. Apareció un cuerpo salvajemente mutilado, un coágulo de horror al que le habían arrancado el rostro y los genitales. Conway sintió que todo le daba vueltas, no pudo contener el vómito que le subió a la boca. ¿Quién podía haber cometido una atrocidad semejante? ¿Quién y por qué?

A medida que fue bajando de las ruinas de Villa Helios a las plazas, la noticia estremeció a todo Capri. No hizo falta que se lo dijeran. Conway sabía que los trabajadores no regresarían a las excavaciones ni por todo el oro del mundo. Los carabinieri abrieron una investigación. Fersen tampoco se sorprendió al saber que figuraba como uno de los posibles implicados. En la isla era del dominio público que en sus fiestas del opio hacía invocaciones ante su esfinge para que le mostrara la «senda de eternidad» que le conduciría hasta la tumba de Akenatón. Estos rituales nunca hubieran rebasado el umbral de lo anecdótico de no mediar un precedente nada tranquilizador. Alessandro de Caltagirone, el descubridor de los papiros, había muerto en extrañas circunstancias a los pocos días de participar en una de sus bacanales.

—... Pero la muerte de Caltagirone se debió a causas naturales, ¿no es así, Fersen? —le interpeló Conway—. El mismo día en que llegué aquí vi pasar su funeral, y era usted quien lo presidía. Todo Capri le acompañaba en el duelo. ¿Cómo es posible que ahora...?

La pregunta quedó colgada del aire, apresada dentro del cónclave de notables que se habían dado cita en Villa Lysis. Allá estaban los ilustres poetas Pound y Auden, Ignacio Cerio, el padre de Leticia —uno de los dueños de la isla—, y, por supuesto, su secretario personal, el doctor Messori, que esta vez venía acompañado por un tipo de aspecto francamente fúnebre —terno negro, sombrero hongo del mismo color, y el rostro desangrado de un cadáver. Se trataba de Corrado Annicelli, el notario, cuya presencia otorgaba una respetabilidad añadida a la reunión. El barón desvió una mirada errática alrededor de aquel círculo de rostros empedrados de silencio, pero no, nadie iba a responder por él. Al fin tuvo que decirlo.

—... Caltagirone no murió de muerte natural. Fue asesinado, degollado, igual que Gesualdo. Le arrancaron el rostro y los genitales, y abandonaron su cadáver dentro de un esquite, al pie de mi embarcadero particular.

—Eso cambia mucho las cosas —articuló Conway—. ¿Por qué no me lo dijo?

—Le pido disculpas, pero compréndame... Temí que desertara al saberlo.

—¿Lo hará ahora? —apostilló Messori, en su tono habitual, mientras se atusaba las guías de su bigote—. No me diga que ha comenzado a pensar que...

Pound no le dejó continuar.

—No juegue con eso doctor. La noche de autos tres de los que estamos aquí acompañamos a Jacques. ¡Nuestro amigo es absolutamente inocente!

—De eso no me cabe duda —exclamó entonces el notario—, pero, en fin, discúlpenme si les incomoda lo que voy a decir... Háganse cargo, estoy obligado...

El potentado Cerio agitó las manos, se estaba impacientando.

—¡Por la santa *Madonna*, dígalo de una vez!

—Todo el mundo sabe que entre sus amigos, señor barón, hay unas cuantas personas de mala fama... y otras de muy baja extracción.

No hacía falta que precisara los nombres. Homosexual, pederasta, opiómano y pornógrafo. Esos cuatro epítetos definían entre la buena sociedad de Capri al barón Fersen quien, por otra parte, había elegido como emblema de Villa Lysis aquella frase «Consagrada al amor y al dolor», que ahora crecía ante ellos como una sentencia acusatoria. Ese era el umbral que cruzaban los jóvenes reclutados por *il Dottore* en los barrios bajos de Nápoles para representar sus célebres *tableaux vivants*, también para culminarlos prestándose a las solicitudes homoeróticas de sus amigos. Les pagaba bien, pero más de uno de aquellos *grassatori* tirando a patibularios parecía muy capaz de abrir en canal a cualquiera de sus invitados solo para arrebatarse lo que llevara en la cartera.

—Sin embargo, aquí hay algo que no encaja —intervino Auden, el poeta, que no se despegaba de su pipa—. Si el móvil hubiera sido el robo, ¿qué asesino se hubiera detenido cortándole los genitales a su víctima, o desollándole el rostro?

Il Dottore carraspeó antes de hablar.

—Lo siento, *ezzelenza*, pero aquí se hace. Los sicarios de la Camorra napolitana se vengan así de quien no paga, o de quien habló demasiado.

—Ah, vaya —intervino de nuevo Conway—. O sea que Caltagirone sabía demasiado. Me pregunto acerca de qué asunto. Porque dudo mucho que lo mataran por dedicarse a descifrar papiros que nadie conocía salvo él.

—*Vendetta*, amigo, mío, *vendetta*. Esa es la palabra. —Una mirada vacía invadió los ojos del doctor, antes de añadir—. Caltagirone y Gesualdo han sido los chivos expiatorios de una venganza contra nuestro círculo.

—Los invertidos, *escusi, signori* —adujo el notario, pinzando las alas de su sombrero—, los invertidos tampoco les gustan a los isleños. El padrino de mi esposa... El padrino legal, quiero decir —puntualizó, para que no lo confundieran con los de la Cosa Nostra—, en fin, trabajó toda su vida en el hotel Quisisana. Fue testigo de cómo expulsaban al ilustrísimo Oscar Wilde por hacer exhibición de su sodomía. Lo echaron por la puerta principal, y a patadas. Un escándalo.

—¡Corrado, por favor! —Se enfadó Cerio—. Eso sucedió hace más de veinte años. Nuestro Capri ya no es así. Y además, una cosa es que expulsaran a Wilde de

un hotel y otra bien distinta estas dos atrocidades.

—... También puede tratarse de crímenes rituales —adujo entonces Conway.

—¿Crímenes rituales? —repitieron al unísono Pound y Auden—. ¿De qué especie?

—¿Conocen a Aleister Crowley^[18]?

La pregunta desconcertó a todos, pero sobremanera a Auden y Pound, que se cruzaron una mirada relampagueante.

—Yo estudié con él, en Cambridge... —repuso el primero—, antes de que se volviera loco de remate. Ya entonces consumía once gramos diarios de heroína.

—Para mí que acabó de enloquecer cuando le dio por escalar el techo del mundo^[19] —siguió Auden—. Tantos días sin oxígeno allá arriba acabaron dañando lo poco que quedaba sano de su cerebro... Tengo entendido que ahora se las da de satanista y que se ha retirado a Sicilia, ¿no es así?

—Exactamente a Cefalú —remarcó Pound—, allá tiene montado un antro espiritista, la abadía de Thelema, donde él y los suyos celebran misas negras. Según se cuenta, las consagran con sangre humana. Yo no me lo creo.

—Puede creérselo o no —continuó Conway—, pero hace un par de años un colega que trabajó conmigo en Egipto fue requerido por Crowley para que le adiestrara en los rituales de momificación. Por lo visto, se considera una reencarnación de Osiris, a quien su hermano, Seth, mató y despedazó, arrancándole el rostro y los genitales.

—¿Qué pretende decirnos? —objetó Cerio—. ¿Qué detrás de este crimen puede haber una sociedad secreta de degenerados? Por favor, señor Conway, estamos en Capri, no en el Londres de Jack el Destripador...

—Pero ha sido aquí, y no en Londres, donde se han cometido estos crímenes aberrantes.

Auden exclamó con su voz más enfática.

—¡La maldición de los faraones!

Se hizo un silencio bastante incómodo.

—No sé qué hay detrás de esto: la maldición de los faraones o la secta satánica, o quién sabe qué... —concluyó *il Dottore*—. Pero lo cierto es que somos nosotros quienes estamos en el ojo del huracán. Esta villa es el único lugar donde se celebran invocaciones, simbólicas, por supuesto.

—¿Está seguro de lo que dice? —volvió a preguntar Conway.

Fersen reaccionó demudado.

—¿Acaso duda de mí?

El escocés precisó su pregunta.

—Quería decir si están ustedes seguros de que son los únicos que practican esa clase de rituales aquí, en la isla.

—Ah, bueno, era eso...

El barón respiró aliviado, pero no dijo más. Sabía que Messori respondería por él.

—De lo que no sé no puedo hablar, señor Conway. —¿A qué venía ese tono tan diplomático?—. Pero, desde luego, en lo que se refiere a los rituales del barón, usted los ha visto. No pasan de ser una escenificación fantasiosa y absolutamente inofensiva. Aquí puede correr el opio, *monsieur*, pero jamás la sangre.



13

AL pobre Gesualdo no le correspondió un funeral solemne en la catedral de Santo Stefano. Lo velaron en la capilla que se alzaba mirando al mar sobre las ruinas de Villa Jovis, la de Santa María del Soccorso, un lugar señalado por otras maldiciones. Tres años atrás, durante una de las espectaculares tempestades que suelen azotar el golfo de Nápoles, un «relámpago tiberiano» cayó de lleno sobre la imagen de la Virgen fulminándola al instante. La curia organizó una peregrinación de desagravio al cabo de la cual erigieron una nueva efigie de la *Madonna*, esta provista de un pararrayos. Fue justo ahí, junto a la toma de tierra del pararrayos, donde situaron los restos de Gesualdo Cocuzzo, dentro de un ataúd de tablas alzado sobre caballetes, con un cirio bendecido sobre su cabeza y otro a sus pies.

Nadie había vuelto a trabajar en las excavaciones, ni siquiera Conway. Pero la vida en Capri seguía su curso, y lo hacía de la manera caótica e impetuosa que definía desde tiempos inmemoriales el carácter de la isla. Vencido el tercer día de duelo, cuando regresaban del entierro, la comitiva fúnebre se vio arrollada por un tropel de niños que corrían hacia el puerto. Con ellos bajaba toda la gente de Anacapri, la mayoría por la scala Fenicia, pero también por la costa di Pozzo y la del Telégrafo. Allá en el horizonte sobre el mar se perfilaba ya la silueta del *San Cristoforo*, el vapor correo. Empenachado por el humo de su chimenea y precedido por el estruendo de sus ruedas de palas, el vapor rebasó el abra a un tiro de fusil de la Punta del Capo envuelto por el alboroto de los pescadores que lo saludaban a bocinazos. Desde la cubierta el capitán, los marinos y hasta los fogoneros saludaban al gentío. El muelle se veía atestado, no había quien no detuviera su faena para contemplar las chalanas que regresaban cargadas de fardos. Los viejos que hasta entonces se ocupaban cosiendo redes en los umbrales de las casas sarracenas, esas mujeres de una pieza que cargaban cestas de ropa mojada en equilibrio sobre la cabeza con las manos clavadas en las caderas, los cocheros de las calesas, y hasta los tuberculosos tendidos al sol en la terraza del hotel Quisisana, contemplaban el tumulto de voces y gritos de alegría. ¿A qué obedecía? Sencillamente, el vapor traía los fondos públicos destinados a pagar a los funcionarios de la isla y esto, que solo sucedía tres veces al año, suponía todo un acontecimiento.

Pero, ¿quién demonios era esa mujer que caminaba dejando a la gente clavada

ante su paso? Solo Gran Bretaña podía haber producido un espécimen semejante, de seis pies y tres pulgadas de altura, enjuta y rígida como una baqueta, vestida con los blancos suntuosos de un lienzo de Whistler, la misma sombrilla, un enorme sombrero de muselina del que caía un velo sobre su rostro y, en su mano, la cadena con la que sujetaba su mascota. Un leopardo que rugió de una manera absolutamente teatral cuando pasó ante la mesa del café Vittoria que ocupaban Leticia y Conway.

—¿No me digas que la conoces?

Leticia correspondió al saludo distante que le dedicó la dama, y solo volvió a hablar cuando pasó de largo.

—Todo el mundo la conoce en la isla. Se trata de la marquesa Anna Luisa Casati. Sí, no hace falta que me digas que parece inglesa. Ya ha enviudado tres veces, y todos sus maridos fueron lores británicos de pura cepa.

—¿...Y el leopardo?

—Africano, naturalmente. A nuestra «viuda negra» le encantan los animales exóticos, incluido Jacques. En la última fiesta del opio del verano pasado apareció con una serpiente enroscada en su brazo a modo de estola. Por cierto, ¿vas a venir a la de esta noche?

—¿Otra fiesta del opio, ahora?

—No, no, Jacques no está tan loco. Hoy celebraremos una velada musical en el palacio de mi padre. Solo música clásica, por supuesto. Vendrá el gran escritor Axel Munthe, y Pound nos ha prometido que interpretará al piano el último preludio de Debussy, *Les Collines d'Anacapri*. Seguro que la marquesa viene para eso.

Conway no pudo dejar de asistir al concierto, que resultó tan tedioso como cabía esperar y como todos deseaban. Más allá del privilegio de escuchar a Ezra Pound^[20] interpretando la música de Debussy en la terraza del Palazzo Cerio que se alzaba sobre los farallones —una panorámica que cortaba el aliento—, el objeto inconfesado de aquella velada no era otro que restaurar la respetabilidad perdida en todo lo que afectaba al círculo de homosexuales excéntricos del barón Fersen. Por supuesto, asistieron *il commedatore generale, la sua illustrissima, il signor obispo di Napoli*, y toda la buena sociedad de la isla. El escocés conoció a Axel Munthe, el médico sueco que accedería a la celebridad mundial con su *Historia de san Michelle*. Y también tuvo ocasión de saludar a su amigo, el alemán Victor von Scheffel, que escribía entonces la historia de un gato capaz de maullar como un violín cuando estaba enamorado. Pero ni la marquesa ni su leopardo aparecieron en ningún momento. Sin embargo, estaba escrito que ese encuentro habría de producirse. Kenneth Conway jamás hubiera podido imaginar, ni en el más aventurado de los supuestos, la manera en que sucedió.

Quince días después de la muerte de Gesualdo, los peones de *mastro* Vincenzo seguían negándose a regresar a las excavaciones. *Il Dottore* tuvo que amenazarles con

contratar otra corvea entre los jornaleros de Positano, al otro lado del estrecho. Llegaron a un pacto: volverían después de la fiesta de san Antonio —cuando paraba la prensa de aceitunas—, pero nunca más dejarían a un hombre solo vigilando las ruinas de Villa Helios. Como quiera que aún restaba un largo mes para la efeméride, Conway aprovechó la ocasión para reemprender sus prospecciones en la Gruta Azul a la luz del día. Por supuesto, continuó practicándolas en solitario, y extremando la cautela. Ahora partía con su barca al amanecer, cuando la boca de la cueva se veía desierta. Ocultaba el caique en un recodo rocoso, al fondo de la gruta, y trepaba con su equipo hasta la grieta alta que conducía al *speo* subterráneo.

Permaneció dos días estudiando pulgada a pulgada la sala donde se le había aparecido el espectro de Nefertiti. Tras descubrir las dos primeras, sabía que al otro lado de esos muros tenía que encontrarse la tercera y definitiva, la verdadera cámara secreta donde los sacerdotes ocultaban los sarcófagos de sus reyes. No obstante, por más que tanteaba cada centímetro de roca, esta siempre le devolvía el mismo sonido compacto y sin fisuras. Al otro lado no había nada. Si lo había, la pared que separaba esa tercera cámara acreditaba más de un metro de espesor. Tendría que emplearse a fondo, ¿pero en qué dirección? Los golpes de pico, además, destruirían los frescos que iluminaban el hipogeo. Un silencio impenetrable le confinaba en su soledad y en su angustia, escrutaba aquellas imágenes y sentía una opresión en el pecho, tendría mucho que rogar a las almas de los muertos para ser perdonado.

—... El opio de Fersen —se dijo—, me temo que lo necesito. Las dos ocasiones en que se me apareció la diosa estaba bajo sus efectos, he de reconocerlo tal como es. Puede que fuera un delirio, seguramente lo fue, pero gracias a eso he llegado hasta aquí. Nefertiti, reina mía, vuelve a manifestarte... ¿Por qué no lo haces?

No había acabado de pronunciar la invocación cuando llegó hasta él un rumor de voces distorsionadas por la galería. Esta vez no salían de ninguna tumba, venían del exterior, algo estaba sucediendo en la Gruta Azul. Conway se arrastró sigilosamente por el pasadizo hasta alcanzar la grieta alta que se alzaba en un extremo de la laguna. No había ingerido ni un gramo de opio, pero la escena que se lo ofreció resultaba tan trastornadora como una alucinación.

Una comitiva de hombres y mujeres vestidos a la usanza del imperio avanzaba a bordo de siete barcas iluminadas con antorchas. El fuego resbalaba sobre las corazas de los hombres y teñía de un rojo genuinamente pompeyano las túnicas de las mujeres, entre las que destacaba una que reconoció al instante, pues llevaba su leopardo junto a ella, en la proa del primer esquife. Se trataba de la marquesa Casati. Entonces, ¿aquel delirio era real? Una vez que alcanzaron el morne de la gruta, uno de los «centuriones» ofreció su mano a la dama para ayudarla a desembarcar. ¿Y ese tipo de pelo aplastado y expresión de ave rapaz? ¿De qué lo conocía? Sí, ese era el tal Curzio Malaparte, el «ideólogo» de los fascistas. Entre quienes le seguían identificó a

otros reconocidos camisas negras. Allá estaba Mario Pagano, el charcutero a quien estos habían nombrado *gran podestá* de la isla, con su arnés a punto de reventar bajo su grueso abdomen, y también el procurador Cinotta, cuya vocecilla aflautada le había amargado más de un desayuno en el San Felice. Les seguían el *commendatore generale*, ese que se las daba de demócrata y neutral, un capitán de los carabinieri a quien, por su cara de pez, todos llamaban *Carapezze*, ¡y hasta el notario Corrado Annicelli! ¿Qué significaba semejante mascarada?

Aquellos buenos burgueses, tan provincianos, resultaban grotescos. Lo peor era el bigotillo de algunos, no digamos ya la costra de gomina que aceitaba sus cabellos, bien difícil de imaginar entre los prétores de la Roma imperial. Sucedió lo mismo con las matronas que avanzaban cogidas de su brazo sin poder disimular su ascendencia, nada patricia, ni aún bajo las capas de maquillaje teatral que acentuaban los pliegues de sus papadas. Los más dignos eran los muchachos que vestían el uniforme fascista, crudo, negro y sin fantasías. Estos cargaban media docena de cestas de las que sobresalían unos cuantos cuellos de botellas. El grupo seguía a Pagano, que portaba un estandarte de la legión Scyla, la que se señalaba con el signo de Capricornio. Quienes iban en cabeza, Malaparte, *il commendatore* y *Carapezze*, intentaban remedar una cierta prestancia, pero las muchachas disfrazadas de vestales que cerraban la comitiva no dejaban de parlotear como una bandada de ocas. Llegaron así a una pequeña explanada donde se apreciaban los restos de una construcción romana. Por Fersen, Conway sabía que en otro tiempo se había alzado allá uno de los ninfeos de Tiberio. Pagano hundió en tierra el pabellón imperial, las antorchas dibujaron un semicírculo de fuego. Una vez dispuesto el escenario, Malaparte avanzó hasta el centro y se cuadró con el saludo fascista.

—¡La República está en peligro! —exclamó, con voz firme, al tiempo que desenvainaba su espada frente al estandarte—. ¡Amados antecesores, vosotros fuisteis el orgullo de Roma y del mundo, no consentiremos que vuestra memoria sea profanada!

Un coro de voces secundó su proclama. Malaparte se hizo a un lado. Uno tras otro, sus «centuriones» formularon a viva voz un voto particular con su gladio en alto.

—¡La hidra de la anarquía nos asedia!

—¡Los bolcheviques están a las puertas del Capitolio!

—¡Le degeneración ha hecho presa en nuestras costumbres!

—¡Capri, nuestra isla sagrada, es hoy una guarida de comunistas, masones y sodomitas!

—¡...Y los hijos de Sejano han vuelto!

Hasta ese punto, Conway escuchaba sus aburridas arengas con más incomodidad que interés. La mención a Sejano le sorprendió. Si no recordaba mal, Sejano fue uno

de los favoritos de Tiberio. Prefecto de la Guardia Pretoriana, llegó a ganarse la simpatía del emperador hasta convertirse en el hombre más poderoso del imperio. Su desmesurada ambición acabó perdiéndole. Tras seducir a Livia, la esposa de Druso, el primogénito del emperador, conspiró con ella para que le ayudara a envenenarlo. La muerte de su hijo supuso un duro golpe para Tiberio. Pero Sejano no se detuvo ahí, eso solo fue el comienzo. Cuando Tiberio se retiró a Capri fue eliminando con falsas acusaciones a todos aquellos que podían interponerse en su ascensión al poder. Fue entonces cuando Tiberio le hizo llamar a su retiro. Sejano asentía a todas sus exigencias, el emperador se mostró muy complacido. Tanto, que le envió a Roma con cartas que le restituían toda su confianza. Pero la última de ellas, bien sellada, incluía su propia sentencia de muerte. Hay un poema de Tácito que cuenta la escena en la cual el Senado romano quita el sello de la «larga carta, prolífica en palabras, procedente de Caprae» que se lee en voz alta, en presencia del horrorizado Sejano, que se desmoronó y tuvieron que ayudarlo a salir de la cámara. Esa misma noche fue estrangulado en prisión. Abandonaron su cuerpo en las escaleras del Capitolio, donde permaneció tres días sufriendo las represalias de los romanos, que le escupieron, orinaron y defecaron encima, antes de arrojar su cadáver al Tíber. Todos los miembros de su familia fueron eliminados, incluso su hija pequeña, quien según las leyes romanas no podía ser ejecutada debido a que era virgen. Los soldados la violaron primero para degollarla después. La mujer de Sejano se suicidó; Livia, su cómplice, murió a manos de su propia familia. ¿Pero qué tenía que ver aquella historia con la escenificación de los fascistas en la Gruta Azul?

Perdido en sus divagaciones, Conway regresó a la escena cuando vio a dos de los jóvenes escuadristas sujetando al leopardo de la Casati por el cuello. Debían haberle suministrado alguna droga. De lo contrario, resultaba inconcebible que la fiera se dejara coger de esa manera. Entonces se destacó del grupo otro personaje que le resultaba familiar. Esa figura larga y seca como una rama de olivo, ese rostro demacrado con un bucle reteñido y pegado a su frente... ¡Era el *signor* Cornacchia, el *maître* del San Felice! ¿O sea que también él se había integrado en las cohortes fascistas? ¿Y en calidad de qué? La pregunta quedó en el aire cuando Pagano se le adelantó esgrimiendo un largo cuchillo sacrificial con el que degolló al leopardo con un corte rápido y preciso, el trabajo de un buen carnicero. Al momento, los jóvenes dispusieron bajo el cuello del animal una cratera donde fueron recogiendo su sangre. La propia marquesa llenó las copas.

—¡Salve, *gran podestá!* ¡El leopardo africano ha muerto a los pies de la loba capitolina! ¡Que esta sangre lustral prepare nuestros corazones! —exclamó, alzando la suya frente al charcutero de rostro abotargado, vientre flácido y aspecto de eunuco—. ¡Que el glorioso emperador Tiberio reciba nuestra invocación, y que su despertar sea el nuestro! ¡Brindemos por la nueva Italia!

Todos la secundaron, apurando apenas un sorbo de sangre de leopardo antes de verter el resto sobre el animal degollado, frente al estandarte imperial. La cabeza del leopardo quedó bañada en sangre dentro de un círculo de espadas. Entonces los siervos lavaron las copas en el agua de la gruta, se abrieron las botellas de las que manó un vino oscuro, y los congregados se dispusieron a un nuevo brindis.

—¡Hermanos, Benito Amilcare Mussolini, el líder supremo del *Fascio di combattimento*, ha elegido Nápoles como punto de partida para su reconquista de Italia! —exclamó el procurador de la voz atiplada, y todas las voces se unieron en una exclamación de júbilo—. ¡Muy pronto, nuestros escuadristas tomarán Roma, el infame Víctor Manuel será depuesto del trono, y amanecerá una nueva era de gloria! ¡Pero es a nosotros a quienes corresponde preparar *Il Grande avvenimento* aquí, en nuestra isla! ¡Desde Milán a Sicilia, acciones parecidas se preparan en cada pueblo de Italia! ¡Dios y el *Duce* están con nosotros!

—¡A las armas pues! —Le siguió Malaparte—. ¡Ni piedad ni flaqueza detengan nuestro brazo! ¡Grande ha sido durante años nuestra historia, grande ha de ser por tanto nuestra determinación y nuestro coraje!

—¡Acabemos con los hijos de Sejano! —tronó el *commendatore* en un arrebato operístico que le subió el cárdeno de su rostro hasta la calva—. ¡Viva la Roma eterna! ¡Viva el *Duce*! ¡Viva Italia!

Los fascistas habían comenzado a batir sus tambores, que retumbaban por toda la gruta. Onduló sobre ellos el sinuoso contrapunto de una flauta. Una muchacha de ojos afiebrados avanzó hasta el leopardo muerto y comenzó a contonearse entonando un canto que acompañaba con gestos lascivos. El vino corría, la danza ganaba intensidad. Otras dos se unieron a la vestal alzando antorchas en sus manos. Las bayaderas giraban sobre sí mismas con las antorchas en alto, parecían árboles en llamas. Cuando el fuego iluminaba sus rostros los asistentes se cruzaban miradas no menos ardientes, de deseo apenas contenido. Enardecidos por la música y el vino, los buenos burgueses se transmutaron en faunos a la caza de ninfas. Sus matronas preferían los cuerpos de los jóvenes escuadristas. A medida que se iban enlazando, las parejas desaparecían en las profundidades de la gruta. Gritos, aullidos, jadeos, carcajadas que derivaban de lo siniestro a la más absoluta impudicia. ¿Y eran estos los que se escandalizaban ante las fiestas del opio de Fersen? Claro, seguramente para ellos sus orgías tenían una justificación «histórica». Se trataba de invocar, por medio del fuego, la sangre y el sexo, el regreso de sus viejos dioses. Todo aquello que representaba el emperador Tiberio en detrimento del abominable Sejano. ¿Pero qué había hecho Sejano para merecer su aborrecimiento? También Tiberio fue implacable con sus adversarios, también eliminó a sus rivales para conquistar el poder... Entonces, ¿qué era lo que le hacía diferente?

Conway no dejaba de preguntárselo, pero la repulsión era más fuerte. Los sonidos

que escuchaba, la música, las risas, las imprecaciones, los gemidos de placer, le parecían una profanación. Aquella caverna había albergado el cuerpo de su adorada Nefertiti, la reina, la diosa, la pura encarnación del espíritu de Atón. La bacanal de los fascistas le hería como una blasfemia. Merecerían que la Bella se levantara de su sarcófago, que su momia irrumpiera en medio de la fiesta con su rostro de calavera y sus vendajes colgando. No sucedió nada de eso. El escocés tuvo que aguardar agazapado en su escondite hasta que los rayos de poniente comenzaron a deslizarse sobre la bóveda de la caverna. Uno tras otro, solos, por tríos o en parejas, los honorables prebostes fueron saliendo de sus nichos para reunirse en la explanada del estandarte coronado por el águila imperial, abordaron sus barcas y abandonaron la Gruta Azul parpadeando cegados por la brillante luz del atardecer. Regresaban a su vida ordinaria, *il commendatore* volvería a ser el prócer impasible que velaba por las buenas costumbres, el notario Ancelli recuperaría su respetable despacho, y Pagano su no menos respetable mandil de charcutero. La Casati fue la última en partir, su rostro de cariátide se giró hacia el lugar donde yacía su leopardo —quién sabe con qué pensamientos—, y enseguida volvió a fundirse con la luz.

—Si el águila representa a Roma y a Tiberio, y el emblema de Capricornio a Capri, el leopardo tiene que ser un trasunto de Sejano... —se dijo Conway cuando ya todos desaparecieron—. ¿Pero por qué?



14

LAS vagonetas saturadas de escombros se deslizaban por la pendiente de Villa Jovis conducidas por un par de chiquillos de rostro atezado que no vacilaban en encajar sus pies desnudos sobre las ruedas para frenarlas. Al llegar al acantilado las volcaban en un derrubio donde *mastro* Vincenzo organizaba la criba: todo lo que no fuera *roba di Timberio* o *ruina egiziaca* se arrojaba al mar. Habían cavado un pozo de más de treinta metros, las corveas de jornaleros subían la tierra en grandes serones que cargaban sobre sus cabezas. Abajo, los zapadores trabajaban extremando las precauciones. Al fin habían encontrado una tumba, una verdadera tumba egipcia. Fersen compareció en cuanto fue informado. Conway ya estaba allá. Le acompañaba el doctor Messori. Uno y otro examinaban el insólito sarcófago. No tenía forma humana, sino la de un animal: un gran carnero sentado cubierto con una máscara de yeso sobre su rostro y el disco solar entre sus cuernos.

—¡Por la sangre de san Gennaro, es el mismo dios Khnum! —exclamó el barón, absolutamente extasiado—. Y si se trata de un sarcófago, dentro tiene que guardar algo importante. ¿A qué espera para abrirlo?

—Ya lo hemos hecho, y eso es todo lo que hay —repuso el escocés, impasible, indicando un bulto a su espalda—. Una momia, sí, pero no la que usted imagina...

—La momia de un apestoso carnero, *signore* —apostilló Messori—. Será un dios, pero mal asunto si pretende darle gusto al arroz con sus criadillas.

El barón ignoró las ironías del doctor y volvió a interpelar a Conway.

—Pero al menos será egipcio, ¿no? Tiene que ser egipcio.

—Ni siquiera eso, Fersen. Se trata de una copia romana. Probablemente estamos cerca de un santuario consagrado a Júpiter Amonio, el dios que preside los oráculos.

—Entonces, ¿qué demonios nos espera ahí abajo?

—Me temo que algo muy peligroso.

—Explíquese, por favor.

—Los últimos obreros que han subido de la galería aseguran que apesta a amoniaco. Seguro que no necesita que le recuerde que esta palabra procede de Amón, el gran dios tebano que Augusto incorporó a su panteón.

Fersen ya estaba elucubrando una nueva maldición, *il Dottore* se le adelantó.

—El peligro está en el amoniaco, se trata de un fluido altamente tóxico.

—¿Y de dónde procede, de las entrañas de la tierra?

—Más o menos... Los templos de Amón se consagraban vertiendo en un estanque una gran cantidad de cuernos de carnero que, al descomponerse, segregaban sales de amoniaco. Cuando el emperador solicitaba su consejo a los adivinos, estos arrojaban un objeto personal al estanque e interpretaban su futuro observando sus reflejos. La elocuencia se la garantizaba la inhalación de los efluvios tóxicos: entraban en trance.

—Muy bien, todo eso está muy bien... ¿Pero por qué está tan seguro de que allá abajo no nos está esperando la momia de Akenatón?

—Evidentemente —resolvió el escocés—, porque Atón y Amón son antitéticos.

Fersen estaba sobreexcitado, ninguna explicación hubiera podido detenerle.

—Es igual. ¡Quiero bajar a la cisterna, ahora mismo!

El escocés cruzó una mirada con Messori, luego se volvió hacia él.

—Contaba con que no le convenceríamos —dijo, tendiéndole una mascarilla—, tenga, póngase esto y agárrese bien a la cuerda.

Uno tras otro, los tres provistos de lámparas y mascarillas, se hicieron descender hasta el fondo del pozo, donde se abría una laguna sin entrada por la parte del mar. Una neblina blancuzca permanecía en suspensión sobre las aguas, apestaba a amoniaco. Los peones, que trabajaban por relevos de quince minutos, no extraían más que restos de esqueletos y cuernos de carnero. La vista del osario impresionó a Fersen, que se agarraba a Conway atemorizado ante aquel cónclave de muertos.

—Ya lo ve —concluyó el escocés—, se trata de una tumba de inspiración egipcia pero plenamente romana. La tumba de los arúspices de Tiberio, o de Augusto.

—*Merde!* —gruñó Fersen—. ¡Tanto dinero para nada!

—Es usted injusto con nuestro trabajo, señor —le reconvino Conway—. Estos hombres han sacado de aquí media docena de estatuas que se disputarían los mejores museos del mundo.

—¡Pero todas romanas! ¡Bah, yo no quiero eso!

Il Dottore se atusó su bigotillo antes de sugerir con su ironía habitual.

—Siempre podremos vendérselas a los fascistas de Malaparte. Así nos haremos perdonar nuestra abyecta condición de hijos de Sejano.

El término alertó inmediatamente a Conway, pero prefirió reservarse.

—... Cinco minutos más y empezaremos a notar los efectos de la maldición de los faraones en su versión amoniacal. Hay que subir, ya.

Fersen, crispado por su frustración, habló, más bien bramó, dirigiéndose al *il Dottore*, como si no le hubiera oído.

—¡Yo no tengo nada que hacerme perdonar ante esos bastardos de la loba capitolina! ¡Si quieren algo de mí, que vengan a pedírmelo! Entonces ya veremos...

—Pero signore...

—¡No hay pero que valga! Desde mañana mismo quiero una puerta de hierro arriba, ¡y dos guardias con escopetas!

—No es necesario... —insistió el escocés—. Le aseguro que aquí ya no encontraremos ningún objeto de valor.

—Pero la puerta les recordará a esos chacales que soy el dueño de todo esto. Y ahora, dígame Conway —añadió, volviéndose hacia el arqueólogo—, ¿qué tal van las prospecciones en el *castello di Barbarossa*?

—Si no le importa preferiría responderle en la superficie. No sé a usted, pero a mí los ojos ya me están ardiendo...

Los de Fersen se veían igual de irritados. Aunque en su caso, más que al amoniaco, se debían a la corrosión de la codicia. Subió de mala gana, refunfuñando. El enfado no se le pasó hasta la hora de los cócteles de esa noche, cuando aparecieron por Villa Lysis los asiduos habituales y un invitado excepcional que le cambió el humor.

—¡Vaya, qué acontecimiento! ¡Me trae usted al amante de *Lady Chatterley*, y sin avisar! —exclamó avanzando hacia él con los brazos abiertos—. *Mister Pound*, esto no se lo perdono —sonrió, exultante, mientras saludaba efusivamente a su acompañante, el gran D.H.Lawrence—. Y en cuanto a usted, sepa que soy su más rendido admirador, y que esta es su casa. ¿Pero cómo es que ha venido sin su encantadora esposa?

Lawrence encajó su catarata de efusiones hundiendo sus profundos ojos oscuros en los de su anfitrión. Eran los de un hombre que había desertado de Inglaterra para emprender lo que definió como «sus años de peregrinación salvaje».

—Frieda ha preferido quedarse en los Abruzzos —articuló el escritor con su inconfundible voz rota—, el clima del sur le sienta mal.

—¿Se refiere a nuestro clima político... o solo al siroco?

El sarcasmo de *il Dottore* hizo un hueco para la bandeja que sostenía un efebo como recién salido de un lienzo de Caravaggio. Fersen y Messori optaron por una copa de *limoncello*. Lawrence prefirió un vaso de agua. Conway no tomó nada, solo observaba.

—... No es solo en Italia, señores —continuó el escritor—, en toda Europa no se oye otra música que la del ruido de sables. Los perros de la guerra están al acecho.

—¿Es cierto que los militares siguen acusándole de espionaje al servicio de los alemanes? —intervino Conway.

—Me acusan de todo, señor: espionaje^[21], obscenidad, pornografía... ¿y todo por qué? Solo porque rechazo esta sociedad que predica la explotación industrial del hombre y ahora la estricta autodestrucción, por la vía del militarismo.

—Le veo muy pesimista... —le cortó Fersen.

—Si ha leído mi obra sabrá que no lo soy en absoluto. Mientras cosechamos

acero para erigir una nueva guerra las uvas también maduran, y la tierra sigue sus ciclos. Por más que esta civilización camine hacia su holocausto, los viejos dioses oscuros siguen ahí, aguardando el momento de su despertar. Hace más de cinco mil años que están instalados en el deseo del hombre. Jamás habrán de capitular.

Il Dottore citó de memoria, enfáticamente, uno de sus textos.

—«La mente puede equivocarse pero lo que la sangre siente, cree y dice, siempre es verdadero».

Fersen aplaudió sin soltar su copa.

—Pero, verdaderamente —continuó el escocés—, ¿cree usted que solo podremos salvarnos regresando a lo primordial, a lo instintivo...?

—Incluso al sexo entendido como una forma de conocimiento —concluyó lacónicamente Lawrence—. Al fin y al cabo, fue eso mismo lo que buscó el emperador Tiberio cuando se refugió en esta isla.

—No estoy de acuerdo. —La protesta coincidió con la aparición de Leticia, que venía enfundada en un traje de amazona, con su fusta en la mano—. Para mí lo que trajo a Tiberio a esta isla no fue el deseo, ni el sexo.

—¿Cuál fue la razón, entonces? —exclamó Lawrence, que antepuso la pregunta a las presentaciones.

—Solo el miedo. Vivía aterrorizado por todo aquello en que había convertido Roma, el imperio y a sí mismo. Vino a Capri para resucitar, pero acabó destruido por sus propios demonios.

Lawrence la miró como si estuviera diseccionándola, aquella joven podía suministrarle un arquetipo perfecto para su próxima novela. No perdió la ocasión de tantearla.

—Señorita, ahora soy yo quien discrepa de usted.

—Magnífico, escucharé sus razones y si me convence es posible que le quite el sambenito de misógino recalcitrante que le ha colgado Virginia Woolf.

—Todo un honor —se jactó el escritor—. Como saben, la señora Woolf sigue los postulados de la Sociedad para la Eugenesia. Además de a mí, sueña con exterminar a todos los «seres defectuosos» de Inglaterra. Pero, de todas formas, no acabo de entender qué tiene que ver una cosa con otra...

—Posiblemente, lo mismo que los *maccheroni* y los *spaghetti* —adujo Messori—. Están hechos de la misma pasta, pero sin una buena salsa, ¿en qué se quedan? ¡En una mortaja caliente a la que no hay manera de hincarle el diente! —Todos sonrieron un instante, el tiempo justo para que el secretario del barón volviera a dominar la situación—. Por cierto, ¿no van teniendo un poco de hambre? He reservado una mesa para seis en una *trattoria* donde preparan una deliciosa *impepata di cozze*^[22], aunque su higiene deja mucho que desear... Primitivismo en estado puro, *mister* Lawrence.

La pérgola de Il Tinello se veía cubierta de vides trepadoras que se enroscaban

como serpientes sobre sus columnas. Entre los cipreses que cerraban su jardín se alzaba la escultura de un fauno procedente de algún expolio y, al pie del acantilado junto al mar, donde había sido dispuesta su mesa, una bandada de delfines escoltaba a los pesqueros que partían a faenar rumbo a Berberia.

—... Todo eso son infundios, señorita —siguió explicando Lawrence, que parecía conocer muy bien la biografía de Tiberio—. Tácito fue un espléndido escritor, pero sus *Anales* son pura literatura, nada que ver con la historia real. Tiberio tenía sesenta y ocho años cuando se retiró a Capri rodeado de astrólogos, pero también de sabios, pues le apasionaba el conocimiento. Aquí llevó una vida severa y solitaria, no atacada ni por sus peores enemigos, y puedo citarle a unos cuantos...

—¿O sea que sus famosas y sanguinarias orgías también son un invención?

—La experiencia del sexo siempre ha tenido algo de aterrador para los ciudadanos de orden. Y en eso no hemos cambiado un ápice en dos mil años, *milady*. Tiberio, al final de su vida soñó con una vida nueva, sí, como usted ha apuntado anteriormente, pero no había nada de truculento en su experiencia. Solo buscaba despertar su «conciencia sanguínea», explorar los límites. En una palabra, conocerse a sí mismo.

—Suetonio dice de él que pervirtió hasta a Calígula —apostilló Pound.

—Siento corregirle, pero Suetonio dice otra cosa: afirma que cuando Calígula quería entregarse a la depravación tenía que disfrazarse con una peluca para burlar la vigilancia de su abuelo adoptivo. Una imagen francamente cómica.

—¿Y el asesinato de Sejano? —intervino Pound—, ¿qué me dice de eso?

—Sejano fue un traidor que conocía bien las debilidades del emperador. Fue él quien le trajo de Egipto, por intermediación de su padre, Lucio Seio Estrabón, que fue gobernador de esa tierra, tres arcones de papiros con los textos de las pirámides. Tiberio quedó deslumbrado ante el descubrimiento de la sabiduría egipcia.

—Según tengo entendido le fascinaba la figura de Akenatón.

—No conozco la historia hasta ese extremo, pero lo dudo mucho.

—Es igual —volvió a intervenir Messori, a quien el vino ponía locuaz—. Si hay una cosa clara en esta historia es que Sejano pervirtió a Tiberio, y por eso no nos perdonan a nosotros.

Lawrence y Conway se cruzaron una mirada de desconcierto.

—Es como este hojaldre —continuó *il Dottore* mientras cortaba el dulce de *sfogliatella*—. Cada uno de nosotros encierra una historia escrita en capas, pero la del Imperio romano cambió radicalmente a partir de la introducción de los cultos egipcios en Roma. Y el culpable fue Sejano. O al menos eso es lo que dicen los fascistas.

—¡Qué soberana sandez! —apostrofó Lawrence.

Conway apuró un trago. Ahora entendía aquella ceremonia grotesca escenificada

por los fascistas en la Gruta Azul: invocaban el esplendor de la Roma de Tiberio en detrimento de los hijos de Sejano. ¿Quiénes eran estos? Naturalmente, todos aquellos que se hubieran rendido a los nuevos «cultos extranjeros» que, a su juicio, estaban envenenando Italia. Cortar la cabeza del leopardo significaba decapitar simbólicamente a la hidra de la anarquía y el bolchevismo, cuyo epicentro coincidía con la *scuola rivoluzionaria*, pero también incluía un desafío al círculo de Fersen, cuya pasión egipcia era tan pública y notoria como su homosexualidad, y tan abominable, para ellos, como sus afinidades hebraicas, entre las que se incluía la influyente familia de los Cerio.

—... Puede que su pensamiento le parezca ridículo —continuó Leticia—, pero le aseguro que sus camisas negras no bromean. Y usted también debería comenzar a tenerlo muy en cuenta —añadió, dirigiéndose a Pound—. No entiendo su admiración por Mussolini. No es más que un histrión de opereta que representa lo peor de Italia.

El poeta esbozó un gesto de desdén.

—Lo prefiero a la abyecta estirpe de banqueros que han puesto el mundo y el corazón del hombre en venta. Antes de que estalle una nueva guerra estallará todo el sistema financiero que baila al compás de los usureros de Wall Street. ¿Saben de dónde viene el nombre de esa calle? Era el «muro» donde encadenaban a los esclavos para las subastas. Igual que ahora, solo que los negros somos todos nosotros.

—Es muy posible... —prosiguió Lawrence—. Pero lo peor de todo esto no es lo que está sucediendo en Roma o en Nueva York. Bajo su apariencia progresista los bolcheviques se están revelando tan reaccionarios como el resto. En Inglaterra asistimos a una contracción de las libertades en todos los órdenes. Europa está muerta, asediada por una jauría de perros guardianes que fingen proteger la moral de las masas. Asómese a su patio trasero, verá cómo se devoran unos a otros...

Un brusco ataque de tos le impidió continuar. Lawrence había llegado a Capri enfermo de tuberculosis. Cuando le vieron retirar de sus labios un pañuelo manchado de sangre, fue como si rubricara su sentencia personal sobre el futuro de Europa.

—No se inquieten por mí, les aseguro que no temo a la muerte.

Pound no desaprovechó la oportunidad de verter una de sus frases lapidarias.

—Hay cosas peores que la muerte. La enfermedad invita al desprecio. El enfermo lo sabe.

Messori se vio obligado a intervenir.

—... Las enfermedades pulmonares no son mi especialidad —se excusó—. Pero el doctor Munthe vive aquí al lado y es un buen amigo de la casa. Si vamos ahora mismo, le atenderá encantado.

—Y a mí también me encantará conocerle, pero mejor en otro momento —se evadió Lawrence—. Hace una noche preciosa, y durante todo el viaje he venido soñando con asomarme a los *Faraglioni*. ¿Quedan muy lejos?

—A la distancia de un café —se apresuró a responder Fersen—. Yo le llevo.

Se repartieron en los dos coches aparcados en la explanada de Il Tinello. Lawrence, Pound y Fersen ocuparon el Delahaye de Messori. Conway se instaló en el Hispano-Suiza de Leticia, que arrancó como una exhalación. Así llegaron, bordeando la cartuja de San Giacomo y el monte Tuoro, hasta el Belvedere de Trágara donde, en efecto, se ofrecía una perspectiva abismal de los farallones envueltos por la bruma que subía del mar. Lawrence, Fersen y Pound se apostaron en el mirador. Messori ni se molestó en salir del coche. Leticia cogió a Conway de la mano y se lo llevó pendiente abajo, hacia la Boca de las Sirenas. Alcanzaron enseguida un promontorio apartado, donde permanecieron un buen rato contemplando la puesta de sol mientras el golfo de Sorrento parecía sumergirse lentamente en un pozo de tinta. El escocés rompió el silencio sin retirar sus ojos del horizonte.

—¿...Y tú qué piensas de todo esto?

—¿De qué en concreto? Hemos hablado de tantas historias...

—Elige la que quieras.

—Bien, te voy a hablar de una que viene muy a cuento. ¿Sabes quién vino a cenar anoche a nuestra casa? Krupp, el rey del acero alemán. ¿Y sabes para qué? Mi padre está haciendo el gran negocio de su vida con la venta de armas a los fascistas. Cañones prusianos forjados en la explosiva República de Weimar para celebrar por todo lo alto el holocausto de Europa.

—Pero, tu familia, ¿no es de ascendencia judía?

—El dinero no tiene patria, pero convierte en esclavos a quienes lo adoran. Todos son iguales, y mi padre no es el único... También Jacques está metido en el negocio.

—Es lo último que me quedaba por oír. —Las cejas del escocés se alzaron en un gesto de incredulidad—. ¿Fersen, el gran liberal, implicado en el negocio de armamentos?

—En uno mucho peor, Kenneth. Pero eso no puedo contártelo.

Él no se lo pidió. Estaba asqueado, no quería saber más.

—Cada día estoy más harto de todo, Leticia, no sé si voy a aguantar mucho más tiempo aquí.

—¿Te vas a ir sin encontrar lo que buscas?

Entonces el rostro de Conway tomó una curiosa expresión, una especie de sobria astucia, y respondió con otra pregunta.

—¿Qué es lo que busco? ¿Acaso tú lo sabes?

No, Leticia no podía saberlo. Nunca le había acompañado a sus prospecciones en la Gruta Azul, ni siquiera sabía que las estaba practicando. Como cualquier mujer enamorada solo buscaba sondear sus sentimientos hacia ella. Conway lo entendió cuando sintió el roce de su palma sobre su rostro.

—Pero tú, ¿... cómo demonios? ¿Sigues decidida a casarte con Fersen?

—Por supuesto que sí, amor mío. Eso no tiene nada que ver con lo que siento por ti.

—No sientas nada por mí, recuerda, ese era el pacto.

Leticia recostó la cabeza sobre su hombro. La frialdad de aquel pésimo amante le resultaba exasperante. ¿Cómo podía quererle tanto?

—Dime cómo se escribe la palabra amor en jeroglíficos.

El escocés sonrió de una manera sombría, luego eligió las palabras.

—Noches en vela, fiebre de posesión, arrebatos de desesperación —dijo en tono impersonal, mirando al mar—. No se puede amar sin comprender, y quien comprende, créeme, huye del amor como de la peste.

—¿Quién te ha hecho tanto daño para que pienses así?

—A lo mejor la infelicidad forma parte de mi naturaleza. Tú me lo dijiste —prosiguió irónicamente—. Pero si no se puede amar, sería muy deshonesto fingir ese sentimiento ante alguien.

—Uf, ojalá pudiera expresar exactamente lo que quiero decir —protestó Leticia—. A ver cómo lo digo...

—Inténtalo.

La italiana esbozó una sonrisa tan insegura como su mirada.

—¿No crees en los contratos de amor para aquellos cuya alma no está dispuesta a enamorarse?

—¡Por Dios, qué elucubración tan retorcida! ¡Ni los padres de la escolástica medieval se hubieran atrevido a tanto!

—¿No he conseguido engañarte? —volvió a preguntar Leticia, enfadada consigo misma por haberse mostrado vulnerable.

—Te engañas a ti misma: la ternura es el peor antídoto contra la pasión. Y en cuanto a mí, ya te lo he contado todo. Soy un perdedor, Leticia, un derrotado. No puedo darte nada, y tú lo sabes —exclamó, bajando la voz—. Mi corazón está muerto.

—No me lo creo. Y no me repitas que te lo dije, porque lo hice solo para provocarte.

—¿Qué vamos a hacer, Leticia?

—... Si tú te vas yo también me iré de Capri. Sería capaz de escaparme contigo al fin del mundo si tú me lo pidieras.

—¿Lo harías?

—Por supuesto que sí. Puedo gobernar el timón del *Albatros* como el mejor de los capitanes de la isla. Y tú también sabes hacerlo, yo te he enseñado...

Era cierto. Adiestrado por Leticia, aquel escocés de tierra adentro se había convertido en un buen piloto.

—¿Pero a dónde llegaríamos con tu barco? Solo es un velero, dudo que aguante

una navegación de altura.

—Vuelves a equivocarte, Kenneth. Por si no lo sabías, el año pasado participé en la regata *Odissey* que va desde Nápoles a Estambul, y llegué la primera.

—¿La primera?

—Bueno, solo regateaba una mujer.

—Y, por mí, serías capaz de regatear hasta el mismo Infierno, ¿no es eso?

—Ah, es inútil intentar hablar en serio contigo. Anda, dame un beso...

Cuando regresaron al Belvedere, el Delahaye de Messori ya había partido con todos sus invitados a bordo. Seguro que Fersen no se había privado de deslumbrar a Lawrence explicándole que esa bella joven que acababa de desaparecer junto al arqueólogo era su prometida, la mujer con la que pensaba casarse y a la que llevaría al altar provocadoramente vestida de blanco. Nunca sabremos cuál fue la reacción de Lawrence. Pero Conway rio de buena gana al oír la suposición de Leticia.

—... Le encanta deslumbrar, incluso a los poetas malditos.

La oscuridad azul se aprestaba a caer sobre la bahía de Nápoles. Leticia conducía a la misma velocidad suicida, desafiando los abismos. También ella creía deslumbrar a su amante, pero no reparó en el rostro de Conway. Mirando el horizonte del mar le parecía estar viendo el viejo río sagrado que habitaba sus sueños, y emergiendo de sus aguas, su vida futura extendiéndose ante él, como si fuera a nacer de nuevo.

—Allá donde estén, el Nilo reconoce a sus hijos —murmuró para sí—. Por más profunda que sea la noche, encontraréis el lugar donde nace la luz.

—*Ebbene*... ¿Qué te pasa ahora? ¿Ya has vuelto a perderte en tus delirios?

—Es extraño...

—¿Qué?

—Nada. Estoy perdido y busco mi alma... Pero no sé, también cabe la posibilidad de que me esté volviendo loco. ¿Tú qué crees?

Leticia sonrió sin levantar el pie del acelerador, persuadida de que solo podía ser ella la causante de esa locura. Volvía a equivocarse. El amor, por un tiempo, puede vivir de incógnito, agazapado en lo más recóndito de un corazón. Pero cuando despierta, reconoce inmediatamente el objeto de su pasión, así lo encuentre entre los vivos o en el reino de los muertos.



15

LOS antiguos egipcios sabían guardar sus secretos, conocían bien a los hombres del porvenir. Cada una de sus tumbas reales se configuraba como un verdadero laberinto subterráneo. Multiplicaban los pozos falsos, los falsos corredores, las entradas falsas para engañar a los saqueadores de su tiempo y a todos los que vinieran después. A lo largo de milenios los cuerpos de sus faraones permanecieron escondidos en sombrías guaridas, en parajes inverosímiles, protegidos por sellos que prometían el castigo eterno a quienes turbasen sus «moradas de eternidad» o destruyesen las inscripciones mágicas que guiaban su viaje hacia el trasmundo. Conway no temía tanto la maldición como a su propia conciencia. Sumaba diez noches visitando el *speo* al que accedía desde la brecha alta de la Gruta Azul. Al otro lado de sus muros tenía que haber una puerta, un paso hacia la verdadera cámara funeraria de quienquiera que hubiera sido sepultado allá. Pero, por más que tanteaba aquellas paredes, no advertía la más mínima fisura. ¿Cómo seguir adelante?

Había llegado a su límite por ese día, ya no podía más. Su espalda resbaló sobre el pilar Djed con un cigarrillo en la mano. Nada más tocar el suelo, advirtió una sombra deslizándose sigilosamente en el otro extremo de la estancia. Enfocó su linterna. El halo de luz iluminó una serpiente, una cobra de más de un metro de largo. Posiblemente, la misma que apareció ante sus ojos el día en que descubrieron el corredor que bajaba hasta el hipogeo desde las ruinas de Villa Helios. Su cuerpo, de un negro metálico, se elevó unos centímetros, irguió su cabeza. Aquellos ojos oscuros, inteligentes, parecían querer decirle algo. ¿Cómo había llegado allá? El pasadizo que se abría entre las rocas de la Gruta Azul desembocaba justo sobre su cabeza. La cobra no podía haberse deslizado por esa abertura. La habría visto. Y no había otra entrada. ¿Entonces? Entonces el escocés comenzó a entender. No hizo nada, se quedó observando al reptil que, en ese momento, posó su cabeza en el suelo y comenzó a reptar hacia una pequeña fragosidad que se abría en el suelo. Parecía una grieta sin profundidad. Pero el largo cuerpo de la cobra fue introduciéndose anillo por anillo, hasta que desapareció por completo.

—¡Claro, era eso! —exclamó el escocés poniéndose en pie de un salto—. ¡Cobra real, mensajero secreto de mi reina! ¡Has venido para mostrarme el camino!

Enseguida, cogió su pico y se puso a cavar sobre la fisura por donde había

desaparecido la serpiente. No había dado más de diez golpes cuando se abrió a sus pies un nuevo pasadizo, este aún más estrecho, pero tan profundo que la luz de la lámpara se perdía dentro.

Solo un loco se hubiera sumergido en ese pozo siniestro en solitario. Fue lo que hizo Conway sin vacilar. Se amarró la linterna de carburo al pecho y comenzó a descender. En un primer momento no pudo ver nada. A medida que se fue posando el polvo en suspensión, una alegría salvaje se apoderó de él al contemplar lo que tenía ante sí. El halo de su lámpara fue iluminando multitud de objetos prodigiosos. Una barca solar como recién emergida de las aguas del Nilo, un carro de batalla repujado en electro, cofres tallados en las más raras maderas, vasos funerarios de formas delicadas, estatuillas exquisitas, *ushebits* ideados para representar al difunto, áureos halcones, los príncipes del divino Horus, y Nut, la diosa del cielo, cubriendo con su cuerpo constelado de estrellas toda la bóveda de la estancia. En su centro, Thot, el guardián del conocimiento, velaba un sarcófago de diorita cubierto de escenas extraídas del *Libro de los Muertos* sobre el que extendían sus alas las cuatro grandes diosas, Isis y Neftis, Selkis y Neith, para proteger a quien lo habitara de los espíritus malignos que merodean en los caminos del más allá. El escocés se había quedado mudo de estupefacción ante tanta magnificencia. Avanzó hacia el sarcófago como si caminara dentro de un sueño. Un sello compacto dejaba constancia de que nadie jamás lo había profanado. Sus manos temblaban cuando aplicó el haz de luz y comenzó a descifrar los primeros cartuchos.

—«... La cobra que está sobre mi cabeza aniquilará a quien perturbe mi reposo» —leyó, deletreando sílaba por sílaba—. «El intruso será maldito por toda la eternidad, su cuerpo no tendrá tumba, y el rayo de Atón destruirá su alma. Jamás volverá a despertar».

Elevó su mirada hasta la cabeza del sarcófago. La cobra que le había conducido hasta aquella cámara también estaba allí, posada sobre su tocado como un *ureus* viviente. Le miraba con sus ojos vidriosos, fijamente. ¿Qué quería decirle ahora? ¿Qué no avanzara más, pues ya le había revelado su secreto o, por el contrario, que alzara la cubierta del sarcófago y despertara a su misterioso habitante?

La cobra se deslizó hasta el pectoral de oro macizo coronado por el disco de Atón que asomaba bajo el sello. Conway la siguió con su linterna. Descubrió una nueva inscripción, esta muy diáfana, absolutamente inequívoca. Bastó con que leyera las tres primeras palabras. Una sensación de vacío le anudó la boca del estómago, creyó perder el sentido.

—«Nefer-Neferu-Atón» —articuló, como si estuviera pronunciando un conjuro sagrado—. «Perfecta es la perfección de Atón, aquí descansa la Señora de las Dos Tierras. Amó a quien amaba más que a su vida, y le siguió más allá de la muerte. Tú eres mi *ka*^[23], vives en mi cuerpo. Por eso has sido elegida para resucitar».

Así sucedió. Aquel 14 de septiembre de 1920, Kenneth Conway, un joven arqueólogo escocés sin suerte ni fortuna, descubrió en una gruta de Capri uno de los tesoros más codiciados de todos los tiempos: la tumba de Nefertiti.

Su colega, el loco de Caltagirone, estaba en lo cierto y murió sin saberlo. Él había descifrado sus papiros, había encontrado el lugar exacto. Podía imaginar el resto de la historia desde el principio. Sin duda, solo pudo ser Sejano quien trajo el sarcófago hasta allá en uno de sus viajes para congraciarse con el emperador, quizá en el último. Eso explicaría que Tiberio hubiese decidido eliminarlo de una manera tan maquiavélica, cuando regresara a Roma, de modo que pareciese una ejecución política cuando, en realidad, lo que pretendía no era otra cosa que sellar su silencio por toda la eternidad. El miedo había hecho el resto. El miedo y la leyenda. Nadie, salvo sus más íntimos, hubiera podido imaginar que el último secreto de Tiberio consistía precisamente en eso. Con su muerte quedaron borradas todas las huellas. Y, tras la destrucción de Villa Helios —la villa del sol—, ¿quién hubiera podido imaginar que bajo su cripta se abría un laberinto de corredores, y que en el más recóndito de todos ellos, a veinte metros sobre la bóveda de la Gruta Azul, se encontraba la momia de la Reina Faraón, la mujer que reinó sobre el alto y el bajo Egipto en su periodo de mayor esplendor? Sus colegas llevaban un siglo buscándola en las necrópolis de Tebas y Amarna, en el valle de los Reyes y en el Ta-Set-Neferu. Que siguieran buscándola cien años más. Jamás la encontrarían.

¿Y él? ¿Qué podía hacer? Comunicar su descubrimiento le convertiría en una celebridad mundial. Cuando menos estaba obligado a mostrárselo a su patrocinador, el barón Fersen. Pero no era eso lo que le decía su corazón. Una voz profunda y poderosa, absolutamente conminante, le exigía no revelar su hallazgo, preservarlo a ultranza. «Calla, no digas nada. Muere y vivirás». Pero, ¿cómo callar? Había descubierto uno de los mayores tesoros de la Antigüedad, tenía en sus manos la clave del misterio de una dinastía desaparecida, y frente a él, a una mujer-diosa que le había obsesionado toda su vida. Ahora ese rostro incesantemente imaginado, vivido, soñado, ocupaba toda su mente. El corazón le latía a golpes cuando posó sus labios sobre la cubierta para besar su imagen cincelada sobre una lámina de oro puro.

—... Perdóname, amada mía, perdóname si sigo adelante. Tú me enviaste a tu mensajero para que me trajera hasta aquí. Desde ahora te pertenezco, bella entre las bellas. Te he amado por encima de todas las cosas desde que te vi por primera vez, hace tres mil años. Hoy te he encontrado.

En eso, le invadió un terror repentino. ¿Y si el sarcófago estaba vacío? Tenía que abrirlo, pero le faltaba el instrumental necesario. La idea de profanarlo le encogía el corazón. Sabía que no tenía ningún derecho. No obstante, si no lo hacía no podría soportarlo, acabaría enloqueciendo. Conway se debatía presa de una agitación extrema. Se ahogaba, le faltaba el aire. Retrocedió hasta la boca del pozo sin poder

apartar sus ojos del sarcófago. Tuvo que apagar su linterna para hacerlo. Luego comenzó a trepar encajando su espalda y sus piernas contra las estrechas paredes. Más que salir de aquella tumba, huyó de ella como si le persiguiera un demonio.

La Gruta Azul le recibió con un rayo de sol que proyectaba un disco perfecto sobre su bóveda. Si existe la maldición de los faraones —se dijo—, también tiene que darse la posibilidad de que bendigan a quienes les complacen. Entonces esa era sin duda la bendición de Akenatón. No quiso detenerse en ese pensamiento, pero cuando empuñó los remos sintió que una mano se posaba sobre su hombro y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Solo fue un instante. La barca enfiló la boca de la gruta, no se detuvo hasta alcanzar el embarcadero de la Marina Grande. Caminó hasta una taberna de mala muerte, pidió un *espresso* y un vaso de agua, que bebió ávidamente. Cómo era posible que solo él pudiese oír la voz de los muertos mientras todo Capri se rendía a su feliz indolencia. De alguna parte, le llegó el eco de una vieja canción.

*Oi Mari, oi Mari, quanto suonno aggio perso per te
Famme dormí, abbracciato na notte cu te*^[24].

En la mesa de al lado una pareja se besaba despacio, al compás de la melodía. Conway cerró sus ojos y repitió las palabras: «... Abrazado en la noche contigo». También la Bella le estaba besando, un beso frío, de piel de luna, un beso que abría en su corazón la puerta de las estrellas. Ya no tenía dudas, ni temor, ni angustia. Por primera vez en su existencia se sentía dueño de su destino y de todo cuanto le rodeaba. Nefertiti era suya, solo suya, la había conquistado sin ayuda de nadie, dejándose guiar por su misteriosa llamada. Ahora sabía lo que debía hacer. Nada más que seguir escuchándola, nada más que eso.

La Bella hablaría y él obedecería.



TAN pronto como se recogió en su habitación del San Felice, en un estado febril, el desasosiego actuó a favor de su delirio. Todo estaba sucediendo tal y como lo había soñado. Ya no podía retroceder. Le bastaría con la ayuda de un hombre para alzar la cubierta del sarcófago, y una semana para todo lo demás. En ese tiempo resultaba vital que Fersen no sospechara nada. Tendría que suministrarle nuevos señuelos, de modo que siguiera confiando en sus excavaciones sin interferir en la única que le importaba. El resto lo iría resolviendo sobre la marcha. Se lo repitió cien veces, luchando por serenar su mente. Necesitaba dormir, aunque solo fuera un par de horas. No lo consiguió hasta que rompieron las primeras luces del amanecer. Cuando despertó su reloj marcaba las doce de la mañana. No perdió tiempo ni en afeitarse. Tal y como se había derrumbado sobre la cama, sin cambiarse de ropa, se caló su sombrero y subió a las obras de Villa Jovis. Los hombres de *mastro* Vincenzo se disponían a dar buena cuenta de su prescriptiva cazuela de *maccheroni*. No se sorprendieron por su aspecto, aquel escocés había perdido la cabeza por la bella Leticia. Seguro que venía de una de sus bacanales en Villa Lysis. Conway ignoró sus ironías y fue derecho hacia Gaetano, el sobrino de don Giuseppe. Se trataba de un verdadero pirata, un truhán redomado, pero de una lealtad inquebrantable. Se sentó a su lado en la mesa corrida donde comían todos, y, trago a trago, le fue sondeando. Sí, tenía una novia formal, una chica de Anacapri. Su sueño era casarse con ella, aunque no veía cuándo ni cómo. En su casa sumaban doce bocas y cuatro suegras, sin contar sus siete gatos, todos trabajaban de sol a sol y apenas les llegaba para comer. Con su gesticulación habitual, moviendo mucho las manos y abriendo los ojos, como si estuviera muy enfadado con su suerte, pero sin perder la sonrisa, Gaetano concluyó su perorata con una pregunta desesperada.

—... *Ma che posso fare, signore?*

Conway respondió con tres palabras perfectamente calculadas.

—Vieni cu me.

Bastó un cruce de miradas para que Gaetano entendiera que le iba a proponer algo especial. Gioconda, la *massaia*, había comenzado a partir media docena de sandías que las cantineras iban pasando a los obreros entre risas y chanzas. Nadie advirtió a los dos hombres que, en ese momento, se retiraron discretamente.

—¿Cuánto os paga *mastro* Vincenzo?

—Cincuenta liras por día. Y si encontramos algo que le parezca valioso al barón, cincuenta más.

—... Yo te pagaré quinientas. Y si al final del trabajo que voy a proponerte sabes guardarme el secreto, te daré cinco mil más.

—*¡Cinque mille lire! ¡Santa Madonna del Soccorso!* —exclamó el muchacho—. *¡Por ese dinero vendería mi alma al diablo!*

Los ojos de Conway se iluminaron con un resplandor oscuro.

—No te voy a pedir tanto, pero ándate con cuidado. Si me traicionas, ten por seguro que caerán sobre ti dos maldiciones: la de los faraones y la mía propia. Por tu *santa Madonna* que te arrancaré la lengua y todo lo que te cuelga.

El muchacho volvió a sonreír mostrando dos relámpagos de dientes blancos entre sus labios violáceos.

—... Por cinco mil liras me dejo sacar los ojos, *signore*.

—Bien, pues entonces punto en boca. Esta tarde hablaré con *mastro* Vincenzo para contarle que te vienes a trabajar conmigo. Tú solo. Te espero mañana por la mañana, a la puerta de mi hotel, a las siete en punto.

El capataz no tuvo ni tiempo de digerir las nuevas órdenes del escocés. Tras el descubrimiento de la cisterna de Júpiter-Amonio, no había más que hacer en Villa Jovis. Conway desplegó ante él una copia de los papiros de Caltagirone y un mapa donde había marcado con un aspa el punto donde se alzaba la torre de Materita. ¿Por qué allá? Aunque *mastro* Vincenzo no entendiera nada, los jeroglíficos lo dejaban bien claro. No hizo falta más para que el campamento se movilizase de un extremo a otro de la isla arrebatado por un tumulto de andamios, puntales y poleas, que hizo olvidar la ausencia de Gaetano. Naturalmente, Fersen recibió entusiasmado la noticia de que se abría una nueva cata, y Conway ya tenía más que pensado cómo mantenerle alejado, hasta que llegara el momento de llevar a cabo la segunda parte de su plan.

A la mañana siguiente condujo a su nuevo ayudante hasta el embarcadero de Grádola, donde solía amarrar la barca que le llevaba a la Gruta Azul. Llegaron con la bajamar, no había nadie en las inmediaciones. Entre los dos subieron todo su equipo hasta la grieta alta. Gaetano no preguntó nada ni siquiera cuando alcanzaron la antesala de la tumba. Se quedó un instante contemplando aquellas pinturas maravillosas y, enseguida, amarró a la columna Djed el cabo de la soga que Conway acababa de lanzar por la boca del túnel. El escocés bajó primero. Desde arriba, Gaetano le fue pasando una a una las vigas, las palancas y la cabria. Cuando al fin se descolgó también él, su expresión se demudó por completo. Gaetano no veía el sarcófago de Nefertiti. Le cegaba el resplandor de la montaña de oro que contenía aquella estancia, la imponente barca solar, el carro, las figuras, los vasos... Y sobremanera, las pinturas que decoraban las paredes del hipogeo: un grupo de

danzarinas únicamente cubiertas por un cordón que rodeaba sus caderas.

—Questo non e il Tesoro di Timberio, signore... —exclamó, abriendo sus ojos como platos—. Questo e il Tesoro di Ali-Babá!

—No es nuestro, ni tuyo ni mío. Yo no me lo llevaré, ni tú tampoco. ¿Has entendido?

El muchacho cabeceó asintiendo sin ninguna convicción. Conway le atravesó violentamente su palanca sobre su cuello. En sus ojos ardía un fuego de locura.

—Recuerda nuestro pacto. No me traiciones, Gaetano, porque te mataré. Te juro que te mataré.

—Io non traditto mai, signore, ni per l'oro, neppure la vita^[25].

—Está bien. Entonces, adelante.

Una vez que apuntalaron la cabria sobre un trípode comenzaron a perfilar el perímetro de la cubierta del sarcófago, que debía pesar por lo menos dos toneladas. La palanca de Conway se deslizó por uno de los laterales, Gaetano hendió la suya por el opuesto. Ajustaron un par de cuñas, luego cuatro más. Después pasaron dos sogas por sus extremos y las anudaron sobre la cubierta. La cabria empezó a funcionar, lenta, penosamente. Poco a poco, entre los chirridos del eje y los crujidos de las cuñas, la tapa de diorita comenzó a elevarse. Una torpeza de Gaetano estuvo a punto de precipitar el desastre. Conway le agarró por la garganta. De no haber temido que la cubierta se partiera al soltarla, lo hubiera estrangulado. Reanudaron su trabajo extremando las precauciones. La cubierta acabó de alzarse. Apareció un segundo sarcófago, este antropomorfo. Las formas eran las de una mujer. En una mano la cruz *ankh*, la llave de la vida, en la otra un cetro coronado por la flor de loto. Conway descifró los jeroglíficos: «Oh, divino Atón. Te he defendido de tus enemigos y tú me has revelado tu nombre. No muero, entro en la verdad».

Gaetano fue sacando los tres vasos de porcelana azul que contenía este segundo sarcófago y, enseguida, un cuarto vaso translúcido como el alabastro. Los primeros contenían las vísceras de la reina; este, su corazón.

—¿Y ahora qué hacemos, *signore*? —exclamó—. En el convento de las *Sepolte Vive* he visto difuntas con mejor facha que esta...

Lo decía por las bandas cruzadas que imitaban los vendajes de un cadáver. Conway no lo escuchó, su fiebre lo devoraba. Sabía que las momias reales solían guardarse al menos en tres sarcófagos sellados, uno dentro de otro, como en el juego de las muñecas rusas. Las cuñas volvieron a morder las ranuras del último, las sogas se tensaron. El tercer sarcófago, más ligero, no tardó en salir a la luz. Un bloque de oro macizo que repetía la misma imagen de la reina. Conway descifró una nueva inscripción: «Las puertas del cielo se abren ante tu belleza. Levántate y contempla a Hator». Hator era la diosa más importante del mito solar, y Nefertiti su encarnación viviente. Ya estaba cerca, muy cerca de ella.

En eso, oyeron un crujido a su espalda. Uno de los puntales que sostenían el techo amenazaba con partirse en dos. No tenían tiempo que perder. Conway forzó la tapa del tercer sarcófago. Pero aquí no surgió ante ellos un nuevo prodigio de orfebrería, sino una sencilla carcasa de madera pintada que evocaba los campos de Ialu^[26]. Sobre un fondo de laca verde, se veía un delicado friso de aves y animales retozando en un bosque de cedros. Conway hundió su palanca en la abertura. Gruesas gotas de un sudor abrasivo le corrían por la frente, el cuello y la espalda. Las fuerzas le fallaban, su nerviosismo era tal que fue incapaz de levantarla. Gaetano acabó de encajar la última cuña y vino a ayudarlo. El escocés dio un paso atrás. La tapa cayó al suelo. Lo que apareció ante él no lo olvidaría mientras viviese.

Seguramente, el prodigio se debió al impacto de la luz de la lámpara. Pero hasta Gaetano se llevó las manos a los ojos cegado por el resplandor. Conway avanzó como quien desafía un abismo. Se encontró ante una máscara de oro, esta coronada por el buitre y la cobra, con una apuntada barba ritual bajo su mentón. En puridad, esa barba ritual solo podían usarla los faraones. Pero las facciones que la enmarcaban no ofrecían dudas. Se trataba de la reproducción más maravillosa del rostro de Nefertiti. Una imagen de una belleza sobrenatural ante la que palidecían los dos bustos de la Reina Faraón conocidos hasta entonces, el del museo de Berlín y el de El Cairo. Sobre su frente, entre la cobra y el buitre, había un escarabajo dorado —el corazón de las reencarnaciones—, que centelleaba como una joya llegada de un país mágico. «Claro, era eso» se dijo, «el impacto de la luz sobre su caparazón es lo que me ha provocado el deslumbramiento». Gaetano extendió su mano para cogerlo. Ni siquiera llegó a tocarlo. En un instante, la figura del escarabajo desplegó sus élitros, alzó el vuelo y desapareció dentro del túnel.

El pescador se había quedado sin habla. Conway estaba en otra dimensión, ni el tiempo ni el espacio existían, solo el sortilegio, el hechizo, el encantamiento, la sensación de que había rebasado el último umbral. Ya nada podría detenerle.

La momia de Nefertiti tenía el tamaño de un niño. Cuando la cogió en sus brazos le sorprendió su ligereza, como si no estuviera levantando un cuerpo sino un alma. Un armazón tejido con nervios de palmera apresaba los vendajes rezumantes de resinas y sales de natrón. Una a una, fue cortando las tiras. Los vendajes parecían de lo más complicado que había visto jamás. Comenzó a desenvolverlos con sumo cuidado. A cada vuelta, aparecían decenas de pequeños amuletos dispuestos en lugares estratégicos^[27]. Ojos sagrados, cruces, dioses, animales, monstruos... Gaetano ya no hacía nada. Tras el episodio del escarabajo se había retirado hasta la boca del túnel, temiéndolo todo. Estaban violando la sepultura de la *grande diosa egiziaca*, ahora sí que la maldición de los faraones caería sobre ellos sin remisión. Nunca saldrían vivos de aquella tumba. Ya hasta podía ver cómo esa terrible maldición cobraba forma, buscando corporeizarse de un momento a otro. Se

anunciaba por medio del polvo dorado que se alzaba de la momia a medida que Conway soltaba sus vendajes. Un extraño olor, un olor acre semejante a una mezcla de mirra y vinagre, vino a confirmar sus temores. ¿Cómo podía aquel loco continuar su tarea, tan impasible, ajeno a todo? Tenía razón, el único temor de Conway se cifraba en no romper el apergaminado esqueleto que comenzaba a perfilarse bajo las vendas. El sudario, seco y quebradizo, se caía a jirones. Solo su extraordinaria destreza conseguía evitar que se deshiciera. Había comenzado por los pies y se detuvo en sus manos, que se veían colmadas de sortijas. Prefirió no tocarlas por no romper las falanges, y se centró en la parte más sólida de su cuerpo. En su afán por preservarlas los embalsamadores solían cubrir las momias con ungüentos que, en realidad, no hacían sino acelerar el deterioro de la carne. Esta, en cambio, se veía en perfecto estado. La piel de su abdomen surgió oscura y curtida como el cuero. Descubrió el torso de una joven muy delgada, con las piernas extendidas y los brazos cruzados sobre el pecho, de senos generosos, aunque ahora se veían agostados. Al fin, tras horas de paciente trabajo, se dispuso a cortar las hebras que sujetaban la máscara de oro. Al retirarla se encontró con una nueva capa de vendajes. El lino era tan frágil que se anudó un pañuelo sobre la boca, pues hubiera bastado el roce de su aliento para pulverizarlo. Entonces sus manos empezaron a temblar, se le encogió el estómago. Aquello era un cuerpo humano, el cuerpo de la mítica Nefertiti, y lo estaba profanando. Intentó desterrar ese pensamiento de su mente y concentró su atención en el dibujo de los vendajes. Si tiraba de ellos con demasiada fuerza o en el sentido equivocado podía arrancarle la piel y desfigurar su rostro. Finalmente, conteniendo la respiración, Conway alzó el último velo. Lejos de la imagen sublime que prometía su máscara, apareció ante él una calavera descarnada que le miraba fijamente a través de los rubíes engarzados en las cuencas de sus ojos, como si se dispusiera a regresar a la vida en ese mismo instante.

¿Qué necesitaba para resucitar? Quizá simplemente un beso, como en los cuentos infantiles, un beso de la vida sobre la muerte, contra la muerte misma, un beso que abriera para ellos las puertas de la eternidad. Pronunció su nombre —Nefertiti, amada mía...—, y aguardó una respuesta con la locura impresa en sus ojos, que seguían clavados sobre aquel rostro que Gaetano no se atrevía ni a mirar. Verdaderamente, la calavera impresionaba. Aquella cabellera lacia y fibrosa que le caía como una telaraña espectral sobre sus pómulos, como el cuero reseco que tejía mil pliegues sobre sus mejillas, o esa nariz afilada por la que asomaba el hueso, contenían todo el horror de la muerte bajo su piel. Sin embargo, observándola con detenimiento, dimanaba de ella un aura de belleza, una irradiación de serenidad y plenitud. La serenidad de la paz divina, la plenitud de una vida que no había vivido para este mundo, sino para el más allá. También a él le pareció que había llegado al término de su propia vida, al origen de su misteriosa peregrinación sin retorno.

Fue entonces cuando la vio. Bajo sus manos cruzadas sobre el pecho, la momia guardaba una tablilla de madera pintada. La extrajo con sumo cuidado, retiró la capa de polvo con su pañuelo... y se encontró ante su propia imagen reflejada en un espejo. Aquella tablilla reproducía un retrato que plasmaba sus propios rasgos con una perfección escalofriante. Era él, el mismo Kenneth Conway tres mil años antes de su último nacimiento. El esposo de Nefertiti, su amado Akenatón, y él eran la misma persona. Por un instante su corazón dejó de latir. Tal vez ya se había instalado en el delirio. De otro modo no se explica lo que hizo a continuación. Con la punta del cuchillo intentó aflojar las mandíbulas para abrir su boca. Nada más hacerlo, se formó un violento remolino dentro de la tumba. Cuerdas, fragmentos de vendas, papiros y amuletos comenzaron a volar por todas partes. Gaetano se agarró a los puntales cubriéndose con su palanca. El torbellino se detuvo en cuanto el escocés retiró su cuchillo de la boca de la momia, que cayó al suelo sin que su mano pudiera sujetarlo. Conway había llegado al límite de la extenuación. De no haberle sostenido su ayudante, se hubiera desmoronado allá mismo.

—Ya basta, *signore*, Questa vecchia arrabiatta va ammazzare tutte due!^[28]

—No, quien te va a matar a ti solo seré yo si cuentas a alguien lo que has visto aquí abajo. —Conway se revolvió con una mirada extraviada—. ¿Lo has entendido bien? ¡Ni una palabra a nadie, ni a tu madre!

Gaetano le entregó el cuchillo, pero el escocés no lo guardó en la funda. Su mente parecía oscilar entre dos locuras, y Gaetano temió que él formara parte de una de ellas. ¿Por qué le miraba así? ¿Qué nuevo desatino estaba maquinando? Algo que aquel muchacho no podía ni sospechar. Kenneth Conway se había zambullido en la espiral del tiempo, viajó a la velocidad de la luz hasta el Egipto de los faraones y se sumergió en el mundo de tinieblas de los momificadores. Medio tambaleándose, volvió a avanzar hacia la momia con su cuchillo en la mano. Esta vez no vaciló en hundirlo en su costado, decidido a culminar su horrenda tarea. Se disponía a practicar el ritual inverso, el tránsito de la muerte a la vida. Ante la mirada alucinada de su ayudante vació los cuatro vasos canopes que contenían sus vísceras. Identificó los órganos embalsamados y, con una sangre fría inaudita, los fue introduciendo uno a uno por la abertura de su abdomen. No sabía por qué lo hacía, pero sentía la imperiosa necesidad de hacerlo. Dejó para el final el corazón reseco que contenía la jarra de alabastro. Una vez que lo situó dentro de su pecho volvió a cerrar el cuerpo y se arrodilló ante él, como si se dispusiera a recitar una plegaria.

Cuando se incorporó parecía imbuido de una calma profunda. Seleccionó tres estatuillas, las puso a parte y comenzó a recoger su instrumental. A Gaetano se le escapó un suspiro de alivio. Eso solo podía significar que ya habían acabado.

—Coge esas tres piezas. Mañana irás a trabajar a las excavaciones del *castello di Barbarossa* y, escúchame bien: te las ingeniarás para que alguien las descubra allá,

como si acabaran de aparecer debajo de una pala. ¿Me entiendes?

El pobre Gaetano no entendía nada, pero su respuesta fue fulminante.

—Tutto capito, signore, va bene...

—Así me gusta, muchacho. —Continuó el escocés poniendo una mano sobre su hombro y ofreciéndole con la otra cuatro billetes de quinientas liras—. Toma, esto sí es para ti.

Al pescador casi se le salieron los ojos de sus órbitas.

—¡Dos mil liras por un solo día de trabajo! —exclamó, absolutamente atónito—. Pero esto no puede ser, *signore*, es demasiado para mí.

—Compro tu trabajo, tu lealtad y tu silencio. No lo olvides.

—Que la *maledizione* caiga sobre mí y sobre toda mi familia si le traiciono.

Diciendo esto se santiguó tres veces, se ajustó la gorra y comenzó a trepar por la soga. Conway vaciló. No podía irse de aquella tumba sin volver a mirar a esa mujer a la que había amado más que a su propia vida.

—Perdóname, Bella entre las bellas, ya no puedo deshacer lo que he hecho. Ten piedad de mí.



TRES días después, cuando volvieron a abrirse ante él las puertas de Villa Lysis, quedó cegado por un resplandor bien diferente. Bajo la imponente araña de cristal de Murano que presidía su planta noble, bullía un caos de personajes disfrazados que bailaban a ritmo de *jazz*. Una melodía primitiva sostenida por el retumbar de los timbales y las mareantes escalas de los saxofones. Probablemente su pensamiento estaba condicionado por las experiencias vividas en la Gruta Azul, pero a Conway aquello le pareció una visión de la Duat, el inframundo de la mitología egipcia, donde el difunto debía deambular sorteando el acoso de los devoradores de almas. De hecho, muchos de los invitados habían elegido disfraces del tiempo de los faraones. Se diría que el mismo Anubis, el señor de los muertos, había expropiado aquellas máscaras de sus corazones luminosos, sumiéndolos en la parte oscura de sus identidades. Uno de ellos, que cubría su rostro con un antifaz del dios con cabeza de chacal, vino decididamente hacia él. A modo de saludo le mostró su mano, donde fulgía un grueso anillo de plata.

—¿Qué le parece?

Conway distinguió la imagen de un dios carnero violando a una ninfa con las manos crispadas sobre sus senos y la cabeza echada hacia atrás, en éxtasis.

—Lo siento, pero tampoco me va a engañar esta vez. Se trata de una joya inequívocamente romana: el dios Pan haciendo de las suyas. Un tema recurrente en la imaginería pompeyana del siglo I.

Fersen esbozó una reverencia.

—Siempre digo que es usted un sabio, amigo mío, pero la verdad es que nunca acaba de sorprenderme...

—Ni usted a mí —replicó Conway girando una mirada sobre el torbellino de serpentinas y confeti que caía sobre los danzantes—. ¿... O sea que esta es la fiesta que ha organizado en mi honor?

—Seguro que esperaba otra cosa —graznó con una risita ahogada—, pero ya sabe, mis invitados son gente de mundo. No puedo permitirme torturarlos con otra velada de música clásica. —Y tras decir esto, Fersen lo cogió del brazo para introducirlo en el carnaval—. Permítame felicitarle por el magnífico hallazgo de anteayer. Además de un sabio, es usted un clarividente.

Fersen se refería a las tres estatuillas egipcias usurpadas a la tumba de Nefertiti que Gaetano había hecho aparecer en las excavaciones del *castello di Barbarossa*.

—... Ahora sí que estamos cerca de localizar el sarcófago de Akenatón. Y no, no le estoy hablando de una corazonada —prosiguió el barón—. Anoche celebramos una sesión de espiritismo en La Grotelle, y se me apareció el mismo Meri-Ta en persona, ya sabe, el gran sacerdote de Atón, asegurándome que su amo y señor preparaba su despertar.

Conway se felicitó para sus adentros, su maniobra había funcionado. Aquella farsa esperpéntica era el precio que tenía que pagar por preservar su secreto. Y como una materialización de ese pensamiento, en ese instante apareció ante él una Mesalina maquillada como una ramera que le ofreció una máscara elegida para él.

—Venir sin máscara a esta fiesta es como ir desnudo, *signore* —exclamó la cortesana, cuya voz revelaba el rostro de *il Dottore* tras su antifaz—. Esta no puede rechazarla, se trata de usted mismo quince minutos después de doctorarse en su pasión necrófaga. No me diga que no he acertado. Soy un alma sensible, no podría soportarlo.

El escocés contempló la cabeza de ibis que representaba a Thot, el dios del conocimiento hermético. Su largo pico curvo centraba el negro *atef*^[29] que caía a dos bandas sobre su cabeza, confiriéndole un aspecto terrorífico. Conway se la puso con una mueca de resignación. Fersen no esperó más para introducirle en el baile.

—Ahora que está debidamente enmascarado, permítame presentarle al resto de mis invitados...

Un orondo Osiris que parecía susurrar obscenidades en el oído de una mujerzuela vestida como la diosa Nut, con un conjunto de raso negro constelado de estrellas, cruzó su cetro sobre el pecho para corresponder al saludo.

—... El excelentísimo Girolamo Spinuzza, nuestro *commendatore*, a quien ya conoce.

—Y su esposa, supongo...

—No exactamente —le corrigió el barón—. Se trata de la marquesa Casati, que ha cambiado de mascota.

Conway besó su lánguida mano sin inmutarse. La máscara ayudó a cubrir su desconcierto. ¿Pero, estos dos, no habían estado presentes en el ritual fascista orquestado en la Gruta Azul? ¿Qué hacían aquí, invitados por ese hombre al que detestaban y en quien identificaban todos los males de Italia? Antes de retirarse, el escocés se permitió una pequeña venganza.

—¿... No ha venido también el gran Curzio Malaparte?

La marquesa y el *commendatore* cruzaron una mirada fulgurante. ¿Cómo podía saber aquel extranjero que Malaparte formaba parte de su círculo más reservado? Messori se apresuró a responder por ellos.

—Sí, sí, Malaparte también ha venido. Está por aquí, en algún rincón... Hace un rato le he visto bailando con tu gran odalisca —precisó, dirigiéndose al barón—. Hacían una pareja formidable.

—¿Cómo? ¿Que Malaparte se ha atrevido a sacar a bailar a Cléo de Mérode^[30], la indomable, la inconquistable? —Se alarmó el barón, retirándose un paso para esquivar la bandeja colmada de copas—. ¡Eso es imposible!

Il Dottore puntualizó.

—No me refería a tu divina Cleopatra, sino a tu última conquista. Ya sabes, ese jovencito provocador que vende las almejas más sabrosas de la Marina Grande.

—Ah, ya, te refieres a Ruggero.

—Míralo, ahí está, el muy libertino... Seduciendo a los negros de la orquesta.

Al volverse, entre la masa de cuerpos en movimiento, distinguieron a un joven semidesnudo, cubierto con una gasa dorada y una corona de rosas sobre su cabeza, que se contoneaba provocativamente ante los músicos. Conway excusó cualquier comentario. Por fortuna, el ritual de las presentaciones no se prolongó demasiado. Saludó a media docena de personalidades cuyos nombres olvidó tan pronto como llegaron a sus oídos y, a la menor oportunidad, se soltó del brazo del barón. A solas, descubrió que su desaliento se había trocado en hambre física, y cruzó cauteloso el salón de baile en dirección al comedor donde se oían las explosiones sedientas de los corchos de *champagne*. Sobre la gran mesa central habían dispuesto una batería de fuentes rebosantes de canapés —*pâtes en croûte*, *costoletta de vitello*, pavo cortado en rodajas y *petits fours*—. Se decidió por la que mostraba, sobre un lecho de hielo picado, un girasol de cucharas de plata cargadas de caviar.

—... Puede que eso sea caviar. —Oyó que decía alguien a su espalda—, pero el champán no pasa de *spumante*.

Quien acompañaba al cebón coronado con una cabeza de cocodrilo, el divino Sobek, aguardó a masticar lo que tenía en la boca.

—Debía habérmelo imaginado: hay un dolor de cabeza en cada trago.

No tuvo tiempo de repetirlo. En ese momento se apagaron todas las luces del salón de baile y las del comedor. Antes de que cundiera el pánico, o la procacidad, entraron unos cuantos criados con libreas y turbantes llevando un candelabro de cinco brazos en cada mano. Fersen reapareció entonces, en lo alto de la escalera en forma de serpiente que conducía a las estancias del piso superior.

—¡Prepárense para presenciar la resurrección de tres dioses! —exclamó, con el tono de un gran mago—. ¡Ha llegado el momento de que les muestre mis últimas maravillas!

Una cerrada ovación precedió al desfile de los invitados. Ellos con las copas en la mano, ellas recogiendo los vestidos, todos siguieron a los lacayos hacia el gabinete egipcio. Conway se quedó donde estaba, pero aun desde ese rincón del comedor

podía seguir las exclamaciones del barón, siempre puntuadas por un nuevo huracán de aplausos. «Yo», «yo», «yo», «mi», «mi», «mi». El escocés no oía otra cosa. Fersen no le citó en ningún momento. Esas tres figuras descubiertas en la tumba de Nefertiti, las mismas que Gaetano había sembrado en el castillo de Barbarroja, las había encontrado él y solamente él.

—¡Brindo por el divino Akenatón, reencarnado en Jacques d'Adelsward Fersen, el príncipe de las pirámides!

Esa voz, o más bien ese graznido, ¿de qué le sonaban? Se trataba del notario Annicelli, otro de los próceres que participaron en el cónclave fascista de la Gruta Azul. ¿Qué estaba sucediendo? Aquellos fascistas que decían odiar a Fersen y a toda su corte de homosexuales, de pronto, acudían a sus fiestas y celebraban a su anfitrión. ¿Con qué objeto? Una mujer escandalosamente descotada bajo un aparatoso tocado de plumas de avestruz, vino a sacarle de sus cavilaciones.

—¡Ah! ¿No le parece admirable todo esto, *mister* Conway? ¿No es como revivir el Antiguo Egipto en la era moderna?

Kenneth se volvió hacia ella sin reconocerla, pese a que el mismo Fersen se la había presentado apenas quince minutos atrás.

—No le quepa duda, señora —asintió, solo por quitársela de encima cuanto antes—. Me siento absolutamente desbordado, conmocionado es la palabra...

—¡Brindemos por él! —exclamó la dama que cubría su rostro con una máscara veneciana—. ¡Hip, hip, hurra! ¡Viva Akenatón Fersen, el Magnánimo!

Y tras vaciar su copa de un trago se echó a reír como si su ocurrencia le pareciera de una gracia irresistible. Conway se evadió con la excusa de ir a por otra copa. Mientras se retiraba oyó que la veneciana se dirigía a la marquesa Casati, que acababa de servirse una tajada de *canard au sang*.

—¡Demonio, qué serio es este egiptólogo! ¡Y qué bello también! —observó en un tono vagamente desesperado.

—Sí, tiene una belleza salvaje.

Se veía que la marquesa andaba a la caza de un nuevo leopardo.

Conway no pensaba regresar. Una vez que consiguió su copa, enfiló un lateral del salón de baile buscando la puerta que conducía al jardín. Al abordarlo se encontró con otra máscara que parecía venir buscándole. ¿Qué diosa era aquella? Su vacilación no obedecía a una laguna de su memoria, sino al fulgor sombrío que irradiaban aquellos ojos negros. Se cubría con una capa pero llevaba en su mano el cetro de Maat, la diosa de la justicia y la verdad.

—Si uno se enamora de una máscara estando a su vez enmascarado, ¿cuál de los dos tendrá el coraje de quitarse primero el antifaz?

Conway reconoció al instante aquella voz, prefirió seguir su juego.

—Y esos amantes, ¿podrán seguir juntos toda la vida sin conocerse?

—¿Por qué no? El amor se complace en torturarse.

—Entonces seguiremos amándonos sin quitarnos la máscara.

—Pero yo no te perdonaré nunca que no me mires a los ojos. Vamos, mírame, no te voy a comer.

Y diciendo esto, Leticia, pues se trataba inequívocamente de ella, se cogió de su brazo para llevárselo a la parte más sombría del jardín.

—Llevo tres noches sin saber nada de ti. ¿Qué haces, canalla? ¿A quién se las dedicas? Y, *prego*, no vuelvas a decirme que a tus malditos papiros. Atrévete a confesarme que te lo estás montando con una putita pompeyana... ¿No te has enterado de que existe algo que se llama imaginación?

—Siento decepcionarte, pero el mío es el oficio más aburrido del mundo. En efecto, no hago otra cosa que descifrar jeroglíficos.

—¿Los de vuestro último hallazgo en el *castello*? Entonces es que habéis encontrado algo más que esas tres estatuillas mugrientas. Recuerda, a mí no puedes engañarme.

—Está bien, te lo diré sin rodeos: hemos descubierto la momia de Belfegor, el diabólico sacerdote de la IX dinastía.

Leticia sonrió, consciente del sarcasmo. Todo el mundo había leído aquella novelita de Arthur Bernède que puso de moda la sección egipcia del museo del Louvre.

—¿No te apetece dar un paseo en el *Albatros* a la luz de la luna? Sería una manera genial de escapar de este vodevil de momias. Y lo tengo amarrado ahí abajo...

—Ah, vaya... Pensaba que te encantaban estas mascaradas.

—Celebrarlas antes del carnaval trae mala suerte, y el barón lo sabe: por eso lo hace.

—Claro, por eso Villa Lysis está consagrada «al amor y al dolor».

—Ríete todo lo que quieras, pero es así. Hace un par de años se le metió en la cabeza celebrar un baile de máscaras como este en pleno verano.

—¿...Y apareció Belfegor en medio de la fiesta?

—Sucedió algo bastante más drástico: a la mañana siguiente encontraron a uno de los invitados colgado de una viga, en la sala de música.

—Un suicidio como cualquier otro.

—Eso pensamos todos, hasta que la tragedia volvió a repetirse el año pasado por las mismas fechas. Esta vez el muerto apareció en La Grotelle.

—¿También ahorcado?

—No, una sobredosis de opio.

—Entonces esta noche va a caer uno de nosotros —replicó Kenneth, siguiendo el lúgubre juego—. ¿Tú, por quién apuestas?

La respuesta surgió de una sombra, al otro lado de la esfinge que coronaba el acantilado sobre el mar. Cabeza de asno, hocico curvado, y una rampante cola de escorpión sobre su cabeza. Conway reconoció al oscuro Seth, el dios del mal y las tinieblas, que avanzó hacia ellos impostando una voz cavernosa.

—El fruto del Árbol del Conocimiento no es la manzana, ¡sino la carne! —Y tras decir esto lanzó una risita seca y se frotó las manos pícaramente—. ¿Saben por qué me he disfrazado de diablo? Ando rondando a la espera de banqueros que vengan a venderme sus almas.

—Me parece perfecto, *mister Pound* —exclamó Leticia—, pero encontrará víctimas mucho más receptivas en el *fumoir*. Su colega, Auden, el poeta, se dispone a leer allá su última versión de *El perro bajo la piel*.

—¡Santo cielo, eso no me lo pierdo! ¡Corro a reunirme con mi corte de súcubos!

Kenneth y Leticia lo vieron desaparecer entre la fronda de cipreses. A lo lejos, la música fluctuaba en una marea de sonoridades sincopadas. Los que bailaban, ya bastante pasados de copas, se mecían apoyándose unos en otros, apenas sostenidos por el gemido de los saxofones. Caminaron hasta el invernadero, donde había varias *chaises-longues* pasadas de moda sobre las que habían amontonado las toderías de verano. También ellos estaban un poco borrachos. Él empezó a desabrocharle el vestido, lentamente, ella enlazó su cadera con sus piernas. Sus pechos desnudos se irguieron bajo su mirada. Bastó el roce de sus labios para que despertara el deseo. Conway abrazó ese cuerpo esbelto y flexible, aspiró su perfume agrio de alcohol y humo de tabaco. Incluso cuando su sexo se hundió en el suyo seguía pensando en otra mujer, en su amada Nefertiti. En el rostro de Leticia había una especie de serenidad maligna, una belleza siniestra, como si lo supiera sin saberlo, como si lo supiera y lo aceptara, y su aceptación fuera una forma de cumplir la profecía de los amantes que se aman temiendo reconocerse bajo sus máscaras. Desde la boca de La Grotelle, mecido por el desvergonzado balanceo de los tacones de aguja de Leticia, les llegaba el eco del poema que Auden había comenzado a recitar.

*Los labios se posan en los labios
Buscando la herida sobre el cuerpo amado
Beben insaciables su veneno
Se nutren de sangre para ofrecerla
Al amor que de muerte se alimenta...*

Fue entonces cuando toda Villa Lysis se estremeció con un grito de horror. La música se detuvo, la voz del poeta se apagó como una vela soplada por la oscuridad que pareció invadirlo todo en un instante. Conway y Leticia se unieron al tropel de invitados que corrían como insectos atraídos por una herida hacia la biblioteca de la

parte posterior, donde había surgido el grito. El cuerpo de Ruggero Sasa, el chapero, el último efebo incorporado al círculo de Fersen, todavía estaba caliente cuando lo descubrieron bajo el cúmulo de abrigos y salidas de noche arrimados sobre la mesa de billar. Alguien había hundido oblicuamente en su corazón, con una fuerza terrible, un largo estilete de acero.

La marquesa Casati había hecho el amor con el *commendatore* literalmente sobre su cadáver. Lo descubrieron en el momento en que esta se incorporó y revolvió el rimero de prendas para recoger su estola. La Casati parecía en estado de *shock*. Sus ojos no dejaban de ver aquella escena atroz: el estilete clavado sobre el pecho del joven, su cuerpo desnudo, sus genitales amputados, ese cuévano espantoso del que se desvenaba un charco de sangre.

La policía fue avisada inmediatamente, pero los invitados comenzaron a retirarse antes de que apareciera. Tal vez fue por eso. Por el impacto del horror, por el aturdimiento, por el miedo. Ninguno de ellos se desprendió de su máscara. Como actores que eran, desaparecieron dentro de sus automóviles auxiliados por los criados y los chóferes, sumergidos en un silencio de conspiradores. Lo que había comenzado como un carnaval concluyó con ese cortejo fúnebre, donde todos los signos de la fiesta, los inverosímiles tocados, las plumas, los disfraces, se invirtieron en emblemas de la muerte. La maldición de los faraones se había cobrado una nueva víctima, y el barón Fersen volvía a estar en el centro de todas las sospechas. ¿Pero por qué el joven Ruggero Sasa? En el silencio de la calma recobrada una luna pálida se reflejaba en el mar, por la parte del embarcadero. Primero dibujó la forma de una incógnita, y enseguida, se rompió en pedazos sobre las aguas que comenzaban a picarse azotadas por el viento.



DE los palacios a los burdeles, y de los sanatorios a los casinos, donde el escándalo adquirió magnitudes épicas, todo Capri quedó conmocionado por el incidente. Naturalmente, se instruyó un proceso verbal. La mayoría de los invitados a la fiesta de Fersen se negaron a prestar declaración. El *commendatore* Spinuzza avaló la dispensa de los más señalados apelando a una incierta inmunidad diplomática. Otros se inventaron excusas aún más peregrinas para evitarse la humillación de pasar por la prefectura. Todos querían olvidar cuanto antes el macabro asesinato de Ruggero Sasa. Pero si el choque de cualquier tragedia súbita se diluye enseguida, el instante preciso en que esta sucede permanece vibrando, expandiendo las ondas del creciente círculo del terror. La maldición de los faraones se enquistó así bajo la piel de la vida ordinaria de aquella isla festiva y vacacional, donde parecían haberse abierto definitivamente las puertas del infierno.

—... No entiendo a qué viene esto ahora. Me parece ridículo que conceda el menor crédito a las habladurías de cuatro sacamuelas. ¿Es que no se da cuenta? Rendirse equivaldría a darles la razón.

—No se trata solo de habladurías, Conway. Me temo que su integridad y la mía corren peligro. —Fersen había convocado a su arqueólogo a primera hora de la mañana. Se veía muy afectado—. La gente piensa que todo esto es consecuencia de las excavaciones. Ya sabe cómo son, leen esas noveluchas por entregas que publica *Il Messaggero*. Hasta el gran Salgari se ha pasado al género^[31]. Normal que se creen a pies juntillas todos esos cuentos sobre el fantasma de Belfegor. ¿Cómo no entenderlos? No olvide que esta serie de crímenes, a cada cual más espeluznante, se inició con el asesinato de Caltagirone. Y el cadáver de Gesualdo, el pastor que guardaba las ruinas de Villa Helios, aún está caliente.

—Pero este muchacho no tenía nada que ver... —protestó Conway.

—Salvo que murió en mi casa, mientras celebrábamos mi gran fiesta egipcia. Para el populacho esa es una relación evidente de causa y efecto.

—Por favor...

El barón se volvió hacia el ventanal que daba al jardín sobre el mar y cruzó sus manos a la espalda.

—Mi decisión está tomada, Conway: se suspenden todas las prospecciones hasta

nueva orden.

—¿Y usted, está decidido a...?

—Sí, en efecto. Me voy a Londres una temporada. Este escándalo puede acabar con mi reputación, y no quiero arriesgarme a perder mi último refugio. Usted, por supuesto, puede quedarse en mi casa tanto tiempo como desee. Supongo que tendrá un gran trabajo de inventario por delante.

—Así es. Le confieso que estas excavaciones son las menos científicas de mi carrera: ni siquiera he redactado un diario, ni he tomado notas de los hallazgos, y le debemos un informe al Instituto de Historia.

—¡De eso nada! ¡A los del Instituto no les debemos nada! —El barón se volvió bruscamente, como si la mera mención de esa institución le sacara de quicio—. ¡Estas son mis excavaciones, no las suyas! Todo lo que encuentre me pertenece.

—Estamos en Europa, Fersen, no podemos saltarnos la legislación vigente.

—¡Aquí no hay más ley que la mía, Conway, no lo olvide! Antes que entregárselos a esos cernícalos prepotentes arrojaría al mar todos mis tesoros. ¿Y sabe por qué lo haría? —continuó, más calmado, con otro tono de voz—. Lo haría porque no entienden nada, porque para ellos la historia no es más que una ciencia muerta. Para mí se trata de otra cosa. No me importa la ciencia, sino el conocimiento de esa civilización superior que sigue viva, sí, absolutamente viva, allá, entre las estrellas. ¿Usted también lo cree, verdad?

—Creo en lo que veo —repuso lacónicamente el escocés.

Fersen avanzó unos pasos, hasta situar su rostro a un palmo del suyo.

—No, usted es igual que yo —exclamó, atravesándole con una mirada extraviada—. Usted cree en lo esencial, y lo esencial es invisible a los ojos, aunque está ahí, muy cerca de nosotros, al otro lado de la realidad. Igual que la materia oscura del cosmos. No se puede ver, pero existe. Toda la sabiduría de los antiguos egipcios apuntaba a esa incógnita. Buscaban incorporar al corazón la energía en que se baña el universo entero y sabían cómo hacerlo, no le quepa duda. Sus faraones eran seres alquímicos que al morir se transformaban en un estallido de luz fulgurante, en estrellas vivientes. «En el cielo se vive» decían ellos, «en la tierra se existe». Y yo aspiro a vivir, Conway, ¡aspiro a vivir!

—No entiendo qué pretende decirme, Fersen.

—Lo sabe muy bien, Conway: Egipto no es un país sino una idea. Sus amigos, los arqueólogos, los científicos, solo piensan en el legado material de esa cultura prodigiosa. Pero, dígame, ¿qué es más importante, las piedras de las pirámides o el conocimiento supremo que las puso en pie?

—Le responderé con otra pregunta: ¿por qué lo plantea como dos vías excluyentes? Para mí son perfectamente compatibles.

—¡Para ellos no, amigo mío! Los nuevos bárbaros pisotean todo lo que tiene que

ver con el espíritu, se burlan de quienes creemos fervientemente en una vida después de la muerte. Dígalos que las ciudades sagradas de Egipto reproducían el mapa del cielo, dígalos que sus templos eran telescopios horizontales. Sí, dígalos que sus pirámides eran literalmente «máquinas de resucitar», y sus sarcófagos «proveedores de vida» que expandían su luz sobre el difunto para resucitarlo. La carcajada sería el paso previo a su ingreso en un manicomio. Pero usted lo sabe, sabe que tengo razón y que en esos jeroglíficos está la clave de todo, la fórmula que nos abrirá las puertas de luz por las que regresarán aquellos a los que invocamos, usted y yo, incesantemente.

Conway se encontraba incómodo, la pasión que ponía en sus palabras aquel loco le resultaba demasiado violenta. Se defendió con una ironía muy británica.

—Y usted, ¿cuándo «regresará» de Londres?

—No lo sé, no puedo decírselo... —Tras encajar el doble sentido de sus palabras, Fersen repuso con otra provocación—. Tal vez cuando reciba un cable suyo anunciándome que acaba de descubrir la tumba de Akenatón.

El escocés aceptó el cigarrillo que le ofreció el barón, sabiendo que se trataba de una pausa cortés, a la italiana, una especie de descanso entre dos asaltos.

—¿Pero no acaba de decirme que las excavaciones quedan clausuradas?

—Lo conozco, Conway. No sé cómo ni dónde, pero no me cabe duda de que usted seguirá buscando su alma, y no descansará hasta que la encuentre.

El arqueólogo ya no respondió. Desvió una mirada hacia la cabeza del faraón hereje que presidía su gabinete y se retiró impostando una impasibilidad que se había quebrado en mil pedazos. Aquel hombre parecía leerle el pensamiento. Y, sin embargo, ¿qué podía saber Fersen acerca de sus prospecciones secretas? No, Gaetano no le había traicionado, el barón no sabía nada. Pero ese viejo zorro intuía algo. «Tendré que trabajar rápido, esta vez no puedo fallar», masculló mientras cerraba tras de sí las puertas de Villa Lysis, sin imaginar que, en otro lugar, no muy lejos de allá, alguien estaba pasando por él la siguiente página del *Libro de los Muertos*.



SUCEDIÓ cinco días después, cuando volvió a visitar la tumba de la Gruta Azul. Prefirió hacerlo solo, sin Gaetano, pues se disponía a clasificar el material exhumado en los tres sarcófagos. Comenzó por los papiros. Debía examinarlos aunque fuera sumariamente para valorar su relevancia. La momia de Nefertiti le escuchaba deletrear los cartuchos, tendida sobre el suelo, a su espalda. Conway acababa de leer una frase que le emocionó: «Has partido, faraón, pero regresarás». De pronto, escuchó una voz apenas susurrada que parecía repetir sus palabras. Se volvió. Su linterna dibujó un halo en la oscuridad. No, allá no había nadie. Solo aquella momia que sujetaba la llave de la vida entre sus manos. Entonces fue el puntal que sostenía la cripta. Gimió con un crujido grave que hacía presagiar un derrumbe inminente, como la última vez. Conway lo ignoró. No era eso lo que le inquietaba, sino aquella voz que había escuchado a su espalda. Intentó abstraerse, continuó leyendo. Al poco comenzó a sentir frío, un frío extraño. Se estremeció del mismo modo en que lo hacemos cuando, alguien camina sobre nuestra tumba.

—¿Qué demonios te pasa, Kenneth? —Se enfadó consigo mismo—. No eres un cretino, tú no te dejas impresionar. Lo que sientes no es más que una ridícula autosugestión, nada más que eso.

Precisamente en ese momento el puntal resquebrajado acabó de partirse en dos. Conway no tuvo tiempo de reaccionar. Un turbión de tierra y piedras cayó sobre él. Nunca sabría cuánto tiempo permaneció inconsciente. Al despertar no pudo pensar otra cosa: había vuelto a nacer. El impacto de la viga apenas le había dejado un corte superficial, y el alud parecía bloqueado por una roca enorme que, milagrosamente, dejó libre el acceso al hipogeo. Aparentemente todo seguía igual. Sin embargo, la sensación de irrealidad se le hizo más intensa. Cuando volvió a mirar a la momia, sintió que penetraba en el territorio de la alucinación.

De pronto, aquellos huesos descarnados que conformaban su calavera se habían transformado en un perfil puro, como el de una bella joven que acabara de expirar. Conway se frotó los ojos. Al volver a abrirlos, le pareció distinguir que las vendas sueltas que cubrían su cuerpo se estaban moviendo, como mecidas por una suave brisa. Se levantaban lánguidamente, luego volvían a caer. A través del lienzo, a la altura de su cadera, se transparentaba un vislumbre de piel rosada. El escocés sintió

que le ganaba el pánico.

—... Estoy loco, me estoy volviendo loco.

La sangre le golpeaba las sienes, arrojó los papiros, ya solo deseaba huir de aquella tumba. No pudo hacerlo. Paralizado, con los ojos fijos en aquella escena irreal, vio cómo la momia de Nefertiti se erguía lentamente ante él. Un cuerpo suntuoso, blanco como el marfil, comenzó a desprenderse del ennegrecido cadáver como una larva que saliera de su crisálida. Sus miembros se fueron habitando de carne, aparecieron sus senos altos y turgentes, el cabello comenzó a crecerle como un manantial, en largas trenzas tan negras como el azabache. Y a medida que su calavera se cubría de la más tersa piel, de un rosa dorado, las urnas polvorientas de sus cuencas, donde se engarzaban unos ojos de pedrería hasta entonces oscuros y vagos, se fueron iluminando con la luz de la vida. Sí, la veía respirar suavemente, veía el latido de la sangre en sus venas. Al fin sus labios se entreabrieron para pronunciar estas palabras que no olvidaría mientras viviese.

—Llevas el «ken» de Akenatón en tu nombre, amado mío. Por eso me has encontrado. Al reconocerme restituiste a mi cuerpo todos sus órganos, suplicaste a los dioses que mi corazón volviera a palpar. Mientras vertías en mis oídos las fórmulas sagradas, acariciaste esta cruz del *ankh* que permite a la vida regenerarse eternamente a través de los siete universos. Así apuraste la copa de mi alma y yo bebí de la tuya. Mírame. Ahora también tú has resucitado conmigo.

Al oír su voz, como si se hubiese hecho uno con su delirio, todo el terror se diluyó en una suerte de fascinación maravillada. Aquella mujer divina le estaba confundiendo con su esposo, Akenatón. O tal vez no se equivocaba, y él era realmente la última reencarnación del faraón apóstata. Se parecían, tenían los mismos rasgos, una misma pasión les animaba. Y, no en vano, tras leerla en los suyos, los labios de Nefertiti habían pronunciado el conjuro supremo: «Has partido, faraón, pero regresarás». Entonces... Kenneth Conway sintió que traspasaba un umbral, poderes invisibles le habían tomado bajo su tutela y le protegían.

Tendió su mano hacia ella, sobrecogido, tentando el vacío, como si dentro de aquel exiguo recinto atravesara eones de oscuridad. Al rozar la piel de su rostro todo se llenó de luz. Nefertiti se llevó su mano a los labios. Su corazón había dejado de latir, le dominaba el esplendor inefable del más allá.

—«Nefer-Neferu-Atón» —pronunció con voz extática—. «Bella en la perfección de Atón»... Sí, al fin has llegado, mi reina. He estado unido a ti desde el origen, desde hace más de tres mil años. Ni por un instante he dejado de soñar contigo.

—Por eso has venido, por eso estás aquí. Solo tú podías encontrarme, amor mío.

Aquellos ojos inmensos, de un verde líquido, se hundieron en los suyos. Como esa voz susurrada, sus brazos se enlazaron sobre su cuello, su respiración se volvió anhelante. Kenneth Conway besó aquella calavera descarnada con una pasión

demente, sediento por beber de su boca el néctar de la vida eterna. Con los ojos cerrados, con su boca en la suya, sintió que sus cuerpos se elevaban absorbidos por una espiral de luz que les transportó muy lejos, hacia su tiempo de esplendor, hasta el Egipto de los grandes faraones. El sol poniente incendiaba los palmerales, teñía de púrpura las aguas del Nilo dándole la apariencia de bronce recién fundido. Sobre las aguas fangosas, entre los granadales encendidos por el escarlata intenso de sus flores y el verde vivo del trigo al brotar, vieron deslizarse la barca solar que les condujo hasta Hermonthis, la capital del sur, el día de su coronación. A sus pies se levantaban los enormes pilonos defendidos por obeliscos que celebraban el nacimiento de la luz en ese rayo petrificado, el símbolo de la presencia divina en la tierra. Un carro de oro y electro les esperaba. Escoltados por un cortejo de príncipes y sacerdotes de cabeza afeitada, aclamados por una ingente muchedumbre, atravesaron la avenida de esfinges con cabeza de carnero y penetraron juntos en el templo. Un fénix de alas de oro sobrevoló el bosque de columnas que conducía al *sancta sanctorum*. Y de las sombras fueron surgiendo a su paso Jonsu, el dios primigenio, y Seshat, la que purifica el mundo, y el dios halcón Horajtl, «el Horus de la doble región de luz», el guardián del gran camino hacia la eternidad. Se impusieron esos himnos ceremoniales que parecían dimanar de los imponentes colosos apostados para guardar a los muertos con sus cabezas vueltas a oriente, a la espera de su despertar. Un destello de fuego líquido tiñó el frontal de las estatuas. Por la parte de occidente, el disco de Atón resplandecía como si el sol mismo hubiera cobrado vida para convertirse en esa fuerza creadora que a cada instante funda el universo y toma los mil rostros de los dioses.

La noche descendió sobre ellos como un manto cuajado de estrellas, se extendió sobre el valle sagrado donde fueron erigidas y destruidas civilizaciones enteras.

Conway abrazó a su reina, no podía dejar de mirarla.

—Hemos vencido a la muerte, amada mía.

Nefertiti inclinó la cabeza y le dijo muy bajo al oído.

—... Ya nada podrá separarnos.



20

NEFERTITI apenas podía caminar, le dolían todos sus miembros, tenía frío, mucho frío. Conway la cubrió con su chaqueta y la alzó en sus brazos para llevarla hasta su caique. Por la boca de la Gruta Azul se filtraba un rayo de luna que se reflejaba sobre el espejo roto de sus aguas. El escocés comenzó a remar. La reina deslizó su mano hasta la corriente, se refrescó el rostro y la nuca.

—Siento que vuelvo al río de la vida —exclamó, con esa voz apenas susurrada—. Vuelvo a nacer.

—He de decirte que el mundo al que regresas es muy diferente al que conociste...

—¿No estamos en nuestro sagrado Khemet^[32]? —preguntó, llena de extrañeza.

—No, no estamos en Khemet, ni en nuestro tiempo.

—¿Pero cómo? ¿Acaso no somos ya los «Justos de Voz»^[33]? —insistió, ganada por una confusión angustiada—. ¿Acaso no hemos atravesado las doce partes del inframundo, y nos hemos reconocido en los campos de Ialú?

—No, no es así, amor mío. Vas a nacer en un mundo extraño, del que nada sabes, donde nadie te conoce..., ni debe reconocerte.

—No te comprendo. ¿Qué quieres decirme?

—Lo comprenderás a medida que vayas despertando. Pero ahora, escucha, hasta debemos cambiar nuestros nombres.

—¿Cambiar nuestros nombres sagrados? ¿Pero por qué?

—Corremos peligro, mi reina.

—¿Otra vez los hititas...?

—No, no es eso. Nuestros enemigos de entonces, los hititas, también han desaparecido de la faz de la tierra.

—¡Ya entiendo! ¡Te refieres a los conspiradores de palacio que acabaron con tu vida! —Y tras esa exclamación, su voz volvió a cubrirse de pesar—. Estaba escrito que un día los sirvientes ocuparían el trono de sus reyes. No me digas que también ellos han vuelto...

Conway nunca sabría si aquello fue una deducción o un golpe de clarividencia, pero sus palabras venían a resolverle muchas explicaciones.

—Así es, mi reina. Ahí fuera acechan los mismos de entonces, pero también ellos han cambiado sus nombres. Ni Ahmosis, el portador del sello, ni Meri-Ta, el sumo

sacerdote, ni Hatay el arquitecto, ni el general Horemheb se llaman así, pero los reconocerás en cuanto los veas.

—Entonces, ¿por qué hemos de cambiar nuestros nombres?

—Sobre todo por los otros, mi reina. No puedo explicártelo ahora, pero haz lo que te digo. A mí me llamarás como ya me has llamado: «Ken». Bastará con eso.

—Sí, porque te reconocí al instante, y tu nombre me vino como una luz a los labios.

—A mí me ha sucedido lo mismo contigo.

—Ah, pues pronuncia de una vez el nombre nuevo que has elegido para mí.

—Ankhesa, casi como Ankhesamón, ¿te acuerdas?

¿Cómo no recordarlo? Ankhesamón fue su tercera hija, la más querida. Una vez que Nefertiti se retiró de la vida pública, Ankhesamón ocupó su lugar en el trono y llegó a casarse con su propio padre, antes de hacerlo con Tutankamón. Si Kenneth evocaba el «ken» de Akenatón, Ankhesa incluía la clave *ankh*, la esencia de la vida. Nefertiti pronunció su nuevo nombre, Ankhesa, y sintió que renacía en ella mientras emergía de las aguas a la noche abierta. El firmamento parecía una réplica de su Khemet, una tierra negra sembrada de estrellas.

—Me has mentado, Ken, nuestro mundo no ha cambiado. Mira —exclamó elevando su mano hacia las constelaciones—. Allá están nuestros hermanos, Sahú y Sothis^[34], igual que siempre.

—Sí, ahí están y ahí permanecerán hasta que se acabe el tiempo. Es lo único que queda de todo lo que fuimos.

—¿Te parece poco? Si ellos están ahí nada malo puede sucedernos.

—No va a ser tan fácil, mi querida Ankhesa, no va a ser tan fácil...

Conway apenas sabía lo que decía. Improvisaba sobre la marcha, desbordado por aquel cataclismo prodigioso que había desbaratado todos sus planes, todas sus estrategias y, sobremanera, toda su cordura. No acababa de aceptar que aquello fuera un delirio del que, sin embargo, no quería despertar. Remaba despacio, sin dejar de mirarla, mientras pensaba qué hacer con aquella mujer imposible que había resucitado de entre los muertos.

—Siento que la garganta me arde, Ken, como si la tuviera llena de polvo del desierto. Tengo mucha sed.

—Enseguida llegamos a mi casa.

—¿En qué palacio vives ahora?

Conway reprimió una sonrisa, sí, aquella situación tenía su parte cómica.

—Ahora vas a verlo, vivo en una torre llena de papiros. Ven, cógete de mi mano...

La ayudó a desembarcar, remontaron la oscura costanera que subía hacia la *piazzetta* Umberto I. A esa hora, cerca de las tres de la madrugada, se veía desierta.

La cruzaron sin testigos. Nefertiti-Ankhesa miraba a un lado y otro, atónita ante todo lo que se ofrecía a su paso. Los edificios, las luces, los automóviles aparcados a lo largo de la calle. Todo despertaba su asombro y multiplicaba su desconcierto, pero ya no hacía preguntas. Kenneth le había dicho que se dejara llevar, y así la llevaba, abrigada en su chaqueta, que le caía dos palmos por debajo de la cintura, muy abrazada a él.

El conserje de noche del San Felice tampoco hizo preguntas. Estaba acostumbrado a entregar la llave a huéspedes que regresaban al filo del alba en cualquier compañía, y la política del hotel dictaba una pauta de discreción absoluta. Le sorprendió, por supuesto, que aquel profesor siempre circunspecto apareciera de pronto con una mujer como aquella. Su aspecto exótico, lo que imaginaba de su cuerpo bajo la chaqueta y, sobre todo, sus pies descalzos, dejaban bien claro que se trataba de una prostituta. Si venía tan aterida, seguro que se lo había llevado a darse un chapuzón en ese antro de todos los pecados, la *Grotta Meravigliosa*. Conway le pidió que les subieran una cesta de fruta, dos raciones de *biscotto di mascarpone*, leche caliente y miel. El conserje no dejaba de mirar a Ankhesa, de reojo, ganado por una curiosidad morbosa. Se apresuró a abrirles las puertas del ascensor.

—Subiremos solos, gracias.

—¿Desea que le despertemos a alguna hora?

—No será necesario.

—*Allora... A la sua disposizione, signore*. El refrigerio llegará en quince minutos.

Kenneth le deslizó un billete de cien liras mientras cerraba la verja del elevador, luego accionó la palanca. Así se inició la segunda vida de Nefertiti en esa provincia del Duat, el país de los que resucitan, al que enseguida se acostumbró a llamar Capri.

Los primeros días, además de absolutamente delirantes, resultaron muy divertidos. La pareja recorrió los establecimientos más acreditados de vía Cammerelle, y, en cada uno de ellos, Ankhesa quedó deslumbrada. En un principio elegía túnicas ceñidas, largos caftanes de lino, y sandalias planas. Pero a medida que se habituaba a contemplar la vida de la isla, cuando se detenían a comer en cualquier *trattoria*, o a tomar el último café de la tarde en La Rondinella, observando a las elegantes, también fue cambiando su vestuario. Se habituó a calzar tacones, las túnicas dieron paso a conjuntos plenamente contemporáneos, y, enseguida, se atrevió incluso con los recién llegados de París. A veces, mientras paseaban, Conway le confiaba su mano, aunque Ankhesa no siempre se lo permitía, porque no entendía ese gesto. Otras veces, la reina retiraba su mano de un modo que a Conway le parecía estar implorando precisamente lo contrario, que la conservara en la suya. En ese tiempo no dejaban de hablar. Kenneth tenía mucho que contarle, pero solo le contaba aquello que ella pudiera entender. Le mostró mapas del Antiguo Egipto, le señaló el lugar de la isla de Khnum, el dios carnero —su nuevo reino—, algo que ella asimiló

con toda naturalidad. Y también le habló de partir hacia un país muy lejano —su vieja Escocia—, donde emprenderían una nueva vida lejos de todos los demonios del pasado.

—¿Pero por qué no regresamos a nuestro sagrado Khemet? Un faraón no puede reinar lejos de su ciudad, sin tener ante sí los templos de sus dioses protectores. Egipto es el centro del mundo, el punto de equilibrio de toda la creación...

—¿Lo comprenderías mejor si te dijera que ha caído en poder de los pueblos del mar?

El rostro de Ankhesa se ensombreció.

—¿Lo destruyeron todo?

—Nuestra capital, la dorada Amarna, fue arrasada hasta sus cimientos. Nada queda de su antiguo esplendor.

—¿Y nuestras hijas, los príncipes, la corte...?

—Todos se fueron.

—Estoy segura de que regresarán con nosotros. Créeme, amor mío, si volvemos todos ellos regresarán a la vida y Amarna se levantará de sus cenizas.

—No, eso no sucederá nunca más, mi reina.

—Pero algún día tendremos que volver... No se puede vivir eternamente en un sueño.

—El sueño era tu vida anterior. Recuerda, ahora has despertado.

—No sé si es así, Ken, no lo sé. Todo es tan extraño...

—Date tiempo, ya te acostumbrarás.

—¿Cómo se dice «confío en ti» en la lengua de este tiempo?

Conway sonrió mientras respondía.

—J'ai confiance en vous.

Entre ellos hablaban en egipcio medio, la lengua franca en la época de Akenatón, que Conway dominaba perfectamente. Pero para vestir la nueva personalidad de Nefertiti-Ankhesa, había elegido un idioma diferente al italiano, lo suficientemente cosmopolita como para justificar su aspecto, como lo era el francés. Ankhesa aprendía rápido, aquella lengua simple era como un juego de niños para ella. Y, a medida que la practicaba —en el hotel, en los restaurantes, en las tiendas—, cada respuesta le afirmaba en la evidencia de que aquello no era un sueño, sino su nueva realidad, a la que se adaptaba de día en día con una ductilidad prodigiosa.

No obstante casi todos los días, al caer la tarde, la reina parecía hundirse en una crisis melancólica de la que solo se recuperaba buscando la soledad. Conway le mostró los caminos más apartados por los que podría pasear sin peligro. Curiosamente, Ankhesa siempre regresaba a los lugares donde él había iniciado sus excavaciones. El espolón de Villa Jovis, el *castello di Barbarossa*, y, sobre todo, el encinar que rodeaba las ruinas de Villa Helios, muy cerca de la Gruta Azul. Allí

permanecía durante horas, sola, siguiendo el curso del sol hasta que se posaba sobre el horizonte como si viera el mismo disco de Atón abriendo una estela en el mar, y pudiera oír su llamada para regresar con ella al corazón de la eternidad.



21

DURANTE ese tiempo Conway no tuvo que dar demasiadas explicaciones. Solo la mirada del *signore* Cornacchia, a veces suavemente reprobatoria, casi siempre cómplice, parecía pedírselas cada vez que se acercaba a servirles el desayuno. Naturalmente, el escocés acabó presentándosela. Bastó una mirada de los bellos ojos de Ankhesa para que el *maître* del San Felice cayera rendido a sus pies. No, esa mujer no podía ser una cualquiera. Antes sería una aristócrata, probablemente austro-húngara, pues su pronunciación francesa le recordaba mucho la visita a la isla de la célebre princesa Bibiesco, cortesana ilustrada y amiga de un judío poco recomendable que firmaba Marcel Proust. Cornacchia nunca olvidaría el día en que la princesa solicitó su consejo para que le ayudara a elegir entre dos pañuelos. Acabó decantándose por el estampado que él consideró idóneo. Desde entonces el viejo chambelán multiplicaba sus solicitudes entre las damas, y Ankhesa no fue una excepción. Solamente en una ocasión, aprovechando la circunstancia de que ella estuviera ausente, se acercó a Conway para manifestarle su opinión al respecto.

—... Demasiado bella para que la otra le perdone.

Se refería, obviamente, a Leticia Cerio, de quien el escocés llevaba demasiado tiempo sin tener noticias. ¿Qué habría sido de ella? A veces se lo preguntaba cuando veía pasar a Ezra Pound, el poeta amigo de su padre. Pero cualquier indagación, con Ankhesa a su lado, hubiese resultado algo más que comprometida. Pound le saludaba llevándose la mano al ala de su sombrero, y seguía su camino, siempre hacia el café Vittoria, donde le esperaba su corte de *snoobs*. ¿Sucedería lo mismo con el barón Fersen cuando regresara de su viaje a Londres?

Esa tarde había quedado con Ankhesa en que subiría a buscarla al mirador sobre los farallones en cuanto acabase de trabajar —llevaba quince días traduciendo los papiros hallados en su sarcófago—. Se encontraba así, sumergido en su *salotto* del San Felice, cuando sonaron unos nudillos en la puerta. Al abrirla, apareció un lacayo sosteniendo en sus manos un servicio de café que no había solicitado.

—... He sido yo quien se ha tomado la molestia —graznó una voz inconfundible a su espalda—. El té de las cinco me sienta particularmente mal. Espero que no considere un incidente diplomático haberlo cambiado por un genuino café egipcio.

Se trataba de Baldassare Messori. Conway no disimuló su asombro.

—¿Usted aquí...? Lo hacía en Londres, con el barón.

—Está mal informado, amigo mío... —Continuó *il Dottore* examinando la estancia sin ningún disimulo—. Claro que si me invita a pasar, además del café, puedo ofrecerle referencias mucho más sustanciosas.

El escocés se retiró de la puerta.

—Pase, por favor...

El lacayo se hizo a un lado, *il Dottore* rebasó el umbral y, nada más hacerlo, fue él mismo quien recogió la bandeja. Sus zapatos ortopédicos no fueron un obstáculo para que avanzara decididamente hacia la mesa donde Conway tenía desplegados sus papiros. El escocés se apresuró a retirarlos.

—Yo, por supuesto, lo tomo sin azúcar —puntualizó Messori, ya con la cafetera en alto—. Pero usted, humm... Está claro que necesita mucha glucosa para alimentar la febril actividad de sus neuronas.

El escocés se sentó frente a él y encendió un cigarrillo.

—O sea que ahora le preocupan mis neuronas. Bueno, hay cosas peores...

—Tiene usted mal semblante, Conway, trabaja demasiado.

Y, diciendo esto, se aplicó a sorber su taza de café, ruidosamente.

—El verdadero café egipcio debe beberse como un carburador —se justificó, manteniendo su meñique enhiesto—. Se trata de un arte local.

—¿Y el suyo, en qué consiste?

—*Il Dottore* vela por su salud.

Conway estaba de buen humor, no le costó ningún esfuerzo impostar su sarcasmo.

—Entonces, ¿le parece prudente que lo tome con dos terrones?

—Aun así necesitará un buen antídoto.

—No me diga que ha vertido dentro una dosis de su propio veneno.

—Lo reservo para ocasiones más felices. Esta no lo es tanto...

—Ah, ¿me está diciendo que me ve ya desahuciado?

—Ojalá estemos a tiempo de salvarle. —Y tras afilar las guías de su mostacho con la servilleta, Messori añadió—. Me dijeron que le había picado una víbora, una cobra real, concretamente.

—No le entiendo...

—Cuídese de las mujeres, *signore*. En todas hay algo de serpiente, permítame que se lo diga. No hablo porque sí.

—¿Qué pretende decirme, Messori?

Il Dottore despidió una vaharada de humo y, con el meñique erecto de la mano que sostenía su taza, señaló la cama. El escocés entendió.

—¿Cómo lo sabe?

—Por favor, amigo mío, se trata de un secreto a voces... Todo Capri le ha visto pasearse con esa misteriosa dama ante la que ejerce como una especie de pigmalión.

¿Es cierto que le elige usted hasta sus conjuntos de lencería?

—Es inútil que insista, no pienso hacer lo mismo con usted.

—Dígame, ¿se trata de un *amour fou* o de una gélida historia de pasiones británicas?

—No creo que eso concierna a su gabinete.

—¿Ni a Leticia Cerio tampoco? —exclamó *il Dottore* en su tono más vitriólico—. Ah, no, claro que no... Y le comprendo: está claro que usted ha actuado así por despecho.

—¿Yo? ¿Por despecho?

—Oh, vamos, despréndase de su máscara *sespiriana*. Tiene que ser muy duro que tu amante se case en tu propia casa y no te invite a la boda.

El escocés sabía que estaban comprometidos, pero ella ni siquiera le había comentado que se iba a Inglaterra. Sin razón aparente, pues aparentemente todo era un juego entre ellos, sintió una punzada en el corazón. Su flema inglesa le ayudó a disimular su desconcierto.

—¿... O sea que Leticia se ha casado?

—... Con el barón Fersen naturalmente. Y lo han hecho en su adorada Canterbury, ya sabe, donde los cuentos procaces.

—En ese caso, le ruego que en su próximo cable les transmita mis felicitaciones.

Il Dottore se le quedó mirando como si le faltara un elemento clave para establecer su diagnóstico. Esperaba una respuesta fría, pero no tanto.

—Ustedes los grandes sabios se conducen como verdaderos niños —exclamó al fin, apartando sus ojos de él—. Permítame que se lo diga así de crudamente.

—¿Qué esperaba? ¿Qué fuera corriendo a impedir su boda? Aunque no me hayan invitado estaba perfectamente informado.

—Oh, ahora no se trata de eso —insistió Messori—, me refiero a su amante. Verá, mientras esa dama no viva con usted lo que usted haga no tiene importancia, ni en Capri ni en ninguna parte. Lamentablemente, me han llegado noticias de que la Bella desconocida comparte sus habitaciones aquí, en el San Felice. Descubrir esta *liason* suya no le va a gustar nada al barón Fersen. Entiéndale. Inglaterra domina el mundo gracias a su contención. Si usted deja de ser un puritano, su crédito se resquebrajará.

—No se preocupe por mi crédito: estoy en bancarrota.

Il Dottore sonrió, a su tenebrosa manera.

—Entonces, su nueva amante, ¿ni siquiera es una aristócrata? Su caso empieza a ser grave, amigo mío. Si confiara en mí, me atrevería a recetarle una cura de reposo en brazos de la baronesa de la Chauminière, o mejor, sí, mucho mejor entre sus inconsolables muslos. Su marido, el magnate Krupp, la abandonó por una corista que interpretaba el papel de Semiramis en el Folies Bergère y ella, lógicamente, arde en deseos de vengarse con un arqueólogo.

Mientras escuchaba su perorata Conway no dejaba de pensar. Esa boda precipitada cambiaba todas las fichas en el tablero de ajedrez de su historia. Pero, una vez más, las reinas y los alfiles se cruzaban a su favor. Ahora que Leticia se había casado con Fersen, su romance con Ankhesa quedaba plenamente justificado. Según acababa de revelárselo su factótum, a la buena sociedad de la isla solo le molestaba que viviera con ella en su hotel. Pero, ¿qué mejor que un buen escándalo superficial para mantener oculta la increíble genealogía de su pasión?

—... Y a propósito, hablando de habladurías. —Viendo que ya no le escuchaba, Messori cambió de tema sin imaginar que, en el fondo, seguía hablando de lo mismo—. También se rumorea que ha hecho usted un gran descubrimiento y que lo mantiene en secreto.

El escocés unió los cabos.

—O sea que era eso... No me diga que Fersen le ha fletado un pasaje en el *Diretissimo* de Londres a Nápoles, solo para vigilar mis movimientos entre sus ruinas.

—Ya conoce usted a Jacques. Las ruinas le interesan bastante más que las mujeres, salvo que estas también presenten un estado ruinoso. Entonces comienza a fascinarle la novela.

—¿Y qué piensa de mí?

—*Mister Conway* es un *gentleman* en su imaginario. Está convencido de que de haber encontrado usted algo importante, le hubiera cableografiado inmediatamente.

—¿Entonces...?

—Entonces permítame que me presente: yo soy Ankhesa.

Al volverse, *il Dottore* se quedó con la boca abierta. La reina venía enfundada en un atrevido conjunto de Lucien Lelong^[35] de seda salvaje y talle largo —cerrado a la altura de las caderas, sin marcar la cintura—, cuyos tonos vivos resaltaban el dorado de su piel y su brillante cabellera negra. Cuando Nefertiti posó en él su primera mirada, Messori supo que no la olvidaría jamás. Le invadió al instante un hechizo irresistible, profundo como un túnel en su memoria ancestral que le llevó muy lejos, hasta un tiempo que no era capaz de recordar.

—*Madame...* —farfulló incorporándose como un resorte para besar su mano—. Soy el doctor Messori, Baldassare Messori, un amigo del señor Conway.

—Entonces también es mi amigo, *monsieur Messori*. ¿No es así, Ken?

—Así es, querida —afirmó este con gravedad.

El escocés todavía se estaba preguntando cómo había entrado en la habitación. ¿Habrían dejado la puerta abierta?

—Me habían hablado de usted, *madame Ankhesa* —continuó el italiano, casi sin aliento—. Ya sabe cómo es esta isla, una olla podrida de chismes y cotilleos. Pero la verdad, la pura verdad, nada de lo que había oído le hace justicia. Y le advierto que

he escuchado maravillas acerca de su persona...

—¿Se quedará a cenar con nosotros? —le interrumpió la reina—. Desde que he llegado a esta isla Ken me tiene secuestrada.

—Compréndale, señorita, pura deformación profesional: a los arqueólogos no les gusta exhibir sus tesoros.

—A veces, cuando me mira, tengo esa sensación —exclamó Ankhesa volviéndose hacia el escocés—. No es a mí a quien ves, sino a otra.

—*Regard dérisoire, monsieur*^[36] —apostilló *il Dottore* enarcando las cejas con displicencia—. Aunque bueno, todo tiene sus ventajas: así podrá usted enamorarse de las dos. Yo, naturalmente, me excluyo. No estoy en el mercado.

Messori no dejaba de hablar, estaba fascinado con Ankhesa. Ni aún de camino al ascensor pudo sustraerse a su curiosidad.

—Y, dígame, ¿viene usted de muy lejos?

—Tanto que ya ni siquiera lo recuerdo.

Il Dottore sonrió pensando que se trataba de una gracia. Conway se vio obligado a intervenir.

—*Lady Ankhesa* nació en Egipto. Sus padres son diplomáticos y ha viajado por todo el mundo, pero siempre regresa.

—¿... No me diga que vive usted en el país de los faraones?

—Vivo eternamente allá, y, en efecto, pienso regresar muy pronto.

La llegada del *maître* interrumpió la conversación. Propuso las sugerencias del día: *antipasti caprese*, *saltimbocca alla romana* y *ragú napolitano*. Messori lo aceptó todo salvo la elección del vino: mucho mejor un *Gragnano* que un *Lacryma Christi*, «que no está el día para calvarios». Dicho esto, en cuanto Cornacchia escanció las copas, se dirigió a su anfitriona con interés renovado.

—Quisiera saber qué es lo que más le atrae de ese país deslumbrante —insistió *il Dottore*, fijando en ella sus ojos de mangosta—. ¿La magia de El Cairo, el esplendor de las pirámides o, directamente, la maldición de los faraones?

—Necesito a Hapi, sin él no puedo vivir.

Messori se quedó mirándola. Mientras ella comía contemplaba sus largas y delicadas manos. Sus dedos parecían moverse por sí solos con una gracia especial. Tenía *chic* hasta en la punta de las uñas, esmaltadas y brillantes, como cuarzo rosa. «Aunque esté loca es maravillosa», pensó, «la mujer más bella que he visto en mi vida».

—¿Hapi..., de *happiness*? —preguntó, como siguiéndole la broma—, ¿necesita la felicidad o se trata del nombre de su mascota?

Conway salió en su ayuda.

—Hapi es el nombre con que llamaban al Nilo los antiguos egipcios. Ya le he dicho que *lady Ankhesa* es una experta...

—Egipto no es un país, el Nilo no es un río... Ambos son estados de conciencia —continuó la reina, dejándose llevar por su ensoñación—. Todos los días, al amanecer, me baño en una piscina que mis camareras cubren de flores de loto mientras cantan canciones. Cuando las flores se abren, yo siento que vuelvo a la vida.

—... Y sus camareras aplauden hasta con las orejas, *naturellement*.

—Oh, no, ellas no pueden mirarme mientras me baño.

—Me parece muy lógico: yo tampoco lo haría. ¿Quién diablos dijo que la mirada de una diosa puede matar a un simple mortal?

—*Très gentil, monsieur*, pero le aseguro que la mía no mata. El esplendor de Atón vive dentro de mí, y él bendice a todas las criaturas.

Aunque *il Dottore* encontraba muy excitante aquella esgrima verbal, cuando Ankhesa hablaba en ese tono le desconcertaba por completo.

—¿Tendría algún inconveniente en presentarme a alguna de sus camareras? —ironizó, para bajar la conversación a un plano inteligible—. Si están cerca de usted, seguro que se tratará de criaturas divinas.

—Me sirven más de quinientas, y, cierto, todas son bellísimas. Los tonos de sus cuerpos van desde el negro brillante de las nubias hasta el pálido marfil de las circasianas. Si se atreve a acompañarnos, le presentaré incluso a mis seis hijas.

—¿Cómo? ¿Que tiene usted seis hijas? —exclamó el italiano, ya absolutamente desarbolado—. Perdóneme, pero eso no me lo creo. *C'est impossible*, pero si usted es una niña...

Ankhesa estuvo a punto de responder: «Créaselo, amigo mío. Sí, soy una niña, pero tengo más de tres mil años». Conway lo leyó en sus ojos antes de que pronunciara una sola palabra más, y cortó la conversación de una manera abrupta.

—Discúlpame, querida y usted también, Messori, pero acabo de recordar que mañana partimos de viaje muy pronto. Debemos retirarnos...

—Ah, entonces el que pido disculpas soy yo —exclamó *il Dottore* incorporándose todavía con la servilleta en la mano—. Me he presentado sin avisar y sin anunciarme, he abusado de su compañía, me han invitado a cenar... En fin, ¿qué hago aquí, entrometiéndome como un ornitorrinco en las intimidades de una pareja feliz?

—Tampoco es para tanto, Messori. —Conway siguió improvisando—. Vamos a Nápoles a visitar a un viejo amigo que está allá de paso.

—¿Usted haciendo vida social y con amigos en Nápoles? Ahora entiendo la elección del ragú napolitano... En cuanto al resto, en fin, no le reconozco, *mister* Conway. Aunque no me diga más —continuó, tomando ya la mano de Ankhesa para despedirse—. Salta a la vista que una poderosa hechicera ha obrado en usted toda una transmutación.



22

VIVIR bajo la amenaza del Vesubio y la Camorra, una y cien veces golpeada por guerras, epidemias, terremotos y calamidades sin cuento, en una de las zonas telúricas más activas de Europa y en pleno *mezzogiorno*, ha hecho de Nápoles una ciudad extraordinaria en todos los sentidos. La constancia del desastre, y la certeza de que de un modo u otro siempre sobrevivirá a él, constituye la esencia del carácter napolitano. Un carácter algo más que caótico, incorregiblemente vitalista, forjado sobre la aceptación de ese sentido dislocado de la existencia que hace lo imposible fácil y lo sencillo una quimera. Quién llega a la Perla Negra por primera vez no puede sustraerse a la fascinación de este hervidero de humanidad, de arte y de historia, cuya bandera es la ropa tendida de balcón a balcón sobre calles tan angostas que apenas toleran el paso de la luz, la basura que se abandona a la deriva, el alboroto de sus vendedores callejeros, pero también su impresionante patrimonio monumental. Un entramado laberíntico de más de cuatrocientas iglesias —abruma la cantidad—, sostiene toda esta arborescencia de *palazzos* y *castelli* a un soplo de la catástrofe, entre los que aparece de pronto una fastuosa fachada barroca que alberga en su interior un patio de monipodio o un mercado que apesta a pescado podrido donde todo el mundo grita para hacerse oír. La música puede ser cualquier *canzone napoletana* o un aria de Scarlatti. Lo popular desafía a lo solemne, lo cómico a lo trágico, lo verosímil a lo delirante. Aquí vivieron personajes tan singulares como el arquitecto Bernini o el visionario Giordano Bruno. Pero también el inmortal Polichinela, el desvergonzado Boccaccio, y hasta el doctor Frankenstein, a quien Mary Shelley hizo nacer en el viejo barrio español de Chaia. Como en el teatro de San Carlo, todos los mundos, todas las ficciones, todas las voces caben dentro de este infierno a cielo abierto. Hasta los mafiosos rinden culto a la sangre de san Gennaro —cuyo retraso en la licuación se considera anuncio de un gran estrago—, mientras los buenos burgueses desfilan con sus mejores galas hacia el Coliseo Bellini, ajenos al teatro de miseria que les rodea. Pero, en suma, basta un paseo por la cornisa marítima que se prolonga desde Castel dell'Ovo a Posillipo, para suscribir de un trazo el célebre aforismo que define el alma de la capital de la Campania: *Vedere Napoli e doppo morire*.

El suyo, sin embargo, no iba a ser un viaje de placer. Difícilmente hubiera podido

serlo tal como se inició. Benito Mussolini había congregado a sus *Fasci di Combattimento* para escenificar una parada desafiante frente al Palacio Real de Nápoles. Todos los escuadristas de Capri, con Pagano y Malaparte a la cabeza, esperaban la llegada del primer vapor en el puerto de la Marina Grande uniformados con sus siniestras camisas negras y sus correaes con el puñal al cinto. Conway se llevó a Ankhesa a la cubierta de proa, lejos de los fascistas. Pero durante todo el trayecto tuvieron que soportar aquel coro de voces cuartelarias que entonaban su insufrible *Vado, vinco e torno* «Voy, venzo y vuelvo», animando al pasaje a sumarse a la fiesta, y provocando a todos aquellos que se negaban a responder a su grotesco saludo imperial. Conway no dejaba de preguntarse acerca de su posible vinculación con los tres crímenes que la gente de la isla atribuía a la maldición de los faraones. Esos fascistas que habían jurado odio eterno a los hijos de Sejano, a quienes imputaban la decadencia de Italia, ¿podían haber asesinado de aquella manera atroz a su amigo Caltagirone, a Gesualdo Cocuzzo, a Ruggero Sasa? Le costaba encajarlo. Aquellos petimetres disfrazados de héroes de una guerra gloriosa que no sucedió jamás, parecían lo suficientemente ridículos como para creerse herederos de César Augusto, pero, según Pound, su violencia no pasaba de ser una escenografía de opereta. Sin embargo, cuando se aprestaban a desembarcar, hubo un momento extraño. Malaparte, que iba en el grupo de cabeza, se quedó mirando a Conway, apenas un instante, el tiempo suficiente para que se reconocieran. El escocés desvió su mirada. Malaparte se fijó entonces en Ankhesa. No veía a la bella mujer que se cubría del sol bajo una sombrilla, sobre la pasarela. Sus ojos de rapaz parecían estar viendo otra cosa, algo parecido a su aura, como si le recordara una vida anterior donde él y ella hubieran coincidido, en otro lugar, en otro tiempo.

«No, no puede ser. Imaginaciones mías», se dijo el escocés, dirigiéndose hacia una de las calesas que esperaban a los viajeros a pie de puerto. «Me he metido tanto en esta historia que ya veo fantasmas por todas partes». Entonces, como si se tratara de conjurar un maleficio, se llevó a la reina lejos de allá, hasta las ruinas de Pompeya. Regresaron sobre el mediodía, pasearon por el barrio viejo y, cerca de la hora del almuerzo, le pidió que le esperara en uno de los mejores restaurantes junto a la puerta de los Aragoneses, el Pulcinella, pues él tenía que resolver un asunto privado.

—No tardes mucho, Ken, ya sabes que sin ti estoy perdida...

—Estaré aquí en menos de media hora. Tómate un *limoncello* mientras vas eligiendo los platos.

—¿Pero qué es eso que tienes que hacer para que yo no pueda ir contigo?

—Negocios, amor mío.

—¿Negocios de qué tipo?

—No me preguntes más, se trata de una sorpresa.

Conway se encaminó con paso vivo hacia la calle donde se ordenaban las tiendas

de antigüedades más acreditadas de Nápoles. Tenía una dirección anotada en su agenda, Casa Capodimonte. La localizó sin problemas, y el albanés que la regentaba estaba acostumbrado a no hacer preguntas. Sin embargo, aquello que puso sobre su velador constituía un auténtico tesoro. Nada menos que tres escarabeos del tiempo de Amenofis IV.

—Observe el engaste, es de oro puro —insistió ante la mirada atónita del anticuario, que intentaba leer las inscripciones bajo el foco de su lámpara.

El albanés extrajo un voluminoso manual donde se leía *Sigilli egiziani*, «Sellos egipcios». Antes de abrirlo introdujo un monóculo en su órbita derecha, lo que al levantar la ceja y aplastar el párpado, le confería el aspecto de un perro de presa.

—*Ecco*, aquí está... —corroboró tras releer tres veces la página dedicada a la XVIII dinastía—. En efecto, se trata del sello de Akenatón.

—¿Cuánto puede darme por los tres?

—La suma varía si me aporta o no un certificado de origen...

Conway apretó las mandíbulas. El certificado de autenticidad era él mismo, pero ni siquiera podía decirle dónde los había conseguido.

—... También hay que tener en cuenta posibles falsificaciones —insistió el anticuario—. Las hay muy buenas.

El escocés acabó por impacientarse.

—Dígame de una vez si los toma o los deja. Seguro que en esta misma calle hay unos cuantos colegas suyos que me los cogerán con los ojos cerrados.

El anticuario volvió a examinar los escarabeos, su monóculo destellaba de codicia.

—*Ebbene*... —resolvió al fin—. Puedo ofrecerle medio millón de liras por los tres. O tres mil libras inglesas, si lo prefiere —apostilló, deduciendo que su visitante era inglés.

—¿Tres mil libras por los tres? —se indignó Conway—. Mírelos bien otra vez: se trata de verdaderas joyas, ¡son únicos!

—Tres mil libras es mi última oferta.

Poco después Conway salió de Casa Capodimonte con un talón por valor de cinco mil libras. Sabía que había hecho un mal negocio, cada uno de aquellos escarabeos podían venderse por esa cantidad, pero la suma le pareció suficiente para lo que se proponía. Su mala conciencia se reavivó de camino al restaurante donde la esperaba Ankhesa. Evidentemente, los escarabeos formaban parte de su ajuar funerario. Le pertenecían a ella. Pero, al fin y al cabo, aunque todavía no pudiera decirle nada, también sería para ella la pequeña fortuna conseguida con su venta. La Bella le recibió con una expresión turbada, sostenía una tarjeta entre sus manos.

—... Ha venido un hombre y me ha dado esto —exclamó, entregándosela—. Por lo visto esta noche dan una fiesta en su palacio y nos ha invitado a los dos.

Conway leyó la nota antes de sentarse.

—Vaya, vaya. O sea que Curzio Malaparte... —repitió, con entonación neutra.

—¿Lo conoces?

—Solo de vista. Venía con nosotros en el vapor de la mañana.

—Pues él me ha asegurado que te conoce mucho a ti. «Sigo muy de cerca su trayectoria, señorita», así me lo ha dicho. Iremos, ¿no?

—Por supuesto que no. ¿Es que no te has fijado de quién se trata?

—Qué curioso que me hagas esa pregunta, Ken. Cuando se me ha plantado aquí delante con su uniforme militar, me ha venido una imagen a la mente.

—¿Una imagen?

—Sí, la imagen de un hombre de mi tiempo.

—¿Quién?

Ankhesa pareció vacilar, pero al fin lo dijo.

—El general Horemheb, el hijo del alfarero.

Conway segregó una sonrisa raspada antes de apurar el primer sorbo de su campari. La pesadilla regresaba, pero ya no podía huir de ella. Necesitaba saber más.

—... Y esa sensación, ¿la has tenido otras veces? —preguntó, con aire despreocupado, mientras echaba un vistazo a la carta.

—Solo una vez más. Cuando me presentaste a tu amigo, el doctor.

—*Il Dottore*? No me digas que también te recordó a alguien de tus tiempos de Amarna.

—No me lo recordó. Se trata del mismo Perennefer, el copero de Akenatón —repuso Ankhesa lacónicamente.

—Bueno, si has visto en mí una reencarnación de tu faraón, no es tan extraño —insistió el escocés en el mismo tono—. ¿Conoces la teoría de las reminiscencias? A veces la memoria nos engaña...

—No te entiendo, Ken, no sé a qué juegas conmigo... —le dijo bajando los ojos para restituirle una mirada llena de angustia—. El día en que salimos de la Gruta Azul fuiste tú mismo quien me advirtió. ¿Es que ahora no lo recuerdas? Me dijiste que los cortesanos que nos traicionaron habían regresado y que estaban aquí, entre nosotros. Por eso me hiciste cambiar mi nombre sagrado y fingirme otra, y...

Conway cogió sus manos buscando las palabras. Su desamparo le hería profundamente, pero aún no podía revelarle toda la verdad.

—Lo dije sin saber lo que decía, Ankhesa, créeme... Y solo lo hice para protegerte. Imagina qué hubiera sucedido si les hubiese contado quién eres verdaderamente: jamás nos habrían creído, nos tomarían por locos, o algo peor. Me inventé esa historia para que nos dejaran en paz, eso es todo.

La reina continuó, ya más serena, pero mantuvo su determinación.

—Entonces esa historia que te inventaste ha acabado por hacerse realidad. Y

ahora eres tú quien tienes que creerme a mí. Ten por seguro que nos va la vida en ello. La nuestra y la de todo nuestro mundo, Ken. Todo cuanto existe depende de la pervivencia de los elegidos de los dioses. Veo que se acerca un tiempo de odio, la guerra de todos contra todos. Si nosotros sucumbimos los Nueve Arcos^[37] perecerán con nosotros.

El escocés sintió que le arrastraba el vértigo, no podía encajar lo que estaba oyendo. Y, sin embargo, si era cierto que se encontraba ante la misma Nefertiti, si había visto con sus propios ojos cómo su momia se encarnaba en aquella mujer de carne y hueso, ¿por qué no podía ser igualmente cierto lo que ella le estaba contando? Le vinieron a la memoria las imágenes del desfile de los fascistas ante el Palacio Real, todas las noticias que hablaban de un tiempo de rearme en Alemania, los rumores que señalaban a Capri como el epicentro de un turbio mercado de gas nervioso, el terrible fosgeno que había arrasado los campos de batalla de Europa durante la Gran Guerra.

—Pero Ankhesa, ¿estás segura de lo que dices? ¿No habrá sido un sueño?

—Yo no sueño despierta, Ken, todos mis sueños son reales. Cuando vivía en el Palacio del Abanico los sacerdotes de la Casa de la Vida venían a consultarme. Decían que yo veía muy lejos, más lejos que nadie.

—¿Has tenido más visiones durante estos días?

—Siempre es el mismo sueño, el mismo que tú viste o imaginaste antes que yo.

—Cuéntamelo todo, por favor...

—La persecución continúa, ese es el sueño.

—¿Qué persecución?

—Los que acabaron con tu vida y con la mía han vuelto. Están ahí, por todas partes.

Conway giró una mirada desquiciada alrededor de las mesas del Pulcinella. Turistas víctimas del síndrome de Stendhal, rentistas genuinamente napolitanos, familias numerosas celebrando la onomástica de su patriarca en torno a una mesa rebosante de pasta, y hasta un obispo rodeado de monjas que, en ese momento, arrancaban con sus manos grasientas pedazos de carne de un costillar de cordero.

—Pero, cariño, ¿crees que esta gente...?

—Estos no, no son todos, pero cada vez son más —le cortó, acuciante, vertiendo en él toda la luz de sus ojos—. Quiero irme de aquí, Ken, debemos regresar a Khemet. Si no lo hacemos nos matarán, igual que entonces. Estoy segura, amor mío, absolutamente segura...

El escocés encendió un cigarrillo y, tras una inspiración profunda, lanzó el humo en una bocanada larga y baja. La miraba con una franqueza que le hacía sentir incómodo, como si se preguntara qué pensaría de él después de decírselo.

—Está bien, yo también te voy a contar cuáles eran mis planes: hemos venido

aquí justamente para eso, para preparar nuestra partida. Pensaba llevarte conmigo a mi tierra del norte, pero me has convencido. De acuerdo, haremos lo que tú dices: regresaremos a Egipto... tan pronto como resuelva unos asuntos.

—¿A qué esperas?

—Si es como dices tenemos que hacerlo bien, midiendo cada paso y borrando nuestras huellas. De otra manera, allá donde fuéramos, nos encontrarían enseguida y entonces sí que estaríamos perdidos. Hace tres días envié un cable a un amigo mío, arqueólogo, como yo. Trabaja precisamente en Amarna —improvisó sobre la marcha—. No podemos hacer nada hasta que él me conteste.

Ankhesa empujó el plato que había dejado a medio comer y puso una mano sobre la suya para decirle.

—Algo se prepara, amor mío, un acontecimiento diabólico: lo he leído en las estrellas.



YA no volvieron a hablar del tema hasta que regresaron a Capri. Pero, en los días sucesivos, Kenneth Conway apenas pudo conciliar el sueño. Se sentía atrapado en un laberinto oscuro donde cada mirada, cada palabra y cada silencio no hacían sino incrementar su desasosiego. Había algo muy turbio en la solicitud con que el *signore* Cornacchia le preguntaba por la hora en que bajarían a desayunar al día siguiente, evitaba a los jornaleros de *mastro* Vincenzo —que permanecían ociosos, a la espera de que se reanudasen las excavaciones—, y cada vez que se cruzaba con Messori, mientras le abrumaba con sus cortesías creía escuchar en ellas, como el rumor de un bajo profundo, el lento punteo de una cuenta atrás.

¿Cuándo regresarían Leticia y Fersen? ¿Y cómo podría justificar la presencia de Ankhesa ante ellos? Leticia nunca le perdonaría que hubiese traicionado sus sentimientos. Sí, ella se había casado con el barón, pero ambos sabían que se trataba de una boda concertada para salvar a su familia. Los Cerio eran judíos, y el ascenso imparable de los fascistas en la isla anunciaba un tiempo difícil para todos ellos aunque, entonces, nadie podía imaginar siquiera el holocausto que se estaba urdiendo bajo aquel decorado festivo, despreocupado y decididamente delirante, en el más genuino estilo *Belle époque*.

Entretanto, Ankhesa vivía sus días junto a él como una exiliada que comenzara a recordar, dolorosamente, el mundo que dejó atrás. Se diría que, a medida que despertaba de su largo sueño, todos sus viejos fantasmas hubiesen despertado con ella. El temor a que volvieran a asediarla acabó por convertirse en una obsesión. A menudo se despertaba sobresaltada en medio de la noche, empapada de sudor, los ojos extáticos, como si estuviera viendo ante sí los espectros de los conjurados que acabaron con la vida de Akenatón. Allí estaban el sinuoso Meri-Ta, el sumo sacerdote comprado por los clérigos de Tebas, el siniestro Ahmosis, el portador del sello real, también Perennefer, el copero de su majestad, y Hatay, el arquitecto, y el intrigante Kafra, y, por supuesto, el general Horemheb, quien urdió el plan para acabar con la vida del faraón en complicidad con su segunda esposa, Kya, la concubina hitita. Los presentía agazapados entre las sombras de su habitación en el San Felice, ocultos tras los cortinajes que mecía la mano de la brisa, pegados a la pared tras la puerta entreabierta, al otro lado de la goteante cortina de la bañera de

patas de león, aguardando su momento, el momento de la venganza. Ella les había castigado con la suya. Una vez que instalaron en el trono de Akenatón al corregente Smenjker, los reunió en una sala subterránea de su palacio, hizo sellar todas las puertas...

—... Sí, lo sé, y abriste las esclusas del Nilo para que tu dios acabara con todos ellos —continuó Conway, sin acuciarla, pero buscando averiguar algo más.

—Con todos no. Al menos uno consiguió escapar: Horemheb, el hijo del alfarero. Este contaba con la complicidad del gran visir Ay, quien acabó sentado en el trono de las dos tierras a Tutankamón, el hijo de Kya, la hitita...

—Pero eso apenas cambia las cosas. Seis de los siete traidores perecieron como perros, sin conocer sepultura y sin ser asistidos por los rituales de Kepher. Nadie envolvió sus cuerpos en el sudario de resurrección que permite el regreso a la vida. Si esto sucedió así, y tú lo sabes mejor que yo, ¿cómo es posible que hayan vuelto?

—Olvidas la magia de Seth, el destructor de Osiris, el de los siete rostros y los siete escorpiones, el gran león nacido de sí mismo. Él siempre vela por los hijos del mal. Cuando los necesita para cumplir sus designios, los levanta de las arenas con su boca de fuego, y pone su cuchillo en su mano.

—Si es como dices, eso solo puede suceder en el reino de Seth, en Egipto. Ahora estás en una lejana región de Occidente, y estás conmigo.

—Egipto es y ha sido siempre el mundo entero. Nuestros dioses no tienen fronteras, Seth está en todas partes y este es más que ningún otro el tiempo de Seth. Mis sueños me hablan, ya te lo he contado... Veo nubes de fuego, ríos de sangre corriendo por esta tierra, una guerra atroz como nunca se ha conocido en los Nueve Arcos. Y todo comenzará cuando consigan cortar mi cabeza. Lo sé, lo presiento...

—¿Por qué no piensas que Atón puede salvarte de todo? Es la gran fuerza del universo ante la que callan todos los dioses. Además, llevas la cruz del *ankh* sobre tu pecho y todos tus talismanes.

La reina volvió hacia él con un rostro angustiado, respiraba agitadamente.

—¡Aquí no tienen ningún poder, Ken, eso es lo que quería decirte! —exclamó, haciendo un esfuerzo por mantenerse serena—. Por eso tenemos que regresar cuanto antes. Solo podremos vencerlos conjurándolos en el mismo lugar donde acabé con sus vidas. Y la momia que guarda mi corazón ha de venir con nosotros. Solo podré quedarme contigo para siempre si ella encuentra su reposo, en la Casa de los Millones de Años. Allá, en la sagrada Amarna, volveré a ser fuerte, y mi magia acabará con ellos para siempre.

—Entonces no te preocupes más. Ya te he dicho que haremos ese viaje.

—Sí, me lo dices todos los días, pero el día nunca llega.

—Llegará pronto, Ankhesa, confía en mí.

—No puedo más, Ken, te juro que no puedo más.

No era la única que lo pensaba en Capri, en Italia, en Europa entera. Tras el desfile ante el Palacio Real, en Nápoles, los fascistas de Pagano habían regresado a la isla en un estado de exaltación francamente preocupante. Ya no se ocultaban para celebrar sus bufonadas historicistas engalanados con las vestimentas imperiales del tiempo de Tiberio. Cuando ocupaban la terraza del café Vittoria y entonaban su lúgubre *Canto degli arditi*, tampoco toleraban ya la menor ironía por parte de los clientes. Bastaba con que cualquiera de ellos esbozara una sonrisa para que se abalanzaran sobre él y le propinaran una paliza. La policía tenía miedo de intervenir, entre aquellos fanáticos nunca faltaban escuadristas bien armados y dispuestos a todo. El miedo, un miedo soterrado, mudo, intangible como una epidemia, pero tan eficaz como la peor de todas ellas, comenzó a expandirse por las calles, entró en las casas, y amordazó las conciencias. Nadie sabía qué iba a suceder, pero la inminencia de una tragedia estaba en el aire aquel 12 de noviembre de 1920. Al caer la tarde, cuando Salomón Lipzia, un sastre judío asentado en la acomodada vía Matteotti, se disponía a cerrar su establecimiento, fue asaltado por cinco jóvenes escuadristas. Sin mediar palabra, el que parecía el cabecilla le asestó un porrazo en el cráneo y, mientras caía, los otros cuatro comenzaron a patearle entre insultos y burlas. Ninguno, ni uno solo de sus vecinos salió en su defensa. Con Lipzia derrumbado a la puerta de su tienda, los camisas negras rompieron todas las lunas de su escaparate y prendieron fuego a su interior. Esta misma escena se repetía en otros enclaves estratégicos de Capri, como la sinagoga de la vía Caposcuro o la sucursal de la banca Rotschild^[38]. Más de veinte establecimientos regentados por judíos fueron asaltados, y en la parte baja de la ciudad, donde se concentraban la mayoría de ellos, se vivieron escenas de verdadero terror. Los escuadristas golpeaban a todo aquel que intentase detenerles mientras se entregaban a la caza de judíos en una algarada de odio y destrucción perfectamente coordinada.

Desde su mirador en el San Felice, Kenneth Conway fue testigo de un episodio particularmente miserable. Al otro lado de la *piazzetta* dell'Orloggio se asentaba una pequeña joyería, cuyo nombre, Il diamante di Jerusalem, no ofrecía lugar a dudas. Su propietario fue obligado a salir a la calle a culatazos. Le siguieron su mujer y sus dos hijos. Uno de los escuadristas se dirigió directamente a la madre, rasgó sus vestiduras y hundió el filo del puñal sobre su pecho. Cuando el viejo Peres intentó defenderla recibió un puntapié en el estómago y, cuando se dobló hacia delante, otro en el rostro. Cayó de rodillas, sangrando por la boca. El movimiento de los cuerpos impidió a Conway distinguir al que disparó. La bala se había incrustado en el entrecejo de Peres, casi le había volado la parte superior del cráneo. Uno de los niños gritó *assassino!*, y se abalanzó hacia el que parecía el jefe. Los fascistas le zancadillearon y, al caer, uno de ellos aplastó la cabeza del chico. Entre tanto, los otros tres sujetaron a la mujer, le taparon la boca, y el del cuchillo comenzó a tatuar sobre su pecho una

estrella de David que, enseguida, se cuajó de sangre. Sin voz, la mujer aullaba con sus ojos desorbitados. Conway no daba crédito a lo que estaba viendo, pero no se movió de donde estaba. De pronto también él tenía miedo, un miedo cerval. Hasta entonces los fascistas no eran para él más que una caterva de baladrones a los que se les iba la fuerza por la boca. Todo cambió a partir de ese día, y él mismo también cambió. Paralizado por el pánico, descubrió el fondo de miseria humana que llevaba dentro y se retiró de la ventana avergonzado de sí mismo. No quería ver más. Pero tuvo que verlo. De pronto, escuchó una imprecación a las puertas del hotel.

—*Lascia la donna, porco fascista!* ¡Vosotros no sois hombres, sois la escoria de Italia!

Se trataba del *signore* Cornacchia. Se había plantado al otro lado de la giratoria, con una escopeta de caza entre sus manos. Pero, aquel viejo *maître*, ¿no fue uno de los que participaron en la ceremonia de la Gruta Azul, junto a Pagano y Malaparte? Conway no entendía nada. Sin embargo, ahora parecía el único hombre en todo Capri decidido a enfrentarse a aquellos malnacidos. ¿Qué demonios estaba sucediendo? Aún se lo estaba preguntando cuando don Giuseppe hizo retronar su escopeta, un disparo al aire, para demostrarles que lo suyo iba en serio. El escuadrista del puñal retrocedió un paso, buscando el amparo de su jauría. Cornacchia se llevó la escopeta a la cara, decidido a disparar de nuevo si no se retiraban. El caporal de los fascistas apretó su pistola pero la mirada de don Giuseppe congeló su gesto. Así permanecieron un largo instante, como efigies de una acción suspendida que quedaría grabada para siempre en la retina de Kenneth Conway. La imagen de aquel fanático, su rostro bestial, inhumano, con su mandíbula proyectada hacia delante, marcando los tendones que unían la cabeza con los hombros, contemplando a la mujer que lloraba tendida en el suelo, recogida sobre sí misma, en una actitud como de muerte. Y frente a él, aquel anciano de una pieza desafiándolos a todos ellos, como quien sujeta a un perro de presa solo con la mirada, hasta que acabó por derrotarlos.

—¡Ya te cogeremos, marmitón de mierda! —bramó el de la pistola, retirándose ya —... Espera que llegue nuestro día.

La calma regresó a la plaza del Reloj. Calle abajo, muchos fascistas salían de los comercios incendiados envueltos en su bandera de dolor y destrucción. Algunos cantaban y reían, celebrando el estrépito de los cristales al romperse. En realidad, lo que se estaba rompiendo era ese delicado equilibrio establecido tras la Gran Guerra. Y lo que se anunciaba en el horizonte tenía mucho que ver con ese aire que olía a miedo y ceniza, con ese cielo nocturno que, de pronto, comenzó a teñirse de rojo, rojo fuego y rojo sangre, señalando el camino hacia el infierno.



24

AL día siguiente Conway dejó a Ankhesa durmiendo y bajó solo a desayunar. El comedor se veía desierto, pero a él solo le faltaba una persona. ¿Dónde estaba Cornacchia? Cuando ya se temía lo peor, por la parte de las cocinas, apareció el viejo *maître* con su chaqué impecable, su servilleta pulcramente doblada sobre el antebrazo, y su comedida sonrisa de todos los días. El escocés no esperó su pregunta habitual. Ya no quería saber por qué había participado en la ceremonia fascista de la Gruta Azul. Seguramente lo hizo forzado o engañado. Su actitud de la noche anterior era lo único que contaba. Antes de que despegara los labios le cogió por el hombro para mirarle de frente, a los ojos.

—Ayer lo vi todo desde mi habitación y fui un cobarde, sí, un maldito cobarde. Estoy muy avergonzado. Le pido perdón en mi nombre y en el de todos los que...

—Calle, no diga nada, y ni una palabra acerca de esto —repuso don Giuseppe sin desarmar su compostura.

—¿Cómo que no? Lo de anoche fue un acto de barbarie intolerable, Italia entera tiene que reaccionar.

—Italia está perdida, *signore*. Lo de anoche solo fue el comienzo.

—¿El comienzo de qué?

—La peste ha vuelto a Nápoles, no tiene más que mirar a su alrededor: nadie está a salvo del contagio.

En efecto, aquel comedor vacío acreditaba la fuga de buena parte de la clientela. Al poco, apareció una pareja de paquidermos de caminar grave y aspecto arrogante que ocupó la mesa central.

—*Tedeschi!* —exclamó Cornacchia—. Cuidado con los alemanes, son peores que los nuestros. Y estos en particular, ni le cuento.

Conway desvió una mirada hacia los comensales.

—Se trata de los ilustrísimos Walter von Lüttwitz y señora, la baronesa Murnau —continuó don Giuseppe, en un susurro—. Por si no lo sabía, ese cerdo participó en el *Putsch de Kapp*^[39] que hace tres meses puso patas arriba la República de Weimar. En Roma puede suceder lo mismo cualquier día. Como se puede imaginar, *herr Lüttwitz* no ha venido en viaje de placer.

—¿A qué ha venido? ¿Acaso usted lo sabe?

—A pactar con el diablo, *signore*, ni más ni menos. En nuestros tiempos el diablo no es ningún monstruo encornado, sino un hombre de negocios, muy lógico y consistente. Tan lógico y consistente como un batallón de ciegos, vomitando y babeando sangre, antes de convertirse en un hervidero de moscas y gusanos. ¿Conoce los efectos del fosgeno? *Herr* Luttwitz ha soltado un millón de marcos a cambio de una tonelada de ese maldito gas nervioso. El gran mercado está aquí, en Capri.

—No es la primera vez que oigo eso, Cornacchia...

—Ni será la última, *signore*. No puedo decirle más, pero tenga por seguro que valgo más por lo que callo que por lo que cuento.

Los alemanes se estaban impacientando. Von Lüttwitz hizo sonar sus palmas para reclamar la atención del *maître*. Conway le cogió de la manga para retenerle.

—Y usted, ¿no tiene miedo?

—Escúcheme bien, *signore*: esto es un teatro y el miedo forma parte de la representación —dijo el viejo con una voz apenas susurrada, pero firme—. Nuestro papel consiste en actuar como si no sucediera nada hasta que llegue nuestro momento. Es la única manera de vencerlos.

—Le aseguro que si vuelve a repetirse un incidente semejante, y si yo estoy ahí, esta vez no lo voy a dejar solo, don Giuseppe: cuente conmigo.

Cornacchia zanjó la conversación alzando su pluma sobre su libreta.

—Entonces, le sirvo lo de siempre: huevos revueltos, café y tostadas, ¿no es así?

Conway no acabó de entender ese brusco cambio de tono hasta que advirtió al atildado caballero que, tras saludar a los alemanes, se detuvo a unos metros de su mesa. Trajeado con un tres piezas gris perla, con esa tiesura de los acomplejados por su escasa talla, el personaje sugería más la figura de un duende que la de un hombre. Sus orejas un poco apuntadas, la cabeza triangular, el pelo como una toca de viuda. Todo corroboraba esa primera impresión. Se trataba de Ignacio Cerio, el padre de Leticia. Don Giuseppe se retiró hacia la mesa de los prusianos. El magnate seguía en pie, con su sombrero cruzado sobre un bastón con el puño de espuma de mar. Conway tuvo que mirarle dos veces para reconocerle. ¿Qué había sido del *bonvivant* que le agasajó en su palacio, el día del concierto de Pound? Su rostro tenía una palidez mortal, una lengua blancuzca humedecía continuamente sus labios.

—*Permezzo*, no sé si le molesto... —le abordó al fin, tendiéndole su mano.

Conway no se incorporó, le había visto saludar a los alemanes. Se limitó a ofrecerle la silla libre con un gesto. Cerio se sentó resbalando una mirada nerviosa alrededor.

—Supongo que estará al tanto de los sucesos de la pasada noche.

—Es usted judío, ¿verdad?

El magnate no estaba acostumbrado a que le recibieran así. Tragó saliva, como si pronunciar aquella palabra a la luz del día llevara aparejada una condena.

—... Y espero seguir siéndolo por mucho tiempo, señor —ironizó, lúgubrememente, antes de añadir—. No he podido dormir pensando en mi hija. Espero que ella esté a salvo.

—Tengo entendido que se ha casado con el barón Fersen, y en Canterbury nada menos. Eso parece lo suficientemente lejos.

—No, no es suficiente... —articuló Cerio, eludiendo cualquier comentario acerca de esa boda de conveniencia—. Antes pensaba que sí, pero ahora... La amenaza se extiende por toda Europa, incluido su gran país. Acabo de enterarme que el hombre que está llamado a ser el próximo rey de Inglaterra, Eduardo, el príncipe de Gales, simpatiza con la Unión Británica de Fascistas. Es lo último que me quedaba por oír.

—Bueno, tengo entendido que usted también simpatiza mucho con esos «príncipes» prusianos —replicó el escocés apuntando a los Lüttwitz con el cuchillo de la mantequilla—. Pero claro, seguro que lo hará solo por cortesía.

—Por favor, Conway, no me comprometa —balbució el potentado—. Mi relación con ellos se limita a la esfera de las finanzas. Y aún así, después de lo que ha pasado con la sucursal de la banca Rotschild aquí, en la isla, me consta que...

—Está bien —le cortó el escocés—, dígame lo que ha venido a proponerme. Le escucho.

La reaparición de Cornacchia abrió un paréntesis donde solo se oyó el tintineo de la porcelana. Una vez que el *maître* dispuso el servicio, se volvió hacia Cerio para preguntar.

—Y el señor, ¿también desayunará con nosotros?

—*No, grazie, sto bene* —repuso el caballero en genuino dialecto caprese, sin añadir ni una palabra más hasta que el *maître* volvió a retirarse. Entonces continuó, en tono perentorio, siguiendo a Cornacchia con la mirada—. Los fascistas trabajan día y noche, están infiltrados por todas partes.

Conway reprimió una sonrisa amarga, no era el momento de explicarle la actuación de aquel humilde paisano durante la noche anterior. Pero esta vez no vaciló en salir en su defensa.

—Mida sus palabras, Cerio: ese hombre es mi amigo, pondría mi mano en el fuego por él mucho antes que por usted.

El magnate palideció, había empezado a sudar copiosamente.

—Ah, bueno, si es así... Le pido disculpas, a usted y a él, a los dos. Es por mi situación, estoy desquiciado, no sé ni lo que me digo. En fin, voy a plantearse de una vez —continuó tras enjugarse el sudor del rostro—. Aunque no ponga la mano en el fuego por mí, ¿aceptaría un pacto?

—¿Un pacto? ¿Un pacto entre un arqueólogo y un banquero?

—Diga mejor entre un ciudadano libre de toda sospecha y el chivo expiatorio que puedo ser yo. —Y antes de que Conway pudiera objetar nada, Cerio continuó, algo

más que acuciado—. Verá, sé por mi hija que ella le enseñó a pilotar el *Albatros*. Si no me equivoco, en cierta ocasión llegaron casi hasta las costas de Córcega.

—Así es. Aunque no entiendo...

—¿Estaría dispuesto a coger el timón del *Albatros* para llevarme adonde yo determine? El dinero no es problema, le pagaré lo que me pida.

La aparición de un nuevo personaje en el comedor volvió a sellar la boca de Cerio, pero solo fue un instante. En cuanto le reconoció, se trataba del doctor Messori, el banquero le saludó casi con una reverencia a la que *il Dottore* correspondió apenas rozando el ala de su sombrero. ¿A qué obedecía ese saludo distante? Hasta entonces *il Dottore* siempre se acercaba allá donde le descubriera. El día del concierto en su palacio se deshizo en alabanzas, lo recordaba bien. Esta vez ocupó una mesa a tres de distancia de la suya y, nada más hacerlo, desplegó el ejemplar de *Il Corriere* que traía bajo el brazo, como si interpusiera una pantalla. Pura profilaxis. Ambos lo atribuyeron tácitamente a los sucesos de la noche anterior: Pese a que también él era de ascendencia judía, Messori estaba protegido por Fersen, mientras que Cerio, el gran magnate, había pasado a ser un apestado.

—Entonces, si no he oído mal —continuó el escocés, temiendo que aquel hombre hubiera perdido el juicio—, me está proponiendo que me ponga al timón del *Albatros* y que le lleve... ¿Tal vez hasta Canterbury, donde le esperan Fersen y su hija? Me sobrestima, señor. Como marinero soy un desastre: apenas sé nadar...

—Yo tampoco sé nadar, *mister Conway*, pero no estoy dispuesto a ahogarme, o a que me ahoguen, sin hacer antes todo lo posible por salvarme. Y, no, no se preocupe, no le voy a pedir que me lleve hasta Canterbury.

—¿Le bastaría con que llegáramos a Córcega?

—No, de Europa ya no quiero saber nada. El viejo continente ha enloquecido, y se precipita con los ojos vendados hacia una nueva guerra.

Conway no ocultó su perplejidad. Primero Cornacchia y ahora aquel potentado. ¿Se habrían puesto de acuerdo para convencerle de que estaban a un paso del apocalipsis? Para él la algarada de los fascistas no era más que un suceso puntual. Y, además, aunque así fuera, su guerra era otra.

—Creo que voy a marcharme —exclamó con voz tranquila—. Me están esperando...

Entonces, bruscamente, Cerio le agarró por el brazo con toda la fuerza de su desesperación.

—No puede hacerme esto, Conway. No me mire como lo que cree que soy. Ahora no soy un banquero, ni tengo un palacio, ni poder alguno. Le habla un condenado a muerte, sí, un condenado a muerte. No puede dejarme así... Si no lo hace por mí, hágalo por Leticia.

Sobre la mente del escocés se proyectaron las imágenes de la noche anterior, se

vio a sí mismo jurándose que nunca más reaccionaría como un cobarde. Se lo debía a Cornacchia y a todos los judíos de Capri, incluyendo a aquel pobre hombre aterrado que le suplicaba su ayuda.

—¿Pero por qué yo, Cerio? —exclamó, volviendo a sentarse—. En la Marina Grande encontrará una docena de pilotos de altura...

Cerio no le dejó continuar.

—No me fío de nadie de aquí, ya se lo he dicho: ¡de nadie!

—Está bien, cuénteme lo que está tramando y me lo pensaré.

—Quiero que me lleve hasta Alejandría. Mi familia es originaria de allá, y ya le he enviado un cable a Leticia para que se reúna con nosotros en cuanto le sea posible.

—¿Alejandría? —repitió el escocés, sin poder encajar lo que estaba oyendo—. ¿Me está pidiendo que timonee un cúter de quince metros, yo solo, hasta Alejandría?

En eso, Cerio se puso en pie como impulsado por un resorte. Messori hizo lo mismo, oscilando sobre sus piernas combadas y sus relucientes zapatos ortopédicos. Desde el fondo del salón una mujer deslumbrante avanzaba despacio, casi ceremoniosamente, vestida con un *marocain* de tul negro y un soberbio colgante de plata y lapislázuli sobre su pecho.

—*Madmoiselle* Ankhesa... —farfulló *il Dottore*, apresurándose a besar su mano.

Antes de que pudiera articular una palabra más, otra mujer, esta entrando por la parte del jardín, reclamó su atención. Se trataba de la marquesa Casati, esta vez flanqueada por dos enormes perros de orejas puntiagudas, y enfundada en un vaporoso conjunto a lo Eleonora Duse. La dama abordó al doctor sin esperar a ser presentada.

—¡Ni un parpadeo más, Baldassare! ¡Los ermitaños de Ischia nos están esperando y ya vamos tarde!

—¿Los ermitaños de Ischia? —preguntó Ankhesa.

—Se refiere a un par de colegas de Pound, el poeta —explicó Messori—. Por lo visto han decidido retirarse a una caverna del monte Epomeo a hacer penitencia por nuestros pecados. Ya se lo puede imaginar, pura excentricidad.

—¡Ah, pero qué belleza! —exclamó la Casati volviéndose hacia Nefertiti—. ¿Pero cómo es posible que no nos conozcamos? ¡Dígame ahora mismo quién es usted! —exclamó, en su habitual tono autoritario, para corregirse de inmediato—. ¡No, mejor no me lo diga y acepte convertirse en mi alma gemela! ¡Quiero que usted y yo seamos íntimas!

—Ya habrá ocasión, *madame*, este no es el momento —intervino finalmente Conway—. Ankhesa y yo tenemos un compromiso urgente.

—Ahora lo entiendo todo —repuso la Casati, sin declinar su sonrisa pérfida—. Y yo que pensaba que a usted no le iban las mujeres... —Y tras decir esto, se volvió hacia Nefertiti—. Dime, querida, ¿estás muy enamorada de este arqueólogo

intratable?

Ankhesa no estaba acostumbrada a esa falsa franqueza, no supo qué responder.

—Pues permíteme que te prevenga —continuó la marquesa—. Ni se te ocurra casarte con él. Todos los hombres ingleses sueñan con mujeres tan exóticas como tú. Pero cuando se casan con ellas les exigen una perfección que nosotras, las italianas, solo esperamos encontrar en nuestros mayordomos.

Un claxon interrumpió el coro de risas forzadas. Quien estuviera al volante había comenzado a impacientarse. Los perros ladraron, la Casati se cogió del brazo de *il Dottore*, y así abandonaron el gran salón del San Felice. En el silencio recobrado, Kenneth condujo a Ankhesa hacia la mesa donde les esperaba Cerio, que seguía de pie, sin poder apartar sus ojos de la reina.

—Yo a usted la conozco, señorita...

—Y viene para llevarnos de regreso a Egipto, ¿no es así?

La naturalidad con que lo dijo paralizó al magnate.

—¿Co... cómo lo sabe? —articuló, sin salir de su desconcierto.

—Las palabras vienen del viento, y van de un extremo a otro del universo. Cuando me rozan mientras duermo me cuentan todo lo que sucede fuera de mi patria. El viento lleva la vida y la muerte. Las generaciones desaparecen, pero él habla a los que perduran. Es mi confidente, y no me engaña nunca.

El banquero escuchó aquella voz melodiosa como si le hablara desde dentro de un hechizo. Seguramente no entendió ni una palabra, tampoco pareció importarle. Sin duda, se había quedado con su afirmación anterior. Cuando recuperó el habla, lo corroboró con la rendición de un devoto.

—Sí, en efecto, vengo para llevarles a Egipto.

Conway arrojó la servilleta sobre la mesa y encendió un pitillo.

—... Pero yo pondré las condiciones.



25

«PARTIREMOS en un barco construido enteramente con madera de sicomoro, que es el árbol de la diosa Nut, la que despierta cada mañana en la isla de la Llama y conduce a los Hijos de la Luz por los caminos de este y del otro mundo. En la proa pintaréis los dos ojos de Horus, para que nos proteja de los demonios del mar. Antes de partir alzaremos nuestras manos hacia las estrellas imperecederas, las que jamás se ponen ni desaparecen, las que sostienen el orden cósmico. Pronunciaremos las *medu meter*, las palabras del origen, y el divino Atón se alzará con ellas. Su soplo nos conducirá hacia el infinito este, donde todo nace y renace incesantemente. Así cruzaremos La Muy Verde, penetraremos en el Delta, remontaremos las aguas de Hapi y llegaremos hasta la dorada Hermópolis, donde reina Thot, creador de la lengua primordial y señor del Cinco, símbolo del conocimiento...».

Sí, Ankhesa tenía mucho que contar. La confirmación de que al fin iban a partir había despertado en ella una gran excitación, como si ese regreso al reino de los faraones implicara, más que un viaje, el regreso mismo al corazón de la eternidad. Conway no lo veía de la misma manera. Él también quería escapar de Capri. Lo supo desde que encontró aquel sarcófago en la Gruta Azul. Su acercamiento a Leticia, su insistencia para que le enseñara a gobernar el *Albatros*, ya entonces, como su decisión de vender los tres escarabeos de oro, no apuntaba a otra finalidad. Pero, en realidad, él jamás había pensado en Egipto. Ni siquiera en su tierra natal, Escocia. Hubiera preferido cualquier otro destino. Londres, Viena, Estambul, incluso la lejana Nueva York. Mejor un lugar donde nadie lo conociera. Estaba decidido a quemar todas las naves, olvidar su pasado, desertar para siempre de la arqueología. Ya no quería volver a mancharse las manos con esa ciencia que se nutre de la profanación de tumbas y de la violación de cadáveres. Un pensamiento obsesivo le dominaba: desaparecer con su amada Nefertiti y emprender una nueva vida junto a ella, lejos de la maldición que parecía perseguirles desde tres mil años atrás.

El primer día Ankhesa se lo puso difícil. Nunca se iría sin el sarcófago que contenía su momia. Lo sabía, para los antiguos egipcios el sarcófago no era un mero contenedor. Ellos lo consideraban un verdadero «proveedor de vida» que se extendía sobre el cuerpo del difunto para resucitarlo. Pero se trataba de una exigencia disparatada ¿Cómo incluir un sarcófago dentro de un equipaje convencional sin

convertir en un escándalo cada uno de sus movimientos? Y además, ¿para qué demonios lo quería? Ciertamente, ya se lo había dicho. Ella solo podría unirse a él cuando su momia descansara en la Casa de los Millones de Años. No lo entendía. ¿Acaso no estaba ya con él? Entonces, ¿qué sentido tenía esa prevención? Inútil razonar con ella desde presupuestos contemporáneos. Su mentalidad pertenecía al Egipto milenario. Ya lo daba todo por perdido cuando, de pronto, había aparecido aquel personaje que tampoco razonaba, el magnate Ignacio Cerio. En otras circunstancias Conway jamás hubiera aceptado su proposición. Ahora se revelaba en ella la solución idónea. A bordo del *Albatros* podría cargar cualquier cosa y, Cerio se lo había aceptado, él pondría las condiciones. Contaba con tres días, ni uno más, y necesitaría un par de ayudantes. El primero ya lo había elegido. Esa tarde localizó a Gaetano en la casita sarracena de la Marina Piccola, donde vivía, y le hizo una oferta que no podría declinar: doscientas mil liras contantes y sonantes, toda una fortuna, a cambio de que se enrolase en un viaje hasta la otra punta del Mediterráneo. El pobre pescador, a quien había sorprendido engullendo una cazuela de patatas cocidas rebozadas en queso pecorino, rompió a farfullar con la boca llena.

—*Dove dice che dice, signore?* ¿Hasta Egipto en un velero? ¿Pero usted sabe todo lo grande que es el mar, y las olas que levanta el siroco?

Conway no parpadeó.

—... Y además llevaremos uno de los sarcófagos que encontramos en la Gruta Azul.

—¿Cómo? ¿... Que también quiere llevar el sarcófago? *Pazzo, sei pazzo*, está usted loco, *signore*. ¡Antes prefiero cargar al papa en su silla gestatoria!

—Tranquilo, espera que te cuente... —insistió Conway, sin inmutarse—. No nos llevaremos los sarcófagos grandes. Solo el más pequeño.

—¿Y eso de qué manera? ¿Con la difunta dentro?

—Eso es asunto mío. Tú solo tienes que preocuparte de hacer lo que yo te diga y hacerlo bien.

—¿Quiere un poco? Vamos, pruébelo —replicó el pescador, tendiéndole su cazuela humeante y su cuchara—. Aunque huela como a podrido, está más jugoso que las entretelas de mi *Annunziata*.

—No, gracias, gracias... —se excusó el escocés—. Me arreglo con un vaso de vino.

El pescador escanció su lambrusco en dos vasos mugrientos, Conway continuó.

—Tienes que conseguir una caja de buena madera, bien fuerte, y lo suficientemente grande. Uno por uno ochenta, más o menos.

El pirata tuvo un momento de vacilación, algo le pasaba por la cabeza.

—Venga, escupe lo que estás pensando.

—Ya sabe que mi tío, don Giuseppe, regenta una funeraria. —Gaetano comenzó

con cierta prevención, el mutismo del escocés le hizo pensar que le estaba brindando la solución perfecta—. Podríamos meter la momia en un féretro de *bambino*. Aunque bueno, si se trata de una reina, mejor uno tamaño *king size*, ¿no?

Conway se le quedó mirando, maravillado por la naturalidad con que aquel aldeano pasaba de lo *impossibile* a lo sencillamente delirante.

—Tú sí que estás loco, Gaetano. Pero precisamente por eso te he elegido a ti.

—*Allora, signore*, ¿voy encargando el ataúd?

—Ni se te ocurra. Pásate mañana a primera hora por la mejor carpintería de Anacapri, y encarga la caja. Una caja decente, ¿entendido? A las diez en punto te estaré esperando en el embarcadero de la Marina Grande, ya sabes dónde.

Gaetano apuró el último trago de su lambrusco, absolutamente extasiado.

—Duecentocinquantamille lire. Io sono il re di Capri!

—Pero espera a regresar para coronarte.

Los dos hombres brindaron mirándose a los ojos, como dos conspiradores. Al otro lado de la casucha de Gaetano un mar encrespado, de un rabioso color esmeralda, azotaba con zarpazos de salitre los pesqueros recién llegados de mar adentro.

Por fortuna, el *Albatros* no resultó dañado por el temporal. Cuando Conway llegó a la cala donde lo tenía amarrado sorprendió a Cerio inmerso en un zafarrancho demencial. Aquel magnate no tenía la menor idea de cómo gobernar un cúter de quince metros de eslora y cinco de manga, pero parecía decidido a embarcar en él hasta los muebles de su palacio. Un formidable ajetreo de sirvientes cargados de baúles, cómodas estilo imperio y hasta cornucopias venecianas, desfilaba semejante a un laborioso tropel de hormigas a lo largo del muelle. Apostado en lo alto del puente, Cerio daba órdenes como un capitán Ahab en vísperas de su gran singladura.

—¿Pero qué pretende? —le espetó el escocés—. ¡Esto es un velero, no un mercante!

—Lo necesito todo, todo esto forma parte de mi vida... No puedo dejarlo aquí, a merced de los bárbaros. Y, además, tenemos invitados.

—¿Cómo? ¿... Que tenemos invitados?

—Ayer noche se presentaron en mi casa dos ilustres personajes, estaban aterrorizados. Compréndalo, no pude negarme.

Conway no daba crédito.

—¡Por todos los demonios! ¡Le advertí que no dijera nada de esto a nadie!

—Se trata de dos amigos de mi hija —se excusó Cerio—. Ha sido ella quien...

—Está bien. Dígame al menos de quiénes se trata y me lo pensaré.

Cerio no necesitó pronunciar sus nombres. En ese momento, el único taxi motorizado de la isla —un destartalado Tin Lizzie^[40] amarillo—, invadió el embarcadero, y de él se apearon dos personajes bien singulares: D.H. Lawrence, el

gran heterodoxo, y Auden, el poeta maldito, que parecía recién embalsamado en su untuosa loción Perkins.

—Pero, ¿cómo...? —masculló Conway, elevando su mirada hasta los recios maletones amarrados al portante del automóvil—. No me digan que ustedes también...

—No, no pertenecemos a la nación hebrea —se adelantó Auden, jadeante, pues a duras penas podía arrastrar su maleta—, pero tenemos la certeza de que hemos sido señalados por esos energúmenos.

Y antes de que el escocés pudiera replicar, Lawrence continuó.

—Esta noche los fascistas han asaltado la Scuola Rivoluzionaria. Buscaban a los «bolcheviques», como ellos los llaman. Por suerte no había nadie dentro. Estoy convencido de que los siguientes seremos nosotros. Nos lo ha confirmado el mismo Ezra Pound. También él está indignado, no da crédito a lo que está pasando.

—Tenía entendido que su amigo simpatiza con los fascistas...

—El muy cretino es un maldito idealista, sigue creyendo que Mussolini es algo parecido al hombre providencial, «quintaesencialmente mediterráneo», como dice él —prosiguió Auden, con su fúnebre causticidad habitual—. Los sucesos de anoche le han abierto los ojos, me temo que para conducirle derecho al abismo.

—Esta mañana ha cogido el primer vapor. Pretende entrevistarse con *il Duce*, en Roma. Como imaginará, no hemos aceptado su invitación al suicidio.

Un acceso de tos impidió a Lawrence continuar hablando. Cuando se retiró el pañuelo de la boca intentó ocultar la mancha de sangre.

—Y usted, en sus condiciones... —adujo Conway, evitando pronunciar la palabra tuberculosis—, ¿cree que podrá soportar un viaje como este, hasta Alejandría?

—No se preocupe por mí, he sobrevivido a travesías bastante más arduas.

—Además, nosotros nos bajaremos en Atenas —adujo Auden—. Solo tendrán que hacer una pequeña escala, sin variar su rumbo...

Conway se volvió hacia Cerio recriminándosele entre dientes.

—Le dije que yo pondría las condiciones y usted aceptó.

El magnate se defendió con un tenso susurro.

—Se trata de una obligación de humanidad, compéndalo, se lo suplico, no podía negarme.

—Está bien —transigió al fin el escocés—, que suban los dos. Pero a cambio dejará usted la mitad de su cargamento de antiguallas a pie de puerto. ¿Entendido? —Cerio cabeceó como un perro fiel—. Y en vista de cómo se están poniendo las cosas, lo mejor será adelantar nuestra partida. Zarparemos hoy mismo, a medianoche.

—De acuerdo, se hará como usted diga.

—Vendrán mis dos tripulantes, y mi pareja, por supuesto. Ah, y también necesito espacio en la bodega para una caja grande.

—¿Cómo de grande?

—Tan grande como un féretro.

—¿Un féretro? —repitió el banquero con un rictus de estupor—. ¿Un féretro para quién?

—Para usted mismo si sigue preguntando.

El resto del día Conway y Gaetano trabajaron duro en la Gruta Azul. Tuvieron que emplearse a fondo para hacer pasar por la estrecha abertura del hipogeo el sarcófago de madera que contenía la momia de Nefertiti. Fuera, en el caique, ya tenían preparado un armón de embalaje y un cubo de plomo fundido con el que sellaron sus juntas. Ankhesa les aguardaba en su habitación del San Felice. El escocés le había prevenido para que no abriera la puerta a nadie. Temía por los dos, y no se trataba de ningún presentimiento. Él también estaba señalado. Trabajaba para Fersen, la cabeza visible de los hijos de Sejano, a quienes los fascistas atribuían la decadencia de Italia. Desconocía la razón por la que el barón parecía protegido ante ellos, pero así como habían asesinado a Caltagirone, a Gesualdo y a Ruggero, ahora podían vengarse con cualquiera de sus cercanos. Aún recordaba lo que habían hecho con la mujer de Peres, el diamantista. Ankhesa podía ser la siguiente. Una vez que atracaron y antes de ir a por ella, también apremió a Gaetano.

—Solo nos quedan unas horas, tienes que encontrar a un hombre. Necesitamos un tripulante más. Alguien con experiencia...

—Ya lo he buscado, jefe, pero nadie quiere embarcarse con nosotros. *La porca pavura* les ha mordido a todos, están muertos de miedo.

—¿Les has dicho que estoy dispuesto a pagarles hasta cien mil liras?

—Ni por las doscientas mil que me va a soltar a mí. La mitad de los pescadores odian a Cerio y la otra mitad a Fersen. Ya sabe, *la maledizione*.

—Basta, aquí no hay más *maledizione* que la que te va a caer a ti como me falles. Tienes cuatro horas. Revuelve cielo y tierra, pero encuéntrame a alguien.

Gaetano, desesperado, se puso a gesticular aparatosamente, a la napolitana.

—*Ma chi trovo se non il diavolo stesso?*^[41]

—Ese es el mejor piloto del mundo. Si te lo cruzas véndele tu alma, seguro que aceptará.

El pescador se alejó taladrándose la sien con el índice mientras mascullaba, *pazzo, pazzo, pazzo*, convencido de que se había enrolado en la nave de los locos.

No le faltaba razón. Pero si a esa hora el embarque del *Albatros* presentaba un estado de agitación considerable, el cordón de carabineros a las puertas del San Felice le hizo temerse lo peor. Conway salvó en tres zancadas las escaleras del vestíbulo. El propietario, demudado, discutía con un capitán que reconoció al primer vistazo. Se trataba del tal *Carapezze*, otro de los bastardos que habían participado en los rituales fascistas de la Gruta Azul.

—... Si no hay víctimas no puedo detener a nadie —se justificaba este, impostando una neutralidad escandalosa—. A efectos oficiales esto ha sido un simple altercado. Un desafortunado malentendido, sí, pero nada más que eso...

—¡Cómo que un desafortunado malentendido! ¡Usted ha visto el rastro de sangre! ¡Esos matarifes le han disparado dentro de mi hotel! ¡Tiene que detenerlos!

—Yo no he visto nada, la sangre solo es sangre.

El escocés intentó abordarles pero los carabineros no le dejaron romper el cerco. Por un momento, horrorizado, su mente se vio invadida por Ankhesa. Lo buscaban a él, tal vez la habían encontrado a ella. Entonces, de entre el corro de empleados a su espalda le llegó un comentario.

—Estaba claro que se la tenían jurada por lo de ayer. Lástima que Cornacchia no encontrase su escopeta a tiempo.

Conway se volvió sintiendo un alivio, muy humano, pero también muy vergonzante.

—Entonces, la víctima, ¿ha sido don Giuseppe?

—Lo han sorprendido en las cocinas. Querían llevárselo, pero él se ha resistido. Entonces le han disparado, a bocajarro, *signore*, un trallazo en el vientre.

Continuó otro de los camareros:

—Todos los que estábamos ahí nos hemos revuelto, todos como un solo hombre, con nuestros buenos cuchillos, con las hachas de partir la carne. Todos contra ellos. Los fascistas se han retirado con el rabo entre las piernas.

—¿Y Cornacchia? ¿Dónde está?

—Ha escapado sin que nos diera tiempo a atenderle...

—Nadie sabe dónde está.

—Muerto, seguro que está muerto. Don Giuseppe era un valiente hasta para eso: no les va a dar el gusto de que escupan sobre su cadáver.

La indignación le dio el coraje necesario para romper la barrera de carabineros. Tenía que sacar a Ankhesa de ese infierno como fuera y cuanto antes.

—¡Alto ahí! —bramó *Carapezze*—. ¿Dónde va usted? ¡Está terminantemente prohibido subir a las habitaciones!

Conway no se volvió. Siguió avanzando con paso decidido hacia el ascensor. *Carapezze* esgrimió su pistola.

—¡Alto o disparo!

El escocés no le retiró la mirada. Accionó la palanca, el ascensor comenzó a elevarse. El disparo atronó por toda la planta noble del San Felice. Cuando sus carabineros se volvieron hacia él, vieron a su capitán dar un paso atrás, vacilante, tambaleándose, con los ojos desorbitados y una expresión atónita coagulada en su fría cara de pez. Un orificio seco del tamaño de una bala le perforaba el cráneo, en medio de la frente. Cayó de bruces sobre la escupidera de latón. Esta vez no hubo sangre,

pero, ciertamente, al fin apareció la víctima. El muerto era él.



DESDE la cuarta planta del San Felice, mientras apretaba el paso para cubrir aquel interminable corredor, Conway podía escuchar el tumulto de los carabineros dentro y fuera del hotel. Corrían en todas direcciones entre gritos y pitidos, hacia las cocinas, hacia el comedor, hacia la calle, asaltando a los viandantes y deteniendo a todo aquel que les pareciera sospechoso. ¿Quién había disparado sobre *Carapezze*? Nunca lo encontrarían, pero nuestro arqueólogo no tenía tiempo que perder. Y le sobraban razones para pensarlo. Según se acercaba a la puerta de su habitación; distinguió un bulto fijado a media altura. Al reconocerlo se quedó sin aliento. Se trataba de un gato muerto, con dos grandes clavos atravesándole los ojos y la lengua cortada. Las sentencia de los condenados. Lo arrancó de un tirón, aterrado, sin sentir la sangre que le salpicó la cara. Solo pensaba en Ankhesa. La puerta estaba cerrada. Comenzó a golpearla, fuera de sí. Nadie respondía. Volvió a golpear con más fuerza.

—¡Ankhesa, soy yo! ¡Ábreme, por lo que más quieras!

Al fin la puerta se abrió. Ankhesa se veía demudada.

—Ha sido terrible, Ken... —exclamó, arrojándose en sus brazos—. Los demonios venían a por mí, a por nosotros. Querían echar la puerta abajo.

El escocés la abrazó dando gracias al cielo.

—Deprisa, acaba de hacer tu equipaje, nos vamos ya.

Empujaron su ropa desordenada en un par de maletas pequeñas, Conway enrolló los papiros dentro de un tubo y salieron corriendo hacia el ascensor. Al llegar a la verja advirtieron el giro de la flecha sobre su dintel. Alguien estaba subiendo. Los fascistas o los carabineros, no importaba quiénes fueran: la caza había comenzado. La mente de Kenneth era un vértigo buscando una salida. «Por las escaleras no. Por la azotea, demasiado aventurado. ¿Por dónde? ¡Por Dios, por dónde...! ¡Ya está, ya lo veo!». La flecha de metal indicaba que el ascensor estaba a punto de llegar a su planta.

—¡Rápido, Ankhesa, sígueme! —exclamó, tirando de ella mientras se precipitaba hacia el otro extremo del pasillo.

Al final del corredor se abría una ventana de guillotina. Conway la alzó rezando para que al otro lado hubiera algo parecido a una escalera de incendios. La suerte volvió a ponerse de su parte: en efecto, había una escalera. Cuando el elevador se

detuvo en la cuarta planta y se abrieron sus puertas, tres escuadristas armados con fusiles de asalto y dos carabineros se precipitaron hacia su habitación. Ankhesa y Conway ya corrían por el callejón que flanqueaba la trasera del hotel. Había carabineros por todas partes, pero también una pequeña camioneta de reparto estacionada junto a un puesto de frutas y verduras. El corazón de Conway dio un vuelco al advertir quién estaba al volante: ni más ni menos que Gaetano. Los dos hombres se cruzaron una mirada que no necesitaba palabras. El único carabinero apostado en ese lugar estaba de espaldas, vigilando el acceso a la plaza. Ken y Ankhesa caminaron hacia la camioneta despacio, con el lastre del miedo amarrado a su equipaje. La distancia que les separaba, apenas cincuenta metros, se les hizo infinita.

—*No questions, caporale*, se lo pido por la santa Madonna —susurró Gaetano, muy tenso, con un gesto explícito—. Escóndanse bajo el toldo, hay sitio para los dos.

Al alzar la lona, apareció la caja de madera que contenía la momia de Nefertiti y algo más.

—¡Pero qué demonios...! —masculló Conway mientras ayudaba a subir a Ankhesa—. ¿Qué pretendes? ¿Qué nos metamos dentro de un féretro?

Sí, eso era lo que había: un féretro tallado a mano, en el recargado estilo napolitano, cuajado de angelotes que sostenían guirnaldas en torno a un truculento crucifijo del tamaño de un hombre.

—No, en el féretro no, *signore*. Ya está ocupado.

La naturalidad con que lo dijo hubiera resultado cómica en otras circunstancias. Conway no podía más. Obedeció el mandato, y se acurrucó junto a Ankhesa en el hueco entre las dos cajas. Gaetano arrancó la camioneta. Lentamente, con la pereza habitual de los lugareños, enfiló la salida de la plaza. Al pasar ante el carabinero, hasta se permitió la temeridad de detenerse para saludarle.

—*Come è la cosa, Fabrizio? Duro lavoro?*

El carabinero se echó la gorra hacia atrás pasándose la manaza por la frente.

—Se han cargado al *disgraziato* de *Carapezze*. No creas que lo lamento. ¿Pero qué quieres? Si no cazamos al culpable, hoy no comemos.

Desde la mínima rendija abierta bajo la lona, Conway vio cómo el carabinero y el pescador se cruzaban algo parecido a un saludo anarquista —ambos puños cerrados y cruzados, formando un aspa—. Pensó que era lo último que le quedaba por ver. Pero, una vez más, se equivocaba.

La camioneta atravesó la *piazza* Umberto I, enfiló el lateral de la catedral de Santo Stefano, dejó atrás los jardines de Augusto, y abordó el mareante zigzag de la vía Krupp que desciende como una apretada madeja intestinal hacia la Marina Piccola. En cada curva, y se cuentan más de veinte, la caja que contenía la momia y el ataúd se desplazaban de un lado a otro amenazando con aplastarles. Al fin llegaron

al amarre del *Albatros*. Cerio no se sorprendió. Conway le había advertido que traería una caja tan grande como un féretro y que no debía hacer preguntas. Su aspecto no era para menos. Había mudado su terno de banquero por unos pantalones de faena, una camisa marinera y esa gorra de almirante que sostuvo su saludo.

—¡La tripulación está lista para partir, mi capitán! —exclamó, con un entusiasmo muy festivo—. Tendremos una travesía excelente.

—Se equivoca —repuso el escocés—. Fíjese en la niebla. Hace demasiado calor, tendremos tormenta.

—Siempre tiene que decir algo triste —protestó el magnate.

Pero no pudo articular ni una palabra más. En eso, la cubierta del féretro se entreabrió un poco, y por la ranura apareció una mano ensangrentada que intentaba desplazarla. Cerio dio un paso atrás, lívido de estupor, rompió a santiguarse. No fue el único paralizado por el espanto. Todos los que estaban allí sintieron que la sangre se les helaba en las venas. Todos salvo Gaetano, que avanzó decididamente hacia el ataúd y asió la mano ensangrentada que luchaba por salir del féretro.

—*Non preoccuparse!* —exclamó con toda naturalidad—. Es mi tío, *l'eroe del giorno!*

En efecto, se trataba de Giuseppe Cornacchia, el *maître* del San Felice, que se incorporó a duras penas, con su chaqué empapado de sangre a la altura de su vientre, donde le habían disparado los escuadristas. Al ver a Conway se le iluminaron los ojos, intentó caminar, se caía.

—Solo tengo una bala para pagarme el pasaje, *signore* —balbució, esbozando una sonrisa desencajada—. Pero tienen que sacarme de aquí... Si no me ayudan me matarán.

Auden, el «poeta maldito», se veía sobrepasado.

—Este hombre está muy mal, ¿es que no lo ven? —farfulló, como si temiera el contagio—. Tenemos que llevarlo a un médico.

Y Lawrence, el otro «maldito», le secundó sin vacilar.

—No podemos arriesgarnos a embarcarlo. Si muere, su sangre caerá sobre todos nosotros.

Cerio pensaba lo mismo.

—Escúcheme, Cornacchia, puedo ofrecerle mi palacio. Hágame caso, es por su bien: allá estará seguro, a salvo de todo. Mis criados le ocultarán tanto tiempo como sea necesario... En cuanto llegue llamarán a un médico. Por descontado, yo corro con todos los gastos.

Aquello era más de lo que Conway podía soportar. Giró una mirada sobre aquel atajo de cobardes, cogió a Cerio por las solapas y hundió sus ojos en los suyos, lleno de ira.

—¡Pero cómo se atreve, pedazo de cabrón! ¡Usted que ha hecho el gran negocio

de su vida vendiendo a los fascistas las armas de sus amigos alemanes, tan fascistas como ellos! ¡Usted que ahora sale huyendo como una rata...! ¡Este hombre vale más que todos ustedes juntos! ¡Por supuesto que se viene con nosotros, vivo o muerto! ¡Y ya está dejando libre su camarote para que lo instalemos en él! ¡Vamos, deprisa, corra a retirar toda su morralla!

Más que soltarlo, lo dejó caer. Cerio retrocedió aterrado, sin darle la espalda hasta que alcanzó la escotilla. El escocés se unió a Gaetano para sostener a don Giuseppe, que ya apenas acertó a articular:

—Grazie tante, signore...

—Calla, no digas nada. Somos nosotros los que estamos en deuda contigo. Nosotros, y con nosotros Italia entera.

Auden y Lawrence bajaron la cabeza, corridos de vergüenza.

Ah, la muerte y los poetas. Leopardi, el más grande poeta de la Italia moderna, que deseaba la muerte en exquisitas rimas desde que era muchacho, fue el primero en huir cuando el cólera apareció en Nápoles. Hasta el gran Montaigne, cuyas serenas meditaciones sobre la muerte bastan para inmortalizarlo, escapó como una liebre cuando surgió la peste en Burdeos. La vieja historia volvía a repetirse con aquellos dos insignes representantes de la gran literatura europea que lo desafiaba todo, salvo cuando su propia vida estuviera en riesgo.

—¿Qué hacen ahí parados? —les reconvino Conway sin detenerse—. ¡Rápido, acaben de cargar los bastimentos y suelten amarras! ¡Zarparemos en cuanto entre la marea, y eso va a ser ya, ahora mismo! ¿Me han oído?

Los dos intelectuales se pusieron manos a la obra sin replicar. Entre tanto, una vez que ganaron su camarote, el escocés y Gaetano tendieron al anciano en la litera de Cerio. Fue entonces cuando Ankhesa rompió su silencio.

—Creo que puedo curarle.

—¿Qué dices? —exclamó Conway volviéndose hacia ella.

—Durante mi tiempo de formación pasé tres ciclos en la Casa de La Vida del palacio de Malgata, en Tebas. Pentu, el médico de la corte, me instruyó en la ciencia de Sekhmet, la diosa que vela por los males de los hombres.

—¿Estás segura de que podrás hacerlo?

Ankhesa cabeceó afirmativamente.

—Traedme el cuchillo más afilado que encontréis, una cuchara larga, unas pinzas, un tarro de miel, y algo para hacer fuego.

Cerio le respondió sin salir de su aturdimiento:

—Hay un hornillo de petróleo en la toldilla...

—¿A qué espera para traerlo todo aquí? —le urgió Conway—. ¡Vamos, corra!

El magnate desapareció trabucado escaleras arriba. Entretanto, Gaetano ayudó a Ankhesa a lavar la herida. Cerio regresó enseguida con todo lo necesario.

—Está bien, con esto será suficiente —exclamó la egipcia—. Ahora dejadme sola con él.

Los tres hombres abandonaron el camarote. Don Giuseppe se alteró al verlos desaparecer.

—¡No, aún no, que no se vayan...! —balbució, ya en estado febril—. Tengo que decirle algo muy importante al señor Conway...

—Silencio, no hables más, solo mírame.

El anciano no entendía nada pero obedeció. Al instante sintió que sus profundos ojos negros se hundían en los suyos como dos discos solares, y le invadió una gran paz. Se vio flotando en un espacio extraño, como un mar, como un cielo, volaba como un halcón de alas doradas sobre el vértice de la pirámide. Una música suave, como de sistros y siringas, comenzó a envolverle mientras se rendía al sueño hipnótico. Ankhesa puso su palma sobre la frente y comenzó a pronunciar su conjuro.

—Oh, divino esplendor de Atón, yo te invoco para que tu aliento penetre por la boca de este hombre, de modo que restañe el mal que el impuro Seth ha vertido en sus entrañas. Invoco a través de ti a la diosa que ilumina los ojos de Horus, la que conduce el sol hacia el oeste y la luna hacia el este. Que el sabio Ptah ilumine mi mano izquierda. Que Sokaris guíe mi diestra. Que tu sagrada potencia, padre Atón, fluya por las trescientas venas de este hijo tuyo. Tú me enseñaste que el primer precepto de nuestra sabiduría es este: «Dios hace vivir a quien le ama».

Cinco mil años antes, Isis, la gran maga, buscó por todo el firmamento las doce partes del cuerpo despedazado de Osiris y le devolvió la vida por medio de su palabra. La mano de Ankhesa no vaciló. El cuchillo cauterizado rasgó la herida y se hundió en su carne. Cornacchia no sintió dolor alguno, la diosa estaba presente.



ENTRETANTO, Gaetano arrumbó la proa del *Albatros* en paralelo a la dentada línea de sombra de los acantilados. No había casi viento y la embarcación apenas avanzaba, movida solo por el impulso de la corriente. Tardaron una eternidad en alcanzar las *bocche* —las bocas del abra—, al pie del faro que preside el estrecho de Capri. Allí se forma siempre un remolino de agua agitada por las mareas. El cúter tensó su aparejo con el primer golpe de viento y, al fin, se deslizó hacia mar abierto silbando como un pez volador a la caza de un cometa. Conway se aplicó a izar la vela mayor. Lawrence no esperó a que se lo pidiera para sumarse a la maniobra. A lo lejos, la ciudad resplandecía bañada por el sol poniente como una joya.

—Tengo que pedirle que me disculpe por las palabras de antes. —El escritor lo decía de corazón, buscando sus ojos—. Ha sido el miedo, me avergüenzo profundamente...

—Todos tenemos miedo, amigo, puedo comprenderlo.

—Le juro que no se repetirá.

—¿Y su colega? ¿Dónde se ha metido? —replicó el escocés dando el tema por zanjado—. No nos vendrían nada mal un par de manos más para cazar el foque y la escandalosa. Tenemos que aprovechar este viento antes de que estalle la tormenta.

—Si se refiere a Auden, me temo que tendremos que acostumbrarnos a prescindir de él. Pese a que ha escrito espléndidos poemas de ambiente marinero, el mar le aterra. La última vez que lo vi estaba vomitando. Pura literatura, por supuesto.

Mientras este desplegaba el foque, Conway desplegó asimismo su primera sonrisa. Fue entonces cuando apareció Ankhessa. Todas las miradas se volvieron hacia ella.

—Es la flecha roja del demonio Nehaner —exclamó, mostrando la bala—. Pero creo que he conseguido sacársela entera.

Gaetano soltó el timón y se deslizó bajo el mastelero:

—¿Y él, cómo está?

—Se curará. He puesto sobre su corazón las tres manos sagradas, y sobre su herida tres vendas untadas en miel. Ya ha dejado de sangrar.

—¿Vendas untadas en miel?

La pregunta venía de Cerio, que seguía recostado sobre la botavara, con un

pañuelo en la boca, incapaz de sobreponerse al mareo.

—Es el mejor remedio contra las infecciones. Apofis, el diablo que pudre las heridas, detesta la miel. Huye del cuerpo de los enfermos en cuanto la huele.

Gaetano, Cerio y Lawrence, el pescador, el banquero y el intelectual, se cruzaron una mirada aturrida. ¿Qué lenguaje hablaba aquella mujer? Bueno, debieron pensar, tratándose de la pareja de un egiptólogo, no resultaba tan extraño que se expresara en jeroglíficos. Además, ¿no era Capri la capital de la excentricidad? Cerio, abrumado por su mala conciencia, se sintió obligado a celebrar que todo se hubiera resuelto de la mejor manera.

—Tengo unas cuantas botellas de champán en el sollado. La bebida de los faraones, je, je... —puntualizó buscando congraciarse con el escocés—. ¿Les parece que brindemos por nuestra enfermera?

—... Solo si nos lo permite el viento —apostilló Conway antes de volverse hacia Gaetano—. ¿Cómo sopla ahora?

—Suave como una monja, *signore*. La tempestad no nos alcanzará hasta la noche.

No hizo falta más para que el magnate rodara hacia la bodega, de la que regresó al punto con tres botellas de la viuda más famosa de Reims —*madame Clicquot*, naturalmente. Tras él, apareció un homúnculo tambaleante luchando por mantener su propio equilibrio, pero aún más el de las seis copas que sostenía sobre una bandeja. Se trataba de Auden, el autor del célebre *El espejo y el mar*. Cerio descorchó ruidosamente la primera botella.

—Señores, en el breve instante que nos queda entre la tempestad y la gloria, ¡bien podemos beber una copa de este elixir de los dioses!

Hasta Lawrence, el gran circunspecto, se permitió hacer una frase:

—¿Saben lo que decía Napoleón Bonaparte? «En la victoria mereces beber *champagne*; en la derrota, lo necesitas».

—Entonces es nuestro caso —le siguió Auden—. Aunque, a decir verdad, ¿quién puede hablar de derrota estando en presencia de una dama tan bella?

—¿Me permite, señorita? —preguntó Cerio mientras le servía a ella antes que a nadie—. Mirándola a usted, me creo la leyenda.

—¿La leyenda? ¿Qué leyenda?

La pregunta de Lawrence se adelantó a su copa, que el magnate se apresuró a colmar con un guiño.

—Según se dice, el molde que dio forma a la primera copa de *champagne* de la historia se hizo sobre un pecho de la reina María Antonieta, la esposa de Luis XVI.

Y la reina bebió, sin entender nada, aquel zumo tan distinto del que se fermentaba en los viñedos de Amón. Estaba acostumbrada, desde tres mil años atrás, a los cumplidos de sus cortesanos. Conway observaba la escena recostado contra la amura de babor, junto a Gaetano, que se volvió hacia él ya con la tercera botella en la mano.

—*Guardi, signore*, esos tres moscones se mueren por hincarle el diente a su pastel.

—No te preocupes, ella puede con los tres. Y no bebas tanto: cuando rompa la tormenta te necesito bien sobrio al timón. Por cierto, Gaetano...

—Dígame, jefe...

—¿Fue tu tío, don Giuseppe, quien disparó contra *Caparezze*?

El italiano bajó la mirada, parecía vacilar, pero al fin lo dijo.

—No, *signore*, fui yo, pero no me arrepiento. Ese *torrone di merda* iba a matarle...

—Nunca podrás regresar a Capri.

—¿Qué me importa eso ya? Con lo que me va a pagar tengo más que pensado donde pondré la proa con mi *Annunziata*: ¡empezaremos una nueva vida en América!

Conway le pasó su brazo por el hombro y le apretó fuerte.

—En América o en el fin del mundo seguiré estando en deuda contigo, Gaetano: te debo la vida.

El *Albatros* mantuvo su rumbo sur-sureste, adentrándose en el mar alto, que comenzaba a picarse ante la inminencia de la tormenta. Esta no tardó en hacer su aparición, precedida por una gran nube malva que, enseguida, se adueñó de todo el arco del cielo. En cuanto rompió el primer trueno, la lluvia comenzó a arreciar empañando el horizonte como un calamar asustado que vacía su vejiga y enturbia las aguas con una cortina de tinta. Auden, ya absolutamente borracho, batía palmas a cada nuevo estrépito. Su colega, Lawrence, ni se molestó en guarecerse bajo la toldilla. Contemplaba la tempestad como si fuera una manifestación de las fuerzas misteriosas e incontrolables de los viejos dioses. Ignoraba que tenía a su lado a uno de ellos. Impasible como una esfinge, Ankhesa había subido hasta la proa para formular uno de sus conjuros callados. El trueno era para ella una manifestación de Herihor, «el sacudidor de las almas». Su presencia anunciaba los peores presagios. A medida que la tormenta iba quedando atrás, el cielo les envió otra señal. De pronto la superficie del mar, oscura hasta entonces, se volvió fosforescente.

—¡Miren esto! —exclamó Cerio, maravillado, observando el agua que parecía hervir alrededor del casco—. ¡Es puro fósforo!

Lawrence se limitó a murmurar.

—... Parece que todos los muertos de este mar se reúnen a nuestro alrededor.

Gaetano, harto de ellos, masculló algo acerca de las algas que provocaban aquel fenómeno, nada nuevo para él. Esta vez no tenía a Conway a su lado. Poco antes de que rompiera la tormenta, el escocés había bajado a su camarote. Allí, sobre una pequeña mesa, se ocupaba en descifrar los papiros encontrados en el sarcófago de Nefertiti, que había fijado entre dos láminas de vidrio.

Desde que comenzó a hacerlo, en el San Felice, se guardaba para sí todo lo que le

iban revelando. Por alguna razón, prefería que su reina no supiera nada. Pero, desde entonces, su espíritu vivía atormentado por violentas visiones, brumosos torbellinos de palabras de las que surgían seres extraños que le susurraban sus secretos. El primero de aquellos papiros apenas le inquietó, pese a que prodigaba hasta veinte fórmulas de maldición para quien se atreviera a profanar el reposo de la reina Sol: «... La cobra que está sobre mi cabeza aniquilará a quien turbe mi sueño. El intruso será maldito por toda la eternidad, su cuerpo no tendrá tumba, y el rayo de Atón destruirá su alma. Jamás volverá a despertar». Todas las tumbas reales se defendían con baterías de maleficios como aquel. No obstante, el rollo que había comenzado a descifrar avanzaba algo parecido a una profecía.

Sucedirá en siete pasos y en siete lunas, tal como lo anunció Ribbadi de Biblos, el de la doble visión. Cien ciclos adelante, cuando la Bella se encuentre en la Duat, los Pueblos del Lobo vendrán a por ella, y la llevarán más allá de los Nueve Arcos, hasta el lejano Occidente. Conocerá entonces la Bella una segunda morada, en la isla de Khnum, el dios carnero, aquel que velará sus mutaciones en el mundo del silencio, Cuando se cumpla el tiempo, su divino esposo Akenatón vendrá a alzarla de su sueño. Ambos cruzarán La Muy Verde cabalgando los delfines de Hatmehit. Pero, por hacerlo a través de las aguas, despertarán a los que perecieron por las aguas de Hapi, y se cumplirá su venganza. La dorada Rakotis será su puerto. Entonces las rojas alas de Seth cubrirán el cielo, y el Chacal morderá el corazón de la esfinge...

Demasiadas alusiones, y demasiado intrincadas, él no creía en esas cosas, pero aquel rollo traducía de una manera explícita lo esencial de su historia. «Cuando la Bella se encuentre en la Duat los Pueblos del Lobo vendrán a por ella». Si la Duat era el inframundo de los egipcios, ¿qué podían significar esos «Pueblos del Lobo», sino las cohortes de Sejano, cuyo emblema era la loba capitolina? La isla de Khnum, el dios carnero, encajaba con la genealogía de Capri. Cruzar La Muy Verde equivalía a atravesar el Mediterráneo, y Rakotis era el nombre faraónico de Alejandría antes de que la refundase Alejandro Magno. El agua se imponía como otra de las grandes claves, pero no solo la del mar. Por el agua del Nilo —Hapi— perecieron los conspiradores que asesinaron a Akenatón. ¿Quién sería Seth, el de las alas rojas, quién el Chacal...?

Conway prefirió no continuar. Aquel papiro excitaba su imaginación, le alteraba absolutamente. El cartucho que le identificaba con Akenatón le parecía una locura. No obstante, la misma Nefertiti se lo había señalado así: «llevas el “ken” en tu nombre...». Sus cavilaciones se interrumpieron en ese punto. De pronto, escuchó unos pasos que avanzaban por su espalda. Creyó que se trataba de Ankhesa, y se volvió para recibirla. Pero no, allá no había nadie. Los pasos volvieron a hacerse oír sobre la tarima. La mirada de Conway siguió la dirección del ruido.

—No, no estoy loco —se dijo—, hay alguien aquí. Alguien o algo...

Se incorporó buscando un arma. Una mano poderosa le retuvo. La mano de nadie, porque allá no había nadie más que él. Y, sin embargo, sentía de una manera plenamente física la presión de aquella garra sobre su hombro. Una fría mano de hueso, la mano de un esqueleto. O la de una momia. Un estremecimiento le recorrió el espinazo. Kenneth puso en tensión todos sus músculos para luchar contra ese poder invisible. Repentinamente se sintió liberado. Y, al instante, apareció Ankhesa al otro lado de la puerta.

—¿Qué te pasa, amor mío? —le preguntó, al reparar en la palidez de su rostro.

Kenneth respiró hondo y respondió con otra pregunta.

—¿Y tú, no has sentido nada extraño?

Nefertiti sacudió la cabeza y enlazó sus brazos sobre su cuello. Conway escrutó sus ojos, sabía que en ellos residía la clave de todos los misterios.

—Aún no me has dicho dónde me llevas —articuló la reina en un susurro—. A nuestro Khemet, sí, ya lo sé... Pero, dime, ¿qué haremos cuando lleguemos?

—Haremos lo que digan estos papiros —repuso el escocés—. Ellos nos mostrarán el camino. Es posible que tengamos que irnos aún más lejos, no lo sé...

—Hemos atravesado juntas las puertas del cielo, ¿no te parece bastante?

—Nada me parece bastante cuando estoy contigo.

—Bésame...

Al besarla, Conway sintió que se le iba la cabeza. Cuando despertó era de noche, y Ankhesa ya no estaba junto a él.



EL sol comenzaba a despuntar sobre las cresterías de la isla de Pantelaria. Entre los promontorios del estrecho de Sicilia el mar se agitaba como una gran respiración apresada por la negrura. Gaetano se mantenía firme al timón, canturreando sus *canzones* mientras la estela del *Albatros* trazaba su senda de espuma. Conway le encajó el primer café del día sobre la cepa del bauprés.

—Buenas noticias, *signore*, mi tío Giuseppe se ha despertado sin fiebre, y tenemos un fantasma a bordo.

—¿Un fantasma a bordo? —preguntó el escocés, recordando el episodio de la noche anterior, en su camarote—. ¿Qué tontería es esa?

—El poeta del *spumante*, ya sabe, el de las orejas grandes —precisó, refiriéndose a Auden—. Ha subido al puente sobre la medianoche, *signore*. Según él, cuando estaba durmiendo, le ha zarandeado un faraón con cabeza de perro.

—¿Un faraón con cabeza de perro?

—Él dice que lo ha visto, pero había que verle a él. Venía con los pelos de punta, como un *porcospino*. Quería tirarse por la borda.

—Lástima que no haya tiburones en el Mediterráneo —masculló el escocés—, se hubieran dado un buen festín.

En esas estaban cuando la cabeza de Lawrence asomó por la toldilla.

—¡El herido le está llamando, Conway!

—Será que quiere un traje de enterrador, como los que se gastaba en el San Felice —apostilló Gaetano—. Ya sabe cómo es don Giuseppe, genio y figura.

—¿Y tú, te atreverías a dejar el timón en manos de uno de estos? Llevas toda la noche pilotando, tienes que descansar.

—El mar es mi descanso, *signore*. Vaya con mi tío y no se preocupe por mí.

Fue lo que hizo. Bajó en tres zancadas al sollado. De camino al camarote principal pasó por la cocina para retirar la cafetera y un buen pedazo de bizcocho. Cornacchia le recibió incorporado sobre un par de almohadas. Todavía respiraba con dificultad, pero la vida había regresado a su mirada.

—No sabe cuánto he esperado este momento, *mister* Conway, tengo tanto que contarle...

—Come algo primero. Ahora me toca a mí servirte a ti —ironizó el escocés—.

Espero que no me despidas si derramo un poco de café...

Don Giuseppe no sonrió.

—Cierre la puerta, por favor, nadie debe escuchar lo que voy a decirle.

—Vaya, cuánto misterio, espero que sea algo importante.

El anciano apuró un sorbo antes de continuar.

—¿Se acuerda cuando le dije que el barón Fersen era un *grande jetattore*, un viejo brujo?

—Sí, claro que sí, me lo dijiste al poco de conocernos. El segundo día de mi estancia en el San Felice, si no me equivoco.

—¿A qué viene eso ahora?

—No le he visto cerrar la puerta... ¿Seguro que la ha cerrado bien? —Conway asintió, él insistió, en el mismo tono acuciante—. ¿Con dos vueltas de llave?

—Una es más que suficiente. Estamos a bordo del *Albatros* y Fersen no viaja con nosotros. Anda perdido por Inglaterra.

—Yo no lo diría tan seguro, *signore*. Ese hombre es un demonio, y su secretario, Messori, ese es el mismo *satanasso*.

—Ya está bien, Giuseppe, cálmate un poco y empieza por el principio.

—Sí, tiene razón, he de comenzar por el principio.

El anciano acabó de tragar lo que tenía en la boca; desvió una mirada hacia la escotilla, más sereno, pero sus ojos tenían el mismo fuego oscuro cuando volvió a clavarlos en los del escocés.

—Siete días antes de que estallara la algarada de los fascistas, fui testigo de un encuentro muy revelador: Fersen recibió en Villa Lysis a Malaparte y a Pagano, ya sabe, el *gran podestá* de esa gentuza...

—¿Y tú, qué hacías ahí? —le cortó el escocés.

—Eso no puedo contárselo, *signore*.

Conway apretó las mandíbulas. Recordaba muy bien la escena de la que había sido testigo el primer día de sus prospecciones en la Gruta Azul, cuando irrumpió aquel cónclave de fascistas disfrazados de centuriones. Cornacchia estaba entre ellos. Sí, el mismo Giuseppe Cornacchia que dos semanas después les plantó cara a las puertas del San Felice, el mismo que había recibido aquel disparo por parte de aquellos canallas. Solo había una manera de que todo eso encajara.

—Tienes que contarme toda la verdad, Giuseppe, pero empezando por ti. Ya no puede haber misterios entre nosotros, ¿lo entiendes? —El anciano cabeceó afirmativamente, Conway continuó—. Yo sé algo de ti que debes explicarme. ¿Recuerdas aquel día en que esos bastardos se reunieron en la Gruta Azul? Yo estaba allí, lo vi todo.

Cornacchia no parpadeó.

—Bien, perfecto. Así me evitará mayores explicaciones. Sí, también estaba yo.

Trabajando. Esa era mi cobertura.

El escocés frunció el ceño espesando un silencio donde pugnaban la incredulidad y el desconcierto. ¿O sea que Cornacchia era algo parecido a un espía? Pero ¿Al servicio de quién?

—Si no le respondo a lo que me pregunta le aseguro que es por su bien. Créame, no puedo decirle más —insistió el anciano—. Gracias a eso pude infiltrarme en aquella reunión de gerifaltes en Villa Lysis. Estaban todos, incluido *il Dottore*.

—¿También Messori? ¿Pero si es judío...?

—Y Fersen homosexual, como toda su corte.

—¿Entonces?

—Entonces llegaron a un pacto para salvar su pellejo: la vida de todos esos hijos de la gran puta a cambio de la suya.

Conway sintió que se le encogía el estómago.

—¿Pero qué locura me estás contando? Yo no pinto nada en esto...

—Eso es lo que usted se cree. No conoce el carácter de la gente de aquí. La máscara siempre es una sonrisa, el extranjero siempre es bienvenido, se le acoge enseguida, se le agasaja, se le colma de atenciones. Pero debajo de esa piel usted nunca dejará de ser un intruso para ellos. Se le vigila día y noche, está bajo sospecha.

—¡Por todos los demonios! ¿Bajo sospecha de qué...?

—A usted le vigilaban desde el mismo día en que comenzó sus excavaciones. Sí, no ponga esa cara de pasmado. No es tan extraño, y nada más fácil de llevar a cabo.

Conway apenas acertó a articular:

—¿Gaetano?

—Por supuesto que no. Mi sobrino es uno de los nuestros.

—¿Quién entonces?

—*Gatto cento occhi, signore, e dietro di lui una ventiana di cani*^[42] — Cornacchia le cantó el viejo proverbio napolitano sin parpadear—. Lo saben todo de usted. Todo, o casi todo...

—Dime lo que saben.

—Saben que usted encontró algo importante en un agujero de Villa Helios. Algo que ha querido guardarse, sin revelar ni una palabra a Fersen, ¿es cierto?

—¿Y qué más?

—Fersen piensa que se trata de un tesoro del tiempo de los faraones. Lo quiere todo para él.

—No entiendo nada. ¿Qué tiene que ver eso con los fascistas?

—Los del círculo de Malaparte están aún más locos que los que se reúnen en el fumatorio de Villa Lysis. Si estuvo el día del ritual en la Gruta Azul no hace falta que le diga más. Ya sabe que su obsesión es acabar con unos supuestos «hijos de Seiano» que, según ellos, han traído la decadencia a Italia. Pues bien, hasta ese día Fersen y su

capilla de opiómanos estaban en la lista negra. Ahora ya no lo están. ¿Me va entendiendo?

—Continúa.

—Usted es el demonio, *signore*... O, al menos, Fersen ha conseguido convencerles de que lo es. Esa ha sido su venganza. Sí, su venganza por no haberle revelado su secreto. No se asombre, antes hicieron algo parecido con su colega, Caltagirone, el arqueólogo que le precedió. Pero a este lo liquidaron por otra razón...

—¿Cuál?

Cornacchia le miró a los ojos y dijo con lentitud:

—El mercado clandestino de gas nervioso, ni más ni menos.

—¿Pero qué me estás diciendo?

—Lo mismo que le avancé la última mañana que bajó a desayunar, en el San Felice.

—Sí, ya lo recuerdo, allá estaba el tal Von Lüttwitz.

—*Herr Lüttwitz* es el banquero de Krupp, el fabricante de armamento. Dos días antes acababa de firmar con Cerio el contrato de su vida: cien cañones prusianos para el futuro ejército de Mussolini. Fersen también negoció con él, imagine qué.

—¿Fosgeno?

—*Ecco, signore*, el agente letal más mortífero que ha inventado el hombre, el gas más infame y efectivo de la Gran Guerra. Fersen suministró a *herr Lüttwitz* una tonelada de fosgeno envasada en cilindros recién llegados de Marsella... por la vía de su proveedor habitual de opio.

—¿Un tipo como Fersen metido en el negocio de armamentos? No puedo entenderlo... ¿Pero por qué?

—El opio es un vicio muy caro, *signore*. Fersen comenzó traficando para su propio consumo, luego para el de medio país. Acabó necesitando nuevas fuentes de ingresos. Tan sencillo como eso. —Cornacchia mantenía las manos apretadas en torno a su taza—. ¿Tiene un cigarrillo? —preguntó. Conway le pasó la cajetilla y el encendedor. El *maître* saboreó la primera calada con delectación—. Poco antes de que usted apareciera en Capri, Caltagirone descubrió su juego. Solo con eso ya estaba sentenciado. Fersen decidió eliminarlo, pero no lo hizo inmediatamente... Su taimada mente elaboró un plan perfecto. Se inventó la leyenda de los «hijos de Sejano» y la dejó caer en el cónclave de Malaparte. Fueron esos matarifes quienes le hicieron el trabajo sucio mientras el barón quedaba fuera de toda sospecha, cultivando su jardín.

Conway no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. O sea que era Fersen quien se había inventado esa historia demencial acerca de los «hijos de Sejano», la misma que acabaría volviéndose contra él. La desnuda elocuencia de Cornacchia, sin embargo, resultaba demoledora. El viejo *maître* apuró otro trago de café. Sus ojos acuosos se habían convertido en un trazo brillante.

—¿Y la muerte de Gesualdo? No me digas que él también...

—No, el pobre Gesualdo pagó con su vida su lealtad. Se negó a colaborar. Esa fue la causa de que cayera sobre él la maldición de los faraones. —En eso, ambos escucharon un ruido de pasos en el corredor, al otro lado de la puerta. Don Giuseppe no continuó hasta que cesaron—. Fersen no tuvo nada que ver. Pero había cometido un grave error, el mismo que Cerio. Creyó que con el pacto del fosgeno sería suficiente. Pero esos imbéciles se habían creído a pies juntillas la historia de los «hijos de Sejano». Ahora también querían su cabeza. Sí, la suya, *signore* Conway. Fersen se negó a entregársela... hasta que usted le revelara dónde había encontrado su tesoro. La respuesta de los fascistas no se hizo esperar. Recuerde a aquel chapero que amenizó la última fiesta egipcia en La Grotelle. ¿Cómo se llamaba?

Conway hizo un esfuerzo por recordar, ninguno de los dos lo consiguió.

—Es igual —siguió el anciano—, el nombre es lo de menos. Aquí lo que importa es cómo se las gastan esos malnacidos. Después de eso, y una vez que se convenció de que usted no le revelaría su secreto, Fersen se plegó a todas sus exigencias. El día de la reunión en Villa Lysis les ofreció una versión delirante de sus prospecciones, justo la que ellos esperaban: usted había profanado, naturalmente, sin su consentimiento, una tumba oculta en las criptas de Villa Helios. Dentro, debía dormir el peor de todos los demonios faraónicos que se trajo Sejano desde Egipto. Un ser tan terrible que hasta el mismo Tiberio optó por sepultarlo en el paraje más inaccesible de la isla. Usted lo habría conjurado con toda intención. Al despertar, de la boca de ese demonio brotaron algo parecido a las siete plagas. Italia entera sucumbirá si no le cortan la cabeza. Y, en fin, ese fue el pacto: Fersen les dio vía libre para acabar con usted y, a cambio, obtendría de ellos algo parecido a un visado de inmunidad.

—Pero, entonces —exclamó Conway, atónito—, ¿por qué se fue a Inglaterra?

—Recuerde lo que sucedió con Caltagirone. El barón es un tipo elegante, detesta que le salpique la sangre. ¿Entiende?

—Más o menos...

—La idea era ventilárselo a usted el mismo día de su boda. Mientras él se casaba con Leticia, usted celebraría su luna de miel en el infierno. Tuvo mucha suerte: gracias al motín del otro día, ha salvado el pellejo. Pero si Ignacio Cerio viaja con nosotros no dude que, allá donde atraquemos, le estarán esperando.

Su mirada grave, penetrante, acabó de convencerle. Conway se vio atrapado entre dos delirios que, sin embargo, se le imponían con presencias bien ciertas, absolutamente tangibles. Arriba, en el puente del *Albatros*, le aguardaba una mujer imposible surgida de una tumba. Y, de creer en lo que le decía Cornacchia, en cuanto desembarcase en Alejandría los sicarios de Fersen se le echarían encima para acabar con él bajo una imputación tan peregrina como que se dedicaba a conjurar demonios. Todo esto estaba sucediendo en 1920. Las cazas de brujas habían pasado a la historia.

Vivían en el siglo de la ciencia positiva y el racionalismo. Aquella espiral de locura le obligó a concentrar toda su racionalidad en un objetivo: idear una estrategia para seguir vivo en medio de la pesadilla.

—¿Y tú, Giuseppe? ¿Qué piensas tú de todo esto? —preguntó al fin, casi temiendo su respuesta.

—Por favor, *signore*, yo solo creo en lo que veo. Toda esa patraña no es más que una invención de Fersen para escapar de ese manicomio de fascistas que se creen una reencarnación de Tiberio y Mesalina, o como quiera que se llamara la zorra de su mujer. El barón, ese criminal internacional, solo busca borrar las huellas que le señalan como un maldito mercader de la muerte. Quiero pensar que tiene los días contados. Caltagirone está muerto, pero hay muchos que pueden identificarle y están bien vivos. Cualquiera de ellos se sentiría dichoso de poder contribuir a su ejecución.

—Como tú, supongo...

—Y espero que también como usted, *signore*. No apelo a su ética, ni a su sentido de la justicia: le va la vida en ello.

En las facciones del anciano se dibujaba una especie de reposo expectante, como si esperara una pregunta más, la misma que formuló Conway en ese momento.

—¿Qué es lo que sabes acerca de mis excavaciones en Villa Helios? Dímelo de una vez: ¿Qué es lo que te ha contado Gaetano?

—*Niente, signore*. Mi sobrino solo me cuenta lo que cree que debo saber. Lo que hayan pactado entre usted y él —y según lo decía, cruzó los dedos y se los llevó a la boca—, eso es sagrado para un Cornacchia.

¿Podía creerle? Al fin y al cabo, don Giuseppe también tenía su máscara. Bajo el pulcro chaqué del *maître* del San Felice, no podía olvidarlo, se ocultaba un personaje demasiado desconcertante. ¿Para quién trabajaba? ¿Para los comunistas de la Scuola Rivoluzionaria, o quizá para alguna embajada? Cornacchia no se lo revelaría nunca. Pero tenía que creerle, sí, tenía que creer en alguien, aunque solo fuera por mantener un punto de cordura. Se retiró diciéndole que subía a relevar a Gaetano. Su sobrino bajaría enseguida, también él tenía que descansar. Su pensamiento dominante era otro. Ahora todos los que viajaban a bordo del *Albatros* le parecían bajo sospecha. Empezando por Ignacio Cerio. El magnate era uno de los íntimos del barón Fersen. ¿Pero, qué decir de Auden y Lawrence?

Se los encontró a los tres reunidos bajo la toldilla. Curiosamente, Ankhesa había dejado de interesarles. El escocés interrumpió el conciliábulo.

—¿Qué sucede? ¿Algún problema?

—¿Algún problema? —repitió Lawrence, erigiéndose en portavoz del trío—. Mire a su alrededor: hace ya un buen rato que ha dejado de soplar el viento, y observe.

—¿Que observe qué?

—¿Por qué se balancea tanto este cascarón si todo está en calma?

Auden se adelantó a responder:

—Este velero está maldito, igual que el del *Holandés errante*. Supongo que estará al tanto de la aparición que me ha asaltado esta noche...

—Gaetano me ha contado algo. Esas cosas pasan a veces, sobre todo cuando se cena demasiado. Una mala digestión.

—De eso nada, Conway —prosiguió Lawrence—. Yo también lo he visto, sí, poco antes del amanecer.

—Y yo —concluyó Cerio, su voz temblaba al recordarlo—. Pero lo mío ha sido peor. Esa cosa no era humana. Una especie de animal negro y viscoso, sin patas, como una enorme babosa. Estaba ahí, acostado a los pies de mi litera, y me miraba de una manera horrible. Nunca olvidaré esos ojos. ¿Sabe lo que ha sucedido después?

Conway se tragó la repugnancia que le inspiraba aquel sujeto, mucho mayor que la de aquella bestia fantasmagórica. Seguramente se trataría de su conciencia.

—Adelante, cuéntemelo...

—Tenía mi pistola bajo la almohada. Cuando me ha visto cogerla, esa babosa repugnante se ha erguido sobre su base y me ha abierto una boca erizada de colmillos. Creí que se me iba a tirar al cuello. Pero no, al ver que le plantaba cara se ha ido retirando hacia la escotilla y ha desaparecido lanzando un gruñido espantoso. Todavía retumba dentro de mi cabeza...

—Para mí está claro —intervino Auden—, es por la caja que lleva en la cala. La trajo amarrada a un féretro. No cabe peor augurio para la gente del mar.

—No queremos seguir en este barco —le cortó Lawrence, de una manera tajante—. Llévenos a tierra.

Conway mantuvo la calma. Después de lo que le había revelado Cornacchia tenía la certeza de que los peores demonios son los de rostro humano.

—No abusen de mi paciencia, señores —exclamó, encarándose con los dos ingleses—, esto no es un crucero de placer. Ustedes no tienen derecho a exigirme nada, y menos en esos términos. Y en cuanto a usted, Cerio —añadió, volviéndose hacia él—, más le valdría callarse.

—¿Callarme? —se indignó el magnate—. ¿Por qué? ¡Este es mi barco!

Conway tuvo que contenerse para no darle un puñetazo. En lugar de eso cambió de tono, un tono de evidente desprecio.

—Este barco ya no es de nadie, salvo de quien lleve el timón. Y en cuanto a su noche de terror, si usted vio esa cosa lanzarse al mar por los imbornales, ¿de qué se preocupa?

—Estamos convencidos de que regresará —continuó Lawrence—. Tarde o temprano este velero se irá a pique, igual que el *Titanic*.

El escocés descifró su alusión. Según la leyenda popular el naufragio del *Titanic*

se debía a la momia de la pitonisa de Akenatón que viajaba en el puente. Eso quería decir que sabían algo acerca de la que guardaba en la bodega, aunque se privaran de manifestarlo. Entonces, ¿cabía la posibilidad de que Lawrence y Auden también estuviesen concertados con Cerio? Si era así, le estaban brindando la coartada perfecta para quitárselos de en medio.

—De acuerdo, haré lo que me piden —les concedió al fin—. Si no quieren esperar a que lleguemos a Atenas les propongo una alternativa: puedo desembarcarles en la isla de Citera, la más meridional de Grecia.

—... Citera, ¡la isla del amor! —exclamó Auden, lúgubrementemente—. ¿Y eso, cuándo sería?

—Si todo va bien, mañana sobre el mediodía.

Auden y Lawrence se cruzaron una mirada.

—Bueno, está bien —concluyó este—, mañana en Citera. Le tomo la palabra.

Conway escupió a contraviento antes de volver a dirigirse a Cerio:

—¿Y usted? ¿Se bajará con ellos o continúa hasta Alejandría?

—Déjeme pensarlo. He quedado con mi hija en que le enviaría un cable después de comer. Ella y Fersen se embarcaron anoche en el *Orient Express*. Dentro de dos días estarán en Estambul.

El escocés ya no respondió: todo encajaba en la conjetura de Cornacchia. Cerio seguía manteniendo una comunicación directa con Fersen por medio del telégrafo de a bordo. Creían tenerlo atado de pies y manos, pero no sabían que ahora también él conocía su juego. Y eso cambiaba mucho las cosas. Harto de ellos, Conway les dio la espalda y se dirigió al timón para relevar a Gaetano, que al fin consintió tomarse un descanso.

—Mire, jefe, el viento de levante ya está aquí —exclamó el pescador señalando las velas—. Habrá que cazar bien los obenques.

—Baja a ver a tu tío, ya me arreglo yo.

Gaetano obedeció. El escocés ajustó el rumbo y aseguró los estayes. Enseguida, el *Albatros* comenzó a deslizarse a favor de la marea, y los que estaban a popa se recluyeron en sus camarotes. De pronto, Conway volvió a oír aquellos pasos fantasmales sobre el puente. No había nadie más que él. ¿Dónde estaba Ankhesa? Poco después se hizo el silencio, un silencio de muerte.



29

EN las horas siguientes la tensión se hizo algo más que palpable. Los cinco tripulantes se reunieron para almorzar, lo hicieron en silencio, sin intercambiar otras palabras que las imprescindibles. Al poco, los pasos del pasajero invisible resonaron de nuevo en el sollado. Los cuchillos y los tenedores quedaron en suspenso sobre los platos, solo Lawrence continuó con su lenta masticación mientras las miradas de todos se volvían hacia la puerta. En eso, el telégrafo rompió a crepitar.

—¡El fantasma se está comunicando con el más allá! —exclamó Auden, con su tétrico sentido del humor.

Cerio no estaba para bromas. Cogió su pistola y se dirigió hacia la cabina, desquiciado, dispuesto a cualquier cosa. Los ruidos cesaron. Al poco, el magnate regresó con un papel en la mano. Parecía extrañamente frío.

—Es de Fersen —anunció—. Y se puso a leer.

Celebro que se encuentren a salvo. He sido informado acerca de la acción de mister Conway. Indignado por su conducta. Lo que lleva a bordo del Albatros me pertenece. Espero que recapacite sobre las consecuencias. Sigo en ruta hacia Estambul. Ya tengo contratado un servicio hasta Alejandría. Les veré pronto. J.F.

Conway prendió un cigarrillo. Una tensa expectación se concentró en torno a su persona. Cerio habló por todos.

—Si es cierto lo que dice este cable, lo que ha hecho usted es muy grave. Dígame de una vez qué hay en la caja que guarda en mi bodega.

—Ah, vaya... O sea que ahora el señor banquero quiere jugar con las cartas boca arriba —exclamó el escocés con voz pausada—. Primero informa a Fersen, luego espera su indignación, y ahora se rasga las vestiduras. Más le hubiera valido rasgárselas antes de prestarse a ejercer como traficante de armas al servicio de Mussolini.

Cerio palideció, no esperaba ese golpe bajo que lo cambió todo en un instante. Auden y Lawrence le atravesaron con una mirada feroz.

—¿Es cierto eso? —articuló este, con la firmeza impersonal de un verdugo.

—Bu... bueno, hasta cierto punto... Entonces yo no podía imaginar que... —farfulló el magnate, corrido de vergüenza, su labio inferior le temblaba—. Me engañaron, se lo juro... Me dijeron que los cañones serían para el ejército griego.

—Igual que su entrañable amigo Jacques —continuó Conway—. Seguro que él tampoco podía imaginar que la espléndida tonelada de fosgeno que le suministró a su socio, ya sabe, *herr Lüttwitz*, iba destinada al ejército prusiano.

Lawrence ya no pudo contenerse:

—¡Maldito canalla!

—¡Pero en manos de quiénes estamos! —exclamó Auden—. Se las daban de príncipes del arte y la cultura y no son más que...

—Un hatajo de criminales de guerra. —El escocés concluyó la frase, eligiendo las palabras.

—¡No le consiento que me insulte, Conway! —se revolvió Cerio, luchando por recuperar su dignidad—. Soy un banquero digno de respeto que se limita a hacer negocios no menos respetables que los de cualquiera. No me miren con ese aire de superioridad. ¿Acaso esperan que me arrodille implorando su perdón? Les recuerdo que en su país también prospera un floreciente mercado de armas en torno al duque de Clearence, ya saben el hermano de su alteza, el rey Jorge V —añadió, dirigiéndose a los ingleses—, y dudo mucho que ustedes lo consideren así. ¿Quieren saber más? El año pasado, y desde su despacho en Sandringham Palace, medió para propiciar la venta de setecientas ametralladoras *browning*^[43] que han ido a parar a manos de Mustafá Kemal. El mismo que ahora está masacrando a los griegos en Esmirna.

Auden bajó la mirada, pero Lawrence se la sostuvo.

—Lo sé perfectamente, y mi opinión es la misma. El hecho de llevar una corona sobre su cabeza no salva a los bastardos de su condición de bastardos.

—Está bien, piense lo que quiera. Pero le recuerdo que viaja usted a bordo de mi barco. Si se siente tan ofendido puede abandonarlo en este mismo momento.

El escritor tensó las mandíbulas.

—Además —prosiguió el magnate, ya con otro tono de voz—, ¿a qué viene ahora esta discusión absurda, tan fuera de lugar? Aquí todos estamos en el mismo bando, y nuestro enemigo viaja con nosotros.

—¿Lo dice por mí? —preguntó el escocés, clavando sus ojos en él con la expresión de quien está dispuesto a cualquier cosa—. Si es eso lo que piensa invíteme también a mí a saltar por la borda. Vamos, a qué espera.

El banquero no entró en la provocación.

—Sabe muy bien que no lo digo por usted, Conway. Su maniobra de distracción en forma de ataque personal se ha apagado como un fuego de artificio. Pero la pregunta sigue en el aire. Díganos de una vez qué oculta en esa caja.

El escocés esbozó una sonrisa despectiva.

—Usted se dedica a sus negocios y yo a los míos. Ahí abajo no llevo nada de su incumbencia. Se trata de un asunto entre Fersen y yo. Recuerde: le dije que yo pondría las condiciones y usted aceptó.

El silencio volvió a tensarse. Gaetano apuró un trago de café, mirando a su jefe. Igual que Ankhesa, estaba con él, pero no se atrevía a intervenir.

—Algo me dice que esa caja guarda un *oikos* —articuló al fin Lawrence, a quien su contenido inquietaba tanto o más que el tráfico de armas—, una potencia que abre las fuerzas del abismo. Tal vez una momia faraónica como la que echó a pique al *Titanic*. Niéguelo y le dejaremos en paz.

—Yo no creía en esas historias... No creía hasta ayer —le siguió Auden—. Ahora estoy convencido de que ahí dentro se oculta el mismo ser que ha subido a este barco con nosotros. Cada vez que oigo sus pasos es como si descifrara un mensaje: ese demonio espera su momento para hacernos zozobrar.

—Deberíamos deshacernos de su maldita caja, Conway —concluyó Lawrence—. Será su responsabilidad, pero no puede obligarnos a correr más riesgos.

El escocés le restituyó una mirada glacial.

—Tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

—No me asusta, Conway, yo no le temo. Y le diré más: no me gustan los arqueólogos. Ustedes profanan las tumbas de civilizaciones milenarias, despedazan los cuerpos de los reyes, les arrebatan sus tesoros aún siendo conscientes de que eran sagrados para ellos. Todo eso lo hacen bajo la cobertura de su propia diosa bárbara, la Ciencia. Así matan dos veces a tantos muertos venerables para exhibirlos en sus museos, igual que los aztecas se adornaban con collares de cráneos humanos. No, los salvajes no eran ellos, los salvajes son ustedes.

El escocés no se defendió. Lawrence estaba lejos de imaginar que Conway había comenzado a pensar lo mismo acerca de su profesión y de sus métodos. Y algo más. Toda la violenta escenificación anterior, el desenmascaramiento de Cerio, formaba parte de su estrategia. Quería saber hasta qué punto aquellos dos ingleses estaban o no concertados con el magnate. Ahora tenía la certeza de que no era así. Le detestaban tanto o más que a la arqueología. Casi tuvo que reprimir una sonrisa cuando Auden articuló, con su vocecilla atiplada:

—¿Tiene eso algo que ver con la célebre *maldición de los faraones*?

—Por supuesto que sí —convino Lawrence—. No se trata de un mito, ni de un folletín para alienados, sino de una realidad viva y operante: los viejos dioses siempre regresan. Y no perdonan a quien se atreve a desafiarles.

Un nuevo arrebató de tos seca ahogó las palabras del escritor. Ya no tenía sentido prolongar aquella discusión. Conway se puso en pie, recogió su pitillera, y, sin una palabra más, subió al puente.

La estela del *Albatros* brillaba como una serpiente de plata bajo las estrellas.

Ankhesa no apartaba sus ojos del horizonte. Tan solo sus negros cabellos contrastaban con su blanca silueta. Conway la abrazó por los hombros. Ella buscó su rostro. Sus manos parecían dos alas hechas de la misma materia que la noche.

—Y tú, ¿qué piensas de todo esto? ¿También tú tienes miedo?

—Todos mis miedos desaparecen cuando estoy contigo —murmuró la reina, volviendo sus ojos hacia él—. Sin embargo, cuando estoy sola, siento su fría presencia en torno a mí.

—A los de ahí abajo no podemos decirles nada, no lo entenderían. Pero tú sabes quiénes son, lo sabes mejor que yo. Los cortesanos de Amarna despertaron contigo. Tú lo dijiste: la persecución continúa.

—Y ese tal Fersen, ¿quién es?

—En Capri conociste a su secretario, Messori. Me dijiste que habías visto en él la sombra de Perennefer, el copero de Akenatón. ¿Te acuerdas?

Ankhesa cabeceó afirmativamente.

—Pues bien, el barón Fersen se cree Akenatón en persona.

—Eso no puede ser, amor mío. Solo tú llevas el *ka* y el «ken» de Akenatón en tu nombre. Solo tú has sido el elegido.

—El día que visitamos Nápoles y nos cruzamos con los fascistas, reconociste a otro.

—Sí, ya me acuerdo. Un hombre de piel clara y unos ojos como de halcón.

—Malaparte.

—Ya te lo dije: en mi tiempo se llamaba Horemheb, el general de los carros del faraón.

—¿Y aquí, a bordo del *Albatros*, has reconocido a alguien más?

Ankhesa pareció vacilar.

—¿Quieres que te lo diga?

—Debes hacerlo.

—De acuerdo, voy a decírtelo: he reconocido al peor de los demonios, el que nació del intestino de Ra, aquel cuya cabeza fue cortada, pero puede adoptar todas las formas. Apofis viaja con nosotros. En la caja.

La boca de Conway se abrió levemente, luego se cerró otra vez, como si le costara pronunciar aquellas palabras.

—¿En la caja donde guardamos tu momia?

—Alguien debió deslizar el papiro de la maldición entre las vendas. Al abrirlas, ha despertado.

—¿Estás segura...?

—No me cabe duda, Ken. Apofis busca siempre subir al navío de Ra, es un demonio de las aguas. Por eso te advertí que pintarais en la proa dos ojos mágicos, los ojos de Horus. No lo hicisteis. Ahora el Mal viaja con nosotros. Y no viene solo.

—Cuenta...

—El hombre de las piernas cortas y la cara llena de carne, el dueño de este barco, fue en otro tiempo un personaje bien poderoso. Se hacía llamar Kafra, como si fuera egipcio, pero era hitita de nacimiento. Allá, en su reino, dirigía un ejército de toros y una caballería de leones. Marchaba como el viento y la tempestad, despedazaba a sus enemigos, y destruyó muchas ciudades del Delta, hasta que pactó con los sacerdotes de Tebas casar a una de sus hijas con el que ya era mi esposo. Yo no le había dado ningún hijo varón, la pervivencia de los dos reinos lo exigía. Cuando Kya llegó a Amarna mis días de felicidad acabaron para siempre. —Ankhesa cerró los ojos, como si aquella evocación le despertara un gran dolor—. No quiero recordar más, Ken, no me hables más del pasado. El pasado ya no existe, el tiempo somos tú y yo.

Conway la sintió recostar su cabeza sobre su pecho y respiró su perfume. Todo cuanto ella quería olvidar estaba ahí, enredado en su pelo, licuado en su mirada.

—Hay una profecía, Ankhesa —exclamó, en un susurro—. La profecía que Ribbadi, el rey de Biblos, envió a Akenatón pocos días antes de que se consumara la traición. ¿La conoces?

Nefertiti negó con un gesto.

—La encontré en tu segundo sarcófago. Alguien debió depositarla allá, no sé con qué intención...

—¿Y qué dice? Cuéntamelo...

—Que las rojas alas de Seth volverán a cubrir el cielo, y que el Chacal morderá el corazón de la esfinge.

—El chacal es Anubis, el que trae la muerte. La esfinge, el enigma, también somos tú y yo.

—Tenemos que hacer algo, Ankhesa, debe haber alguna manera de romper este maleficio y acabar para siempre con los que nos persiguen.

—La clave está en Amarna, amor mío. Si conseguimos llegar allá, Atón se alzaría de las arenas como un coloso de fuego y fulminará a Seth, a Apofis, a todos los malvados, igual que entonces. Pero esta vez..., sí, esta vez será para siempre.

—¿Y tú no puedes hacer nada, Nefertiti? ¿Acaso no conoces el secreto de los dioses? Fuiste divinizada en vida. Los papiros dicen que la Bella fue la única que llegó a ver el rostro de Atón cara a cara.

—No, no fue así. Detrás del velo que oculta el rostro de Atón hay otro velo, el que preserva sus misterios. Se trata de un velo muy tenue, pero impenetrable. Para nosotros esta vida es nuestro único momento de claridad. Más allá reina la noche. Yo ya no pido nada a los dioses. Nada más que mirarte siempre. Cada día es un don precioso, Ken, un tiempo en que debemos prepararnos para nuestro viaje al más allá.

Conway estrechó su abrazo, sus hombros estaban helados.

—Sé que todos los secretos que el hombre ha anhelado descifrar siempre están en

ti —articuló con una voz que no era más alta que un murmullo—. En ti se encuentra la llave de la verdadera sabiduría. Te quiero más que a mi vida, Ankhesa, pero siento que necesito descifrarla...

Toda mi sabiduría está aquí —dijo ella, buscando su boca—. El amor que siento por ti es más grande que la vida. No lo olvides nunca Akenatón, mi rey, mi príncipe, amor mío.

Conway se dejó besar y sintió que una gran calma descendía sobre él. Apenas duró un instante. De pronto, volvieron a escuchar un ruido de pasos en la cala. Esta vez no se trataba de ningún fantasma. Lawrence emergió por la escotilla, pálido, desenchajado. Sus ojos estaban vacíos, su rostro carecía de toda expresión. Apenas acertó a articular tres palabras, con la voz pastosa del bebedor que despierta en medio de una pesadilla.

—... Se han cargado al viejo. Está ahí abajo... degollado.



LA luz eléctrica había dejado de funcionar y una vela de llama vacilante goteaba su cera sobre las manos del muerto, que empezaban a ponerse rígidas. Don Giuseppe yacía recostado sobre un par de almohadones, todavía con los ojos y la boca entreabiertos, sus pupilas sin brillo, huecas, opacas y, sin embargo, mirando fijamente hacia la puerta. Ankhesa había cubierto con un paño el tajo que le segaba la garganta. La sangre seguía manando, lenta, espesa, ya casi coagulada. ¿Quién podía haber cometido una atrocidad semejante? Cerio era el principal sospechoso. La confesión de Cornacchia le había desenmascarado como el traficante de armas que era, y seguramente el viejo *maître* sabía más. Pero el magnate ni siquiera necesitaba una coartada. Durante todo ese tiempo había permanecido junto a Auden y Lawrence en el camarote que hacía las veces de comedor, donde combatían su angustia compartiendo una botella de licor y cigarrillos. Además, él nunca hubiera recurrido a un degüello. La mera visión de la sangre le ponía enfermo. Contemplaba la escena tan descompuesto como el cadáver mismo. Gaetano, que había sido el último en llegar, hasta entonces se encontraba durmiendo, no cesaba de repetir las mismas palabras, como un alucinado, de pie junto al cuerpo yacente.

—Pero ¿Por qué él? ¿Por qué...?

Lawrence lo cogió por los hombros para separarlo, como si temiera que el difunto pudiera arrastrarlo consigo. Al fin Conway le cerró los ojos. Entonces Ankhesa puso sus manos sobre su frente y pronunció un conjuro:

—... Que el sagrado disco de Atón se abra para ti, pues por tu boca saldrá la verdad.

Las lágrimas asomaron a los ojos de la reina. Mientras sus palabras se desvanecían en el silencio, la conciencia de aquella muerte cayó sobre ellos como un peso aplastante, como una losa sepulcral que se cerrara sobre toda esperanza.

—Él nos salvó —articuló el escocés, como si hablara para sí—. Él nos salvó, y sabía demasiado. Por eso lo han matado.

—¡Pero quién, *porca troia!* —gritó Cerio, tartamudeando con esa violencia que nace del miedo. Parecía a punto de perder el control—. ¡Quién diablos!

Sí, había sido el mismo diablo. Nadie lo sabía mejor que Ankhesa. El corte que seccionaba la yugular de Cornacchia no se debía a ningún arma. Se trataba de la garra

de Apofis. La reconoció nada más verla, pero se guardó de decir nada. Fue Lawrence quien lo descubrió primero, cuando se dirigía al camarote principal en busca de más alcohol. La puerta se veía entreabierta, un charco de sangre avanzaba sobre la tarima. Auden llegó tras él, la borrachera se le pasó de golpe. El poeta permanecía como atontado, apoyado sobre el batiente, con su botella de ginebra en la mano. Empezó a hablar solo, cabizbajo, como si desgranara un poema.

—Ahora que la muerte suena como el viento sobre el aparejo, cuando los cuerpos se rinden, los espíritus inician su tarea...

El escocés le hubiera dado una bofetada de buena gana, hacía mucho tiempo que la merecía. Solo le contuvo el llanto amargo de Gaetano. El aire apresado en aquel estrecho camarote comenzaba a resultar sofocante. Lawrence midió sus palabras.

—Esta locura tiene que acabar, Conway. Le pido, en nombre de todos, que ponga rumbo ahora mismo hacia el puerto más cercano.

El escocés no respondió. Le quitó la botella a Auden y apuró un trago. Podía escuchar el lento latido cada vez más despacio, más profundo, más doloroso. Volvió a mirar a Cornacchia recordando todo lo que le había contado. Sintió un alivio ominoso al ver sus ojos cerrados, hubiera temido su mirada. Gaetano parecía ganado por la misma sensación. Lentamente, alzó la sábana hasta cubrir su rostro. Susurraba una plegaria que nadie salvo él y don Giuseppe llegaron a oír.

—*Prego, signori*, déjenme a solas con él.

Ankhesa y los cuatro hombres obedecieron sin replicar. Se reunieron en el puente bajo un silencio opresivo, aborreciendo estar juntos, quizá también temiendo separarse. Se sabían sobrepasados, atrapados en una sensación de irrealidad de la que no podían escapar. Conway se puso al timón. Más que marcar el rumbo, se diría que buscaba aferrarse a algo firme, imprimir un gesto de racionalidad en medio de aquella deriva demencial. El viento comenzó a soplar de poniente, fresco y salobre, como si viniera para alejar la pesadilla.

—¡Está bien! —exclamó al fin—, si así lo desean estoy dispuesto a virar hacia el puerto más cercano: si las cartas no se equivocan, ahora debemos estar al sur de las islas Jónicas, cerca de Navarino. Pero debo advertirles...

—Límitese a informarnos de cuánto tardaremos en llegar —le cortó Cerio.

—Sí, eso es todo lo que necesitamos saber.

La vocecilla irritada de Auden no acabó de decirlo cuando el escocés le arrojó un objeto de metal a las manos.

—De acuerdo: hágalo usted mismo.

—Pero, ¿qué rayos...? —protestó el poeta, peleándose con el artilugio—. ¿Qué rayos es esto?

Cerio respondió por el escocés:

—Se trata de un sextante, sirve para calcular la posición del barco.

—Sí, hombre, un sextante —ironizó lúgubrementemente Lawrence—. Tus poemas marineros están llenos de sextantes.

El poeta le daba vueltas con expresión abstrusa. Al fin se volvió hacia Cerio dándose por vencido.

—¿Y usted, sabe manejarlo?

El magnate negó con un gesto. Lawrence dejó escapar una risa tísica.

—No te rías tanto, «hombre salvaje». —Se vengó Auden—. Seguro que tú te orientas perfectamente por las estrellas, ¿verdad? Sí, claro que sí, tus libros están llenos de constelaciones que hablan y de hombres conectados con el cosmos.

Lawrence le atravesó una mirada asesina.

—¡Deja de croar, maldita rana cornuda! ¿Es que no te das cuenta de que hay un hombre muerto ahí abajo?

Era su manera de reconocer que también él estaba perdido.

—Justamente eso es lo que quería decirles —intervino Conway—. No podemos desembarcar en Navarino con un cadáver a bordo. La policía griega abrirá una investigación. De entrada nos someterán a una detención cautelar, y luego...

—Cierto —le cortó Auden, como si acabara de caer en la cuenta—, eso es seguro. ¿Y luego qué?

—Piensen lo que podemos alegar: ¿Que fue un accidente? Sí, no me lo diga —continuó el escocés leyendo la respuesta que asomaba en sus labios—, confiese a la policía que el asesino es un espectro que se oculta en la caja de la bodega. Solo conseguirá librarse de la cárcel para que le ingresen en un frenopático.

Lawrence aguardó a encender su pipa, y habló con voz serena.

—Reconozco que no lo había pensado, Conway, pero he de rendirme a su razonamiento. Bien, no tenemos escapatoria, ¿qué propone?

—En este clima los cadáveres se descomponen enseguida. No podemos mantenerlo a bordo.

—¿Está sugiriendo que arrojemos a Cornacchia por la borda? —volvió a protestar Cerio—. No cuente conmigo para semejante canallada.

—Ni con Gaetano —terció Auden—, el pobre muchacho no se merece eso.

—Gaetano es pescador, para él no hay sepultura más digna que este mar.

Lawrence volvió a hablar por los tres:

—Está bien, hágalo y ponga rumbo a Navarino.

—No vaya tan rápido, amigo. Los muertos que entregamos al mar también tienen sus protocolos, y nosotros vamos a respetarlos —exclamó Conway sin alterarse—. Esperaremos al amanecer, y no variaremos nuestro rumbo. Olvídense de Navarino. Si este viento se mantiene, mañana avistaremos las costas de Citera.

Cerio no ocultaba su desasosiego:

—Para entonces podemos estar muertos, Conway. Esa bestia infernal sabe que

nos tiene en sus garras. Esta noche puede ser la última para todos nosotros.

—No lo será si nos mantenemos en vela —habló al fin Ankhesa—. Apofis solo ataca a los que duermen. Recuerde su propia experiencia.

—Es cierto —apostilló Auden—, usted dormía cuando se le apareció. Igual que don Giuseppe, seguramente estaba inconsciente.

—¿Y usted, cómo lo sabe? —El banquero no había retirado sus ojos de Ankhesa—. ¿Acaso ha tenido alguna experiencia con ese demonio?

—Más de las que usted imagina, señor. Las fuerzas que rigen nuestro mundo nunca mueren, siempre están presentes. Sí, yo las conozco, puedo reconocerlas bajo cualquier ropaje.

El magnate se sintió señalado por su fría mirada.

—Entonces, ¿a qué espera? Conjure a sus dioses para que nos protejan.

—Póngase en paz con los suyos, y rece por su alma —exclamó la reina, con esa voz que parecía un compás del viento—. Esta va a ser una noche muy larga, y sí, usted lo ha dicho: puede ser eterna para quienes no mantengan sus ojos bien abiertos.

Cerio no volvió a replicar. Al igual que los otros, bajó a la toldilla donde Auden ya estaba preparando una cafetera para sostener la tétrica noche de ánimas que se avecinaba. Solo Conway se atrevió a permanecer solo en su camarote, tampoco él dormiría ni un instante. Necesitaba ganar tiempo para seguir descifrando los papiros de la Gruta Azul. Ahora sabía que encerraban una profecía acerca de ellos mismos, y que esta se estaba cumpliendo de una manera inexorable. Probablemente Fersen también lo sabía. Su último cable enviado al *Albatros* no ocultaba sus intenciones. Había sido informado de que llevaba algo muy valioso a bordo y, aunque no supiera muy bien qué, ni pudiera imaginar siquiera que se trataba de la propia Nefertiti, en cuanto llegase a Alejandría estaría dispuesto a cualquier cosa por arrebatárselo. Removería cielo y tierra, hasta el mismo infierno. La persecución iniciada tres mil años atrás continuaba. Amón contra Atón, Tebas contra Amarna, los hombres de Smenjkara contra Akenatón. Se trataba de dos mundos enfrentados, dos reinos en batalla, dos almas inconciliables. Aquella guerra no concluiría hasta que uno de los dos bandos exterminase al otro, de una vez y para siempre.



31

GAETANO comprendió que debía hacerse así. Con puntadas que enhebraban su dolor y su rabia, durante la noche cosió la mortaja que envolvería el cadáver de su tío y, nada más clarear el alba, fue él mismo quien lo cargó hasta el puente rechazando la ayuda de todos. Conway había cruzado una tabla sobre la borda. Allí dispusieron el cuerpo de Giuseppe Cornacchia, mientras el viento del amanecer escribía en las velas su oración fúnebre.

—*Sei stato buono* —exclamó el pescador—... Buono como il mare.

Auden sintió el nudo en la garganta, «bueno como el mar», jamás había escuchado un verso tan bello. Lentas lágrimas se deslizaban por el rostro de Ankhesa hasta sus labios. Y de corazón a corazón, aquellos hombres que no tenían nada en común se unieron en una plegaria siseante que recitaba cada cual para sí, con los ojos bajos. El cadáver se sumergió en el océano como si arrastrara parte de ellos mismos hacia las profundidades. Sin una palabra más, Conway viró el timón hacia la isla de Citera, y el *Albatros* respondió con un crujido seco de su vela mayor. En lo alto, una tras otra, se fueron desvaneciendo las estrellas. El cielo se tornó brillante como una concha marina, púrpura al principio, para variar enseguida a la tonalidad rosa vivo de un ciclamen. Una bandada de delfines asomó por la serviola. Lo interpretaron como un buen augurio. No se equivocaban. En siete largas horas de navegación, no volvieron a escuchar ni un solo paso espectral sobre el puente ni en el sollado. Quienquiera que hubiese acabado con la vida de Cornacchia parecía saciado con su sangre. Los dioses del Egeo se mostraron favorables. Sobre el mediodía, hacia el noroeste, divisaron los acantilados de Citera bañados por una luz fulgurante. Para Auden y Lawrence el viaje tocaba a su fin. Ya con el cúter enfilado hacia la bocana del puerto, los dos ingleses alistaron sus equipajes.

—No sé cómo decirle lo que siento —exclamó Lawrence buscando la mano de Conway—. Usted y yo somos dos hombres de carácter fuerte, decimos lo que pensamos sin ambages, sin medir el daño que... Bien, admito que yo he sido el más torpe. Por segunda vez le pido que me perdone.

El escocés miró su mano tendida, parecía vacilar. Solo estaba buscando las palabras.

—No tengo nada que perdonarle —dijo al fin, cogiéndosela entre las suyas—. Yo

también pienso lo mismo que usted sobre muchas cosas, incluida su visión de la arqueología.

Lawrence segregó una de sus sonrisas fúnebres.

—... No hace falta que me diga lo que piensa de mis libros.

—Ni de los míos —apostilló Auden, que parecía cubrirse tras la espalda de este—. Le debemos el gesto de habernos traído hasta aquí, nos ha salvado la vida...

—Estamos en deuda con usted. Le aseguro que nunca lo olvidaremos.

—Está bien —les cortó el escocés—. Si es así, me van a permitir que me cobre esa deuda.

—Pídanos lo que quiera.

Conway los miró a los dos. Parecían dos niños haciendo esfuerzos por parecer hombres dignos y respetables.

—Guárdenme el secreto. ¿Me entienden?

Los dos cabecearon al unísono.

—Les pido que no digan ni una palabra de lo que han vivido. A nadie, ni aquí ni en Inglaterra.

—Le doy mi palabra —repuso Auden sin vacilar.

—Yo también, por supuesto —continuó Lawrence—. Pero no me basta con eso. Ya sabe que yo no volveré nunca a Inglaterra. Odio mi país y todo lo que significa con todas mis fuerzas. —Un nuevo acceso de tos cortó su voz—. No sé adónde iré ahora —continuó—. Probablemente a un lugar lleno de sol que me seque esta maldita tuberculosis... Pero si usted y yo volvemos a encontrarnos, quiero que sepa que tendrá en mí algo parecido a un amigo. Y algo me dice que nos encontraremos.

Entonces Lawrence no podía saberlo, ¿o tal vez sí?, ni Conway imaginarlo. Sin embargo, en alguna parte de esta historia sus palabras rubricaron una cita indeleble. La despedida no se prolongó. Apenas los desembarcaron Gaetano recogió el cabo y, al punto, el *Albatros* recuperó velozmente la ruta del sur, con todas sus velas henchidas en unción con la marea.

La navegación discurrió sobre un mar en calma, siempre con viento a favor. Si sus cálculos no fallaban, en menos de dos días alcanzarían las costas de Egipto. Conway invirtió el resto de aquella jornada en la traducción del tercer papiro. Su lectura no resultó nada tranquilizadora: «Aunque creas que tus pasos te sostienen sobre La Muy Verde, continuarás caminando entre dos bocas de fuego». La profecía de Ribbadi le recordaba una y otra vez que seguía en peligro. ¿Qué significaban aquellas «dos bocas de fuego»? No necesitaba que se lo tradujeran. Con el amanecer del segundo día, sin decir nada a nadie, ni siquiera a Ankhesa, tomó sus precauciones.

—No dudes del pescador, es de nuestra raza —le había dicho la Bella—. Su alma ha flotado alrededor del mundo durante milenios antes de volver a tomar cuerpo. Procede de la vieja Menfis, la primera ciudad fundada por el divino Menes. En

nuestro tiempo fue llamado Ramosis, guardaba tu cetro sagrado, el *heka*. Siempre te fue fiel, y lo seguirá siendo. Él no lo sabe, pero es la fuerza de su alma la que le ha llevado a aceptar este viaje, impulsándole irremisiblemente hacia Egipto. Igual que nosotros.

—No es él quien me inquieta, ya lo sabes.

—No te preocupes por el otro. Su corazón es de barro y ahora sabe que está solo. No se atreverá a nada. Obsérvale, aunque antes fuera un príncipe hitita su manera de caminar no es la de un guerrero.

—A veces los cortesanos son más temibles que los guerreros. Lo sabes muy bien, por tu propia experiencia.

Ankhesa se le quedó mirando, como si pudiera leer sus pensamientos.

—*Maat Happa Besa* —articuló lentamente llevando la fórmula sagrada hasta sus labios—. «El Orden construye al Hombre». Ningún hijo de Atón puede consentirse el derramamiento de sangre. Suceda lo que suceda, no debes matar. Matar a uno de tus enemigos te convierte en uno de ellos. Es lo que espera Apofis: él ha derramado la sangre de un inocente solo para que tú te emborraches con ella. No la bebas. Ni ahora ni nunca, jamás.

—Tranquila, no pensaba hacerlo.

Entonces el rostro de Ankhesa cobró otra expresión.

—No me mientas, Ken, sé lo que estabas pensando —exclamó en un tono seco—. Arranca de tu mente esa idea, y arroja al mar el arma que ocultas ante mis ojos.

El escocés se quedó lívido. En efecto, al poco de partir de Citera se había apoderado del revólver que Cerio ocultaba en su litera. Apenas entreabrió su chaqueta, lo llevaba encajado en su cinturón.

—Solo es para defendernos si nos atacan. Las cosas pueden ponerse muy feas cuando desembarquemos.

—Arrójalo al mar.

—No, no lo haré.

Nunca hasta entonces se había producido una situación semejante entre ellos. No se reconocían. Ankhesa mantenía su mano tendida, pidiéndole que le entregara el arma. Conway ya iba a hacerlo, a regañadientes, cuando la puerta del camarote se abrió de golpe. En el umbral apareció Ignacio Cerio, apuntándole a la cabeza con una pistola de bengalas que sujetaba con sus dos manos.

—Vamos, hágale caso a su mujercita. Ya ve que es por su bien.

El escocés mantuvo la calma.

—Suelte esa pistola, puede hacerse daño.

—Puede que no sepa navegar, pero le aseguro que sí sé disparar. Y me estoy impacientando.

El nerviosismo con que sujetaba la pistola de bengalas convertía a aquel imbécil

en un sujeto particularmente peligroso.

—Si dispara, este barco quedará sin gobierno —adujo Conway—. No espere que Gaetano le obedezca, salvo que también esté dispuesto a matarlo a él.

—Estoy dispuesto a cualquier cosa, igual que usted. Dígame, ¿por qué lo ha hecho? No, no ponga esa cara de no entender nada —continuó Cerio—. Vengo de la cabina de radio. El telégrafo no funciona, lo ha inutilizado. Primero el telégrafo y luego yo, ¿verdad? ¿O quizá el primero fue el viejo Cornacchia?

No había acabado de decirlo cuando sintió el impacto de un golpe seco en la nuca. Cerio cayó fulminado.

—*Chi la fa l'aspetti*^[44]. Nunca me ha gustado este pájaro, y menos con una pistola en la mano.

Cerio despertó una hora después, sentado y maniatado a un lado de la toldilla de proa. Gaetano le saludó con un guiño desde el timón.

—Lo siento por el trancazo, *signore*, pero compréndalo: no me quedaba otra...

Conway le puso un cigarrillo en la boca.

—Le digo lo mismo, Cerio, no tema por su vida. Yo no tengo nada contra usted.

—Quién lo diría —masculló el magnate—. Se carga el telégrafo, me roba la pistola y me abre la cabeza... No, ustedes no tienen nada contra mí.

—Me entenderá si me escucha: no espero nada bueno de su amigo Fersen. El cable del otro día dejó bien claras sus intenciones. No puedo explicárselo todo, pero le aseguro que lo que llevo ahí abajo no le pertenece.

—A mí eso me trae sin cuidado, arréglense entre ustedes. Yo en sus asuntos ni entro ni salgo.

—Me cuesta creerlo. Su hija Leticia le importa mucho, y ahora está casada con ese bastardo. Sangre de su sangre.

—A Leticia déjela en paz. No tiene nada que ver con esto.

—Es lo que pensaba hacer, con ella y con usted.

—Muy bien, suélteme y le creeré.

—Le voy a soltar ahora mismo, en cuanto se haga a la idea.

—Ah, ¿o sea que además tengo que «hacerme a la idea»? Supongo que se referirá a algo que piensa hacer conmigo. Así me agradece que le brindara viajar hasta Alejandría con su amante y con lo que lleve ahí abajo. Es asombroso...

—Ya no vamos a Alejandría.

—¿Cómo? ¿Qué está maquinando? ¿Abandonarme en medio del mar?

—Lo haría con gusto, pero si se porta bien llegará con nosotros a Port-Said.

—¿... A Port-Said? ¿Pero por qué?

—Digamos que para evitarnos un encuentro muy desagradable. Estoy seguro de que Fersen nos ha ganado la delantera, no me sorprendería que estuviera esperándonos a pie de puerto. Pero yo no le voy a dejar que me sorprenda...

—*Testa di cazzo!* ¿Eso es todo? —se sulfuró Cerio—. ¡Hubiera bastado con que me lo dijera! ¿Qué más me da a mí atracar en Port-Said, si en unas horas puedo estar en Alejandría?

—Ya, pero seguro que antes le hubiera pasado el parte. Por eso inutilicé el telégrafo.

—Eso no resuelve su situación. Salvo que me pegue un tiro, y le creo bien capaz de hacerlo, en cuanto desembarque me pondré en contacto con mi hija y con mi familia, tenemos casa en Alejandría. Naturalmente, se lo contaré todo.

—Yo que usted me cuidaría de hablar demasiado, señor —intervino entonces Ankhesa, que venía de subir una jarra de agua—. Si usted cree en los conjuros, ha de saber que toda palabra que sale de nuestra boca lo es: juzga y sentencia a quien la pronuncia.

—¿Qué pretende decirme? ¿... Que estoy sentenciado?

—Solo le digo lo que usted ya sabe. Toda su vida ha sido un desafío a los dioses. Si continúa desafiándolos, su corazón pesará muy poco frente a sus faltas en la balanza de Anubis.

El magnate palideció, como si al fin, demasiado tarde, la hubiera reconocido.

—¿Quién es usted? —exclamó, apenas con un hilo de voz—. Dígame quién es usted y qué es lo que sabe de mí...

Un grito desde el timón ahogó su pregunta arrastrando las miradas de todos hacia el mastelero de proa.

—¡Terra! ¡Terra in vista!

Así apareció, todavía a lo lejos, una delgada línea ocre que solo podía corresponderse con las costas de Egipto. Tres milenios después de su muerte, Nefertiti regresaba al país del amanecer, a la tierra del origen. Sin embargo, a medida que se acercaban, la emoción que empañaba los ojos de la reina dio paso a otro sentimiento.

—Tengo miedo, Ken... —exclamó, en voz baja, asiendo el brazo del escocés con fuerza—. ¿Qué será de nosotros si nuestro sagrado Khemet no nos reconoce?

—¿A qué viene eso ahora, querida? Egipto es inmortal, tú lo has dicho. Todo lo que fue permanece vivo allá, hasta las arenas del desierto te reconocerán.

—Sin la protección de nuestros dioses estaremos perdidos, nuestra vida valdrá menos que el limo del Nilo.

—Vamos, Ankhesa, ¿de qué tienes miedo?

—Todas las divinidades nacieron de la simiente de Atón, pero míralo —continuó señalando el sol poniente—. Llegaremos en el tiempo de su caída. No podrá vernos, ni reconocernos. Es un mal augurio. ¿No podemos esperar hasta que amanezca?

—Perderíamos un tiempo precioso, Ankhesa, tienes que entenderlo...

—Solo entiendo una cosa, Ken.

—¿Qué?

Los labios de Ankhesa se fruncieron en un gesto de desaliento.

—A veces, hasta los príncipes pueden llegar a maldecir su destino.

Donde ella veía un mal augurio, Conway solo quería ver aquel viento favorable. Si se mantenía firme, atracarían en Port-Said esa misma noche.



JUNTO con Alejandría, Port-Said constituía en 1920 una de las dos ciudades de Egipto que mejor preservaban la impronta europea. Vista desde el mar, a la luz de poniente, parecía florecer ante ellos como una rosa de tinieblas cercada por los muros de sus mansiones coloniales y atravesada por los alminares de sus mezquitas. Cuando al fin consiguieron atracar, lo hicieron abriéndose paso entre los barcos de guerra que afirmaban el protectorado británico sobre el Delta. Nefertiti no podía encajar lo que estaba viendo, todo se le aparecía tan diferente a como lo había soñado. ¿Dónde estaba la guardia del palacio del Abanico de la Luz? ¿Dónde el gran pilono que había de celebrar su regreso? En su lugar, descubrió una estatua que nos hubiera dejado sin aliento, no tanto a ella, sino a nosotros. Nefertiti lo interpretó como una consumación de sus presentimientos.

—¿Qué nueva diosa reina sobre nuestra sagrada tierra, Ken? —preguntó, contemplando aquella figura colosal, cubierta con una túnica, que sostenía una antorcha petrificada en su brazo alzado.

El escocés sonrió para demostrarle que sus temores eran infundados.

—No es más que una alegoría moderna de Egipto, Ankhesa. Un homenaje de Francia a la grandeza de tu país.

—Te engañas, o quieres engañarme. Un nuevo imperio rige los destinos de los Nueve Arcos, y esa mujer es su emblema.

No le faltaba razón. Esa figura colosal que presidía la entrada a Port-Said, era ni más ni menos que la Estatua de la Libertad. ¿Una *american lady* entre minaretes? No, citemos su nombre real, aquel con el que fue bautizada: «Egipto portando la luz de Asia». En su día, el escultor Auguste Bartholdi realizó esta obra inspirada en los colosos de Abu Simbel, por encargo de Ismail Pachá, con motivo de la inauguración del canal de Suez. La efigie original se erigió aquí, en Port-Said, aunque no se mantuvo mucho tiempo en pie. Se vino abajo con el terremoto de 1929 y ya no volvió a ser reconstruida. Solo pervivió la copia que hoy se alza en la bocana del puerto de Nueva York, «La Libertad guiando al mundo», ajena a su origen egipcio y a todos sus misterios.

La Bella esperaba ser recibida por un cortejo de carros tirados por caballos empenachados. Tuvo que conformarse con un destartalado coche de punto, una

«calesa del amor», donde Conway cargó su equipaje, mientras Gaetano ocupaba un segundo coche con la caja que contenía su momia. Habían dejado a Cerio maniatado y amordazado en su camarote. Su vida no corría peligro, no tardarían en encontrarlo. Ellos no podían detenerse. Cada minuto contaba. Urgieron al cochero para que les trasladara a la zona de los *docks*, al otro lado del canal. Atravesaron una escollera erizada de grúas entre montañas de carbón y chatarra, se adentraron en un derrubio dominado por una sucesión de prostíbulos diseminados en torno a una iglesia copta. Tumbas blancas a la luz de la luna, cafetines mugrientos iluminados por lámparas de querosén y atestados de moscas, grandes piezas de carne humeante, costillas y entrañas, crepitando en los asadores, polvo de ladrillo en el aire, y, en la plaza del mercado, un grupo de derviches con antorchas en las manos, ensayando una danza que los convertía en candeleros humanos mientras giraban y giraban jaleados por una muchedumbre andrajosa. Todo se fundía en un lienzo hecho jirones donde el tiempo cobraba otra dimensión. Ya no era el tiempo del calendario, se parecía más al de los sueños. Nefertiti no hacía pie en esa tierra que tanto había amado, no se reconocía en ella. Solo cuando la calesa se desvió hacia las afueras, cuando vino a abrazarla el viento seco del desierto, comenzó a respirar la densidad profunda del viejo Egipto.

En el distrito de los almacenes solo había uno que permanecía abierto, con un camión herrumbroso a la puerta. Un sudanés de piel casi malva de tan negra contaba los sacos que iban descargando. Conway le ofreció quinientas libras si les llevaba hasta El Cairo. El sudanés no se lo pensó. Tan pronto como se liberó de su estiba acomodó a la pareja en la cabina, ayudó a Gaetano con la caja y los equipajes, y enfiló la polvorienta ruta del sur.

El desierto blanco comenzaba a transformarse bajo la luna, que parecía complacerse en ver a una dama de alto rango embarcada en una expedición tan escasamente solemne. Al poco, tuvieron que detenerse porque la carretera había sido tomada por una manada de camellos errantes. Perros salvajes, de largos dientes y erizado pelaje, los vieron avanzar con los ojos encendidos de hambre y miedo. Ankhesa acabó rindiéndose al cansancio, su cabeza se deslizó sobre el hombro de Kenneth. Pese a las trepidaciones del camión, poco después dormía profundamente. La piel de su rostro, hasta su cuello, perlado de sudor, brillaba en la oscuridad de la cabina. Los palmerales quedaron atrás. A medida que se adentraban en aquel paisaje de desolación comenzó a invadirles el frío de la noche. El escocés la cubrió con su chaqueta. Aun dormida, ella se apretó un poco más contra su cuerpo.

El sudanés mordió la punta de un grueso cigarro y la escupió por la ventanilla. Murmuró algo parecido a hacer una parada para tomar un café.

—No, prefiero que duerma.

—Aún falta un buen trecho, *effendi*.

—Siga adelante.

El desierto se había transformado en una vasta provincia de la inmensidad. Su alma invisible respiraba una calma milenaria acechada, como dicen los árabes, por «besos de espinas». La Bella soñaba, y, dentro de su sueño, sus labios parecían desgranar palabras inaudibles.

Así continuaron hasta que, ya cerca del amanecer, el olor cenagoso de las aguas del Nilo comenzó a imponerse al del desierto. En las riberas se distinguían todavía las trazas del limo rojo que los campesinos utilizaban para fertilizar sus campos. La última crecida había sido generosa, propiciando que se desvaneciera el temor a un nuevo «año de hienas», el tiempo del hambre. Fue entonces cuando despertó Ankhesa, a la hora en que el sol aparece de repente por encima de las montañas de Arabia. Y entonces sí, la reina comenzó a reconocerse en aquel paisaje donde todo venía a recibirla, donde todo le hablaba, como un llamada.

—¡Kahira! —exclamó el sudanés, señalando un aura de luz dorada sobre las plantaciones—. ¡Ahí está El Cairo!

Nefertiti nunca la conoció por tal nombre. En su tiempo, la capital del Egipto contemporáneo no pasaba de ser un arrabal miserable a catorce kilómetros de la suntuosa Menfis, el verdadero epicentro de su mundo. Pero, a medida que se acercaban, como islas emergidas en un océano de arena, reconoció enseguida el perfil de las pirámides. Ankhesa cerró los ojos y volvió a abrirlos con una inspiración profunda.

—Míralas, ahí están las tres guardianas de los secretos del universo. Ellas velan la puerta por la que el faraón viaja a las estrellas. La misma por la que nosotros regresamos a nuestra casa.

—Y esta vez será para siempre, Ankhesa.

La reina no replicó. Silenciosamente, sus ojos se habían llenado de lágrimas.

Entraron en la ciudad por el bazar de las Especias, a la hora en que las voces de los muecines lanzaban la segunda oración entre un revuelo de palomas. Sí, al fin habían llegado. Al fin se abría ante ellos la ciudad blanca, la victoriosa, la eterna, la favorita de los sultanes y los jedives, la amante de todos los imperios se despertaba en medio de un creciente rumor de voces perezosas y a un tiempo estridentes, como el tintineo de los brazaletes de una odalisca. Por encima de cualquier forma de nostalgia, tal vez por la mujer que le acompañaba, a Kenneth Conway le invadió un sentimiento de poder. Se sentía dueño de todo aquello, Egipto le pertenecía. Su mirada se volvió tan aguda como la de un halcón, sus ojos erraban desde las cúpulas del Jan-Jalili a la ciudadela de Saladino. Lo que veía a oriente no era la fortaleza erigida por Napoleón, sino una herida abierta en su propio reino, al que regresaba como un monarca secreto, tras mil años de ausencia. En cada viraje evocaba una historia grandiosa, los templos, los colosos, las esfinges. Y siempre aquellas pirámides que absorbían toda su fascinación. Ejércitos de obreros trabajaron como

hormigas durante generaciones, animados por un propósito sobrehumano. De las canteras de Tura y Asuán arrancaron uno a uno aquellos bloques ingentes, más de cincuenta millones de toneladas de piedra, que cortaron y cincelaron sin herramientas de hierro, y que transportaron sin vehículos con ruedas ni máquinas elevadoras de ninguna especie, para acabar edificando una civilización que no moriría jamás. Cuesta creer que fueran hombres como nosotros. Si lo fueron, se trataba de una raza de hombres de cuerpo frágil, pero de espíritu poderoso. Una raza que no tuvo en cuenta lo imposible.

Sin duda, fue ese estado de exaltación lo que le llevó a cometer aquella imprudencia. En lugar de elegir un hotel discreto, donde hubieran pasado desapercibidos, prefirió alojarse en el Karthoum, el mismo donde se hospedó en el tiempo de su última expedición, cinco años atrás. El portero, engalanado como un general a sus puertas, tardó en encajar lo que se presentó ante su elegante porche estilo *art-decò*. Un furgón desvencijado conducido por un sudanés harapiento, del que se apearon una pareja de europeos en las antípodas de los turistas de la agencia Cook, y uno más, con pinta de pirata, que no vaciló en llamarle a voces, *Vieni qui, imperatore d'Abissinia!*, para que le ayudara a bajar la caja que contenía la momia.

Conway tenía dinero, cinco mil libras inglesas, todo lo que había conseguido tras la venta de los escarabeos de oro, en Nápoles. Reservó un par de habitaciones para una noche, las mejores que estuvieran disponibles. El recepcionista le pidió su pasaporte mientras le ofrecía el libro de registro. El escocés vaciló, no quería dejar huellas. Deslizó un billete de diez libras entre las páginas en blanco. El recepcionista entendió.

—Perfecto, *mister* Stapleton —exclamó, impasible, tras leer el nombre falso que acababa de garabatear—, aquí tiene las llaves de la 201 y la 302. Espero que las encuentre plenamente satisfactorias.

Un par de mozos se estaban llevando la caja grande hacia el montacargas. Gaetano los detuvo agarrándoles por el faldón de sus libreas.

—¡Las manos fuera, mamelucos, el cofre duerme conmigo!

Subió el primero, y se encerró dentro. Solo quería dormir, «cien años y siete días más». Ankhesa también se caía de cansancio. Conway la sostenía, a la espera de que bajara el ascensor, cuando le detuvo una voz a su espalda.

—¡Por todos los demonios, viejo zorro, eres tú...!

Al volverse, el estupor le secó los labios. Reconoció al instante ese rostro de mejillas lisas, siempre como recién afeitadas, su ridículo bigotillo colonial, sus húmedos ojos destilados en jengibre, su cabeza de lagarto inglés desollado por el sol. Se trataba de Henry Mallowan, un colega con quien había trabajado en su última campaña egipcia, quien no vaciló en abrazarle efusivamente. A Kenneth no le venían las palabras. Mallowan cogió las manos de la reina por las muñecas.

—Vaya, vaya, al fin has conseguido tu sueño. Por lo que veo te has casado con una verdadera princesa de la XVIII dinastía —exclamó, sin saber lo que decía—. *Milady*, permítame decirle que me parece usted la encarnación viviente de la divina Nefertiti. —Y, sin reparar en el efecto de sus palabras, se volvió hacia su amigo—. No me lo digas, este es vuestro viaje de luna de miel.

—No se trata exactamente de eso, Henry... —articuló al fin Conway—. Ya te lo contaré mañana. Acabamos de llegar y estamos agotados...

—¿Cómo que estáis agotados? Eso puedo decirlo yo, colega —continuó el tipo, sin declinar su efervescencia—. Por si no lo sabías, yo sí que acabo de casarme. Y tengo a la novia esperándome en el comedor. Tenéis que conocerla. No valen excusas. Venga, venid conmigo y os la presento.

—Júrame que solo será un momento. Llevamos toda la noche sin dormir, de veras, necesitamos descansar.

—Está bien, está bien... —consintió el tal Mallowan, situándose en medio de la pareja y enlazándolos por los brazos—. Pero antes, decidme una cosa: ¿habéis leído alguna novela de Agatha Christie?



POR supuesto que no. Y esto no tanto porque Kenneth Conway no leyera novelas, sino más bien porque la que años después sería universalmente celebrada como la reina del crimen, entonces apenas acababa de inaugurar su carrera literaria. Tras divorciarse del coronel Archibald Christie, se había enamorado perdidamente de un joven arqueólogo catorce años más joven que ella. Este inefable Henry Mallowan, a cuya inspiración debemos dos obras tan singulares como *Muerte en Mesopotamia* y *Muerte en el Nilo*. La dama les esperaba sentada en una mesa coronada por un gran ramo de adelfas que, en ese momento, compartía con otro comensal. A medida que avanzaban hacia ellos, sin poderse soltar del abrazo de Mallowan, Kenneth hubiera puesto una vela al diablo para que ese personaje imposible fuese el mismo Hércules Poirot. Pero no, se trataba del diablo en persona parapetado tras un ejemplar del *Cairo Times*. Como en una pesadilla, lo primero que reconoció fueron sus inconfundibles zapatos ortopédicos que golpeaba rítmicamente con la contera de su bastón. La dama no se levantó, el diablo tampoco. Plegó su periódico dejando ver su cráneo calvo y atezado, hundió en él sus ojos de rapaz, se atusó las guías de su mostacho y se limitó a exclamar con una cordialidad envenenada:

—Le estábamos esperando, *mister* Conway.

No podía ser, pero estaba sucediendo: allá estaba el secretario personal de Fersen, el doctor Messori. Quién sabe cómo ni por qué medios había llegado a El Cairo antes que ellos, y se había alojado en su mismo hotel. Solícito, Mallowan ayudó a Ankhesa a acomodarse. La mente de Conway trabajaba a toda velocidad. Necesitaba hacerse con todas las claves de aquella situación demencial antes de que apareciera Fersen, si es que también había llegado con él. Messori no vaciló en resolver el enigma, le encantaba torturar a la gente.

—Aquí donde me ven, hasta que aterrizamos pensé que no viviría para contarlo. Qué odisea la de embarcarse en un Junkers... Es increíble que esos armatostes puedan volar. Pero lo hacen, y a una velocidad estratosférica. Cubrimos la distancia que media entre Roma y El Cairo en apenas doce horas...

—Diga lo que diga, yo preferiré siempre el *Orient Express* —intervino la señora Christie, elevando su taza y su meñique—. Tarda cuatro días con sus noches, pero vives una auténtica aventura.

—Mi amigo Jacques piensa lo mismo —continuó Messori en una clara alusión a Fersen—. Ayer se apeó en Estambul, y ya está viniendo para aquí en el tren correo. Excuso decirles que se muere por conocerles.

Mallowan, que no había esperado más para atacar su plato de *rosbeef*, ya frío, continuó en ese tono efervescente que definía su naturaleza:

—... Y pensar que todo se lo debemos al loco de Caltagirone. De no ser por él, hubiera sido imposible que nos encontrásemos.

Kenneth unió los cabos sin dejar de observarle. Claro, ese imbécil patológicamente sociable no se había privado de nada. Recordaba sus denodados esfuerzos por celebrar «cenas de hermandad» entre los arqueólogos de la Misión Italia y el equipo del alemán Ludwig Borchard, donde se iniciaron ambos.

—Cierto —continuó Messori—. Tras su fallecimiento, usted era nuestro único contacto aquí. El único arqueólogo que podía localizar a *mister* Conway. Y por el diablo, ¿de qué manera lo ha encontrado!

—Pura casualidad —farfulló el inglés—. Un minuto más y este viejo zorro ya habría desaparecido ascensor arriba, en compañía de esta bella dama.

—No se lo hubiera perdonado nunca, señor —volvió a intervenir *mistress* Christie—. En cuanto les he visto me han regalado ustedes dos personajes perfectos para una novela que estoy pergeñando.

—Espero que esta acabe bien, querida —musitó su joven esposo—. Mis amigos no se merecen un final tan truculento como Roger Ackroyd.

—Bueno, me baso en un caso real. Por lo visto, un famoso médico cairota que responde al nombre de Ali Chukri, o algo parecido, acaba de ser detenido bajo una acusación de lo más espeluznante...

—¿Ali Chukri? —exclamó Conway—. Creo que conozco a ese hombre. Si es quien pienso, pasa por ser el gran suministrador de momias para los coleccionistas europeos. Dígame, ¿de qué se le acusa?

—Precisamente de eso —continuó Mallowan—. Suministraba demasiadas momias, y algunas bien frescas. ¿De dónde las extraía? Hace un par de meses, un camión repleto de momias tuvo un accidente en pleno centro de El Cairo. Le siguieron la pista y así llegaron a la casa de Chukri, que en ese momento se encontraba embalsamando a un difunto... recién pescado en el cementerio.

—Vamos, que el doctor actuaba como los tétricos Burke y Hare del relato de Stevenson —prosiguió su esposa—. Tenía contratada una pandilla de rufianes que le proveían de cadáveres, y él se dedicaba a momificarlos según las técnicas clásicas. Mucho me temo que aquella momia que desvendaron el mes pasado sobre la mesa de billar del príncipe de Gales^[45], no era la de ningún Amenofis, sino la de un infortunado paciente del doctor Chukri.

—Confío en que no haya visto en mí un trasunto de ese carnicero... Me aterraría

verme convertido en un personaje de novela —graznó *il Dottore*, dando un cómico respingo, antes de dirigirse a Conway, ya en otro tono, calculadamente perverso—. . . . Y hablando de personajes de novela, ¿a que no adivina quién ha hecho todas las gestiones para embarcarnos en el Junkers? El intrépido Malaparte. Sí, también él está aquí, acompañado por media docena de sus incondicionales, todos fanáticos de la... arqueología.

Conway había acabado de adaptarse a los latigazos de aquel sádico. Una de sus manos apretaba la culata de su revólver bajo el mantel. Por un momento, acarició una locura. Pero no, cuando se dispuso a hablar sus dos manos ya solo sostenían una humeante taza de té.

—No sabe cuánto lo celebro, Messori. En realidad contaba con ustedes para que me ayudasen a resolver el enigma que me ha traído hasta aquí.

Il Dottore se replegó sobre sí mismo, tenso como una víbora antes de atacar. Pero *lady Agatha* se le adelantó:

—Cuente, por favor... Ardo en deseos de escucharle.

—No lo haré si no me juran antes su más absoluta confidencialidad, por lo más sagrado.

—Kenneth, por favor —se indignó Mallowan—, estás entre caballeros.

Los ojos de Conway desplazaron esas palabras como una bofetada hasta el rostro de Messori, antes de regresar a la acuosa mirada azul lavanda de la escritora.

—Verán, creo que dispongo de una pista algo más que fiable para encontrar la tumba de Nefertiti.

Solo la propia Nefertiti mantuvo la calma al escuchar aquello. *Il Dottore* palideció mientras la reina del crimen exclamaba estupefacta.

—¡Dios santo, la tumba de la legendaria Reina Faraón!

Mallowan no pudo hacer lo mismo porque tenía la boca llena de *rosbeef*. Cuando acabó de tragarlo sorprendió a todos con un fogonazo de lucidez.

—¡Claro, ya está! Has seguido la pista de los papiros de Caltagirone, ¿no es cierto?

—Exactamente Henry —repitió Conway—. Los papiros de Caltagirone. Todo el mundo pensaba que estaba loco, pero no. Su pista era la buena: Sejano, el cónsul del emperador Tiberio, trasladó la momia de Nefertiti y todos los tesoros hallados en su tumba a la residencia del emperador en Capri. No, no me pongas esa cara... *il Dottore* ha sido testigo de mis prospecciones en Villa Jovis, bueno, un poco por toda la isla. Hace un mes localicé una pequeña gruta que guardaba un sarcófago maravilloso en su interior...

Lady Agatha volvió a anticiparse:

—¡...Y allá dentro le estaba esperando la Bella de Atón!

—Oh, vaya, qué excelente noticia —le siguió Messori—, y qué bien ha sabido

guardarla. El barón Fersen estará encantado de testar el alcance de su profesionalidad, y aún más el de su discreción.

Conway marcó una pausa antes de continuar.

—Van ustedes demasiado rápido, más rápido incluso que el Junkers de Malaparte —ironizó, con una sangre fría notable—. El sarcófago estaba vacío, pero contenía un papiro de inestimable valor.

Esta vez nadie se atrevió a interrumpirle. Escuchaban expectantes.

—Reconocí enseguida el sello de Sat-Ra, la pitonisa de Akenatón. Sí, Henry —exclamó, leyendo la pregunta en los labios de su colega—. La misma que se hundió con el *Titanic* hace ocho años. Pues bien, tres mil años antes de que sucediera eso, Sat-Ra vaticinó el viaje de Nefertiti a la isla de Khnum, el dios carnero, su entrega al emperador de Occidente, Tiberio, pero también su regreso a Egipto, pocos años después, durante el reinado de Calígula. Descuiden, no voy a aburrirles pormenorizándoles la traducción de cada cartucho. La síntesis final de la profecía coincide plenamente con el hallazgo de aquel sarcófago vacío. Sat-Ra sabía que lo encontraríamos, y hasta se permitió mostrarnos el camino. Naturalmente nada de esto es seguro, pero hubiera bastado aventar la noticia para que nos persiguiera un tumulto de periodistas. Por eso hemos emprendido nuestro viaje en condiciones de clandestinidad, y por eso les ruego la más absoluta reserva. Preferimos no decir nada hasta que estemos en situación de resolver este, que sigue siendo uno de los enigmas más apasionantes de la egiptología moderna.

Miss Christie rompió a aplaudir, pero Messori no parecía muy convencido.

—Vaya, vaya con Sat-Ra: qué cortesía tan inaudita por parte de una presunta aliada de Nefertiti. O sea que se molestó en indicar a sus futuros profanadores el camino de regreso de su reina al país del sol.

Por un instante Conway se sintió atrapado. Fue entonces cuando la propia Nefertiti se decidió a intervenir.

—No, no fue así. Sat-Ra sabía que el propio Akenatón regresaría del más allá para rescatar a su reina. No era a sus enemigos, sino a sus herederos, a quienes legó sus jeroglíficos.

—Ah, o sea que entonces usted, Conway, es el mismo Akenatón redivivo. Caramba, justo lo que decía Leticia... —continuó *il Dottore*, rabioso y sarcástico—. ¿Se acuerda de Leticia Cerio? Fue ella quien dijo eso la primera vez que le vio. Y es bien cierto: tiene usted sus mismas facciones.

—Y usted, *milady* —continuó la reina del crimen dirigiéndose a Ankhesa—, permítame que se lo diga con tanta franqueza, pero es el vivo retrato de Nefertiti.

—Ya se lo he dicho yo, querida —apostilló Mallowan—. ¡Qué coincidencia tan estimulante!

—Todavía recuerdo la impresión que me causó el descubrimiento del busto que

se guarda en el museo de Berlín —adujo la escritora—. Esa sonrisa extática, esa mirada abismada en la contemplación de la eternidad. ¿Lo conoce usted?

—Bueno —articuló la verdadera reina—, solo se trata de una prueba, un boceto inacabado.

Mallowan no vaciló en puntualizar:

—Claro, por eso le falta un ojo.

—Un ojo y algo más, señor. Maya, el discípulo del divino Imhotep, el maestro de todos los escultores, aún debía pronunciar las palabras rituales: «¡Que viva!». Sin eso, ninguna escultura pasa de ser una piedra inerte, y precisamente por eso llamamos a nuestros mejores artistas «Los que dan vida».

—Me descubro ante usted, señorita. Observo que su belleza está a la altura de sus conocimientos acerca del mundo de los faraones.

Kenneth aprovechó el momento de vacilación para levantarse de la mesa.

—Y ahora, si nos disculpan...

—¿Se van ya? —objetó *mistress* Christie—. Oh, qué contrariedad, no saben cuánto me encantaría que me acompañasen en mi primera visita a la Gran Pirámide. Tenemos un Buick a la puerta, seguro que cabemos todos.

Mallowan puso su mano sobre la suya para explicárselo:

—Disculpémoslos, querida. Acaban de llegar y no han dormido en toda la noche: tienen que descansar.

—¡Entonces oblígales a que se sumen al almuerzo que tenemos concertado con el gobernador! —volvió a protestar la escritora—. *Lord* Allenby ha prometido conducirnos hasta el mítico laberinto egipcio. Será una experiencia fascinante.

—Me encantaría... —comenzó a decir Conway, esta vez fue *il Dottore* quien se adelantó:

—... Y a mí también, *milady*. Pero, como ve, nosotros no hemos venido a Egipto en viaje de placer. —Y tras la leve sonrisa, recompuso su máscara para añadir en un tono elaboradamente novelesco—. Ni una palabra de esto a *lord* Allenby, menos aún al Khedive. Compórtese con ellos como si nosotros no existiéramos.

—En ese caso, prométame que me concederán la primicia de sus excavaciones.

Mallowan palideció.

—Por los clavos de Cristo, cariño, no puedes pedirles eso. Ayer hiciste lo mismo con ese subalterno tan *snob* que trabaja para *lord* Carnavon. ¿Cómo dijo que se llamaba? Ah, sí, Howard, Howard Carter. Recuerda cómo se puso...

—Bah, qué tipo tan ríspido... —se justificó la dama—, y qué desagradable. Pero bueno, ¿qué se puede esperar de un personaje de tan baja extracción y sin estudios cualificados?^[46] Me interesó bastante más la señorita que acompañaba a *lord* Carnavon. Por lo visto la tal Velma^[47] es una gran vidente natural, formada en el gabinete de *sir* Arthur Conan Doyle, nada menos. Tiene una teoría fascinante acerca

de la famosa tumba de la metempsicosis^[48] donde, como saben, han encontrado unas figuras alucinantes: seres con escafandras viajando a través de las estrellas. Velma los llama «Los enviados de Sirio». Si Carter y Carnavon encuentran algo en sus prospecciones en el valle de los Reyes, seguro que será por ella.

—No sé qué decirte, Agatha —continuó su marido, que parecía poco inclinado a tales elucubraciones—. Yo me fío más de mi amigo Kenneth...

—Y yo también —adujo Messori chasqueando la lengua—, vaya donde vaya, no pienso perderle de vista.

Conway esquivó su sarcasmo.

—Cuento con eso, doctor. Y le aseguro que no voy a defraudar sus expectativas.

—Entonces prométanme que volveremos a vernos —perseveró *miss* Christie, al tiempo que deslizaba su tarjeta en las manos de Ankhesa—. Hoy estamos aquí, pero mañana salimos para Luxor. Nos alojaremos en el Winter Palace.

Era la oportunidad que esperaba Conway para volver a abofetear a Messori.

—¡Qué casualidad, nosotros también! —exclamó, retirándose ya—. Si no estamos allá mañana por la noche, olvídense de las prevenciones del doctor y no vacile en informar al gobernador de que hemos sucumbido a la maldición de los faraones.

Christie y Mallowan respondieron con una sonrisa.

—Pierdan cuidado y duerman cuanto quieran —apostilló *il Dottore*—. Tengo a cinco agentes de mi guardia pretoriana vigilando todas las puertas.



EN efecto, primero de camino al ascensor, luego en el atrio de la segunda planta, Kenneth y Ankesa pudieron advertir la presencia de unos cuantos tipos con pinta de escuadristas apostados en todos los accesos. Malaparte no debía andar lejos, seguramente era él quien dirigía las operaciones, a la espera de que apareciese el barón Fersen. ¿Cómo se había consumado ese pacto tácito entre un fascista y un libertino? Sí, todo comenzaba a encajar con la revelación que le hizo el viejo Cornacchia antes de morir. Tanto Fersen como Cerio, estaban implicados en el tráfico ilegal de armas y gas nervioso que tenía en Capri uno de su epicentros. Leticia le había revelado las connivencias entre su padre y el consorcio Krupp, para quienes ejercía como intermediario en el negocio de la venta de cañones prusianos destinados al *Fascio di Combattimento* de Mussolini. «El dinero no tiene patria», le había dicho ella misma. Le faltó añadir que tampoco tiene escrúpulos. Porque lo sabía. Sí, seguro que también sabía que Fersen había comprado su inmunidad ante los fascistas a cambio de una tonelada de fosgeno y un millón de marcos. Su prioridad, sin embargo, no consistía tanto en diseccionar la genealogía de sus enemigos como en encontrar una manera de escapar de todos ellos. La suerte solo les había sonreído en un punto: Mallowan les había abordado al pie del ascensor, apenas un momento antes de que desaparecieran Gaetano y la caja que contenía la momia. Messori no lo tenía controlado. Y, además, Gaetano se alojaba un piso por debajo del suyo: no habría vigilantes en su planta. Nada más llegar a su habitación, descolgó el teléfono y pidió que le conectaran con la 203. Gaetano debía dormir profundamente. Solo descolgó al tercer intento. Conway aguardó a que agotara su catarata de abominaciones por haberle despertado.

—No, no estás hablando con *il porco governante* ni con nadie de su condenada familia. Soy yo, Kenneth...

—*Ah, scusi, signore... Ma che cosa succede?*

—Malaparte, *il Dottore* y toda la jauría están aquí. —El auricular escupió un nuevo torrente de juramentos—. Escúchame bien lo que voy a decirte. Dentro de un par de horas bajarás a la calle, tú solo. No, sin la caja, pedazo de animal. Si ves por ahí a Malaparte o a Messori, te vuelves invisible, ¿entendido? —Un lacónico *capito* por parte del pescador le invitó a continuar—. Cuando estés fuera de peligro acércate

al mercado callejero detrás del hotel y contrata una camioneta —Gaetano volvió a protestar—. Deja de refunfuñar, tienes dinero: te he dejado un sobre con cien libras en recepción. Cuídate mucho de gastártelo en putas, ¿me oyes? Las de El Cairo son famosas por las enfermedades que incuban entre sus piernas.

—*Sicuramente le sette piaghe d’Egitto, signore* —ironizó el pirata al otro lado del auricular—. Pero si voy con la medalla de la *Madonna* por delante...

—Ni se te ocurra, porque te la haré tragar en cuanto te vea. Esto es serio, Gaetano, no me falles.

—*Sta bene, signore. Nessuna puttana nel’ furgone.*

—Bien, una vez que lo tengas vuelves a por la momia, y esa será la única *primadonna* que te va a acompañar en el viaje desierto adentro.

Gaetano tardó en recuperar el habla.

—Y ahora me manda al desierto, con la *vecchia arrabiatta* —gimió, desesperado—. *Ma ché cosa ho fatto io per meritarmi questo?*

Conway podía imaginar su gesticulación de comediante, no se apiadó.

—Anota esta dirección: albergue del Carvanseray, en el oasis de Bahariya, a unas doscientas millas al oeste. Se trata de un lugar seguro, conozco al tipo que lo regenta. Pregunta por Balek Gamal y dile que vienes en mi nombre. Te tratará como a un príncipe, ya lo verás. Si todo sale bien nos reuniremos contigo pasado mañana. Suerte.

Nada más colgar, Conway apuntaló la puerta de su habitación con un par de butacas. Ankhesa había caído rendida. Él no podía rendirse. Se recostó a su lado, con el revólver en una mano y una toalla húmeda en la otra, que pensaba ir estrujando para no dormirse. El estado de excitación nerviosa en que se encontraba se le imponía como un torbellino donde solo atendía a su instinto de supervivencia. Sin embargo, antes de una hora, su revólver se le cayó de las manos, y también él cayó poco después, vencido por un sueño profundo.

A esa hora, en el muelle de Port-Said, dos agentes del Servicio de Aduanas abordaban el *Albatros*. Encontraron a un hombre maniatado y amordazado en uno de los camarotes. Ignacio Cerio estaba fuera de sí. Con palabras entrecortadas, pero de una manera imperativa, exigió ser conducido al servicio telegráfico más próximo. Tenían que detener el tren correo que venía desde Estambul con destino Alejandría. Los agentes se cruzaron una mirada casi divertida, ¿qué pretendía ese loco italiano? Cerio pidió que le condujeran a la Prefectura. Le recibieron un par de suelas cruzadas sobre una mesa. En ausencia del comisionado, un sargento de cabeza de novillo y bigotes en punta ocupaba su despacho. No bajó los zapatos al suelo hasta que Cerio puso un fajo de billetes sobre su escritorio. Entonces sí, todo era posible: el telégrafo comenzó a puntuar claves en morse. El expreso de Estambul fue detenido en el puesto de Gaza, cuando ya se disponía a cruzar la frontera entre Palestina y Egipto. El

jefe de estación pasó un escueto mensaje a dos pasajeros que viajaban en primera clase: «Conway nos ha traicionado. No continuéis viaje hasta Alejandría. Os espero en Port-Said. Ignacio Cerio». Fersen no pudo disimular su irritación, estrujó el cablegrama y lo arrojó por la ventanilla. Leticia cerró la novela que estaba leyendo.

—¿Qué pasa, Jacques? ¿Malas noticias?

—Se trata de tu padre. Tu amante inglés ha debido jugarle una mala pasada, no puedo contarte más.

—¿Kenneth, a mi padre...? —articuló Leticia, atónita—. No me lo creo. Conozco a ese hombre, nunca haría nada que...

—Me parece que yo le conozco bastante mejor que tú, querida. En Capri nos estaba haciendo un doble juego, pretendía engañarnos a todos. Pero no, aquí no se va a salir con la suya. Palabra de Jacques d'Adeswald Fersen.

—No voy a defenderle, Jacques, pero tú también has jugado con él.

—¿Cómo puedes decir eso? Nunca le he ocultado mis intenciones, ni lo que soy, ni lo que espero de él. *Je peux être un misérable, mais jamais un faussaire!*

—Vamos, Jacques, no hagas teatro conmigo. Le ofreciste su cabeza a Malaparte a cambio de...

Se acabó de desquiciar al barón.

—¡Solo lo hice cuando tuve la certeza de que me estaba traicionando, y tú lo sabes!

—¡Ni tú ni yo sabemos nada, nada en absoluto! —exclamó la italiana, sin alterarse, desviando una mirada hacia el paisaje—. No sabemos qué fue lo que encontró en Capri, ni por qué aceptó la proposición de mi padre, ni para qué ha venido a Egipto.

El barón agitó con gesto cansado la cerilla con la que acababa de encender uno de sus cigarrillos de hachís y la aplastó sobre el cenicero abierto en el brazo de su butaca. Después, con un tono muy suave, dijo:

—Descuida, que eso lo vamos a averiguar muy pronto. Tan pronto como le ponga la mano encima a ese bastardo inglés. ¿Sabes lo que dicen los árabes? «Cuando la muerte está en los labios, el hombre vivo habla».

El tren reanudó su marcha a través de la noche amasando bajo sus ruedas la lenta molturación de sus pensamientos. Entonces ni Fersen ni Leticia sabían que Messori ya había localizado a Conway en el hotel Khartoum. Nada más cruzar la frontera se dirigieron al puesto donde les estaba esperando un automóvil fletado por el propio Cerio para conducirles hasta Port-Said. Invertirían cinco horas más para llegar a El Cairo. Ese era el margen de tiempo con que contaban Conway y Ankesha para salvar el cerco. ¿Qué pasaba por la mente del escocés mientras dormía? ¿Pensaba realmente en escapar o su plan ya era otro?

Un piso más abajo, un pescador italiano cubierto con un tosco *galabieh* egipcio

gesticulaba instrucciones a los mozos que cargaban su caja en el ascensor. Tres hombres subían precipitadamente por la escalera. Gaetano reconoció a dos de ellos. Se trataba de Malaparte, el jefe de los fascistas, seguido de cerca por el renqueante doctor Messori. El pirata cruzó los pulgares sobre sus labios y escupió al suelo. La suerte estaba echada y él ya no podía detenerse. Fuera, en un callejón lateral, le aguardaba la carreta de un viejo *fellah*^[49] de la que tiraban dos mulos famélicos. Era todo lo que había podido conseguir, pero, según le había advertido su jefe, contaba con un par de días para llegar al oasis de Bahariya. Él no tenía prisa, ninguna prisa.

Todo lo contrario a lo que les sucedía a los tres hombres que, en ese momento, abordaron la tercera planta del Khartoum. El que iba en cabeza golpeó la puerta de la habitación 302 con una voz conminante.

—¡Abra, Conway!

El escocés despertó con el corazón batiéndole a golpes. Consultó su reloj: pensaba que apenas habían transcurrido unos minutos, pero las agujas marcaban las cinco de la tarde. Había dormido más de siete horas.

—¡Vamos, no nos haga perder más tiempo! ¡Fersen está en camino! ¡Llegará de un momento a otro!

Las voces acabaron de despertar a Ankhesa.

—¿Quiénes son...? ¿Qué quieren?

—Tranquila, no pasa nada... Espérame aquí, volveré enseguida.

El puño no paraba de percutir sobre la puerta. Al fin Conway se decidió a responder:

—¡Por todos los demonios, déjenme darme una ducha! ¡Bajo ahora mismo!

Hubo un momento de indecisión entre los que esperaban.

—¡Está bien, tiene quince minutos, ni uno más!

Entonces se distinguió la voz de Messori:

—... Y por favor, no intente nada. Ya no se trata solo de Malaparte y sus muchachos: el barón está deseando informar a las autoridades para que le detengan.

Por un instante, Conway temió que hubieran capturado a Gaetano con la caja que contenía la momia. Solo así podía explicarse que ahora apelaran a las autoridades. No contaba con ningún documento que avalara su propiedad. Si era así, Messori y los suyos lo tenían fácil para acusarle ante la policía egipcia de haber robado una momia con todos sus tesoros. ¿Quién le creería si alegaba que la traía desde Italia «en su equipaje»? Pero no, eso no podía ser. Gaetano no le había fallado, estaba seguro, absolutamente. Tenía quince minutos para tramar una nueva estratagema antes de encontrarse cara a cara con el barón Fersen.



35

A esa hora el vestíbulo del Khartoum era un hervidero de gente. El sol anunciaba su ocaso y todo el viejo Cairo parecía desperezarse, dispuesto a vivir los mejores momentos del día tras una jornada de calor asfixiante. Por la giratoria que daba al salón principal entraban y salían egipcios de aspecto elegante y astuto bajo las borlas de sus feces rojos, mercaderes vestidos con largas *gandurahs* de seda, militares con la fusta bajo el brazo, rondando su primera copa de la tarde, y grupos de turistas que regresaban a sus habitaciones, ellos rezumando sudor por el cuello duro de sus trajes de chaqueta y chaleco, ellas medio desvanecidas por la opresión de sus corsés bajo sus pamelas en tonos pastel. El aspecto de Jacques d'Adeswald Fersen no desentonaba demasiado con el de aquellos supervivientes de los cuarenta y siete grados centígrados que se respiraban a la sombra de las pirámides. Tras un viaje de una semana desde Londres, primero a bordo del *Orient Express*, luego en el trepidante tren correo de Estambul, y finalmente en el *Dodge Charger* enviado por su suegro desde Port-Said, el dandi que había hecho del refinamiento extremo su tarjeta de presentación esperaba como un náufrago en la mesa más apartada del bar del hotel, sin más compañía que su secretario personal, el doctor Messori. Había pedido a los Cerio, padre e hija, que no estuvieran presentes en ese primer encuentro con Conway, podía resultar muy desagradable para todos. En cuanto la flecha del ascensor se detuvo, *il Dottore* hizo lo mismo con Malaparte, aunque se cuidó de que dos de sus escuadristas tomaran posiciones discretamente. La aparición del escocés desarmó todas sus prevenciones. Nada más advertirlos, Conway avanzó hacia ellos con una desenvoltura inaudita. No solo se había puesto su mejor traje. En su rostro se leía una sonrisa confiada, como si se dispusiera a saludar a un viejo camarada. Fersen no se levantó para estrechar su mano. Le dirigió una mirada tan grave y penetrante como la de un juez del Supremo, y exclamó en un tono elaboradamente glacial:

—Le exijo una explicación completa y detallada sobre todo lo que ha hecho con mi patrimonio. Quiero tener las cosas claras antes de llamar a la policía.

El escocés se acomodó tranquilamente en la butaca libre, cruzó sus manos a la altura de la boca, y replicó sin inmutarse.

—¿Su patrimonio? ¿De qué patrimonio me está hablando?

Fersen tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse, había testigos.

—Se cree muy listo, pero es usted un perfecto cretino, Conway. Lo sé todo, absolutamente todo, desde el día que fue a vender sus escarabeos a Nápoles. Capodimonte es mi principal proveedor, informó a *il Dottore* esa misma noche.

—Ah, vaya. ¿Y le ha contado también que me estafó? Seguro que dos días después se los vendió a usted por el triple de lo que me pagó a mí. Si fue así, nos estafó a los dos.

—¡No le consiento que se burle! ¡Su conducta es incalificable!

—Sigo sin entender de qué me está hablando...

—Maldita sea, deje de fingir. ¡Usted ha traicionado mi confianza y me ha robado!

—Mida sus palabras, Fersen. Yo no le he robado nada.

—Está bien, le confieso que no esperaba un despliegue de cinismo semejante, pero si no me deja otra alternativa. —Y según lo decía, Fersen se volvió hacia Messori, que se mantenía en pie a su espalda—: Vaya a avisar a la policía.

Il Dottore se ajustó su corbata de lazo. Parecía un geniecillo malévolo encantado con la escena. No llegó a dar más de tres pasos. Cuando cruzó por delante de Conway, este le retuvo suavemente y se dirigió al barón en tono apacible.

—Dígame: ¿desea usted la paz, es decir, que lleguemos a un acuerdo, o quiere la guerra... y perderlo todo?

El barón golpeó con su puño el brazo de la butaca, estaba furioso.

—¡Cómo que perderlo todo!

—Lo que encontré en Capri no le pertenece a usted, amigo mío... —continuó el escocés—. Y además, si lo hubiera traído aquí y se lo entregara ahora mismo, como me está exigiendo, bastaría una llamada al Consejo de Antigüedades para que, en vez de a mí, le detuvieran a usted. De paso, también podría hablar con el alto comisionado británico. Le encantará saber que uno de los canallas que mueven el tráfico ilegal de gas nervioso, el mismo que segó la vida de más de cien mil soldados ingleses durante la Gran Guerra, se encuentra de visita en El Cairo.

El rostro del barón se contrajo en una mueca descompuesta. La boca debía de habersele secado de golpe, apuró su *ginger ale* hasta la última gota.

—Verdaderamente, Conway, es usted un hombre asombroso —exclamó, ya en otro tono, sacando de su bolsillo una pitillera de plata—. No sé por qué se comporta así conmigo, pero debe de tener alguna razón... Y me gustaría conocerla.

Kenneth aceptó el cigarrillo. En cuanto los dos hombres se lo llevaron a los labios Messori se apresuró a encenderlos. De paso, tomó la palabra.

—¿Se acuerda de Cornacchia, el comunista? Nos consta que él se lo contó todo, incluida la patraña del fosgeno. Eso tenía que pagarlo, naturalmente... Porque para formular una acusación tan grave hay que aportar pruebas, Conway. ¿Usted las tiene? —el escocés chasqueó la lengua, *il Dottore* continuó—. *Ebbene*, una vez disipado el «malentendido», seguro que nos ayudará a poner las cosas en su sitio. Lo que nos

reúne aquí no es una mera transacción comercial, *signore*. Recuerde, los fascistas de Malaparte han venido con nosotros, y no me cabe duda de que saben lo que buscan. ¿Necesita que le refresque la memoria?

Kenneth recordaba perfectamente las palabras de Cornacchia: Fersen había convencido a los fascistas de que aquel inglés había profanado su santuario en la Gruta Azul. Conway conjuraba los demonios del tiempo de los faraones, se burlaba del sueño imperial de Mussolini. Los «hijos de Sejano» habían encontrado en él un peligroso referente, Malaparte quería su cabeza.

—... Si quiere conservarla sobre los hombros —concluyó *il Dottore*—, yo en su lugar me mostraría más considerado con nosotros.

—Muy bien dicho, Baldassare —continuó el barón, sin dejar de mirar al escocés—. No me ha tenido usted ninguna consideración. He dilapidado millones de liras en las excavaciones, le he tratado a usted como a un príncipe, me he prestado a todas sus solicitudes... Y, en cuanto ha encontrado algo valioso, desaparece sin darme explicaciones. ¿Le parece correcto?

—De acuerdo, reconozco que tiene derecho a una explicación. ¿Sabe por qué no se la ofrecí antes? Sencillamente, porque no me hubiera creído jamás.

—Cuénteme, y le diré si le creo o no.

Conway aguardó a que el camarero dejara una nueva ronda de *ginger ale* rebosantes de hielo sobre la mesa y colocase la nota bajo el cenicero.

—... En efecto, localicé un tesoro en una tumba secreta de Villa Helios, y el tesoro sigue ahí. Estoy dispuesto a facilitarle planos detallados del lugar... si no lo ha encontrado ya usted mismo.

Eso pareció satisfacer al barón. Pero, enseguida, los ángulos de su boca se crisparon.

—No pude hacer nada de eso. Sabe perfectamente que tuve que abandonar Capri. También yo estaba amenazado.

—Entonces prepárese para engrandecer su colección con la joya de la corona: le hablo del sarcófago de Nefertiti.

Los ojos de Fersen se iluminaron como dos lámparas.

—¿Y el de Akenatón? ¿No encontró el de Akenatón junto al de la reina?

—Ya conoce mi opinión al respecto: la momia de Akenatón nunca salió de Egipto. Pero, con lo que encontré en Villa Helios, puede que estemos ante la pista definitiva para dar con él. Si acepta lo que le propongo, estaría dispuesto a iniciar una campaña aquí mismo, dentro de un mes, en cuanto nos concedan el permiso. Entretanto, usted podría regresar a Capri y verificar la exactitud de mis palabras. Si se decide a sacar a la luz el sarcófago de Nefertiti se convertirá en una celebridad mundial.

—No le entiendo —replicó el barón, desviando una mirada hacia su secretario—.

Il Dottore me ha puesto en antecedentes...

—Usted mismo nos confesó que ese sarcófago estaba vacío —adujo Messori.

—No me expliqué bien: allá no le espera un simple sarcófago vacío. Se trata de tres sarcófagos encastrados uno dentro de otro, y los tres son de oro macizo. Pero eso no es nada comparado con el ajuar de la reina. En veinte años de excavaciones nunca he visto nada semejante...

El rostro de Fersen temblaba de excitación a duras penas contenida, Conway casi podía ver bullir sus pensamientos, su malignidad esencial, su codicia.

—Entonces, dígame —articuló al fin—, ¿qué es lo que se ha traído a Egipto? Sabemos, por Ignacio Cerio, que embarcó una caja así de grande en el *Albatros*. —Su mano se alzó un metro sobre el suelo—. No me diga que en su interior solo lleva un montón de papiros, porque no le creeré.

Conway guardó silencio durante unos segundos. Luego se inclinó hacia Fersen esbozando una sonrisa, como quien está a punto de hacer una confidencia irrisoria.

—¿Qué está pensando? ¿Que me he traído la momia de Nefertiti, o quizá también la de Akenatón, las dos juntas en una caja, desde Capri hasta aquí...? Recapacite, Fersen, eso no tiene ni pies ni cabeza...

El barón abrió la boca, volvió a cerrarla, se sentía ridículo. El escocés adoptó su tono más solemne para acabar de convencerle:

—Le juro por mi honor que dentro de esa caja no hay ningún tesoro, ni nada que le concierna a usted. Se trata de una historia entre Egipto y yo.

—Una historia entre Egipto y usted, qué original —se jactó Messori—. Es usted increíble, Conway, pero le ruego que no nos trate como a un par de idiotas.

—Su inteligencia no le servirá de nada para comprender de qué le estoy hablando. Necesita una facultad distinta.

—Dígame cuál —insistió el barón.

—Un día, en Villa Lysis, usted me habló de ella: se llama clarividencia.

—Clarividencia —masculló Fersen—, ¿clarividencia, para ver qué?

Su mueca sarcástica se borró de sus labios en ese instante, como si verdaderamente la clarividencia hubiese despertado y estuviese viendo una aparición. Ankhesa avanzaba hacia ellos enfundada en un ondulante conjunto de Paul Poiret de inspiración oriental^[50]. Su larga melena negroazulada caía sobre sus hombros como un velo de misterio. Fersen contemplaba el óvalo perfecto de su rostro, sus pómulos altos, aquellos labios semejantes a dos gaviotas en vuelo, esos ojos profundos agrandados por el sueño, como si se los hubiera perfilado con belladona. Sintió que una llamarada de deseo le atravesaba el corazón. Dominándose, se limitó a preguntar.

—¿Es su...?

Conway asintió esbozando un gesto de presentación oficial.

—*Enchanté, madame...* —farfulló el barón poniéndose en pie e inclinándose

cortésmente—. Siento no haber estado presente en su boda.

—Permítame que le felicite por la suya —repuso Ankhesa tendiéndole su mano—. Kenneth me ha advertido que su Leticia es toda una belleza.

—Cada vez que la veo algo me habla dentro de mí —le interrumpió Messori, avanzando hacia ella decididamente—. Estoy seguro de que usted es la clave de todo, la depositaria del gran secreto.

Esta vez Ankhesa no pudo soportar su mirada.

—Qué cosas dice, doctor... No sé qué responderle.

—Siéntese, por favor —insistió Fersen—. Acabo de conocerla y, sin embargo...

—... Sin embargo, es como si la conociera de toda la vida, ¿no es así?

Conway la ayudó a acomodarse a su lado.

—A mí me sucedió lo mismo, me enamoré de ella nada más verla.

—¿Se conocieron en Egipto? —el barón no podía dejar de mirarla.

—... Y también en una vida anterior —ironizó el escocés, antes de girarse hacia Messori—. En efecto, Ankhesa es la clave de todo, la depositaria del gran secreto.

—¿Pero de qué secreto me habla? —volvió a preguntar Fersen—. Si está relacionado con el tema que nos ha traído hasta aquí, tienen que contármelo.

Los ojos de Kenneth buscaron los de Ankhesa. La reina entendió el mensaje.

—Durante el breve tiempo que pasamos sobre la tierra, el mundo es nuestra prueba. Ustedes quieren conocer el secreto de los dioses, pero son los mismos dioses quienes sellan los labios de quienes lo conocen.

Fersen digirió sus palabras con la boca abierta.

—¿... Qué hemos de hacer para que los dioses nos concedan ese privilegio?

—Justamente lo que acabo de proponerle —articuló Conway.

El barón seguía con sus ojos clavados en el rostro de Nefertiti, como si se hubiera zambullido en ella buscando la luz de su alma.

—Dígame qué... Ya no lo recuerdo...

—Crea en mí, déjeme trabajar.

—Con la séptima luna el papiro hablará, lo dice la profecía.

Cada vez que hablaba, Ankhesa abría un silencio a su alrededor. Solo Messori parecía inmune a su hechizo.

—O sea que también hay una profecía... Y un papiro muy especial, por lo que veo.

—Sabe perfectamente que hay un papiro, se lo conté ayer. Y seguro que usted también está informado —añadió Conway, dirigiéndose a Fersen—, en la caja, junto con mi equipo, llevo el papiro que nos conducirá a la tumba de Nefertiti, la real, la definitiva. Pero no se hagan ilusiones: ya les he dicho que los tesoros de verdad se quedaron en Capri. Aquí solo espero encontrar una momia polvorienta y nada más.

—Ya, pero, ¿quién sabe qué le espera allá donde comience a excavar? —insistió

Fersen—. Acaba de decir que los restos de Akenatón se quedaron en Egipto, probablemente en el paraje señalado por su profecía. Si es así, y si esa localización ha surgido de los papiros que descubrió gracias a mí, tiene que consentirme participar en su empresa.

—De ninguna manera —se opuso Conway—, al menos mientras lleve a los chacales de Malaparte pegados a su sombra. Y aún así, me lo pensaría.

—Está bien, deje de jugar conmigo: qué me propone.

—Haga desaparecer a los fascistas.

—Eso es imposible. Siento decírselo tan crudamente.

—Claro, han venido por mi cabeza, ¿no es así? —articuló el escocés, impasible—. Entonces no le queda otra alternativa que convertirse en mi cómplice.

—¿Yo, en su cómplice? Por favor, hasta ahí podíamos llegar.

—Piénselo un poco, y recuerde sus propias palabras: ¿quién sabe lo que nos espera allá donde comencemos a excavar?

Fersen se revolvió en su butaca. La serpiente de la codicia había mordido su corazón, pero fue la presencia de aquella mujer lo que acabó de derrotarle.

—Me está pidiendo mucho, que arriesgue mi propia vida a cambio de su palabra...

—Y ya nos ha traicionado dos veces, *signore* —apostilló el doctor—. La tercera puede ser la definitiva para todos nosotros.

Conway aplastó su cigarrillo dentro del cenicero antes de sentenciar con voz firme.

—Lo toma o lo deja: usted elige.



SI había alguien fuera de toda sospecha para los dos escuadristas que vigilaban las puertas del Khartoum, ese hombre era sin duda el doctor Messori. Cuando acabaron de cerrar su pacto, un pacto decididamente demencial, Fersen llamó a un camarero vestido con caftán blanco y le pasó una nota: tenía que hacérsela llegar a los huéspedes de la habitación 212, donde aguardaban Cerio y Leticia. Entretanto, *il Dottore* se dirigió con su paso renqueante hacia los dos escuadristas. Pidió que le condujeran ante el comandante Malaparte. Tenía algo muy importante que comunicarle, información reservada.

—No está aquí ahora —repuso el que parecía ostentar el mando—. Ha ido a la embajada, en el barrio viejo de El Cairo. No le esperamos hasta la tarde.

—Entonces conducidme a la embajada —insistió Messori—, se trata de un asunto urgente.

Los escuadristas parecieron vacilar. Si abandonaban su vigilancia el inglés podía darse a la fuga.

—Tranquilos, muchachos. ¿Es que no veis que está con Fersen y con su mujer?

—No es suficiente —repuso el fascista, molesto por su insistencia—. El jefe nos ha dicho que no le quitemos el ojo de encima en ningún momento.

Messori esperaba esa respuesta.

—Está bien, entonces ve tú solo en busca de Malaparte. Bastará con que tu compañero se quede aquí, conmigo.

—El inglés puede ir armado. Y si dejo solo a Salvatore...

—*Va fan culo, stronzo...* ¿es que no entiendes que se trata de un asunto urgente? —masculló *il Dottore*, impostando una indignación muy teatral—. Si no quieres dejar solo a tu colega, pásame tu pistola y seremos dos quienes le vigilemos.

El escuadrista apretó las mandíbulas y lanzó una mirada a su compañero, que montaba guardia en el otro extremo del salón. Bastó una señal para que se entendieran. Luego se volvió hacia el doctor:

—¿Sabe disparar?

—¿Que si sé disparar...? En la Gran Guerra me alisté con los voluntarios que plantaron cara a los austriacos en Caporetto. Me hirieron en las piernas, por eso ando así. Pero te aseguro que antes dejé bien tiesos a unos cuantos tan grandes como tú. Un

respeto, muchacho: estás ante uno de los héroes del Piave.

El fascista estuvo a punto de cuadrarse. Ya no vaciló. Discretamente, se llevó la mano al interior de su guerrera y le pasó su pistola.

—Se trata de una Lüger, alemana, semiautomática. Lleva un cargador de treinta y dos balas.

—Te aseguro que me bastará con una si tengo que disparar —repuso Messori mientras se la guardaba sin retirarle la mirada—. Y ahora, vamos, ve a buscar a Malaparte. Lo necesitamos aquí cuanto antes.

El escuadrista, aún vestido de paisano, se dirigió con su ridículo paso marcial hacia la avenida de las palmeras que se abría frente al hotel. En cuanto desapareció, Conway avanzó resueltamente hacia su compañero. Este parecía más joven, un hijo de papá de bigotillo cortado a ras del labio y pelo engominado, que mascaba chicle junto a la puerta posterior del hotel, lanzando miradas retadoras a todas las turistas que la cruzaban sin apenas advertirle. También vio venir al escocés, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Había sido adiestrado para abortar cualquier posibilidad de fuga, no para defenderse de un asalto súbito. Antes de que pudiera desenfundar la suya, Kenneth ya le había hundido el cañón de su pistola en el estómago. El rostro del fascista se descompuso en capas, como un helado al sol.

—Venga, date la vuelta despacito, y las manos quietas. Si piensas que no me voy a atrever a disparar, vas a tener mucho tiempo para lamentarlo en el cementerio.

Su situación, en la puerta posterior del hotel, entre dos frondosos macetones, ayudó a que nadie reparara en la maniobra.

—¿... Qué va a hacer conmigo? —farfulló el escuadrista.

—Nada del otro mundo, chaval: te vienes a dar un paseo con nosotros.

Apenas unos minutos después el *Dodge Charger* que el consulado de Port-Said había puesto a disposición de Fersen rodaba a toda velocidad hacia las afueras de El Cairo. Conway iba al volante, el barón ocupaba el asiento del copiloto. Detrás, Messori encañonaba al escuadrista, que no dejaba de mirar a Ankhesa, esperando tal vez que aquella mujer misteriosa intercediera por él. Pero no, la reina había vuelto a sumergirse en su mundo, contemplaba el paisaje con una mirada ausente. La ciudad del sol se veía cubierta por una neblina polvorienta que brillaba como un velo de sílice. A medida que dejaban atrás las factorías de la avenida Ramsés, cerca del barrio de los Obreros, los perfiles de las pirámides fueron desvaneciéndose. Enseguida apareció una indicación que marcaba el desvío hacia Saqqara. El techo del Dodge parecía un destello heliográfico sobre aquella carretera abrasada, cuando se zambulló entre los canales llenos de limo donde faenaban corveas de campesinos harapientos. El cielo, en su inmensidad azul, reverberaba sobre las dunas del desierto egipcio, todo aquel paisaje parecía irradiar una serenidad asentada en milenios. El estado de ánimo del barón Fersen, sin embargo, parecía muy lejos de la calma.

—¡Todo esto ha sido una locura, sí, una completa locura! ¿Qué pensarán de nosotros Cerio y Leticia? ¿Que nos hemos vuelto locos? ¿Y qué me dice de Malaparte? No quiero ni imaginarme cómo se va a poner cuando descubra que le he traicionado. Es un hombre de redaños, un veterano de guerra, y le sobran contactos para localizarnos. Nos matará, nos matará a todos...

Conway le respondió sin dejar de conducir:

—Bueno, a mí ya pensaba matarme de todas formas. Y en cuanto a usted...

—En cuanto a mí, ¿qué...?

—A veces me sorprende que sea tan ingenuo, Fersen. Después de la mía, la siguiente cabeza en rodar será la suya. Y luego la suya, *il Dottore* —añadió, desviando una mirada atrás—. Aun en el mejor de los casos, aunque hubieran acatado sus órdenes, ustedes siguen siendo la bestia negra de los fascistas. Piense en Leticia, piense en Cerio: son judíos, como usted, Messori. Antes de que nos lanzáramos a esta locura, como la llama usted, para Malaparte ustedes ya se habían convertido en testigos demasiado incómodos de la suya.

—No le creo, Malaparte me dio su palabra.

—¿Y usted cree en la palabra de un asesino? No le salvará ni la tonelada de fosgeno que ha vendido a los generales del káiser. Pregúntele a Cerio qué sucedió en Capri mientras usted y Leticia estaban en Londres.

—Ya me lo ha contado, pero...

—Por favor, no me diga que Malaparte no tuvo nada que ver. Incendiaron la sucursal de la banca Rotschild sin importarles un comino que los pagarés de Mussolini llevaran su sello, y se disponían a hacer lo mismo con la de Cerio. Si lo hizo allí, dígame qué le impediría hacer lo mismo aquí. Me temo que en sus planes ya contaba con regresar a la isla con tres cabezas para adornar el estandarte de la legión Scyla, ya sabe, la de los «Hijos de Tiberio», los que preparan el *grande advenimento del Duce*.

Fersen pareció recapacitar, pero su desosiego no disminuía.

—Aunque sea así, no sé cómo vamos a salir de esta. Todos quieren ser héroes y no son más que un hatajo de paranoicos. Y si pienso en Leticia y en su padre, la verdad, no los imagino cogiendo un coche de punto para...

—¡Chsst, no lo diga! —le cortó el escocés alzando el pulgar sobre su hombro—. Tenemos invitados.

Fue entonces cuando habló Messori.

—Eso quería preguntarle yo —dijo, hundiendo su Luger en las costillas del sicario de Malaparte—. Dígame, ¿qué se propone hacer con este pájaro?

—Justo lo que está imaginando. Sí, ya estamos a una distancia prudencial: ha llegado su hora.

El rostro del escuadrista palideció como si se hubiera vaciado de sangre en un

instante, Messori apartó la Lüger de su cuerpo:

—No espere que dispare a quemarropa contra un hombre indefenso.

Al girar la pistola, el cañón quedó frente a la nuca de Conway.

—Si está pensando dispararme a mí, no se tome la molestia —adujo el escocés sin volverse—. Mientras usted hacía su equipaje, le he quitado un peso de encima: las balas de su Lüger están en mi bolsillo.

—... No todas, *signore* —repuso el doctor entornando sus ojos—. Conociéndole, tomé la precaución de guardarme el cargador de reserva. Pero no se preocupe, no tengo ninguna intención de perforarle el cráneo... De momento.

El escocés fue ralentizando la marcha hasta detener el Dodge en el arcén. ¿Verdaderamente estaba decidido a matar a ese hombre a sangre fría? El silencio se hizo opresivo dentro del coche. Conway lo quebró con una voz imperativa, ya con su revólver en la mano.

—¡Vamos, deprisa, abra esa puerta! —exclamó, dirigiéndose a Messori—. No podemos perder más tiempo con esta escoria.

Il Dottore se apeó a un lado de la carretera, pero el legionario de pelo engominado no se movió. Su rostro empapado de sudor, su mirada extraviada, no necesitaban palabras para expresar su angustia. Conway tuvo que darle un empujón. El fascista se hincó de rodillas.

—¡No me mate, no me mate, se lo suplico! ¡En mi vida he hecho mal a nadie...! Le juro que yo no sabía...

—Valiente centurión de la Roma imperial ¿Y es así como pensáis conquistar el mundo?

El fantoche no se defendió. Todo su cuerpo temblaba, se estaba meando en los pantalones.

—Anda, miserable, ponte en pie y lárgate de aquí. ¡Vamos, a qué esperas, desaparece de una vez! —le urgió, forzándole a incorporarse—. Y dile al canalla de tu jefe que pierde el tiempo buscándonos: nunca nos encontrará.

Mientras el Dodge retomaba su senda lo vieron caminar cubriéndose la cara con las manos, el movimiento de sus hombros delataba un llanto convulso.

—Con suerte no llegará hasta la noche, pero no se preocupe: seguro que Malaparte ya está buscándonos.

—Cierto —continuó Messori—. Si al regresar de la embajada no ha encontrado a nadie, le habrá faltado tiempo para lanzarse a la caza. No me cabe duda que sabe dónde dirigirse: recuerde, estuvo presente en nuestra primera conversación con Mallowan y la señora Christie. Sabe que nos citamos en Luxor, en el hotel Winter Palace.

—Exactamente —repuso Conway—, pero no nos encontrará allí.

—¿Cómo? —se revolvió Fersen—. Usted me dijo que les pasara una nota

conminante a Cerio y a Leticia, para que se reunieran con nosotros allá, en el Winter Palace.

—... Apuesto a que ya la han recogido de su casilla, en recepción.

—¿Entonces?

—Conozco la zona, Fersen, la conozco muy bien —exclamó el escocés—. El Cairo y Luxor solo están comunicados por una carretera: esta. Y solo hay una estación de servicio donde se puede repostar queroseno. ¿Cuál? La de Asiut, a cinco millas de aquí. Si Cerio y Leticia han alquilado un coche en el hotel, y seguro que lo han hecho ya, tendrán que detenerse en ese punto forzosamente. ¿Cuándo? Pongamos que un par de horas después de que lleguemos nosotros... y una hora antes de que aparezca Malaparte. ¿Quiere que le cuente el resto o prefiere ir descubriéndolo sobre la marcha?

—Le veo a usted muy seguro de sí mismo, Conway —apostilló Messori—. ¿No contempla la posibilidad de que Malaparte haya podido detenerles a las puertas del hotel? De ser así, el primero en llegar sería él.

—Bueno, en ese caso contamos con dos pistolas y con el factor sorpresa.

—Pero eso no sucederá —habló al fin Ankhesa—. El guerrero blanco solo camina sobre terreno firme, jamás entra en batalla sin calcular sus posibilidades de victoria.

—¿Ha dicho el guerrero blanco? —le preguntó Fersen volviéndose hacia ella—. ¿Quién demonios es el guerrero blanco?

—Es el demonio en persona, señor. En otra vida, ese sujeto al que llaman Malaparte fue un gigante revestido de hierro que llevaba un casco coronado de erizadas crines, como el del general Horemheb. Siempre fue un hombre leal, hasta que su ambición le envenenó. A partir de entonces, Seth tomó posesión de su alma.

El barón le escuchó sin parpadear, luego se volvió hacia Conway.

—Tiene usted una mujercita muy imaginativa...

—Hágale caso, Ankhesa nunca habla en vano.

La voz de Messori les llegó desde atrás:

—Y dígame, *madame*, ¿dónde adquirió usted sus aptitudes visionarias?

—Mi madre ya lo era, todas las mujeres de mi familia lo llevan en la sangre. Si quiere, también puedo contarle cosas de usted.

—¿Cosas de mí? —exclamó, con una inquietud palpable—. Uf, si me sigue mirando así prefiero que no me las cuente. Me temo que se tratará de muy dudosas bendiciones.

La mano de Fersen avanzó hacia él sosteniendo su pitillera.

—¿Un cigarrito de opio egipcio, *il Dottore*?

Messori ya iba a coger uno cuando Conway le detuvo.

—Ni se le ocurra encenderlo: ya hemos llegado a la estación de servicio.

En efecto, a un lado de la carretera, y junto a una noria sobre la que giraba un jumento trizado de moscas, se alzaba un cuchitril coronado por un tanque de suministro a cielo abierto, bajo aquel sol abrasador. Tres campesinos de rostro curtido y ojos salvajes tomaban café acuclillados en el suelo.

—¿Les apetece uno? —exclamó el escocés, que había salido a estirar las piernas mientras el niño que regentaba el surtidor llenaba el depósito.

—Preferiría un trago de agua —repuso Fersen—. Tengo el desierto metido en la garganta.

—Pues baje de ahí, hombre... ¿A qué espera?

Los jornaleros les ofrecieron un odre de piel de cabra que apestaba a vísceras calientes.

—¿Y esto, se puede beber?

—La otra opción es morir de sed.

Los dos hombres bebieron, Ankhesa prefirió un café. El *fellah* que vino a ofrecérselo se quedó paralizado al verla y esbozó una torpe reverencia, como si realmente se encontrara en presencia de una reina.

—Nefer, neferu haitin...

—¿Qué ha dicho? —preguntó Fersen.

—Nada del otro mundo, o tal vez sí: ha dicho «La Bella ha llegado».



LA espera se les hizo interminable, el sol apretaba con fuerza y en aquel páramo no había donde guarecerse fuera de la explosiva sombra del tanque de combustible. El aire de alrededor parecía fluctuar, apestaba a gasolina caliente. Muy de vez en cuando aparecía un camión destartado cargado de fardos hasta la cabina, y eso era todo. En aquel 1920 se podían contar con los dedos de una mano los automóviles que circulaban por la única carretera asfaltada de Egipto. Sumaban dos largas horas escrutando el horizonte bajo aquel sol candente cuando distinguieron un aparatoso Faetón DC Graham Paige, de carrocería de aluminio, que venía a toda velocidad. Conway ocupó el centro de la carretera. Messori tuvo una reacción instintiva: se apostó entre unas rocas, empuñando su Lüger con la intención de cubrirle. La flecha plateada ralentizó su marcha hasta detenerse a unos veinte metros, no podían advertir quién viajaba dentro. Al poco, se apeó un chófer uniformado, con gorra de plato y guantes de cuero. Mientras avanzaba hacia el escocés, asomó una cabecilla por la ventana posterior del automóvil.

—¿Qué sucede, Brian?

Se trataba de una mujer tocada con una pabela de tisú, un velo púrpura le cubría el rostro. Su aspecto delataba su estatus: la esposa de algún embajador. Conway, que ocultaba su pistola a su espalda, improvisó una excusa.

—... Hemos pinchado, señora. Si lo tienen, ¿serían tan amables de prestarnos un neumático de repuesto?

El chófer, un gigante pelirrojo de mandíbula cuadrada, respondió por ella:

—Lo siento pero no va a ser posible, señor: también nosotros hemos pinchado nada más salir de El Fayún, no nos quedan repuestos. Pero no me diga que tampoco queda queroseno en la estación...

—No, queroseno hay de sobra. Pasen a repostar.

El chófer regresó al Faetón y, enseguida, el niño que administraba el tanque levantó el capó humeante para llenar el depósito.

—¿A dónde se dirigen? —exclamó la mujer velada, sin apearse.

—Vamos hacia Luxor...

—¿Al Winter Palace?

—Así es.

—Si quieren podemos llevarles. Tengo cuatro plazas libres.

—Ah, no, no será necesario... —siguió improvisando el escocés—. Ya hemos enviado a uno de estos *fellahs* al pueblo más cercano. No tardará en regresar con nuestra llanta reparada.

—Entonces, ¿para qué demonios me has hecho parar aquí, en medio de la nada?

Según lo decía, la dama alzó su velo y apareció un rostro inconfundible enmarcado por su llamativa cabellera teñida de azul cobalto: era Leticia Cerio Conway, el frío británico que llevaba dentro, tradujo su desconcierto en un rictus que afiló su mirada. Habían sido amantes, llevaban dos meses sin verse. Parecía que le hubiera dado igual que fuera una eternidad.

—¿... Y tu padre? —preguntó, secamente.

—Se ha negado a venir. Dice que ya ha tenido bastante con el viaje en barco. Ahora te odia, igual que yo.

Pero lo dijo con una sonrisa, al tiempo que se apeaba para dejarse besar por él.

Ankhesa contemplaba la escena sin moverse de donde estaba. Fersen avanzó hacia Leticia, muy en su papel de *mari complissant*.

—Querida... ¿Pero cómo has conseguido...? ¿Y cómo te has atrevido, tú sola?

Leticia le dedicó un saludo de indisimulado desdén.

—Yo me atrevo a todo, Jacques, lo sabes perfectamente. Y en cuanto al Faetón, ya te lo puedes imaginar: mi familia tiene muchos contactos aquí. Se trata del coche oficial del embajador de los Estados Unidos.

—¡Magnífico! —exclamó Messori—, solo nos faltaba eso: un conflicto diplomático.

Pero ella ya no le escuchaba, había ido derecha al encuentro de Ankhesa.

—Mi padre me ha hablado mucho de usted pero veo que las palabras no le hacen justicia —exclamó, mirándola de arriba abajo—. No me sorprende que Kenneth se enamorara nada más verla.

—A mí me sucedió lo mismo, espero que no le moleste.

Leticia dejó escapar una risa nerviosa, su voz cambió de tono:

—¿Molestarme? ¿Por qué habría de molestarme...?

—Bueno, Ken también me ha hablado mucho de usted.

No necesitaron decir más, los sobrentendidos se impusieron de una manera casi violenta. Leticia intentó romperlos con un arrebato de frivolidad.

—¿Y qué me dice? ¿Cree que desmerezco su descripción? —exclamó con su desenvoltura habitual, antes de añadir—. Si quiere que seamos amigas tiene que decirme la verdad: ¿Represento la edad que tengo?

En sus ojos se mezclaba la sensualidad de una mujer de treinta años y la altiva dureza de un amor despechado. Ankhesa la había reconocido nada más verla. Hubiera podido decir: «Tienes más de mil años, igual que yo. Porque tú eres Kya, hija de

Kafra, el hitita, y tu corazón sigue sangrando por lo que hiciste». Pero se lo hizo ver de otra manera:

—El tiempo no importa cuando los dioses te conceden una segunda oportunidad.

—¿Una segunda oportunidad? —se asombró la italiana, pensando que se refería a su fugaz idilio con Conway—. ¿Una segunda oportunidad para qué?

Ankhesa iba a responder cuando Kenneth vino a por ellas.

—... Ya seguiréis conociéndoos cuando lleguemos. Ahora escúchame bien, Leticia —dijo, cogiéndola por el brazo—, ordénale a tu chófer que siga la ruta hasta Luxor y que duerma allá, en cualquier hotel... menos en el Winter Palace.

—Podemos ir en mi coche, es mucho mejor que el vuestro.

—Haz lo que te digo, es importante. Luego te explicaré.

Fersen y Messori ya se habían acomodado en el Dodge, el chófer de la embajada esperaba, recostado sobre el capó del Faetón. Leticia le comunicó el cambio de planes, algo que aceptó a regañadientes, obligado por la tajante gesticulación de la italiana. Más le valdría obedecerla si no quería tener problemas con el embajador. Poco después, el gigante pelirrojo enfiló la ruta de Luxor sin despedirse. Conway aguardó a que desapareciera antes de girar en redondo para tomar la dirección contraria.

—¿Y ahora qué pretende? —exclamó Messori, que parecía encontrarse particularmente incómodo entre las dos damas—. ¿Volver a El Cairo?

—Por supuesto que no —repuso el escocés—. Nos dirigimos al oasis de Bahariya, unas cien millas al oeste. Prepárense para un buen galope sobre ruedas, y mantengan la boca cerrada si no quieren tragarse toda la arena del desierto líbico. La aventura de verdad comienza ahora.

No le faltaba razón. Apenas un kilómetro adelante el macadam desapareció bajo sus ruedas y se adentraron en un pedregal agreste que les hacía botar en los asientos golpeándose unos con otros como si viajaran dentro de una coctelera. La pista, estrecha y sinuosa, discurría entre dunas tan grandes como montañas descubriendo ante ellos un paisaje espectacular que no atenuó la tortura de cruzar aquel desierto abrasador y su inmenso vacío resonante. No obstante, a medida que el crepúsculo fue cayendo, al menos la temperatura tórrida comenzó a suavizarse. Nadie hablaba dentro del coche, todos ellos parecían asediados por un crepúsculo interior tan poco romántico y tan sospechoso como el viento que comenzó a alzarse entre las lenguas de arena. Conway permanecía impassible al volante. Sabía que, de un momento a otro, las dunas se abrirían a una encrucijada sin señalización alguna, donde tendría que encomendarse a todos sus dioses para que le ayudasen a dar con la dirección correcta. Si no recordaba mal alguien había plantado allí una palmera y una higuera. ¿Cuál de las dos indicaba la ruta del oasis? Tal era la pregunta que se repetía una y otra vez, hasta que al fin apareció el cruce. Sin aminorar la velocidad clavó sus ojos en los dos

árboles y, mentalmente, lanzó una moneda al aire. Cayó de cara, gritó «¡palmera!» y, del todo ajeno a las miradas que se cruzaron sus acompañantes, giró el volante hacia el sendero de la izquierda.

El desierto blanco se fue transformando en un océano petrificado, un oleaje de dunas rígidas y escamosas, como espuma cristalizada. Cada vez que las ruedas amenazaban hundirse, el lecho de cuarzo centelleante les proporcionaba un punto de apoyo. El escocés sentía la embriaguez de avanzar cortando ese mar de arena sobre el que comenzaba a caer la oscuridad. No quería pensar en la posibilidad de que se hubiera equivocado. De ser así, tendrían que retroceder hasta la encrucijada, dos horas más de viaje, y tres más para alcanzar el oasis. Pero no, los dioses se mostraron condescendientes. Una milla adelante el desierto se cuajó de balsas burbujeantes que olían a azufre y toda la superficie alrededor se convirtió en un salitral atravesado por coladas verdeamarillentas y un azul cercano al índigo. Fersen observaba el paisaje sin ocultar su preocupación.

—¿Está seguro de que vamos bien? Este lugar parece una provincia del infierno.

—Sí, es tan estéril como el sudario que cubre la piel de los muertos —repuso Conway, recostándose un poco hacia atrás para relajar sus cervicales—. Pero no se preocupe, vamos bien. Esta zona se llama Wadi Natrum, el lugar donde venían los egipcios para proveerse de la sal que empleaban en sus momificaciones. Las sales de natrón^[51] secan la carne hasta convertirla en cuero.

—A mí se me ha secado ya hasta el encéfalo —articuló *il Dottore* a su espalda—. Si me echa un poco de esa sal encima, me convertiré en algo muy parecido a un rodaballo al horno. ¿Dónde rayos está el oasis que nos prometió?

—Mire hacia adelante, aparecerá enseguida.

—Miro hacia adelante, ¿y qué es lo que veo? El rostro de esa luna que parece la cabeza de un muerto.

—No diga eso, *il Dottore* —intervino Ankhessa—. Isis nos guarda del vacío que hay más allá. Es como una madre. Y nos protege.

Leticia no perdió su oportunidad de replicar.

—Será a ti, querida —exclamó, alzando la vista al cielo—. A mí siento que me encierra. No me protege de nada, más bien me amenaza.

—Te estás dejando influir por el desierto —repuso el escocés sin volverse—. Eso es todo.

Continuaron avanzando en silencio dos horas más, cruzando aquel mar de sal bajo la luz de la luna, que, verdaderamente parecía observarlos, y hasta juzgarlos. Aquellos cinco viajeros parecían lo suficientemente locos como para retarla a duelo si no encontraban lo que buscaban. Tal vez por eso decidió mostrarles el camino. Al poco, una delgada línea de verdor fue creciendo en el horizonte, se convirtió en una vasta extensión de viñedos y, al fin, apareció ante ellos, como una isla perdida en el

fin del mundo, la pequeña ciudad de El Qasr, la capital del oasis de Bahariya.

—No canten victoria —les previno el escocés—, aún no hemos llegado.

—¿Cómo que no? —protestó Fersen—. Acabo de leer una indicación que...

—El oasis de Bahariya abarca más de dos mil kilómetros cuadrados, esto solo es del comienzo.

—¿Y qué pretende ahora? —continuó Messori—. ¿... Un recorrido panorámico para que apreciemos las bellezas del lugar?

—Cuando lleguemos, seguro que preferirá darse un chapuzón en el manantial de Ain-al-Beshmo. Fue allá donde se purificó Alejandro Magno antes de visitar el oráculo de Siwa para ser coronado como el nuevo faraón de Egipto.

—Me parece estupendo —objetó Leticia—, pero mi paciencia tiene un límite, Ken. Dinos de una vez adónde nos dirigimos.

—¿No eras tú la que soñaba con vivir una aventura en el país de *Las mil y una noches*? Pues mira, tu sueño comienza justamente ahí —la mano de Conway señaló una montaña tan negra que parecía fundida en hierro—. Aunque no sé...

—¿Qué es lo que no sabes?

—... No sé si veo en tus ojos el fuego de Sherezade.

Solo el alivio por haber acertado con la pista podía justificar el buen humor del inglés. En menos de una hora alcanzarían el caravasar donde sentaba sus reales su amigo Balek Gamal, y donde debía estar esperándole Gaetano, con la momia de Nefertiti en sus maletas.

De una manera inopinada, volvieron a su mente las palabras que pronunció la Reina Faraón al regresar a la vida: Has de llevar mi cuerpo allá donde el sol vive y la muerte no existe. Solo así podré liberar mi alma de la noche, antes de que volvamos a encontrarnos en el corazón de Atón. Recuerda: ni yo sin ti, ni tú sin mí. Conway repitió su voto como un conjuro, «ni yo sin ti, ni tú sin mí», mientras deslizaba una mirada a través del retrovisor. Extenuados, atrás todos se habían rendido al sueño. Pero al sentirlos sobre los suyos, Ankhesa abrió sus ojos, semejantes a una llama silenciosa, y le envió un mensaje que solo él podía descifrar: «Cuando lleguemos al oasis tengo que hablarte». ¿Qué querría decirle? Justo en ese momento, los faros del Dodge iluminaron la silueta de un caballo detenido en medio de la pista. Tuvo que dar un brusco volantazo para evitarlo. Nada más enderezar el eje y a medida que doblaba la montaña, surgió un valle de una exuberancia inaudita encajonado entre sus laderas de roca. Un ribazo serpenteante atropellado de exclusas discurría en paralelo a la pista. Al fondo, sobre las copas de los sicomoros, se alzaba un torreón fantasmagórico, las ruinas de un antiguo monasterio copto. Su perfil en la arena iluminada por la luna parecía tan negro como el pecado. Habían llegado al caravasar de Balek Gamal.

Un niño encaramado a una palmera lanzó el grito de bienvenida. La muralla de

verdor se fue abriendo para mostrarles un caótico aduar de jaimas en torno al eremitorio con hechuras de fortaleza. El viejo Balek había sido avisado. Conway lo vio apartarse de una hoguera sobre la que sus beduinos asaban un cuarto de cordero. Distinguió su cuerpo de búfalo enmarañado entre los pliegues de su túnica, ese rostro ancho y enrojecido, semejante a una sandía barbuda, sus manos llenas de sortijas cruzando sobre el pecho el bastón de ébano de los grandes jeques, y, en fin, la sonrisa atronadora, blindada de dientes de oro, con que ese diablo de ojos burlones se le echó encima para abrazarle.

—¡Alá es grande, y *sidi* Conway el más perro de todos los perros! ¡O sea que has vuelto, maldito ladrón de tumbas! Llegas tarde, pero no importa. Mi casa siempre está abierta para ti... y para quien quiera que te acompañe.

El grupo se había quedado al pie del Dodge. Fersen y Messori se cruzaron una mirada aterrada ante la perspectiva de pernoctar en compañía de aquellos salvajes. Por el contrario, tanto Leticia como Ankhesa parecían encontrarse en su elemento.

—¿Y estas dos yeguas? —continuó el jeque, señalándolas con su bastón—. No me digas que las dos son tuyas, porque entonces no te irás de aquí sin regalarme una. Si es preciso, estoy dispuesto a estirar mi cartera como si fuera un acordeón.

Pero al llegar ante ellas cambió de tono, y adoptó un aire exageradamente respetuoso mientras alzaba su manaza del pecho a la boca y de ahí a su frente.

—*Sebah al-kheir, miladies*. Duermo con siete reinas en mi jaima, y cada una monta cien camellos de mi casa, pero sus ojos ya me han convertido en su más humilde servidor.

Balek Gamal era así, podía pasarse toda la noche declamando maldiciones o ditirambos, con tal de ser el protagonista de cualquier encuentro. El escocés le cogió por el hombro con una pregunta:

—¿Y mi amigo, dónde está?

—¿Tu amigo, el pirata? Ese ya es uno de los nuestros, escocés. Míralo ahí, arruinando a mis muchachos. En un par de días lo he convertido en un maestro del *taúle*^[52].

Entonces lo vio. Gaetano estaba allá, entre los beduinos, como un beduino más. Turbante negro, *keffiah* en bandolera y su inconfundible aro de oro en la oreja. El astuto pescador lo había entendido todo al primer golpe de vista. Ni una palabra acerca de la momia de Nefertiti. Ya hablarían cuando estuvieran a solas.

—¡Siéntese con nosotros, *signore*, y traiga a su gente! ¡Aquí hay cordero para todos!

—Mejor si antes nos aseamos un poco, ¿no le parece? —se adelantó Messori, dirigiéndose a Kenneth—. Por más muerto que esté ese cordero, temo que salga corriendo si le pongo la mano encima. Tengo pedruscos de arena hasta en los dientes.

El jeque le dedicó una mirada casi compasiva:

—Hay habitaciones libres en el primer piso. Vayan subiendo, ahora mismo les llevarán el agua. Y un consejo para las gacelas: cuando vayan a dormir coloquen la barra de hierro bien atravesada en la puerta. Estos camelleros son peores que los chacales, siempre están en celo.

Una puerta de dos hojas, de madera de cedro, antigua y pesada, les franqueó el paso al eremitorio. Uno tras otro, los cinco treparon por una escalera tan empinada como las de las tumbas de Tebas. Ante ellos se abrió un corredor oscuro donde se ordenaban las celdas. Dentro de cada una de ellas apenas se advertía otro mobiliario que un catre y un par de cajas coronadas por un cabo de vela. Ocuparon tres. Una para Kenneth y Ankhesa, otra para Fersen y Leticia, y la tercera para *il Dottore*. El agua llegó enseguida. Con ella subió desde el patio un fatigado repicar de darbukas. Los beduinos rendían su tributo a la noche. Se había levantado una ligera brisa. Tras la caída del sol aquella era la hora en que la vida despertaba de su letargo, el suelo palpitaba bajo el impulso de oscuras potencias y el aire parecía atravesado de danzas furiosas. Ankhesa se asomó al ventanuco. La superficie de la laguna reflejaba un cielo cuajado de estrellas. La reina miraba a lo lejos, al desierto, como alguien que intenta conjurar un recuerdo. Un terror milenario parecía torturarla. Se lo dijo sin volverse.

—No necesitas que te revele quién es ella, ¿verdad? Se trata de Kya, la hija de Kafra, el hitita. Yo le di a Akenatón seis hijas, pero ningún hijo varón, el heredero que exigía la pervivencia de los dos reinos. Entonces los sacerdotes de Menfis te obligaron a desposarla para afianzar la alianza con el país de la luna, para que la luna misma le diera ese hijo que tanto necesitaban, a través de Kya. Cuando la hitita llegó a Amarna la venganza de Seth cayó sobre todos nosotros. Esa mujer me odia, Ken, conozco sus artes de hechicera.

—... Pero eso sucedió en otro tiempo, en una vida anterior, Ankhesa. Ahora no tiene por qué suceder lo mismo.

—Ya está sucediendo, Ken, ¿es que no te das cuenta? En la isla de Khnum, en Capri, tú te dejaste seducir por sus embrujos, igual que entonces, y ahora ha vuelto. Y es muy bella, más bella de lo que esperaba.

—Sí, es muy bella, pero no hay en este mundo mujer que pueda compararse contigo —le dijo, atrayéndola hacia sí y acariciando su pelo—. Eres un regalo del cielo, Ankhesa, nada ni nadie podrá separarnos.

Nefertiti se recogió sobre sí misma. Conway sentía que estaba reviviendo una dolorosa experiencia, la herida había vuelto a abrirse.

—¿Sabes una cosa, Ken? A veces, aquellos a quienes más amamos son a quienes más daño hacemos. ¿Y sabes cómo les hacemos más daño? —La reina dejó caer su pregunta en el silencio de la celda, sus palabras parecían cargadas de sospechas.

—Si dudas de mí es que no me conoces, Ankhesa, yo nunca te traicionaré...

—No es solo eso, Ken. Amar no es fácil, cometemos muchos errores. Es algo que sucede. No importa a quien queramos, es como si nos atraparan...

—Vamos, quítate esos pensamientos de la cabeza. ¿A qué viene ahora que te preocupes tanto por una mujer que ya no significa nada en mi vida? Nuestro plan está funcionando, no debemos consentirnos debilidades ni error alguno. Nos esperan para la cena, y es importante que no adviertan en ti la menor sombra de inquietud.

—¿Me dirás siempre la verdad? ¿Me la dirás siempre?

—Siempre.

—No la amas, ¿verdad, Ken?

—La detesto, a ella y a su padre.

—Yo también... Pero durante un momento te he odiado a ti por su causa. Perdóname...

Conway alzó su mano en la oscuridad y le rozó la cara. Estaba llorando.

—No tengo nada que perdonarte. Te adoro, mi reina...

Se abrazaron sin besarse, apretando simplemente sus cuerpos uno contra el otro, como dos fugitivos que no tuvieran más que ese instante para amarse. Y ese breve gesto de amor cobró la intensidad de un desafío a la desolación que les envolvía y que subía hasta ellos con el retronar de las darbukas alrededor de la hoguera. Un canto duro y seco, la voz misma del desierto, había incendiado la noche con las pavesas que se alzaban hacia las estrellas.



EL jeque y el resto de los invitados les esperaban al cabo de una vereda iluminada con antorchas bajo un dosel alzado junto al estanque, entre las palmeras. Leticia vestía un conjunto de lamé escotado y muy ajustado, inspirado en la *Salomé* de Alphonse Mucha. Se sentía radiante y no dejaba de reír escuchando las barbaridades que le proponía el viejo Balek. Las risas se cortaron en cuanto Ankhesa hizo su aparición. Tal vez lo hizo porque sabía que iba a enfrentarse a su rival, un arrebatado de autoafirmación contra la angustia de quien se sabe rodeado de enemigos. El resultado de su decisión los dejó a todos con la boca abierta. Había elegido una túnica de seda flotante, de un dorado casi metálico, que realzaba su esbelta figura dejando al descubierto sus hombros desnudos. Un pequeño *ureus* de oro y lapislázuli abrazaba la negra cabellera que le caía recta y brillante como un velo. De su cuello pendía un ancho collar a juego con las ajorcas que simulaban dos serpientes enroscadas sobre sus brazos. Pero más que aquellos tesoros, recuperados de su ajuar funerario, era la irradiación de sus ojos, su porte al caminar, lo que la hicieron aparecer como una criatura de otro mundo. Balek Gamal, Fersen, Messori y hasta Gaetano, se incorporaron como si se dispusieran a recibir a una reina. Leticia permaneció sentada. Cuando Conway se acercó a besarla apenas segregó un murmullo.

—Qué bien viste tu mujer, no tengo palabras —y volviéndose hacia ella, añadió—: No me diga que todo lo que lleva encima es auténtico. No podría soportarlo.

—En ese caso, tenga —exclamó Ankhesa quitándose uno de sus anillos y ofreciéndoselo con una sonrisa tan elegante como su gesto—. Así, seguro que me soportará mejor.

La italiana entreabrió sus labios como si se hubiera quedado sin aire.

—¡Por Dios bendito, es una maravilla digna de Tiffany...! —exclamó, sin dejar de mirar el anillo mientras se lo ajustaba—. Veo una cabeza de león. ¿Qué significa?

—Es la imagen de Sekhmet, la leona que guarda el sueño del faraón.

—Pues no le quepa duda de que yo lo guardaré como un tesoro.

Las dos mujeres, aparentemente reconciliadas, aceptaron las copas que les ofrecía el jeque.

—¡Esto sí que es un tesoro! —exclamó Gaetano, entrechocando la suya con la que ya sostenía Conway—. ¡El verdadero vino de los faraones!

Messori parpadeó, casi temeroso.

—¿El vino de los faraones? Demonio, si es así, tiene que tener más de mil años. ¡Esto es veneno!

—*Ma que cosa brutta dice, dottore?* —repuso el pescador—. Entre ayer y hoy me he trasegado tres botellas, y le aseguro que este jarabe resucita a un muerto.

—Se trata de un vino que elaboramos aquí según la fórmula ancestral —añadió Balek—. La mejor uva del oasis mezclada con dátiles, higos y granadas. Ya sabe lo que dice el proverbio: «En el agua puedes ver reflejado tu rostro, pero en el vino de Bahariya verás brillar tu alma». Tiene propiedades mágicas...

—*Parbleu!* Eso hay que celebrarlo —pontificó Fersen elevando su copa—. ¡Que su magia nos abra las puertas del más allá!

Todos secundaron el brindis. El caíd sonrió exultante.

—Todo es poco para agasajar a mis ilustres invitados. —Y no bien lo dijo, sus manos esculpidas de sortijas se unieron en un par de sonoras palmadas—. ¡Girgis, Ismail, Ahmed! ¿A qué esperáis, perros sarnosos? ¡La cena se está enfriando!

Al punto aparecieron los tres sirvientes portando grandes bandejas rebosantes de viandas. Tanta largueza, sin embargo, solo definía una parte de la personalidad del jeque: daba por hecho que aquellos europeos pagarían generosamente sus derroches de magnanimidad.

La cena comenzó así, intercambiando trivialidades acerca de los platos, al tiempo que se aplicaban al obligado fingimiento de mostrarse como grandes amigos. Fersen empezó a contar cómo había conocido a Conway, y Messori resumió lo sustancial de su aventura. Gamal escuchaba con oídos atentos. O sea que allá, en una remota isla del Mediterráneo, aquel loco había descubierto una pista que les conduciría hasta la tumba de Nefertiti.

—... Entonces, ¿es cierto lo que cuentan tus compadres?

—Solo es una posibilidad —replicó el escocés—. No sabemos lo que descubriremos cuando comencemos a excavar.

—Y eso, ¿dónde será?

—No esperes que te lo revele a ti, rata del desierto. Pero si te sirve de consuelo, te diré que allá donde me dirijo no espero encontrar ningún tesoro.

—Naturalmente, *monsieur*, porque usted ya ha encontrado el suyo —intervino Messori, desviando una mirada hacia Ankhesa—. Y dígame, señorita, ¿usted también cree que el papiro de Caltagirone marca una pista fiable?

—No le quepa duda. La voz que habla en nuestros papiros pertenece a la lengua sagrada. Ellos nunca mienten.

Leticia, que no le quitaba los ojos de encima, volvió a medirse con ella.

—... O sea que también es una experta en jeroglíficos.

—Egipto es mi reino, mis primeras palabras las puso en mi boca el sabio

Imhotep, el señor de la escritura.

—¡Pero qué original es usted! —La italiana segregó una sonrisa semiburlona—. Cada vez que habla me deja cabeza abajo. Y la verdad, perdóneme, nunca sé si habla en serio o en broma.

—Cuidado con lo que le dices, Leticia —le previno el doctor—, esta dama tiene la facultad de ver nuestras vidas anteriores. Yo me cuidaría mucho de ofenderla...

—No me ofende en absoluto, señor.

—Por favor, no ha sido esa mi intención. Faltaría más... —se justificó la italiana, acariciando su anillo—. Y en cuanto a mis posibles vidas anteriores, siento defraudarle, Messori, pero me interesan bastante menos que las futuras.

Fersen, que hasta ese momento escuchaba en silencio, clavó en Ankhesa sus pupilas de rapaz siempre al acecho.

—Qué interesante... O sea que usted tiene esa facultad. Quisiera saber qué ve en mí —insistió, uniendo sus manos bajo el mentón—. Hace mucho tiempo, cuando empezaba a apasionarme por Egipto, pero sin que ella supiera nada de esto, una zíngara me dijo que en una vida anterior yo había sido Akenatón... Ni más ni menos.

Il Dottore reprimió una carcajada, Leticia frunció sus labios sin disimular el desprecio que le inspiraba su marido. Pero Ankhesa aceptó el envite.

—¿De verdad quiere que se lo diga?

—No hay nada que desee más en este momento.

—Está bien, se lo diré —replicó ella, catalizando toda la expectación—. No, en una vida anterior usted no fue Akenatón, pero lleva su misma sangre.

—¿Su misma sangre? ¿Cómo puede ser eso?

Los ojos de Fersen brillaban como si contuvieran fuego en su interior, los de Ankhesa tenían una expresión sombría cuando volvió a hablar.

—... En una vida anterior usted fue Smenjkara, el hermanastro de Akenatón, fruto de la unión de su padre con una esposa secundaria, la princesa Hamutra.

El barón se sintió presa del vértigo.

—¡Por la Gran Pirámide, qué me está diciendo! ¡Yo ni siquiera sabía que Akenatón había tenido hermanos! —Su exaltación le llevó a contrastarlo con Conway, como si las palabras de aquella mujer le parecieran increíbles—. ¿Es cierto eso?

—Absolutamente. Tuvo al menos un hermano mayor, Tutmes, el príncipe heredero, pero falleció de forma prematura, o lo asesinaron. Y, en efecto, Smenjkara no solo fue uno de sus hermanastros. También ejerció como corregente durante los últimos años del reinado de Akenatón. Según parece se lo impusieron los sacerdotes de Tebas que acabaron deponiendo al apóstata. De hecho, el mismo nombre de Smenjkara ya anticipa el final de la herejía. Significa «El ka de Ra está firmemente establecido». Y eso que su madre, la princesa Hamutra, era de origen hebreo.

—¿De origen hebreo? ¡Eso es imposible! Los hebreos eran esclavos de los egipcios. ¡No podía haber entre ellos princesas emparentadas con la casa real!

—Recuerde a Moisés, *signore* —profirió Messori, con su sorna habitual—. Se salvó de la matanza en una barquichuela de papiro, y acabó seduciendo a la tórrida Rita Naldi^[53].

El barón le fulminó con la mirada.

—¡Guárdate tus ironías, Baldassare! ¡Eso son leyendas!

—En absoluto, Fersen —continuó Conway—. Muchos faraones llevaban sangre hebrea en sus venas^[54]. Nada del otro mundo, pues la madre de Akenatón, la reina Tiyi, tampoco tenía linaje real y era de origen asiático. En cuanto a la princesa Hamutra, una de las tablillas de Amarna asegura que vino de la tierra de Ysriar. El parecido de Ysriar con Israel resulta evidente. Esto convertiría a Smenjkara en hebreo indiscutible, pues, como saben, para el judaísmo son judíos los hijos de vientre judío. Algo que con las madres siempre es seguro, mientras que en los padres solo es presumible.

—Me deja de una pieza, Conway —exclamó el barón, hundiendo sus manos en los bolsillos como para aprisionarlas. Sabía que gesticulaba mucho, y detestaba esa manía—. Y en cuanto a usted, señorita, no sé si seguir preguntándole o...

—Te lo dije, Jacques —apostilló el doctor—. Siempre es mejor no preguntar, más aún en este caso. Puedes acabar la cena perfectamente momificado.

Todos rieron la ocurrencia, y el vino volvió a correr generosamente de copa en copa. Pero Fersen aún no tenía bastante.

—Entonces, dígame, *lady* Ankhesa, ¿a cuál de los dos Smenjkara ve en mí? —preguntó, aparentemente muy distendido, aunque su mano se veía crispada sobre su servilleta—. ¿Al discreto corregente judío... o al asesino de Akenatón?

—¿Al asesino de Akenatón? —se adelantó Leticia—. ¡Qué cosa más absurda! ¿De dónde te has sacado semejante disparate?

—No sé, será que yo también he visto algo en los ojos de nuestra invitada. Discúlpeme, *madame*, pero siento que me mira usted como si temiera algo de mí.

—¿No serás tú el que teme algo de ella?

Fersen había bebido demasiado, chasqueó la lengua arrastrado por las risas suscitadas por Messori. Ankhesa se mantuvo imperturbable, sin retirarle la mirada.

—Solo hay una manera de que lo sucedido ayer no vuelva a suceder mañana: renunciar al dominio, renunciar a la posesión, renunciar a todo.

—Sabía respuesta, pero no acabo de entenderla...

—Usted está en guerra, señor Fersen —continuó Ankhesa con su voz baja, levemente gastada—. Sí, usted está en guerra contra todo y contra todos, pero también contra sí mismo. Y eso es lo peor de su naturaleza.

Fersen se lamió los labios resecos, había empalidecido de aprensión.

—Kenneth le ha informado acerca de mis intenciones, ¿no es así? —exclamó ásperamente—. Cree que soy un loco codicioso obsesionado con encontrar la tumba de Akenatón y bien capaz de eliminar a quien intente impedírmelo. Si es eso lo que piensa —concluyó, ahogando una risa nerviosa—, no me conoce en absoluto.

—Lo conozco muy bien, señor Fersen: puedo ver la batalla que se libra en su alma. Usted quiere poseer aquello que cree que le pertenece. Ahora está pensando en tumbas y tesoros, ¿verdad? Pero no, no es eso...

—¿Qué otra cosa puede ser entonces? Dígame usted.

—Los objetos materiales solo son apariencias. Debajo de todo eso que tanto le fascina, usted guerrea desesperadamente para conquistar las cualidades ajenas impulsado por su vacío interior, por la violencia de su propia infelicidad. Lucha por apoderarse de los tesoros de la personalidad de quienes admira. Y lo hace hasta destruirlos. Pero, dígame, ¿qué otro final puede tener esa guerra salvo su propia destrucción?

Fersen, demudado, miró a su alrededor buscando ayuda. El tono de la velada había cambiado por completo, nadie se atrevía a sostenerle la mirada. En sus pómulos aparecieron unas manchas purpúreas, sus labios temblaban de ira.

—Está bien, se lo concedo: pienso que esta vida es una guerra perpetua. ¡Sí, una guerra perpetua del mundo contra mí! —exclamó, con una salida de tono que sorprendió a todos—. ¡No importa! ¡Yo sigo pagando! ¡Pagaré esta cena como he pagado este viaje, y sus excavaciones en Capri y aquí y en el mismo infierno, Conway! —añadió, volviéndose hacia él—. ¡Y también el maravilloso collar de su mujer! Porque, dígame, sí, dígame de dónde lo ha sacado. ¿De la tumba de Nefertiti? No me responda, me da igual. ¡Cuenta conmigo! ¡Yo pagaré, seguiré pagando! Pero por cada libra que ponga sobre esta mesa, escúchenme todos... por cada libra que ponga sobre esta mesa, cierto, compraré un pedazo de su alma. Y quien no esté de acuerdo, que se levante y se vaya. ¡Vamos, váyanse todos si se atreven, déjenme solo! ¡Les apuesto lo que quieran a que sobreviviré!

Nadie se levantó, ni dijo una palabra. El barón cogió la botella y llenó todas las copas de una manera convulsa, como si les estuviera golpeando a ellos con cada golpe de vino. Luego se puso en pie, un poco tambaleante, y alzó la suya.

—¡Brindo por la mujer de Kenneth Conway, por su belleza y por su sabiduría, que se me antoja aún más deslumbrante! ¡Me recuerda usted a las grandes reinas de Egipto: Tiyi, Nefertiti, Cleopatra, Hatsepsut! ¡Brindo por esa estirpe de mujeres excepcionales que se han reencarnado en usted, aquí y ahora!

Apenas vació su copa, giró una mirada desabrida alrededor de la mesa.

—... Y ustedes, ¿qué ven en mí? ¡Vamos, atrévanse a decir lo que piensan! —continuó, dando un golpe seco con la botella sobre el mantel—. Ven a un hombre sin alma y sin escrúpulos, ¿no es cierto? Un plutócrata degenerado, un depravado, un

invertido. ¡Sí, yo también me acuerdo de todo lo que fui en mis vidas anteriores, pero sobre todo en esta! ¡Recuerdo perfectamente cómo tuve que arrastrarme para conseguir mi primera moneda, cómo me expulsaron de Francia y cómo me recibieron en Italia! ¡Siempre con el desprecio por delante! ¡Solo mi dinero me ha salvado! ¡Solo el dinero me ha permitido ser el que de verdad soy! ¡Igual que ahora! ¿Me acusan de traficar con fosgeno? Bien, les diré por qué lo hago: con el gas de la muerte compro mi dignidad. ¡Sí, mi dignidad! No me siento culpable, señores. No soy yo quien dirige los ejércitos, ni quien decide declarar guerra alguna. Ni siquiera los políticos, ni los reyes, ni los militares. Es la humanidad misma la que fermenta el huevo de la serpiente. Siempre ocurre igual. De pronto, todo el mundo desea una purga, una masacre, un holocausto. Porque los que van a la guerra no son los países, sino los hombres. Es como la sal. Si has probado una comida con sal después la necesitas toda tu vida. ¿Lo comprenden? La sal de este tiempo es el fosgeno, todos los países lo codician para exterminarse ciegamente. Yo me limito a hacer lo que haría cualquier otro en mi situación. No me miren como a un criminal. Solo soy un superviviente, igual que ustedes.

Y tras ese alegato descompuesto, su voz recobró el tono altivo y desafiante del comienzo. Sin ser consciente de ello, se estaba transmutando en Smenjkara.

—Bien, ¡aquí está el otro Fersen! —exclamó, con un ademán que barrió la mesa como un zarpazo—. ¡Ha penetrado en el corazón del miserable desclasado que soñaba con los príncipes de Egipto! ¡Al fin se ha reencarnado en el elegido de Atón! ¡Y ambos, el gusano y el dios, se han fundido en un solo hombre, en un solo cuerpo, en una sola alma! ¡En el alma de un gran faraón con sangre judía en sus venas! ¡Brindo por usted, *lady* Ankhesa! Ha visto lo que nadie sabe de mí —concluyó, hundiendo en ella sus ojos desquiciados, ignorando a los demás, como si estuvieran solos ella y él—. ¡En efecto, soy de ascendencia judía! ¡Sí, soy un maldito perro judío! ¡Como usted, Messori, y también como tú, Leticia! ¡...Y pensar que solo te has casado conmigo porque creías que por mis venas corría sangre azul!

Una vez hecha esta confesión, Fersen, el judío, el apestado, el maldito, se echó a reír violentamente, rebosando una amargura insoportable.

—Cálmate, Jacques —le instó la italiana con frialdad—. Has perdido los papeles.

—¿Y qué? —aulló el barón—. ¿No puedo decir lo que pienso? ¡No somos unos extraños, después de todo! Si no puedo decirles a ustedes lo que soy y lo que siento, ¿a quién voy a decírselo? ¿A los beduinos?

Con la misma rabia con que lo dijo, arrojó su servilleta sobre la mesa y se retiró hacia la parte oscura del palmeral. El silencio se mantuvo hasta que Leticia volvió a hablar.

—Les pido disculpas en su nombre... No hay que tomarle en serio, créanme. Cuando bebe demasiado se pone insoportable, pero se le pasará enseguida.

No fue así, Fersen no regresó. La noche se hizo más profunda alrededor del oasis. Las antorchas alzaban su recta llama en el aire denso, inmóvil. Cerca de la mesa uno de los criados soplaba un hornillo de carbón preparando el café. Bastó un gesto del jeque para que comenzara a servirlo. Ankhesa prefirió no tomarlo, aquel enfrentamiento parecía haberla afectado tanto como al barón.

—... Creo que voy a retirarme, estoy muy cansada —exclamó, poniéndose en pie—. ¿Vienes, Ken?

—Enseguida, en cuanto me tome el café.

—No tardes, te estaré esperando.

La reina se retiró hacia la torre. Su túnica flotaba mecida por la brisa, sus pasos no parecían tocar el suelo, como si más que una mujer fuera un espíritu quien se alejaba.

—Bueno, cuando el acero choca con el acero es lógico que salte alguna centella —articuló Messori buscando minimizar el incidente—. No podemos comportarnos siempre como ángeles, ya me comprenden... Olvidemos este episodio y, en fin, ¿no les parece que deberíamos establecer un programa para mañana?

Un gesto incisivo por parte de Leticia precedió a sus palabras.

—Está claro que tenemos que movernos de aquí, ¿no? A estas alturas, Malaparte y sus camisas negras deben estar buscándonos por todo Luxor.

—Y es muy capaz de haber seducido a la reina del crimen para que le ayude —ironizó *il Dottore*—. Recuerden, la señora Christie nos esperaba allá con su marido, el arqueólogo. ¿Han leído *El misterioso caso Styles*? Esa dama posee una capacidad deductiva sencillamente escalofriante...

Conway prendió un cigarrillo en una de las velas.

—Eso no es lo que más me preocupa ahora. No hemos dejado pistas, no pueden imaginar que nos encontramos aquí.

—Yo no estaría tan seguro, escocés —se revolvió el jeque—. Antes de que amanezca saldrán dos caravanas hacia el sur. Estos beduinos tienen cien ojos, lo han visto todo. Si se cruzan con la comitiva de ese sátrapa y les pone una moneda sobre la joroba del último camello, su lengua se soltará... y llegará hasta tu pescuezo.

—Descuida, Balek, ya contaba con eso —repuso Conway con toda tranquilidad—. Mañana, tú y cinco de tus hombres partiréis con nosotros.

—¿Cómo? ¿Y a qué viene eso ahora?

—No puedo arriesgarme a que Malaparte te compre también a ti. ¿Me comprendes? Sí, seguro que me comprendes.

Lejos de incomodarse, el caíd segregó una sonrisa pérfida:

—¿De qué suma estamos hablando?

—Cinco mil libras egipcias y ni un céntimo más.

Ante cualquier otro, Balek hubiera regateado hasta sangrarle su última moneda.

Con Conway sabía que sería en vano.

—Está bien —rezongó, repicando sus dedos cuajados de sortijas—. Abusas de mí porque soy tu hermano. Pero has de saber que por cinco mil libras... Porque has dicho cinco mil libras, ¿verdad? —Sus ojos, pequeños y rehundidos, relumbraron de codicia—. Por cinco mil libras yo no vendería ni a la más piojosa y desdentada de mis circasianas.

Mentía, como siempre. Conway y él sabían que por esa cantidad le hubiera vendido a su propia madre.

—Entonces, insisto —continuó Messori—, ¿salimos mañana hacia Amarna?

—Olvídese de Amarna, doctor. Mañana salimos, pero nadie sabrá hacia dónde hasta que estemos bien lejos de este oasis. ¿Queda claro?

Nadie preguntó por qué, sobraban las explicaciones: allá nadie se fiaba de nadie.

Ya se estaban retirando cuando Leticia, que se había quedado atrás, tomó a Kenneth por el brazo.

—¿Qué pasa, Ken, por qué me evitas? No me has dirigido ni una mirada en toda la noche y creo que me debes una explicación.

Al fin Conway la miró, pero no con la mirada que ella esperaba.

—No te debo nada, Leticia. Lo nuestro acabó cuando te fuiste. Ese era el pacto.

—Los pactos están hechos para romperlos.

—¿Lo dices por tu boda con Fersen?

El rostro de la italiana se crispó en un gesto altivo. No podía soportar que la despreciase de esa manera el único hombre que le importaba.

—Maldita sea, Ken, sabes que te quiero y que lo mío ha sido un matrimonio de conveniencia. Igual que el tuyo con esa egipcia —insistió en un murmullo tenso, desafiante—. A mí no puedes engañarme. Tú la estás utilizando igual que yo a Jacques. La estás utilizando para que te lleve hasta la tumba de tus sueños. Pero si me abandonas, escúchame bien, si me abandonas el muerto serás tú.

—No sabes lo que dices, no sabes nada... Pero yo no te debo explicaciones. Piensa lo que quieras, Leticia Cerio. A mí ya solo me das lástima. Anda, vete a dormir con tu barón. Hablaremos mañana.

Habían llegado a las puertas del monasterio. Antes de cruzarlas la italiana se echó el pelo hacia atrás, soberbia y herida. Su voz se redujo a un hosco susurro:

—Mañana te mataré, te juro que te mataré.

No hubo más palabras. Leticia tomó la escalera que conducía al ala oeste del antiguo eremitorio y desapareció sin volverse, para que no la viera llorar.

Kenneth se encontró a Ankhesa recostada sobre su catre, con los ojos fijos en el cabo de vela que iluminaba la estancia.

—¿Crees que lo sabe?

—No, ni ella ni él. No saben nada.

—Es igual, los dos actúan movidos por esa fuerza oscura que los ha traído hasta aquí. Y, sin embargo, ella me da más miedo que él.

—¿Estás segura de lo que has visto en Fersen?

—Lo vi desde el primer día, Ken. Se trata de Smenjkara, el de la sangre impura, el mismo que urdió la conjura contra ti y contra mí, cuando los sacerdotes de Tebas decidieron oscurecer para siempre la luz de Atón. Primero eliminó a Tutmes, el hermano mayor de Akenatón, y luego... Luego acabó con nosotros. Ahora intentará lo mismo. No le creas jamás, viene para eso.

Conway respiraba hondamente. Ankhesa le miraba con expresión sombría, torturada por un funesto presagio.

—Ella y él se han unido igual que entonces, sin amor, sin esperanza, sin consuelo. Solo les une el odio, el odio y el despecho. Él codicia lo que tienes, pero esa mujer, Kya, Leticia o como se llame, te desea a ti por encima de todas las cosas. Y tú también sientes algo por ella. Lo sé, Ken, lo sé...

—Todo lo que siento por ella murió cuando tú apareciste —repuso este avanzando hasta el ventanuco sin cuidarse de que, así, le volvía la espalda—. Entonces yo no sabía quién soy. Ahora todo es diferente. Ni él ni ella tienen ningún poder sobre nosotros. Dentro de unos días, cuando el papiro acabe de revelarme el lugar que buscamos, nos libraremos de ellos para siempre. Ya lo verás...

Ankhesa deslizó sus dedos sobre la vela. La oscuridad cobró la densidad de un conjuro.

—Nada es para siempre, Ken, nada. Hay historias que no tienen final.



ANTES de que amaneciera, los hombres de Balek Gamal se habían encargado de disponerlo todo. Junto al Dodge de Cerio se alineaba un desconchado Ford Truck provisto de un tanque de gas que ocupaba la mitad de su carcasa. Atrás, cubiertos por una lona, se amontonaban todos los pertrechos necesarios para una excavación: sogas, linternas, puntales, picos y palas. Fersen aguardaba sentado sobre su maleta con las manos hundidas en los bolsillos. Cuando Conway llegó hasta él, se puso de pie como impulsado por un resorte. Estaba muy avergonzado.

—... Anoche perdí la cabeza, me pasa cuando bebo demasiado. Usted es un hombre, tiene que comprenderme... Le doy mi palabra de que no volverá a suceder.

Conway cargó su equipaje sin detenerse.

—Está bien, queda disculpado.

—¿... Y su esposa, me disculpará también? —antes de que el escocés pudiera responder, añadió—: Tengo intención de hacerle un pequeño regalo para compensar mi bochornosa conducta.

—No es necesario.

—Para mí sí, lo hago por mí. Su mujer es maravillosa, tiene un don especial...

—Por mi parte no hay problema, hable con ella.

—Aquí está, ya viene...

Fersen, muy turbado, se plantó delante de Ankhesa y, levantando respetuosamente su panamá, le ofreció un pequeño envoltorio.

—Acéptemelo, *lady* Ankhesa, no por lo que vale, sino como un tributo a su clarividencia. Sus confidencias me trastornaron por completo. No he podido dormir en toda la noche pensando en lo que me dijo. Deme una oportunidad, quiero cambiar, quiero que seamos amigos...

Ante ella hablaba atropelladamente, su voz parecía gemir. Ankhesa aceptó el regalo sin mirarlo.

—Además, estoy en deuda con usted por el detalle que tuvo con mi mujer.

—No me debe nada, señor Fersen.

—Ábralo, por favor...

Fue lo que hizo, casi a su pesar. Apareció una ajorca de oro macizo sobre la que se dibujaba un árbol coronado por dos águilas con las alas desplegadas.

—¡Sen y Senet! —exclamó la reina—, los dos hermanos reales proclamando su unión sobre el árbol de Osiris, el Dyed.

—Sabía que lo reconocería nada más verlo.

—Es precioso...

—Lo será todavía más cuando luzca en su brazo.

Ankhesa se la ajustó en su muñeca como quien firma un tratado de paz del que no espera nada salvo la continuación de una guerra eterna. Pese a la frialdad de su gesto, aquello era más de lo que Leticia podía soportar. Había aparecido justo entonces, en el momento en que Fersen tomaba la mano de Ankhesa para besarla. La italiana cruzó ante los dos, como si no los viera, y se encaramó al Ford para dejar claro que prefería la compañía de los peones a la suya. Algo que Balek Gamal celebró echando atrás las alas de su *keffiyah* y corriendo tras ella, para ubicarla a su lado, en el asiento delantero.

Ya estaban todos a bordo, con los motores en marcha, pero faltaba un hombre. ¿Dónde se había metido Gaetano? Lo encontraron dormido en los brazos de una de las circasianas del jeque, con una sonrisa de oreja a oreja en sus labios y una botella de vino hundida en la arena. Conway no tuvo piedad. Lo despertó arrojándole un cubo de agua en pleno rostro. Un minuto y cien juramentos después, ya estaba cargando la caja que contenía la momia de Nefertiti en el Ford, y a punto estuvo de cargar también a la bella circasiana.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó Fersen, siempre vigilante.

—Tres hombres muertos y un fantasma sin cabeza, *signore* —repuso el pirata, frotándose el aro de oro que pendía de su oreja—. Todo lo que necesito para comerme el mundo, si las mujeres no acaban antes conmigo.

—Antes acabaré yo si no me pagas por esta —le cortó el jeque, asomando su látigo por la ventanilla—. Una noche, cien libras.

—¿Cuánto dice?

—¡Cien libras!

—¡Anda ya viejo babuino, el amor no tiene precio!

El jeque chasqueó el látigo sin alcanzarle mientras la circasiana le lanzaba un beso dando un salto atrás, para apartarse del abanico de arena que proyectó el Ford al arrancar. Volvían a ponerse en camino, la aventura recomenzaba desierto adentro, hacia esas montañas que cerraban el horizonte afiladas por los primeros rayos del sol, como un hierro al rojo vivo.

A muchas millas de allá, en Luxor, las flotillas de vapores y falúas de velas triangulares se alineaban ya sobre el embarcadero del templo de Karnak. Por la *Corniche* que conducía a la avenida de las esfinges avanzaban las calesas llenas de turistas de alto rango. Los caballeros, con chaqueta, chaleco y canotier, sudaban como demonios apresados por sus cuellos duros. Asfixiadas dentro de sus corsés de cintura

de avispa, las distinguidas damas que les acompañaban se cubrían con sombreros de plumas de marabú y parasoles de muselina, mientras sus faldas levantaban a su paso el polvo sagrado. Entre tanto, en un discreto salón del Winter Palace, el desayuno señaló el comienzo de un día difícil para una señora de cabellera prerrafaelista y mejillas de piel de cebolla que respondía al nombre de Agatha Christie. Era la segunda vez que le servían los huevos del desayuno fritos por ambos lados.

—¿Te olvidaste de advertírselo al cocinero, querido?

—No, te juro que no me olvidé —repuso su joven marido, el arqueólogo Max Mallowan—. Lo recuerdo perfectamente... Se lo dije en inglés y en egipcio medio.

—Pues ojalá nos los hubiera traído medio crudos. Esto es una barbaridad propia de una nación de mamelucos.

—Siento corregirla, *madame*..., pero se trata de una costumbre yanqui —intervino entonces el circunspecto personaje que les acompañaba—. Tengo entendido que la trajeron los capitanes de los vapores que surcan el Nilo. Como seguramente sabrá, son los desechos de la flota que surcaba el Mississippi.

—Bah, me da igual de dónde vengan los huevos, los vapores y todo lo demás —concluyó la dama, dirigiendo una mirada conmisericordiosa a su esposo, quien, como era su costumbre, ya estaba en plena deglución—. Lo importante es que por fin usted haya podido reunirse con nosotros, *mister* Lawrence. No sabe cuánto lo celebro...

El escritor elevó su malta seco en un gesto de reconocimiento que, para nosotros, tendría la forma de un interrogante. ¿Qué hacía D.H. Lawrence en Luxor?

Parte de la respuesta nos llevará hasta el viejo bazar de las Cien Puertas, donde otro ciudadano británico no menos peculiar, el poeta Wystan Auden, vigilaba los movimientos de un italiano de pelo aplastado y aspecto militar. Curzio Malaparte y sus escuadristas habían llegado a la ciudad de Amón la noche anterior. A esa hora dos de ellos montaban guardia a las puertas del Winter Palace. Malaparte y tres más rastreaban las calles, abriéndose paso entre el bullicio de la multitud, como podencos a la caza de su presa. Por supuesto, tan pronto como localizaron a Christie y Mallowan en el hotel, les sometieron a un discreto interrogatorio. La pareja no sabía nada acerca de Conway. Su ausencia les sorprendía y les inquietaba tanto como a ellos. Pero, por su manera de decirlo, Malaparte intuyó que estaban en el secreto. No se fiaba de aquellos ingleses, volvería.

—Entonces mucho mejor. Que vuelva, así nos facilitará más pistas.

Lawrence lo dijo sin abandonar ese aire taciturno que confería una credibilidad añadida a sus palabras.

—¿Pero está seguro de que no les ha reconocido? —preguntó *mistress* Christie, sosteniendo la taza de té a la altura de sus labios—. Eso es importante.

—Descuide, *madame*, somos nosotros quienes le vigilamos a él.

Mallowan parecía disfrutar como un niño con la peripecia.

—Recuerde que ha apostado a dos de sus hombres a la puerta del hotel.

—No se puede ser más necio: dos en la puerta principal y ninguno en la posterior. Entramos y salimos sin ningún problema. Además, esos dos pavos reales no me reconocerían ni aunque dejara caer mi pasaporte a sus pies.

—Entonces, perfecto —volvió a intervenir *miss* Christie—. Tan pronto como tengamos noticias acerca del paradero de Conway y Ankhesa nos pondremos en camino.

—¿Cree que llegaremos a tiempo?

—Tenemos que hacerlo. Se trata de un asunto prioritario para nuestra Orden. Un asunto de vida o muerte.

¿A qué clase de Orden se refería? ¿Y qué era lo que podía vincular sus actividades con la singladura de Kenneth Conway? Sí, debemos contarlo ya. Comencemos, pues, a atar los cabos. Quien haya seguido este relato con atención recordará cómo, durante una de las veladas egipcias de Villa Lysis, aquella en la que fue asesinado uno de los efebos de Fersen, Conway esgrimió un argumento que conmocionó a todos los asistentes, salvo a dos. Los dos poetas que asistieron al evento: Pound y Auden. Conway aludió a los crímenes rituales que practicaba por aquel entonces un reconocido satanista, Aleister Crowley, quien había fundado en Cefalú, Sicilia, muy cerca de Capri, la tristemente célebre abadía de Thelema, donde él y sus adeptos se entregaban a toda suerte de aberraciones. En sus misas negras, se decía, invocaban a los demonios del panteón egipcio, pues Crowley, quien aseguraba haber sido iniciado en la cámara subterránea de la Gran Pirámide —durante su primer viaje a Egipto, en 1904—, se postulaba como la encarnación de Seth, el señor del mal. Allá, en Sicilia, no tardó en correr el rumor de que sus acólitos practicaban sacrificios humanos. Una mañana en la que apareció degollado uno de sus «presbíteros», la gente de Cefalú asaltó la siniestra abadía y Crowley fue expulsado de Italia. Pero estos hechos sucederían tres años después. En 1920 el propio Benito Mussolini todavía coqueteaba con los alucinados de Thelema, fundamentalmente a cuenta de sus liturgias de poder, un poder sin límites ni restricciones, en las que los fascistas veían una legitimación de su ideario.

Entonces, ¿los crímenes que se sucedieron en Capri durante aquellos días —el del arqueólogo Alessandro Caltagirone, el del pescador Gesualdo Cocuzzo, el del joven Ruggero Sassa—, tenían alguna relación con las actividades de Crowley? Tal vez, aunque de una manera indirecta. Por aquel tiempo Crowley ya arrastraba una considerable leyenda negra. Los periódicos de la época se referían a él llamándole «el hombre a quien nos gustaría ahorcar», «el rey de las depravación», «la bestia humana», y el peor insulto para un inglés de la época: «germanófilo». ¿Por qué? Porque uno de sus más fieles patrocinadores era precisamente el barón Walter von Lüttwitz, aquel magnate prusiano hospedado en el hotel San Felice de Capri. El

mismo a quien Fersen había vendido una tonelada de gas fosgeno, a cambio de un millón de marcos.

Antes de todo ello, y esto es lo que más nos interesa, Crowley había formado parte de la Golden Dawn, una hermandad teosófica de carácter hermético, a la que pertenecieron personajes tan destacados como el premio Nobel, William Butler Yeats, Bram Stoker, el autor de *Drácula*, o la mítica bailarina Isadora Duncan. La Golden Dawn también se inspiraba en la sabiduría egipcia, pero sus principios excluían la deriva satanista de Crowley, quien acabaría abandonando la Orden para fundar la suya propia, desde la que emprendió una guerra delirante contra ellos. En una conferencia de 1956, Jorge Luis Borges menciona la participación de Yeats en una presunta batalla astral donde Crowley envió cuarenta y nueve demonios, ni uno más ni uno menos, con la intención de destruir a los maestros de la Golden Dawn, quienes, a su vez, se defendieron invocando la ayuda de ciertos entes a los que llamaban los Superiores Desconocidos. ¿Pura literatura? Es posible. Puede que los demonios de Crowley jamás cruzaran las fronteras del delirio, pero todos estos personajes existieron realmente. Se trataba de mentes privilegiadas que creían en la intervención directa de potencias espirituales de uno y otro signo, y construyeron sus vidas sobre ese principio.

Tras este paréntesis, ha llegado el momento de desvelar que unos cuantos protagonistas de este relato también pertenecieron a la Golden Dawn. Ezra Pound, Wystan Auden, D.H. Lawrence y Agatha Christie frecuentaron sus asambleas en calidad de miembros de la Orden Externa, sin figurar en su jerarquía superior. Su enlace en Capri no era otro que Giuseppe Cornacchia, el *maître* del San Felice. ¿También estaba entre ellos Kenneth Conway? En absoluto. Era de todos conocido, sin embargo, que cuando la Golden Dawn decidía intervenir en ayuda de alguien no necesitaba pedirle permiso, menos aún que fuera uno de sus miembros.

Así fue como la isla de Capri acabó por convertirse en el epicentro de una batalla soterrada entre dos fuerzas que se combatían en la sombra, mientras la vieja Europa aguardaba con los ojos cerrados a que las plataformas giratorias pusieran los cañones en el sitio exacto para un nuevo holocausto. Parte de esta locura colectiva se sustentaba en esa alianza tácita entre los satanistas de Crowley, los fascistas de Malaparte y los ultranacionalistas de Von Lüttwitz. Sus crímenes no respondían a ninguna maldición de los faraones. Era el demonio en persona quien estaba detrás, un demonio de dos cabezas que había mutado sus exhalaciones de azufre por cilindros llenos de gas nervioso. Y un cilindro más, este muy especial: aquel que contenía los papiros encontrados por Kenneth Conway en la tumba de Nefertiti.

Desde que Cornacchia tuvo noticia del asesinato de Caltagirone, los agentes de la Golden Dawn estrecharon su cerco sobre Crowley. El poeta Ezra Pound, con su peligroso doble juego, seguía los movimientos de los fascistas dentro del círculo de

Malaparte y, llegado el momento, no vaciló en convocar a la isla a sus amigos, Auden y Lawrence. Esa fue la razón por la que se embarcaron en el *Albatros*. No huían de nada. Su intención no era otra que velar por Conway hasta que llegara a Egipto. ¿Por qué desembarcaron en la isla de Citera antes de que su velero arribara a Port-Said? La respuesta cabe en una sola palabra: Apofis. Ankhesa fue la primera en identificar a este espíritu de ultratumba. Cuando segó la vida de Cornacchia, Auden y Lawrence vieron en sus garras la señal de Aleister Crowley. Necesitaban perentoriamente contactar con los maestros de la Golden Dawn. Lo hicieron en Atenas. Desde Roma, Pound les informó de la partida de Messori y Malaparte rumbo a El Cairo. Ellos tomaron el primer vapor que salía de El Pireo. Llegaron cinco días después, se reunieron con Christie y Mallowan en Luxor, poco después de que estos fueran interrogados por Malaparte. Pero, ahora, todos ellos se encontraban perdidos. ¿Qué había sido de Conway y Fersen, y de toda su gente? ¿Por qué habían desaparecido como si se los hubieran tragado las arenas del desierto?

«Serán siete pasos», había dicho la profecía revelada en los papiros de Caltagirone. «Siete serán los pasos», la misma fórmula se repetía en los que Conway había hallado en el sarcófago de Nefertiti. Aquí, esos pasos marcaban un camino:

En el tiempo del primer Ajet el disco de Atón brillará sobre la isla de Knhum. En el tiempo del segundo Ajet las aguas de La Muy Verde se abrirán al paso de la barca de Ra. En el tiempo del tercer Ajet se alzarán de las arenas los siete demonios de Seth, y frente a ellos también se alzarán los siete Guardianes del Horizonte. Luego se cumplirá una batalla de tres lunas en torno al sol. Sucederá allá donde la sonrisa del viejo Bes marca el camino hacia la Corona Blanca, entre el mono y el carnero, sobre la Roca de las Dos Verdades. El demonio de cabeza de asno vencerá en el primer encuentro. Y el Devorador surgirá de la tumba de Atón. Solo el Justo de Voz podrá vencerle. Entonces se abrirán ante él las puertas de Amenti. Pero la reina solo será coronada por el cetro de Necher una vez que cruce la última puerta, donde duermen las hijas de Pertun-Hotep.

¿Qué significaba cada uno de esos términos? ¿Qué claves cifradas se ocultaban dentro de aquellas palabras? ¿Y el orden de los días, a qué nuevo misterio apuntaba?



40

AJET era el nombre con que los egipcios denominaban la primera estación del año, el tiempo de la gran inundación, cuando el Nilo lo anegaba todo bajo sus aguas. El primer mes de *ajet*, *Dyehuty*, se correspondía con el inicio de nuestro Otoño. En ese punto la profecía se mostraba diáfana: «En el tiempo del primer *ajet*, el disco de Atón volverá a alzarse sobre la isla de Knhum». Este cartucho parecía aludir al descubrimiento de la momia de Nefertiti en Capri. El siguiente cifraba algo muy parecido a la singladura del *Albatros* hasta Port-Said. Más adelante la profecía vaticinaba una «batalla de tres lunas» que se iniciaría «allá donde la sonrisa del viejo Bes marca el camino hacia la corona blanca, entre el mono y el carnero, sobre la Roca de las Dos Verdades». Conocía ese paraje, lo exploró durante su segunda expedición egipcia y sabía lo que iba a encontrar allá. Pero el resto de la profecía se le cerraba como un enigma inescrutable donde apenas acertó a descodificar una clave más. Y esta aludía al tiempo: si ya habían entrado en el tiempo final, el del tercer mes de *ajet*, apenas contaba con doce días para restituir la momia de la reina Sol donde estaba escrito. La profecía hablaba de la tumba de Atón, ¿podía tratarse de la ciudad de Amarna, donde fue sepultado el sueño de Akenatón?, pero también indicaba que la última puerta se abriría «allá donde duermen las hijas de Pertun-Hotep». Jamás había oído ese nombre. ¿Quiénes podían ser esas misteriosas hijas de nadie?

Conway se lo preguntaba manteniendo firme el volante, mientras el Dodge avanzaba dando tumbos sobre las dunas seguido por el Ford Truck de los beduinos. Solo él sabía dónde se dirigían. A las afueras del oasis de Bahariya se alzaban las ruinas de un pequeño templo consagrado al dios del vino entre los antiguos egipcios: el geniecillo Bes, un enano gordo, barbudo y sonriente, al que se representaba con la lengua colgando en alusión a la alegría desenfrenada de sus fiestas. Según la profecía esa era la señal que marcaba el camino hacia la montaña de la Corona Blanca. Fersen le vio desviarse por una pista que conducía hacia el sur, pero en la dirección opuesta a la ciudad perdida de Amarna. Tras cruzar más de cien millas desierto adentro, las dunas se cristalizaron en peñascos abrasados sobre los que se recortaba el perfil de un molar que, bajo aquel sol, brillaba como un colmillo de sangre.

—... Ya estamos cerca —exclamó el escocés—. Esa es la montaña de Nejbet, el buitres sagrado, el de la Corona Blanca.

—¿Y qué rayos significa eso? —masculló Fersen, con sus dos manos aferradas al salpicadero y la cara blanqueada por el polvo.

—Significa que los papiros no mienten. Este es el camino.

—¿El camino hacia dónde?

—... Hacia nuestro encuentro con los dioses.

Y, semejantes a dioses petrificados, entre los cuchillares de roca comenzaron a perfilarse enormes coladas de lava solidificada que habían adoptado formas inverosímiles. Algunas sugerían cabezas de gigantes petrificados, seres monstruosos que proyectaban sombras inquietantes, como ansiosas por devorar la vida de quien pasara junto a ellas. Conway serpenteaba entre torcal con el motor al ralentí.

—¿Busca alguna referencia concreta? —preguntó Messori—. Si fuera más explícito podríamos ayudarle. Seis ojos ven más que dos.

Conway chasqueó la lengua.

—Busco una cabeza de mono y los cuernos de una cabra.

—¿Entre estas rocas? No sé cómo lo dirán sus papiros, pero me temo que aquí solo vamos a encontrar guaridas de chacales y alacranes.

—Ayer se me apareció uno a los pies de mi catre —apostilló Fersen.

—¿Y qué hizo?

—Machacarlo, naturellement.

—No debiera haberlo hecho. Los egipcios adoraban al dios escorpión, fue el primer monarca de los dos reinos.

El barón no le contestó. Ese paraje podía ser cualquier cosa menos la tumba de un faraón. ¿Y a qué venía eso de la cabeza de mono y los cuernos de cabra?

—¡Ahí están! —aulló *il Dottore*, sujetando su canotier con una mano mientras sacaba la otra por la ventanilla—. ¡Tiene que ser eso!

No muy lejos de la pista, en los extremos de un arco natural, se alzaban dos promontorios que sugerían un gran mono sentado, recogido sobre sí mismo, y una cabeza de cabra con dos pequeños cuernos perfilándose contra el azul del cielo.

—Sí, esos son —corroboró Conway con un volantazo brusco—. Ya hemos llegado.

—¿Y ahora qué? —volvió a preguntar Fersen.

—Ahora toca buscar un buen lugar para asentar el campamento y poco más. Mañana empezaremos las excavaciones.

—¿Pero dónde...? ¿Aquí, en medio de la nada?

—Tenga paciencia y déjeme trabajar. Ya estoy descifrando el último papiro, las claves tienen que estar ahí.

La noche se aprestaba a caer. Tras una jornada de traqueteo a través del desierto los europeos se veían extenuados. Messori se tendió con los brazos abiertos sobre la arena, Leticia buscó la sombra de un palmito raquíptico, Fersen metió directamente la

cabeza bajo el depósito de agua. Los beduinos apenas se detuvieron a sorber un trago. Acuciados por el látigo del caíd comenzaron a montar tres jaimas al abrigo de las rocas. Conway ocupó una con la orden expresa de que nadie le molestara. El tiempo apremiaba, y nada le urgía más que seguir descifrando aquellos textos. Solo Ankhesa le acompañó. Inmóvil, silenciosa, sentada en el suelo con los brazos enlazados sobre las rodillas, miraba al escocés como si quisiera protegerle. Desde que habían llegado a Egipto sentía que una sombra fatídica estaba cayendo sobre su amor, envolviéndoles, cegándoles, para que no vieran que caminaban al borde de un abismo.

—No me gusta este lugar, Ken, el desierto es el reino de los que murieron sin sepultura. ¿Has visto esas rocas? Son sus almas petrificadas.

Conway respondió sin volverse:

—Sigo el camino que nos muestran tus papiros, pero no te oculto que lo hago a tientas. Los jeroglíficos son complejos, y su significado oscuro. Hasta aquí ha sido fácil porque ya conocía este lugar. La montaña blanca es la de la diosa Nejbet.

—Pero, ¿y esos animales, el mono y la cabra, qué significan?

—Vamos, Ankhesa, lo sabes mejor que yo: la cabra es el emblema del dios Knhum.

—¿Como en Capri?

—Eso es, como en Capri. ¿Vas entendiendo?

—¿Y el mono?

—Piensa en un dios al que se represente con cabeza de mono.

—A veces se representa así a Thot, el guardián del conocimiento.

—¿Y eso, cuándo sucede?

—El divino Thot adopta la forma de un gran babuino al amanecer, cuando anuncia la aparición del sol con sus aullidos.

—... Y cuando Thot despierta —recuerda—, también aparece Upaut, el perro negro, el abridor de caminos.

—¿Estás seguro de que aparecerá? —insistió la reina sin ocultar su desasosiego—. Si lo que cuenta la profecía es cierto apenas nos quedan doce días. Solo doce días...

—No te preocupes, amor mío, en el peor de los casos iremos directamente a Amarna, y eso solo nos supondrá un día de viaje. Tenemos tiempo de sobra.

—Cuenta un día menos. Yo lo siento hasta en mi corazón. Siento que la noche crece y que mi luz se está apagando. Cada noche veo más cerca la gran puerta del país de Osiris.

—Piensa en tu estrella, ¡mírala! —exclamó el escocés señalando una constelación perdida en el cielo—. Sothis sigue ahí arriba, velando por ti. Será ella quien nos traerá al mensajero. Los dioses nunca faltan a su cita con quienes les invocan.

No había acabado de decirlo cuando Fersen irrumpió en su tienda.

—¡Es increíble! ¡Hemos encontrado unas ruinas romanas! ¿Quieren venir a verlas?

Conway reprimió un gesto de fastidio.

—Ahora no puedo. Estoy trabajando.

—¿Le importaría que me llevara a *lady* Ankhesa? Seguro que ella sabrá interpretarlas igual que usted, y para mí será un placer escucharla.

La reina consultó al escocés con la mirada.

—¿Quieres ir?

—¿Y tú, quieres que vaya?

—Estoy en un tramo difícil —se justificó, repicando sus dedos sobre el papiro—. Tengo para un par de horas, no más —y diciendo esto, añadió en un susurro—: Si me quitas de encima a ese pesado me harás un gran favor.

Ankhesa se puso en pie.

—Está bien, señor Fersen, voy con usted.

—Oh, por favor, llámeme Jacques —exclamó en tono confidencial—. Y no le tenga miedo a Leticia. Parece una pantera pero es inofensiva.

Pero Leticia ya no estaba allí, ni en el campamento ni en las ruinas. Y Fersen tampoco la buscó. Sin soltar el brazo de Ankhesa, el barón se la fue llevando al otro lado de la colina, donde se distinguía un circo de columnas medio derruidas y lo que en otro tiempo debió ser el arco de una guarnición romana, con un pequeño templo del que no quedaba nada en pie salvo su frontispicio. Mientras ellos se adentraban en aquel paraje, Conway se concentró en la traducción del último papiro. Este se iniciaba con un largo párrafo retórico que resumía la conjura contra Akenatón. Todo era cierto.

... Y los siete hijos de Seth se conjuraron en abierta rebelión contra el Ureus. Mandaba sobre ellos Smenjkara, el bastardo, aquel cuyo corazón sangraba de ciega codicia. Y con sangre sellaron su pacto Kafra, el hitita; Horemheb, el general; Perennefer, el copero de su majestad; el gran visir Ay; Meri-Ta, el sumo sacerdote de Tebas; y la bella Kya, la hija del hitita. Los siete ganaron las estancias de Akenatón como demonios de la noche. El que despierta antes del alba no pudo preservar su aliento con su luz. Entre los siete lo mataron y arrancáronle su corazón, sus manos y sus ojos. Privado de su visión y de su voz, el elegido de Atón ya no podría encontrar la senda que conduce a los campos de Ialu. La noche cayó así en pleno día sobre el sagrado Khemet, y la desgracia se abatió sobre todos nosotros. Ved a Nefertiti, la reina de las doradas mejillas. Errante camina sin consuelo, llama desesperadamente a su amado, llora sobre una tumba vacía. Temed su venganza, que habrá de cumplirse ahora y siempre. Los conjurados perecerán ahogados por las lágrimas de Atón. Y esas mismas aguas llevarán a la reina muy lejos, allá donde se acaba el mundo. Habrá de

cumplirse dos ciclos sothiacos contados a partir de la guerra de los Impuros^[55] antes de que vuelva a despertar y regrese al sagrado Khemet. Entonces volverán a alzarse de las arenas los siete demonios de Seth, el de la cabeza de asno. Y esta vez será el aliento de Atón quien habrá de juzgarles.

«Las lágrimas de Atón, el aliento de Atón, ¿... qué demonios significa esto?», se preguntó Conway mientras su pluma descendía hasta el colofón del texto. Apareció el ojo sagrado junto al halcón y un disco solar emergiendo de las aguas sobre las nueve partes del mundo, los Nueve Arcos. En aquella escritura parecía condensarse toda la creación. Encendió un cigarrillo y se inclinó sobre la lámina de vidrio que protegía el papiro. Ah, si bastara con tocar esos signos misteriosos para que cobraran vida. ¿Qué sucedería entonces? De lo más profundo de su ser surgía una voz sorda, persistente, fatídica. Se estremeció pensando en la venganza de los muertos. Ningún hombre puede desvelar los secretos de los dioses sin atraer un severo castigo. Pero no, ya no podía detenerse. Le quemaba un ardiente deseo de saber. Quería acabar para siempre con los enemigos de Nefertiti y librar su cuerpo de aquel maleficio que parecía perseguirla a través de los siglos. En eso, escuchó unos pasos en la parte exterior de la tienda. Buscó su revólver, se puso alerta. Los pasos se alejaron, de nuevo se hizo el silencio. Pero cuando regresó al papiro y volvió a inclinarse sobre el cristal, se encontró con el reflejo de un rostro que no era el suyo.

Nunca olvidaría aquel rostro. Un rostro exangüe, blanco ceroso, como el de un muerto, alumbrado por el fuego de unos ojos pequeños y amarillos, que le miraban fijamente desde el otro lado del cristal. Sus labios dibujaban una boca ligeramente deformada, como un belfo de liebre, el inferior le colgaba en una mueca de dolor y desdén. Su voz oscura, cavernosa, parecía surgir del mismo infierno:

—Te compadezco, hermano. Has ido demasiado lejos, más allá de donde te ha sido permitido, pero aún no tienes bastante. Lo quieres todo, ¿verdad? Perfecto, atrévete a más, sigue caminando. Te diré lo que te va a suceder. Lo sé muy bien, puesto que me sucedió a mí antes que a ti y mi condena será la tuya.

—¿Quién eres! —exclamó Conway presa de un terror paralizante, como si estuviera viviendo una pesadilla—. ¡Dime quién eres!

—Mi nombre no tiene importancia —continuó aquel ser espectral atrapado en el vidrio—. Pero si quieres saber por qué estoy aquí, escucha: yo también elegí el camino oscuro. En otro tiempo dentro de mi cuerpo habitaba un ser sublime. ¿Qué me llevó a transgredir las leyes divinas? Mi deseo, un deseo voraz de conocer lo oculto para trascender la muerte. Una noche crucé el umbral. Una fuerza invisible se apoderó de mí arrastrándome hacia una luz radiante, creí que estaba cerca de convertirme en un dios. Sucedió todo lo contrario. Aquellos veneros de luz me juzgaron insuficiente y fui quemado, abrasado vivo, en cuerpo y alma. Ahora ya solo soy este rostro de ceniza que habla, un espíritu condenado por toda la eternidad, hasta

la consumación de los tiempos. Igual que lo serás tú si continúas profanando el secreto de los dioses.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar el escocés, aterrado, sin poder apartar los suyos de aquellos ojos que parecían sangrar fuego negro.

—¿Quieres saberlo? —repuso el espectro—. Está bien, mira mi mano.

Y, diciéndolo, le mostró una especie de garra retorcida, sobre la que fulgía un grueso anillo de hierro con una «T» mayúscula labrada en su centro.

—Lee lo que está escrito en su interior.

Conway advirtió una leyenda en latín: *Condenatio amoris*.

—... Las mismas iniciales que Ankhesa y Conway —se jactó aquel ser infernal, antes de añadir—. O, si lo prefieres: amor y condenación, las dos palabras que resumen tu destino.

Y a medida que lo decía, como esa voz apagándose, el rostro comenzó a desvanecerse hasta que desapareció por completo. Solo sus ojos, más bien el halo de aquella mirada febril, demoniaca, permanecieron marcados en el vidrio, como una quemadura.

Conway se sintió víctima de una alucinación. Aquello no podía ser otra cosa, había trabajado demasiado, siempre bajo presión. Tenía que descansar o se volvería loco de verdad. Se incorporó masajeándose la nuca, alzó el odre de agua y se mojó la cabeza. ¿Dónde habría dejado Gaetano las garrafas de vino? No, allá no estaban, pero él necesitaba un trago. Según se dirigía a la tienda más cercana oyó un rumor de voces que platicaban animadamente —Messori y Balek Gamal—. No le apetecía lo más mínimo entrar en su conversación. Siguió caminando hacia la tercera jaima, la más apartada. No había nadie en sus inmediaciones, la tienda estaba vacía. Al fondo, entre un montón de baúles, se veía una caja atropellada de botellas. Ya iba a coger una cuando una voz a su espalda le obligó a volverse.

—¡Vaya, qué sorpresa! Alí Babá viene en busca de su lámpara maravillosa... ¿O el de la lámpara era Aladino?

Se trataba de Leticia. Regresaba de darse un baño en el manantial, apenas cubierta con una túnica de lino que transparentaba un cuerpo demasiado sensual para parecer inocente.

—... No me digas que has aprovechado la primera ausencia de tu encantadora esposa para acercarte a cortejarme —continuó ella, en el mismo tono sarcástico—. Ah, no, eso está muy mal, Kenneth. Recuerda, tú y yo estamos casados, y me temo que los dos con la pareja menos conveniente. Pero, bueno, qué le vamos a hacer... Eso ya no tiene arreglo. ¿O tal vez sí lo tiene?

Se lo dijo acercándose hasta hacerle sentir su respiración sobre su rostro. El escocés respondió con una indiferencia hiriente:

—¿Tienes por ahí algo con lo que pueda abrir esta botella?

Leticia ignoró sus palabras y siguió tensando la provocación.

—¿Qué te parecen estos pendientes? ¿No son preciosos? Azul turquesa y rojo grosella, los dos colores que me van mejor —añadió, desenrollando el turbante que envolvía su llamativa cabellera azul—. ¡Oh, qué error... me olvidaba de que a ti no te gusta nada mi pelo!

—Jamás he dicho eso...

—Pero lo piensas. Desde que caíste rendido de amor en los brazos de esa egipcia, está claro que ya solo te atraen las morenas con un punto salvaje.

El escocés conocía demasiado bien el teatro de su sensualidad, en ese momento le interesaban bastante más aquellos pendientes.

—¿De dónde los has sacado?

—Los eligió Jacques, para llevarme al altar... Según él pertenecieron a la esposa de Akenatón, la legendaria Nefertiti.

—Lo dudo mucho, pero es igual: ten cuidado con ellos. Seguro que proceden de una tumba tebana. Y está escrito que la desgracia caerá sobre los que turban la paz de los que duermen en la eternidad y les despojan de sus tesoros.

—¿Ah sí? Pues tu gatita los usa de la misma marca —replicó Leticia alzando su mano lánguidamente—. Desde luego, el anillo que tuvo la gentileza de regalarme es digno de una reina.

—Ankhesa puede llevarlo, tú no: por sus venas corre la sangre de los faraones.

—Ah, *noblesse oblige*... O sea que te has emparejado con la realeza —insistió ella, pasando de lo incitante a lo vitriólico—. Dentro de poco habrá que pedir audiencia para hablar contigo.

—Pídela para hablar con tu conciencia, Leticia. Lo necesitas.

—No me asustas, Ken, yo no creo en maleficios ni en supersticiones. Ya sabes cómo pienso: me gusta vivir la vida, y que mi conciencia me obedezca. Lo más espiritual que hay en mí es el culto a la belleza. Jamás me resisto a sus tentaciones. La belleza es como un aura, como un talismán que te salva de todo. Si fuera un licor la bebería hasta emborracharme para no envejecer jamás.

Conway no la rebatió. Aquellas palabras le inspiraron una triste piedad hacia aquella mujer despechada que seguía amándolo, aunque el suyo fuera el amor de una pantera. Su respuesta fue acabar de abrir la botella.

—¿Te apetece un trago? No es el elixir de la eterna juventud, pero ayuda mucho...

—¿A qué?

—Sobre todo a olvidar.

La italiana apuró un sorbo sin dejar de mirarle.

—Hay cosas que no se olvidan nunca, Ken —añadió, bajando la voz—. La forma más pura de la belleza, pero también la más perversa, la más destructiva, es un amor

imposible. Por eso he decidido no volver a enamorarme, nunca más: lo importante en esta vida es arder, arder y ser libre. Absolutamente libre.

—Entonces brindo por ti, Leticia.

Al entrecuchar las copas la italiana entornó sus párpados clavándole una mirada vengativa. El vino en sus labios se había vuelto hiel.

—Estás muy enamorado de Ankhesa, ¿verdad?

—La adoro.

—Y ella, ¿estás seguro de que siente lo mismo por ti?

—¿Por qué habría de dudarlo?

—Ya sabes cómo somos las mujeres, vanidosas, incorregibles, insaciables. Los halagos nos pierden, las peores son las más púdicas... y a todas nos gusta tener amantes.

Mientras se lo decía se acomodó sobre la mesa. Inadvertidamente su túnica se entreabrió dejando al descubierto sus piernas largas y bien torneadas.

—Hace un momento he visto a tu ángel de pureza del brazo de mi maridito —continuó, balanceando una de sus sandalias, como desafiándole a quitársela—. Iban hacia las ruinas romanas.

—Sí, ya lo sé. ¿Y qué hay de malo en ello? —repuso Conway fríamente—. ¿Temes acaso que tu «maridito» haga con ella lo que nunca haría contigo?

Aquella alusión a la homosexualidad de Fersen estaba de más, y Conway lo sabía. Leticia había comenzado a ponerle nervioso.

—Qué ingenuo eres, Ken. Te olvidas de que Jacques es un mitómano y ha visto algo en tu mujer. Algo que le atrae más que el sexo...

—¿Algo como qué?

—Su alma... o su aura. Le conozco bien, no descansará hasta poseerla.

El escocés le dio la espalda para servirse una segunda copa.

—¿No será ese tu caso, Leticia? ¿Por qué me buscas, por qué me persigues? Vamos, dímelo de una vez.

Durante un largo instante esperó su respuesta, pero esta no se produjo. Al volverse, Leticia había desaparecido.



41

ANKHESA y Fersen regresaron de su paseo por las ruinas cuando comenzaba a anochecer. El barón se cubría la boca con un pañuelo manchado de sangre. Todos los que estaban en torno a la hoguera se levantaron. Al abrazar a Ankhesa, Kenneth sintió los latidos de su corazón.

—¿Qué te pasa? Estás temblando.

—Nada, es el frío de la noche...

Pero al decirlo esquivó sus ojos. Messori le ofreció su manta, él se la puso sobre los hombros mientras la reina se sentaba junto al fuego. La mirada de Leticia se deslizó hasta el escocés, pero no dijo nada. Fersen había comenzado a hablar atropelladamente.

—Buenas noticias, Conway: hemos encontrado eso que tanto buscabas: ¡La Roca de las Dos Verdades! —exclamó, quitándose el pañuelo de la boca y dejando al descubierto un corte que le partía el labio—. ¡Está ahí, entre las ruinas romanas!

—¿Y ese corte? —intervino Messori—. Está sangrando, *signore*, debería dejarme que se lo restañe.

—No tiene importancia... —farfulló el barón—, he tropezado al salir, pero volvería a bajar ahora mismo. Porque la roca está ahí, ahí abajo, en la cripta del templo. Por eso no la veíamos... Tenía usted razón, Conway. ¡Ahora todo encaja!

—Con que encajen mis mandíbulas a mí ya me basta. ¡Hummm, cómo huele el guiso!

Gaetano se frotaba las manos frente a las dos bandejas humeantes que acababan de acercarles los beduinos. Balek Gamal se dispuso a hacer los honores. El barón solo miraba el fuego.

—¿Qué era para los antiguos egipcios la sala de las Dos Verdades? —se preguntó, para responderse de inmediato—. La de la doble Maat, la diosa de la justicia y la verdad. ¿No es así, Conway?

El escocés respondió con un cabeceo afirmativo, nada más.

—... Pero aquí estamos hablando de unas ruinas romanas —continuó Fersen—. ¿Es que no se dan cuenta? ¡Ruinas romanas en Egipto! ¿Qué significa eso?

—... Que los romanos también hicieron mucho turismo por aquí —apostilló Messori, ya con la boca llena de *tajiné*—. Lo mismo los trajeron los de la agencia

Cook.

Fersen no respondió a su provocación.

—¡Significa Tiberio y Sejano! ¡Los dos césares, las Dos Verdades!

—Que yo sepa, Sejano nunca llegó a coronarse con el laurel de los césares —le cortó Conway.

—¡Pero su padre, Lucio Estrabón, ejerció como un auténtico virrey de Egipto! Alejado de Roma, aquí se hizo representar como un faraón. Por eso envió a su hijo a Capri con los dos sarcófagos, el de Nefertiti y el de Akenatón. Se trataba de un pacto para que Tiberio eligiera a Sejano como su sucesor. Él ya se veía como el nuevo César...

—Sí, lo sé. ¿Pero qué tiene que ver eso con las Dos Verdades?

—¿Aún no lo ve? ¡Pero si es evidente! Tiberio ordenó ejecutar a Sejano. Pero tras la muerte del emperador, ya durante el reinado de Calígula, las momias regresaron aquí. ¿Por qué? Porque así lo había dispuesto el padre de Sejano, de manera que prevaleciera su verdad. O, mejor dicho, las Dos Verdades.

—Sigo sin entenderle...

—*Parbleu!* —se impacientó Fersen—. ¿Cuál es el emblema de la diosa Maat? La espada y la pluma. ¿Y cuál fue el emblema de Sejano? ¡El águila y el gladio!

—¿Y qué demonios ha encontrado allá abajo? —volvió a intervenir Messori—. ¿Un aguilucho con un mondadientes entre las garras?

—Algo mucho más inequívoco, un mensaje irrefutable: ¡un águila romana con el estandarte de la legión Scyla, pero coronada por el doble cetro de Maat!, por más énfasis que ponía en su razonamiento, allá nadie parecía compartir su entusiasmo. ¡Ya está bien, dejen de comer como cerdos y vengan conmigo a la cripta! ¡Las momias de Akenatón y Nefertiti están aquí, justamente aquí, debajo de nuestros pies!

El barón tiró del cuello de la chaqueta de su secretario para que se incorporara. Conway solo lo hizo a regañadientes. Gamal tuvo que seguirles, igual que Gaetano, que se llevó su plato de cuscús y un buen pedazo de pan de centeno.

Mientras ellos caminaban tras sus linternas hacia las ruinas, en otra cripta a doscientas millas de distancia una dama de aspecto muy convencional yacía tendida con los ojos cerrados en el centro de un círculo trazado por siete velas, a los pies de una estatua que representaba al dios Ptah. No se trata de un dios cualquiera. De esta divinidad proviene el nombre mismo de Egipto, «El País de Ptah» como lo describió Herodoto, pues en su tiempo se le consideraba el padre de todos los dioses. Tutmosis III alzó un santuario en su honor en el extremo norte del gran templo de Amón, en Karnak. Y era allá, en su cripta más profunda, ya con la noche cerrada, donde estaban practicando su ritual tres iniciados de la Golden Dawn, en presencia de un arqueólogo atónito. Las manos del joven Max Mallowan temblaban de una manera apreciable mientras sostenía su antorcha. Auden y Lawrence ni parpadeaban. Los tres

contemplaban a aquella mujer tendida sobre la losa, entre las siete velas, que no era otra sino la esposa de Mallowan, la escritora Agatha Christie. ¿También era médium? Al menos en tres de sus novelas, *El misterioso mister Quin*, *El misterio de Pale Horse* y *La última sesión*, Christie manifiesta su conocimiento del tema y llega a describir una sesión espiritista idéntica a las que se escenificaban dentro de la Golden Dawn^[56].

Verdaderamente, aquella mujer no le tenía miedo a nada ni a nadie, ni siquiera a los espíritus. Pero, ¿qué buscaba con esa invocación al dios Ptah en la cripta de su primer templo?

—Señor de la magia y del misterio —exclamó Lawrence, y Auden le siguió.

—Señor de las serpientes y los peces...

Christie pronunció su fórmula con voz ceremoniosa.

—... Errante señor de los ojos de fuego, por la ley y la fuerza de los Tres Poderes, nosotros te invocamos. Haz aparecer al Mensajero del Tercer Orden.

—El Mensajero del Tercer Orden —masculló Mallowan, que no disimulaba su disconformidad—. Hemos profanado esta cripta sin ninguna autorización, como nos descubran me quitarán la licencia. Esto puede ser el final de mi carrera como arqueólogo.

Lawrence le clavó una mirada conminante, pero le habló en un susurro.

—Ya es tarde para arrepentirse, Mallowan. Y mantenga la calma. Su malestar puede cortar el canal de energía abierto por su esposa.

—¿Y qué sucedería entonces?

—Nada grave en este momento. Pero si se corta cuando la médium ya está en trance, hasta podría perderla.

—¡Qué me está diciendo! ¿Cómo que podría perderla?

—Baje la voz, imprudente —le cortó Auden.

El arqueólogo se llevó la mano a la nuez, Lawrence continuó:

—Cuando el canal está abierto los espíritus fluyen de un mundo a otro. Si consigue que las puertas de la percepción se abran ante su palabra, *lady* Agatha pasará al plano astral. Si en ese momento sufre un sobresalto, por pequeño que sea, nunca regresará.

—... Así que deje de hacer preguntas —concluyó Auden—, y concentre su energía en un pensamiento de luz. Es trascendental para que los espíritus a los que invocamos nos reconozcan.

Mallowan tragó el nudo atorado en su garganta y se dispuso a hacer lo que le pedían. ¿Pero cómo concentrar su energía en un «pensamiento de luz» dentro de una tumba? Él no creía en esas cosas. Lo más que consiguió fue recordar aquel poema de Kipling, *If*, que fue la escuela moral de toda una generación de victorianos, y comenzó a recitarlo para sus adentros, mientras *lady* Agatha continuaba impasible

con su letanía:

—... En el nombre de nuestros maestros, al que abre las puertas invoco. Naciste de las aguas, divino Ptah, tuyos son el viento y el fuego. Desde lo profundo de la tierra te invoco... Haz aparecer ante nosotros al Mensajero del Tercer Orden.

Auden y Lawrence unieron sus manos, tendiendo a Mallowan la que les quedaba libre. Este les hizo un gesto explícito: necesitaba una mano para sostener la antorcha.

—¡Déjela caer! —exclamó Lawrence—, ya no la necesitamos.

—Pero...

—¡Déjela caer!

El arqueólogo dio un respingo pero acató el mandato. Sus manos estaban heladas cuando se unieron a las de los otros dos formando un triángulo sobre la médium yacente. Una suave brisa venida de ninguna parte extinguió la antorcha. Sin embargo, las siete velas que marcaban el círculo mantuvieron su recta llama. Solo se escuchaba aquella voz lenta y litúrgica que resonaba dentro de la cripta como si se encontraran en el interior de una calavera.

—El círculo se ha cerrado, se ha abierto el misterio. Sublime Ptah, haznos sentir la luz de tu presencia por la boca de tu mensajero.

Christie repitió su fórmula tres veces. Nada ni nadie respondía. Pero, en eso, como si las extinguiera una mano invisible, las siete velas que trazaban el círculo comenzaron a apagarse, una tras otra, hasta la última. La oscuridad se hizo absoluta. Entonces, en el silencio profundo, se escuchó una voz cavernosa que no era la de ninguno de ellos:

—Pronuncia su nombre, el nombre de aquel a quien llamas.

El corazón de Mallowan comenzó a latir a golpes, sintió que se iba la cabeza. *Lady Agatha* inspiró profundamente y siguió declamando con los ojos cerrados:

—De tu lengua nació Thot, el tres veces grande, el Señor del Tiempo. Tu corazón hizo nacer a Semsu, el dos veces grande, el que despierta las conciencias de los dos mundos. Bastó una mirada tuya para que el sol surgiera de la noche, y se consumara la perfección del Uno, de quien el perro negro es su mensajero.

De nuevo se hizo el silencio. Esa brisa espectral que parecía surgir de las entrañas del templo volvió a cobrar la forma de una voz humana:

—Yo soy quien separa la tierra y el fuego, lo sutil de lo denso, lo creado de lo increado. Por tu voz sé que tu palabra es la nodriza de mi verdad. El viento llega, escúchalo.

Los tres hombres apretaron firmemente sus manos, temiendo que la brisa se convirtiera en un huracán. De pronto, en aquella oscuridad absoluta estalló algo parecido a una estrella. Un manantial de una luz intensísima, de un azul ultravioleta, que les obligó a cubrirse los ojos. Mallowan cayó de rodillas. Ni Auden ni Lawrence pudieron mantenerse en pie mucho tiempo más. Aquella luz cegadora parecía cargada

de una energía viva, una vibración palpitante que atravesaba sus cuerpos como un fractal, como si realmente se hubieran abierto ante ellos las puertas de otra dimensión. Auden fue el segundo en desplomarse. Lawrence apretaba los puños con todo su cuerpo en tensión, se sentía como si se encontrara en el palo mayor de un barco azotado por una violenta tempestad, una tempestad de luz viva. Aun con los ojos cerrados, aquella luz radiante atravesaba sus párpados y se hundía hasta lo más profundo de su mente. Cuando ya no pudo soportarla, también él se derrumbó como un peso muerto. Desvanecidos, ninguno de los tres hombres pudo ver lo que sucedió a continuación. Solo *lady* Agatha fue testigo de aquel portentoso. Tendida sobre la losa, vio cómo aquella luz fulgurante se catalizaba en una especie de llama líquida que, enseguida, trazó una línea serpenteante sobre la pared que enfrentaba la estatua de Ptah. Parecía una palmera, marcó tres puntos: uno en la parte media, el segundo un palmo a la izquierda, y el tercero dos más abajo. Aquí la llama se concentró, dibujando un círculo ardiente sobre la piedra, y, apenas en un instante, la piedra misma pareció absorber todo su fuego hasta que de nuevo se impuso la oscuridad.

Lady Christie fue la primera en incorporarse. Uno tras otro, fue reanimando a los tres hombres caídos.

—... Santo Dios, Agatha. —Mallowan, conmocionado, miraba a su mujer como si no la reconociera—. ¿... Qué era esa luz?

Lawrence se había quedado sentado en el suelo. Todo le daba vueltas. Contemplaba la pared donde permanecía aquel extraño dibujo todavía humeante.

—O sea que este es el mensaje del perro negro —exclamó, sin poder reprimir un acceso de tos—: otro jeroglífico.

—Tiene que significar algo, eso está claro —intervino Auden, que apenas podía mantenerse en pie—. Una palmera, tal vez una serpiente... ¿y quizá tres letras?

Mallowan tampoco podía despegar sus ojos del enigma:

—Sí, parece un jeroglífico, pero no lo veo claro. Tendremos que estudiarlo.

Lawrence ya estaba copiando el dibujo en su agenda.

—Hazlo con la mayor precisión que puedas, David —propuso Auden—. Algo me dice que las distancias entre esos tres puntos son importantes.

No le dio tiempo a decir más. En eso, llegó hasta ellos el primer canto del muecín en la mezquita de Al-Hayya, la más cercana al templo de Amón. Mallowan tiró de la cadena de su reloj.

—¡Por todos los demonios, ya son las cinco de la mañana! Pero si cuando entramos aquí aún no habían dado las doce y...

—... Y tienes la sensación de que no llevas aquí abajo más que un cuarto de hora, ¿verdad? —adujo *lady* Christie—. No te preocupes, es exactamente eso lo que ha sucedido: tu tiempo se ha quedado en suspenso durante todo el tiempo del ritual, para tu mente no han transcurrido más que unos minutos.

—¿Entonces...?

—Entonces tenemos que salir a escape de este agujero —les cortó Lawrence—. Dentro de nada aparecerá por aquí la primera ronda de la Policía Colonial y no nos conviene meternos en más problemas.

Auden, que ya se encaminaba hacia la rampa de salida, se volvió hacia él con una inquietud palpable:

—¿Tienes el dibujo?

—He hecho un par de copias.

—Entonces adelante —convino la dama que había protagonizado la invocación—. En ese dibujo está la respuesta.

Salieron de la cripta como tres ladrones de tumbas sorprendidos por el alba. Por fortuna no se veía ni un alma en toda la vasta extensión del gran templo de Amón. Una vez que se apagó el canto del primer muecín, muy cerca de allá comenzó a modular el silencio un nuevo canto, al que siguieron otro y otro más, de mezquita en mezquita, en una polifonía de voces rotas que parecían seguir el curso del sol naciente sobre el firmamento, de este a oeste, como si también esas voces tuvieran el poder de conjurar con su llamada la llama de la vida.



ESE mismo sol había alcanzado ya la vertical sobre la montaña de Nejbet, donde la ciclópea cabeza de babuino parecía burlarse de la incesante actividad desplegada por los beduinos de Balek Gamal. Cavaban sin descanso bajo las ruinas de aquel templo romano perdido en medio del desierto, pero, de momento, no había aparecido ningún vestigio egipcio que acreditase las conjeturas de Fersen. El barón se había sumado a la corvea como un peón más, y, *naturellement*, su secretario, Messori, tuvo que quitarse la chaqueta, el chaleco de cachemir y hasta el cuello de la camisa para seguir su ejemplo. Solo el jeque se mantenía firme en su dignidad. Suntuosamente instalado a la puerta de su jaima, fumaba su narguile perfumado de cardamomo y, de vez en cuando, se llevaba unos gemelos de plata a la cara para contemplar las evoluciones de aquellos locos. Conway se le antojaba el más desconcertante. Pese a que era quien más se jugaba en la empresa, trabajaba con una indolencia tan notoria que apenas reconocía al apasionado arqueólogo de su primera campaña en Egipto. Sentada en cuclillas bajo un granado, Ankhesa seguía sus movimientos como si estuviese poseída por un sortilegio. A veces Leticia se le acercaba, y le hablaba al oído. A Kenneth no le gustaba que la buscase, menos aún que se mostrase tan confidencial. ¡Ah, cuándo podría librarse de todos ellos y escapar con su reina, sin que nadie se interpusiera en su felicidad! El papiro lo decía bien claro: pronto aparecerá un mensajero. «¿Pero dónde demonios está ese mensajero? ¿Por qué no aparece?».

No, él no podía saber que ese mensajero, el abridor de caminos anunciado por los papiros, se había manifestado ya..., pero solo ante los miembros de la Golden Dawn reunidos en Luxor. Sus cavilaciones se vieron súbitamente abortadas por el grito de uno de los beduinos que trabajaban en la parte más profunda.

—*Bisma'h ayumah!* ¡Aquí abajo la tierra se hunde!

Todos corrieron al lugar donde, en efecto, la tierra había comenzado a hundirse.

—Ha empezado a moverse cuando hemos apartado estos travesaños —explicó Gaetano—. Se ve que no hay piedra ni ladrillo debajo.

—Entonces mucho cuidado, ya no pisamos suelo firme.

Y, según lo dijo, atento a cada gesto, Conway empezó a retirar paladas de greda. Enseguida, apareció el remate de un estribo y, poco después, un segundo escalón que descendía hacia el vientre de la fosa. Fueron siete peldaños los que despejó el

escocés, seguido por Gaetano, y los dos rodeados por la expectación general. De pronto, a ras del último peldaño, surgió algo parecido al dintel de una puerta. Fersen, sintió que su corazón le daba un vuelco. Liberaron cuatro escalones más, la puerta se acabó de dibujar. Una puerta ciega, preservada por un muro de mampostería. Conway se dirigió a Gaetano.

—Pásame tu pico.

El pirata no le obedeció: se escupió en las palmas, aferró el pico, y descargó un golpe seco. Se desprendieron media docena de ladrillos.

—¡Muy bien, Gaetano! —aprobó el arqueólogo dándole una palmada en el hombro—. Sigue un poco más.

El pescador sonrió, su boca mostró dos relámpagos de dientes blancos entre sus labios violáceos. Cayeron unas cuantas piedras más. Conway deslizó su lámpara por la abertura. La luz iluminó una larga sala decorada con pinturas policromadas del tiempo de los faraones. Fersen lanzó un grito triunfal.

—¡*Sacrebleu*, al fin lo hemos encontrado!

Ni siquiera el escocés pudo detenerlo. El barón saltó al foso con su pico en la mano. Con febril impaciencia, machacó la pared hasta que la brecha fue lo suficientemente holgada para permitirle pasar y, sin vacilar, se introdujo por la abertura convencido de que al otro lado le aguardaba el tesoro más codiciado de la XVIII dinastía. Al fin la tumba de Akenatón y Nefertiti.

La euforia apenas le duró un instante. Un lamento amargo, casi un gemido, acompañó el eco de sus primeros pasos.

—¡Nada! ¡No hay nada!

Lo vieron avanzar como alucinado hasta el extremo de la cámara. Su sombra distorsionada se deslizaba de pared en pared sobre aquellas pinturas maravillosas, pero él solo veía una estancia vacía que se llenó con su desesperación. Durante toda su vida había soñado con ese momento. Encontrar el sarcófago del faraón apóstata, el personaje más singular de la historia antigua. Todo lo que no fuera eso suponía un fracaso absoluto para él.

—No se precipite Fersen, aún no está todo perdido —Conway intentó apaciguarle—. Tal vez esta cámara comunique con otra y entonces...

—¡Entonces no encontraremos nada! ¡Lo sé, lo presiento! ¡Los dioses se burlan de nosotros!

—Puede que tenga razón, *signore* —adujo Messori—. Mire eso.

Il Dottore señalaba una huella en el suelo, inadvertida hasta entonces.

—¿Qué quieres que vea? Ahí no hay nada.

—No hay nada pero hubo algo. Fíjese bien en el dibujo...

Su dedo índice fue marcando un perfil sobre el piso. La huella de un gran sarcófago antropomorfo que, en otro tiempo, había ocupado el centro de la estancia.

—*Merde!* —volvió a protestar el barón—. ¡Es la prueba de lo que le estoy diciendo! ¡Se lo han llevado! ¡Nunca lo encontraremos!

Conway permaneció en silencio, observando detenidamente las paredes del hipogeo.

—¿Qué cree que va a encontrar? ¿Un resorte secreto que le abra las puertas del *sancta sanctorum*? Por favor, no sea estúpido, eso solo pasa en las novelas baratas...

—Se olvida de un factor clave —exclamó el escocés volviéndose hacia él—. Observe el volumen del sarcófago: es más grande que el hueco de la puerta.

—Cierto —corroboró Messori, tras medir la silueta del bloque con sus pies—. Mide seis pasos de ancho, y esa puerta no pasa de cuatro.

La ofuscación del barón le impedía pensar con lucidez.

—¿Y eso a mí qué me importa? ¡No tengo ninguna intención de que me sepulten dentro de este pudridero!

—Usted no, pero si el sarcófago que ocupó esta cámara no entraba por esa puerta, entonces dígame: ¿por dónde lo sacaron?

Entretanto, en una habitación del Winter Palace, en Luxor, D.H. Lawrence volteaba su agenda abierta por la mitad, girándola en todas las posiciones. Sus camaradas escrutaban con su misma atención aquel dibujo que había tomado en la cripta del templo de Ptah.

—¿Es que no la veis? —insistía Auden, para quien su significado resultaba evidente—. Se trata de una cobra en posición erecta: abajo la cola y arriba la capucha bien desplegada. ¡La cobra es el mensaje!

Lawrence, siempre escéptico, desconfiaba de sus arrebatos visionarios. Le producían la misma sensación que esa atosigante loción Perkins con la que el poeta torturaba a propios y extraños.

—Tu serpiente erecta debe estar medio podrida.

—¿Por qué lo dices?

—No, por nada... Me huele «raro», eso es todo. Yo sigo viendo una palmera.

—Bueno, quizá las dos posibilidades sean ciertas —intervino Mallowan—. Para los egipcios la cobra era un símbolo solar, pero también la benefactora de la vegetación.

Lady Agatha se llevó su cigarillo turco a los labios, exhaló una vaharada lenta y volvió a preguntar:

—¿Y no tiene otros atributos? Vamos, Max, dinos cómo se la conocía en el tiempo de Akenatón.

—En el tiempo de Akenatón se la conocía como *Uadyet*, y formaba pareja con Nejbet, el buitre. Recordad los cetros de los faraones: siempre aparecen el buitre y la cobra.

—¿Pero qué rayos quiere decir «uadyet», Max? —insistió la escritora—. Y no me

seas exasperante, querido: responde claramente.

Como todos los expertos, Mallowan tendía a ignorar lo evidente. ¿Cómo era posible que no conocieran el significado de la palabra Uadyet?

—*Uad* es la voz con que se nombra a los mensajeros —exclamó al fin, como si se dirigiera a un grupo de niños—. El *yet* indica la procedencia. Y en este caso nos remite a las aguas.

—O sea, que significaría algo así como «La Mensajera de las Aguas».

—Más o menos.

—«La Mensajera de las Aguas» —repitió Auden, fascinado con el poema que ya estaba entreviendo.

—Sí, muy bonito —objetó Lawrence—, pero estamos como antes. Ayer decíais que el mensajero sería un perro negro, hoy resulta que se trata de una cobra acuática. ¿Y qué? Nos estamos enredando en una madeja de símbolos sin solución.

Tenía razón: aquel dibujo simple se cerraba ante ellos como el más hermético de los misterios. Una línea sinuosa en vertical que se abría en su copa, como la capucha de una cobra o como las pencas de una palmera y, a su izquierda, tres puntos formando un arco. *Lady Christie* se levantó y dio unos pasos hacia la ventana. El Nilo discurría como un dios cansado frente a la avenida por la que transitaban las calesas que llevaban a los turistas hacia los templos. A su espalda, Mallowan, Lawrence y Auden seguían articulando sus conjeturas.

—Si fuera una palmera, y los tres puntos un puñado de dátiles...

—¿Entonces qué?

—Los dátiles podrían significar estrellas de una constelación determinada.

—... Y la palmera la Vía Láctea.

La vena poética de Auden exasperaba a Lawrence, que mordió su pipa para refrenar sus palabras.

—Muy bien, ya hemos pasado de la palmera y la cobra a la Vía Láctea, o quién sabe si a la constelación del Perro. ¿Eso lo resolvería todo, no? —exclamó, algo más que caústico—. A ver, Wystan, dime qué viene después. ¿Un viaje de placer hasta Alpha Centauri?

El poeta acabó por hartarse:

—No, dímelo tú, oh, gran chamán de los instintos primigenios. Llevamos tres horas encerrados aquí dentro, y, pese a tu extraordinaria clarividencia, aún no has aportado ni una sola respuesta. Ni una sola.

—Prefiero no decir nada a acumular una sandez tras otra.

—Ah, o sea que nuestras aportaciones solo te parecen eso: sandeces. ¡Muy bien, así haces honor a los sagrados principios de la Golden Dawn!

—Recuerda el tercero de nuestros postulados: «¡El que sabe calla, el que habla se pierde!».

—... Pero luego viene el cuarto, muchacho: «¡Saber es atreverse!».

Los dos escritores se habían puesto en pie, encarándose frontalmente. Poco les faltaba para retarse a duelo. Fue entonces cuando *lady* Agatha se volvió del ventanal, imbuida de una serenidad inquietante.

—Creo que lo tengo.

Las cabezas de los tres hombres giraron hacia ella como si hubiera pronunciado un conjuro.

—Wystan tiene parte de razón, y tú también, David. —La mirada de su marido parecía suplicar el mismo reconocimiento. Ella se lo ofreció, piadosamente—. Sí, por supuesto que sí, Max: tu aportación no ha sido menos valiosa.

—Disculpe, *madame* —exclamó Lawrence, ya en el límite de su paciencia—. ¿Qué es lo que dice que tiene?

—Tengo la respuesta al jeroglífico. «La mensajera de las Aguas» es una cobra, pero también es la Vía Láctea, y el Nilo. Sí, el Nilo, este río sagrado que «serpentea» desde la profunda Nubia hasta el Delta... donde tiene, precisamente, la forma de una palmera, pero también la de la capucha de una cobra. ¿Acaso no recordáis que todo Egipto se hizo a imagen y semejanza del cielo? La correspondencia terrenal de la Vía Láctea era el Nilo, el gran eje que ordenaba su mundo, con templos y pirámides sembradas a modo de estrellas sobre su orilla occidental.

Los tres caballeros quedaron mudos de asombro. Solo su marido se atrevió a preguntar algo que ya resultaba obvio.

—... Entonces, esos tres puntos, no son dátiles, ni estrellas, ¿verdad?

—Son estrellas caídas del cielo, Max —continuó la dama fijando la punta de su boquilla sobre el dibujo—. O lo que viene a ser lo mismo, se trata de lugares muy concretos. Este que veis aquí. —Continuó, señalando el que figuraba en el centro, sobre el río—, este señala precisamente el lugar donde nos encontramos ahora: Luxor. La ciudad consagrada a la constelación de Orión, cuya estrella más brillante era...

—¡Canis Maioris! —aulló Auden—. ¡La del perro!

—Exactamente Wystan... Todo encaja.

—¿Y los otros dos puntos?

—Ahora vamos a verlo. Max, ¿tienes por ahí un buen mapa?

El arqueólogo apenas tuvo tiempo de recoger su maletín. La luz de la habitación se apagó súbitamente.

—Vaya, ¡ahora un corte de luz! —protestó Lawrence—. Habrá que bajar a recepción a por unas velas...

Mallowan se dirigió hacia la puerta. Al abrirla, recortada contra la negrura del corredor, se perfiló la silueta de un hombre. Su rostro resultaba indistinguible. El arqueólogo contuvo su sobresalto.

—¿Quién es usted?

La figura se recostó en el marco de la puerta, cortándole el paso con su mano.

—¡Por el amor de Dios, diga algo!

La respuesta no se hizo esperar: Mallowan sintió que le hundían el cañón de una pistola en la boca.

—Los sueños son realidad, *my friend*, igual que las pesadillas. Ahí radica toda la cuestión.

Se lo dijo en inglés, pero aquella voz tenía un marcado acento italiano.

Se trataba de Curzio Malaparte.



43

CINCO de los siete pasos descritos por la profecía se habían cumplido ya, y, sin embargo, ¿qué pasaba con el tiempo? Al menos para los aventureros perdidos en la montaña de Nejbet parecía haberse detenido en un exasperante compás de espera. Ankhesa no podía olvidar que sus días estaban contados. Sabía que los papiros de Caltagirone marcaban una cuenta atrás que concluiría con la próxima luna nueva. Ese era el plazo inexorable, la moratoria de su resurrección. Si en ese tiempo no conseguían restituir su momia a la cámara real sepultada bajo las ruinas de la ciudad sagrada de Amarna, Nefertiti moriría para siempre.

Esa noche la reina pidió a Conway que la llevara a la montaña. Necesitaba alejarse del campamento para hablar con él. Ganaron un promontorio donde permanecieron un tiempo en silencio, contemplando la inmensidad que se abría ante ellos. Aquel mar de dunas suspendido en un instante eterno y, sobre él, un cielo de un azul profundo cuajado de estrellas. Sí, era de esa fascinación de donde procedía el ardiente deseo de la humanidad de regresar a su luminosa esfera. Se lo decía aquella luna que parecía observarles con su ojo insomne desde lo alto. Habían viajado vida sobre vida, errando a través de los mundos, hasta encontrarse de nuevo en ese paréntesis del infinito. Ellos y sus enemigos debían volver sin cesar a esta tierra, bajo formas diferentes, hasta que sus corazones no fueran juzgados por los dioses.

—... Tres lunas, Ken. Tres lunas como esta nos han mostrado su rostro. ¿A qué esperas...? Recuerda, tenemos que llegar a Amarna antes de que se alce la luna de Heb-Sed^[57], la que renueva la vida. Y apenas faltan diez días.

—Tranquila, lo tengo todo calculado. De esos diez días yo solo necesito dos.

—¿Dos días más aquí? ¿Para qué?

El frío de la noche la hizo estremecerse, sabía que le ocultaba algo. Conway la cubrió con su chaqueta, era el momento de contárselo.

—Está bien, te lo diré de una vez: para acabar de cerrar mi trampa sobre Fersen. De momento todo está discurriendo en orden al plan que tenía dispuesto.

—Sí, eso ya me lo has contado: tú sabías que aquí, al pie de la montaña de Nejbet, se encontraba la cámara donde ocultaron mi sarcófago los cómplices de Sejanos antes de conducirme hasta la isla de Knhum. El hombre que se hace llamar Fersen y a quien yo conocí como Smenjkara, ya ha caído en tu trampa. ¿A qué

esperamos entonces para escapar de él y dirigirnos a la Casa de los Millones de Años?

—Es preciso dejar bien atados todos los cabos, Ankhesa, no podemos precipitarnos. Escucha, mañana «descubriremos» que bajo el suelo de la cámara sepulcral se abre un pozo que conduce a otra cámara. Tampoco hay nada allá. Lo sé positivamente. Hace cinco años visité este lugar con la expedición de Borchard. No entramos por las ruinas del templo de las Dos Verdades. El alemán excavó un túnel por la espalda de la montaña. Descubrimos las dos cámaras, constatamos que estaban vacías y sellamos las entradas. Mañana haré aparecer ese pozo ante los ojos de Fersen y él se lanzará como un poseso en busca de su tumba. Será entonces cuando escaparemos.

—¿Y qué te hace pensar que nos dejará escapar?

—De momento no sospecha nada. Le haré ver que necesito una herramienta especial, un espectrógrafo o algo parecido. Estará tan eufórico que me dejará partir solo a El Cairo.

—¿Y yo?

Le diremos que tú te quedas aquí, como garantía de mi regreso.

Los ojos de Ankhesa ardían de angustia:

—Pero no me quedaré con él, ¿verdad?

—Por supuesto que no, cariño —continuó el escocés, deslizándose una caricia sobre su mejilla—. Gaetano está avisado. Te ocultará en algún sitio seguro junto con tu momia. Me cuidaré de que Fersen siga dentro del pozo cuando me despida de él. Sí, lo descubrirá en cuanto salga. Pero Balek también está de nuestra parte. Él le jurará «por las barbas del Profeta» que hemos tomado la ruta del norte. Si se le ocurre perseguirnos, le ofrecerá su camión... y se perderá en el desierto. Para entonces nosotros ya estaremos rodando hacia Amarna en el Dodge. Nunca nos encontrará.

—Ojalá el disco de Atón sea el sello de tus palabras, Ken. Ese hombre está loco por cumplir su venganza.

—Ahora yo estoy contigo, Ankhesa. Esta vez no lo conseguirá.

—No olvides que cuenta con la ayuda de los demonios. Y él es el peor de todos. Ahora ya no busca matarme. En su segunda vida Smenjkara quiere poseerme. Igual que esa mujer, Kya, la hija del hitita, la que ahora se hace llamar Leticia. También ella se muere por poseerte a ti, Ken. Saben que necesitan apoderarse de nuestras almas para reencarnarse en una eternidad de tinieblas.

Conway recordó aquel intento de seducción que había vivido con Leticia en su tienda, pero no dijo nada. Estrechó el cuerpo de la reina contra su pecho.

—Vamos, Ankhesa, no te dejes sugestionar por tus sueños.

—Lo que sucedió el otro día no fue un sueño, Ken. A veces los muertos nos hablan por la boca de los vivos. Pero cuando todas las palabras están dichas,

entonces...

—Entonces qué, Ankhesa. Qué quieres decirme.

Ankhesa se resistía a contarlo, sus dedos se crisparon sobre la llave de la vida que pendía de su cuello.

—He sentido sus ojos de fuego en mi carne, Ken, y su aliento en mi boca... ¿Te acuerdas del día en que tú estabas descifrando el papiro y él vino a invitarme a dar un paseo por las ruinas?

—Cuéntamelo todo.

—Ese bastardo perdió la cabeza y se me echó encima. Quería besarme. Le mordí hasta hacerle sangre.

El escocés apretó las mandíbulas. ¿Por qué se lo había ocultado hasta entonces? Sí, cuando regresaron de las ruinas Fersen tenía un corte en el labio. Él lo justificó diciendo que se había caído. Ahora sabía la verdad.

—¡Le mataré! —exclamó, en voz baja, lleno de ira—. Te juro que le mataré.

Cuando Ankhesa puso su mano sobre su pecho fue la diosa quien habló por su boca:

—No, no debes hacer eso, Ken. Si derramas una sola gota de sangre no podrás cruzar la puerta junto a mí. La sangre derramada echará raíces en tu corazón y te quedarás para siempre en esta tierra. Para siempre, Ken. Nunca volveremos a encontrarnos.

El escocés se puso en pie y su cuerpo eclipsó la luna.

—Está bien, entonces serán sus propios demonios quienes acabarán con él, cuando bajemos a la cripta. Ya lo verás... —murmuró con una cadencia envenenada—. Vamos, regresemos al campamento.

Desandaron la senda en silencio. Un ciego deseo de venganza se había apoderado de Conway. Casi podía ver físicamente la sombría figura de Smenjkara avanzando tres pasos por delante. Tres mil años atrás ese bastardo había traicionado a su estirpe, fue él quien urdió la conjura contra la pareja real y quien acabó perpetrando el asesinato de Akenatón. Ahora había regresado bajo la máscara del barón Fersen, para poseer a Ankhesa. Pero esta vez él lo tenía en sus manos. Un dedo invisible parecía escribir sobre las arenas la sentencia del papiro: «Busca la verdad en lo que está escrito». Justamente es eso lo que debo hacer, se dijo para sí, apretando los puños, ayudar a que se cumpla lo que está escrito con letras de sangre, hasta que se abran para nosotros las puertas de la eternidad.

A medida que se acercaban al aduar les sorprendió un compás sincopado de palmas y darbukas, la música del desierto. Todos los hombres de la comitiva se habían reunido en torno al fuego, las botellas corrían de mano en mano en un clima de euforia general. Allá estaban también Gaetano y Messori, batiendo sus palmas entre los beduinos de Balek Gamal, quien presidía la ceremonia sentado como un

califa junto al barón Fersen. ¿A qué venía aquella celebración? La incógnita se resolvió en cuanto apareció ante ellos una mujer deslumbrante, vestida con una falda de muselina ribeteada de pedrería y un corpiño que dejaba entrever su torso desnudo. Se trataba de Leticia, coronada por un *ureus* semejante al que lució Ankhesa el día de su primer encuentro, pero en ella se había convertido en algo más que un símbolo. Su danza, encendida, sensual, arrebatadora, expresaba su imperio sobre los hombres. El jeque empujó a dos de sus beduinos para que Kenneth y Ankhesa se acomodaran a su lado. No les quedó más alternativa que contemporizar.

—¿De quién ha sido la idea, viejo camello? —masculló el escocés, aceptando de mala gana la copa que acababa de pasarle.

—Con una mujer así, y con esta luna, los hijos del desierto y hasta los muertos se encienden.

—Y tú ayudas a que se enciendan vertiendo tu vino sobre las brasas, ¿no? Porque eso que tocan parece un canto de amor...

—No te confundas, escocés. Se trata de un canto de amor en el seno del sufrimiento. Porque todo es sufrimiento. El mismo amor es esclavo del dolor, pero solo una pantera como esta puede apaciguar mi corazón.

Leticia parecía tenerlos hipnotizados a todos con su baile. Pero ella solo miraba a un hombre, fijamente. Tan pronto como lo descubrió, sus ojos ardientes envolvieron a Kenneth como si ya solo bailara para él. Su cuerpo se contorsionaba acariciado por el fuego, arrebatado por el batir de las darbukas. Su cadera se curvaba como un arco, ondulando su vientre y su cintura, mientras le dirigía una sonrisa incitante, la provocación en estado puro. Ankhesa sintió la humillación. Quería desaparecer, pero retirarse equivaldría a claudicar ante ella. Leticia pareció leer la desesperación coagulada en su rostro y dio un paso más. Sin dejar de contonearse de la manera más lasciva, jugando con su pañuelo, avanzó hasta Conway y lo enlazó por el cuello. Los beduinos rompieron a aullar, redoblaron el frenético percutir de sus tambores. Ningún hombre podía rechazar ese envite o, ante ellos, dejaría de ser un hombre. El escocés tuvo que ponerse en pie, y así se quedó, sin dar un paso más. Entonces Leticia comenzó a bailar a su alrededor ciñéndole con su echarpe. Su danza se hizo aún más envolvente, más carnal, absolutamente posesiva. Todos los hombres le envidiaban, pero una mujer había comenzado a odiarle. Cuando la italiana acercó sus labios a su oído, Ankhesa ya no pudo soportarlo. También ella se puso en pie, dispuesta a cualquier cosa. Gaetano, que observaba al otro lado de la hoguera, les salvó a los dos. Saltó como un tigre, con su botella en la mano, derecho a por ellos.

—¡Anda, escocés, apártate del fuego que te puedes quemar! —exclamó, esgrimiendo una falsa sonrisa de borracho mientras apartaba a Conway de un empellón, para ocupar su lugar dentro del pañuelo de Leticia—. ¡Y ahora baila con tu esclavo, mi reina, que con este vino no puedo apagar el volcán que llevo dentro!

Los beduinos estallaron en un coro de carcajadas y Leticia no pudo negarse. Ni a bailar con el pirata, ni a beber de la botella que le hundi6 en la boca mientras la estrechaba contra s3, apret6ndola bien fuerte. Entonces fue el bar6n Fersen quien se puso l3vido, pero tampoco 3l pod3a intervenir. Hubiera quedado rid3culo. La danza continu6 un tiempo m6s, lo justo para que Ankhesa y Conway pudieran escabullirse sin que ya nadie reparara en ellos.

Una vez dentro de su tienda la reina se sent6 en el borde del catre y volvi6 a levantarse. Iba de un lado a otro, sin detenerse m6s que cuando pasaba ante la abertura por la que se entreve3a el resplandor de la hoguera agitado por el redoblar de las darbukas. Estaba furiosa.

—¡Te lo dije, Ken, te lo advert3! ¡Esa mujer es peor que las bailarinas del templo que venden su vientre por un c6ntaro de miel! ¡No tiene alma, ni coraz6n, y no descansar6 hasta arrancarte el tuyo! ¡Quiere poseerte! ¡Igual que el bastardo que la acompa3a, el que me busca a m3! ¿Es que no te das cuenta...?

Conway estaba tan indignado como ella, pero en su fuero interno casi se felicitaba por esa escena que hab3a roto la impasibilidad de su reina.

—Ninguno de los dos lo conseguir6, y lo saben. Leticia sabe que solo te quiero a ti. Por eso hace todo lo que hace. Est6 desesperada, no es m6s que eso.

—No la subestimes, Ken. Dentro de ella hay un desierto, una tierra muerta que no se sacia jam6s: sus besos pueden matar.

—Antes los matar3 yo a ellos, a los dos.

Ankhesa tom6 su cabeza entre sus manos.

—V6monos de aqu3, v6monos ahora mismo. Los coches est6n ah3 fuera, y ellos siguen con su fiesta...

—Nos descubrir6n en cuanto encienda el motor, y si nos cazan ya no podr3 seguir adelante con mi plan.

—Si nos quedamos ser6 peor. Esta noche es la de nuestra 3ltima oportunidad. La clemencia de At6n no nos conceder6 otra. Ninguna m6s.

—¿C6mo puedes estar tan segura...? ¿Qu3 es lo que sabes?

—Los dioses no me han otorgado la paz, Ken. Aseguran el equilibrio del mundo, no el descanso de mi alma. Sabes que puedo ver lo que nadie ve, y en el fuego, en la danza de esa mujer, he visto lo que viene... —¿A qu3 se refer3a? La reina cerr6 sus ojos un instante, como queriendo olvidar. Cuando volvi6 a abrirlos verti6 en los suyos una mirada herida—. Pero lo peor de todo es lo que veo en ti: en el fondo de tu coraz6n sigues sintiendo algo por ella.

El escoc3s se solt6 de su abrazo sacudiendo la cabeza.

—No, eso no es as3, Ankhesa, te juro que esa mujer ya no significa nada para m3.

Fue entonces, tal vez por su manera de negarlo, cuando la reina comprendi6 que su batalla estaba perdida. Cogió un pu3ado de arena y lo fue dejando caer, despacio,

contemplando su lenta caída.

—Si todo sale mal, Ken, tienes que prometerme una cosa.

—Pídeme lo que quieras.

—Prométeme que si todo sale mal dejaremos juntos este mundo. —Las últimas partículas de arena cayeron de su mano, sus ojos se elevaron hacia él—. Solo los que mueren juntos permanecen eternamente unidos en el más allá.

La música había cesado, ya no quedaba nadie en torno a la hoguera. Lentas pavesas se elevaban en silencio hacia un cielo que parecía la puerta del infinito.

—Prométemelo, Ken, tienes que prometérmelo.

—Mi vida es tuya, mi reina, ahora y siempre. Siempre estaremos juntos. Es lo que dice el papiro. Recuerda: «Feliz aquel que nunca ha traicionado al corazón que le ama. Feliz aquel que conoce la verdad y nada teme». Yo no temo nada cuando estoy junto a ti, amor mío, ni a la vida ni a la muerte...

Mientras se lo decía la fue rindiendo con sus besos, con esos besos que le encadenaban más y más a ella, pero también a su rival. En una relación imposible lo justo era mentir. Leticia nunca había estado tan cerca de él como en ese momento.



AQUELLA noche Ankhesa durmió muy abrazada a Kenneth, pero no fue él quien la despertó. Una gacela salvaje había penetrado en su jaima y le rozó el rostro con su hocico húmedo. Sorprendida, la reina miró los ojos del animal, dos piedras negras, brillantes, llenas de inocencia. Cuando intentó acariciarla, la gacela esquivó su mano y se encaminó con un trotecillo vivo hacia el palmeral. ¿Dónde estaba Conway? Un frenético martillar de tornos y poleas le mostró el camino de las ruinas romanas. A esa hora el sol ya caía a plomo y los peñascos de la montaña refractaban un calor de horno, el aire apenas circulaba. Dentro de la cripta la atmósfera resultaba sofocante. Nada de todo eso parecía importar al barón Fersen. Siguiendo las órdenes de Conway los beduinos habían abierto un boquete en el suelo de la cámara. Tal y como este esperaba, apareció ante ellos un pozo de sección cuadrada de más de treinta metros de profundidad. Gaetano acababa de afirmar una cabria y una soga de fibras de palmera trenzadas por la que, en ese momento, se disponían a deslizarse el escocés y el barón. Ankhesa prefirió mantenerse a una distancia prudencial. Fersen se mostraba entusiasmado, no dejaba de abrumar a Kenneth con sus observaciones.

—... Soy un poco claustrofóbico, no se lo oculto, pero en estas circunstancias tan excepcionales, ah, creo que me lanzaría de cabeza al mismo infierno. Estoy ansioso por llegar allá abajo. Dígame, ¿usted cree que encontraremos lo que buscamos?

—Es pronto para afirmarlo —repuso el arqueólogo, que sabía perfectamente lo que iban a encontrar—. Los egipcios parecían conocer la codicia de los hombres del porvenir. Multiplicaban los falsos pozos, los falsos corredores, las falsas entradas...

—Pero si esto es una tumba, los sarcófagos reales tienen que estar aquí.

—También puede tratarse de una tumba falsa...

—Está bien, basta de palabrería. Ya veo que su escepticismo es invencible. ¡Que nos bajen de una vez!

La cabria comenzó a girar, dura, chirriante, y los dos hombres fueron descendiendo pozo adentro, cada uno con una linterna en la mano. A unos veinte metros de profundidad la pared oeste del pozo se abrió a una galería en forma de siringa que avanzaba hacia el interior de la montaña. Los espíritus de los muertos se mostraban favorables. Una alegría salvaje se apoderó del barón. Una vez más, se olvidó de su claustrofobia para introducirse como una comadreja por la abertura.

Conway le siguió. El aire, cargado de polvo en suspensión, hacía difícil respirar. A medida que avanzaban se desprendieron algunas piedras de la bóveda, y, enseguida, el halo de las linternas atravesó una bandada de murciélagos que pasaron sobre ellos lanzando chillidos estridentes.

—¿Y estos? ¿De dónde vienen? —exclamó el barón, mientras los espantaba a manotazos.

—Posiblemente de algún conducto de ventilación, al final del túnel.

—Pero a medio camino encontraremos algo, ¿verdad? Sí, lo sé, lo huelo, lo presiento. Este va a ser un gran día, para nosotros y para toda la humanidad...

Continuaron gateando por la galería, que se volvía cada vez más angosta y opresiva. Fersen iba delante y Conway detrás. El escocés no podía quitarse de la cabeza un pensamiento obsesivo, y este no tenía nada que ver con la arqueología. Ese cerdo había intentado forzar a Ankhesa. Igual que en el tiempo en que sus destinos se cruzaron por primera vez, en Amarna. En una vida anterior Fersen había sido Smenjkara, el asesino de Nefertiti, el descuartizador de Akenatón. También él conoció la cólera de los dioses, y murió de la peor manera. Pero ahora su alma había regresado para consumir su venganza. Si no acababa con él de un modo u otro, volverían a ser sus víctimas. Y en ese momento lo tenía a su merced, solos, sin testigos. Es posible que ya hubiera decidido cómo hacerlo de modo que pareciera un accidente: un golpe seco con su linterna, en la base del cráneo. De pronto, Fersen se volvió hacia él con una mirada alucinada. La emoción le impedía hablar.

—¿Qué sucede? —preguntó el escocés.

—... *Nom de Dieu!* Creo que lo hemos encontrado.

Y girando su linterna le mostró una puerta baja, apenas perceptible. Dos hojas de madera con un pasador coronado por dos cabezas de león y, en su centro un sello lacrado. La señal inequívoca de que esa puerta no había sido profanada jamás. El escocés se quedó sin habla. ¿Cómo era posible que cinco años atrás, cuando exploró aquella tumba con la expedición de Borchard, esta puerta le pasara inadvertida?

—El sello es auténtico, corresponde a los faraones de la XVIII dinastía. Y está intacto —articuló al fin—. Ahí dentro tiene que haber algo.

—No le quepa duda, amigo mío. Permítame que le felicite. De no haber sido por usted...

El barón no pudo terminar su frase. En ese momento se desprendió una de las lajas del techo, veinte metros a su espalda. Un gran torbellino de rocas, tierra y arena, avanzó hacia ellos con el estruendo de un alud. Fersen lo miraba paralizado por el pánico, viendo cómo lo arrasaba todo a su paso.

—¡Viene hacia aquí! ¡Vamos a morir sepultados vivos, como dijo la profecía!

—¡Déjese de profecías y cuerpo a tierra! ¡Cúbrase la cara, rápido!

Todas las elucubraciones homicidas de Conway cedieron ante esa reacción

instintiva que el barón acató de inmediato. La nube pasó sobre sus cuerpos, hacia el fondo del túnel. Pero ellos permanecieron tendidos hasta que cayó la última piedra. Conway se incorporó á tuestas. El polvo en suspensión les impedía ver nada, la atmósfera resultaba asfixiante. Una voz a su espalda le recordó que Fersen seguía ahí.

—... La maldición de los faraones otra vez —balbució, casi gimiendo—. Me muero, me ahogo... Esto es el final...

—Tranquílicese, esto no es el final de nada. Saldremos, pero tenemos que esperar.

—¿Esperar? ¿Esperar a qué? —Un arrebato de tos agravó la angustia del barón—. ¡Yo no puedo esperar! ¡No puedo! ¡Por lo que más quiera, haga algo!

—¡Chsst! Hable más bajo, o acabará provocando otro desprendimiento.

—Está bien, está bien..., Me calmaré, tengo que calmarme.

—Póngase el pañuelo sobre la boca, respirará mejor, y piense en algo agradable. Es todo lo que podemos hacer hasta que se disipe esta polvareda.

Fersen obedeció como un colegial aterrorizado. Con una mano se cubrió la boca. La otra, temblando, buscó el hombro de Conway. El escocés mantenía firme su linterna, enfocando a través de la polvorienta tiniebla el lugar donde debía estar la entrada del pasadizo. Cada minuto parecía ensancharse en un tiempo dilatado que el barón sufría como si cayera sobre él, latido a latido, el peso de una eternidad.

—No sabe cuánto acertó al decir que este iba a ser un gran día para nosotros, Fersen —exclamó al fin el escocés—. Me temo que va a vivir para contarlo. Mire...

El halo de la linterna había ganado profundidad, se advertía un punto de luz al otro lado.

—Sáqueme de esta tumba, Conway. Esto tenemos que celebrarlo.

El escocés se volvió, clavándole una mirada hasta el fondo de los ojos.

—Solo le sacaré si me da su palabra.

—¡Por todos los demonios! ¿Para qué quiere ahora mi palabra?

—Lo sé todo, Fersen: Ankhesa me lo ha contado.

Solo por el tono, el barón entendió a qué se refería. Comenzó a sudar, su rostro se veía demudado, como si estuviera al borde de sufrir un colapso.

—Fue una locura, un arrebato de locura... —farfulló, enjugándose nerviosamente el sudor terroso que corría por su frente y su cuello—. *Merde, quel catastrophe!*... Usted sabe que soy homosexual. Ni siquiera sé por qué lo hice. Su mujer es un ser adorable, una dama, una verdadera reina. Y yo... Yo no tengo perdón...

—Por supuesto que no lo tiene, Fersen. Es usted un maldito hijo de puta.

—¿Quiere pegarme? Adelante, pártame la cara, deme todo lo fuerte que quiera. No me defenderé, sé que me lo merezco.

Conway lo cogió por las solapas, hasta poner su cara a un palmo de la suya.

—Escúcheme bien, Fersen: como vuelva a tocar a Ankhesa le arranco la cabeza.

El barón no podía controlar el temblor de sus piernas, no le sostenían.

—Le juro que ese episodio no volverá a repetirse.

—Ya no me basta con eso. No quiero ni que la mire. Manténgase a distancia de ella. Y olvídela, olvídela por completo. ¿Me ha entendido?

Aquel hombre parecía capaz de cualquier cosa. Fersen apenas acertó a balbucir:

—Le... le doy mi palabra.

Kenneth soltó su chaqueta dejándola caer como un peso muerto y se volvió hacia la boca de la galería. La polvareda había acabado de posarse, pero no lo iban a tener fácil. Tres grandes lajas caídas del techo les cortaban el paso.

—Vamos, ayúdeme... Bastará con que levantemos una. Pero muévase despacio, con mucho cuidado. Podrían caer más.

Fue lo que hicieron. Entre los dos, tras un considerable esfuerzo, consiguieron desplazar la roca que les cerraba el paso. Conway se deslizó por el hueco entre las otras dos. Fersen parecía vacilar, estaba aterrado.

—No podré... No podré pasar por ese agujero siniestro.

Decirlo y escucharse una nueva trepidación fue todo uno. Aquella galería amenazaba con desplomarse de un momento a otro.

—Vamos, deprisa, coja mi mano.

La de Fersen parecía la mano de un muerto cuando alcanzó la de Conway, que fue tirando de él, lenta pero sostenidamente. Al fin el barón cruzó al otro lado como una exhalación que le salió del alma. Reemprendieron gateando el camino de salida del túnel hasta alcanzar la cuerda que pendía de la superficie del pozo.

—¡Gaetano, Balek! —les llamó el escocés dándole un buen tirón—. ¡Ya estamos aquí! ¡Podéis subirnos!

Su voz se elevó por la garganta de roca viva distorsionada por el eco. Pero arriba nadie respondió, ni la cuerda se movió un centímetro.

—¡Por todos los demonios...! ¿A qué esperáis, haraganes? ¡Tirad de una vez!

El eco de su voz volvió a ser la única respuesta.

—... No sé qué pasa ahí arriba, pero no nos va a quedar otra que subir escalando.

—Usted primero —articuló el barón—. Si vuelvo a mirar abajo, creo que me moriré.

Conway comenzó a trepar aferrándose a la cuerda y apoyándose en los resaltes de la pared. Subió así unos quince metros. Le quedaban diez más. Se detuvo para recobrar fuerzas, no más. Fersen le contemplaba aterrado ante la perspectiva de tener que hacer lo mismo. El arqueólogo continuó ascendiendo. A duras penas, alcanzó la boca del pozo. Pero al llegar arriba no dijo nada, ni siquiera se volvió hacia él.

—¿Qué sucede? —preguntó el barón desde abajo—. ¿Es que nadie va a ayudarme a subir...?

Entonces escuchó una voz que no era la del escocés:

—Tienes cinco minutos para subir, maricón de mierda. Cinco minutos y ni uno

más. Luego dejaré caer la soga al fondo de la tumba, para que te pudras dentro:

Fersen llegó arriba exhausto, jadeando ruidosamente. Pero la primera visión de aquel escenario le cortó lo que le quedaba de aliento. Conway le contemplaba con las manos atadas a la espalda. Todos los hombres de Balek Gamal, como Gaetano y Messori, se veían igual: maniatados y en pie, alineados contra uno de los muros de la cripta. Frente a ellos había tres escuadristas apuntándoles con sus armas y un personaje inconfundible. Curzio Malaparte era el nuevo señor de la montaña de Nejbet y de todos sus misterios.



45

LOS fascistas condujeron a sus rehenes hacia la jaima grande a punta de pistola. Dentro, junto a Ankhesa, les esperaban cuatro más. Sí, allá estaban los tres ilustres miembros de la Golden Dawn: Auden, Lawrence, y *lady* Agatha. Su esposo, el arqueólogo, no podía tenerse en pie. Movía la cabeza de un lado a otro, débilmente, como si quisiera librarse de una pesadilla. Un coágulo de sangre seca le bajaba desde la sien a la boca, tenía la cara deformada por los golpes. Los vendajes que cubrían sus manos testimoniaban que aquello había sido todavía más atroz.

—Ya ve que sus amigos no tienen secretos para mí —se jactó Malaparte, una vez que se acomodó en el sitial del jeque—. Sin su colaboración, lo admito, nunca hubiera podido encontrarles.

Conway aún estaba conmocionado por el asalto. Al ver a los ingleses su confusión fue total. No entendía nada. La aversión que le inspiraba aquel personaje le llevó a replicar de una manera desabrida.

—¿Pero qué dice, fantoche? Si yo apenas los conozco...

—¿Que no los conoce? —continuó Malaparte—. Pues ellos lo conocen muy bien a usted. Estos pirados pertenecen a una secta, no tengo claro si masónica o espiritista, o las dos cosas a la vez. Y aseguran que han venido hasta aquí «para protegerle».

Lawrence iba a decir algo. Uno de los escuadristas le puso su pistola en la nuca. Malaparte chasqueó la lengua con evidente complacencia.

—Eso avala mis teorías. Mis teorías y las del *Duce*, naturalmente. No se trata de una cuestión italiana. Europa entera está amenazada por esta lepra roja. Bolcheviques, masones, judíos, degenerados... Todos unidos en el propósito de acabar con nuestra civilización y suplantarla por los demonios de oriente. Todo lo malo viene de oriente: esa horda sin dios que se ha hecho con el poder en la santa Rusia, y estos alucinados que invocan a los perros del panteón egipcio para abortar el resurgimiento de la Roma eterna.

—Los «hijos de Sejano» —masculló Conway entre dientes.

—*Ecco*, los «hijos de Sejano». Aquellos que traicionaron el legado de Tiberio y la grandeza del Imperio, los mismos que convirtieron Roma en una cloaca de invertidos y ramera —añadió, desviando una mirada despectiva hacia Fersen y Messori—. No, no tiene nada de casual que los dos antros más concurridos de Capri fueran la Scuola

Rivoluzionaria de ese chivo satánico llamado León Trotsky, y el burdel para sodomitas de Villa Lysis.

—Pero usted había pactado con nosotros —articuló el barón, con el tono exacto de los cobardes que solo quieren salvar su pellejo—. ¿Es que ya no lo recuerda?

—Lo recuerdo muy bien: me prometiste la cabeza de este cabrón escocés a cambio de que pasara por alto tus aberraciones. Pero fuiste tú quien traicionó el pacto, *vaffanculo*, y eso no te lo voy a perdonar.

—¡Nos secuestraron! —gimió Fersen—. No pudimos hacer nada...

Malaparte repitió sus palabras, despacio, masajeándose el mentón.

—Ah, vaya, o sea que os secuestraron... Ya he visto las pavorosas condiciones de vuestro cautiverio. Y dime, ¿te tenían sepultado en ese pozo, o será que has bajado tú mismo para fumarte una de tus apestosas pipas de opio, como en La Grotelle?

—Ahí abajo hay algo importante, Curzio, un tesoro...

—¡Cállese, imbécil! —le cortó Conway, antes de recibir otro culatazo.

—Ah, o sea que ahora también tenemos un tesoro —continuó Malaparte—. Qué fantástico, eso significa que mis desvelos han tenido un premio. ¿No me digas que al fin habéis encontrado los sarcófagos de Akenatón y Nefertiti? —Y antes de que Fersen pudiera replicar, adelantó una respuesta—. En ese caso, ya tenemos solucionado el tema de los pasaportes.

—¿Pasaportes? —balbució el barón, apresurándose a mostrarle el suyo—. Yo tengo el mío en regla.

—Pobre *polentone*, hay que explicártelo todo. Mira a nuestros egregios invitados. Son grandes escritores, poetas que entienden las metáforas. ¿No es así, *mister Lawrence*?

El escritor le sostuvo la mirada y escupió al suelo.

—¿Lo ves, Jacques? «El amante de *lady Chatterley*» ha entendido perfectamente. Sabe que estoy hablando de los pasaportes necesarios para enviaros al infierno.

—¿Pasaportes para el infierno? —repitió Fersen, demudado—. No entiendo...

—Lo entenderás cuando ocupes tu lugar en el sarcófago que elijas —prosiguió Malaparte—, porque es eso lo que voy a hacer con vosotros. ¿No soñabais con revivir los rituales del tiempo de los faraones? Pues ya está: vais a experimentar un enterramiento solemne dentro de la Gran Pirámide, como en los tiempos de Ramsés. Según tengo entendido, todos los servidores de la corte de un faraón eran sepultados vivos, junto con sus esposas, por supuesto —y, según lo decía, giró una mirada hacia Ankhesa—, para que le acompañaran en su viaje a las estrellas.

La reina le sostuvo la mirada, desafiante, sin una palabra. *Lady Agatha* respondió por todos:

—El alto comisionado británico, *lord Allenby*, conoce nuestros movimientos. Sabe que estábamos en Luxor. En cuanto el director del Winter Palace notifique

nuestra desaparición revolverá cielo y tierra para encontrarnos.

—¿Tan estúpido me cree, señora? Antes de partir me ocupé de saldar sus cuentas. Y descuide, su buen nombre no corre peligro: dejé una buena propina. Nadie en Luxor, ni en ninguna parte, les da por desaparecidos. La versión oficial es que continúan su viaje de placer hacia la tercera catarata, donde los cocodrilos.

Auden acabó por perder los nervios:

—Entonces, ¿a qué espera? ¡Mátenos de una vez y acabemos con esta comedia!

Malaparte aguardó a encender un cigarrillo, parsimoniosamente.

—Espero a mi poeta particular. Un buen amigo de todos ustedes, aunque la mayoría de los mortales le detesten.

—Eso es imposible —protestó *lady* Agatha—. Ningún amigo nuestro puede serlo suyo.

—Paciencia, ya lo conocerá. Llegará en un par de días. Y hasta entonces, ya les avanzo que no se van a aburrir: tenemos mucho trabajo.

—¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

—He venido hasta aquí para arrancar la mala hierba de raíz. Seguro que una gran dama como usted estará encantada de ayudarme en tan noble tarea.

—No movería un dedo por ayudarle ni aunque estuviera entre las muelas del diablo.

—Me temo que su maridito no piensa lo mismo. —Y según lo decía, hizo un gesto a uno de los escuadristas. Sin vacilar, este aplastó las ensangrentadas manos de Mallowan, que lanzó un gruñido de dolor—. ¿Lo ve? Él sí que estaría encantado de colaborar, pero en las condiciones en las que se encuentra, lo va a tener difícil para tocar el piano.

—Está bien —intervino Lawrence—. ¿Qué quiere que hagamos?

—Nada del otro mundo... O tal vez sí —explicó Malaparte poniéndose en pie con su fusta en la mano—. Quiero que saquen de ese pozo el tesoro, los sarcófagos, todo lo que encuentren. Su misterioso amigo me ha asegurado que los necesita, no sé muy bien para qué. La gente dice que está endemoniado, poseído por Satanás y por toda su corte. Exageraciones, naturalmente. Aunque la verdad es que le fascinan los rituales macabros, con mucha sangre y todo eso.

Siempre ha sido fascinante observar cómo, en ocasiones, las personas más inteligentes y experimentadas creen dominar los hilos que mueven su destino y acaban siendo juguetes de desencadenamientos que les exceden. Desde el *Edipo* de Sófocles al *Ulises* de Joyce, esta es la lección esencial de las grandes obras de la literatura, y todos lo sabemos. Sin embargo, cuando uno mismo se encuentra ante una situación semejante, el trastorno suele ser de tal magnitud que impide ver claro eso que, en otras circunstancias, nos hubiera parecido evidente. Kenneth Conway se había involucrado en aquella aventura creyendo tener los ojos bien abiertos cuando,

en realidad, caminaba a ciegas. De este modo, su papel protagonista como un sofisticado conspirador acabó trocándose en el de la víctima que no comprende nada de lo que le sucede, ni por qué le está sucediendo.

Los fascistas recluyeron a sus rehenes en la jaima más apartada, bajo estrecha vigilancia. Entre susurros, *lady* Agatha refirió a Conway y Ankhesa lo esencial de su peripecia, todo aquello que no le había contado cuando se encontraron en el Winter Palace. También Lawrence les debía una explicación. Conway estaba furioso, desesperado. ¿Era a eso a lo que se refería el escritor aquel día, ante la isla de Citera, cuando le dijo que volverían a encontrarse? ¡Valiente ayuda la suya! La suya y la de aquella secta de imbéciles. Se habían dejado cazar por los fascistas de Malaparte, esa era la única evidencia demostrable, la razón final de su derrota.

—No estamos derrotados, Kenneth, créame, tiene que creerme —insistió *lady* Agatha, la que nunca perdía la calma—. Saldremos de esta, ya lo verá. Tenga fe.

—¿Me pide que tenga fe? Quédesela toda para usted. Y ahórrese el trabajo de sermonearme con sus creencias, yo no creo en nada.

—Muy bien, Kenneth, no le sermonearé. Considere esto solamente: hay un nivel de verdad que se encuentra más allá del mundo demostrable y explicable. Aunque muchos se nieguen a verla, esa verdad resulta esencial para todos los seres humanos, porque se trata de una verdad eterna, inmutable. No está a merced de las teorías filosóficas y, perdóneme, tampoco del capricho de los científicos. Esta verdad es lo que nos sostiene. Nosotros creemos en la sabiduría ancestral. Aunque no crea en ella, solo le pido que crea en nosotros.

—La sabiduría ancestral —se jactó Conway—. Ustedes viven en un delirio permanente, fuera del mundo. La historia real es lo que cuenta, no las visiones de cuatro iluminados.

Ankhesa, que hasta entonces permanecía en silencio, le buscó con sus ojos:

—No, Ken, no existe tal diferencia. La señora tiene razón. La sabiduría ancestral es esa luz que Atón creó de sí mismo al principio de los tiempos. Es la luz que da vida al mundo, pero también la que late dentro de nosotros, la esencia de nuestro ser. No me digas que has dejado de creer en eso, porque entonces también habrás dejado de creer en mí.

El escocés había olvidado lo evidente. En efecto, ¿qué era la misma Ankhesa sino un ser que había regresado de la muerte para dar vida a un sueño? No era el momento de contar su historia. Corría el peligro de que aquellos locos se la creyeran. Se lo dijo con una mirada furtiva, no debía revelar su secreto ante nadie.

—Creo en lo que veo, Ankhesa, y creo en ti porque estás aquí, porque eres real. Eso es todo. Y en cuanto a vuestra luz prodigiosa —continuó dirigiéndose a los otros—, decidme, ¿dónde está ahora? ¿Por qué no nos ha salvado de ellos?

—Porque también hay seres que se alimentan de luz negra, Conway —repuso

Auden—. En este mundo real tenemos que enfrentarnos con potencias invisibles que son tan reales como los protones y los electrones. No podemos verlos, pero existen.

—La luz y las tinieblas, el bien y el mal. Otra vez el viejo discurso maniqueo...

—No es tan fácil, Conway... —continuó Lawrence—. Todos tenemos una parte oscura, también nosotros. Está en nuestro instinto, como el sexo o la supervivencia. Pero por encima de esas pulsiones hay una más elevada, misteriosa... Yo la llamo el instinto de regresar.

—¿El instinto de regresar? Jamás había oído nada semejante.

—Sí, Conway: lo esencial de nuestra vida no es correr hacia adelante, como sostiene la ciencia positiva, sino retroceder en busca de las respuestas.

—El viaje hacia las respuestas —le cortó Auden—, eso me gusta.

Lo dijo como si, pese a su situación, pudiera permitirse poetizar. Lawrence prefirió ignorarle, sabía que era incorregible.

—Piénselo un momento, ¿qué supone esta aventura sino un camino hacia atrás? Hemos regresado a Egipto, hemos retrocedido en el tiempo...

—Sí, sí, no me lo repita... Y ustedes están aquí para protegernos a mí y a Ankhesa. Pues ya ven adónde nos ha llevado su luz y su protección.

—... Entraba dentro de lo previsible —*lady* Agatha lo dijo con su flema habitual. El escocés no daba crédito, ella continuó—. Descuide, no voy a pedirle que crea en la providencia... ni que tenga fe. Le hablaré en su lenguaje, Conway: en nuestras vidas siempre aparece una encrucijada en la que debemos elegir entre nuestras esperanzas y nuestros miedos. Si elegimos nuestros miedos, elegimos una muerte en vida.

—Muy bien, elijamos nuestras esperanzas. La suerte que nos espera es la misma: esos canallas acabarán degollándonos.

Entonces fue Gaetano quién se revolvió.

—¡Por mis muertos, jefe! Tenga por seguro que antes me llevaré por delante a tres o cuatro de esos piojos negros. ¡Un Cornacchia nunca se rinde!

—¡Y un Auden tampoco, muchacho! —exclamó el poeta con esa voz atiplada que, en otras circunstancias hubiera resultado cómica.

Aun a su pesar, Conway segregó una sonrisa que más parecía una mueca. Sin embargo, las palabras que todos esperaban se resistían a salir de su boca.

—Vamos, Ken —exclamó Ankhesa—. Dilo de una vez.

—No le queda otra, Conway —insistió Lawrence—. Por más que nos considere un hatajo de visionarios, sí, se lo reconozco, hemos cometido muchas torpezas..., pero ya no tenemos más alternativa que plantar cara a estos miserables.

Lady Agatha fue la última en hablar:

—En las situaciones más desesperadas solo cabe una respuesta, amigo mío, y es muy simple: sigue a tu corazón y no temas.

Nunca sabrían qué fue lo que acabó de convencer al escocés. En efecto, seguía

viéndolos como un concierto de locos, tanto más temibles por sus torpezas cuanto más insistían en su disposición a seguir ayudándole, seguro que multiplicándolas. Pero Ankhesa estaba de su parte, y él sin ella, lo sabía, no era nada. A regañadientes, renegando de cada palabra, acabó diciéndolo:

—De acuerdo, ya es tarde para arrepentirse. Seguiremos adelante, hasta el maldito infierno. Pero todos ustedes harán lo que yo diga, ¿entendido?

Al día siguiente, con el amanecer, los cautivos fueron conducidos a las excavaciones, donde ya les esperaban Fersen y Messori, encañonados por los escuadristas. El rostro descompuesto del barón reflejaba su estado de ánimo. Malaparte había dado órdenes expresas: debían trabajar separados, y solo descenderían al pozo por relevos de no más de dos hombres. Auden y Lawrence se sumaron al grupo de los beduinos que preparaban vigas y puntales. Gaetano se ocupó de las sogas. Fersen y Conway volvieron a descender hasta la galería donde se abría la puerta sellada. El barón no abrió la boca hasta que llegaron abajo. También él estaba desesperado. O, al menos, lo aparentaba muy bien. El escocés no se fiaba de él, pero lo necesitaba para llevar a cabo el plan de fuga que venía maquinando desde dos días atrás. La aparición de los fascistas solo había supuesto un cambio de papeles. Ahora estaba obligado a negociar con su enemigo. Y, curiosamente, su enemigo utilizaba sus mismos argumentos.

—... Todo esto nos ha sucedido por su culpa, Conway. Esos intelectuales amigos suyos se han dejado atrapar como conejillos de Indias por los fascistas y los han traído hasta aquí. ¡Ahora sí que estamos perdidos! ¡Perdidos de verdad!

El escocés le dejó hablar, necesitaba ganarse algo parecido a su confianza.

—Le repito que yo no sabía nada de esto. Yo no pertenezco a ese corral de visionarios, la Golden Dawn o como se llame.

—Pues ya oyó lo que le dijo esa loca con pinta de sufragista. *Lady Agatha*, *Agatha Christie*... Según ella, le seguían la pista desde la expedición de Caltagirone.

—Todavía me estoy preguntando por qué razón, se lo aseguro...

—Las razones ya no importan. Aquí lo único importante es salvar el pellejo.

—No se preocupe, tengo un plan.

Los ojos de Fersen se iluminaron.

—¿Un plan de fuga? ¿Y me lo cuenta ahora...?

—Cuándo se lo iba a contar: los fascistas nos vigilan día y noche, solo podemos hablar aquí abajo, y no tenemos tiempo que perder.

—Está bien, cuéntemelo...

—Recuerde los murciélagos que aparecieron en esta galería cuando entramos en ella por primera vez.

—¿Y qué espera? ¿Qué ahora vengan en nuestra ayuda?

—Ya han venido, Fersen. Si están aquí es porque han entrado por alguna cueva

perdida en la espalda de esta montaña. Es decir, hay otra salida. Justo la que necesitamos para sorprender a esos canallas.

—¿Quiénes? ¿Usted y yo? ¿Qué podemos hacer sin más armas que un pico y una pala frente a media docena de hombres armados?

—Cuando llegue el momento de subir a la superficie lo que encontremos ahí dentro, nos las ingeniaremos para que nos acompañen Gaetano y los beduinos de Balek. Y si se trata de una tumba egipcia, ya sabe, seguro que encontraremos un buen arsenal de armas: espadas, mazas, picas... ¿Me va entendiendo?

El barón había comenzado a sudar, su ansiedad lo devoraba.

—Vamos, rompa ese sello de una vez y crucemos los dedos.

Bastó un golpe seco para que el sello se partiera en dos. La puerta se abrió con un crujido siniestro. Conway introdujo su linterna. Lo que se encontraron al otro lado les dejó sin habla. Sí, había momias, decenas de momias apiladas contra sus cuatro paredes. Pero no pertenecían a ningún faraón, ni siquiera al género humano.

—¡Monos y carneros! ¡Nada más que eso! ¡Los dioses se burlan de nosotros!

Fersen aullaba fuera de sí. El escocés tuvo que ponerle la mano en la boca.

—¡Hable más bajo, que no nos oigan! Esto era lo previsible. El mono y el carnero, Thot y Knhum, son los dioses tutelares de este paraje, y los egipcios les rendían culto momificando a estos animales por centenares.

—¡Ahórrese sus explicaciones, maldito pedante! ¡Usted me ha traído hasta este desierto con la promesa de que encontraría los sarcófagos de Akenatón y Nefertiti! ¡Y hace un momento daba por seguro que aquí dentro habría un montón de armas, pero no hay nada...! ¡Nada más que este repugnante osario de babuinos!

Conway deslizó su linterna sobre las cabezas de las momias.

—Tenga paciencia, Fersen, y cierre esa boca. Si sigue gritando así acabará provocando otro derrumbamiento.

—¡Como si es la Gran Pirámide la que se derrumba sobre nosotros! Estamos condenados, Conway. Antes o después moriremos sepultados vivos en este agujero.

—Présteme un poco de atención, le diré lo que vamos a hacer...



46

—...**O** sea que, después de tanto alboroto, solo habéis encontrado un montón de cabras momificadas. ¿Esa mierda era el tesoro, Jacques? —exclamó Malaparte, en su tono más despectivo—. Sería muy lamentable para ti que intentaras engañarme.

—No, no le engaña —continuó Conway—, y si lo duda puede bajar usted mismo para verificarlo. De todas formas, le adelanto que al otro lado de esa cámara hemos detectado otra más. Posiblemente la cámara del tesoro.

—Ah, eso está mejor. Pero... no entiendo. ¿A qué esperan para subirlo aquí arriba?

—No podemos.

—Nada es imposible para un escocés, *mister* Conway. Lo espero todo de usted, y seguro que no me va a decepcionar. Por una mujer tan bella como la suya, haría cualquier cosa. ¿No es cierto?

Kenneth apretó las mandíbulas. Llevaba un día entero sin ver a Ankhesa. ¿Qué habían hecho con ella? Sabía que no tenía sentido preguntar. Su única posibilidad pasaba por seguir llevándole a su terreno.

—Lo que separa la primera galería de la segunda no es una puerta de madera, sino un muro compacto de más de un metro de espesor. Si quiere que lo derribemos necesitaré a todos mis hombres ahí abajo.

—Lo siento, pero esa gracia no puedo concedérsela. Estamos en guerra, *my friend* —continuó Malaparte sin atenuar su sarcasmo—. Diez hombres armados, aunque sea con picos y palas, pueden resultar muy peligrosos.

Entonces Fersen se encaró con él, aparentemente muy indignado, cumpliendo a la perfección el papel que le había asignado el escocés.

—¡Maldita sea, Curzio, deja de jugar con nosotros! ¿Qué demonios quieres que hagamos?

—Tranquilo, Jacques, seguirás picando piedra ahí abajo hasta que te sangre el alma. Pero lo haréis por turnos de cinco hombres y ni uno más. ¿Quieres formar parte del primero?

Esa noche ya no durmieron en las jaimas. Malaparte decidió que sus rehenes se tendieran al raso, junto a la hoguera, siempre vigilados por sus escuadristas. Él ocuparía la de Balek Gamal, las tres mujeres se guardaban en la otra, mientras que la

tercera tienda permanecía reservada para el misterioso visitante que llegaría al día siguiente. Ankhesa solo tuvo un momento para reunirse con Conway, poco antes de que se apagarán los fuegos. Por alguna extraña razón, Malaparte se mostró condescendiente y los dejó solos. La reina se llevó al escocés hacia las ruinas. Uno de los fascistas montaba guardia bajo el arco del templo. Otros dos más se perfilaban sobre la cresta de la montaña, disuadiéndoles de cualquier posibilidad de fuga. En un remanso del manantial el agua estancada reflejaba las estrellas. La reina se quedó mirándolo. No veía aquel espejo del cielo, una profunda negrura parecía emerger de su alma a través de sus ojos cuando comenzó a hablar.

—Lo he visto, Ken, sé quién viene. Aquel que en una vida anterior acabó con tu vida y con la mía, ya está en camino.

—¿De quién me hablas, mi reina? No puedo entenderte...

—Esta noche he tenido un sueño horrible, amor mío. Era él.

—¿Has vuelto a ver a Apofis?

—No, esta vez no era ese demonio que se embarcó con nosotros en el *Albatros*, sino el señor de todos ellos: Se trataba de Seth en persona, el destructor de Osiris, el de los siete rostros y los siete escorpiones. El que siempre vela por los hijos del mal y los reúne bajo su manto.

—Cuéntame, ¿qué es lo que has visto?

—He visto su cabeza de asno, su hocico, sus garras... La noche estaba alta. Tú habías caído rendido, descifrando tus papiros. Entonces apareció él, como si se alzara de su sepulcro bajo las arenas. Se cubría con un manto negro, llevaba el cetro *uas* en una mano, ya sabes, ese bastón alto en forma de «T», y en la otra, una copa de oro...

«... Un bastón en forma de T». El escocés repitió sus palabras para sí, recordando la pesadilla que había sufrido días atrás. Aquel ser le mostraba un anillo donde se engarzaba una «T» mayúscula, con las iniciales de sus nombres grabadas en su interior, en torno a aquella sentencia fatídica: *Condenatio amoris*.

—Yo también lo vi, hace dos noches.

—¿Cómo? ¿Que tú también...? Entonces esa es la prueba de que todo es cierto. Dime, Ken, ¿cómo acababa tu sueño?

—Ya no lo recuerdo —mintió el escocés, para no inquietarla más.

—El mío era terrible. Yo sabía que ese demonio llevaba la muerte en su copa pero no podía decírtelo. No podía hablar, ni moverme. Y tú apurabas su veneno hasta la última gota. Luego Seth me cubría con su manto, como si la noche misma cayera sobre mí, y la luz de Atón se apagaba en mi alma...

—Basta, Ankhesa, olvídale. —Conway intentó serenarla—. Solo ha sido un sueño.

—... Apenas nos quedan siete días, Ken, solo siete días. Estamos atrapados en una diabólica cuenta atrás. Si no llegamos a Amarna con la luna del Heb-Sed, moriré

para siempre y ya nunca más volveremos a encontrarnos.

El escocés tomó su cabeza entre sus manos.

—Confía en mí... Estoy tramando un plan con Gaetano y Balek. Los ingleses están de nuestro lado, hasta el barón Fersen sabe que está perdido sin nosotros...

—De ese no te fíes jamás, recuerda quién es: se trata del bastardo Smenjkara, el que conspiró contra ti para hacerse con los dos reinos. Con él han venido todos los demás... ¡Son los mismos que acabaron con nuestra felicidad hace tres mil años y han vuelto! También ellos tienen un plan. Aunque finjan estar enfrentados les mueven los mismos intereses. Odian la luz y codician nuestras almas. No te quepa duda de que han venido aquí para cumplir su destino.

—Pero nosotros jugamos con ventaja, Ankhesa: lo sabemos, sí, lo sabemos todo.

—¿Y de qué nos valdrá saberlo? Estamos en su poder...

Conway se había quedado mirando al cielo con una expresión absorta. Un chacal aulló en la lejanía. Cuando se volvió hacia ella en sus ojos se reflejaba una extraña calma.

—Olvidas que nosotros también tenemos poder sobre ellos.

—¿A qué te refieres?

—Según me has contado, en tu vida anterior el general Horemheb estaba loco por ti.

—Tanto que acabó desposando a mi hermana, la princesa Mutnedymet, valiéndose de los mismos hechizos que empleó Kya contigo. Esa bruja no descansará hasta poseerte.

—Pero ella no tiene ninguna fuerza, mientras que Malaparte...

—La hija del hitita tiene bastante más poder del que imaginas, Ken, no la subestimes. Las mujeres sabemos medir a nuestras rivales.

—¿Y a vuestros amantes?

La reina se revolvió, llena de ira.

—¡Yo nunca tuve amantes, Ken! ¡Ni Smenjkara ni Horemheb! ¡Jamás cedí a sus incitaciones! ¡No te tolero que me confundas con una cortesana!

—Cálmate, me has entendido mal, o yo no me he explicado. No será necesario que...

No pudo continuar, Ankhesa puso su mano sobre sus labios:

—Calla, te estás perdiendo. No cuentes conmigo para eso.

—Está bien, entonces lo haré yo: acabaré con los dos. En algún momento cometerán un descuido, maldita sea...

—Te lo he dicho muchas veces pero tú te niegas a aceptarlo. Toda sangre es sagrada, Ken, nosotros ya no podemos matar. Por hacer lo que hice cuando el mundo me conocía como Nefertiti fui castigada por los dioses. Ahora sería peor.

—¡Los dioses, los dioses! ¡Se trata de nuestra vida, Ankhesa! ¿Es que no te das

cuenta?

No se reconocían. Aquella desesperada cuenta atrás les había llevado a enfrentarse como nunca hasta entonces. La reina le volvió la espalda, reduciéndole al silencio, un silencio tenso, aturdido, que el escocés ya no supo cómo romper. Uno de los escuadristas venía por ellos. Condujo a Ankhesa a la jaima de las mujeres. Conway se encaminó hacia la hoguera. Solo Gaetano se mantenía despierto, apurando su último cigarrillo del día al abrigo de su manta.

—Hay marejada en la tienda grande, *signore* —exclamó, lanzando la brasa al fuego—. Hace un rato uno de los fascistas ha venido a por el barón. Llevan más de una hora arreglando el mundo allá adentro.

—Que hablen todo lo que quieran, nosotros seguimos con nuestro plan —repuso el escocés, apartando a Ankhesa de su mente, firme en su decisión—. Y más le vale a Fersen no traicionarnos, porque entonces seré yo quien le ajustará las cuentas. ¿Has puesto sobre aviso a los ingleses?

El pirata giró una mirada al lugar donde dormían Auden y Lawrence.

—Son buena gente, pero no sé, jefe... A estos no los veo con redaños. Me fío más de los beduinos.

—Los necesitaremos a todos, Gaetano. Y por cierto, ¿dónde está Balek?

—En la tienda grande, con los otros.

—Bien, ya nos contará mañana qué están tramando.

—Nada bueno, eso seguro. Y como allá abajo no aparezca un tesoro, las cosas se nos pueden poner peor que tiasas.

—¿A qué viene eso ahora?

Gaetano respondió agitando las manos con otra pregunta.

—¿Para qué tiene ojos, *signore*? ¿Es que no ve lo que tiene delante? Estos beduinos solo se mueven por dinero, y ya cuentan con el suyo. Si no aparece el oro, mal asunto.

—Balek les convencerá, es un buen amigo.

—Ese solo tiene un amigo, jefe —adujo el pirata levantando el belfo y llevando un dedo a su diente de oro—. Este y nadie más. No se confunda.

—Te pasas de malpensado, Gaetano.

—Puede ser, pero, por si acaso, no le he revelado a ese avaro con turbante el lugar donde tengo escondida la momia.

—¿Qué me dices? —se alarmó el escocés—. ¿Acaso te ha preguntado por ella?

—Me lo ha dejado caer, ya sabe cómo son estos árabes... Las cuatro palabras en italiano que aprendió con el loco de Caltagirone solo le valen para rastrear su tajada: «¿Y tú?, mi buen Alí Babá, ¿tú no tendrás en tu arcón algo que pueda interesarme?». Así me lo soltó anoche, a ver qué le decía.

—Y tú, ¿qué le dijiste?

—Que el arcón estaba lleno de papiros, y que ya no valen nada. «No te creo, pirata», eso me respondió él. «Si no valieran nada no habrías hecho desaparecer el arcón». «¡Y a ti mismo te puedo hacer desaparecer, barba de chivo!», eso le contesté yo. «Te puedo hacer desaparecer con estas manos si preguntas demasiado». Pero no me fío, jefe. Estos beduinos son astutos y sigilosos como los zorros del desierto. Seguro que me han estado vigilando... Por eso hice lo que hice.

—¿Qué es lo que has hecho?

—... Hace un par de días, antes de que aparecieran estos malnacidos, me llevé a la momia a dar un paseo. Pero sin la caja.

—No te entiendo...

—Muy fácil, jefe: he enterrado el arcón ahí mismo, entre las palmeras, pero dentro no hay más que un montón de piedras.

—¿Y la momia de Nefertiti, dónde la has escondido?

Gaetano apuró un trago de café, luego eligió las palabras.

—Bueno, digamos que he arreglado a la dama para salir de viaje.

Lo dijo con una media sonrisa que dejó al escocés algo más que atónito.

—¿Cómo...? ¿Qué has dicho?

—Lo que acaba de oír, jefe: que ya le he sacado un nuevo billete para *la eternidad*.

Conway acabó por desesperarse.

—¡Dime ahora mismo dónde la tienes!

Le había cogido por el cuello, el italiano no declinó su sonrisa.

—Ni muerto se lo digo, jefe. Ese es un secreto entre la momia y yo.

—No juegues conmigo, Gaetano.

—No juego, *signore*. Sé que esos *rompicoglioni* son capaces de cualquier cosa. ¿Ya vio cómo dejaron a su amigo el arqueólogo? El siguiente podría ser usted, y si le cuento dónde duerme mi niña bonita, seguro que acabarán sacándoselo... Ustedes, los intelectuales, no tienen aguante.

—¿Y qué te hace pensar que tú sí lo tienes?

—A mí me parió el Vesubio, jefe: tengo fuego en la sangre y una roca en el corazón. ¡No ha nacido quien pueda romper a Gaetano Cornacchia!

—Está bien, guárdate tu secreto pero estate alerta. Mañana, cuando se ponga el sol, empieza el baile.



ALGO bien extraño sucedió con el sol al día siguiente, como si se resistiera a amanecer. El cielo se tornó de un marrón de arpillera que, lejos de iluminarse, parecía coagularse lentamente. Sobre las crestas del Nejbet comenzaron a apilarse nubes muy densas del color de la sangre, como capas de lava emergiendo de un volcán. Aun a esa hora del alba, la presión se hizo insoportable. Un viento oscuro, que llegaba primero en ráfagas y luego ya de una manera constante, anunció la inminencia de la tempestad. Los beduinos conocían la fuerza del *hamsín*^[58], corrieron a guarecerse entre las rocas. Dentro de las tiendas los europeos afirmaron los mástiles aterrados por aquel ulular de almas condenadas que, enseguida, se hizo ensordecedor. Las dunas parecían agitarse como un océano embravecido y ondulante, el desierto giraba sobre sí mismo en un vórtice gigantesco que zarandeaba el camión y los automóviles como si fueran de juguete. Las palmeras se combaban, crujían, gemían. Las jaimas acabaron por desgarrarse, la arena entraba a zarpazos. Solo se oía el rugido de la tempestad que se prolongó, constante, hasta el mediodía. Pero, aún cuando el viento cesó, el horizonte permanecía borrado por esa atmósfera fantasmal que impedía distinguir nada a más de diez pasos. ¿Dónde estaba el radiante sol de Egipto? Una maldición parecía haberlo engullido en el vientre mismo de la tormenta, como un eclipse que impusiera su reino de tinieblas en pleno día.

—Yo sé por qué ha sucedido esto —articuló *lady* Agatha—, el *hamsín* es la señal de que el demonio ha llegado.

Ankhesa se había refugiado junto a ella en un rincón de la jaima de las mujeres.

—Llegó esta noche —convino la reina—, mientras todos dormían. Y no ha venido solo. Kafra viene con él.

—¿Kafra?

—Kafra, el hitita, el padre de Kya.

Lady Agatha aún no conocía lo suficiente a Ankhesa, no sabía quién era en realidad, pero entendió que le estaba hablando en clave.

—Te refieres a...

—Sí, a la cortesana que en este tiempo se hace llamar Leticia. ¿Por qué crees que ya no está con nosotras? Ha acudido a reunirse con ellos. Algo se prepara...

—No temas, pequeña, estamos protegidas.

—No, no lo estamos. Los dioses ya no nos escuchan.

El abatimiento en la voz de la reina contrastaba con la energía de la escritora.

—... Pero los espíritus sí, querida —continuó, impasible—. Llevo dos noches invocando a los Señores del Tercer Orden, y no me cabe duda de que también ellos responderán. Poco antes del alba me ha despertado un relámpago de una luz muy viva. Era la señal. Los que velan por los despiertos nunca los abandonan.

Sin que ella lo advirtiera, Ankhesa leyó la huella de ese relámpago en sus ojos. Para la reina no se trataba de ningún espíritu de luz que viniera en su ayuda.

Y, sin embargo, sucedió así. A esa hora en que *lady* Agatha permanecía en vela, sobre el filo del alba, los escuadristas apostados en el paso los vieron aparecer por la parte de poniente. Dos flamantes Isotta-Fraschini que remontaron las dunas como si no supusieran ningún obstáculo para sus potentes motores de nueve cilindros. Dentro, venía un refuerzo de cinco camisas negras y dos personajes bien singulares. El primero en apearse ocultaba su rostro bajo un sombrero Stetson de ala ancha. Se trataba de un tipo alto y delgado, un poco encorvado, pero de paso decidido. El otro no ofrecía lugar a dudas. Todos los fascistas de Capri conocían a Ignacio Cerio. Malaparte y Messori salieron a recibirles. Poco después rompió la tempestad de arena, como si aquel misterioso visitante, el hombre del sombrero Stetson, la hubiera traído amarrada a su sombra.

Cerca ya del mediodía, todos ellos seguían reunidos en la jaima grande, con Fersen y Leticia. Tenían mucho de qué hablar, pero allá dentro solo se escuchaba una voz. Una voz rota que parecía deslizarse en su ánimo como un hierro al rojo vivo dentro de una herida.

—¿... Acaso no habéis visto oscurecerse el sol en pleno día, y alzarse el desierto como un mar en llamas? ¿Es posible que no hayáis escuchado la voz del señor de las tinieblas? Decidme, ¿qué decía? Bramaba como una bestia que se dispone a nacer. Los dolores del parto que precederán al Eón de Seth. Eso es lo esencial, la fuerza que nos mueve. Escuchadme bien: no hemos venido aquí para hacernos con tesoros de ninguna especie, ni para profanar tumbas. Hermanos, nuestra misión afecta al universo entero. ¡Venimos a invertir el giro del sol!

Eran las palabras de un demente. Pero en aquel escenario arrebatado por el bramido del *hamsín*, con el sol mismo engullido en su negrura abismal, resonaban como un anuncio cierto de la muerte de un dios y el nacimiento de un demonio.

—No es eso lo que nos dijo *el Duce*, ni tu amigo el poeta americano, ese tal Ezra Pound —protestó Malaparte—. Mi guerra no es la tuya, inglés.

El siniestro personaje le fulminó con una mirada.

—¡Tu guerra es la de todos, Horemheb! ¡Y habrás de obedecerme, pues estás bajo mi mando! Sé lo que piensas —continuó, en un tono más sosegado—. Desprecias mi ciencia y mi ritual. Algún día descubrirás que son esenciales para conquistar la gloria

con la que sueñas, y entonces... Sí, entonces también tú me adorarás.

—Sin embargo, maestro... —intervino Cerio—. Para lograr lo que te propones necesitaremos hacernos con las momias de Akenatón y Nefertiti. Tú lo dijiste: sin sus talismanes de poder no conseguiremos que se abra la puerta Oscura.

—No me entendiste bien, mi fiel Kafra. Aunque las necesitemos, las momias solo son momias —continuó el enigmático visitante—. El sol vive en las almas, y son las almas de los resucitados lo que debemos destruir.

—Tampoco fue eso lo que me prometiste a mí, maestro —exclamó entonces Fersen—. Me prometiste que si te entregaba su momia harías revivir ante mí el cuerpo de Akenatón.

—Pero solo para que su espíritu se funda con el tuyo, Smenjkara, como es tu deseo. Una vez que se cumpla ese protocolo, el polvo regresará al polvo.

El barón se dio por satisfecho con esa respuesta, pero su secretario, Messori, se encontraba algo más que incómodo en aquel conciliábulo de alucinados.

—Me parece que estamos jugando con fuego, señores —dijo, temeroso de disentir, pero creyéndose en la obligación de decirlo—. Si realmente creemos que Conway y Ankhesa son quienes son, deberíamos acabar con ellos ahora mismo. ¿A qué esperamos?

—Tu ambición te ciega, Perennefer. ¿Es que ya no recuerdas en qué fallaste? Acabaste con el cuerpo de Akenatón, pero no con su alma.

—También lo decapitamos —continuó Malaparte—, y le arrancamos el corazón.

—Vuelves a precipitarte, Horemheb: su corazón siguió latiendo en el de Nefertiti. Y, cuando acabamos con ella...

—Sí, ya lo sé —prosiguió Cerio—, se nos adelantaron los sacerdotes de Atón. Ellos salvaron su *ka*. Por eso han vuelto.

—Igual que nosotros, Kafra, igual que nosotros. Pero los «hijos de Sejano» cometieron un grave error: trasladaron su momia a Capri, donde mora Knhum, el dios carnero. Olvidaron que nuestro bienamado Seth también se presenta con cuernos de carnero. Al actuar así nos abrieron un canal, un puente para acceder a ellos. Por eso el señor del pentáculo nos ha concedido una nueva oportunidad, esta vez no podemos fallar.

—Está bien, ¿qué es lo que propones?

—Si volviésemos a arrancarles el corazón y nada más que eso, escuchadme, tened por seguro que volveríamos a equivocarnos.

—Entonces, ¿qué piensas hacer con ellos?

—En otro tiempo, tú, Perennefer, envenenaste la mente de tu faraón para destruir su cuerpo. Esta vez envenenaremos sus almas, las de los dos, de modo que sean ellos mismos quienes se condenen para siempre. Entonces el sol se oscurecerá, como ha sucedido ahora mismo, pero en su caso será para siempre.

—... Y en el mundo amanecerá un nuevo día.

—Tú lo has dicho, Horemheb. Era a eso a lo que me refería cuando os anunciaba el advenimiento del Eón de Seth. Desde la Italia eterna a la joven Alemania, desde Inglaterra a España, Europa entera conocerá el nacimiento de un nuevo sol, el sol negro del Tercer Orden.

Fue la única clave que entendió Malaparte. Un joven cabo austriaco que durante la Gran Guerra quedó temporalmente ciego a causa de un ataque de gas nervioso, cerca de Ypres, acababa de fundar el Partido Nazi. Se llamaba Adolf Hitler y soñaba con instaurar el Tercer Reich. Mussolini se aprestaba a conquistar el poder en Italia, y en Inglaterra la La Liga Imperial Fascista fundada por Arnold Spencer subía como la levadura a la sombra del príncipe de Gales. Ciertamente, en aquellas postrimerías de la ya lejana *Belle époque* estaba en el aire la inminencia de un nuevo ciclo histórico que cambiaría el mundo con un diluvio de horror en estado puro. Los iniciados de la Golden Dawn lo sabían. Entre 1920 y 1930 emitieron tres comunicados alertando a los gobiernos más relevantes de Europa. Como cabía esperar, todas las cancillerías los interpretaron como un delirio y no les prestaron el menor crédito. Tal vez se lo hubieran concedido de haber sabido que, entre tanto y en el otro polo del mundo hermético, se vivía una efervescencia inaudita en torno a la llamada Fuente de Nuremberg, uno de los manantiales del movimiento nazi, donde participaron reconocidos satanistas como Amilcare Balbo, la mano derecha de Mussolini, o Stanley Baldwin, el influyente secretario de Jorge V. Su emblema era la cruz gamada, una esvástica idéntica a la que veneraban los primitivos pueblos arios, con una salvedad. Los brazos de la esvástica originaria giran en el sentido de las agujas del reloj, hacia la derecha, replicando el curso del sol. Los de la Fuente de Nuremberg lo harían hacia la izquierda, como un desafío a los viejos dioses que pretendían suplantar. Era a ese estado de conciencia al que se refería el misterioso visitante cuando hablaba de «invertir el giro del sol». El suyo era ya el sol negro de los poderes de las tinieblas que, una vez más, fueron invocadas dentro de aquella tienda perdida en la inmensidad del desierto egipcio, un amanecer de diciembre del año 1920.

—¡Unamos nuestras manos! ¡Escuchad el rugido de la Bestia!

Todos los conjurados obedecieron el mandato y, al instante, la tempestad se reavivó oscureciendo el cielo con una violencia inaudita.

—¿Crees que podrás hacerlo, Leticia?

—Llámala por su nombre, Kafra —ordenó el enigmático personaje que presidía el cónclave—. Se trata de tu hija, Kya, la gran sacerdotisa del templo de Apofis.

La bella italiana segregó una sonrisa oscura mientras exclamaba:

—Llevo treinta vidas aguardando el momento de mi venganza. Esta vez no fallaré.

—¿Sabes lo que has de hacer? Si es así, repítelo ante todos.

Leticia cerró sus ojos e inspiró profundamente antes de repetir la invocación:

—Envenenaré su alma con mis labios, y beberé la sangre de su corazón —dijo, besando el anillo que le ofrecía su maestro—. El hijo del sol ya nunca volverá a despertar.



UNA calma tensa, opresiva, abrumadora, se cernió sobre la montaña de Nejbet tras el paso de la tempestad. Hasta el desierto mismo parecía arrasado por aquel viento de fuego que había tumbado sus dunas sobre las tiendas, los vehículos y, por supuesto, también sobre las ruinas romanas. Antes de que aparecieran los escuadristas, Conway y Lawrence fueron en busca de Balek Gamal. Tenían prisa. Ese era el día señalado para intentar su golpe de mano y la tormenta les había hecho perder mucho tiempo. Encontraron al jeque al frente de sus beduinos. Rebajaban a paladas la montaña de arena que había sepultado su camión. Balek sabía lo que esperaban de él. No obstante, escuchó las palabras del escocés con ojos entornados, rehusando mirarle de frente.

—Yo bajaré con Gaetano, con Lawrence y dos de tus hombres, en el primer turno —le expuso Conway en tono apremiante—. La galería desemboca en una grieta, por la otra parte de la montaña. La alcanzaremos en veinte minutos. Luego les buscaremos la espalda y caeremos encima de los que estén de guardia. Tú y los tuyos tenéis que estar preparados para cualquier cosa.

—Cinco hombres son cinco fusiles, y los escuadristas no pasan de diez —continuó Lawrence—. No les daremos tiempo a reaccionar.

El jeque, entonces, lanzó un largo suspiro, arrojó sobre sus hombros el pliegue de su *galibeh* y pareció apenarse profundamente.

—Me lo he pensado mucho, *sidi* Conway, pero esta vez no podré acompañarte.

Conway pensó que no le había oído bien. Ese hombre que decía ser su hermano no podía echarse atrás de esa manera.

—¿Pero qué estás diciendo, Balek? ¡Me diste tu palabra!

—Sí, te la di... Pero mi palabra depende de otra más poderosa. Sabes mejor que yo que tras el levantamiento de Saad Zaghlul^[59] el gobierno de su majestad nos prohíbe involucrarnos en las disputas de los europeos. No podemos intervenir.

Lawrence observó los rostros de los beduinos. Todos esquivaron su mirada. La expresión del jeque había cambiado. Quería aparentar un hondo pesar pero solo conseguía transmitir la frialdad de una máscara. Gaetano, que había llegado el último, fue el primero en atar los cabos.

—¡Te has vendido a los fascistas, maldito adorador de Alá! —bramó, echándole

las manos al cuello—. ¡Vamos, víbora cornuda, confiesa cuál ha sido tu precio!

El jeque intentó zafarse del estrangulamiento, su rostro congestionado se puso del color de la púrpura, pero no podía con aquel loco. Dos de los beduinos se abalanzaron sobre el pescador, fueron necesarios dos más para que soltara su presa.

—¿Es cierto eso, Balek? —exclamó Conway—. ¡Dime que no es verdad!

—Solo puedo decirte que no intervendré, pero tampoco te traicionaré.

—¡Así te ahorquen con tu propia lengua! —le escupió Gaetano.

Podía escupirle, zarandearle, insultarle. El jeque ya no respondería. Tampoco tuvo ocasión de hacerlo. Los escuadristas venían por ellos. Conway agarró al jeque por el brazo, era su última oportunidad.

—¿Cuánto te ha ofrecido ese cerdo fascista? ¡Yo te pagaré el doble!

Gamal cerró los ojos, empedrado en su silencio.

—Es inútil que lo intente —sentenció Lawrence—. Este bandido sabe que ahí abajo no hay ningún tesoro, que nosotros no tenemos ni una libra, y que Fersen es un señor barón. No necesita más para hacer sus cuentas.

—Si es así, te juro que lo pagarás, Balek. Te lo juro...

—Muy bien jefe, pero... ¿y nosotros? ¿Qué hacemos? Los *rompicoglioni* ya están aquí.

Conway elevó la mirada al grupo de fascistas que avanzaban decididos hacia ellos.

—No nos queda otra que juntarnos los cuatro en el primer turno, porque esto va a ser ahora o nunca. Deprisa, ve en busca de Auden. Te esperamos en la boca del pozo.

No pudieron evitar que el quinto hombre fuera el inevitable barón Fersen. Órdenes de Malaparte. Conway sabía que había participado en el cónclave de los fascistas, pensaba que a punta de pistola. No podía imaginar hasta qué extremo llegaba su connivencia con ellos. Los cinco descendieron pozo adentro hasta alcanzar la entrada de la galería, y gateando, se encaminaron hacia la cámara de los carneros. Solo al llegar allá, el escocés le confirmó a Fersen que su plan seguía adelante.

—¿Nosotros cinco, desarmados, bueno, sin más armas que un par de picos, contra esa tropa de energúmenos? Sí, sí, ya sé que ese era su plan, pero he de advertirle que ahora cuentan con refuerzos... Esta misma noche han llegado cinco o seis más, todos armados hasta los dientes. Recapacite, Conway, esto es un suicidio.

—Me da igual cuántos sean, es usted quien debe recapacitar. ¿Qué se cree? ¿Que le van a perdonar? Esos fanáticos son unos asesinos sin escrúpulos, y le están utilizando. Una vez que consigan lo que buscan se lo quitarán de en medio, igual que a nosotros. ¡Abra los ojos, esta es nuestra última oportunidad!

—Malaparte me ha dado su palabra...

—¡Valiente palabra la de ese sádico!

—Hay algo más...

—¿Qué más?

—Ignacio Cerio, el padre de Leticia, también está aquí. Ha venido con ellos desde El Cairo, en compañía de un personaje muy importante. Se trata de un gran médium, un verdadero iniciado en los misterios.

—Ah, qué interesante —se jactó amargamente Lawrence—. Pues presénteselo a lady Agatha, es la vidente oficial de nuestra expedición.

Lejos de molestar, Fersen respondió casi con inocencia:

—Él les conoce a todos ustedes. En otro tiempo fue un maestro de la Golden Dawn.

—¿Un maestro de la Golden Dawn al servicio de los fascistas? ¡Eso es imposible! ¡Dígame de quién se trata!

—No puedo revelar su nombre, pero eso no es lo importante.

—Está bien, suelte de una vez qué es lo que se trae entre manos ese bastardo. —Conway se impacientaba, quería pasar a la acción cuanto antes.

—Según nos ha contado viene para practicar un ritual de expiación. No, no me miren así... Se trata de un ritual absolutamente aséptico, sin derramamiento de sangre. Una vez que encontremos los sarcófagos de Akenatón y Nefertiti, quiere purificarlos para devolver la paz a sus moradores y a nosotros mismos. Luego Malaparte nos dejará en libertad a todos...

—... Y usted se quedará con todo el botín, ¿no es así? —le espetó Gaetano—. Mire, señor barón, si se cree lo que dice, entonces es que además de un avaro es usted un imbécil.

—¡Mide tus palabras, patán! ¡Te lo puedo hacer pagar muy caro!

—Eso será si vives para contarlo, *zoccola francese* —repuso el pescador al tiempo que se sacaba de la cintura un estilete que no vaciló en deslizarse sobre su yugular—. ¡Un paso atrás y te rajo del ombligo hasta la nuez!

No hubo más palabras. El escocés se puso en cabeza y, uno tras otro, los cinco hombres emprendieron el camino de salida de la galería. Tal y como este había calculado, en veinte minutos alcanzaron una grieta que se abría al manantial. Conway y Lawrence comenzaron a trepar. Gaetano les seguía por la parte baja del derrubio. Fue el primero en toparse con un escuadrista. Montaba guardia de espaldas, vigilando la entrada de las ruinas. En un instante, el pescador se le echó encima tapándole la boca con su mano y pasándole el filo del cuchillo sobre los ojos.

—Una palabra y eres hombre muerto, *figlio de la gran puttana*.

Lo amarraron junto a Fersen, Auden se quedó guardándolos a los dos. Conway se hizo con su fusil. Ya tenían un arma de fuego, y dos centinelas más a la vista. Estos ocupaban la cresta de la montaña, a unos doscientos metros. Avanzaron extremando las prevenciones con la misma estrategia: los ingleses por entre las sombras y el italiano por la parte baja. Al llegar a su altura Gaetano arrojó una piedra sobre los

matorrales. Solo la oyó caer el escuadrista que ocupaba la corona del roquedal. Al volverse sintió el acero de un cañón en su garganta. Instintivamente alzó las manos. Fue entonces cuando su compañero advirtió el asalto. Demasiado tarde. Antes de que pudiera echar mano a su fusil, Gaetano cayó sobre él y le segó el cuello con un corte rápido y seco que, al instante, se encharcó de sangre. ¿Por qué lo hizo? Kenneth le había dado órdenes expresas de que no quería víctimas.

—Este era un toro, jefe, no hubiera podido inmovilizarlo. Lo siento por su madre —se justificó el pescador—. Pero por él, ni esto...

El escocés le vio escupir sobre el cadáver, había comenzado a sentir miedo de sí mismo.

—Está bien —convino pasándole uno de los dos fusiles—, pero no vuelvas a hacerlo, ¿has entendido? A partir de aquí, solo dispararemos si ellos abren fuego primero.

—Entonces vaya quitándole el seguro al suyo —le aconsejó Lawrence—. Allá abajo nos esperan siete fascistas más y esos no nos lo van a poner tan fácil.

—¿Y usted, Lawrence? ¿Sabe disparar, verdad?

—Dije adiós a las armas antes de que estallara la Gran Guerra, pero en mis años de estudiante, en fin..., fui el mejor tirador del Croydon College.

—Esperemos que no se le haya olvidado...

—El hombre es un depredador de la peor especie, amigo mío: nunca se olvida de matar.

Aquella conversación amenazaba con derivar hacia lo filosófico. Gaetano volvió a ponerles en guardia:

—A mí los que más me preocupan son los beduinos del barba de chivo. Si les han untado bien, esos moros son capaces de cualquier cosa.

—Balek se cuidará mucho de intervenir. Podría costarle muy caro.

—¿Muy caro ante quién, jefe? ¿Ante el virrey inglés que se abanica en El Cairo? Aquí no hay testigos...

—Bueno, basta. Vamos a por ellos.

—¿Igual que hasta ahora?

—Eso es: tú por abajo y nosotros por arriba, pero sin perdernos de vista. En el peor de los casos, un fuego cruzado evitará que puedan cercarnos.

Así lo hicieron. Sigilosamente, fueron descendiendo por la quebrada hasta alcanzar las últimas rocas grandes frente a la explanada donde se asentaban las jaimas. No se veía ni un alma en todo el campamento. ¿Dónde se habían metido los beduinos y el resto de los fascistas? Lo primero era liberar a las mujeres y a Mallowan, aunque su tienda fuera la más alejada de las tres.

—¡Adelante! —exclamó Lawrence—, yo le cubro.

Gaetano corrió a tomar la posición de los coches. Tampoco había nadie allá, como

ante las tiendas. El escocés cruzó la explanada midiendo cada paso. Lawrence y Gaetano se parapetaron llevándose los fusiles a la cara, el primero entre las rocas, el italiano dentro del Dodge. Conway entreabrió la lona de la jaima. No pudo ver lo que sucedía a su espalda. Tres escuadristas surgidos del palmeral acababan de encañonar a Lawrence. Gaetano lo advirtió al instante y reaccionó con una astucia extraordinaria: giró las llaves del Dodge, encendió el motor y enfiló despacio la zona de las jaimas. Los camisas negras no dispararon, contemplaban atónitos la maniobra del italiano preguntándose qué demonios se proponía.

Dentro de la tienda grande la situación no era más favorable para Conway. Al alzar la lona, sí, se había encontrado con Ankhesa. Estaba maniatada y amordazada, junto a Mallowan y *lady* Agatha. Malaparte le esperaba con su Luger en alto. Dos escuadristas más tenían su cabeza en el punto de mira.

—Ha tardado usted mucho en reunirse con nosotros, *mister* Conway —articuló el capitán recogiendo la manga para consultar su reloj—. La verdad es que le esperábamos hace media hora exactamente. Para el primer té de la tarde.

—Eres un miserable, Malaparte, un maldito miserable...

—Y tú un ingenuo, escocés. Lo sabíamos todo y te hemos dejado hacer. Me temo que tu viaje de regreso a Edimburgo va a tener que esperar... un par de vidas cuanto menos.

—Yo que tú no cantarías victoria tan rápido. Tenemos rehenes. Dos de tus escuadristas y el barón Fersen.

—Oh, qué contrariedad... —se jactó Malaparte—. ¿Y qué vas a proponerme? ¿Que te cambie a tu preciosa mujercita por ese maricón y dos podencos que ya no me sirven ni para cazar perdices? Recapacita, muchacho. Tu oferta está un poco descompensada. Y además...

—¿Además qué?

—O mucho me equivoco o mis hombres tienen que haber neutralizado ya al inútil de Auden. Ese poeta sabrá escribir como los ángeles, pero con un fusil entre las manos... Uf, la verdad es que no lo veo.

—Te aseguro que yo sí sé disparar. Un movimiento y te vuelo la cabeza.

—Sería lo último que harías —repuso el fascista elevando el mentón hacia sus escoltas—. Esos dos están esperando a que aprietes el percutor para llevaros por delante a ti y a tu adorada Nefertiti. Sí, Nefertiti, ese es su nombre real, ¿verdad? Ya ves que lo sabemos todo.

El escocés contuvo su desconcierto, sus ojos se endurecieron.

—No sabes nada, canalla. Ni quién es ella, ni quién soy yo, ni lo que está en juego...

—Te lo diré con las palabras de tu reina: según ella, aquí está en juego una batalla entre el divino Atón y los demonios de Seth, que debemos ser nosotros. ¿No es así?

Una lástima que hasta el sol os haya traicionado. ¿Has visto lo que ha sucedido esta mañana? Eclipse total. Una señal de que el poder de las tinieblas es más eficaz que todos los rayos de Akenatón —y, con el mismo sarcasmo, volvió a preguntar—: Porque tú te crees que eres el mismo Akenatón resucitado, ¿no es cierto?

—Igual que tú eres Horemheb, el traidor.

—Eso dice nuestro comandante en jefe, pero no sé si creerle. Para mí que está tan pirado como todos vosotros. ¿Sabes por qué estoy aquí yo? Por una sola razón. Según él, debajo de este desierto se encuentra la mayor reserva de gas clorado de todo el planeta. Un mar de fosgeno en estado natural, qué disparate. Solo le aguanto porque cuenta con la bendición del *Duce*...

No tuvo tiempo de decir más. En ese momento, precedido por el rugido de su motor, el Dodge que conducía Gaetano entró en la tienda como una exhalación.

—¡Rápido, jefe, salte arriba!

El escocés reaccionó como un relámpago, se encaramó al bastidor sin dejar de apuntar a Malaparte. Gaetano giró bruscamente el volante para esquivar a *lady* Agatha y a Ankhesa al tiempo que pisaba a fondo el acelerador. El Dodge se zambulló en el otro extremo de la jaima atravesándola de parte a parte. El único de los escuadristas que quedaba en pie rompió a disparar. Los que venían corriendo desde el palmeral hicieron lo mismo. Las balas silbaban sobre la cabina del Dodge, que seguía avanzando a toda velocidad. Conway abrió fuego, consiguió derribar a uno de ellos. Enseguida los perdieron de vista. Pero cuando reparó en Gaetano, vio que tenía la espalda bañada en sangre.

—Esos cabrones me han dado, jefe... —exclamó, sin soltar el volante—. Tendrá que ponerse al timón si quiere que lleguemos a puerto.

Como esa voz apagándose, la marcha del Dodge se fue ralentizando hasta detenerse al pie de una gran duna. Gaetano se dobló sobre el salpicadero, tenía la camisa perforada por tres balazos. El escocés echó un vistazo atrás. El campamento había desaparecido del horizonte, pero ante él ya no se abría ningún otro.

—Déjeme aquí con un fusil, los detendré cuando lleguen. Y lárguese de una vez... ¡Vamos, salve su vida! ¿A qué espera?

El pescador descendió por sí mismo. A duras penas podía sostenerse, se derrumbó con un vómito de sangre. Conway se arrodilló a su lado y vertió un poco de agua en su boca, el agua manó por las comisuras de sus labios.

—Me parece que le voy a fallar —exclamó, forzando una sonrisa—, esto se acaba.

—De eso nada, Gaetano. «Nadie puede romper a un Cornacchia». Tú no puedes morir así. Tienes que volver a Capri, aunque solo sea por tu Annunziata...

—... Íbamos a empezar una nueva vida en América, ¿se acuerda, jefe?

Conway tragó el nudo que se le había formado en la garganta, no quería que le

viera llorar por él.

—América os recibirá como a dos príncipes, Gaetano, ya lo verás...

—Ya lo estoy viendo, jefe... Es como si viera venir el barco que va a llevarme allá. Un transatlántico de lujo, con tres chimeneas, solo para cocinar los manjares con los que voy a matar el hambre... El hambre de tres generaciones, *signore*. Pero antes tengo que pagarme el pasaje con esto —continuó el pescador, aferrando su fusil—. De aquí no me voy sin cargarme a tres de esos canallas para equilibrar las cuentas, por mí, por usted... y por mi tío Giuseppe. —Un nuevo coágulo de sangre le saltó a la boca, lo escupió con un juramento—. Vamos, lárguese de una vez. Eso sí, si sale de esta, me tiene que pagar una misa en Santo Stefano... Por la familia...

Fue lo último que dijo. Su sonrisa se congeló en sus labios y una pátina vidriosa comenzó a apagar su mirada. Entonces Conway recordó algo esencial, algo que solo sabía aquel hombre agonizante:

—¡La momia, Gaetano, dónde enterraste la momia de Nefertiti!

El pescador apenas consiguió abrir una grieta entre sus párpados. No podía hablar. Kenneth intentaba reanimarle, desesperadamente.

—¡Por Dios, Gaetano, dime dónde la enterraste!

Con un gran esfuerzo, el italiano alzó su mano derecha, señalando las dunas al otro lado del Dodge.

—¿... Fue entre esas dunas?

Gaetano cabeceó negativamente. Sus labios se entreabrieron, pero de su boca solo salió un gemido sordo, como un estertor. Y así murió, llevándose a la tumba su secreto. Sin soltarlo de su abrazo, Conway advirtió la nube de arena que venía hacia él desde el fondo del desierto. Sobre el camión de Balek Gamal se erizaban los fusiles de media docena de escuadristas. No opuso resistencia, todo estaba perdido.



ANUBIS, el dios de los muertos, apareció precedido por su largo hocico de chacal y sus ojos fosforescentes. Vieron su descarnada sombra deslizarse sobre la lona, por el otro lado de la jaima donde los habían recluido, como dos condenados a la espera de su ejecución. Pronto se alzaría la luna de Heb-Sed, pero ellos no la verían. Su historia iba a acabar así, muy lejos del final que habían soñado, pese a que se encontraban a menos de cien millas de Amarna, la ciudad donde conocieron la felicidad y la gloria, el conocimiento supremo, la eternidad. Anubis continuó la ronda por el exterior de la tienda. Tras él caminaban el informe Apofis, el enano Bes y Knhum, el dios carnero. Selkis, la mujer escorpión, y la soberbia Neftis, aquella que envuelve con sus cabellos el cuerpo de los muertos, cerraban la comitiva un paso por delante del gran chambelán de aquella corte de demonios, Seth, el destructor, que entonaba una melopea fúnebre marcando el compás con su báculo de fuego.

—No temas, Ankhesa, son ellos... su «Maestro» les ha proporcionado estas máscaras. Solo quieren atemorizarnos.

—Te equivocas, Ken, se trata de los mismos dioses del Infierno, lo sé con toda certeza. Ese hombre tiene una magia poderosa. Sabe invocarlos y ellos acuden a su cita.

—¿Has llegado a verlo?

—Ayer me crucé con él, cuando nos llevaban de una tienda a otra. Solo fue un instante, pero le reconocí sin ninguna duda. Era Seth, el señor del mal, llevaba su bastón en forma de «T», y un anillo de hierro con la misma letra grabada en su centro.

—Yo vi más... Ahora te lo puedo contar. En la visión donde se me apareció, mientras descifraba el papiro, me mostró el interior de ese anillo. Alguien había labrado nuestras iniciales en torno a una leyenda en latín: *Condenatio amoris*, la condenación del amor.

—Quien lo escribió sabía lo que decía. El amor humano tiene una parte oscura: la unión de los cuerpos apaga la luz de las almas.

—Bah, ¿qué importa eso ya? Ese personaje ha venido aquí para acabar con nosotros. Prepárate para morir, Ankhesa. Hemos perdido la batalla, igual que entonces.

—No temo a la muerte, amor mío, sé lo que nos espera al otro lado. Solo te pido una cosa: no te separes de mí ni por un instante. Ellos solo pueden vencernos si nos separan. Si morimos juntos volveremos a encontrarnos en los campos de Ialú.

—A los condenados a muerte nunca se les niega una última gracia. Esa será la nuestra: moriremos juntos, Ankhesa, y juntos cruzaremos el paso hacia el otro mundo. Esta vez nada ni nadie podrá separarnos.

La reina se abrazó a él, tan agotada por la tensión que no tardó en rendirse al sueño. El cortejo espectral se había retirado, una suave brisa mecía las palmeras. Más allá, se extendía el silencio profundo del desierto. En eso, Conway escuchó un ruido de pasos sobre la arena. Los pasos se detuvieron ante su tienda. Se trataba de una mujer. Cruzó unas palabras con los escuadristas que montaban guardia. Discutieron. Quería pasar dentro pero no le dejaban. Al fin se dio por vencida y comenzó a retirarse. Pero, al poco, por la parte posterior de la jaima, una mano deslizó un papel doblado en cuatro. Conway se apresuró a cogerlo. Decía así.

Querido Kenneth.

Me encontrarás odiosa. Lo soy, sin duda, pero nunca te he traicionado. Me creas o no, he venido hasta aquí solo para protegerte. Jacques se comporta como un loco. Su «Maestro», como le llama Malaparte, ejerce sobre él una influencia maléfica. No solo temo por ti. También temo por mi vida, por todos nosotros. He conseguido convencerle para que os conceda una última oportunidad. Dentro de una hora Messori y dos de los beduinos vendrán a relevar a los centinelas que montan guardia a tu puerta. Están comprados por mi padre. Te espero en la tienda pequeña, la que queda más cerca del palmeral. No dejes de venir, por lo que más quieras. Destruye esta carta.

Siempre tuya,

Leticia.

Conway, atónito, no podía dar crédito a lo que acababa de leer. Aquel mensaje era lo último que hubiera esperado por parte de Leticia Cerio. Sí, sabía que le quería, oscura, desesperadamente. Nunca renunciaría a él. Pero no se engañaba, también podía tratarse de una trampa. Y, si era así, ¿una trampa, con qué intención? En la situación en la que se encontraba no tenía alternativas, estaba a su merced sin necesidad de urdir ninguna estratagema. Entonces, ¿qué sentido tenía aquel mensaje? Lo releyó tres veces devanándose los sesos, buscando un significado entre líneas. La respuesta siempre era la misma, nada más que lo que estaba escrito. Al fin, desesperado, lo hizo pedazos y lo enterró en la arena. ¿Debía despertar a Ankhesa para contárselo? La reina dormía profundamente. Kenneth contempló su adorable rostro, y recordó lo que le había prometido: no la abandonaría nunca, ni por un instante. Encendió un cigarrillo y se acomodó junto a ella rumiando sus

pensamientos. Apenas restaba una hora para que se produjese el cambio de guardia. Si renunciaba a encontrarse con Leticia, aquel podía ser el último amanecer de su vida. No, lo cierto es que no perdería nada por intentarlo. Pero, y ella, ¿qué querría proponerle?

Un grito de horror le sacó de sus cavilaciones. El rostro de Ankhesa se veía febril, respiraba agitadamente. Una sombra se proyectaba sobre la lona de la tienda. La reina volvió a gritar.

—¡Es Smenjkara, Smenjkara el maldito!

El escocés la cogió por los hombros.

—Cálmate, querida. Solo es uno de los guardias.

—No, no... Era él —continuó Ankhesa con voz jadeante—, lo he visto detrás de ti. Era Smenjkara, y venía con la copa del demonio en su mano.

—Abre los ojos, mira a tu alrededor. Aquí no hay nadie más que nosotros, Ankhesa. Has sufrido una alucinación. Eso es todo.

—¿Es que no te das cuenta de lo que significamos para ellos? La existencia de Egipto depende de la pureza del alma del faraón. Si consiguen corromper la tuya, todo nuestro sagrado Khemet perecerá. —Sus ojos se coagularon en una mirada extraviada—. Su magia es poderosa, Ken, créeme, saben que bastará con desviarte un solo paso del camino. Si lo consiguen estaremos perdidos, nos perderemos para siempre...

Deliraba. Kenneth intentó mantener la serenidad.

—Eso no sucederá, amor mío. Tú me has enseñado cuál es el camino, ni ellos ni nadie podrán separarme de ti.

—Seth es astuto. No te dejes atrapar por sus engaños, cuando ves su rostro frente a ti ya es tarde para retroceder.

—Vamos, aparta esos pensamientos de tu cabeza.

—No puedo, Ken. Presiento que esta noche puede ser la última...

El escocés la abrazó con fuerza y besó sus manos.

—No lo será, te doy mi palabra. Yo te arrebaté de la muerte para siempre, y esta noche...

... «Y esta noche todavía tenemos una oportunidad, una última baza desesperada que pienso jugar a muerte, solo por ti, amor mío». Sí, esa era la confesión que se atropellaba en su garganta, pero no se atrevió a pronunciarla.

—... Y esta noche aún no ha acabado para nosotros, Ankhesa —dijo al fin—. Mañana despertaremos juntos en la Casa de la Vida, en Amarna, ya lo verás. Ahora duerme, descansa, debes descansar.

Ankhesa volvió a desvanecerse en sus brazos. El relevo de la guardia no tardó en llegar. Conway estaba preparado. Messori apenas asomó su cabeza entre las colgaduras.

—Tiene usted mucha suerte con las mujeres, Conway. Dígame, ¿cuál es su secreto?

El escocés no le respondió. Se puso de pie y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir dirigió a Ankhesa una mirada llena de ternura, la reina dormía profundamente.

—Ah, entonces debe de ser eso —continuó Messori, con su cinismo habitual—. Les da a beber un filtro prodigioso. *L'elissire d'amore*, seguramente.

—Déjame pasar.

El doctor se hizo a un lado esbozando una reverencia:

—Recuerde, tiene dos horas y ni un minuto más. Si no está de vuelta a medianoche, algo me dice que mi cabeza rodará junto a la suya. Y me temo que ni usted ni yo soñamos con despertar juntos al otro lado de la eternidad.

—Tú despertarás en el infierno y abierto en canal, como un cerdo.

—Bueno, siempre es un consuelo saber cuál es el lugar que ocuparé en la mesa —repuso Messori, esbozando una sonrisa biliosa—. En cuanto al camino al infierno, sí, creo que es por allá.



SU mano le mostró la senda blanqueada por el creciente lunar que conducía a la última tienda, junto al palmeral. No había nadie más de pie alrededor del campamento, todos dormían. Por un instante Conway pensó en sus amigos. *Lady Agatha*, *Lawrence*, *Auden*, ¿qué habrían hecho con ellos? ¿Por qué no había vigilantes frente a sus tiendas? Tampoco se advertía ni un alma en torno a aquella donde le esperaba *Leticia*. Al descorrer la lona de su puerta, se encontró con una escenificación delirante. Como si la italiana lo hubiese dispuesto todo para celebrar un ritual. Seis candelabros dibujando un círculo sobre el suelo de arena, y, en su centro, un diván de cuero muy gastado. *Leticia* observaba expectante, fuera del círculo. Bajo una capa oscura, que había dejado entreabierta, vestía una túnica del color de la púrpura muy ceñida a su talle, marcando sus senos y sus caderas. La calidad sedosa de su piel, su esbelta figura, su cabellera semejante a una llama azul, despertaban en él pensamientos odiosos. Pero había acudido a esa cita para pactar con ella. Y ella sabía que le tenía en sus manos. Se lo dijo con el primer beso. Buscaba sus labios, él los esquivó. *Leticia* encajó su desdén con una sonrisa esquinada.

—Siempre serás el mismo, *Kenneth Conway*, un niño incorregible. ¿Es que tu reina no te ha enseñado a guardar las formas?

—He venido a escucharte, *Leticia*. Habla, cuéntame qué quieres proponerme.

La italiana se quitó la capa que cubría sus hombros desnudos y, con una lentitud escénica, se acomodó en el diván cruzando sus largas piernas, que asomaron por los pliegues de la túnica.

—Todo el mundo cree que soy muy feliz. Se equivocan por completo. —Suspiró, lánguidamente, mezclando su perfume con sus palabras—. Mi vida es espantosa, *Ken*, una vida insoportable.

Conway conocía sus protocolos, se prestó al juego solo por acabar cuanto antes.

—Nadie lo diría, *Leticia*. Eres una mujer muy atractiva, tienes dinero, y te has casado con un príncipe...

—Esa es mi cárcel, una cárcel mucho peor que la tuya. *Jacques* se ha vuelto loco, estoy harta de él, *Ken*, no puedo más. Necesito liberarme de esta maldita historia...

—Pues hazlo, ¿quién te lo impide? Rompe con todo y escápate de aquí, tú que puedes.

La italiana se echó el pelo atrás, como si no le hubiera oído. Luego articuló su proposición con una frialdad calculada:

—Dime, Ken, ¿estarías dispuesto a empezar una nueva vida... conmigo? —contaba con el silencio del escocés. Tras dejar pasar unos instantes, añadió—. Conmigo y con Ankhesa, si es preciso. Ya sabes que soy una mujer muy liberal.

Si no la conociera, Conway hubiera pensado que aquella mujer había perdido el juicio. Esbozó un gesto de hastío.

—¿A cambio de qué, Leticia?

—No te pediré nada a cambio. Solo que me quieras un poco.

—¿Y qué te hace pensar que Fersen y Malaparte nos van a dejar escapar?

—¿Quieres que vaya directamente al asunto?

—Te lo ruego.

—Bien, el pacto es este: antes tendrías que entregarles tu otro tesoro, la momia de Nefertiti. Ellos saben que la has traído aquí desde Italia. Es todo lo que quieren, nada más que eso.

El escocés encajó sus palabras apretando las mandíbulas. ¿Cómo no se le había ocurrido pensar que era eso lo que querían? Una sonrisa vencida precedió a su respuesta.

—Se la ofrecería encantado si supiera dónde está.

—No me mientas. Lo sabes, tienes que saberlo.

—¿Quieres que te cuente la verdad?

—Solo la verdad.

—La verdad solo la conoce un muerto llamado Gaetano Cornacchia. En efecto, encontré la momia de Nefertiti en Capri, y la traje hasta Port-Said a bordo del *Albatros*. Pero al ver que las cosas se complicaban, en Luxor, se la pasé a Gaetano para que no me atraparan con ella encima. Cuando llegamos aquí le pedí que la escondiera. Nunca me dijo dónde la ocultó. Tus amigos lo mataron antes de que pudiera revelármelo.

—Si lo que dices es cierto, eso cambia mucho las cosas —continuó Leticia, chasqueando la lengua con un gesto de fastidio—. Pero no está todo perdido. Nos queda otra posibilidad.

—Adelante, dime cuál.

—Se trata de Ankhesa. Jacques está loco por ella... y sueña con que ella le corresponda. Imagínate, en su locura la llama «La Momia» —tras contener una mueca de burla, Leticia continuó en su tono de falsa inocencia—. Vaya, ahora que lo pienso... Igual es solamente eso lo que quiere: la «momia» viviente, Nefertiti, tu mujer.

Era la constatación final de que lo sabían todo. Sabían que la elegida de Atón había regresado a la vida y que su existencia, como la de todos ellos, dependía de la

preservación de aquella momia. Porque ellos estaban muertos, tanto o más que ese cadáver embalsamado tres mil años atrás. Quienquiera que fuese su «Maestro», estaba claro que su presencia obedecía a la consumación de una venganza ancestral.

—No te creo —mintió, a conciencia, solo por ganar tiempo. Recordaba bien el asalto que había sufrido Ankhesa a manos de aquel paranoico—. Jacques es homosexual, no siente como un hombre, no puede sentir nada por Ankhesa.

Leticia estalló en una carcajada.

—¿... Sentir como un hombre, dices? ¡Qué sabrás tú de sentimientos! El amor verdadero está más allá del sexo, Ken, deberías saberlo. Y el de Jacques es el amor de un loco, un amor absoluto y absolutamente posesivo. Un amor ideal, platónico, alucinado, como quieras llamarlo, pero para él está muy por encima del amor humano. Y así lo vive. Cuando se pone hasta arriba de opio se cree de verdad que es la reencarnación de Akenatón... No descansará hasta poseer a su reina, viva o muerta.

—Mi reina no tiene dueño, Leticia, ni yo tampoco.

—Olvidas un pequeño detalle, Kenneth: estáis en sus manos. Malaparte quiere tu cabeza, y Jacques el corazón de Ankhesa. Si rechazas mi proposición, vuestro único consuelo será el de morir juntos.

—La muerte solo es un paso, sabemos lo que nos espera al otro lado.

—¡Ah, qué romántico! —se jactó la italiana, pálida de ira—. ¿Y qué estáis pensando? ¿Un suicidio a lo Mayerling? Por favor, cómo se puede ser tan estúpido...

Leticia no podía soportar aquella situación, le costaba contener la rabia que la poseía. Se dirigió con paso decidido hacia un arcón, apareció una botella de vino. Conway escuchó escanciar las copas a su espalda.

—Solo te lo voy a preguntar una vez más, Kenneth Conway, nunca más oirás estas palabras. Pero dime la verdad, solo la verdad.

—Tu obsesión por la verdad me preocupa —repuso el escocés sin volverse—. Será que vives rodeada de mentiras. Sabes que ese no es mi estilo, pregúntame lo que quieras.

Leticia pareció vacilar, como si se resistiera a formular su última pregunta:

—¿...Ya no te queda nada de amor por mí?

Quería decirlo de una manera natural, pero su voz se quebró sin que Conway apenas lo advirtiera.

—Lo nuestro nunca fue una historia de amor, y tú lo sabes.

—Para mí sí lo fue, Ken —continuó la italiana, avanzando hacia él con las dos copas en la mano—. Yo te sigo queriendo, maldito canalla. Te querré siempre, aunque tú no me quieras. Aunque me odies.

—Lo siento, Leticia...

—¿Es tu última palabra?

—No escucharás otra.

—Entonces no lo sientas. Te agradezco mucho que hayas sido tan sincero conmigo, definitivamente. Porque eso quiere decir que también me rechazas... Definitivamente.

Conway se incorporó, todo estaba perdido, ya no tenía sentido que permaneciera allá.

—No, no te vayas todavía. —Leticia le retuvo ofreciéndole una de las dos copas—. Si tú también me has condenado a mí, concédeme esa última gracia: brinda conmigo. Sí, brinda conmigo por la muerte de un amor, y luego vete. Vete para siempre, Kenneth Conway, esta es tu última oportunidad para escapar.

—Sabes que no lo haré sin Ankhesa.

—No seas imbécil, Ken, te lo digo de verdad —insistió la italiana, avanzando un paso más hacia él. Estaba tan cerca que casi podía verse reflejado en sus ojos—. Estoy dispuesta a sacrificarme por ti. Ya te lo he dicho, aunque no me quieras...

—Ahórrate tu sacrificio, Leticia. No me iré sin ella.

—*Peccato!* —exclamó la italiana soltando un suspiro de desaliento—. En ese caso déjame que sea yo quien brinde por vosotros dos —y, llevándose su copa a los labios, pronunció su voto—. Que el amor nunca os abandone.

—Ten la certeza de que nunca nos abandonará.

—Me das mucha envidia, Ken, una envidia insoportable... Nunca te perdonaré que me hagas esto. Nunca jamás. Vamos, bebe tú también. Bebe para ayudarme a olvidarte.

No podía negarse, era el último brindis por una mujer que nunca le olvidaría. Conway apuró su copa sintiendo los ojos de Leticia penetrar dentro de los suyos, dos serpientes de terciopelo y fuego, como el vino que se deslizaba por su garganta.

—Es una lástima, amor mío, hubiéramos sido tan felices juntos...

—Tú y yo nunca hubiéramos podido ser felices juntos, Leticia. Despierta de una vez, vives en un delirio permanente. Igual que Fersen.

—¿Y si fueras tú el dormido, el alucinado, el que habita dentro de un delirio tan enfermizo como el mío? Dime, ¿nunca te lo has preguntado?

—Por supuesto que no. Pero aunque fuese así y esta fuera mi última noche, dormido o despierto... ten la certeza de que moriré... junto aquella... a la que amo.

Le costó decirlo, su lengua se movía con torpeza. Sintió que se le nublaba la vista. La copa cayó de su mano. Un extraño malestar comenzó a afectarle, sus piernas no le sostenían, tuvo que apoyarse en el diván. ¿Qué le estaba sucediendo?

—Te lo he dicho antes y vuelvo a repetírtelo, Ken: eres un niño, no conoces a las mujeres. Ninguna mujer perdona que la rechacen... Y yo no soy una mujer cualquiera, cariño. Soy Kya, la hija de Kafra, el hitita, la cortesana que le arrebató su trono a Nefertiti y su corazón a Akenatón. ¿Lo entiendes ahora?

Sí, al fin entendía, pero ya no podía escapar de aquella voz que se lentificaba dentro de su mente. Le invadió una sensación de inermidad, terrible, paralizante, como si le cubriera el aliento de un monstruo. Su corazón empezó a latir con violencia.

—Tengo que... irme... en se... guida —articuló, penosamente.

—Pues muy bien, vete cuando quieras. Aunque me temo que no llegarás muy lejos. ¿Quieres que te cuente lo que vendrá después? Tu mujercita será más feliz con Jacques que contigo. Y tú, conmigo, ay, pobre tonto, hubieras conocido el paraíso.

Conway intentó incorporarse, apenas consiguió trastabillar tres pasos. Su cuerpo se desmoronó sobre el diván como un saco de arena.

—Mírame, mírame bien, ¿te acuerdas de esto? —exclamó la italiana soltando el prendedor que sostenía su túnica—. Este cuerpo vale cien veces más que el de esa puta egipcia, y es todo tuyo. Vamos, dime ahora que no me deseas.

—¿Qué... qué me has hecho...? Maldita... zorra...

Ella enlazó sus brazos sobre su cuello y se sentó a horcajadas sobre su cintura. Conway intentó rechazarla, sus manos no le respondían. Leticia comenzó a acariciarle.

—... Has apurado el licor que procura el olvido divino, amor mío. —Su voz se había convertido en un susurro mórbido—. Ahora olvidarás a esa mujer, y serás mío, Kenneth Conway. Mío para siempre.

El ritual de la posesión comenzó así. Sintió su lengua como un animal viscoso deslizándose sobre su pecho, a lo largo de su cuello, hasta penetrar en su boca. Guiado por su mano, a golpes de sangre, su sexo se tensó dentro del suyo mientras Leticia fundía su alma y su voluntad con sus besos, meciéndose sobre él, lúbrica, voluptuosamente. Había perdido la facultad de hablar. Un intenso placer se abrazó a un dolor oscuro, amargo, lacerante. El éxtasis cobró la forma de una caída en el abismo. Sus ojos se cerraron. Ya no los necesitaba, había entrado en otra dimensión. Conway se vio caminando a través de la vasta inmensidad del desierto, hacia una pirámide solitaria. Al llegar ante ella, los bloques de piedra se abrieron a su paso. Comenzó a remontar la rampa que ascendía hasta la cámara real. Agazapada sobre un sarcófago monolítico, le esperaba una mujer con cuerpo de león, una esfinge detenida con la prosopopeya de un dios de mármol negro. Le formuló una pregunta que no pudo entender. Su boca permanecía abierta, esperando su respuesta, ansiosa por devorarlo. Sintió que se hundía dentro de ella, atravesando un túnel de una oscuridad profunda que, enseguida, volvió a iluminarse como si alguien hubiese encendido una vela en el interior de una calavera. ¿Dónde se encontraba ahora? Lentamente, fue dibujándose ante él una habitación de techo bajo semejante a una cripta. Vio, como suspendida del aire, una máscara de oro constelada de llamas. Su semejanza con Ankhesa resultaba asombrosa. La única diferencia estribaba en que el rostro de

Ankhesa era el de una mujer joven, de poco más de veinte años, en tanto que el de la máscara llameante volvía a pertenecer a aquella esfinge cuyos ojos vacíos parecían atravesar la eternidad.

Entonces, al pie de la máscara, advirtió la figura de un hombre en cuclillas que vertía incienso sobre un brasero. Se cubría con una capa negra bordada con jeroglíficos en hilo de oro. Los signos parecían arder con cada uno de sus movimientos. Cuando se incorporó reconoció un personaje familiar, lo había visto en todas sus pesadillas. Un hombre alto y un poco encorvado, de ojos pequeños y amarillos, con la boca ligeramente deformada, como el belfo de una liebre. El labio inferior le colgaba en una mueca repulsiva. Lo vio besar la máscara de la reina. Como si el suyo fuera el beso de la vida, al retirar sus labios, un cuerpo de momia envuelto en apretados vendajes se materializó desde la máscara de oro hasta sus pies. El mago la cubrió con su capa y, al hacerlo, distinguió sobre su mano aquel anillo. El anillo de la «T» mayúscula en cuyo interior se leían sus nombres, Ankhesa y Conway, enhenbrados a la leyenda *Condenatio amoris*. Era el maestro, el señor de las tinieblas. Apareció un largo cuchillo en su mano. Se disponía a ofrecer un sacrificio a sus dioses, un sacrificio de sangre. Gritó, «¡Ankhesa!». Volvió a gritar con todas sus fuerzas: «¡Ankhesa, amor mío, despierta por mí, sálvate por mí!». Pero ya era tarde, demasiado tarde. La oscuridad que le envolvía había comenzado a succionarle. Desesperado, sin poder hacer nada por evitarlo, siguió cayendo en un abismo sin fondo, cabeza abajo, siempre cabeza abajo. En eso, sintió que una mano sujetaba su muñeca. Súbitamente su caída cesó. Aquellos terribles ojos amarillos, semejantes a dos puntas de acero, se acercaron y escrutaron los suyos. Mientras los miraba, fueron cambiando de forma y de color. El amarillo varió al verde, un verde hipnótico, sus párpados se curvaron agrandando sus córneas. Aquel demonio se estaba transmutando en una mujer, y esa mujer era Leticia, que seguía meciéndose sobre él, mientras el maestro se alejaba con el corazón de Ankhesa. Un sufrimiento intolerable acabó por romper el suyo. De sus ojos brotaron lágrimas de un veneno más amargo que el amor. Cuando la muerte vino a por él, al fin dejó de sufrir, una paz narcótica le poseyó por completo y se hundió en la nada.



51

UN mar de dunas de un intenso color ocre, la inmensidad, el vacío perfecto bajo un firmamento que se curvaba hacia el amanecer, del rojo carmesí al rosa pálido y, enseguida, ese fuego líquido de los cielos egipcios. Permaneció inmóvil, tendido sobre su espalda, respirando lenta y profundamente. Apenas podía entreabrir los párpados frente a aquel sol cegador. Tentó su cuerpo como para convencerse de que seguía siendo el suyo. Le dolía cada músculo, cada articulación, sobre todo la espalda. La sintió trizada de cicatrices. Pero estaba vivo. El flujo vital regresaba a sus venas latido a latido, sus miembros empezaban a responderle. Al fin, apretando los dientes, pudo levantarse. La sensación de debilidad se volvió mareante. Estaba en medio de la nada, solo, perdido en el desierto. ¿Cómo había llegado hasta allá? La cabeza le daba vueltas, los ojos le ardían. Miró a su alrededor. El mar de dunas se perdía en la infinitud, eso era todo. Tardó en advertir las huellas de unos neumáticos sobre la arena. De pronto, como una puñalada, un pensamiento atravesó su corazón: ¡Ankhesa! Le embargó el vértigo, un presagio fatídico. Vagamente, comenzó a recordar. Había acudido a la tienda de Leticia, ella le dio a beber aquel licor. Sin duda, había vertido un poderoso alucinógeno en su copa. Se palpó el cuello, sangre seca y carmín, los mismos arañazos que torturaban su espalda. Las huellas de la posesión. Se cubrió la cara con las manos lleno de rabia y vergüenza. Había caído en la trampa de aquella cortesana, Kya, la hitita sabia en hechizos. Un sentimiento de impotencia se unió a la humillación. A medida que iban despertando, aquellas imágenes obsesivas golpeaban su conciencia como un hierro al rojo vivo. Había comenzado a odiarse a sí mismo.

Remontó la duna buscando un punto de orientación. Nada se advertía desde lo alto, nada en leguas a la redonda. Le habían abandonado con una intención evidente: el castigo del sol a esa hora de la mañana solo suponía un anticipo de lo que le esperaba. Cerró los ojos, respiró hondamente. No debía dejarse vencer. «Serenidad», se dijo, «tiene que haber un camino». Entonces lo vio. Sí, ahí estaba. El camino se lo estaban mostrando las huellas de los neumáticos que serpenteaban de duna en duna. Marcaban una dirección, lejos, muy lejos. No tenía la menor idea de la distancia que habría de recorrer, pero abrigaba una certeza demente. Sabía que llegaría, tenía que llegar hasta el final de esa rodada para saber qué sería del resto de su vida.

Entretanto, muy lejos de allá, en el campamento al pie de la montaña de Nejbet, los beduinos de Balek Gamal se atareaban en torno a su desportillado Ford Truck. Intentaban alzarlo de las arenas para reparar sus llantas, que habían sido cortadas a conciencia. Un poco apartados del grupo, los cuatro ingleses —*lady* Agatha, Max Mallowan, Auden y Lawrence—, mantenían una áspera conversación, una conversación de derrotados.

—Os lo dije, os advertí —protestaba Lawrence—, se trataba de la pieza más codiciada por ese demonio. El alma de Nefertiti, la hija del sol. Debimos haber alertado a nuestros hermanos de la Fraternidad de las Pirámides^[60]. Ellos son muchos, y conocen el terreno mejor que nosotros.

—Pero lo teníamos vigilado, David —replicó *lady* Agatha—. Nuestros contactos en Sicilia nos aseguraron que no se había movido de su siniestra abadía.

Auden arrojó su cigarrillo a la arena. Ya no era ni sombra del distinguido caballero que se embarcó en Capri dispuesto a vivir la gran aventura de su vida.

—Entonces alguien nos ha traicionado.

—También debimos contar con eso —volvió a protestar Lawrence—. Crowley es tan listo como el mismo diablo, pervierte todo lo que toca y corrompe a cualquiera.

—*Damn hell!* —gruñó Mallowan, que aún llevaba la cara marcada por los golpes—. Creo que tardaré mucho en regresar a Inglaterra. Hemos fracasado estrepitosamente.

Lady Agatha no parecía dispuesta a aceptarlo.

—No digas eso, Max, no hemos fracasado. Ese demonio ha ganado una batalla, pero la guerra continúa.

—¿... Que la guerra continúa? —se revolvió Auden—. Por favor, señora, hemos sido derrotados en toda regla. Y nuestra derrota trasciende lo que ha sucedido en este desierto. Es la misma Golden Dawn la que ha sido derrotada por ese hombre que se hace llamar «La Bestia 666», y a quien nosotros conocemos como Aleister Crowley.

—El «Maestro» de Malaparte y compañía —masculló Mallowan—. Cuando me atraparon pensé que iba a matarme, y casi lo hubiera preferido. Ahora sé por qué no lo hizo. Sobrevivir a esta humillación también es una forma de asesinato. La muerte lenta...

Auden prendió otro cigarrillo, no podía dejar de fumar.

—¿Cuándo creéis que podremos salir de este infierno?

—No tengo ni idea. Esos malnacidos han reventado los neumáticos del camión de Gamal, pero también los del Dodge.

—No entiendo por qué nos los han dejado. Ese gesto no encaja con la crueldad esencial de Crowley.

—¿Para qué los querían? ¿Acaso no has visto los dos Isotta-Fraschini que trajeron a ese demonio hasta aquí? Está claro que los fascistas van sobrados de recursos...

Con esos dos bólidos pueden cruzar todo Egipto hasta Asuán sin repostar.

—Será así, pero yo sigo sin entenderlo...

Lawrence se llevó una mano al pecho. Su respiración subía con un silbido preocupante.

—Formaría parte del trato, eso es todo. Ya sabes, Cerio y Fersen pactaron con Balek Gamal, le compraron su repugnante «neutralidad». Tenían que dejarle a esa rata una vía de escape.

—Y a nosotros, ¿por qué?

—Sí, eso es lo que me pregunto yo. ¿Por qué...? —exclamó *lady* Agatha, que seguía sumida en sus cavilaciones—. La fuerza de la Luz es mil veces más poderosa que la magia negra de Crowley. La invocamos en El Cairo y en Luxor... Recordadlo, unimos nuestras manos, pronunciamos las palabras sagradas y los espíritus del Tercer Orden siempre nos respondieron.

—Entonces será que también ellos sobrevaloraron sus fuerzas.

—No, eso es imposible. Aquí hay un factor que se nos escapa...

—¿Cuál? ¿Acaso lo sabe usted?

—No, no lo sé, pero tiene que ver con la pureza.

—La pureza —se jactó amargamente Lawrence—. Yo no aspiro a eso. Ni soy ni quiero ser un espíritu puro. Estamos hechos de carne y sangre, nos movemos en función de nuestras pasiones. ¡Maldita sea, no somos ángeles!

—Pero hemos elegido el camino de la Luz —le cortó Auden—. Y la Luz está con nosotros, no te quepa duda.

—Me caben muchas dudas, Wystan, todas las que imaginas y muchas más. Al fin y al cabo, dime, ¿qué nos movió a embarcarnos en esta aventura?

—Lo sabes mejor que yo, David: nos unimos para preservar el conocimiento sagrado. Por Mallowan supimos que Conway estaba a punto de rebasar el último umbral, el que abre las puertas de la inmortalidad. Si realmente tenía en su poder los papiros de Caltagirone, a través de ellos el escocés podía localizar el sarcófago de Nefertiti, donde se cifran todas las claves.

—¿Todas las claves para qué...? ¿Para elevar a la humanidad a un plano superior de conciencia o más bien para divinizar a nosotros mismos? No lo niegues, Wystan. Eso es lo que codiciabais tú y todos vosotros, y por eso hemos sido castigados. ¡Por nuestra puerca soberbia de iluminados! ¿Qué esperabais? Vamos, miraos por dentro si os atrevéis a hacerlo. En vuestro fuero interno soñabais regresar a Londres como héroes de la Luz, coronaros como los nuevos príncipes de la Golden Dawn y que toda la Orden os rindiera culto. Vanidad y nada más que vanidad. Cuanto más lo pienso, más me convengo de que nos merecíamos esta lección.

Auden y Mallowan bajaron la cabeza. Solo *lady* Agatha permaneció impassible tras escuchar el alegato de Lawrence. ¿Lo había escuchado realmente? Como su

mirada, su mente seguía trabajando en un punto fijo.

—No, por más que lo pienso no veo que nosotros cometiéramos ningún error. El poder de las tinieblas que ampara a Crowley consiguió romper la cadena de fuerza que nos unía por un solo eslabón. Por uno solo. Y ese eslabón no se corresponde con ninguno de nosotros. Estoy segura, absolutamente.

—Dilo de una vez, Agatha —le instó su marido—. ¿Estás pensando en Conway? ¿Crees que ha sido él quien nos ha fallado?

Miss Christie recogió tres miradas expectantes, se lo pensó dos veces antes de decirlo.

—Se trata de un hombre demasiado joven, demasiado débil, y sin ninguna ambición trascendente. Él no cree en el poder del Mal, piensa que todas nuestras sagradas creencias no son más que un desvarío de alucinados. Y, sin embargo, me consta que Ankhesa le advirtió...

—¿Que le advirtió? —de nuevo intervino Lawrence, en su tono tajante—. ¿De qué tenía que advertirle, si puede saberse?

—No debía separarse de ella ni por un instante, porque también ellos formaban parte de nuestra cadena. Y Crowley lo sabía, sí, sabía que Conway era el eslabón más débil.

Mallowan le quitó a Auden el cigarrillo que acababa de encender.

—Entonces, ¿crees que su ausencia tiene algo que ver con lo que hemos presenciado esta mañana?

—No he podido verlo todo, pero él no iba en ninguno de los dos coches: ni en el de los fascistas, ni en el de Crowley y Fersen.

—Eso no significa nada —objetó Auden.

—O quizá lo resuelve todo —concluyó Lawrence—. Apuesto a que ese pardillo ya va de camino hacia el reino de los muertos.

Su veredicto cayó como una sentencia inapelable, y ni siquiera la vidente oficial del grupo se atrevió a contradecirle. Sin embargo, siete millas al oeste de aquel paraje, Kenneth Conway continuaba caminando a través del mar de dunas, calcinado por el sol, absolutamente exhausto, pero animado por una fuerza invencible. Acababa de avistar, todavía en una remota lejanía, pero de una manera inequívoca, las dos crestas gemelas que señalaban la montaña de Nejbet. Ya nada le detendría. Aunque lo hiciera más muerto que vivo, llegaría al lugar donde le esperaba su amada Ankhesa.



EL más veterano de los beduinos se puso en pie de un salto, Balek Gamal entornó sus ojos de lagarto. No podía creer lo que estaba viendo pero ese hombre, ese hombre tambaleante que parecía caminar a trancos, cayendo y levantándose una y otra vez, como si siete demonios tiraran de una soga amarrada a su cuello, sí, ese hombre tan diabólicamente empecinado solo podía ser él. El silencio del jeque, tan inusual, tan elocuente, alertó al resto de su mesnada. Soltaron los mástiles de las tiendas, las lonas ya plegadas, todos los aparejos de su aduar. La noche se aprestaba a caer, apenas un trazo de luz separaba el mar de dunas de la bóveda celeste. Habían acabado de restañar los neumáticos del camión y el Dodge un par de horas antes, las fuentes de cuscús humeaban sobre el fuego en torno al cual seguían reunidos los cuatro ingleses para compartir un bocado antes de la partida. También estos, al ver la reacción de los beduinos, se pusieron de pie. Wystan Auden no pudo evitar que su taza de café se le derramara por los pantalones, Lawrence lanzó un juramento. Cuando los beduinos rompieron a gritar su nombre, *lady* Agatha sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Sí, claro que era él. Se trataba de Kenneth Conway, no podía ser otro. El eslabón más débil había vencido a la muerte y regresaba junto a ellos. La cadena de luz volvería a soldarse. Todavía no estaba todo perdido. Y, sin embargo, cómo decírselo, quién se lo diría, a ese hombre aún le faltaba por encajar el golpe más duro de toda su vida. Aquel que decidiría la suerte de su aventura y el destino final de todos ellos.

Apenas le restaban cien yardas para cruzar el paso de Nejbet. Conway cayó extenuado sobre la arena. Tres beduinos corrieron hacia él. No quería que lo ayudaran. Tan pronto como consiguió ponerse de pie de nuevo, se zafó de sus brazos y siguió caminando paso sobre paso. Ya nadie se atrevió a tocarle. Aquel loco se había convertido en un ser sagrado, bendecido por el dolor, purificado por el sufrimiento. Balek sabía que le había fallado, no se atrevió a abrazarle. Todos se habían congregado formando un círculo expectante a su alrededor. El caído no esperó a que preguntara por ella. Con una expresión de consternación que parecía sincera, le miró a los ojos, y le dijo aquellas palabras que no olvidaría mientras viviese.

—*Hamda li'Lah, sidi Conway...* Tu reina se ha ido con ellos.

El escocés se quedó lívido, como si hubiera sido fulminado por un rayo. Agarró al

jeque por el cuello de su *galibieh*.

—¿... Cómo? ¡Qué estás diciendo, maldito canalla! —gritó, con el rostro desencajado y un fuego de locura en sus ojos—. ¡Eso no puede ser! ¡Ankhesa no ha podido irse con ellos! ¡Tienen que haberla forzado! ¡Y tú, cobarde, tú no has tenido agallas ni para defender a una mujer!

No pudo contenerse, aquellas palabras no le servían. Descargó su puño contra su rostro. Balek no se defendió. Tras encajar el golpe, se llevó su enojada mano a su chilaba y sacó de ella un sobre lacrado. Fue entonces cuando el escocés comenzó a temer que todo aquello fuera cierto.

—Es para ti, lo ha escrito ella —exclamó el jeque—. Léelo y comprenderás.

Sus manos temblaban cuando abrió el sobre. Contenía dos cuartillas. La primera venía firmada por Jacques Fersen. Decía así.

Mi querido Kenneth.

No sabe cuánto lamento hacer esto. La vida ha querido que sea yo el depositario de la última carta escrita por la divina mano de Nefertiti. En jeroglíficos, naturalmente. Como sabe, yo no tengo la menor noción acerca de esta escritura ancestral. Ignoro el contenido de su mensaje. No obstante, algo me dice que su lectura no le va a agradar en absoluto. Es muy posible que le diga que ha decidido unirse a mí, por su propia voluntad. Creo que esta decisión tiene mucho que ver con su incalificable comportamiento. Me refiero a su noche de vino y rosas con Leticia Cerio, o Leticia Fersen si lo prefiere, pues, al fin y al cabo, su antigua amante sigue siendo mi mujer. Ya ve que no me altero al constatar que ambos me han traicionado. Bueno, en realidad yo no valoro su osadía como una traición. Soy un hombre progresista, entiendo las relaciones abiertas. Me temo que su querida Ankhesa, nuestra idolatrada Nefertiti, no piensa como nosotros. Ella pertenece a otro tiempo. Yo, en su lugar, hubiera tomado ciertas precauciones. Dudo mucho que le perdone. La reina parece muy afectada, profundamente afectada. Me la llevo conmigo, no solo para consolarla. Puede estar seguro de que me dejaré la piel para darle todo el amor que esta bellísima criatura me inspira desde el primer instante en que la vi.

Suyo, como siempre.

Jacques d'Adelsward Fersen.

Conway sintió que se le iba la cabeza, una nube de sangre le nubló la vista. Aún le quedaba por leer el segundo mensaje, los jeroglíficos de Ankhesa. No quería hacerlo, menos delante de esa gente a la que había comenzado a odiar. Con un sufrimiento infinito, posó sus ojos sobre los signos trazados por la mano de su reina, y, como en un espejo, la vio a ella, como si le hablara desde el otro lado de la vida.

Has mentido al corazón que te amaba, igual que entonces. Has vuelto a

traicionarme, igual que entonces. No eres el Justo de Voz, tu palabra ha muerto para mí. Mis ojos no te reconocen. El disco de Atón se ha puesto ya. La gran noche ha caído sobre nosotros. Ya no cruzaremos juntos las puertas de Amenti. Nunca despertarás a mi lado en los campos de Ialu. Que los dioses sean clementes contigo, por la llama que nos unió. Por todo lo que te quise.

Repitió aquellas palabras sintiéndolas desgarrar su corazón mientras caía sobre él todo el peso de la noche, una oscuridad sin límites, la negrura de cien muertes. Todo era cierto. Tan cierto como irrevocable. Aún no sabía quién había urdido aquella maquinación, ni quién era en realidad el maestro de Malaparte. Sin embargo, Ankhesa se lo había advertido cien veces. Se trataba del señor de los Infiernos en persona, Seth, el verdadero asesino de Akenatón. ¿Por qué no lo creyó? Ella le había revelado la identidad de todos sus sicarios, todas salvo la suya. Fersen era Smenjkara, su hermano bastardo en los tiempos de Amarna. El ambicioso Horemheb había regresado bajo los correajes de Malaparte. Cerio y Leticia, encubrían los rostros de Kafra, el hitita, y el de su hija, Kya, la cortesana. Sí, estaba más que advertido. ¿Cómo había podido dejarse embaucar nuevamente? El encuentro con Leticia fue una trampa, una trampa verdaderamente diabólica. Le había dado a beber el mismo viejo veneno y él había apurado su copa hasta las heces. Ya era tarde para lamentarlo. Todo su cuerpo le pedía gritar, tuvo que apretar los puños. Le desgarraba una rabia impotente, más violenta que la que había sentido el propio Akenatón tres mil años antes. Había fracasado una vez más y, una vez más, había perdido a su adorada Nefertiti. Definitivamente, los dioses le habían escupido de su boca y de su corazón.

Uno tras otro, Balek Gamal, Mallowan, Lawrence, Auden y todos los beduinos se fueron retirando. La visión de aquel hombre destruido les hacía sentirse culpables. Solo *lady* Agatha se mantuvo junto a él.

—Ven conmigo, Kenneth —le dijo, cogiéndole del brazo—. Tengo que hablarte.

El escocés se dejó conducir hasta la hoguera, solo era un cuerpo en busca de una tumba. *Lady* Agatha comenzó a contarle. Él escuchaba con la mirada perdida en el fuego.

—... Serían cerca de las tres de la madrugada, Ankhesa y yo estábamos solas en la tienda, cuando apareció el «Maestro». Tú no sabías quién era, ¿verdad? Yo lo descubrí demasiado tarde, no pudimos advertirte... Pero se trataba de un viejo conocido nuestro. Se hace llamar «Therion», el nombre griego de La Bestia. Se trata del diablo en persona, Ken: Aleister Crowley.

Aquellas dos palabras percutieron como dos puñaladas en su mente. Ese era el significado de la «T» mayúscula labrada en el anillo de la pesadilla que asediaba sus noches. Cifraba el nombre en clave de Aleister Crowley. Aquel demonio hasta se había permitido el juego o la burla de enlazar sus iniciales con las suyas, Ankhesa y Conway, en torno a aquella leyenda grabada en su interior: *Condenatio amoris*, la

«condenación del amor». La suya llegaba más lejos. Había sido él mismo quien lo invocó por primera vez en esta historia, durante la fiesta egipcia de Fersen en Villa Lysis, sin imaginar entonces, ni por lo más remoto, que estaba conjurando el nombre de su verdugo.

—... Lo sabía, sí, claro que lo sabía —exclamó, con una voz enajenada, arrastrada por la desesperación—. Vi su anillo con sus iniciales, y él me habló...

Christie no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—¿Qué dices? Eso no es posible, Ken, tú nunca te cruzaste con él —y tras ordenar su desconcierto, volvió a preguntar—. ¿Cómo lo sabías?

—Eso ya no importa... Por lo que más quieras, Agatha, ayúdame a salir de esta pesadilla. Sigue contando...

—Crowley vino por Ankhesa sobre las tres de la madrugada. No necesitó convencerla. Le dijo que venía en tu nombre.

—¿Dónde se fueron? —preguntó el escocés sin retirar la mirada del fuego, una mirada extraviada.

—¿No lo imaginas? Se la llevó hasta la tienda de Leticia —continuó la escritora—. Ankhesa lo vio todo con sus propios ojos. Sí, Ken, todo.

Conway se cubrió el rostro con las manos.

—¡Esa ramera me drogó! No sé lo que hice, no recuerdo nada...

—Mejor para ti, Ken, mejor que no lo recuerdes.

Entonces sí, el escocés comenzó a recordar. Él estaba tendido en aquel diván, desnudo, abandonado a una laxitud extrema. Y Leticia se mecía sobre su cuerpo, con su copa en la mano. Entre la bruma narcótica sus ojos distinguieron dos figuras en el umbral. Un hombre alto y un poco encorvado, de mirada siniestra, que debía ser Crowley. Y Ankhesa. Aquello no había sido una alucinación inducida por el bebedizo de Leticia. Cuando su reina intentó avanzar hacia él Crowley la retuvo. La cortesana concluyó su trabajo: fue derramando el vino sobre su cuerpo, desde su pecho a su sexo, y comenzó a lamerlo, desde su sexo a su boca, lenta, mórbidamente, sin dejar de mirar a Ankhesa. Él no se resistió, no podía resistirse. La acariciaba como se acaricia a un demonio. *Lady Agatha* le contó el resto de la historia.

—... La vi llegar, venía rota. Algo muy grave debía haber sucedido. No quería hablar, ya ni siquiera confiaba en mí. Al final acabó contándomelo, ya sabes qué... Intenté tranquilizarla, hacerle ver que aquello tenía que haber sido una maquinación. Ella no atendía a razones. Estaba destrozada, quería matarse. Si yo no hubiera estado junto a ella, no sé, Ken... Creo que se hubiera cortado las venas.

Lady Agatha no se atrevía a continuar, la mirada que le dirigió Conway la obligó a hacerlo.

—... Un par de horas después, poco antes de que amaneciera, apareció Fersen. Le dijo que lo tenían todo preparado para marcharse. No tuvo que repetírselo. Ankhesa

se incorporó como una autómatas. El barón cogió su mano, ella no se resistió. Se fueron juntos, con la comitiva de Crowley y Malaparte. No sabemos adónde.

Conway elevó su mirada al cielo, la visión de las estrellas se le hizo insoportable. Ya no tenían ningún sentido para él. Había perdido, sí, lo había perdido todo. Su corazón se desgarraba ante la idea de que su reina hubiera elegido partir con esos miserables. Y lo más terrible de todo, lo más espantoso: él había sido el único culpable. Esa era la verdadera maldición de los faraones, la que había destruido el imperio de Akenatón. La que había acabado, finalmente, con su propia vida.

En eso escucharon una voz a su espalda. Se trataba de Max Mallowan.

—Ya lo tenemos todo listo, Agatha —exclamó, remiso a acercarse—. Podemos ponernos en camino cuando queráis.

La escritora iba a decir algo, Conway se le adelantó.

—¿En camino, hacia dónde...?

—Si salimos ahora llegaremos a El Cairo con el amanecer.

El escocés cerró los ojos un instante, luego le restituyó una mirada definitiva.

—A El Cairo... O sea que vuestra historia acaba aquí... Bien, si es así podéis partir ya. Yo me quedo.

Mallowan enarcó las cejas pensando que había perdido el juicio, solo *lady* Agatha podía entenderlo. Intentó hacerle recapacitar.

—No lo interpretes así, Ken, nuestra historia no acaba aquí. Pensamos dirigirnos a El Cairo para contactar con nuestros hermanos de La Fraternidad de las Pirámides. Ellos son muchos y conocen el terreno. Nos ayudarán a localizar a Crowley y a los suyos allá donde estén.

—No los necesitamos —continuó el escocés, con esa voz serena que nacía de su desesperación—. Yo sé donde han ido.

—¿Estás pensando en Amarna?

—En Amarna o en otro lugar que seguramente no quedará muy lejos. En el papiro de Caltagirone aparece con un nombre que se me resiste.

—¿Qué nombre es ese, Ken? —preguntó Mallowan.

—Pertun-Hotep. ¿Te dice algo a ti?

Mallowan cabeceó negativamente.

—Es igual... Solo me quedan tres cartuchos por descifrar, solo tres. Seguro que la clave está ahí. Dadme una hora, no más. Si no resuelvo el enigma en ese tiempo...

—Dame tu palabra de que vendrás con nosotros a El Cairo.

Conway encendió un cigarrillo para llenar un silencio que se les hizo muy incómodo.

—Está bien, si no resuelvo nada en una hora, volveré con vosotros.

No hubo más palabras. Los ingleses y los beduinos vieron al escocés dirigirse a su tienda como quien se encamina hacia su última batalla. Apenas alzó la lona de la

puerta la dejó caer, no quería testigos. Fue derecho hacia la mesa donde le aguardaba el último papiro, tal como lo había dejado, apresado entre dos láminas de cristal. Por un instante, sintió el deseo de romperlo todo, hacer pedazos los textos sagrados.

«No, todavía no», volvió a repetir, con el mismo tono alucinado.

Y, según lo decía, se sentó frente al enigma. En un instante, se sumergió en ese tiempo fuera del tiempo, el tiempo de aquella profecía que le llevaba de regreso al Egipto de Akenatón y Nefertiti, donde buscaba desesperadamente una clave que pudiera salvarle.

... Luego se cumplirá una batalla de tres lunas en torno al sol. (...) El demonio de cabeza de asno vencerá en el primer encuentro. Entonces el Devorador surgirá de la tumba de Atón. Solo el Justo de Voz podrá vencerle. Pero la reina solo será coronada por el cetro de Necher una vez que cruce la última puerta, donde duermen las hijas de Pertun-Hotep.

La batalla de las tres lunas había comenzado al pie de la montaña de Nejbet y, en efecto, Crowley había vencido en el primer choque. Pero la profecía vaticinaba dos encuentros más: en la tumba de Atón y «allá donde duermen las hijas de Pertun-Hotep». Ankhesa tenía que estar en uno de esos dos lugares. La tumba de Atón solo podía ser la ciudad donde fue asesinado Akenatón, la legendaria Amarna. Pero, Pertun-Hotep. ¿Qué demonios significaba esa palabra?

El cansancio comenzó a hacer mella en él. Sentía la lengua como un trozo de cuero pegado al paladar. Apenas fue un instante lo que tardó en incorporarse para beber un trago de agua perseguido por el martillar de esa clave: Pertun-Hotep, Pertun-Hotep, Pertun-Hotep... «¡Maldita sea, nunca conseguiré descifrarla!». Cuando volvió a la mesa se quedó sin habla. La lámina de cristal que protegía el papiro se estaba volviendo líquida, igual que en la visión donde se le apareció por primera vez el rostro de Crowley. Se pasó la mano por la cara, se frotó los ojos. Al abrirlos el escalofrío se hizo más intenso. Bajo aquella superficie fluctuante, como en lo profundo de un lago, esta vez distinguió un lugar que reconoció al instante. Estaba viendo las ruinas de Amarna, la ciudad sagrada del faraón apóstata. Una avenida de esfinges marcaba el camino hacia una puerta subterránea en forma de garra. Una comitiva descendía lentamente por una escalera muy estrecha. A la cabeza, Fersen y Cerio. O, mejor dicho, Kafra y Smenjkara, engalanados con sus ropajes ceremoniales. Les seguían el arrogante Horemheb y el doctor Messori, que volvía a lucir el birrete de Perennefer, el copero real. Tras ellos, con paso sonámbulo, caminaba Ankhesa. Vestía una túnica negra que parecía tejida con su propio llanto, un velo oscuro cubría su rostro. Crowley cerraba la procesión, engalanado con la piel de leopardo de los rituales fúnebres. El cayado de Seth en una mano, el cuchillo sacrificial en la otra.

Aterrado, presa del delirio, Conway sumergió su mano en la superficie líquida del papiro, loco por arrancar a su reina de aquella pesadilla. Sintió una intensa

quemadura, como si la hubiera sumergido en ácido. Ankhesa continuó descendiendo, ajena a todo. Cuando llegaron al término de la escalinata, Fersen alzó su velo y la besó en la frente. El rostro de la reina era el de un cadáver. Conway se cubrió los ojos, no quería ver más, no podía soportarlo. Desde el papiro subió hasta él una voz meliflua que hablaba al oído de su reina:

—Aquí olvidarás todo cuanto te atormenta, amada mía. Olvidarás a mi hermano Akenatón, ese loco alucinado. Recuerda, bella entre las bellas, estabas predestinada a mí. Solo a mí. Eres hija de la profundidad celeste, del panteón inmortal, el que presiden los dioses de Tebas. Bésame y volverás a reinar sobre el sol y las estrellas.

Fue entonces, al sentir el roce seco de sus labios, cuando Ankhesa pareció despertar de su hechizo. Se revolvió zafándose de él con un gesto de repugnancia. Horemheb la apresó por la espalda. Por más que se agitaba ya no podía soltarse.

—¡Kenneth! —gritó, con toda la fuerza de su desesperación—. ¡Kenneth, dónde estás!

Su llamada atravesó el corazón de Conway de parte a parte. El sufrimiento se le hizo intolerable. Cayó de rodillas tapándose los oídos. Las voces se hicieron más fuertes, no podía dejar de escucharlas.

—¡Apártate de mí, bastardo! —clamaba Ankhesa—. ¡No es Akenatón quien me ha traicionado, sino tú! ¡Tú y toda tu corte de alacranes! ¡Me hiciste creer que mi rey se había entregado a esa cortesana! ¡Ahora sé que todo fue un engaño! ¡Él me quiere, no ha renunciado a mí, y la luz de Atón está con él! ¡Soy tu reina! ¡La reina del alto y del bajo Egipto! ¡Condúceme ahora mismo al lugar donde me espera!

Fersen deslizó una caricia a lo largo de su cuello.

—Ya es tarde para arrepentirse, mi reina. Olvida a ese hombre, es lo mejor que puedes hacer si deseas seguir viviendo.

—¡Prefiero mil veces la muerte a vivir un solo instante junto a ti!

—No sabes lo que dices, preciosa. Yo soy el verdadero elegido por los dioses, el hombre que abrirá para ti las puertas de Amenti, el paso hacia la inmortalidad.

Entonces la voz de Ankhesa se volvió más grave y profunda:

—Ya me prometiste la inmortalidad en el pasado, maldito entre los malditos —sentenció, desafiante—. Una inmortalidad de tinieblas. Libérame ahora mismo, Smenjkara, o te juro que lamentarás haber nacido.

El rostro de Fersen era una máscara impasible.

—Esta vez no sucederá así, mi muy querida Nefertiti —exclamó, haciéndole un gesto a Crowley para que se adelantara—. ¿Lo ves? El divino Seth está con nosotros. En el tiempo de los orígenes acabó con la vida de su hermano Osiris, igual que yo acabé y acabaré con la de Akenatón tantas veces como sea necesario, mientras el sol siga pagando su tributo a la luna. Mírala, ya está cerca. Apenas faltan dos días para que se alce la luna de Heb-Sed. Y esa será la noche de nuestra consagración.

Un grito de horror se congeló en la garganta de Ankhesa. La luna creciente se alzaba como para señalar la inminencia de la fecha anunciada en la profecía. Y, recortándose sobre el disco de azufre, sí, allá estaba también el demonio en persona, Seth, el devorador de toda luz. Su horrendo hocico de asno, sus ojos de basilisco, su boca de belfos colgantes. Aquella visión fue más de lo que podía soportar. Cayó desvanecida mientras a su espalda comenzaba a crecer una melopea leprosa, el preludio de una abominable celebración. Fersen la alzó del suelo y depositó su cuerpo sobre un altar de piedra. Crowley extendió sus brazos sobre la cabeza de Nefertiti.

—Disponeos a ser testigos del sagrado himeneo —exclamó, dirigiéndose a sus acólitos—. Por el ritual de la sangre, por el poder de los dioses oscuros, en esta luna de Heb-Sed, celebramos al fin el gran encuentro. Las bodas del Cielo y el Infierno.

Conway creyó morir. Un grito desgarrado emergió de sus entrañas: «¡Despierta, Ankhesa, luz de mi vida! ¡Por lo que más quieras, tienes que despertar!». Con un resto de furia, se abalanzó sobre el papiro decidido a destruirlo. No pudo hacerlo. Antes de que volviera a tocarlo, el pliego se elevó un palmo sobre la mesa curvándose sobre sí mismo y enrojeció por sus extremos. Había comenzado a arder. Un negro corazón en llamas se dibujó en su centro mientras se oía, hueca y resonante, la voz de las tinieblas:

—¡Ahógate en tu ciega ambición, profanador de tumbas, porque ya estás muerto! ¡Ningún hombre puede transgredir los secretos de los dioses! ¡Tú te atreviste! ¡Nos desafiaste! ¡Y has sido derrotado! ¡Ya no eres más que una sombra!



APENAS una hora después, dos vehículos cubiertos de fango seco y arena rodaban a toda velocidad entre dunas tan altas como montañas. El Dodge iba en cabeza. Lo conducía el propio Conway, buscaba desesperadamente una pista que le abriera el paso hacia el Nilo. *Lady Christie*, *Mallowan* y *Lawrence* ocupaban el asiento posterior. En el del copiloto viajaba un pasajero bien singular: una momia. Sí, la momia de *Nefertiti*. ¿Cuándo, cómo y de qué manera había aparecido?

Todo se precipitó al poco de que el escocés saliera de aquella tienda más muerto que vivo. Todavía un poco tambaleante, sin saber qué suelo pisaba, vio a uno de los beduinos intentando arrancar el Dodge. Por más que pisaba a fondo el acelerador, aquel viejo trasto gruñía como un camello pero no respondía.

—Tiene que ser un fallo del motor —propuso *Auden*, el poeta, impostando la voz de un experto—. Posiblemente una cuestión de bujías.

Lawrence no vaciló en apostillarle con su habitual tono desabrido.

—«Una cuestión de bujías». Qué sabrás tú, si no tienes ni idea de mecánica.

—Se trata de una deducción lógica, *mister Misery*^[61]. Si ayer andaba y ahora no anda, habrá que echarle un vistazo al motor, ¿no?

—¿Y quién entiende aquí de motores? ¿Tú, o crees que estarán más versados estos beduinos andrajosos? Muy bien, ahí lo tienes, *mister Flyer*^[62]: el Dodge es todo tuyo.

Auden dio un respingo, esbozó un gesto de dignidad herida y deslizó sus delicadas manos bajo el capó del Dodge. Sus orejas de soplillo enrojecieron hasta la púrpura por el esfuerzo. Como era de esperar, apenas consiguió alzarlo tres pulgadas. Dos beduinos vinieron en su ayuda. El grito hizo estremecer hasta las palmeras.

—¡La momia! ¡La momia está aquí!

El campamento entero se revolucionó. *Balek Gamal*, que aguardaba encaramado a su camión, ya dispuesto a partir, se apeó y echó a correr hacia el tumulto. *Lawrence*, atónito, no daba crédito. Lo mismo le sucedía a *Mallowan* y a *lady Agatha*. *Conway* se abrió paso con la sensación de que salía de un delirio para caer en otro. Hasta que despertó.

—¡Bendito Gaetano! ¡Ahora lo entiendo todo...!

Como en un relámpago le vinieron a la mente las imágenes de su huida a través

del desierto. Gaetano había caído, herido de muerte. Él le preguntó, desesperadamente, dónde había ocultado la momia. El italiano ya no podía articular palabra, le señaló el Ford Truck. Conway pensó que se refería a algún punto de la montaña de Nejbet que se alzaba tras el camión. Pero no: quería decirle que había ocultado su tesoro dentro de un motor. La momia de Nefertiti no era más que un bulto estrecho y apretado que apenas alcanzaba un metro de longitud. Cabía perfectamente dentro de la carcasa de aquel automóvil. El astuto pirata la había ajustado muy bien, en un hueco lateral, entre el carburador y el bloque de cilindros, de modo que el Dodge pudiera seguir funcionando sin que nadie la advirtiera.

—... Se ha movido mientras reparábamos los neumáticos, eso está claro — articuló Auden con un ademán cómicamente suficiente—. Ahora está bloqueando el cigüeñal. Por eso no podíamos arrancar.

Conway ya no le escuchaba. Con una delicadeza infinita tomó el cuerpo momificado de su reina, lo depositó sobre la arena y, con mucha serenidad, se volvió hacia Balek Gamal. El jeque retrocedió un paso, la mirada del escocés era la de un hombre que puede cometer un crimen sin parpadear.

—¿Qué te sucede, mi buen amigo? ¿Es que no estás contento con el hallazgo? Era esta momia lo que habías venido a buscar a Egipto...

—Tú ya no eres mi amigo, Balek. Y no, esta momia tampoco era lo más importante. Te dejaste comprar por esos canallas que se han llevado a Ankhesa. Debería matarte, sí, eso es lo que debería hacer.

Lawrence puso su mano sobre el hombro del escocés.

—La jugada que le han hecho a mi colega es la más miserable que cabe imaginar. Un degüello sería poca cosa en comparación.

—Sois injustos con este pobre anciano —farfulló el árabe—. Vuestro Balek Gamal no es más que un humilde beduino sometido al gobierno colonial. Bien sabéis que tengo vedada cualquier intromisión en los asuntos de los europeos...

—Tu manera de no actuar ya fue una manera de entrometerte —siguió Mallowan. Y *miss Christie* acabó de acorralarle:

—Sabes mejor que nosotros lo que ha sucedido esta noche, Gamal. Esos bandidos le suministraron una droga a este hombre para que no pudiera hacer nada mientras le arrebataban a su mujer. Tú les has visto partir, poco antes del alba.

Los beduinos habían formado un círculo. Miraban a Conway conmovidos por la devastación que expresaba su rostro. Entre ellos comenzó a crecer un rumor de voces que señalaban a su caído. Parecían a punto de amotinarse. Balek nunca se había visto ante una situación semejante.

—¿... Por qué me miráis así?

—Te miran así por lo que le has hecho al escocés —continuó Lawrence—. Eso no tiene perdón, hijo de perra.

—Lo que me hayan hecho a mí ya no importa —le cortó Conway—. No es a mí a quien debéis compadecer, sino a ella. Ankhesa es la única víctima inocente de esta maldita historia. Si no la liberamos acabará convertida en esto —añadió girando una mirada hacia la momia—. Ya solo será un cadáver. Un cadáver por toda la eternidad. Nunca volverá a despertar. ¿Es que no lo entendéis? —No, no le entendían. Pero, aún sin entenderle, sabían que sus palabras estaban llenas de verdad—. Olvidaos de que sois mis amigos y pensad en ella, solo en ella. Todavía vive, creedme, y yo sé dónde está... ¿Quién viene conmigo?

—*Jallaina!* —¡Todos nosotros!—, clamaron al unísono los beduinos. Los ingleses aún estaban preguntándose adónde, cuando Gamal se llevó su mano al bolsillo de su *galibeh* y sacó un aparatoso pistolón, que contempló casi con cariño antes de tenderse al escocés.

—Mátame o perdóname, viejo amigo —dijo al fin—. Tuve miedo, lo reconozco: he sido un cobarde. Pero créeme, porque te lo digo desde el fondo de mi corazón: ya no te volveré a fallar, Kenneth Conway. Dime dónde quieres que vayamos. Te seguiré hasta el infierno. Mientras no hayamos ajustado las cuentas a esos malnacidos no volveré a llamarme Balek Gamal.

Aquellas palabras emocionaron a todos. Solo una vocecilla quebró la tensión de la escena.

—¿Cómo que hasta el infierno? ¿Pero dónde rayos pretende llevarnos ahora esto loco escocés? Alguien tendrá que preguntárselo, ¿no?

Se trataba de Auden. Lawrence le hizo callar con un gesto.

—Somos cinco ingleses y los cinco estamos locos de atar. No es el momento de ponerse a discutir por una minucia. ¿Qué más da donde nos lleve? Prefiero cualquier infierno a regresar al burdel de la reina madre con el rabo entre las piernas. No tenemos alternativas —afirmó, rotundo, antes de mascullar para sus adentros— ...Y me temo que tampoco tenemos remedio.

Gamal volvió a intervenir:

—Sea cual sea el lugar que hayas elegido, necesitaremos armas para enfrentarnos a los sicarios de Malaparte. En mi casa de Bahariya guardo unos cuantos fusiles del tiempo de la guerra contra los turcos.

—Seguro que servirán —le cortó Conway, poniéndose ya al volante del Dodge—. Vamos, deprisa, no tenemos tiempo que perder.

Eso no le gustó a *lady* Agatha, que le detuvo cogiéndole del brazo.

—Le recuerdo que la violencia está proscrita dentro de nuestra Orden, Kenneth. Las únicas guerras en las que se involucra la Golden Dawn son las del espíritu.

El escocés la miró con cierta deferencia melancólica.

—¿Y en sus novelas, no hay violencia...?

La reina del crimen carraspeó antes de plantarse tiesa como un palo frente a él.

—No se confunda, Conway, esa es otra historia. Y en cuanto a esta, o juega con mis cartas o rompo la baraja.

El arqueólogo apeló a su ingenio.

—Está bien, si las batallas de la Golden Dawn son espirituales... le doy mi palabra de que no dispararé contra ningún espíritu, señora. Pero, por si acaso, guárdeme esto —exclamó, mientras le tendía el pistolón de Balek Gamal—. Puede que le haga falta si nos cruzamos con los fantasmas del ejército perdido de Cambises.



PROBABLEMENTE no lo hizo con esa intención, pero su comentario dejó pálida de estupor a la dama. Apenas reparó en que ya viajaba a bordo del Dodge, nadie volvió a preguntar hacia dónde, mientras Lawrence le contaba el resto de la historia:

—... Cincuenta mil hombres, Agatha, lo más granado del ejército de aquel rey persa que se atrevió a desafiar a los dioses, desaparecieron tragados por el desierto cuando los envió a destruir el oráculo de Siwa. Nunca más volvió a saberse de ellos.

—Eso es imposible —protestó la reina del crimen, que no acababa de anudarse un *foulard* sobre su pamela—. Un ejército de cincuenta mil hombres no puede desaparecer sin dejar rastro.

—Lo cuenta Herodoto, Agatha, y Herodoto es el «Padre de la historia». Pero, si lo prefieres, también hay una versión moderna. La del célebre conde Almasy^[63], a quien los beduinos llaman por algo el «Padre del desierto».

—¡Uf, cuántos padres para un misterio! —ironizó Auden, entornando la ventanilla, para evitar que entrara más arena—. ¿Y cincuenta mil hombres para destruir un simple oráculo, no son demasiados?

El Dodge avanzaba a toda velocidad, seguido de cerca por el camión de Balek Gamal. Lawrence continuó con su relato.

—Cambises era un ególatra. No pudo soportar que el oráculo de Siwa hubiera bendecido a Alejandro Magno como el nuevo faraón de Egipto, mientras que a él le vaticinó un final trágico. Entonces montó en cólera y alistó un ejército descomunal para arrasar su santuario. Cincuenta mil hombres, cientos de carros, miles de caballos... Aquella imagen tenía que impresionar. Pues bien, el séptimo día, cuando estaban atravesando el gran mar de arena, el aliento de Amón se alzó contra ellos y los borró del mapa. Esa fue la respuesta del oráculo.

—Como leyenda me parece fantástica, pero no: no me la creo. —*Lady* Agatha no cedía—. A ver, cuéntame la versión de Almasy.

—Es casi la misma, con una variante. Cambia el aliento de Amón por el *quibli*, el tremendo viento sur que viene de Nubia en torbellinos bien capaces de arrasar todo lo que encuentre a su paso. A su lado, el *hamsín* del otro día se queda en una brisa estilo Brighton. Si querías una explicación científica, ya la tienes.

—Yo tengo una más —le interrumpió Auden—, y no hace falta irse tan lejos para

comprobarla. ¿Recordáis la bravata que nos lanzó Malaparte cuando quiso marcar las distancias con Crowley? Ese fantoche no cree en nada trascendente. Solo en lo que le ordena *el Duce*. ¿Y cuál era, según sus propias palabras, el objeto de su misión? No me digáis que seguís sin recordarlo...

—Ah, sí... —exclamó, *lady Agatha*—. Nos dijo que bajo este desierto se encuentra la mayor reserva de gas nervioso de todo el planeta.

—Otro desvarío —objetó Lawrence—. El fosgeno es el resultado de una manipulación química, no se produce en estado natural.

—Tú sabes algo de griego, ¿no? —prosiguió Auden—. Bien, dime cómo traduces la palabra fosgeno.

—*Fos* quiere decir «luz», y *geno*...

—*Geno* viene de génesis, lo que genera las cosas —se adelantó *lady Agatha*—. Pero, ¿y qué...?

Auden, dueño de la expectación general, carraspeó antes de concluir.

—El fosgeno era la Luz de Atón, ni más ni menos. Ellos sabían que bajo estas arenas se condensa una gran concentración de gases y sales altamente tóxicos, como el natrón de Bahariya. Mézclalos y seguro que estallan en una llamarada tan cegadora como la primera página del Génesis. Una portentosa deflagración de fuego y luz, bien capaz de arrasar todo aquello que encuentre a su paso, hasta reducirlo a cenizas, literalmente, hasta desmaterializarlo. Sí, sí, ya sé que fosgeno es una palabra griega. Pero los griegos, no lo olvidéis, lo aprendieron todo de los egipcios. Y para estos la Luz de Atón, como todo en su religión, tenía dos vertientes: bendición y castigo. Cuanto más lo pienso más me convenzo de que el fosgeno constituía para ellos su manifestación maléfica. Probablemente la misma que ocasionó la hecatombe del ejército de Cambises. Y, ¿por qué no?, quizá también el apocalipsis de la ciudad sagrada de Akenatón, Amarna.

Los cuatro ocupantes del Dodge se quedaron de una pieza. Aquella hipótesis superaba las más delirantes fantasías de la Golden Dawn. Mallowan, el más escéptico, fue el primero en reaccionar.

—Una interpretación muy imaginativa, pero la historia no dice nada de eso. Amarna fue destruida por los ejércitos de Horemheb tras la caída del faraón apóstata. No existe ningún documento que acredite nada parecido a una explosión de gas.

—Te equivocas, Max —le corrigió su esposa—, recuerda los manuscritos egipcios del fundador de nuestra Orden. De acuerdo, Mathers abusaba del éter. Pero en una de sus visiones aseguró haber visto un mar gaseoso bajo este desierto. Lo llama «El Mar de la Muerte», y lo sitúa en el entorno de la legendaria Amarna.

—Por favor, Agatha, eso son patrañas...

Lady Agatha le clavó a su marido una mirada algo más que reprobatoria.

—Repórtate, Max, nos estás insultando a todos. Los manuscritos de Mathers son

sagrados para nosotros.

El arqueólogo le volvió la cara, mascullando entre dientes:

—Hay que tener paciencia...

—No tanta —intervino entonces Conway—. Pronto saldremos de dudas.

Auden carraspeó antes de preguntar.

—¿En qué... aspecto, *mister* Conway?

—En el de ese presunto «Mar de la Muerte»... y en todo lo que afecta a la vida de Ankhesa. Verán, la profecía de Caltagirone cifraba un lugar muy concreto donde volverían a alzarse de las arenas los siete demonios de Seth. «... Y esta vez será el aliento de Atón quien habrá de juzgarles», así concluía el papiro. Tal vez, como acaba de apuntarlo usted mismo, el aliento de Atón sea esa condensación de gases que se mueven bajo el suelo de Amarna. Precisamente allá donde nos dirigimos.

Aunque no se lo hubiera revelado hasta ese momento, y por más que lo sospecharan, ellos seguían pensando que la única alternativa razonable consistía en regresar a El Cairo para contactar con sus aliados de la Fraternidad de las Pirámides. Ahora, a la certeza de que habrían de enfrentarse a los hombres de Malaparte y a la tenebrosa mente de Crowley, se unía la conjetura de que tendrían que hacerlo sobre un ingente depósito de gases tóxicos. La inquietud dio paso a un clima de consternación general que apenas conseguían disimular.

—¿Amarna ha dicho? —preguntó Lawrence—. Corríjame si me equivoco, pero tengo entendido que eso no es más que un montón de ruinas...

—No exactamente.

—Ruinas y demonios —apostilló Auden—. Eso es todo lo que queda de la ciudad erigida por el faraón apóstata.

—No exactamente —repitió Conway.

Lady Agatha se puso intemperante.

—Pues díganos «exactamente» qué más decía su maldita profecía. Nuestra comprensión tiene un límite, no puede seguir jugando con nosotros de esta manera.

Nada más decirlo, en aquel cielo radiante y despejado estalló un trueno seco que pareció partir en dos todo el arco del horizonte.

—¿Ha oído eso, Conway? —articuló Auden—. No me diga que, además, se nos va a echar encima ese tal *quibli* o como se llame...

Kenneth le cruzó la mirada a través del retrovisor.

—No, esto es un anuncio del *kwarma*: tendremos tormenta, pero no de arena.

—¿De qué entonces, si puede saberse?

—Ya lo descubrirá...

No tardarían en hacerlo. A medida que avanzaban el paisaje fue tiñéndose de sombras, como un espejo de las nubes tan densas como piedras que se aglomeraban hacia el este.

—Es increíble, alucinante de verdad —masculló Lawrence—. Primero la tormenta de arena del otro día, y ahora el diluvio universal... en medio del desierto.

—¿O sea que el *kwarma* es esto? —balbució el poeta—. Me pregunto qué será de nosotros si toda el agua que hay ahí arriba nos cae encima. Lo del ejército de Cambises puede quedarse en una anécdota.

Sus palabras se vieron refrendadas por un segundo trueno que retumbó sobre sus cabezas haciendo temblar la carrocería del Dodge. Una fulguración de serpientes iluminó el cielo del desierto. El aguacero no se hizo esperar. Aquellas nubes del color de la tinta acabaron por romperse en una violenta lluvia de lodo rojizo. Solo *lady* Agatha parecía mantener el temple, todos sabían por qué.

—Sigo esperando una respuesta, *mister* Conway.

—Está bien, se lo voy a contar...

A medida que la pista se encharcaba, la sucesión de rayos y truenos marcó el contrapunto idóneo para las palabras del escocés.

—El papiro de Caltagirone lo dejaba entrever, pero la clave definitiva se me reveló ayer, en la tienda, y ya saben cómo... Crowley se me apareció en una cripta decorada con discos solares, el emblema de la ciudad de Atón. Le acompañaban todos sus acólitos, y Ankhesa ocupaba el centro de la estancia, amarrada a un altar siniestro. Me llamaba, todavía la oigo gritar mi nombre mientras ese psicópata invocaba a los dioses oscuros, decidido a sacrificarla. Todo sucederá mañana en la noche. Tenemos que llegar a Amarna antes de que se alce la luna de Heb-Sed.

—Pero, ¿y si no los encontramos allá...? —volvió a objetar Mallowan, persuadido de que hablaba con un loco—. Supongo que en ese caso regresaremos a El Cairo, ¿no?

Conway frunció el entrecejo, como si no contemplara esa posibilidad.

—¿Regresar?

Auden intentó hacerle entrar en razón:

—Hablaemos con las autoridades. Tenemos pruebas de que esos criminales secuestraron a su esposa, y el alto comisionado británico, *lord* Allenby... —continuó, tras un carraspeo enfático—. En fin, perdóneme la inmodestia, pero me consta que es un rendido admirador de mi poesía.

Lawrence le clavó una mirada vitriólica.

—Por Dios, Wistan, cómo puedes ser tan cretino. La única poesía que admira ese papamoscas es la que rima con la corte de corruptos del sultán Hussein. Y la familia de Cerio está emparentada con ellos. ¿Es que ya no lo recuerdas? Este coche, el Dodge que nos ha traído hasta aquí, lo consiguió él, haciendo valer sus influencias...

Auden se revolvió lleno de orgullo herido.

—¡Sus influencias en la embajada italiana y nada más! ¡Nosotros somos ingleses, ciudadanos del Imperio!

—¿Del Imperio? ¿De qué Imperio? —le encaró Lawrence—. Eso que tú llamas el «Imperio» no es más que un dinosaurio decrepito que se cae a pedazos.

—¡Cuidado con lo que dice, Lawrence! ¡No le consiento que hable así de nuestro país!

—Su país ya no es el mío, Mallowan. Considéreme un desertor. ¡Jamás volveré a pisar la infecta Inglaterra que ha condenado mis obras!

La situación amenazaba con degenerar en un enfrentamiento abierto. *Lady Agatha* separó a los dos hombres con un decidido ademán.

—¡Basta, basta de pelearse por historias que no vienen a cuento! Aquí lo único importante es rescatar a Ankhesa, y si este hombre ha recibido el mensaje de que la tienen en Amarna, está de más cualquier otra consideración. ¡La *Golden Dawn* va a Amarna y punto! ¿Entendido?

Esta vez no hubo más truenos que refrendaran su admonición. Solo esa lluvia torrencial que borraba la pista con una cortina de lodo del color de la sangre.

—Magnífico... —adujo Auden, mirándose las uñas para disimular su histeria—. Esto empieza a parecerse a una sesión de espiritismo subacuático.

Nadie rio su ocurrencia. En el silencio que se impuso dentro del Dodge, Conway buscó unos ojos a través del retrovisor. No sabía cómo decirlo, pero al fin lo dijo.

—Es usted toda una mujer, *lady Agatha*, nunca olvidaré sus palabras —articuló, torpemente—. Si salgo vivo de esta...

—Bueno, bueno, déjese de sensiblerías y mire hacia delante, joven —le cortó la escritora, también ella detestaba emocionarse—. Ya solo falta que tengamos un accidente por enternecerse como un colegial.

No le faltaba razón. La tormenta acabó desencadenando una riada descomunal que arrastraba a su paso lenguas de arena, piedras, incluso rocas de tamaño considerable. El Dodge apenas conseguía abrirse paso, el camión se encallaba una y otra vez. Hasta a los ingleses les tocó empujar. No obstante, cuando la situación parecía más desesperada, el aguacero cesó súbitamente y regresó la calma. Una hora después, sobre un cielo transparente y profundo, comenzaron a refulgir las primeras estrellas. Habían llegado al oasis de Bahariya, pero apenas se detuvieron para aprovisionarse de agua y suministros. Balek Gamal distribuyó entre sus hombres media docena de fusiles, tres vetustas espingardas y dos cajas de munición.

El exuberante valle quedó congelado como un espejismo en el retrovisor mientras enfilaban la ruta del sur, ya en paralelo al Nilo. Sobre la medianoche alcanzaron al fin la aldea de Deir Mawass, la última habitada antes de la ciudad de Atón. A las puertas del caravasar un nómada calentaba una tetera desconchada sobre un fuego de sarmientos. Conway aceptó su invitación, y todos los demás lo celebraron. Aun más cuando *lady Agatha* sacó de su bolso una petaca que dejó atónito a su marido.

—No sé por qué me pones esa cara, Max —se justificó la dama—. Ya sabes lo

que dice el proverbio: a una inglesa siempre le faltan dos *whiskies* para estar a la par.

Todos, salvo Mallowan, rieron de buena gana. Estaban empapados de pies a cabeza, necesitaban entrar en calor, pero aún más relajarse y descansar. Una vez que repusieron fuerzas, Balek Gamal extendió sobre la arena un mapa algo más que ajado. El escocés se dispuso a esbozar una estrategia.

—... Aunque toda ella esté en ruinas, Amarna es una ciudad enorme. No menos de diez millas de este a oeste, y nueve de norte a sur. Esta avenida que la cruza de parte a parte es la arteria real. La ruta sagrada que recorrían por las mañanas Akenatón y Nefertiti montados en un carro de oro para rendir su homenaje al sol viviente —precisó, trazando una línea sobre el papel, y señalando dos puntos—. El de aquí arriba es el palacio de *Guem Aton*, «el que se complace en la contemplación de Atón». Este otro es el del faraón, sobre el que se alzaba un gran mirador, la Ventana de las Apariciones. Bien, pienso que deberíamos dividirnos en dos grupos. Uno entrará por el norte, el otro por el oeste. Ninguno de los dos pisará la avenida principal, para evitar que nos descubran enseguida.

—¿Y por qué no entramos por el este? —objetó Lawrence—. Aquí veo algo que parece un gran templo. Y los templos son los lugares idóneos para las iniciaciones. Lo más probable es que se encuentren ahí.

—Ya lo he pensado —repuso el escocés—. Pero del templo de Atón apenas quedan en pie más que los basamentos de su bosque de columnas. Si nos acercamos por ahí ofreceremos un blanco perfecto. Mejor dejarlo para el final, si es que no nos topamos antes con ellos.

—¿Cómo demonios puede estar tan convencido de que están ahí? —Auden, aterido, apretaba entre sus manos su segunda taza de té—. Además, seguro que han apostado vigías en todos los accesos. Nos verán entremos por donde entremos.

—No, no nos verán, porque no nos esperan. A mí me dan por muerto, y a vosotros, en el mejor de los casos, os suponen de regreso a El Cairo. De todas formas, tenemos que extremar la cautela. Un paso en falso puede suponer la muerte de Ankhesa.

—Y me temo que la de todos nosotros, ¿no es así?

Esta vez fue *lady* Agatha, tal vez animada por el licor, quien respondió al poeta:

—Escúchame bien, Wystan: prefiero volver a Londres muerta antes que derrotada. Es la suerte de la *Golden Dawn* lo que se va a dirimir en Amarna. Preparémonos para la batalla final. Si Crowley logra lo que se propone, aunque no nos mate él, ya estamos muertos.

Mallowan, que hasta ese momento escuchaba en silencio, no pudo contener su perplejidad.

—Pero, Agatha, no te conozco... ¿No eras tú la que abominaba de toda forma de violencia?

La dama apuró un trago de su brebaje y, sin recoger el meñique de su mano izquierda, llevó la otra a su bolso.

—He cambiado de opinión, querido: el juego se ha acabado, ¡esto es la guerra! — exclamó, mostrándole el pistolón que le había entregado Conway—. Al primer demonio que asome por entre las ruinas, le vuelo la cabeza.



LOS cinco ingleses conocían la historia. En su tiempo de esplendor, cuando resplandecía como una joya constelada de templos, jardines y palacios fastuosos, Amarna fue la capital del mundo, la gran metrópoli del Imperio nuevo. Una *civitas solis* construida a imagen y semejanza del cielo por un idealista que se atrevió a desafiar a la corrupta casta sacerdotal de Amón-Ra, en Karnak. Cuando Akenatón fue entronizado, esta no solo detentaba un poder sin límites y un patrimonio incalculable. También había pervertido el equilibrio perfecto de una época dorada en la que el orden social estaba imbuido de profundas convicciones éticas y religiosas, basadas en el estricto cumplimiento de la Maat, la «ley Cósmica». El desafío del faraón apóstata fue absolutamente revolucionario: en apenas cinco años levantó una ciudad inmensa en medio de la nada y la llamó Aketatón, la ciudad del disco de Atón, donde todo sería diferente^[64]. No se lo consintieron. Los sumos sacerdotes de Tebas no iban a tolerar que les arrebataran sus privilegios solamente porque un joven rey de apenas dieciocho años se creyese una especie de mesías solar. El destino de los mesías siempre es el mismo. Tarde o temprano, acaban crucificados.

Tras precipitar la caída de Akenatón su capital murió con él. Era indisociable de su ser, estaba consustancialmente unida a su espíritu. Atón, la ciudad y el faraón integraban una suerte de cuerpo místico que, ante la mirada de sus enemigos, debía ser destruido hasta sus cimientos. Fue eso lo que sucedió. De entrada forzaron a su heredero, el joven Tutankatón, a cambiar su nombre por el de Tutankamón, para restaurar el prestigio de Amón-Ra. Es muy posible que, poco después, lo asesinaran también a él. Una vez que accedieron al trono Smenjkara y Horemheb, estos emprendieron una tarea frenética. Demolieron sus palacios y sus templos, arrancaron su nombre a martillazos de todas las estelas y pilonos en los que había sido grabado. Su prioridad no era tanto acabar con aquella revolución que fundó el primer culto monoteísta de la historia. Les importaba más erradicar la memoria de aquel faraón que mostró de una manera desnuda su dimensión humana, el gran hereje que aborreció la guerra y predicó la fuerza revolucionaria del amor y la compasión entre los hombres. En adelante, toda alusión al Elegido de Atón pasaría a cifrarse en la palabra *Kheru*, El Caído o El Maldito. La historia oficial corrigió la sutura de los anales reales haciendo constar que Smenjkara y Horemheb fueron los sucesores

directos de Amenofis III, como si Akenatón no hubiera existido jamás.

Conway y los suyos sabían lo que se iban a encontrar: el cementerio de una quimera, un vasto campo de ruinas donde apenas quedaban en pie los basamentos de sus templos, retazos de sus muros y poco más. Sin embargo, cuando los primeros rayos del amanecer les mostraron la planicie sobre la que tres mil años atrás se alzó la ciudad del sol, se impuso el silencio de la emoción. Todos los sueños de construir una humanidad mejor yacían sepultados en ese erial de piedra y arena sobre el que el viento del alba parecía gemir, como si todas aquellas almas que la habían habitado siguieran presentes, agonizando de dolor en busca de su paraíso. Y aún así, la reverberación de la leyenda seguía siendo tan intensa que casi se podía percibir la imagen etérea de aquella utopía que aspiró a tender un puente entre dos mundos.

Pero ellos no habían llegado hasta allá para soñar. Por más que les impresionara aquel escenario, sabían que se habían embarcado en una aventura extrema. No podían consentirse el menor descuido. Les iba la vida en ello.

Permanecieron un buen rato estudiando el paraje agazapados tras las dunas. Nada parecía indicar que los hombres de Malaparte se ocultaran allá. Si era así, ¿qué habían hecho con sus automóviles? ¿También los habían sepultado bajo la arena?

—Crowley es capaz de eso y de mucho más —masculló *lady* Agatha, que parecía la más decidida—. Conozco a ese demonio...

—¡Chsst! —le cortó Balek—. Observen: algo se mueve ahí al fondo.

El jeque señaló la única columna que permanecía en pie, en un ala del templo de Atón. Distingueron una figura humana. Lawrence se volvió hacia Conway:

—¿Vamos a por él o seguimos con el plan?

—Espera un poco...

La espera dio resultado. Poco después, tras un lienzo del palacio del Abanico de la Luz^[65], emergió uno de los Isotta-Fraschini. Dos escuadristas iban a bordo, parecían dirigirse a lo que habían sido las cisternas de la ciudad. A medio camino, el automóvil se desvió hacia la gran avenida, incorporó al vigilante de la columna y tomó la ruta de Hagg Kandi, la aldea más cercana en dirección suroeste.

—Bien —articuló Auden—, tres bastardos menos.

El Isotta-Fraschini desapareció del horizonte. Poco después Balek Gamal se llevó a sus hombres por la espalda de las dunas, hacia el palacio de Atón, mientras los ingleses emprendían el camino que les conduciría hacia el del faraón, con una irreconocible *lady* Agatha a la cabeza de la comitiva.

Enseguida se perdieron de vista unos y otros. Los ingleses lo iban a tener más difícil: el sol les daba de cara y las ruinas más consistentes apenas alcanzaban metro y medio de altura. Caminaban en fila india, buscando las sombras, midiendo cada paso. Avanzaron así un largo trecho sin encontrarse con nadie, hasta que al fin alcanzaron lo que quedaba del palacio de Akenatón. Ante ellos se abrió una vasta plaza

cuadrangular en cuyo perímetro asomaban, como bocas bostezantes formando un círculo, una docena de puertas de acceso a sus criptas. Aquella visión, unida al silencio gravitante, expectante, comenzó a ponerlos nerviosos. Conway se sorprendió repicando sus dedos sobre la culata de su fusil para tranquilizarse. El sudor le caía en lentas gotas calientes, de la frente al cuello.

—El palacio está construido a semejanza del cielo, que también tiene doce puertas —exclamó como si hablara consigo mismo—. La buena es la que queda en el extremo este. Es la que da paso a la Duat subterránea, cuando despunta el amanecer.

Mallowan se volvió hacia él hablando en voz baja, como si compartiera una confidencia:

—De acuerdo, esa es la puerta... Pero el palacio es inmenso. Si nos metemos ahí dentro los cinco, no acabaremos de inspeccionarlo en todo el día.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —protestó Auden—. ¡No estará pensando en separarnos! Eso sí que sería el comienzo del fin. Al menos para mí.

—Vete pergeñando tu epitafio, muchacho —le mortificó Lawrence—. Te prometo que sepultaremos tu momia en el Rincón de los Poetas de Westminster.

—¡Firmaría ahora mismo que lo hicieran en una letrina, siempre que me garanticen que tu cadáver se pudrirá a mil millas de distancia!

Mientras los dos escritores se enzarzaban en su habitual intercambio de invectivas, *lady* Agatha volvió a ser la más resolutiva.

—Si no queda otra que separarnos, no perdamos más tiempo. Max y yo empezaremos por la puerta de la Duat o como se llame. Vayan ustedes hacia el palacio del Abanico. ¿Qué les parece que nos marquemos un plazo para reencontrarnos?

—Buena idea —aprobó Conway—. Pero recuerden: nada de aventuras. Se trata de localizarlos, no de entrar en acción. ¿Entendido? —Un cabeceo unánime refrendó sus palabras—. Si alguno de nosotros se encuentra en peligro, les digo lo mismo que le he dicho a Balek: un disparo y todos acudiremos en su ayuda. Ya sabemos dónde estará cada cual. Si todo va bien, en un par de horas nos reuniremos en un lugar seguro y decidiremos el siguiente paso. ¿Ven ese mamparo bajo la terraza de las Apariciones?

—Sí, está bien —repuso Mallowan—, parece un buen refugio.

—Entonces, adelante y suerte.

Siempre con su revólver por delante, la escritora no vaciló en internarse por la boca de la Duat seguida por su marido. Conway y los otros dos permanecieron un tiempo guardándoles la espalda. Luego se encaminaron hacia el palacio del Abanico evitando la avenida principal, donde se advertían las ruinas de los setecientos treinta altares, uno por cada día del doble año solar, que sostenían el culto a Atón. Desde la partida del Isotta-Fraschini no habían vuelto a advertir ni a uno solo de los hombres

de Malaparte. ¿Dónde se ocultaban? A medida que avanzaban, tácitamente, comenzó a ganarles la sensación de que estaban adentrándose en una trampa. Esa sospecha derivó hacia lo angustioso poco después. En cuanto regresaron a la arteria real, y nada más cruzar el Hut Benben^[66], pese a la imponente presencia del sol allá en lo alto, una extraña neblina comenzó a arrastrarse por el suelo, se enredaba en sus cuerpos y continuaba ascendiendo. Enseguida les resultó imposible distinguir nada a más de diez metros. Hasta el sol mismo acabó quedando velado por ella, como una perla sumergida en un estanque. Su marcha se convirtió en un peregrinaje sonámbulo. Podían estar en cualquier parte del mundo o perfectamente fuera de él.

—¿Será posible? —protestó Auden—. No he vuelto a ver una niebla como esta desde que salí de Londres. Acabaré cogiendo una pulmonía... ¡en el tórrido Egipto!

Lawrence no perdió la ocasión de escarnecerle.

—Cuídate de no tropezarte con el coloso de Ramsés. Ya sabes, aquel sobre el que escribió tu amigo Shelley: te podrías partir tu espléndida dentadura postiza.

—Pero esta niebla no es normal. Huele como a fruta podrida... Y estamos en medio de un desierto. Eso no puede ser.

—Entonces este es tu día de suerte, aunque no hayas acertado con tu adivinanza. Si fuera fosgeno olería a hierba recién segada, y sería de color verde.

—Pues sea lo que sea, a mí ya me está mareando.

—Igual que en Delfos.

La intervención de Conway los dejó a los dos mirándose de frente.

—¿Cómo que igual que en Delfos? —preguntaron al unísono.

—Estáis respirando el sagrado *pnuema* que provocaba los éxtasis de las pitonisas de Delfos. Una mezcla de etileno y metano que surgía de las profundidades del célebre oráculo. Aquí sucedió algo semejante. Los arquitectos de Akenatón también eran sacerdotes: construyeron su templo mayor sobre una grieta de la que emanaban estos vapores que propiciaban sus visiones místicas.

—Vaya, qué... coincidencia, ¿no? O sea que estamos respirando el elixir de los dioses.

—... Mezclado con los vapores del demonio. Porque seguro que esta niebla también arrastra otros gases, y no descarto que puedan resultar tóxicos.

Auden tragó el nudo que se le había atravesado en la nuez.

—Deja de temblar, león de Balaklava —continuó Lawrence—. De momento esto solo es un aviso. Si cierras la boca, me temo que sobrevivirás.

Conway ya no escuchaba sus puyas. Bajo la imposta de un arco partido, rematado por los restos de unas alas desplegadas, acababa de descubrir una nueva puerta.

—Esta debe ser la que daba acceso a la casa del Fénix, la puerta de los Inmortales.

—¿Pero no hemos quedado en que vamos al palacio del Abanico?

—El Fénix dormía en su santuario. Por aquí llegaremos antes, y estaremos a cubierto.

Tras descender una decena de peldaños, el escocés distinguió lo que parecía ser un pasadizo de una profundidad considerable.

—Encenderemos una linterna, no más. La luz podría delatarnos.

—Yo prefiero tener las manos libres, por si tengo que usar esto.

Lawrence lo dijo empuñando su fusil. Auden se llevó el suyo al hombro.

—Entonces pásame la linterna a mí. Recuerda, el suplemento literario del *Times* dijo que soy «un ser de luz». Bastaría con mi presencia para iluminaros.

A medida que descendían, el pasadizo se fue volviendo más angosto y tortuoso. Hasta el sonido de su respiración producía eco. Aquello no parecía tener final. De pronto, apareció ante ellos una cámara cuadrangular de techo bajo. La pared derecha estaba cubierta con imágenes del *Libro de los Muertos*. La opuesta mostraba una procesión de divinidades de camino al infinito. La linterna de Auden abrió un círculo de luz. Observando aquel séquito de dioses que parecían renacer con todo su esplendor, pero apenas un instante, antes de desaparecer en la negrura, les envolvió una sensación difícil de explicar. Como si también ellos formaran parte de ese viaje hacia la muerte, los últimos en sumarse a la tétrica comitiva.

—No sé hacia dónde caminan, pero no me gusta: estos no tienen pinta de turistas de la agencia Cook.

Conway repuso sin apartar sus ojos de aquellas pinturas.

—Hemos avanzado como una milla bajo tierra, siempre hacia el oeste, que es la tierra de los muertos. Es muy posible que esta galería fuera un paso secreto que conectase la casa del faraón con las tumbas reales.

—¿Entonces...? —Lawrence pareció vacilar antes de decirlo—. ¿Cabe la posibilidad de que estemos cerca de descubrir la tumba perdida de... Akenatón?

—Hace cinco años, cuando vine con la expedición de Borchard, solo excavamos por la parte norte. Nunca llegamos a localizar este paraje... Sí, cabe esa posibilidad: tal vez al otro lado de esta pared nos aguarde la tumba de Akenatón —concluyó Conway—. Pero a mí eso ya no me dice nada. Solo es la vida de Ankhesa lo que me importa.

—¡Sigamos adelante! —exclamó Auden, eufórico ante la posibilidad de pasar a la historia como el descubridor del sarcófago del faraón místico.

El escocés les previno:

—Si esto es una tumba real seguro que habrá pozos camuflados, y son bien profundos: un paso en falso se paga con la muerte.

Los escritores le dejaron pasar, mejor que fuera él quien marcara el camino. Auden y Lawrence hablaban entre susurros para quitarse el miedo.

—... Se me está ocurriendo un poema espléndido que se titulará *Los Hijos de*

Anubis —articuló el poeta—. Oh, divino guardián de los difuntos...

Y Lawrence continuó.

—... Aplasta a este infecto escarabajo orejudo con tu bastón de serpientes, de manera que deje de mortificarme con su aliento.

Auden ya iba a replicar cuando Conway le puso su mano sobre la boca.

—¡Silencio! Escuchad: alguien viene.

En efecto, por el otro extremo del corredor comenzaron a escuchar un rumor de pasos.

—¡Deprisa, Wytan! ¡Apaga esa linterna y poneos a cubierto!

Fue lo que hicieron. Lawrence y Auden se parapetaron tras un muro de mampostería, Conway buscó la sombra de una pilastra ya con su fusil en guardia. Los pasos se acercaban. Quienquiera que fuese también caminaba a oscuras. Lawrence vio pasar una sombra junto a él, y, enseguida, otra sombra. Acarició el percutor, lo presionó suavemente, esperando ser descubierto de un momento a otro. Pero no. Nadie más seguía a aquellos dos, podía ahorrarse la bala. Entonces Auden conectó la linterna. Los intrusos recibieron el impacto de la luz en pleno rostro.

—¡No disparen, somos ciudadanos ingleses!

Se trataba de Max Mallowan. Cegado y con las manos en alto, había soltado su fusil. Pero *lady* Agatha mantenía firme su pistola, decidida a morir matando.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Auden, creyéndose víctima de una alucinación provocada por el etileno—. ¿Estáis vivos o muertos?

Lawrence le hundió la culata en las costillas.

—¿Cuándo has visto temblar a un muerto, pedazo de cernícalo?

—¿Pero cómo es posible...? —articuló Mallowan, sin sacarse el susto del cuerpo. Conway comenzaba a entenderlo.

—Está claro que aquí hay dos Amarnas. Encima de nosotros la que destruyeron los sacerdotes de Tebas. Y debajo esta, la que preserva la memoria viva de Akenatón. Una segunda ciudad subterránea comunicada por un laberinto de galerías, como las que nos han traído hasta este punto.

—Pero el laberinto tiene que tener un centro, ¿no? —adujo Auden—. Todos los laberintos lo tienen.

—Cierto, todos los laberintos apuntan a un lugar donde se resuelve el enigma...

Mallowan iba a añadir algo más, *lady* Agatha se lo quitó de la boca:

—... Y ese será el lugar donde encontraremos a Ankhessa, estoy segura.

Conway les escuchaba girando su linterna alrededor, como si buscara una respuesta.

—¡Ahí está! —exclamó, señalando un bloque de basalto semejante a un pequeño ataúd inclinado hacia el techo—. ¡Hemos encontrado el *serdab*^[67]!

—¿El *serdab*? ¿Qué rayos es eso?

Auden se tragó sus palabras cuando la linterna enfocó la mirilla que se abría en la parte superior de la caja de piedra. La luz impactó sobre unos ojos desorbitados.

—¡Dios santo! —exclamó *lady* Agatha—. ¡Quién hay ahí dentro!

—Tranquila, solo es una estatua pintada. —La voz de Conway los trajo de regreso a la realidad—. Pero ha aparecido para mostrarnos el camino.

Y, según lo decía, elevó su linterna sobre su cabeza. Iluminó una especie de túnel de ventilación que parecía ascender hasta donde se perdía la luz.

—Allá donde mira el faraón es donde se encuentra su alma —articuló Mallowan.

—Exacto, Max. Y ese lugar seguro que coincide con el centro del laberinto. El *serdab* es la piedra angular de la Casa de los Millones de Años^[68], donde las tumbas egipcias cobran vida y se convierten en lo que son: verdaderas máquinas para resucitar.

—¿Máquinas para resucitar ha dicho...? —balbució Auden—. ¿Pero qué rayos es esto? ¿Una réplica de la máquina del tiempo de H.G.Wells?

—Digamos que es la puerta de la eternidad.

—¿... La puerta de la eternidad, ese agujero infecto?

—Solo hay una manera de averiguarlo: adelante, el tiempo apremia.



56

CONWAY cometió el error de no mirar abajo. Solo pudo dar un paso. El segundo hubiera sido el último de no mediar una reacción instintiva de Lawrence.

—¡Cuidado, quieto ahí!

Antes de que pudiera moverse, le agarró por el cuello y tiró de él con fuerza. Ese gesto le salvó la vida. El túnel de ventilación al que apuntaba el *serdab* estaba cortado a pico sobre un abismo que se hundía en las entrañas de la tierra. El vértigo se apoderó de todos ellos. Y se acentuó cuando observaron el vapor que se elevaba de las profundidades de aquella fosa. Su tono era verde pálido y ya no olía a fruta podrida, sino a heno recién cortado. No necesitaron pronunciar la palabra maldita.

—Eso que sube de ahí abajo puede abrasarnos los pulmones en quince minutos —exclamó Lawrence, intentando mantener la calma—. O nos lanzamos hacia el túnel como sea, o tendremos que dar la vuelta.

Auden ya solo era un manojito de nervios que hablaba:

—¿Pero no habías dicho que el etileno era inofensivo?

—El etileno sí. Esto es cloro, la base del fosgeno... Mal asunto.

—De todas formas —observó *lady* Agatha—, el gas no parece muy denso... todavía.

—Seguro que han sido las lluvias de ayer las que lo han despertado —continuó Lawrence—. Ya sabéis, el agua se infiltra por las fisuras de la roca y activa los gases dormidos, igual que el grisú de las minas de mi tierra.

Conway ya estaba anudándose un pañuelo sobre la cara.

—Déjense de entelequias y hagan igual que yo: cúbranse la boca y la nariz.

Todos lo hicieron, pero eso no resolvió su desesperada situación. Estaban atrapados entre aquella sima y el túnel de ventilación que se abría a dos metros de distancia, en la pared opuesta, sobre el vacío.

—¿Y ahora qué? —volvió a intervenir Auden, cada vez más alterado—. ¿Se puede saber a qué esperamos para echar a correr por el pasadizo que nos ha traído hasta aquí?

Conway giró una mirada sobre los cuatro ingleses.

—Ustedes hagan lo que quieran. Yo voy a saltar.

—¡Saltar! —aulló el poeta—. ¿Saltar al vacío y hacia lo alto, hacia ese maldito

túnel donde no hay dónde agarrarse? ¡Está usted loco, Conway, no cuente conmigo! ¡Antes me dejaría empalar por la momia de Belfegor y toda su corte de ectoplasmas!

El poeta había comenzado a pensar que no saldría vivo de aquella tumba. Presa de un desasosiego palpable, se giró sobre sus talones sin reparar en lo que tenía detrás. No fue su culpa, Lawrence había olvidado fijar el seguro de su fusil antes de apoyarlo sobre el *serdab*. Al tropezar con el arma, un disparo seco le pasó rozando con un estruendo que vació su rostro de sangre en un instante. Las paredes del pasadizo se estremecieron. Una lluvia de tierra seca cayó de lo alto. Cuando Mallowan volvió a dirigir su linterna hacia el túnel de ventilación, el pánico dio paso al prodigio. De pronto, surgió ante ellos una sucesión de peldaños tallados en la roca viva.

—¡Una escalera! —exclamó Conway—. ¡Había una escalera en la pared!

—Y el disparo nos la ha descubierto —observó Mallowan—. La escalera permanecía cegada por capas de sedimentos acumulados a lo largo de tres mil años.

Auden apenas acertó a farfullar:

—Nunca hubiera imaginado que una escalera que parece venir de ahí arriba... estuviera tan cerca del Infierno.

El comentario resonó lúgubrementemente. Pero, esta vez, tuvo una respuesta que no procedía de ninguno de ellos. En el grave silencio comenzaron a escuchar, muy tenue, casi imperceptible, algo parecido a un canto religioso. ¿De dónde procedía esa letanía? Viniera de donde viniera, aquella voz cavernosa parecía una emanación del gas que subía lentamente de las profundidades, y ambientaba a la perfección aquel escenario de ultratumba. Peldaño sobre peldaño, y ninguno de más de un palmo de anchura, la escalera ascendía en espiral pegada a la pared de aquel pozo de negrura que amenazaba con tragárselos a todos ellos.

Conway apretó las mandíbulas y se colgó su fusil al hombro.

—Bueno, yo voy a intentarlo. Ahora lo tendremos más fácil, pero les digo lo mismo. Bastante me han ayudado ya. Si quieren volverse, les aseguro que lo comprenderé.

—De eso nada, Kenneth —repuso *lady* Agatha sin vacilar—. Si usted salta, nosotros saltaremos con usted.

—¿Yo... ta... también? —balbució Auden, nuevamente demudado, con los ojos clavados en el precipicio—. He de decirles que sufro de unos vértigos terribles desde mi infancia. Yo no puedo, no puedo seguir adelante.

Pero fue su corazón, como el de todos, lo que se paró de golpe cuando el escocés dio aquel salto sobre el vacío. La fortuna se alió con su coraje, o tal vez fue la fuerza de su desesperación. Sea como fuere, consiguió aferrarse al tercer peldaño con una de sus manos y, enseguida, sus pies se afirmaron en los que tenía debajo. No había tiempo que perder. Lawrence fue el siguiente en proyectarse sobre la boca de la sima. Agarrotado, pegado a la pared, Auden dejó pasar a Mallowan. Ya solo quedaban él y

lady Agatha. La dama se recogió la falda, tomó impulso y, cuando ya iba a saltar, el poeta la cogió por el hombro.

—Agatha, no me dejes solo... Me moriré de puro pánico si me quedo en este agujero.

La escritora se volvió hacia él. Ya no veía a un hombre, sino a un niño desamparado que temblaba de pies a cabeza.

—Vamos, coge mi mano. Saltaremos juntos. Y por lo que más quieras, no mires abajo.

Fue lo que hizo: volvió a mirar abajo. Se le nubló la vista, poco le faltó para caer de bruces al abismo.

Lawrence y Mallowan les animaron desde su posición.

—¡Vamos, saltad de una vez! ¡Nosotros os cogemos!

Auden parecía a punto de sufrir un infarto, ya ni siquiera le salían las palabras. *Lady* Agatha cogió su cabeza entre sus palmas y le miró de frente.

—Recuerda los sagrados preceptos de nuestra Orden, Wystan. La fe es la última prueba. Debemos dar el salto al vacío para caer en brazos del Eterno. Sus brazos están abiertos de par en par, esperando a que demos el salto.

—Pero los míos no me sostendrán... —gimió el poeta—. Maldita sea, no soy un canguro.

—¡Cierra los ojos y no te sueltes de mi mano! Entre los dos lo conseguiremos.

Con el rostro desencajado y los ojos cerrados, al fin la mano de Auden se anudó a la de ella, y saltaron juntos al vacío. Mallowan consiguió sujetar a su esposa. Auden se agarró con uñas y dientes a la pierna de Lawrence, que lanzó un juramento mientras él daba gracias al cielo. Ninguno de ellos podía imaginar lo que les esperaba arriba.

A medida que remontaban la escalera de piedra como imantados por aquella voz litúrgica, los miasmas de fosgeno comenzaron a diluirse en una neblina azulada que parecía descender desde lo alto.

—¡Conozco este olor! —exclamó Lawrence—. Alguien está quemando opio ahí arriba.

—Y yo también conozco ese canto —continuó Conway—. Se trata de un pasaje del *Libro de lo que vive más allá*. El que narra el principio del ritual para abrir las puertas de la vida eterna a los que han superado el juicio ante Osiris.

Continuaron ascendiendo, sintiendo a cada paso la succión del abismo. El canto no cesaba. Al contrario. A la primera voz se unió una segunda. Recitaban «a capella» siempre el mismo pasaje: «Este es el lugar del espíritu bienaventurado que no puede morir jamás». Conway y Mallowan se sabían el texto de memoria. Mientras aquellas voces percutían en la sima resonante iban repitiéndolo para sus adentros, con una mano tanteando la pared, la otra en el percutor de sus fusiles: «Este es el lugar del

espíritu transfigurado que atraviesa el fuego y las tinieblas. Esta es la puerta de aquel que ha vencido a la muerte y regresa a la existencia. La puerta de las Estrellas...».

Las vaharadas de opio se hicieron más intensas, la oscuridad dio paso a una penumbra ambarina. Ya estaban cerca de coronar su ascensión. Veinte metros más arriba, sobre sus cabezas, distinguieron una bóveda pintada con un cielo estrellado sobre la que se arqueaba el cuerpo desnudo de Nut, la paridora de mundos. La diosa del cielo parecía aletear para animar la procesión de divinidades que comparecía a su cita con la eternidad. Allá estaban Horus, el señor del conocimiento, y Hator, la dama de oro, y Osiris, el vencedor de la muerte, y Min, el dispensador de energía. Todos regenerados por el soplo ardiente de Atón, como si fueran a cobrar vida de un momento a otro. «Yo soy aquel de altos cuernos y muchos rostros», continuó aquella voz rota desde lo alto. «El que abre y cierra las puertas del Cielo y el Infierno».

Al fin Conway pudo afirmar una de sus manos sobre la cornisa que remataba el túnel de ventilación. Nada más hacerlo, otra mano aferró la suya. El escocés mantuvo la serenidad, vacilando entre tirar de ella o disparar. No pudo hacer ninguna de las dos cosas. Antes de que consiguiera enderezar su fusil sintió el acero de un cañón sobre su sien. Dos cañones más asomaron a la boca del pozo. Habían vuelto a ser sorprendidos por los fascistas de Malaparte.

Uno tras otro, maldiciendo su suerte y encañonados por delante y por la espalda, los cinco ingleses ascendieron hasta una cámara sostenida por gruesas columnas lotiformes coronadas por la inconfundible cabeza de Knhum, el dios carnero. Dos hiladas de lámparas iluminaban aquel recinto embrumado por los pebeteros donde se quemaba una densa resina de opio. Oro y lapislázuli, paredes cargadas de relieves y pinturas, y una gran barca solar que parecía recién emergida del Nilo. Todo era maravilloso. Un reducto preservado a lo largo de tres mil años para la veneración de una pareja sagrada, inmortalizada en dos estatuas colosales que reconocieron al instante. Un hombre joven, alto, aunque de aspecto enfermizo, de cuerpo andrógino y caderas redondeadas, con un cráneo no menos singular. Su nariz larga y fina, sus labios sensuales, como esos ojos un poco oblicuos, irradiaban la serenidad profunda de una experiencia espiritual absoluta. La misma que envolvía a la mujer que le acompañaba. El cuerpo de una diosa, delicado pero no estilizado, y, sobre su largo cuello, enmarcado por una peluca trenzada y coronado por el doble *ureus*, el rostro más bello y perfecto que dio Egipto al mundo. El de una reina que vivía en el corazón de la eternidad. Estaban en presencia de las representaciones más sublimes de los míticos rebeldes de Amarna: Akenatón y Nefertiti.

Su trastorno fue tal, que ninguno de los recién llegados pareció reparar en los hombres que les apuntaban. Pero eso no era todo. Tardaron en advertirlo, hasta que sus ojos acabaron de adaptarse a la tiniebla. Lo que vieron allá, al fondo de la sala, superaba todo lo que hubieran podido imaginar a lo largo de cien vidas. Conway

comenzó a caminar como un alucinado. Le zumbaban los oídos, una cincha de acero le comprimía el pecho, el corazón le latía a golpes y, al mismo tiempo, sentía que la sangre huía de su cabeza y la convertía en una oquedad vacía. Pero no, esta vez no se trataba de un sueño, ni de una alucinación. La pesadilla era real y Ankhesa estaba atrapada dentro de ella.



SU reina yacía al fondo de aquella estancia sepulcral, tendida sobre una mesa de alabastro semejante a las que usaban los egipcios para embalsamar a sus difuntos. Junto a ella, sobre otra mesa idéntica, se extendía una momia. Una claraboya abierta en lo alto de la cámara filtraba una tenue luz de luna que bañaba los dos cuerpos. Ankhesa parecía dormida, o tal vez muerta. Su palidez era la de un cadáver. Conway había comenzado a caminar hacia ella. Dos de los escuadristas le detuvieron con un gesto explícito. Se quedó mirando al sujeto que presidía el ritual, entre las dos mesas de piedra. Llevaba encima una piel de leopardo, el atuendo de los sacerdotes *sem*^[69], y una negra cabeza de chacal sobre sus hombros. Al advertirles pareció titubear, pero enseguida volvió a retomar su antífona, lenta y monocorde, que pautaba golpeando el suelo rítmicamente con un cayado en forma de «T». Tras él, entronizado sobre un sitial de basalto, le aguardaba el faraón viviente.

El *nejej* y el *heka* —el flagelo y el mayal—, los dos cetros cruzados sobre el pecho. En su cabeza el tocado *nemes* y, bajo su mentón, una barba postiza trenzada en oro puro. Aquel faraón que portaba los atributos de Smenjkara, el hermanastro de Akenatón, no era otro que el barón Fersen. A su alrededor se ordenaba toda su corte de traidores. Malaparte volvía a ser el arrogante general Horemheb. Llevaba en sus manos un largo cuchillo sacrificial que lanzaba destellos a la luz de las lámparas. Junto a él, Ignacio Cerio se apoyaba en una lanza de hierro hitita, el símbolo de Kafra. Su hija, Leticia, cubría los suntuosos ornamentos de la cortesana Kya con un velo negro, el color del inframundo, pero también el de la nueva vida. Solo el doctor Messori parecía fuera del guion. En lugar de sostener la copa del mayordomo real que detentaba cuando se hacía llamar Perennefer, ahora se atareaba con un catéter conectado a una máquina Lewishon, la primera que se utilizó para realizar transfusiones sanguíneas.

¿Qué pretendían aquellos locos? Conway no dejaba de preguntárselo, atenazado por la angustia, mientras contemplaba el cuerpo de su amada tendida sobre el altar de alabastro. Lo hubiera dado todo por advertir un latido de su corazón, un estremecimiento de sus labios. Intentó zafarse de los escuadristas, el forcejeo se mantuvo hasta que lo derribaron con un golpe seco en la base de la espalda.

—¡Ankhesa! —gritó, mientras caía.

Fue entonces cuando el sacerdote de la piel de leopardo pareció reparar en él. Lentamente, alzó su máscara y le dirigió una sonrisa extraviada. El escocés no pudo articular una palabra más.

—Otra vez tú, hijo de Satanás, maldito entre los malditos —exclamó *lady* Agatha con voz firme—. Escúchame bien, Aleister Crowley: te conmino a liberar ahora mismo a esa mujer, si no quieres que la ira de la Golden Dawn te destruya para siempre.

—¿Destruirme? ¿Vosotros a mí? —se jactó el mago, en su rostro se reflejaba un odio visceral—. Eso será en otra vida, Agatha... En esta necesitarías un milagro.

—Si con mi muerte puedo conseguir que todo el peso del mundo caiga sobre ti, ten la certeza de que moriré complacida. Ese será el milagro. Porque tarde o temprano nuestros hermanos nos vengarán, no te quepa duda.

—La duda es un instrumento de la fe, querida. Además, ¿de qué crimen me acusas? Ankhesa ha venido con nosotros por su propia voluntad...

—... Y cuando le propusimos prestarse a este ritual, aceptó sin vacilar —continuó Fersen, en el mismo tono demente—. Alegraos de haber llegado hasta aquí. Vais a presenciar el mayor prodigio que puede imaginar una mente humana: ¡la resurrección de un dios!

Conway volvió a ponerse de pie. Esta vez fue Leticia quien le detuvo:

—No te inquietes por ella. No está muerta, duerme un sueño profundo. El sueño de la larga visión.

De no ser por los escuadristas que le sujetaban le hubiera saltado al cuello. Ella encajó su mirada desquiciada sin retirar sus ojos de los suyos, como un homenaje.

—Acérquese, profesor Mallowan —siguió Crowley—. Venga a echar un vistazo a esta momia...

El arqueólogo avanzó hasta la mesa contigua a la que soportaba el cuerpo de Ankhesa. Sobre esta se veía una momia muy deteriorada, envuelta en una piel de oveja. Lo primero que le desconcertó fue la forma de su cráneo: mostraba claros indicios de hidrocefalia. Luego vino el horror. Crowley descubrió el girón de arpillera que cubría su rostro: sus facciones se veían contraídas en una horrible mueca, le habían arrancado los ojos, tenía la nariz rota, y de su boca abierta en un grito de espanto sobresalía una lengua seca como un corte de estopa. La tensión de sus músculos reflejaba su desesperación por liberarse de aquellos vendajes manchados de sangre coagulada. Aquel hombre había sido momificado en vida.

—¿Dónde la encontrasteis?

El inglés había comenzado a intuir una evidencia imposible. La respuesta de Crowley no se hizo esperar.

—... Podría decirle que en el célebre escondite de Deir-el-Bahari, de donde la rescató la expedición Maspero hace veinte años. Aquellos sabios quedaron

deslumbrados. Allá, en una grieta oculta en un acantilado, encontraron los cuerpos de los monarcas más importantes de la historia de Egipto. Amenhotep I, el creador del valle de los Reyes, los tres primeros Tutmosis, Ramsés I, su hijo Seti I, su hijo Ramsés II, y así hasta veinte gigantes preservados en sarcófagos portentosos. Pero junto a ellos apareció un ataúd miserable, sin nombre ni referencia alguna, en el que solo reparó un joven arqueólogo con fama de visionario: Alessandro de Caltagirone. ¿Se acuerda de él? A Caltagirone no le encajaba que los sacerdotes de la XXI dinastía que salvaron del pillaje a los sublimes hubieran incluido este despojo accidentalmente, como sostenía Maspero. Para el italiano se trataba de un faraón maldito y, sin embargo, tal vez el más excelso de todos ellos. Imagine cual. Sí, justo ese en el que está pensando. Caltagirone sufrió la misma suerte: todos los prebostes de la ciencia oficial le tomaron por loco y sepultaron esta «momia irrelevante» en los sótanos del museo de El Cairo. Fue allá donde la encontramos nosotros, pudriéndose en la misma caja donde momificaron a este hombre mientras aún estaba con vida, dentro de una piel de oveja. Un animal impuro recién degollado. Su intención era mancillarlo por toda la eternidad.

Mallowan se resistía a creerlo:

—Existen antecedentes de un príncipe que se rebeló contra su padre, en tiempos de Ramsés III. Según las crónicas, este fue su castigo.

—No se lo discuto... Pero, dígame, ¿cuántos faraones conoce que tuvieran un cráneo como este? Hidrocefalia, la enfermedad sagrada: el signo de Akenatón.

Los cinco ingleses enmudecieron. No podía ser que el faraón más buscado de la historia hubiera permanecido veinte años olvidado en el museo de El Cairo y ahora estuviera ahí, ante ellos. Conway también conocía la historia de aquella momia misteriosa. Todo era cierto. Émile Brugsch, el asistente de Maspero, la encontró así, dentro de aquel ataúd blanco, sin inscripciones. El hombre que había sufrido una tortura tan atroz —momificado en vida—, debía ser alguien particularmente odioso para la casta sacerdotal de Tebas, como el propio Akenatón. Pero no bastaba con eso para sentar la certeza de que aquella momia fuera la del faraón apóstata.

—Veo lo que está pensando —le interpeló Crowley—. Tampoco a usted le parecen evidencias suficientes, ¿verdad? Bien, dígame a su amigo que introduzca su mano en la boca de la momia, si se atreve...

No necesitó pedírselo. Mallowan avanzó un paso más y, venciendo la náusea, introdujo su mano en la boca de la calavera.

—Hay algo sólido al fondo...

—Vamos, ¿a qué espera? Sáquelo. Le aseguro que no le morderá.

—Está atado, cosido al paladar.

—No, no está atado. Lleva tres mil años ahí dentro, eso es todo. Tire con fuerza.

Tras un par de tirones la mano del arqueólogo extrajo un pequeño disco de metal.

—¿Lo reconoce? —volvió a preguntar Crowley.

Conway y Mallowan se cruzaron una mirada atónita: aquel era sin duda alguna el sello de Atón, el emblema del rebelde de Amarna.

—... Eso fue todo lo que pudo hacer antes de que lo asesinaran —continuó Crowley—. Guardó en su boca el disco que adornaba su pectoral para que su dios le reconociera cuando rebasase las puertas de la Duat. No pudo salvar su vida, pero consiguió que se abrieran ante él las puertas de la eternidad.

En el silencio que siguió solo se oyó la voz de Fersen.

—Ankhesa lo identificó nada más verlo, sin necesidad de que le mostráramos el disco.

Conway ya no pudo soportar la tensión:

—¡Maldita sea, qué pretendéis hacer con ella!

—Nada que ella no deseara tanto como nosotros —repuso Crowley, mostrándole los catéteres que conectaban los dos cuerpos—. Solo la sangre de Nefertiti podía resucitar a Akenatón, y ella no ha vacilado en ofrecérsela, hasta su última gota... En cuanto esta máquina comience a bombearla, su mente y su corazón volverán a la vida.

—¿Pero qué está diciendo...? ¡Eso es una locura!

—No, no es ninguna locura, amigo mío. Todo estaba en los papiros de Caltagirone que usted nunca llegó a descifrar. ¿Sabe por qué?

—... Porque Caltagirone ya pertenecía a tu repugnante secta cuando los encontró.

—Me descubro ante tu espléndida capacidad deductiva, Agatha —corroboró Crowley—. En efecto, fue él mismo quien vino a Sicilia para entregarme los papiros más valiosos antes de que Fersen tuviera conocimiento de su existencia.

—Nosotros ya lo sabíamos, miserable. Teníamos tu siniestra abadía de Thelema vigilada día y noche... Por eso estamos aquí.

—No sabes cuánto lo celebro, querida. Igual que el barón. Al fin y al cabo, la traición de Caltagirone ha culminado en un desenlace plenamente satisfactorio para todos. ¿No es así, hermano Smenjkara? —Fersen le restituyó una mirada exultante, Crowley continuó, ahora dirigiéndose a Conway—. Esos papiros que usted nunca llegó a ver contienen el secreto más sagrado del faraón de Amarna: sus fórmulas mágicas para regresar de la gran noche a la vida. Sí, se trata de los mismos papiros que descubrió el cónsul Sejano hace dos mil años, los mismos que fascinaron al emperador Tiberio. Por eso decidió ejecutarlo: no quería testigos. En sus últimos años ya solo era un hombre acabado, desengañado de todo y de todos, hartado de Roma, pero muy consciente de que sus días estaban contados. Allí en su retiro de Capri se rodeó de astrólogos y nigromantes para preparar a conciencia su ritual de resurrección. Tiberio fracasó, nosotros no cometeremos su mismo error.

—¿Y sabe cuál fue su error? —siguió Cerio—. Se olvidó de que las «máquinas de

resurrección» solo se activan bajo la luna de Heb-Sed. No basta con las invocaciones, ni siquiera con la sangre. Para que se materialice el prodigio es preciso contar con la bendición de los dioses que velan por los muertos, los que irradian la luz del inframundo, la luz de Seth...

—... O la de Satanás.

—No era eso lo que pensaba cuando venía hacia aquí con su amada, Conway —prosiguió el mago—. Ella sabía que solo podría conseguir que Akenatón regresase a la vida durante esta noche. Y debería agradecérselo, porque es precisamente eso lo que vamos a hacer nosotros.

—Pero, de todas formas —le cortó Lawrence—, si vosotros sois los mismos que acabasteis con Akenatón, ¿para que queréis que vuelva a la vida?

Fersen lo miró como si acabara de hacer la pregunta más insolente del mundo.

—Su vida es la mía, inglés. La mujer a la que llaman Ankhesa es un alma grande, extraordinariamente generosa... Hasta el sacrificio supremo. Ella está decidida a darlo todo por su faraón. Nos bastará con que Akenatón despierte por un instante. Si me reconoce como su última encarnación, y no le quepa duda de que lo hará, Nefertiti se unirá a mí, igual que entonces. Y esta vez me revelará el más sagrado de todos los misterios. Juntos, ella y yo seremos inmortales.

Tenía que ser a causa del opio. Fersen, Cerio, su hija Leticia, el doctor Messori o el propio Malaparte. Aquellos buenos burgueses, presuntos ciudadanos de orden en Capri, parecían haber sucumbido a una enajenada espiral de horror. Y ahora, impasibles, inmersos en el delirio, se disponían a culminar su ritual irrigando los órganos de aquella momia putrefacta con la sangre de Ankhesa. Con el cañón de un fusil clavado en el pecho, Conway presenció los macabros preparativos del doctor Messori. Mientras Fersen hablaba, acabó de insertar su catéter en el brazo de su reina. El otro extremo ya se hundía entre las vísceras de la momia, a la altura de su corazón. Al punto, Crowley le ordenó que conectara la máquina de bombeo.

—Pueden retirarse si lo prefieren. —Aquel sádico se mostraba exultante. Si hubiera sido posible que sus ojos mates brillaran, se diría que resplandecían de placer—. La gente normal es más feliz si ignora ciertas realidades. Los secretos profundos, las claves de la vida, solo se revelan a los iniciados. Y lo que viene ahora, créanme, puede ser muy difícil de soportar para espíritus tan sensibles como los suyos.



NINGUNO de ellos dio un paso atrás. Los efluvios gaseosos que subían de la profundidad del pozo continuaban expandiéndose a ras de suelo. Nadie parecía reparar en ellos. Mientras la máquina Lewishon comenzaba a bombear la sangre de Ankhesa hacia el corazón de Akenatón, Crowley extendió sus manos sobre sus cabezas y se dispuso a entonar el *Canto de resurrección* compuesto por el faraón místico cuando ya sabía que la muerte estaba cerca de él y de su amada Nefertiti.

Ojalá pueda respirar mañana el dulce hálito que viene de tu boca, y volver a contemplar tu rostro, Bella entre las bellas. Ojalá puedas extender hacia mí tus brazos, trayendo tu potencia espiritual, para que yo renazca a la vida junto a ti. Ojalá puedas llamarme por mi nombre para la eternidad, tú que eres la que siempre camina junto a mí. Escucha cómo te celebran los dioses: Ya está aquí la divina Nefertiti, ya podemos decir «la Bella ha llegado». Que tu sangre inunde mis venas y que el soplo de tu aliento despierte mi corazón. Allá donde me encuentre, reclinaré mi cabeza en tu seno.

Aquellas palabras habían sido escritas tres mil años atrás. Pero ni el tiempo transcurrido ni el horror de aquella escena conseguían atenuar su conmovedora belleza. Crowley continuaba entonando su canto. Mezclaba la plegaria sagrada con las fórmulas extraídas de los papiros de Caltagirone, mientras las miradas de todos se fijaban en los dos cuerpos tendidos sobre las mesas de alabastro. Lentamente, la luna de Heb-Sed fue cubriendo sus rostros con un velo de lívida blancura. Pasó así un tiempo sin tiempo, un tiempo de tinieblas donde solo se escuchaba la voz rota del mago y el sincopado bombeo de la máquina Lewishon.

Los fascistas de Malaparte y los cinco ingleses contemplaban la escena como si aquella mixtura de opio y etileno que flotaba en el aire de la cripta les hubiera sumido en un estado hipnótico, cerca de lo alucinatorio. Sí, puede que fuera un efecto del opio, pero el prodigio se manifestó ante todos ellos por igual y con la misma intensidad. Cuando esa luz de luna alcanzó su pecho, la piel reseca que cubría la momia de Akenatón comenzó a tintarse de una pátina translúcida bajo la que se advertía un tejido de vasos que ganaban forma y volumen, y, dentro de ellos, latido a latido, el lento fluir de una tenue circulación sanguínea.

En eso, uno de los escuadristas, el que estaba más cerca del túnel, se desplomó

como un peso muerto. La causa no era lo que veía, sino lo que estaba respirando. Crowley no detuvo su invocación. Dos de sus hombres acudieron a recoger al caído cubriéndose la boca y la nariz. El gas que subía de las profundidades lo hacía en vaharadas cada vez más densas. Pero ya no era solo eso.

—¡Mirad arriba! —exclamó Leticia, señalando los respiraderos de la imposta—. ¡El gas también se está filtrando desde el piso superior! ¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo!

—¿Y abortar el ritual que ya hemos iniciado? —Fersen respondió desde la imperturbabilidad que otorga la locura—. No, ya no podemos detenernos. Además, el gas no nos hará nada: nuestros dioses nos protegen.

Leticia se revolvió, fuera de sí:

—¿Pero qué estás diciendo, imbécil? ¡Estamos a veinte metros bajo tierra! ¡Si no nos ponemos a salvo todos pereceremos, igual que entonces!

Se refería a la venganza de Nefertiti. Tres mil años atrás, al constatar que habían asesinado a su esposo, la reina los recluyó en una cripta de su palacio. Las aguas del Nilo, las lágrimas de Atón, acabaron con todos ellos. La profecía vaticinaba que, en este tiempo, sería el «aliento de Atón» quien cumpliría su venganza. ¿Y qué otra cosa podía ser el «aliento de Atón» sino ese vapor verdoso que fluía por todos sus canales de ventilación, inexorable, como un castigo bíblico? Los fascistas ya no ocultaban su desasosiego. Malaparte fue el primero en rebelarse.

—No sé de dónde viene esa peste, pero la farsa ha llegado demasiado lejos —exclamó, dirigiéndose a sus hombres—. Esto puede saltar por los aires en cualquier momento. ¡Vamos, deprisa, apagad las lámparas y todos fuera!

Los dos escuadristas que encañonaban a Lawrence no pudieron impedirle hablar:

—¿No es eso lo que buscabas, miserable? Tú mismo nos lo dijiste. Sabías que debajo de esta ciudad había un inmenso yacimiento de fosgeno y lo querías todo para tu guerra. Pues muy bien, ahí lo tienes... ¡Trágate todo, es para ti!

Malaparte palideció de ira. Parecía vacilar entre vengar su insolencia o emprender la fuga. Su orgullo pudo más que su cordura. Detestaba a aquellos ingleses, no les iba a conceder el privilegio de verle huir como un cobarde. Su mirada desquiciada se hundió en la de su rival con un gesto desafiante.

—Tú lo has dicho, inglés, estamos en guerra. Y, pensándolo bien, tú te mereces una muerte lenta. ¿Ves este cuchillo? —Y, al tiempo que lo deslizaba por su yugular, segregó una áspera sonrisa—. Antes de salir de aquí, y aunque sea lo último que haga, te voy a abrir en canal desde los cojones hasta la nuez.

Lawrence no se inmutó.

—Yo que tú me guardaría esa sonrisa para el verdugo, la vas a necesitar.

Los fascistas habían comenzado a apagar las lámparas. Solo una permaneció encendida, la del altar que centraba el ritual, donde la máquina seguía bombeando la

sangre de Ankhesa hasta el corazón de Akenatón.

Absorto en su delirio, Crowley se había prosternado ante la momia del faraón casi hasta rozar sus oídos, como si le estuviera susurrando la última clave de la vida.

Entonces, despacio, muy despacio, con una lentitud infinita, Akenatón alzó una mano. La descarnada mano de un cadáver. Sus sarmentosas falanges quedaron suspendidas del aire entre girones de vendas, en un gesto que parecía suplicar ayuda. La luna de Heb-Sed cubrió con su halo a los dos. Y, como imantada por su muda llamada, Ankhesa también comenzó a incorporarse. Solo fue un instante, el tiempo que tardó en volver a rendirse al sueño del opio. Pero, en ese instante, Conway advirtió que sus ojos le buscaban. Su reina le miraba desde lo más profundo de su noche, desde un abismo de angustia. Invadido por una fuerza nueva se abalanzó hacia ella y ya nadie pudo detenerle.

—¡Despierta, Ankhesa! ¡Por lo que más quieras, tienes que despertar!

Solo pudo abrazar un cuerpo que se desvanecía por momentos, mientras, a su lado, la momia de Akenatón continuaba enderezándose a golpes de sangre. Su rostro era el de un ser de tres mil años que regresaba a la vida, un amasijo espeluznante de venas y cartílagos, con las cuencas de sus ojos vacías, supurando regueros de natrón que se deslizaban como arena por su nariz y por su boca. Solo Crowley parecía inmune a aquel vendaval de horror. Se volvió hacia sus testigos con una sonrisa triunfal.

—¿Lo ven, lo están viendo...? ¡He vencido a la muerte! ¡Akenatón regresa de entre los muertos! ¡Ahora le reconocerá a usted, Fersen, su alma se fundirá con la suya...!

—¡Y seré dueño de todos los misterios! —exclamó el barón poniéndose de pie con los brazos en alto—. ¡Al fin se abrirán ante mí las Puertas de la Eternidad!

El gas que fluía por todos los vomitorios de la cripta se espesaba sobre las losas formando una nube de tres palmos de altura. Cerio fue el siguiente en desplomarse. Leticia, desesperada, cayó de rodillas junto al cuerpo de su padre.

—¡Es la maldición! ¡La maldición se ha cumplido!

Los escuadristas acabaron por rendirse al pánico. Uno tras otro arrojaron sus armas y echaron a correr escaleras arriba. Messori clavó sus ojos en Crowley. Conocía los efectos del fosgeno. No quería morir abrasado por dentro, en una agonía atroz.

—Tranquilícese, doctor, esta solo es la última prueba de los elegidos —insistió el mago con una voz tan serena que resultaba terrorífica—. Y ya falta poco...

Messori retrocedió unos pasos, sin atreverse a darle la espalda. Entonces fue Fersen quien le detuvo.

—Ya has oído al maestro, Baldassare —le dijo, apuntándole con su revólver—. Vuelve a la máquina, vamos.

Lawrence aprovechó ese momento de vacilación para coger uno de los fusiles abandonados por los fascistas en su huida. En un instante, la situación varió por completo. Malaparte ya no contaba con su guardia, y ahora era él quien se veía encañonado por su enemigo. Lejos de claudicar, aferró su cuchillo y comenzó a avanzar hacia él, decidido a morir matando. Lawrence amartilló el percutor.

—Si das un paso más, te juro que dispararé.

Los ojos de Malaparte se convirtieron en una línea de fuego, parecían los de un animal salvaje a punto de saltar sobre su presa. El inglés no quería disparar, nunca mataría a un hombre a sangre fría, y él lo sabía.

—No te atreverás, maricón de mierda —le desafió, dando un paso más hacia él, volteando su cuchillo—. Vamos, dispara si tienes agallas.

La primera bala casi le voló la parte superior del cráneo, la segunda le atravesó la garganta. El rostro de Malaparte se coaguló en una expresión atónita mientras caía, ya sin poder contener el vómito de sangre que saltó de su boca.

Sin embargo, ninguno de aquellos dos disparos había salido del fusil de Lawrence.

Cuando Malaparte acabó de derrumbarse, presenciaron una escena insólita: los fascistas que habían huido escaleras arriba regresaban con las manos en alto. Y, al cabo de todos ellos, Balek Gamal enarbolaba su espingarda como un cazador orgulloso de la presa que acababa de cobrarse. La pistola de Fersen cayó por sí misma. Solo Crowley permaneció ajeno a todo junto a la momia de Akenatón, salmodiando sus invocaciones como en éxtasis, con los brazos en cruz y los ojos cerrados, mientras el gas le subía ya por encima de la cintura.

—¡Vamos, deprisa! —exclamó el jeque dirigiéndose a los ingleses—. ¡Este vapor del demonio es peor que la pólvora! ¡Un chispazo más y nos vamos todos al infierno!

—¿Y vosotros, cómo es que no habéis venido antes? ¡Qué poca seriedad! ¡Mil millas gateando por el intestino de una vaca, respirando los efluvios de Satanás, y ahora este faraón putrefacto! ¡Necesitaré arrasar todas las jabonerías de Berkeley Square para quitarme de encima este hedor de momias enlatadas!

La airada vocecilla de Auden, su tono insolente, solo podía obedecer al estado de *shock*. Gamal le empujó hacia la puerta. Mallowan no necesitó que se lo repitiera. Cogió a su esposa de la mano decidido a escapar de aquella tumba.

—Espera —le paró *lady* Agatha—, no podemos irnos sin ellos...

En su precipitación se habían olvidado de Kenneth y Ankhesa. El escocés intentaba reanimarla, pero no respondía. Tuvo que ser Lawrence quien lo hiciera. Avanzó decididamente hacia ella y le arrancó el catéter que la conectaba con la momia de Akenatón. Los ojos de su reina se entreabrieron, pero solo fue un instante. Inerme, volvió a desvanecerse. Cuando Conway la cogió en sus brazos, desde la mesa contigua se alzó una imprecación desesperada.

—¡¡¡Nooooo!!!

Era Crowley quien gritaba. Al dejar de recibir la sangre de Nefertiti, el cuerpo de Akenatón había comenzado a desmoronarse. La vida le abandonaba por momentos, todo estaba perdido, el ritual de resurrección había fracasado.

Al ver que Conway ya corría hacia ellos, Lawrence y *lady* Agatha siguieron a Gamal escaleras arriba. Ni Fersen ni Crowley se movieron de donde estaban, igual que los fascistas reducidos por los beduinos, como si aceptaran aquella sentencia de muerte. Tres mil años atrás todos ellos habían perecido en una cripta semejante, engullidos por las aguas del Nilo. Ahora sería el aliento de Atón quien dictaría su justicia. Tal vez en aquel tiempo hubo un hombre que intentó escapar. Igual que entonces, Messori se revolvió con la furia de Perennefer, buscando desesperadamente una vía de escape. La bruma lo cegó, sus zapatos ortopédicos le hicieron trastabillar. Y sin saber qué le estaba sucediendo, cayó por el túnel de ventilación arrebatado por un grito espeluznante, como si se hundiera en la boca del infierno.

El resto de los beduinos ya estaban arriba, con Balek Gamal y los cuatro ingleses. Solo quedaban dos, guardando la escalera hacia la que corría Conway cargando el cuerpo de Ankhesa desvanecida en sus brazos. Así se abrazaban también los gases que continuaban condensándose por toda la cripta. Los efluvios de etileno, más ligeros, flotaban sobre las emanaciones de fosgeno que subían del pozo. Apenas mediaban un par de palmos entre la capa superior de la nube y la única lámpara de petróleo que permanecía encendida sobre la momia de Akenatón. La Casa de los Millones de Años amenazaba con saltar por los aires y hundirse para siempre en un instante. Cuando Conway ya se disponía a cruzar el último umbral, solo entonces, sintió que una mano se aferraba a su brazo. Se trataba de una mano de mujer. Era Leticia.

—Te lo suplico, Ken, no me dejes aquí... Llévame contigo.

El escocés no pudo soportar aquella mirada. No solo había desesperación, también había amor. Un amor enfermo, letal, pero verdadero. Y él lo sabía.

—Una vez me amaste, Kenneth Conway. Me amaste con todo tu corazón, igual que yo a ti. Todo lo he hecho por eso, por todo lo que te quiero —repitió la italiana, con aquella voz ahogada por una desolación infinita—. No puedes condenarme a morir así.

Los ojos de Conway la miraban pero ya no la veían. No, ya no veían aquello que ella más deseaba, lo único que hubiera podido salvarle.

—Mi corazón todavía supura tu veneno, Leticia Cerio —exclamó al fin, con una voz fría como la muerte—. Tú me mataste primero.



EL escocés remontó sin mirar atrás la tortuosa escalinata que les conduciría a la salvación. Ankhesa había perdido mucha sangre. A medida que ascendían la mano que enlazaba su cuello se fue deslizando por su costado y cayó como muerta. Entre tanto, el gas que se filtraba por todos los conductos de la Casa de los Millones de Años se acercaba a su punto de saturación. Una vez que llegaron arriba, los dos beduinos que habían guardado hasta ese momento las puertas de la cámara les adelantaron corriendo despavoridos corriendo. Apenas habían cubierto un centenar de metros cuando una deflagración formidable estalló a su espalda. Todo lo que quedaba del templo de Atón se vino abajo como si fuera el mismo cielo lo que se hundía bajo sus pies. Una nube compacta, monumental, se alzó del vientre de las ruinas semejante a un gran hongo en llamas. Conway ya no se volvió. Pero al pensar en Leticia, por primera vez, sintió que algo suyo moría con ella. Los dioses también le habían juzgado a él. Y su sentencia no tardaría en cumplirse, de una manera inexorable.

Fuera, en la explanada del templo, les esperaban todos los demás. Lawrence apenas podía sostenerse. El tiempo que había permanecido respirando los gases condensados en la cripta le había afectado gravemente. Todavía jadeante, sin resuello, se unió a los que contemplaban aquella ingente devastación, sobrecojidos, sin acabar de creerse que hubieran salido vivos del infierno. Cumplida su noche, la luna de Heb-Sed se difuminaba en la primera claridad del alba. Sin embargo, una densa oscuridad parecía gravitar sobre las ruinas de Amarna. La nube precipitada por el cataclismo cubría la ciudad sagrada de Akenatón con una vasta mortaja de cenizas. Al fondo de la avenida real apenas se distinguía el monolito del Hut Benben. Entonces, como por arte de magia, un rayo de sol pareció abrir una brecha en las tinieblas. Todos pudieron verlo. Exactamente sobre la vertical de esa roca que simbolizaba la primera eminencia de la creación, un radiante disco solar comenzaba a alzarse en todo su esplendor. Auden lo miraba de frente, como sumido en una especie de aturdimiento reverencial. Apenas desgranó seis palabras que cobraron la intensidad de una invocación.

—«Y dijo Dios, hágase la luz».

—Ahora lo entiendo todo —exclamó *lady* Agatha, sin retirar sus ojos del sol—. Este era el gran secreto de Akenatón, su santo grial.

—¿Su santo grial has dicho?

—Sí, su santo grial, Max, el santo grial del Antiguo Egipto. El gran tesoro que todos codiciaban y nadie jamás consiguió poseer... Precisamente por eso, porque era inmaterial, puro, etéreo. El santo grial de Akenatón era esa luz, la luz de Atón. La misma luz que iluminó el paraíso y le permitió a Adán ver todo el mundo de un extremo a otro, pero también dentro de su mente, desde el principio de los tiempos hasta el fin de los días. ¿Lo comprendéis? Nada es invisible para quien sabe mirar. Esa luz es el conocimiento sagrado que alienta en nuestros corazones y al cual debemos regresar.

Mallowan había comenzado a entenderlo.

—... Por eso los artistas de Amarna representaron así los rayos de Atón. Líneas rectas que terminaban en manos dirigidas a nuestro corazón, para mostrarnos el camino de regreso a lo esencial. Esa es la respuesta, ¿no es así, Agatha?

—Así es, Max. El viaje hacia las respuestas acaba aquí. Mira ese sol, está vivo. Es una inteligencia que nos habla. Si puedes negar lo que ven tus ojos, puedes negar la verdad. Pero si puedes aceptar lo que ves, entonces se te ha concedido un gran don. La luz del conocimiento supremo es también la de la victoria sobre la muerte. Ahora somos una sola cosa con el sol, y lo seremos para siempre.

Todos habían hablado, excepto Lawrence. Uno de los beduinos acababa de pasarle una cantimplora de licor. Le quitó un buen trago antes de volver a mirar esa luz tan intensa que parecía casi tangible.

—Sí, brilla como el santo grial, pero yo también puedo ver su sombra, y la tenemos bien cerca. Detrás de ese sol hay otro sol. Un maldito sol negro que contiene todo el lado oscuro de la creación, igual que nosotros.

—Llegará un día en que solo viviremos en la luz, David. Ya lo verás.

—Tampoco estoy tan seguro de eso. He dejado de creer en la evolución espiritual de la humanidad, puesto que en una sola generación hemos sido capaces de encumbrar al káiser Guillermo, y a Mussolini, y a Malaparte, y al mismo Crowley...

—También estamos nosotros, y les hemos vencido.

—¿Lo crees de veras? —El tono de Lawrence delataba algo más que una discrepancia—. Entonces es que no has aprendido nada de esta historia: no hay vencedores, todos hemos sido derrotados.

—¿Derrotados has dicho? ¿También nosotros?

—Mírate por dentro, Agatha. Y vosotros también. Vamos, no me digáis que os seguís viendo como los príncipes de la Golden Dawn, los sublimes iniciados salvados por la divina intercesión de la luz de Atón —continuó, escrutándolos a todos ellos con un gesto desabrido—. Por favor, cómo podéis ser tan necios. No somos más que una hermandad de diletantes infatuados, estériles, ciegos...

—¿A qué viene eso ahora? —protestó Auden—. Hemos vivido una aventura

extraordinaria y estamos vivos de milagro. No es el momento de cuestionar nada.

—Todo lo contrario, Wystan. Si verdaderamente buscáis la verdad, este es el momento de cuestionarlo todo, empezando por nosotros mismos. Yo ya lo he hecho: acepto Egipto como es, nada más, me basta con la magia de la vida y la asumo con todas sus contradicciones. Pero vosotros, los maestros de la Golden Dawn, pretendéis acceder a los «grandes secretos», y utilizarlos en vuestro beneficio. Igual que Crowley. Esa es la gran diferencia entre nosotros.

—Olvidas que tú también eres uno de los nuestros.

—Lo era. Después de lo que he vivido no creo que lo siga siendo. Me vuelvo con mi *whisky*, ese es mi sacramento.

Aquella disputa les había llevado a olvidarse de Conway, que seguía avanzando hacia ellos sosteniendo el cuerpo de Ankhesa entre sus brazos. Apenas les separaban un centenar de metros. La distancia que mediaba entre la terraza del templo y la explanada central. Un viento suave agitaba las túnicas de los beduinos que acababan de regresar con el camión y el Dodge. El jeque no ocultaba su impaciencia. Aquel lugar le parecía un paraje habitado por una legión de demonios, quería ponerse en camino cuanto antes. Pero Conway, lejos de apresurarse, caminaba todavía más despacio. Los ingleses, que habían vuelto a fijar la vista en él, le miraban intrigados por su extraño comportamiento.

—Pobre Kenneth, debe estar agotado.

—Ya no puede más.

Auden no había acabado de pronunciar esas palabras cuando el escocés cayó de rodillas sobre la arena sin soltar el cuerpo de Ankhesa.

—Por todos los santos, Max, ¿a qué esperas para ir en su ayuda?

Mallowan se encaminó hacia él seguido por un par de beduinos. Lawrence encendió un cigarrillo y recostó su espalda sobre la carrocería del Dodge. El más escéptico de los cuatro parecía encontrarse particularmente incómodo, como si temiera algo que nadie pudiera ver y solo él fuera capaz de presentir. Mallowan y los beduinos siguieron avanzando. Solo se escuchaba el lóbrego gemido del viento entre las ruinas. Conway no se movía. Permanecía allí donde había caído, acariciando el rostro de Ankhesa. A medida que se acercaba, Mallowan comenzó a temer que su amada hubiera muerto. Lo que vio cuando llegó a su altura fue peor que eso.

Tendida sobre los brazos de Conway reposaba la cabeza de una momia. Una momia idéntica a la que este encontrara en la Gruta Azul, en Capri, la misma que le había acompañado hasta Egipto. La misma que en ese mismo instante, y sin que nadie lo advirtiera, desapareció del interior del Dodge.

La maldición se había consumado bajo aquella luna de Heb-Sed. El alma de la divina Nefertiti jamás regresaría al corazón del sol. De su cuerpo no quedaban más que sus cenizas. La Bella ya ni siquiera parecía una mujer. Su rostro había quedado

reducido a un tejido de hebras descompuestas, de su nariz no asomaba más que el hueso, sus labios se fruncían como dos cartílagos descarnados, una boca que nadie salvo un loco podría besar. Y así fue como la besó por última vez Kenneth Conway, inerme ante el espanto, conmocionado por una pulsión más fuerte que el horror. Había perdido lo que más quería, la luz de su vida. Eso era lo verdaderamente atroz, no la calavera polvorienta que se deshacía entre sus manos, sino ese veredicto de tinieblas, esa sentencia de muerte escrita en un beso.

Lady Agatha creyó que iba a gritar pero permaneció inmóvil, muda, igual que los demás, contemplando con los ojos fijos aquella escena irreal. Esta vez fue solo *Balek Gamal* quien encontró las palabras:

—¡*Mektub!* —exclamó, lacónicamente antes de repetirlo para sus adentros—. *Mektub*, estaba escrito.

Los beduinos cargaron los dos cuerpos hasta el Dodge. Los ingleses hablaban entre susurros. Conway no podía entender lo que decían. Como en un sueño, su mente se había sumergido en un laberinto infernal por el que se arrastraban como hojas muertas los últimos cartuchos de la profecía cifrada en los papiros de *Caltagirone*.

... Entonces el Devorador surgirá de la tumba de Atón. Solo el Justo de Voz podrá vencerle. Y se abrirán ante él las puertas de Amenti. Pero la reina solo será coronada por el cetro de Necher una vez que cruce la última puerta, allá donde duermen las hijas de *Pertun-Hotep*.

Sí, habían vencido al devorador de vidas surgido de la tumba de Atón, pero, lejos de resucitar, su reina se había desmaterializado en sus brazos, sin cruzar la puerta de Amenti, sin la corona de Necher. Conway sabía lo que significaba esta palabra. Los faraones adquirirían la condición de *necher* una vez que su alma purificada rebasaba las puertas sagradas para retornar a su estrella originaria. La profecía aseguraba que eso solo sucedería cuando *Ankhesa* se reuniera con las «hijas de *Pertun-Hotep*». ¿Pero quién demonios era *Pertun-Hotep*? ¿Y quiénes sus hijas? ¿Acaso una hermandad de vestales que les esperaban allá, en el palmeral que se perfilaba al otro lado de las dunas? Trastornado, hundido en la oscuridad que nacía de sí mismo, su mente repetía ese nombre torturante una y otra vez. Buscaba un camino que le guiara hasta la última clave, la que culminaría su viaje hacia las respuestas. Tal vez no estaba preparado para hallarla, tal vez era demasiado joven para saber, en suma, que las únicas preguntas importantes, las verdaderamente decisivas, son las que un hombre se hace a sí mismo.



60

«**E**NTONCES, si todo ha terminado, qué amarga suena la verdad». Aquellas palabras parecían escribirse por sí mismas con letras de fuego en la noche insondable. Con el segundo verso, se transformaron en voces: «¿Nos encontraremos mañana, como siempre, amada mía...?», pronunció una voz grave. Y otra voz, esta más acuciante, volvió a preguntar: «¿Podré coger tu mano entre las mías, diciendo lo que dicen aquellos que son simplemente amigos, o tal vez...?». Llegadas a este punto, las dos voces quedaron en suspenso, esperando que alguien completara el poema. Ese alguien era él. Todavía con los ojos cerrados, sumido en el sueño, sus labios desgranaron la segunda parte de la proposición: «¿... O tal vez retendré tu mano entre las mías un instante más, solo un instante más?». Aquellos versos percutían en su mente como un sortilegio, conjuraban el nombre de Ankhesa. Pero la escena había sucedido mucho tiempo atrás, en las primeras páginas de este relato, cuando se disponía a iniciar su aventura. Acababa de llegar a una plaza llena de sol, la plaza del Reloj, en el centro de Capri. Dos hombres intentaban recordar aquel poema de Robert Browning, *La amante perdida*. Entonces no podía imaginar que sus versos acabarían siendo proféticos. ¿Qué había sido de su reina? ¿Y de él? ¿Dónde se encontraba?

Dos días después despertó en una cama bañada de luz con la sensación de que regresaba a la vida tras haber permanecido tres milenios perdido en el tiempo, bajo tierra. Una vez más, lo primero que vino a su memoria consciente fue un episodio de los tiempos de Capri. Se vio en el interior de una caverna, cerca del mar. Una densa oscuridad se espesaba a su alrededor, igual que en su último sueño, pero él se movía dentro de un aura dorada. Sintió que un ser sobrenatural le rozaba. Extendió su mano, como si aquel gesto perteneciera al poema que había precedido a su despertar. Esta vez no lo hizo en vano. Había alguien al otro lado. Una muchacha que cubría sus cabellos bajo una cofia blanca tomó su mano entre las suyas con una sonrisa serena. Su angustia se acrecentó, no entendía nada, no reconocía aquel lugar, ni a esa mujer. Sufría un fuerte dolor de cabeza y le ardía la garganta.

—Tengo sed...

La mujer mojó una gasa en un vaso de agua y se la puso sobre los labios. Conway chupó el líquido ávidamente.

—No puedo darle más, lo siento.

—¿... Quién es usted?

—Soy Giovanna, su enfermera —dijo la joven sin soltar su mano—. Llevo noventa días cuidándole, señor Conway, todo el tiempo que ha permanecido usted en coma.

Kenneth volvió la cabeza hacia la ventana, entornando los ojos. La luz le hacía daño. No podía encajar lo que acababa de oír, «noventa días en coma...». Al otro lado distinguió unas palmeras recortándose sobre un cielo azul zafiro.

—¿... Dónde estoy? ¿Qué me ha sucedido? —preguntó, aturdido, temiendo la respuesta.

—Sufrió usted un accidente cuando se encontraba en la Certosa de San Giacomo, aquí, en Capri. Gaetano Cornacchia, el pescador, lo encontró medio muerto dentro de un pozo. Vive usted de milagro, señor Conway, conozco muy pocos casos de pacientes que despierten de un coma tan profundo como el suyo.

—... Un coma profundo —repitió el escocés, todavía más perdido, hundiendo sus ojos en los de la enfermera—. Entonces, ¿todo ha sido un sueño?

—... Y por la cara que me pone parece que no ha sido nada agradable. Se ha pasado usted muchos días delirando.

—¿Delirando...? ¿...Y qué decía?

—Bueno, lo que dicen todos... Cosas ininteligibles. Y en su caso más, claro. Porque usted es arqueólogo, ¿verdad? —Conway asintió con un gesto, Giovanna continuó—. Hablaba mucho de Egipto, pero no del Egipto de ahora. El suyo parecía ser el del tiempo de los faraones. Llamaba a Tutankamón y a Nefertiti, fíjese, qué locuras...

—Pero Gaetano está vivo, ¿verdad? Usted acaba de decírmelo...

—Sí, claro, por supuesto que está vivo, y bien vivo, señor Conway. Cada vez que nos visita alborota a todas las enfermeras.

El escocés esbozó una sonrisa que no consiguió disipar su angustia. Aunque Gaetano estuviera vivo, aquello no podía ser. Sin embargo, todo a su alrededor corroboraba esa evidencia imposible. No estaba en Egipto, sino en Capri. Nunca había abandonado la isla. Entonces, ¿todo lo que había vivido a lo largo de aquellos noventa días...? No, no podía tratarse de un sueño. Para él aquella experiencia seguía constituyendo su única realidad, su única verdad.

—Descanse, señor Conway, tiene que descansar. Voy a avisar al doctor. Al doctor y al barón Fersen, naturalmente. Pregunta continuamente por usted, y es raro el día en que no sube hasta nuestra clínica para verle.

El escocés repitió aquel nombre como si conjurara una maldición.

—... Fersen. Kafra, otra vez.

La enfermera ya no le oyó. Acababa de abandonar la habitación, que volvió a quedar sumida en esa luz suave, benéfica, curativa. Conway cerró los ojos temiendo

que su pesadilla no tuviera fin.

Sobre la media tarde la puerta volvió a abrirse y tras la enfermera, aparecieron tres personajes que reconoció al instante. Todos parecían muy preocupados. Se trataba del barón Fersen acompañado por Ignacio Cerio y el doctor Messori. El cuarto también tenía aspecto de médico. Fue este quien se dirigió a él, preguntándole amablemente:

—¿Qué tal se encuentra, señor Conway?

No pudo responderle. La mera visión de aquel trío le había llenado de horror. Tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse.

—Que se vayan... —articuló en un susurro febril—. Échelos de aquí, a los tres.

—¿Pero qué dices, Kenneth? —Fersen avanzó hacia él con una sonrisa nerviosa—. Somos nosotros, tus amigos...

El escocés se estremeció, la ira hacía temblar sus labios.

—¡No sé quién es usted, no lo conozco! ¡Fuera, todos fuera!

El doctor cruzó una mirada con Messori, luego se volvió hacia los otros dos. Hablaban entre susurros.

—No se preocupen, es una reacción previsible. Lo llamamos el *shock* del despertar. Aún tardará un tiempo en recuperarse...

Conway cerró los ojos para que no le vieran llorar. A medida que sus recuerdos iban ordenándose, la certeza de que todo lo que había vivido junto a su amada Ankhesa solo hubiera sido una alucinación se le hacía insoportable. El sueño le restituyó algo parecido a la calma, el silencio, el olvido. Cuando volvió a despertar ya había caído la noche. Toda la sed del desierto era un mar de arena en su garganta. El vaso de agua seguía sobre la mesilla. Lo tomó y apuró su contenido de un trago, sin respirar, hasta la última gota. La enfermera le sorprendió cuando intentaba restituirlo a su lugar. Traía una botella de suero.

—Ay, señor Conway, qué mal enfermo es usted. No puede beber el agua así, podría provocarle una reacción...

—Quiero hablar con Gaetano, solo con Gaetano Cornacchia. ¿Me entiende? ¿Dónde está?

—... Aún no le hemos avisado.

—Por favor, vaya a buscarlo ahora mismo. Lo encontrará en cualquier taberna de la Marina Piccola —exclamó, bajando la voz, para que no pareciera demasiado acuciante—. Necesito hablar con él, es una cuestión de vida o muerte...

La enfermera contuvo el sobresalto, ¿había dicho «una cuestión de vida o muerte»? Creyó que sus palabras se debían a una crisis de ansiedad y le respondió de la manera más razonable.

—No puedo hacerlo, señor Conway, compréndame. Mi turno no termina hasta las doce, y hoy es sábado. Soy la única enfermera de servicio en esta planta.

—Entonces prométame que cuando salga iré derecha al puerto, sin alertar al doctor, ni a Fersen ni a nadie... Es muy importante que lo haga así. Y si no lo hace usted lo haré yo. Le juro que me levantaré, iré caminando si es preciso.

Se veía que lo decía en serio, sus ojos extraviados hacían presagiar lo peor.

—Está bien, está bien... Le doy mi palabra de que bajaré personalmente a buscarle, y quédese tranquilo: no se lo diré a nadie. Pero su amigo no podrá verle hasta mañana a las nueve, cuando se abre la puerta de las visitas.

—De acuerdo, esperaré hasta mañana... —articuló el escocés, a su pesar, sintiendo que esa noche de espera supondría una eternidad para él— Hasta las nueve en punto.

La enfermera se dispuso a cambiarle la botella de suero.

—Eso ya está mejor, pero yo también le voy a pedir una cosa.

—Pídame lo que quiera.

—Si yo le he prometido que bajaré al puerto, y le doy mi palabra de que lo haré, usted va a prometerme a mí que no se moverá de esta cama, pase lo que pase.

Conway intentó esbozar una sonrisa. Tenía todos los músculos de la cara entumecidos, le dolían.

—Usted gana —dijo al fin—, se lo prometo.

Poco después, en cuanto volvió a quedarse solo, su cuerpo se rindió a una laxitud extrema. Sintió que se dormía, y esa sensación le llenó de un oscuro temor. Temía volver a caer en los pozos de Amarna, en el aquel laberinto con forma de enigma en torno a una sola palabra: Pertun-Hotep. Ya no sabía dónde estaban las fronteras del sueño y las de la realidad. Pero esa noche ya no volvió a soñar, el tiempo de los delirios había quedado atrás.



EL reloj de San Stefano aún estaba doblando las campanadas de las nueve de la mañana cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par y apareció aquel pirata con el aro de los cruzamundos en la oreja que solo podía ser Gaetano Cornacchia. Venía exultante, con un traje de domingo que le quedaba pequeño y un ramo de rosas más grande que él. Al ver a su amigo, todas las palabras que tenía pensadas se le anudaron en la garganta. Los dos hombres se fundieron en un abrazo que estuvo a punto de desconectar la vía abierta en las venas de Conway.

—Habrase visto, hombre de poca fe. Dar por muerto a Gaetano Cornacchia, el de los siete mares y las siete vidas... No disimule, jefe. Me lo ha soplado la tal Giovanna, esa gatita de ojos pardos a la que le he propuesto matrimonio nueve veces, y las nueve me ha rechazado. Es la señal de que acabará cayendo.

El escocés no dejaba de mirarle. Tenía que borrar de su memoria aquella escena terrible, cuando lo vio morir acribillado a balazos al pie de la montaña de Nejbet. Sin embargo, por más que le confortara, su presencia avivaba un dolor más profundo. El dolor por la pérdida de Ankhesa seguía ahí, lacerante, como una herida que se resistía a cicatrizar.

—Tienes que contármelo todo, Gaetano. Vamos, siéntate ahí y cuéntamelo todo antes de que aparezcan los médicos.

—Un poco de tranquilidad, jefe, lo primero es lo primero —exclamó, sacando del interior del ramo de rosas una flamante botella de vino de Trágara—. Antes tenemos que brindar por su regreso a puerto. Y si la gatita me pilla con esta medicina, ya lo verá, se pondrá tan furiosa como un león.

Con Gaetano no valían razones si había un buen vino por medio, eso lo recordaba perfectamente. Le dejó descorchar la botella de un mordisco y servir dos vasos que su brindis estuvo a punto de hacer añicos.

—¿Lo ve? Si es lo que digo yo, que este vino es capaz de resucitar a un muerto. Incluso a dos. Porque yo también lo he pasado mal, jefe, no se crea...

—Cuenta...

—Calma, *signore*, un poco de calma. El vino de Trágara hay que saborearlo despacio —continuó el pescador, volviendo a llenar los vasos—. Igual que su historia.

—Maldita sea, Gaetano, suelta la lengua de una vez.

—Está bien, está bien... ¿Qué quiere que le cuente?

—Cómo demonios he llegado hasta este hospital. Empieza por ahí...

El pescador apuró otro trago, se limpió la boca con la manga, y empezó a contar:

—Verá, sucedió a los tres días de que usted descubriera el túnel que va desde las letrinas de Villa Helios a la Gruta Azul. ¿Se acuerda de eso? —Conway le urgió a continuar—. Usted decidió que nadie más volviera a bajar por ese agujero. Puso a Gesualdo de guardia, a las puertas de Villa Helios, ya sabe, hasta que nos lo mataron... Entonces usted y yo entramos en aquel antro por el otro corredor, el que sube desde la Gruta Azul. Atravesamos no sé cuántos pozos y catacumbas hasta que, al final, se nos apareció el sarcófago de la momia *egiziaca*. «Esto es un gran tesoro, Gaetano», me dijo, «un tesoro que cambiará la historia». Qué quiere que le diga, jefe... Yo no veía más que una momia tan enjuta y carcomida como las del convento de las Sepolte Vive, el de las «Sepultadas Vivas», allá, en Nápoles. Lo digo con conocimiento de causa, *signore*. No sé si sabe que tengo una prima carnal encerrada entre esos muros, Donnatella, la despechada. Cuando el calabrés que la pretendía la dejó plantada, la pobre lloró un mar de lágrimas que hubiera podido sofocar las bocas del Vesubio. Y así ingresó en el convento, igual que una momia, *signore*, porque las novicias entran rebozadas en el sudario de los muertos y tendidas sobre la plancha de un ataúd. ¿Qué le parece? ¿Tétrico, verdad?

—Vuelve a la gruta, Gaetano —le cortó el escocés—. Sigue con lo que estabas...

—Ah, sí, claro. Disculpe, *signore*... —cabeceó el pescador—. Estábamos con la momia *egiziaca* que se nos apareció allá. Usted se puso como loco, un loco furioso. Me cogió por las solapas y me dijo que el descubrimiento debía permanecer en el mayor secreto, no sé por qué rayos, pero esa fue su voluntad. Ahora le digo que yo la he respetado, sí señor, Gaetano Cornacchia es un hombre de palabra. —Algo que corroboró con otro trago seco—. Así, cuando le pasó lo que le pasó, yo le guardé las espaldas y les dije a todos que a usted me lo había encontrado tan perjudicado como un barco venido a pique en las criptas de la Certosa de San Giacomo, en la otra punta de la isla, para que no metieran sus narices en la *Grotta Azurra*.

La astucia del pescador merecía una celebración. Conway extendió su vaso, volvieron a brindar.

—¿Pero qué me pasó en la Gruta Azul? Cuéntamelo de una vez...

—¡Por los fuegos de san Telmo, *signore*, si cae por su peso! —se enfadó el pescador, para apiadarse de inmediato—. *Poverello*, todavía no tiene la testa en su sitio. Pues ya se lo puede imaginar. Como le estaba contando, al tercer día usted bajó solo a su tumba. Seguro que iba ciego, de otro modo no se entiende que cayera como cayó, igual que una rata en el cepo. El golpe debió ser de impresión. Yo le encontré al día siguiente, cuando me harté de esperarle en el embarcadero. Estaba ahí,

descalabrado en el fondo del pozo, y más tieso que la momia de la dichosa faraona.

Conway le dejó beber mientras ordenaba sus ideas. Enseguida, una se impuso a todas las demás.

—¿...Y las excavaciones? ¿Han continuado durante este tiempo?

—Malas noticias, jefe: sí, han continuado por todas partes, sobre todo en la Certosa de San Giacomo. Pero también en la *Grotta*.

—¿En la Gruta Azul? —se alarmó el escocés—. ¿Pero no acabas de decirme que...?

El pescador le restituyó una mirada demasiado elocuente.

—Ha tenido que ser el demonio Satanaso, *signore*, de otro modo no se entiende. Ya sabe que los fascistas suelen celebrar sus misas negras en la gruta, ¿verdad? Pues verá, hace cosa de un mes, cuando regresaban de una de esas fantochadas, me crucé con la tropa en el café Vittoria. Dos de ellos, el cura y el notario, estaban eufóricos. Discutían sobre si habría que avisar a las autoridades de Nápoles o mejor antes a los sabios de San Carlo, ya sabe, los de la universidad. Yo me dejé caer por la barra, donde paraba Lucchino el Esmirriado, el hijo de Tomaso, el de los encurtidos, que está malcasado con otra de mis primas, aunque esta no es carnal, solo política. Uf, pobre Antonella, qué mala vida le da ese gañán, y con nueve hijos que tiene...

—Anda, deja en paz a la parentela y sigue con lo que estabas contando.

—Pues eso, a lo que iba... «¿Qué es lo que se celebra, Lucchino, si puede saberse?» —le pregunté, con mucha discreción—. El Esmirriado me miró como miran los borrachos, que no sabes si te miran a ti o a otro que hay detrás, y así me lo soltó: «Un gran descubrimiento, Gaetano, la tumba de *Timberio*, el emperador, o quién sabe si la de algún gerifalte de más rango todavía». «O sea, que habéis pescado un pez bien gordo» —seguí yo—. «Y tanto, Gaetano» —eso me dijo el Esmirriado—. «Nuestro caporal se va a convertir en un archipámpano, y nosotros también, claro. Que sepas que estás hablando con un personaje». Hasta le hice una reverencia al desgraciado, para no levantar sospechas. Y, bueno, ya está, esa noche hice lo que tenía que hacer.

—¿Qué fue lo que hiciste, Gaetano? Escúpelo de una vez.

—Lo que se puede imaginar, jefe. Justo lo que hubiera hecho usted de encontrarse en mi pellejo. Esa noche aparté dos cargas de dinamita de las que usamos para pescar cuando venimos de vacío, las coloqué a la entrada del paso y, ¡boouuummm!, punto en boca hasta que los fascistas acaben de retirar el alud de rocas.

—¡Bravo, muchacho! —exclamó Conway con una exhalación de alivio—. ¡Buen trabajo!

—No se haga ilusiones, jefe —continuó el pescador—. Cuando esos podencos pillan un rastro ya no lo sueltan. Llevan dos semanas cavando a destajo en la gruta. No pararán hasta abrir el paso que lleva a la cámara de la reina. Y lo peor de todo:

Annicelli, el notario, ya se ha ido de la lengua con los picaflores de San Carlo. Se lo ha soltado todo, y también le ha señalado a usted. En cuanto salga de este hospital va a tener un enjambre de reporteros esperándole. A menos que siga haciéndose el muerto, claro, que tampoco es una mala idea.

—¿... Y la momia de Nefertiti?

—Sigue donde usted la dejó. Puedo asegurárselo porque bajé ayer mismo a echarle un vistazo a la criatura.

—¿Cómo que bajaste a echarle un vistazo? ¿No acabas de decirme que cegaste el paso?

—Sí, claro que sí. Y bien cegado está. Pero, recuerde, el agujero que baja desde las criptas de Villa Helios sigue abierto... Y allá no se acerca nadie, ni el demonio, *signore*, por si se les aparece el fantasma de Gesualdo. Así que yo bajé bien tranquilo, que por algo Gesualdo era mi padrino. Su reina estaba tal como la dejamos, bien arropada en su lío de vendas, tan intacta como la Immacolata Concezione.

Al oír aquello Conway se incorporó de su lecho para abrazarle. La guía del suero se desprendió por sí misma. Un estorbo menos.

—¡Bien hecho, Gaetano, bien hecho! ¡Te debo la vida!

Estaba tan excitado que se olvidó de todo lo demás y se puso a caminar nerviosamente por la habitación con las manos trabadas a la espalda.

—Tenemos que actuar rápido, amigo mío, cada minuto cuenta...

—No lo sabe usted bien, jefe. Porque ahora también se ha metido en el jaleo el papamoscas del barón Fersen. Dice que no tolerará que Malaparte se aproveche de sus excavaciones. Así las llama, «sus» excavaciones. Y anda por ahí, de despacho en despacho, loco por sacar a los fascistas de la gruta. Ya se puede imaginar para qué: para meterse él, de la mano de esa sanguijuela que es el doctor Messori.

—¡No lo conseguirán, ni ellos ni nadie! ¡Mientras yo viva nadie tocará esa momia!

El arrebató casi le costó un desmayo. Estaba muy débil, apenas podía tenerse en pie. Gaetano le ayudó a sentarse en la cama al tiempo que le servía un nuevo vaso bien colmado de vino de Trágara.

—Venga, jefe, apure otro trago. ¡El vino es salud!

—¿Tienes un cigarillo?

El pescador esgrimió una cajetilla de Belvederes, negros y sin filtro. Hundió uno en la boca del escocés y prendió los dos.

—Demonio, cómo se está poniendo esto —exclamó contemplando la humareda, los vasos manchados de vino, la botella demediada sobre la mesilla—. ¡Pero qué carajo, hay que vivir!

—Escúchame bien, Gaetano. No creo que aguante aquí más de dos días. En cuanto pueda levantarme, digan lo que digan los médicos, te voy a necesitar. Tenlo

todo preparado para bajar a esa tumba: las palancas, las cuerdas...

—¿Qué se propone, jefe? Cuando me mira con esos ojos, me da miedo.

—Ni yo mismo lo sé todavía, amigo mío. Lo primero es rescatar a la reina. Luego habrá que buscarle un nuevo escondite. No sé cuál, tendrás que ayudarme...

—Un escondite para una muerta que sigue viva. —Los ojos del pescador se iluminaron con un fulgor extraño—. ¿No es eso, *signore*?

—Sí, más o menos... Un escondite para una reina que nunca morirá.

Gaetano se restregó el mostacho, recomenzaba la gran aventura.

—¡Entonces brindemos por su reina, jefe! —exclamó, apurando el resto de vino que quedaba en la botella—. ¡Por la reina!

Fue así como les sorprendió la enfermera que venía a traerle el plato de caldo que sería su primera comida tras noventa días en coma. La bandeja se le cayó de las manos. Gaetano se anticipó al grito tapándole la boca con las suyas. Pero ya ni san Gennaro pudo salvar a aquel avezado marino de la tormenta que se desató sobre su sombra. Media hora después abandonaba el hospital con la amenaza conminante de no volver a rebasar sus puertas y una sonrisa en sus labios. Al pasar por la recepción se había cruzado con Giovanna, la enfermera de los ojos pardos. Las rosas de la habitación 212, la del inglés, eran para ella, naturalmente. El pescador, aún escoltado por dos celadores, consiguió decírselo con un guiño casi perverso. Giovanna le respondió con ese cabeceo que solo se dedica a los seductores incorregibles. Todo un triunfo para aquel pirata que jamás daba una batalla por perdida.



ENTRE tanto, Conway pagó sus excesos con un nuevo desvanecimiento. Esta vez solo se debía a las expectativas que había despertado en él la visita de Gaetano. Más que agotado estaba desbordado, el tumulto de ideas, la confusión, se amplificaban con un estado de excitación paralizante. La imagen de Ankhesa ocupaba todo el espacio de su mente. No podía pensar más que en ella. Sabía que lo que había vivido mientras permaneció en coma era algo más que un sueño. Su reina le esperaba en la Gruta Azul. Tenía que rescatarla de aquella tumba, pero ya no cometería los mismos errores. No, su aventura egipcia no volvería a repetirse. Solo entonces comenzaba a entenderlo. Él ya no era un egiptólogo ávido de hallazgos deslumbrantes. Puede que lo fuera en una vida anterior, pero ya no lo era. Aquella caída, el despertar, le habían revelado su verdadera naturaleza. Ya solo era un hombre rendido al misterio de un amor imposible, demente, incomunicable, que, sin embargo, constituía la única luz, el norte absoluto de su vida. A través del sufrimiento por la pérdida de Ankhesa, al fin entendía el mensaje de Nefertiti. Esa mujer no moriría jamás, existiría siempre, y él siempre estaría junto a ella. Viviría para preservar su secreto, para impedir que su última encarnación en la tierra fuera turbada por manos sacrílegas. ¿Cómo evitarlo? ¿Qué podía hacer en la situación en la que se encontraba? Los fascistas de Malaparte por un lado, Fersen y su corte de alucinados por otro. Lo tenía difícil, pero contaba con una baza extraordinaria. Solo él había vivido aquella experiencia sobrenatural, en Egipto, en Amarna, en la Casa de los Millones de Años. Ahora lo sabía todo, les conocía mejor que ellos a sí mismos. Y lo más importante, al fin comenzaba a ser el único dueño de su destino.

Cuando reapareció, al caer la tarde, el barón Fersen no pudo reprimir un gesto de extrañeza. Aquel hombre, ¿era el mismo que el día anterior le había echado a patadas de su habitación? De pronto, el escocés le recibía con la más cordial de las sonrisas. Aunque, a decir verdad, la suya parecía la sonrisa de un loco peligroso.

—Vaya, veo que se encuentra mucho mejor... ¡Ah, la brava gente de Escocia, qué fortaleza la suya! —exclamó el barón, acomodándose en la silla junto a su cama, todavía con cierta prevención—. Me alegra notificarle que tiene usted a toda Italia esperando a que se reponga. Ya se puede imaginar la razón...

Conway asintió sin alterarse.

—Un buen amigo ha venido a contármelo esta mañana. Según parece, los fascistas de Malaparte han encontrado un tesoro en la Gruta Azul.

—¡Vamos, no sea humilde! Esos matarifes prepotentes no han encontrado nada. Sé positivamente que fue usted quien lo encontró primero. Y si usted trabaja para mí, está claro que ese descubrimiento nos pertenece.

—No vaya tan rápido, Fersen. ¿Acaso sabe de qué se trata?

—Por supuesto que no —repuso el barón—. Pero usted seguro que lo sabe, ¿no es así?

—Siento decepcionarle —mintió el escocés—. Yo apenas abrí una galería que, sí, es cierto, comunicaba con una cámara policromada. Las pinturas remitían a la escuela de Amarna, pero podía tratarse perfectamente de una copia romana.

—Veo que su memoria flaquea. Es normal, claro, el accidente... —El barón carraspeó antes de continuar—. Hace un mes uno de los fascistas descubrió esa galería por puro azar. Por lo visto comunicaba con una segunda cámara donde encontraron una linterna con sus iniciales, Conway, y algo más: según dijo, allá abajo nos espera un sarcófago egipcio impresionante, verdaderamente majestuoso, ¡y con todos los sellos intactos! No hemos podido corroborarlo porque dos noches después sobrevino un percance muy desafortunado. La bóveda de la galería se vino abajo, y ahora el paso está cegado por un alud de rocas. Pero eso es lo de menos. Tres equipos de obreros trabajan sin descanso para reabrirlo. Sé lo que vamos a encontrar al otro lado. Estoy seguro de que se trata de la tumba de Akenatón. ¡El descubrimiento del siglo, Conway! ¡Se va a convertir usted en una celebridad mundial!

—Después de usted, supongo.

La respuesta del escocés le cortó el vuelo al barón, que cambió de tono al instante.

—Bueno, yo no tengo inconveniente en que sea usted quien acapare todos los focos, si es a eso a lo que se refiere...

—Y dígame, ¿tiene pensado algo en el caso de que se cumplan sus fantásticas expectativas?

—Lo tengo todo pensado, amigo mío. Si ese sarcófago es de oro macizo valdrá millones de libras, y a buen seguro la momia estará pertrechada de joyas y amuletos preciosos, de un valor incalculable. Pero no es eso lo que a mí me interesa, sino lo que guarda dentro. ¡El faraón más excepcional de la historia de Egipto, el hombre que marcó un antes y un después en la historia de la humanidad, igual que Jesucristo! He encargado al gran Walter Gropius, ya sabe, el genio de la Bauhaus, la construcción de un mausoleo subterráneo en Villa Lysis. Tendrá la forma de una cripta tebana y estará presidido por un *serdab* donde solo cabrán dos personas: Akenatón y yo.

Aquel psicópata exhibicionista seguía cultivando su viejo delirio. Conway sintió que le hervía la sangre. A duras penas, consiguió contenerse.

—El escenario perfecto para sus invocaciones espiritistas, ¿no es eso, Fersen? Sí, ya lo estoy viendo: todos sus ilustres invitados engalanados con túnicas del tiempo de los faraones, una nube de opio para crear la atmósfera propicia, efebos y vestales danzando coronados de pámpanos, y usted recitando sus poemas a la luz de la luna.

—¿...Y qué tiene eso de malo? —repuso el barón, con una incomodidad palpable—. Yo también respiro por mis sueños. Igual que usted, Conway.

—Yo ya no soy el que era, Fersen —continuó el escocés, clavando en sus ojos toda la resolución de su mirada—. Todo lo que me cuenta me parece un sacrilegio. Sí, un sacrilegio intolerable.

—¿Pero qué dice? No le entiendo... —farfulló el barón—. Si verdaderamente es Akenatón quien nos espera ahí abajo, ese descubrimiento está llamado a cambiar la historia. Imagine los papiros que encontraremos dentro de su sarcófago. ¿Qué contarán? ¿Qué evidencias, qué misterios, qué nuevos mundos nos abrirán?

—Nuestro mundo está muerto, Fersen. No vive en la luz, sino en las tinieblas. Por eso busca desesperadamente un atisbo de vida profanando tumbas.

—Bueno, y qué... En esta historia todos somos ladrones de tumbas. Pecadores, demonios enamorados de la muerte, como Baudelaire —sonrió, aunque en realidad no creía en nada de lo que decía—. Pero no olvide que es la ciencia lo que nos anima...

—No, no es la ciencia lo que nos mueve, sino la más aberrante sed de sangre.

—¡Por favor, cuánto tremendismo!

—No, cuánta ceguera. Abra los ojos, Fersen. Me ha pedido que imagine las maravillas que podremos encontrar dentro de ese sarcófago. Yo le voy a pedir lo mismo. Imagine su propio cadáver dentro de mil años. Imagínelo perfectamente preservado, como solo sabían hacerlo los sabios egipcios. Pues bien, imagine ahora que un arqueólogo del futuro descubre su tumba y saca a la luz lo que quede de su cuerpo. Imagine la hoja de un escalpelo rasgando sus tejidos, diseccionándolos uno a uno, hasta el más oscuro recoveco de su anatomía. Ya no serán los rayos de Atón los que bendecirán su regreso al mundo de los vivos, sino la fría luz de una máquina de rayos X, o los fognazos de magnesio de los fotógrafos. Es eso exactamente lo que estamos haciendo con los viejos faraones. Quebrantamos su voluntad de descansar en paz, los arrebatamos de su sueño de esplendor, descuartizamos sus cuerpos, descoyuntamos sus miembros y, al final, exhibimos sus despojos sin ningún pudor, solo para entretener a una horda de petimetres aburridos. Si una expedición de africanos viniera mañana a desenterrar a los reyes que descansan en la abadía de Westminster, toda Inglaterra se pondría en pie para impedir lo que considerarían una brutal profanación. La misma que estamos perpetrando nosotros con todas las culturas antiguas desde la más absoluta prepotencia, y con la más absoluta impunidad.

—Le reitero que nosotros lo hacemos en nombre de la ciencia positiva.

—¿La ciencia positiva? No me haga reír... ¡Maldita sea la ciencia arqueológica, Fersen, yo la maldigo porque la conozco bien! Todo ese gremio de doctos eruditos me merece el mismo respeto que una bandada de vampiros sedientos de cadáveres, de fama y gloria, y nada más. Su «ciencia positiva» es la coartada de los nuevos bárbaros. Con sus descubrimientos nos han deslumbrado hasta cegarnos por completo. Así hemos olvidado lo esencial. ¿Y sabe qué es lo esencial? No, no lo sabe. Yo se lo voy a recordar. ¡Lo único esencial en esta historia es tener presente que toda vida humana es sagrada, tanto la de los vivos como la de los muertos!

Fersen escuchó su exaltada diatriba con la boca abierta. Se impuso un tenso silencio. «Es por el accidente, está claro. Este hombre ha perdido la cabeza, ya la recuperará. Calma, no es más que eso», se dijo para sus adentros, mientras se enjugaba el sudor de su frente con un pañuelo. Luego intentó contemporizar:

—Entiendo sus argumentos, Conway. Y quiero que sepa que los respeto — exclamó con la voz más neutra que pudo modular—. De todas formas, esperemos a que llegue el día en que usted se restablezca por completo. Cuando baje a la gruta y vea con sus propios ojos las maravillas que nos esperan, seguro que cambiará de opinión.

—No, no cambiaré.

—Tiempo al tiempo, Conway, tiempo al tiempo.

—El tiempo se ha acabado, Fersen, esto es el final.

El barón ya no replicó. Con un gesto pausado se ajustó su sombrero y empuñó su bastón de empuñadura de nácar, una joya del Settecento.

—Mañana volveré a visitarle, si no le molesta...

Conway ignoró su despedida. Al poco de cerrar la puerta, cuando ya promediaba el pasillo, el barón descargó un bastonazo contra la pared. No le importó que su joya del Settecento se partiera en dos. Aquel loco parecía capaz de cualquier cosa. «Tanto peor para él», masculló entre dientes. «Porque si persevera en su locura, como me llamo Jacques d'Adeswald Fersen, juro que no vacilaré en quitármelo de en medio».



LA noticia del sarcófago egipcio hallado en la Gruta Azul había traído a Capri la atmósfera de un carnaval. Cintas, estameñas y grandes gonfalones ilustrados con jeroglíficos colgaban entre las cuerdas de ropa tendida, desde los balcones de la vía Marriucca hasta las altas farolas de hierro forjado de los jardines de Augusto. En la plaza del Reloj habían levantado una tienda con dos pilonos ante sus puertas que preparaban un clima ceremonial. Dentro, los próceres ya lo tenían todo dispuesto: una réplica en cartón piedra de la estatua sedente de Ramsés II, el estrado de los grandes discursos, las botellas de *spumante* para celebrar el magno evento, y, por supuesto, doce mesas de redacción coronadas por un flamante teletipo que esperaba impaciente la noticia. Entre metales a un soplo del desmayo y voces que sonaban como becerros en degüello, la banda municipal ensayaba día y noche la ampulosa marcha triunfal de *Aída* «Gloria all'Egitto, che il sacro sol protegge!». Y, como un acorde de ese mismo compás, ya estaban en camino desde Roma los operadores que habían rodado *Quo Vadis?*^[70], ansiosos por llevar al cinematógrafo esa que estaba llamada a ser la gran película del año.

Lo más difícil fue sortear a los periodistas apostados como perros de caza a la entrada de la clínica Morgano, al acecho de la aparición del insigne arqueólogo escocés. Una vez más, las astucias de Gaetano resultaron decisivas. Con la complicidad de Giovanna, la enfermera, consiguieron burlar la vigilancia de los celadores de su planta. Solo había una salida libre de toda sospecha: la que bajaba a la morgue. No cabía mejor metáfora para ilustrar la resurrección de Kenneth Conway. Regresaba de la muerte para emprender una nueva vida. Y era exactamente así como se sentía. Como si caminara dentro de una nube, semidespierto, semidormido, semejante al Adán de las leyendas medievales: el cuerpo de un hombre cuya carne es escoria, sus huesos piedras, su sangre agua, su cabello hierba, su mirada el sol, su respiración el viento, sus pensamientos una lenta deriva bajo un mar de estrellas.

Caminaba sin peso dentro de un traje que ya no le reconocía, sostenido por Gaetano, como si saliera de una larga y agotadora convalecencia. Nadie reparó en él. La clínica Morgano era la de los tuberculosos y, verdaderamente, su aspecto era el de un enfermo terminal. Nada que ver con el héroe intrépido que esperaban los reporteros apostados en el vestíbulo. Un desvencijado furgón negro le esperaba

apenas a unos metros, en la vía del Babbuino, donde administraba su negocio de pompas fúnebres el tío de Gaetano, don Giuseppe Cornacchia. El viejo *maître* del San Felice y el escocés apenas se concedieron el tiempo de un abrazo cargado de emoción que se rompió en una sonrisa y, enseguida, en una carcajada a duras penas contenida. Al paso del luctuoso furgón las encopetadas damas, los elegantes caballeros, hasta los curiosos venidos de todas partes que atestaban los cafés y las *trattorias* se descubrían para manifestar sus condolencias. No podían imaginar que el difunto celebraba cada instante con toda su vitalidad intacta. El furgón sorteaba la multitud como quien vadea un río, alejándose de esa inmensa colmena de rostros y gestos, el gran ciclorama de la Capri eterna, princesa y ramera, como si buscara entre aquellas piedras grises del pavimento la llave del reloj del tiempo.

Conway solo pensaba en Ankhesa, en sus espesas pestañas fragmentando la mirada de sus ojos magníficos. El agotamiento cerró los suyos. Solo fue un instante. Pero, al abrirlos, como un fogonazo de tinieblas, distinguió entre la muchedumbre un rostro detenido bajo las polvorientas palmeras de la *piazzetta* del Tinello. Lo hubiera reconocido entre un millón. Ese sombrero Stetson de un carmesí muy gastado enmarcando aquella cara exangüe, su turbia mirada, y sobre todo aquella sonrisa torcida en una mueca de infinito desdén, pertenecían a un hombre cuya presencia le heló la sangre en las venas. Aleister Crowley estaba en la isla. Sin duda, había venido convocado por el barón Fersen. Como un relámpago, pasaron por su cabeza las escenas que había vivido en la cripta de la Casa de los Millones de Años. No, aquello no fue un sueño. Y, si lo fue, la pesadilla continuaba. Un escalofrío le recorrió la columna, sintió que se le nublaba la vista.

—¿Se encuentra mal, *signore*? —le preguntó Gaetano sin dejar de conducir—. No se preocupe, llegamos enseguida a mi casa. Allá podrá descansar...

El escocés se enderezó en su asiento fijando la vista al frente.

—No quiero descansar. Tienes que llevarme a la Gruta Azul.

El viejo Cornacchia intentó hacerle entrar en razón.

—Está usted muy débil, señor Conway. Bajar a la Gruta en su estado sería una imprudencia.

—Giuseppe, créeme, esta es una historia a vida o muerte. No hay tiempo que perder, cada minuto cuenta.

—Pero...

—No hay pero que valga, Gaetano —le cortó el escocés—. Tenemos que rescatar la momia de Nefertiti esta misma noche. Y por lo que más quieras, vete pensando un lugar donde podamos ocultarla.

—Yo le ofrecería mi humilde casa... Pero, ¿... por cuánto tiempo, *signore*?

—Por toda la eternidad.

Gaetano comenzó a sudar.

—Uuuufff, eso es mucho tiempo, jefe. Hágase cargo: vivo con mi madre, mis cinco hermanas y tres suegras... Imagínese a su momia *egiziaca*, ahí, en medio de la polenta... —Pero no bien acabó de decirlo, su gesticulación torrencial se congeló en un gesto parecido a una iluminación—. ¿Ha dicho «por toda la eternidad», eh, *signore*?

—Sí, por toda la eternidad.

—¿Y no le importaría que fuera al otro lado del mar...?

—No me digas que ahora estás pensando llevarme hasta Egipto con tu barca.

—No, no, *signore*... —el pescador se lo pensó dos veces antes de soltarlo.

Estoy pensando en la bella Nápoles, la perla negra del *Mezzogiorno*.

El escocés conocía sus euforias, no había nada que temiera más.

—Dime de una vez dónde...

—Ah, no, eso no puedo contárselo, jefe —dijo, con fingida dureza—. Si yo no me meto en sus secretos, usted tendrá que respetar los míos. ¿Me entiende lo que le quiero decir?

—Sí, te entiendo: iremos a Nápoles...

—Y si es preciso hasta las bocas del Vesubio —apostilló don Giuseppe.

—No, eso no será necesario —continuó Gaetano, mirándole con solemnidad—. Pero le aseguro que pasaremos cerca del infierno.

—¿Cerca del infierno?

—No más preguntas, jefe, ese es el pacto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, llévame al infierno.

Acababan de llegar al puerto de los pescadores, en la Marina Piccola. La barca de Gaetano les esperaba escorada sobre una playa de guijarros, con sus aparejos dispuestos. Poco después ya tenían todo lo necesario para adentrarse en la cámara de la Gruta Azul: un lío de cuerdas, dos palancas y una linterna. Conway se recostó sobre las varengas, don Giuseppe alzó la vela de cuchillo, Gaetano se puso a los remos. No tardaron en alcanzar el embarcadero de Grádola, el lugar idóneo para fondear sin ser advertidos por los posibles vigías que Fersen y Malaparte habrían dispuesto en el tramo de costa que se prolongaba hasta la Gruta Azul.

El viejo Cornacchia se quedó a bordo. Conway y Gaetano comenzaron a trepar por la empinada escarpa. Una vez arriba, tomaron el sendero que conducía a Villa Helios. La suerte se puso de su parte. Solo había un guardián apostado entre las ruinas, aunque llevaba al hombro una escopeta de caza y dos cartucheras en bandolera. Por si aparecía el fantasma de Gesualdo.

—Vaya, vaya... —exclamó Gaetano—. Pero si ese es Vincenzo, el hijo del párroco... El pobre ya nació marcado: se puede ser más cabezón pero no más zopenco.

—¿Por qué lo dices?

—Espéreme aquí, ahora va a verlo...

El pescador describió una parábola a través del bosquecillo. Poco después reapareció por la vereda abierta que conducía a Villa Helios. Caminaba tranquilamente, con las manos en los bolsillos. Pero, nada más advertirlo, el hijo del párroco se llevó la escopeta a la cara. Gaetano se detuvo elaborando un rictus de indignación y, con un gesto bien teatral, se abrió la camisa con las dos manos.

—¡Sí, eso, mátame, mátame Vincenzo Sposito! ¡A mí que vengo a avisarte de que tu mujer te está poniendo los cuernos con Petruccio, el boticario, que encima es comunista!

El escuadrista palideció, su rostro se tensó en un gesto de ira mal contenida.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¡Júrame que la has visto con tus ojos o...!

—¡Por mi santa madre te lo juro, Vincenzo! Ahí estaba tu Annarella, tan desnuda como vino al mundo entre los polvos de la rebotica de Petruccio, y más que contenta, con una copa de *chianti* en una mano y tu honra en la otra, *ragazzo*.

—¡Maldita perra entre las perras! —gruñó el escuadrista, antes de volver a preguntar—. ¿Pero estás seguro de que era mi Annarella?

—Si tu Annarella tiene un lunar grande como una manzana allá donde se acaba la espalda, date por *incornatto* Vincenzo Sposito.

El escuadrista no se preguntó cómo había llegado a averiguar Gaetano que su mujer tenía esa marca de nacimiento, antes de sorprenderla en flagrante pecado. Echó a correr risco abajo arrebatado por todas las furias, con su escopeta por delante.

Poco después, una larga sogá caía a plomo por la galería abierta por Conway bajo la última cripta de Villa Helios. Gaetano fue el primero en deslizarse por la estrecha embocadura. El escocés lo hizo con dificultad. Su cuerpo no le respondía, le fallaban las fuerzas, pero al fin consiguió pasar. El corredor que comunicaba con la primera cámara permanecía tal como él lo había dejado. Amarraron la segunda sogá al pilar *Djed* que sostenía la siriga y emprendieron el último descenso. Esta vez fue Conway quien se adelantó.

—Cuidado dónde pone los pies, jefe. Recuerde, siete pasos adelante está el pozo donde se abrió la crisma.

El escocés ya no le escuchaba. El halo de su linterna iluminaba aquella maravillosa barca solar armada con placas de oro, los cofres suntuosamente tallados, los vasos canopes sostenidos por los cuatro hijos de Horus y, entre las efigies de Isis y Neftis, aquel soberbio sarcófago de diorita ceñido por el sello real que contenía la momia de Nefertiti. Cuando alzó su cubierta apenas pudo contener la emoción. Repitió, como una plegaria, las claves cifradas en el primer cartucho: «Nefer-Neferu-Atón» —Perfecta es la perfección de Atón—. «Aquí descansa la Bella, la Señora de las Dos Tierras. Amó a quien amaba más que a la vida y le siguió más allá de la muerte, hasta alcanzar la divina plenitud».

Aquellas palabras reabrieron la herida en su corazón. No, su aventura no había sido un delirio. Tenía la certeza de haberla vivido físicamente, en otra dimensión, en una realidad paralela, quién sabe si en otro mundo. Ahora sabía todo lo que sucedería si no obraba en consecuencia. Nada le apremiaba más que salvar a Nefertiti de la venganza de Smenjkara y Horemheb, de la codicia de la ciencia, pero también de su propio deseo. El reencuentro vaticinado por la profecía ya se había cumplido. Juntos habían regresado a la ciudad del sol, la legendaria Amarna. Su sangre había despertado de su letargo de tres mil años a su amado Akenatón, sus almas se habían enlazado para siempre en la luz, en el esplendor de Atón. Ya solo le quedaba un protocolo por cumplir, el más doloroso: renunciar a ella para que ella siguiera viviendo en los labios de la eternidad y él, al fin, pudiera alcanzar la paz.

Una calma absoluta les rodeaba. Acarició el óvalo perfecto de aquel rostro que también él había amado más que a su vida. Los grandes ojos de obsidiana engarzados sobre las cuencas de la momia le restituyeron una mirada irrevocable. Debía conducirla a una morada donde ya nadie jamás volviera a perturbar su sueño y prepararse para su último adiós. Se lo decía con una sonrisa hierática pero llena de amor. Parecía que tras ella se ocultaba una promesa imperecedera, el palpito de un corazón todavía anhelante.

—Vamos, *signore*... Tenemos que irnos ya. Los fascistas pueden aparecer en cualquier momento.

La voz de Gaetano le hizo regresar a la realidad.

—Sí, tenemos que irnos ya —repitió, sin dejar de mirarla—. Vamos, ayúdame a cargarla.

—No, jefe, usted no podrá con ella. Déjeme a mí.

—Se trata de mi reina, Gaetano, te aseguro que no me pesará.

La mirada que acompañó sus palabras fue suficiente. Gaetano le amarró cuidadosamente la momia a la espalda, y así emprendieron un ascenso más que penoso, de pasadizo en pasadizo y de cámara en cámara, hasta que al fin consiguieron alcanzar la superficie de Villa Helios.

En poco más de media hora estaban de regreso a la barca donde les esperaba don Giuseppe. Cuando Gaetano volvió a ponerse a los remos, y solo entonces, Conway comenzó a preguntarse en qué recóndito paraje de Nápoles pensaba sepultar la momia de Nefertiti, a salvo de todo posible asedio futuro, de modo que pudiera descansar por toda la eternidad. Pero le había prometido no hacer más preguntas. Sin una palabra más se sentó a popa junto al viejo Cornacchia mientras la barca enfilaba su quilla sobre el claro de luna que apareció de pronto, semejante a la luna de Heb-Sed, como una moneda mellada sobre la corona del Vesubio.



NO les separaban más de quince millas del continente, un trayecto de apenas tres horas con viento a favor. Conway aprovechó ese margen para intentar dormir un poco. Cerca del alba les despertó la bocina de un gran paquebote arbolado de banderas. A bordo parecía reinar un ambiente de fiesta. Una fatigada orquestina interpretaba el himno de Italia, como un saludo al amanecer. Gaetano se puso de pie agitando sus brazos frente a los pasajeros que se asomaban a cubierta con copas y botellas en la mano. Aunque pasaron cerca la distancia no les permitió distinguir sus rostros. Tal vez porque la mayoría de ellos vestían camisas negras. Sin embargo, se trataba de auténticas celebridades. Ese personaje envarado de cuello de toro y mandíbula prominente que parecía competir con el mascarón de proa era nada menos que *il Duce*, Benito Mussolini. Junto a él se ordenaba lo más granado de sus *Fasci de Combattimento*, como los «cónsules» Balbo y Galbiati, así como una tropa de ilustres futuristas capitaneados por Gabrielle d'Annunzio y Filippo Marinetti, a quienes acompañaba un viejo amigo de Conway, el incorregible Ezra Pound.

Aún faltaban siete años para que el papa Pío IX enalteciera al *Duce* llamándole «el enviado de la Providencia». No obstante, aquel hijo de un herrero de Forlì se aprestaba a conquistar los poderes dictatoriales que le permitirían forjar su revolución fascista. Dentro de su plan de asalto al Estado, aquel viaje a Capri podía significar un punto de inflexión bien relevante. Su hombre en la isla, Curzio Malaparte, le había asegurado que ese mismo día y con toda certeza, sus escuadristas acabarían de liberar la galería cegada en la Gruta Azul para poner en sus manos el sarcófago del faraón más relevante de la historia de Egipto.

Remiso al principio, Mussolini acabó cediendo a sus solicitudes. No le vendría nada mal darse a conocer al mundo posando junto a aquel sarcófago maravilloso, por delante del presidente de Gobierno y aún del propio Víctor Manuel III.

En la efervescencia que animaba su viaje, ni él ni ninguno de sus «centuriones» podían imaginar que el objeto de su ambición bogaba a bordo de esa humilde barca de pescadores, justamente en la dirección contraria. Pero, ¿con qué destino?

Entretanto, en la isla de Capri se había desencadenado algo muy parecido a un terremoto que tenía su epicentro en la elegante Villa Lysis. Bajo la divisa que coronaba su imposta, *dolori et amore sacrum*, «consagrada al amor y al dolor», el

barón Fersen discutía acaloradamente con Ignacio Cerio. El magnate, apresado en un frac de terciopelo cruzado por una banda tricolor y esmaltado de condecoraciones, sudaba copiosamente. A su espalda, con el rostro desencajado, Malaparte no dejaba de gritar consignas al teléfono que empuñaba como si fuera un arma de guerra. La marquesa Casati le contemplaba con la misma displicencia que parecía coagularse en los ojos de su leopardo domesticado. El animal bostezaba tendido sobre la alfombra, perfectamente inmune a los rugidos del *commendatore* fascista, mientras el notario Annicelli fumaba un cigarrillo tras otro, con su pistola sobre la mesa.

—¿No me diga que está pensando en suicidarse? —articuló la marquesa, con su habitual sorna fría, acariciando el grueso topacio azul que anillaba su índice.

El notario se masajeó su atribulada frente mirando al suelo.

—No es para menos, no es para menos... ¿Cómo ha podido sucedernos esto?

—Bueno, tampoco es para tanto, ¿no? Al fin y al cabo, dicen que el sarcófago es una obra de arte, una joya de valor excepcional, única en el mundo...

—Pero lo que nos importa es la momia, señora. ¡La momia! Y la maldita no aparece por ningún lado.

—No creo que se haya ido corriendo, aunque no sé... Viendo el paisanaje que le espera, tampoco me extrañaría. Ya aparecerá...

Aun sin participar de su conversación, el furibundo Malaparte rugió su contrapunto al teléfono.

—¡Tiene que aparecer ahora mismo! ¡Registrad toda la isla: el hospital donde estaba ingresado ese malnacido, el San Felice, y todos los hoteles! ¡Como no la encontréis os corto los cojones!

Un Hispano-Suiza color crema rebasó a toda velocidad las verjas de la villa. El doctor Messori remontó jadeando los siete peldaños que le separaban del porche.

—¡El barco del *Duce* acaba de atracar en la Marina Grande y no hay nadie para recibirle! —farfulló, temiendo la respuesta del barón Fersen, que le miraba atónito desde lo alto de la balaustrada—. Allí abajo solo está el cura y las cuatro cotorras de la Hermandad de las Damas Negras...

—¿Y el batallón de los escuadristas? ¿Dónde demonios se han metido esos patanes?

La indolente voz de la marquesa Casati llegó desde el fondo del salón como una lenta vaharada de opio. Era la única que parecía divertirse ante el descalabro:

—¿Es que ya no lo recuerdas, Jacques?... Curzio los ha enviado a poner patas arriba toda la isla.

—¡Pues que vayan los cantamañanas de la Legión Scyla! —bramó Fersen, que no acababa de enlazarse una pajarita con los colores de la enseña nacional—. ¡Yo bajo ya! ¡Y vosotros deberíais hacer lo mismo!

—¿Para qué? ¿Para que el *Duce* nos abofetee en público, delante de todos? —El

notario había vuelto a coger su pistola, la contemplaba con una expresión desesperada—. Esto es el comienzo del fin, nunca nos lo perdonará.

Fersen comenzó a descender la escalinata como un fantasma, envuelto en la palidez cadavérica que desangraba su rostro. La ira de Malaparte le alcanzó desde lo alto.

—¡La responsabilidad es enteramente suya, Fersen! ¡Usted me impidió que reforzara la guardia a las puertas de la clínica Morgano!

El barón no se volvió. Tan pronto como llegó a la explanada donde le esperaba el Hispano-Suiza de Messori, se acomodó en el asiento posterior cruzando su chistera y sus guantes sobre sus rodillas.

—¡No espere comprensión por mi parte, ninguna indulgencia! ¡Yo he hecho mi trabajo! ¡Mis hombres han liberado la entrada de la Gruta Azul! —volvió a vociferar el capitán fascista—. ¡Si la momia no aparece esta misma mañana, puede darse por muerto!

Desde la parte baja de la isla comenzó a escucharse una música triunfal. La banda del conservatorio se aprestaba a recibir al *Duce*. Con el doctor Messori al volante, el Hispano-Suiza describió una agónica elipse sobre la rotonda de los sicomoros y abordó la carretera que bajaba al puerto. La expresión del barón Fersen era la de un condenado a quien, sin duda muy elegantemente, conducen al cadalso.



A esa hora Gaetano acababa de amarrar su esquife en el muelle de Beverello, al oeste de la bahía de Nápoles. El cielo aparecía ya despejado y los faroles de querosén se balanceaban levemente, como luciérnagas a punto de diluirse en la luz de mañana. Decenas de carros rebosantes de cajas de pescado convergían hacia la lonja de San Michele dejando un rastro de salazón y hielo picado. Entre los estibadores que se atareaban a pie de puerto, Kenneth Conway hasta podría pasar por uno de ellos. Habían enfundado la momia de Nefertiiti en un saco de arpillera que seguía empeñado en cargar al hombro. Esta vez fue don Giuseppe quien se opuso, cordial, pero enérgicamente.

—Se lo pido por el honor de mi familia, *signore*. Esto es Nápoles, la capital del mundo, y aquí me conoce mucha gente... No puedo consentir que un caballero que me honra con su amistad cargue con este peso estando aquí mi sobrino. Además, usted acaba de salir del hospital, y Gaetano es fuerte como un buey.

El pescador pensaba lo mismo.

—Si no me deja llevarla a mí, me vuelvo a la barca —exclamó, en tono ofendido—. Y si me vuelvo, ya me dirá adónde va a ir sin mí.

A regañadientes, Conway acabó cediendo.

—¿Y adónde piensas llevarla? Ya va siendo hora de que me lo digas, ¿no te parece?

—Punto en boca, *signore*. Su reina va a reunirse con sus hermanas, y a ellas no les gusta que se pronuncie su nombre en vano.

—¿Cómo que con sus hermanas...?

—No podemos contarle más, *signore*, no sería prudente —le cortó Cornacchia, girando una mirada a su sobrino—. Y nosotros, a lo dicho: yo voy por delante.

—Por el *corso* de San Carlo llegarás antes. Nosotros subiremos por las escaleras del Vico. Es más largo pero más discreto.

Nada más rebasar las dos torres macizas de la puerta de los Aragoneses, tío y sobrino se despidieron con un gesto de complicidad que acrecentó la incertidumbre del escocés. Don Giuseppe se encaminó hacia la rampa del Vomero, sobre la que se asomaba la espadaña barroca de la iglesia de San Carlo, y Gateano se desvió hacia el distrito de Spaccanapoli. Las plazas comenzaban a despertar envueltas en un hervor

de carniceros y verduleras que pregonaban a gritos su mercancía. Conway le siguió por una ronda sombría que, enseguida, engulló el tumulto de los carruajes que se dirigían al mercado. Aquellas casas de paredes leprosas, calcinadas, desconchadas, constituían la piel misma de una ciudad, la más populosa del sur de Italia, donde todo parecía a punto de venirse abajo y, sin embargo, siempre salvada por ese vitalismo caótico, exuberante, indestructible, que define el carácter de sus gentes. A medida que avanzaban, las calles se volvían más estrechas y tortuosas, los adoquines se tintaban con el bronce escarlata de la greda volcánica. Pese a que no dejaban de ascender, hasta la luz del sol parecía oscurecerse dentro de aquel laberinto enmarañado de tendales donde, de pronto, aparecía un grupo de gente enlutada comiendo pasta a la puerta de un velatorio, o un callejón siniestro donde una prostituta con la falda recogida hasta la cintura se enjugaba los muslos en un barreño. A cada tramo les salía al paso una iglesia puntualmente tutelada por sus mendigos y sus beatas. Entre la de Santa María de los Siete Dolores y la de la Maddalena dei Pazzi, esquivaron una procesión de mutilados de guerra que bajaban a recibir su viático en la Casa de la Misericordia. Un compás de tarantela comenzó a sonar en alguna parte. El rasgueo de aquella guitarra trepó por un rimero de escoria donde las ratas culebreaban entre la basura como un banco de anguilas en el fango. Una *canzone* lastimera y febril —*Solo per te, Lucia*—, un olor de crisantemos aplastados, un fulgor de navajas en un pasadizo, las intrigas del amor y los protocolos de la muerte, la virtud y el capricho, el bien y el mal se entremezclaban a cada paso, como las raíces retorcidas de los magnolios que penetraban en la tierra ávidos de humedad. El sentido oculto de aquella babélica conjunción humana se perpetuaba de calle en calle en esa ciudad que ya había conocido el juicio final en forma de mil catástrofes. La vieja Nápoles que siempre emergía de sus cenizas con toda su vitalidad intacta, como un inmenso animal en trance de parir o de morir, entre sangre y lava, a la sombra del inquietante y temido Vesubio.

Conway caminaba detrás de Gaetano sintiéndose algo parecido al Dante guiado y precedido por Virgilio en su camino al Infierno. A pleno día, avanzaban entre tinieblas. Tal era la densidad de la negrura que enlodaba aquella travesía como emergida de un grabado antiguo, donde detrás de cada ventana parecía ocultarse un observador. Ni un alma transitaba por aquella calle olvidada del mundo, apresada en su silencio, fuera del tiempo. Al doblarla se abrió ante ellos un muro ciego de más de quince metros de altura que prometía amurallar un lúgubre secreto. El viejo Cornacchia reapareció a la sombra de sus contrafuertes. Su primer gesto fue un cabeceo afirmativo, como si quisiera confirmarle a su sobrino que todo estaba en orden. Los dos hombres se apartaron del escocés y cruzaron unas palabras entre susurros. Al regresar junto a Conway, el rostro del anciano mostraba una expresión circunspecta.

—No sé si volveré a verle, *signore*... —le dijo, poniéndole una mano sobre su hombro—. Pero si algún día regresa a Capri...

—¿Qué sucede, Giuseppe? —preguntó, sorprendido—. ¿Es que tú ya no sigues con nosotros...?

—No, yo ya he hecho mi trabajo. Me vuelvo a la isla.

—... Y yo me voy con él. Tenga... —articuló Gaetano pasándole el saco que guardaba la momia—. A la vuelta de la esquina encontrará la puerta. Llame dos veces, le están esperando.

—¿La puerta de qué...?

—La del convento de «las Sepultadas en Vida», *signore* —resolvió al fin el pescador—. Ya le dije que mi prima, Donatella, pena aquí su desventura... don Giuseppe le ha contado su historia y todo lo demás.

—Están conformes —apostilló el viejo *maître*—. Hasta la abadesa ha dado su beneplácito.

El escocés se les quedó mirando con un gesto de estupefacción. ¿Su beneplácito para qué...? Seguía sin entender nada, pero intuyó que ya estaban de más todas las preguntas.

—Usted me pidió que le buscara una tumba donde su reina pudiera descansar por toda la eternidad —continuó Gaetano—. La tumba está aquí, *signore*. Un lugar que nadie profanará ni aunque la sangre coagulada de san Gennaro tarde tres siglos en volver a licuarse. Este es el final de su viaje.

Cuando volvió a mirar al viejo Cornacchia, este tenía los ojos llenos de lágrimas contenidas. Quiso despedirse con un apretón de manos, don Giuseppe y Gaetano lo convirtieron en un abrazo. Conway los vio perderse por la sinuosa travesía que bajaba al puerto. Nunca más volverían a encontrarse.

Poco después, afirmó el saco sobre su espalda y se encaminó hacia el final del muro. Surgió ante él una fachada particularmente tenebrosa. El convento de las Sepolte Vive le mostró su rostro desnudo. Una pared de piedra muerta, apenas un par de ventanucos asomados a la parte alta y, ante su puerta, lóbrega y silenciosa como una tumba, una cancela de hierro coronada por una calavera.

Golpeó la aldaba dos veces, tal como le había indicado Gaetano. Tardó en escuchar una respuesta. Cuando ya vacilaba en llamar otra vez, la cancela entreabrió un resquicio. Conway exclamó en voz baja: *Nel nome di Dio*. La puerta se abrió un poco más, y una voz femenina articuló lacónicamente: *Si passa*.

Al rebasar el dintel se encontró ante una monja que cubría su rostro con un velo negro. Sin una palabra más, apenas con un gesto de su mano, le invitó a seguirle por un corredor que circundaba el claustro. No había nadie más allá pero, de haberlo habido, su comportamiento hubiera sido el mismo.

Cuando Axel Munthe, el célebre doctor y humanista sueco, visitó aquel convento

durante la epidemia de cólera de 1873, iba precedido por una hermana que tocaba una campanilla para advertir a las demás que se encerrasen en sus celdas. La regla de la Orden era estricta. Salvo casos excepcionales, a ninguna de las Sepolte Vive se les consentía la menor comunicación con el mundo exterior. Una vez que cruzaban sus puertas, nunca jamás volverían a atravesarlas. Ni aún cuando muriesen, pues el convento disponía de su propio cementerio, unas catacumbas tan tétricas que rozaban lo legendario. Entonces recordó las palabras de Gaetano el día que le visitó por primera vez en el hospital: «las novicias ingresan envueltas en el sudario de los muertos y tendidas dentro de un ataúd». ¿Por qué lo hacían? ¿Qué razones habrían llevado a la mujer que le precedía a sepultarse en vida? Sus pasos resonaban en el silencio desnudo, casi petrificado, escribiendo una respuesta. La vida en el convento de las Sepolte parecía un ensayo perfecto para la eternidad.

Cruzaron una estancia ruिनosa donde la luz tomaba el color del polen al atravesar la neblina de incienso en suspensión. Altos cirios con barba de cera ardían sobre el dorado facistol, una talla en madera del Crucificado enfrentaba la de una Madonna no menos truculenta, de pelo humano, con el corazón traspasado de puñales. Mientras la dejaban atrás, el silencio se quebró en un eco de voces distorsionadas por las bóvedas. Las voces fluían como un río con fondo de arena gruesa, modulándose suavemente de un pasaje a otro, haciendo una pausa y empezando otra vez, más bajo en la escala para ser urgidas hacia arriba, subiendo de la noche profunda quien sabe si a la desesperación o a la esperanza. Sí, aquel canto sepulcral bien podía haber sido el que escuchaban los grandes faraones de Egipto mientras descendían a los reinos de ultratumba. Sacerdotisas de Isis, vestales de Maat, o monjas del convento de «las Sepultadas Vivas». Todo era lo mismo, el mismo ritual, el mismo enigma, el eterno misterio.

Kenneth Conway estaba muy cerca de resolver el que pondría punto final a su historia. Pero aún le quedaba una prueba por superar.

La monja franqueó la última puerta. Antes de hundirse en la oscuridad absoluta encendió una lámpara de petróleo. El halo de luz amarillenta iluminó una escalera desvencijada que parecía descender hasta el mismo infierno. Conway afirmó sobre su hombro el saco que contenía el cuerpo de Nefertiti y siguió sus pasos. Verdaderamente, iba a ser iniciado en el reino de los muertos.



PPRIMERO fueron aquellos muros empedrados de calaveras, desde el suelo al techo, y, enseguida, aquella cripta larga y profunda donde se amontonaban, por decenas, por centenares, envueltas en mortajas polvorientas, algunas con sus manos colgantes y sus mandíbulas desaparejadas, los esqueletos de «las Sepultadas Vivas». Nadie cuyo corazón palpite todavía hubiera podido sustraerse al espanto. Conway reprimió un escalofrío. Ciertamente, Gaetano había elegido un refugio idóneo para preservar el secreto de la momia de Nefertiti por toda la eternidad. La cripta de «las Sepultadas Vivas» se abría ante él como una prolongación de aquella Casa de los Millones de Años donde los sacerdotes de Anubis escenificaban sus oficios de tinieblas. Por más tétrico que resultara aquel osario, ni la codicia ni la ciencia volverían a profanar sus restos para acabar exhibiéndola como una pieza de museo ofrecida a la curiosidad de los nuevos bárbaros. Definitivamente, su amada podría descansar en paz. Pero, ¿y él? ¿Podría hacerlo?

De pronto, la monja que le había conducido hasta ese macabro paraje se llevó las manos al velo para alzarlo lentamente.

Surgió ante él un rostro que le paró el corazón. El saco de arpillera se le cayó de las manos. Por primera vez en mucho tiempo, sobrecogido hasta el hueso del alma, Kenneth Conway dio un paso atrás.

Aquellos ojos tan negros y profundos como suspiros, sus labios largos y curvados, como dos gaviotas en vuelo... Solo le faltaba la extravagante melena azul cobalto que lucía en sus años de vino y rosas. Ahora la suya era una cabeza afeitada que destacaba aún más la perfección de sus rasgos sin atenuar su belleza. ¿No era así como se presentaban las reinas de Egipto? Pero no, no se trataba de ninguna de ellas. Con sus pómulos más marcados y su piel más pálida, seguía siendo la misma. Aquella mujer que le cortó el aliento cuando la vio por primera vez, y que ahora regresaba a su vida con toda la fuerza callada de una tempestad a través de un océano de olvido.

Invadido por una sensación de irrealidad, como dos sueños que se superponen y se desplazan, Conway preguntó, casi involuntariamente:

—Leticia, Leticia Cerio... ¿De veras eres tú?

Ella respondió con un suave cabeceo sin dejar de mirarle, leyendo su trastorno en

su rostro. ¿Qué había llevado a aquella mujer absolutamente vitalista, incorregiblemente sensual, tan invasiva, tan seductora, a encerrarse en el convento de «las Sepultadas Vivas»?

—Leticia, tú aquí... —volvió a exclamar, sin salir de su desconcierto—. ¿Pero por qué...?

Su respuesta le llegó con un suspiro de vencimiento.

—¿...Y tú me lo preguntas?

No necesitó decir más. Una sola palabra resumía toda su historia. Había decidido renunciar a la vida porque el único hombre al que había amado de verdad había renunciado a ella. Conway se sintió invadido por un tumulto de recuerdos. Como una fulguración de tinieblas, cabalgándose unos sobre otros, vinieron a su memoria los días luminosos, cuando aquella mujer radiante le llevaba de fiesta en fiesta, cuando se zambullían en los farallones y hacían el amor a pleno sol tendidos en la playa de las Sirenas. Ella siempre le dijo que solo era un juego, pero no era cierto, le había entregado su corazón, sin condiciones, y él lo sabía. ¿Por qué aceptó convertirse en su amante y nada más? ¿Por qué calló cuando ella le anunció que se iba a casar con Fersen? ¿Por qué la dejó caer?

Ella continuó, como si tuviera la facultad de leer sus pensamientos:

—Pobre Kenneth Conway, recorrerás la vida entera y no comprenderás nada. Lo único que sabrás es que tu amor ha matado a la mujer que amabas. Caminarás con esa sensación como una señal del horror, como un leproso que depara catástrofes inexplicables a la gente que ama... ¿Pero para qué crees que la vida te ha traído aquí? —Tras aquellas duras palabras, la tristeza de su voz parecía anunciar el comienzo de una absolución—. Te lo voy a decir: para que entiendas de una vez que yo soy el único antídoto para tu maleficio. Como tú lo has sido para mí, a mi pesar, y, sin embargo...

Conway la escuchaba tan petrificado como una estatua de sal, incapaz de esbozar un gesto, necesitaba que siguiera hablando.

—¿Y sin embargo qué, Leticia...?

—... Y sin embargo no guardo ningún resentimiento hacia ti, Kenneth, si es eso lo que estás pensando. —¿Lo decía de verdad? ¿Era eso lo que sentía?—. Ves en mí a una Leticia distinta en todo a la que conociste. Mi vida anterior ha quedado atrás para siempre. Todo lo que fui ha muerto. No voy a explicarte por qué. Solo quiero que sepas que sabía que volveríamos a encontrarnos. Y que puedes confiar en mí.

Conway tomó sus manos, estaban frías como el hielo. Sin que acertara a reconocerlo, aquel poema de Browning que marcó el inicio de su aventura se había hecho realidad entre ellos. «¿Podré retener tu mano entre las mías un instante más, solo un instante más...?».

—Entonces, Leticia, ¿me has perdonado?

—No solo eso, Kenneth. Estoy llena de gratitud hacia ti.

—¿Gratitud... tú, hacia mí...? —El escocés la miraba sin salir de su aturdimiento.

—No quería explicártelo, pero ya veo que lo necesitas, ¿verdad? —continuó ella, casi apiadándose—. Escucha, Kenneth, el amor que me negaste acabó siendo para mí una experiencia extraordinariamente valiosa. En mis momentos de culpa...

—Tú no fuiste culpable de nada Leticia —le cortó Conway—. Fui yo, solo yo.

—No, fuimos los dos.

—Es igual, para mí la culpa no existe.

—Existe, Ken, claro que existe: es la cruz de la moneda de la posesión. Y yo soñaba con poseerte, absolutamente. Cuando te apartaste de mí, incluso cuando yo me fui con Fersen, soñaba con que algún día volveríamos a ser amantes... ¡Qué amarga fue la farsa! Me veía entregándome a ti ciegamente, expiando tu despecho, pagando mi deuda. Supongo que esto revela la insondable vanidad femenina. Desear el peor de dos mundos, la peor de dos palabras: amor y traición.

Aquella confesión parecía ir más allá de su memoria de los tiempos de Capri. En un destello oscuro la vio emerger de aquel largo sueño, cuando su nombre era Kya, la cortesana hitita, la hija de Kafra. En su última noche al pie de la montaña de Nejbet, ella le había dado a beber aquel vino narcótico que le rindió a su deseo mientras Fersen y Crowley se llevaban a Ankhesa para sepultarla en otra cripta, la del gran templo de Atón, en Amarna. *Condenatio amoris*. Amor y traición, todo ha quedado atrás. Si aquella historia había sido un delirio, ella le respondía ahora dentro de ese mismo delirio. Fundidas en una sola mujer que ya era otra, Leticia y Kya habían muerto para siempre. Y así se lo hacía saber manteniendo ese aire de débil audacia, aunque sus labios temblaban cuando prosiguió.

—... Por arduo que sea el camino, uno termina por aceptar los términos de la verdad. Y un día yo me la encontré cara a cara, Kenneth: Tú te habías enamorado de un sueño al que no renunciarías jamás. Igual que yo... Pero nuestro sueño nunca fue el mismo, por eso nunca dejamos de ser dos desconocidos. Dime entonces, ahora, Kenneteh, ¿quién traicionó a quién? Yo me engañaba contigo, pero tú te engañabas a ti mismo.

Conway no pudo responder, su mente zumbaba como un cable de alta tensión a punto de quedar reducido a cenizas. Leticia alzó la lámpara sobre el saco que contenía la momia de Nefertiti.

—«Nefer-Neferu-Atón...» «La Bella ha llegado» —exclamó, restituyéndole una mirada profunda—. ¿No es eso lo que quiere decir el nombre de tu reina?

¿Cómo podía saberlo? El escocés, atónito, asintió con un gesto.

—Está bien, la acojo en mi casa —añadió en voz más baja, con el peso de la comprensión—. Yo, por el amor que me negaste, acabé eligiendo morir en vida. Y tú

has elegido amar a esta reina muerta que, sin embargo, para ti está tan viva como nosotros mismos. Es posible que sigas engañándote, incluso que nos engañemos los dos. O tal vez no. ¿Quién lo sabe? ¿Quién puede saberlo? Ya no te juzgo, Kenneth Conway. La esencia de la vida es el misterio. Nos debía este reencuentro, nuestra última oportunidad de redimirnos. Así ha sucedido y así sucederá: Ella se quedará conmigo, yo guardaré tu secreto... y tú te irás. Te irás para siempre. Pero antes de irte... —Leticia tomó aliento, temía que su corazón le fallara—. Antes de irte, tú también tendrás que aceptar el pacto que voy a proponerte. Un pacto con una sola condición.

Conway respiró hondamente.

—¿Un pacto? ¿Qué clase de pacto?

Leticia pareció vacilar. Algo del fulgor de su antigua belleza cruzó como un relámpago en aquella voz ferviente y conmovida cuando pronunció aquellas palabras, que resonaron como los términos de un ultimátum.

—Nunca más volverás a traicionar un amor, como traicionaste el mío. Ese es el único pecado que tu dios y el mío nunca perdonan, Kenneth. Yo te perdoné una vez. Esta, no te lo perdonaría jamás.

—No te entiendo, Leticia...

—Desde este mismo instante en que acepto guardar para siempre el cuerpo de tu amada, tú tendrás que aceptar que yo soy ella. —Y al decirlo, se le formó un nudo en la garganta que le costó pasar—. Nunca jamás volverás a verme pero, igualmente, nunca jamás volverás a amar a otra mujer. Esa es la condición que te impongo, Kenneth Conway. Si no estás dispuesto a aceptarla, llévatela.

Conway sintió que su corazón se convertía en un pedazo de plomo, apenas podía sostener su mirada. Bajó sus ojos hasta el sudario que envolvía el cuerpo de Nefertiti. Luego, lentamente, volvió a alzarlos para encontrarse con los suyos. Leticia había comenzado a respirar de una manera entrecortada, también a ella se le hacía insoportable aquella situación.

—De acuerdo, por ti, por ella..., acepto lo que me pides —exclamó al fin el escocés—. Jamás volveré a amar a otra mujer. Nunca jamás.

—Jurámelo, Kenneth.

Él se llevó su mano a los labios. Temblaba como una hoja. Cuando se disponía a besarla, advirtió un anillo que reconoció al instante. Se trataba de aquel sello egipcio que Ankhesa le había regalado a su rival para sellar la paz, el día de su primer encuentro. No, no había sido un sueño. Todo era cierto. Como esa mano que ahora era la suya, como ese beso que volvía a unirlos para siempre. Bastó el roce de sus labios sobre su piel para que las lágrimas contenidas comenzaran a derramarse, suavemente, sin un sollozo. Y, a medida que surcaban sus mejillas, aquellas lágrimas sellaron un oscuro armisticio en el duelo que libraban sus almas.

—Juro que nunca te olvidaré, mi reina.

—Ni yo tampoco, maldita sea, escocés del demonio.

Se lo dijo con una suave sonrisa, tan triste, tan insoportablemente triste, la sonrisa del último adiós, mientras retiraba su mano de sus labios. Aquel último beso quedaría eternamente detenido en ese instante, amputado del antes y el después, existiendo por derecho propio, como las frágiles transparencias de un pétalo olvidado entre las páginas de un viejo libro, que era el libro de su vida. Una campana comenzó a doblar. Su tiempo había concluido, pero Conway se sentía incapaz de retirarse.

—Vamos, vete ya... —articuló ella sin dejar de mirarle—, tienes que irte.

—Acompáñame hasta la puerta...

—No, yo me quedo aquí abajo. Tengo que disponer la mejor morada de esta cripta para tu reina. Cuando yo muera, la suya será la mía.

—Leticia, por Dios...

—Vamos, vete ya.

Conway retuvo su mano, «un instante más, solo un instante más...», sin pronunciar una sola palabra, pero diciéndoselo todo con ese silencio que escribía por sí mismo los términos de una despedida atroz. A cambio de la vida eterna, la eterna condena de un amor imposible. Luego, paso sobre paso, fue remontando la escalera que subía desde las catacumbas al refectorio. Nada más cruzar la puerta, una corriente de aire la cerró con un golpe seco, la sentencia definitiva de «las Sepultadas Vivas». A medida que se alejaba, desde el fondo de aquella tumba le alcanzó un grito desgarrado que parecía perseguirle resonando de bóveda en bóveda:

—¡Kenneth!

¿Quién lo llamaba? ¿Leticia, Ankhesa, Nefertiti...? Ya no se volvió. Continuó caminando como quien camina en sueños, sin tocar el suelo, sin saber dónde acababa su delirio y dónde comenzaba la realidad. Sí, tal vez nuestro único pecado sea el hecho de desear conocer esa última verdad que no somos capaces de soportar, en vez de contentarnos con los torpes simulacros que nos ayudan a seguir viviendo. A duras penas pudo aguardar a que la luz del día le liberase del vértigo. Cuando al fin se sumergió en ella, tuvo la sensación de que una losa ardiente caía para siempre sobre su corazón.

Erró sin rumbo, con paso vacilante, como quien atraviesa un espejismo o un campo de batalla en el que hubieran sucumbido todas sus emociones, con el corazón hecho pedazos, mentalmente aturdido, incapaz de articular un solo pensamiento. Como un hombre que al final de un viaje largo y terrible descubre que ha regresado a la pesadilla del punto de partida. Y después de esto, ¿qué? La pregunta le persiguió mientras vagaba por el dédalo de callejuelas de Spaccanapoli, buscando una que le condujera al fin del mundo. La ciudad se iba oscureciendo lentamente, replegándose sobre sí misma, como si esperara la llegada de un huracán. Nubes de sangre seca

recorrían las calles como profecías. Una pareja de prostitutas fumaban indolentemente apoyadas contra la pared de un callejón. Le interpellaron con una voz ronca, fatigada, llevaban magnolias en el pelo. No era sexo lo que ofrecían, sino una más profunda inmersión en el olvido. Él no quería olvidar, no podía hacerlo. La fábula eterna siguió asediándole mientras continuaba su descenso hacia ninguna parte. Pasó ante una barraca donde un tumulto de curiosos contemplaba a un tragafuegos que vomitaba llamaradas de querosén con la cabeza vuelta hacia el cielo. Se cruzó con una zíngara que pregonaba la buenaventura como si fuera una maldición. En todos los rincones las sombras caían y naufragaban, hinchándose como una magulladura, preñadas de experiencia humana. ¿Qué querían contarle? ¿Cuál era su mensaje?

Cerca ya del puerto, entró en un café destartalado con una pequeña ventana abierta al mar. Sobre un anaquel colmado de botellas mugrientas una radio de galena torturaba una romanza de Tosti. Un grupo de pescadores jugaban a las cartas, sus risas y sus imprecaciones asomaban a sus labios como un cortejo de carnaval. Ocupó la única mesa libre y pidió lo mismo que estaban bebiendo ellos, un licor blanco y dulzón, parecido a la absenta. Con ese ruido de fondo comenzó a recordar todo lo que había vivido, su historia entera, desde el inicio hasta el final. Su primer encuentro con Leticia, su descubrimiento del sarcófago de Nefertiti, la aparición de Ankhesa, sus besos, su delirio, su viaje desde El Cairo a Amarna, su regreso, su caída, su despertar. Profundamente herido, le aterró pensar que ya solo era eso, un superviviente.

La luna subía pálidamente sobre el Vesubio, largas olas grises bañaban la bahía de Nápoles como capas de ceniza al pie del volcán. Allá, al fondo del mar, todavía se recortaba la silueta de la isla de los dioses. Egipto, el amor, la vida, nunca regresarían. De pronto, la emisión radiofónica se interrumpió. El espacio de canciones dedicadas dio paso a la crónica de un suceso extraordinario. Ese mismo día, en el transcurso de una visita a Capri efectuada por Benito Mussolini, había sido descubierto un portentoso sarcófago egipcio dentro de la Gruta Azul. Al abrirlo, *il Duce* y sus acólitos se encontraron con una escena dantesca. En su interior, envuelto en una ensangrentada piel de oveja y con un disparo en la cabeza, a cañón quemante, yacía el cuerpo de un conocido excéntrico francés: Jacques d'Adeswald Fersen —*Amori et dolori sacrum*—, el señor de Villa Lysis.

Nadie prestó atención a la noticia. Enseguida regresó la música, las arias de Tosti, el estrépito de las fichas de dominó golpeando el mármol. La noche era cálida y serena, el perfume de los jazmines llegaba mezclado con el olor del salitre, en bocanadas que hacían parpadear las lámparas. Alguien había olvidado un periódico viejo sobre la barra. Con el segundo trago Kenneth Conway fue a por él, lo extendió y comenzó a escribir sobre sus márgenes como quien se abre una arteria.

Tres nombres de mujer, eso era todo.

Pero no, le faltaba un nombre más para acabar de resolver su propio enigma. Y también este era un nombre de mujer. En su aturdimiento no había reparado en el desvencijado letrero que colgaba de la puerta de aquella taberna, donde, bajo la tosca imagen de una sirena, se leía esta divisa: *La Vecchia Partenope*. Sí, «La Vieja Parténope», la menor de las tres sirenas que, según la leyenda, intentaron seducir a Ulises con sus cantos desde los farallones de Capri. Todos sabemos que Odiseo se salvó taponando con cera los oídos de sus remeros y amarrándose al palo mayor, pero son pocos los que recuerdan el final de la sirena. Mientras veía alejarse al rey de Ítaca, la bella Parténope murió de tristeza y su cuerpo llegó a las playas de una ciudad que hizo de ella su emblema. Parténope fue el nombre de la primera Nápoles. El único nombre que conocieron los sacerdotes egipcios que trasladaron la momia de Nefertiti hasta la isla de las Sirenas, en el tiempo del emperador Tiberio, el mismo que consignaron con su escritura jeroglífica, llamándola «Pertun-Hotep».

Ya parece innecesario revelar quiénes eran esas «hijas de Pertun-Hotep», las hijas de Parténope, cifradas en la profecía de Amarna. En el convento de «las Sepultadas Vivas» la Bella había consumado su destino, al fin había conquistado la infinita paz.

Kenneth Conway nunca sabría que su historia se cerraba así, en un círculo perfecto, tal y como había sido escrita tres milenios atrás. ¿Pero qué importaba eso ya? ¿Qué importaba nada? Su vida estaba acabada, ya solo viviría para preservar su secreto. El secreto de la última morada de Nefertiti. Sentado con un perro a sus pies, en la mesa de al lado, un ciego de más de mil años peroraba acerca de la vida y sus misterios. *Beati i pazzi...* Bienaventurados los locos que nada comprenden. Apenas faltaban veinte meses para que un arqueólogo de fortuna llamado Howard Carter descubriera allá, en el valle de los Reyes, la tumba de Tutankamón.





ÁLVARO BERMEJO MARCOS (San Sebastián, 1959). Licenciado en Historia y Antropología por la Universidad Autónoma de Barcelona. Comenzó su trayectoria creativa como *performer* dentro del grupo de agitación contracultural “CLOC”, del que fue uno de sus fundadores junto a Fernando Aramburu.

Bermejo saltó a la fama tras la publicación de *El reino del año mil* (1997) Premio Ciudad de Salamanca. Pero anteriormente ya había publicado títulos como *Las arenas y el templo* (1985), *La madonna de la tempestad* (1989), *El descenso de Orfeo*, *Benarés* (1995) o *El juego de la mandrágora* (1996). Estos cuatro títulos le depararon el Premio Nacional de Literatura del Gobierno Vasco. En 2001 mereció el premio Ateneo de Sevilla por *La piedra imán*. En 2008 volvió a ganarlo, en el capítulo de Novela Histórica con *El evangelio del Tíbet*. En 2009 recibió el premio Internacional Luis Berenguer, por su novela *El laberinto de la Atlántida*.

Notas

[1] Tal como lo retrató Alvin Langdon Coburn, en 1920, cuando contaba 35 años. <<

[2] «¡Gran brujo!». <<

[3] W.M.Flinders Petrie (1853 – 1942). Fundador de la primera cátedra de Egiptología en el Reino Unido. Visitó Egipto en 1880 inspirado por el astrónomo escocés Charles Piazzi Smyth, que buscaba en las dimensiones de la Gran Pirámide «una verdad divina desconocida relacionada con el número pi». <<

[4] Atón se representa por medio de un círculo del que irradia un haz de rayos solares en cuyo extremo aparecen manos en forma de hojas —con los que se pretendía representar la calidez de la energía protectora del sol—, a veces rematadas con pequeñas cruces ankh, el símbolo de la vida eterna. <<

[5] A diferencia de Grecia y Roma, en el Antiguo Egipto no hubo historiadores. Las fechas no les interesaban. Concebían la historia como un espacio ritual, no como una sucesión de acontecimientos. Las crónicas de las guerras del faraón, por ejemplo, se redactaban siempre sobre un modelo invariable que simbolizaba la victoria del orden sobre el caos. Sucedió lo mismo con la vida y la muerte. No había ruptura de continuidad entre ellas, pues en su mentalidad la muerte no existía. La vida era entendida como una espiral de transformaciones, una metamorfosis permanente cuyas leyes son eternas. <<

[6] Para Yves Saint Laurent, Elsa Schiaparelli fue la gran revolucionaria de la moda durante la Belle époque. Amiga de Dalí y Cocteau, solo ella tuvo la audacia de vestir a una novia de negro. <<

[7] Poeta y ensayista británico, nacionalizado estadounidense en 1946. Está considerado como uno de los más grandes escritores del siglo XX. <<

[8] Se refería a Dorothy Shakespear, hija de Olivia Shakespear, novelista y amante de W.B. Yeats. <<

[9] Una de las regiones del más allá, en la mitología egipcia. <<

[10] Otra teoría sostiene que al menos se salvó uno de ellos: el general Horemheb, que se encontraba en campaña contra los invasores procedentes del reino de Mittani, en la actual Siria. <<

[11] «Cosas de Tiberio». <<

[12] Escopeta de dos cañones, para cazar lobos. <<

[13] Todas las referencias a estas «misas rosas», como las denominó Jean Cocteau, pertenecen a la biografía novelada del personaje escrita por Roger Peyrefitte en 1949, bajo el título de El exiliado de Capri. <<

[14] En los años en que actuó al servicio de Mussolini, Malaparte exaltó las brutalidades fascistas urgiendo a los italianos a «quemar las bibliotecas y acabar con la vil especie de los intelectuales». Consumado oportunista, tras la victoria de los aliados el autor de La piel, mudó la suya y se hizo comunista. <<

[15] Uno de los talismanes más importantes del Antiguo Egipto. La cruz ansada, en forma de llave, «abría» las puertas que conducían a la vida eterna. <<

[16] En Sobre la cocaína (1890) Sigmund Freud recomendaba la cocaína para curar la adicción al opio. Investigaciones posteriores mostraron que ese tratamiento terminaba volviendo sicóticos a los pacientes. <<

[17] Fundada por Maxim Gorki en 1910, y en plena efervescencia durante aquellos años. <<

[18] Aleister Crowley (1875 – 1947) fue miembro de la hermandad esotérica Golden Dawn, de la que acabó siendo expulsado. Se retiró a un castillo escocés a orillas del lago Ness, donde fundó una secta paralela llamada Astrum Argentum. En 1920 se trasladó a Cefalú, Sicilia. Aquí estableció la célebre abadía de Thelema cuyo ideario era una mezcla de satanismo, libertad sexual y transgresiones en todos los órdenes. Se hacía llamar Therion —un término griego que se traduce como «La Bestia». <<

[19] Crowley participó en la primera expedición europea al Kangchenjunga, en cuya cumbre permaneció varios días a gran altitud sin asistencia respiratoria, ya que aún no existían las botellas de oxígeno. <<

[20] Además de un consumado melómano, Ezra Pound fue también el descubridor de las partituras perdidas de Vivaldi. <<

[21] En 1915, durante la Primera Guerra Mundial, cuando vivía en la costa de Cornwall, fue acusado de espionaje y apoyo a los submarinos alemanes. Su novela El arco iris fue prohibida por obscenidad. <<

[22] «Mejillones a la cazuela». <<

[23] Los egipcios identificaban el ka con una suerte de doble espiritual que vivía dentro del cuerpo físico, El ka nacía con una persona y se quedaba en la tierra a su muerte. Habitaba en la tumba con la momia, se alimentaba de las ofrendas y vivía en su imagen. <<

[24] «Ay Mari, ay Mari, cuánto sueño he perdido por ti. Hazme dormir, abrazado esta noche a ti». <<

[25] «Yo no traiciono nunca, señor, ni por el oro ni por la vida». <<

[26] El Jardín del Edén de la mitología egipcia. <<

[27] En la de Tutankamón, descubierta en 1922, aparecerían hasta ciento diez. <<

[28] «Esta vieja rabiosa nos va a matar a los dos». <<

[29] Tocado ceremonial, compartido por los dioses y los faraones. <<

[30] Cléopâtre-Diane de Mérode, bailarina belga formada en la Opéra de Paris y estrella del cabaret Folies Bergère. Uno de los iconos sexuales de la Belle époque. <<

[31] En 1910 y arrastrado por la moda, Emilio Salgari publicaría una insólita novela egipcia: Las hijas del faraón. <<

[32] Khemet, «La Tierra Negra», era el nombre de Egipto en el tiempo de los faraones.

<<

[33] Los difuntos que, habiendo sido juzgados en el más allá, son declarados libres de toda falta. <<

[34] Sirio y Orión, identificadas con Osiris e Isis respectivamente. <<

[35] El gran maestro de la moda parisina durante la Belle époque. Entre sus clientes figuraban personajes como Greta Garbo, Gloria Swanson y Colette. Durante la Segunda Guerra Mundial, y tras la Ocupación de París, su taller fue visitado por Goebbels, el ministro de Propaganda de Hitler. Lelong le recibió con una provocación directa, mostrándole a todas sus modelos desnudas. <<

[36] «Una mirada devaluada, señor». <<

[37] La totalidad del mundo conocido por los antiguos egipcios, desde las orillas del mar hasta Nubia por el sur, y hasta Babilonia al este. <<

[38] Dinastía de banqueros de origen judeoalemán, que en 1919 asumieron el rol de banca permanente para la regulación del precio mundial de oro. <<

[39] Golpe de estado ultranacionalista que el 12 de julio de 1920 intentó imponer una dictadura militar, ocupando los centros de poder, en Berlín. Los golpistas ya llevaban la cruz gamada como emblema. <<

[40] El primer modelo que produjo la factoría Ford. <<

[41] «¿Pero a quién voy a encontrar si no es al mismo diablo?». <<

[42] «Cien ojos de gato, señor, y veinte perros a su espalda». <<

[43] El duque de Clearence, Alberto de Windsor, fue el mayor accionista europeo de la firma norteamericana Westinghouse, proveedora mundial de la célebre ametralladora pesada inventada por John Moses Browning en 1914. Por sus frecuentes pernoctaciones en los burdeles de Whitechapel, la leyenda negra también lo relacionó, como autor intelectual o inspirador, con los crímenes de Jack el Destripador. <<

[44] «Quién la hace, ya puede esperársela». <<

[45] La fascinación por las momias generó una pasión sin precedentes entre la aristocracia durante aquellos años. Era norma de refinamiento celebrar veladas egipcias donde se procedía a «desvendar» cualquier momia recién llegada de Egipto. En 1918 el joven príncipe de Gales que pasaría a la historia como Eduardo VIII, desvendó una momia tebana en el castillo de Caernarfon, sobre una mesa de billar y en presencia de su amante, Wallis Simpson. Hay quien sostiene que la profanación de esa momia abrió la senda de infortunio que acabó llevándole a presentar su abdicación, el 11 de septiembre de 1936. <<

[46] Según la tesis del egiptólogo checo Jaromir Malek, Howard Carter era muy probablemente homosexual. Hijo de un artista, el menor de once hermanos, su carácter autodidacta y su procedencia humilde le hacían sentirse siempre cuestionado y ofendido. <<

[47] Velma Truett, médium, vidente, y consejera personal de lord Carnavon. En sus memorias, *My mysteries and my story*, afirma que, el mismo día en que se abrió la tumba de Tutankamón, el 4 de noviembre de 1922, vio el «rostro de la venganza» alzarse sobre su sarcófago. <<

[48] Alude a la tumba de Ramsés VI, en el valle de los Reyes. En la época de Napoleón fue llamada así, La *tombe* de la metempsychose, La tumba de la Metempsicosis o del alma transmigrada, pues todos los faraones se consideraban la reencarnación de uno o más antepasados. <<

[49] «Campesino». <<

[50] El rey de la moda en el París de la Belle époque. Se cuenta que hacia el final de su carrera Poiret encontró a Cocó Chanel vestida con sus severos trajes negros preguntándole: «Perdón señorita, ¿por quién lleva ese luto?», a lo que ella respondió: «Por usted, señor». Poiret moriría arruinado poco después. <<

[51] Carbonato de sodio cristalizado con el que los momificadores llenaban los cadáveres una vez eviscerados. El natrón desecaba todo su interior, cortando los procesos biológicos implicados en la putrefacción. <<

[52] Juego de mesa árabe, semejante al backgammon. <<

[53] En 1920 Cecil B. DeMille estrenó su primera versión de Los diez mandamientos, con la actriz italiana Rita Naldi en el papel de la hija del faraón. <<

[54] De hecho, hasta la misma palabra faraón es de origen hebreo. Viene de Persa, «casa grande», un término que aparece en la Biblia. Los egipcios utilizaban otros nombres: nesu, que significa «rey» o hemef, que se traduce como «majestad». <<

[55] El ciclo sothiaco egipcio comprende 1460 años. La guerra de los Impuros vaticinada por Akenatón antes de morir, aquella que pondría fin al Imperio nuevo y partiría Egipto en dos, sobrevino en torno al año mil antes de nuestra era. Sumados dos ciclos sothiacos a partir de esa fecha, nos encontraríamos en 1920, exactamente, el año en que transcurre nuestra historia. <<

[56] Si bien ella nunca hizo pública su vinculación con la Orden, en las memorias de William Wescott, el fundador de esta sociedad hermética revela la iniciación de la escritora en la célebre Logia de Thot, una de las más activas, así como su participación en la Hermandad de Isis. <<

[57] La fiesta de Heb-Sed fue posiblemente la más importante celebración de los soberanos del Antiguo Egipto. El propósito de esta festividad era la renovación de la energía sobrenatural del faraón. <<

[58] El viento del desierto, puede alcanzar velocidades superiores a los 150 km/h. <<

[59] Líder del Wafd, movimiento nacionalista egipcio. Tras la Primera Guerra Mundial, asistió a la Conferencia de París de 1919 para exigir la independencia de Egipto. Cuando fue detenido y deportado a la isla de Malta, se produjo un levantamiento popular en El Cairo que se saldó con más de un millar de muertos. Cinco años después, Zaghlul sería elegido primer ministro. <<

[60] Hermandad masónica fundada en 1815 por dos oficiales de la armada napoleónica en Egipto, Gabriel Mathieu de Nègre y Samuel Honis. Un siglo después, la Fraternidad elegía como gran maestro a Gaston Maspero, el legendario director del Servicio de Antigüedades de Egipto. Su vínculo con la Golden Dawn se estableció a través del arqueólogo inglés William Flinders Petrie, quien moriría buscando en las dimensiones de la Gran Pirámide «una verdad divina desconocida». <<

[61] «Señor Cascarrabias», un personaje clásico del guiñol inglés. <<

[62] Thomas Flyer, ganador del primer rally Nueva York-París en 1908. Entró en meta tras recorrer 21.470 km en 169 días. <<

[63] Ladislav E. Almásy, arqueólogo y escritor húngaro. Estudió en Inglaterra, donde recibió su licencia como piloto de aviones... y de coches de carreras. Durante la Gran Guerra sirvió con la fuerza aérea austrohúngara, por lo que el emperador Carlos le otorgó el título de conde. En 1926 protagonizó el primer rally del desierto desde Egipto a Sudán. En 1932 encontraría la legendaria ciudad de Zerzura. Los beduinos le otorgaron un segundo título: Abu Rambla «El Padre de las Arenas». Participó también en la Segunda Guerra Mundial, siendo inmortalizado por la película *El paciente inglés*, de Anthony Minghella. <<

[64] La construcción de la nueva capital se financió con la confiscación de las tierras y rentas de los antiguos templos, despojando de sus prebendas a los sacerdotes y dejándolos sin las inmensas riquezas que acumulaban. Hacia el quinto año de reinado, el faraón, la familia real y la corte, se trasladaron a la nueva ciudad: la ruptura con el pasado quedaba así totalmente consumada. <<

[65] Uno de los tres palacios femeninos de Amarna. Su simbología alude a los abanicos de plumas de avestruz cuya función era filtrar la claridad solar y proporcionar el soplo de la vida. <<

[66] Un monolito desnudo y sin pulir, semejante a un menhir. El gran rayo petrificado o la piedra primordial sobre la que surgió la luz por primera vez, en el origen de los tiempos, y en cuya cúspide se posó el fénix cósmico poniendo en marcha el ciclo de las edades. <<

[67] El serdab es un pequeño cubículo hermético inclinado hacia el cielo. Dentro de él se introducía la efigie de un faraón que, a través de una pequeña ranura, contemplaba su estrella originaria. Cualquiera que lo viera hoy pensaría inmediatamente en un astronauta a punto de despegar hacia el espacio. <<

[68] La Casa de los Millones de Años es una arquitectura compleja y misteriosa, destinada al culto del faraón divinizado, a la que no tenían acceso los fieles. <<

[69] Los sacerdotes sem realizaban los elaborados rituales de la momificación. Estaban particularmente asociados con la ceremonia de Apertura de la Boca. <<

[70] Fue la primera superproducción de la historia del cine europeo. Rodada en 1912, por Enrico Guazzoni contó con decorados colosales y la participación de cinco mil extras, incluidos los treinta leones que en una escena se «comen» a los cristianos. La película costó 47000 liras y recaudó más de treinta millones. <<